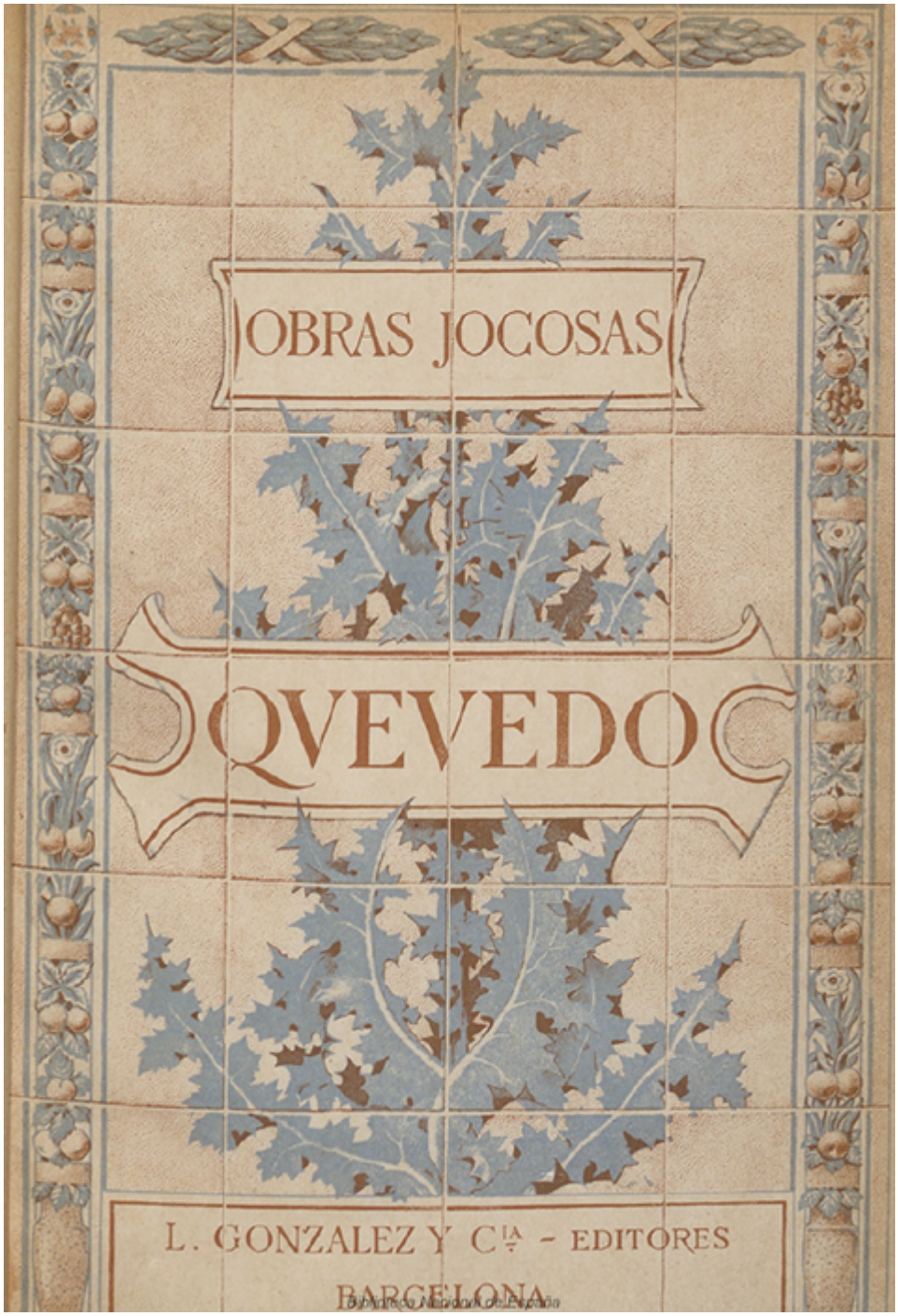
Francisco de Quevedo

Obras Jocosas

ELEJANDRIA


OBRAS JOCOSAS
QVEVEDO
L. GONZALEZ Y Cia - EDITORES
BARCELONA

Libro descargado en WWW.ELEJANDRIA.COM, tu sitio web de obras de dominio público
¡Esperamos que lo disfrutéis!

Obras jocosas

Francisco de Quevedo

Publicado: 1899
Fuente: Biblioteca hispánica de la BNE
Edición: I. González y Cia, Barcelona, 1899

Índice

Obras jocosas de Quevedo
- HISTORIA DEL BUSCON
- I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII
- VIII
- IX
- X
- XI
- XII
- XIII
- LIBRO SEGUNDO. I
- II
- III
- IV
- V
- VI
- VII
- VIII
- IX
- X
- EL SUEÑO DE LAS CALAVERAS
- EL ALGUACIL ALGUACILADO

LAS ZAHURDAS DE PLUTON
EL MUNDO POR DE DENTRO
VISITA DE LOS CHISTES
CASA DE LOCOS DE AMOR
EL ENTREMETIDO
LIBRO DE TODAS LAS COSAS
CUENTO DE CUENTOS
PERINOLA
CARTAS
CARTAS DEL CABALLERO DE LA TENAZA
EPÍSTOLAS DEL CABALLERO DE LA TENAZA
CARTA A DOÑA INÉS DE ZÚÑIGA Y FONSECA
CARTA AL MARQUES DE VELADA Y DE SAN ROMAN
EL CHITON DE LAS TARABILLAS
GENEALOGIA DE LOS MODORROS
ADVERTENCIA

D. FRANCISCO DE QUEVEDO

(Facsímil del retrato que dibujó su contemporáneo el pintor Pacheco.)

ABRIGANDO el propósito de dar á conocer joyas no eclipsadas de nuestra literatura clásica, y teniendo en cuenta la genial y característica manera de ser y decir, de la discutida y quizás harto calumniada personalidad del poeta español, festivo por excelencia de entre cuantos han pulsado esa nota; del filósofo al par que poeta, teólogo al mismo tiempo que político, de don Francisco de Quevedo y Villegas; nos ha parecido útil decimos, emprender la publicación del género de obras que singulizaron mejor á nuestro autor; siempre en la persuasión de que no nos apartamos un punto de lo que nuestro lema exige, pues ocurre pensar por muchos, que el autor del *Gran Tacaño,* sólo en determinadas manos se hallaría bien. Nosotros creemos todo lo contrario. El popularizar esas obras festivas no ofrece riesgo, sobre todo si se cuida de expurgar con inteligencia determinados pasajes, demasiado crudos para los tiempos presentes; disculpables tales lunares, gracias al modo de ser de una época, de una corte, y aun de la especialísima idiosincrasia del escritor, sin ningún reparo pensamos que puedan leerse esos escritos, pues *Quevedo* profundamente católico, lleno su espíritu de la grandeza de Dios, irónico y cáustico si se quiere, pero sin que jamás pueda tildarse su ortodoxia, es harto más digno de ser leído y meditado que muchos contemporáneos, nada castizos por otra parte, hoy que la comunidad de relaciones é intereses al facilitarse hasta lo indecible, desnaturalizan el habla y costumbres de cada nación. Por eso no nos arredra, antes nos halaga, la publicación del presente libro, que pudiera resultar chocante á espíritus poco avisados ó pusilánimes, cuya mezquindad no debemos tener en cuenta.

No va enderezada nuestra edición, precisamente á los eruditos y más conocedores de las patrias letras, á quienes satisfarán seguramente más los escritos de nuestro autor, en la colección de *Autores españoles* de Ribadeneyra ó en otra publicación más moderna de Sevilla: nuestras pretensiones son más modestas. Con los primores que el arte tipo gráfico hoy consiente, sorteando palabras y hasta frases dificultosas é inoportunas para nuestro intento, respetando en este caso la integridad del texto original, marcando al efecto las substituciones con tipo distinto del general adoptado; deseamos hacer saborear los frutos de la chispeante

imaginación del poeta, que cual ninguno hace dúctil la noble frase castellana y de quien brota espontáneo el concepto elevado ó picaresco, poniéndonos otras veces delante de la potentísima inteligencia que siempre brilla fulgida en don Francisco de Quevedo. Y no entendemos con nuestros expurgos y substituciones, proceder temerariamente á mutilar las obras de nuestro autor, toda vez que de su puño propio consta la humilde confesión y el sincero deseo de omitir palabras y pasajes determinados de sus libros, cuando en edad provecta hablaba de los publicados por él en años juveniles. A tal fin se encamina la actual edición de las Obras festivas y jocosas de Quevedo.

Barcelona, Enero de 1899.

Los EDITORES.

HISTORIA DEL BUSCON

I

En qué cuenta quién es y de dónde.

Yo, Señor, soy de Segovia, mi padre se llamó Clemente Pablo, natural del mismo pueblo (Dios le tenga en el cielo). Fué tal, como todos dicen, de oficio barbero, aunque eran altos sus pensamientos, que se corria le llamasen así, diciendo que él era tundidor de mejillas y sastre de barbas. Dicen que era de muy buena cepa, y segun él bebia, es cosa para creer. Estuvo casado con Aldonza Saturno de Rebollo, hija de Octavio de Rebollo Codillo, y nieta de Lépido Ziuraconte.

Sospechábase en el pueblo que no era cristiana vieja, aunque ella, por los nombres de sus pasados, esforzaba que descendia de los del triunvirato romano. Tuvo muy buen parecer, y fué tan celebrada, que en el tiempo que ella vivió todos los copleros de España hacian *versos* sobre ella. Padeció grandes trabajos recien casada, y aun después, porque malas lenguas daban en decir que mi padre metia el dos de bastos por sacar el as de oros. Probósele que á todos los que hacia la barba á navaja, miéntras les daba con el agua, levantándoles la cara para el lavatorio, un mi hermano de siete años les sacaba muy á su salvo los tuétanos de las faldriqueras. Murió el angélico de unos azotes que le dieron en la cárcel. Sintiólo mucho mi padre, por ser tal, que robaba á todos las voluntades. Por estas y otras niñerías estuvo preso; aunque, segun á mí me han dicho despues, salió de la cárcel con tanta honra, que le acompañaron doscientos cardenales, sino que á ninguno llamaban señoría. Las damas diz que salian por verle á las ventanas, que siempre pareció bien mi padre, á pié y á caballo. No lo digo por vanagloria, que bien saben todos cuán ajeno soy della. Mi madre pues no tuvo calamidades. Un dia, alabándomela una vieja que me crió, decia que era tal su agrado, que hechizaba á

todos cuantos la trataban; solo diz que le dijo no sé qué de un *esposo indigno*; lo cual la puso cerca de que la diesen plumas, con que lo hiciese en público. Hubo fama de que reedificaba *rutnas vivas,* resucitaba cabellos, encubriendo canas. Unos la llamaban zurcidora de gustos, otros algebrista de voluntades desconcertadas, y por mal nombre alcagüeta y flux para los dineros de todos. Ver pues con la cara de risa que ella oia esto de todos, era para más atraerles sus voluntades. No me detendré en decir la penitencia que hacia. Tenia su aposento, donde sola ella entraba (y algunas veces yo, que como era chico podia), todo rodeado de calaveras, que ella decia eran para memorias de la muerte; y otros, por vituperarla, que para voluntades de la vida. Su cama estaba armada sobre sogas de ahorcado, y decíame á mí: ¿Qué piensas? Con el recuerdo desto aconsejo á los que bien quiero que para que se libren dellas vivan con la barba sobre hombro; de suerte que ni aun con mínimos indicios se les averigüe lo que hicieren. Hubo grandes diferencias entre mis padres o sobre á quién habia de imitar en el oficio; mas yo, que siempre tuve pensamientos de caballero desde chiquito, nunca me apliqué ni á uno ni á otro. Decíame mi padre:

—Hijo, esto de ser ladron, no es arte mecánica, sino liberal; y de allí á un rato, habiendo suspirado, decia de manos: Quien no hurta en el mundo, no vive. ¿Por qué piensas que los alguaciles y alcaldes nos aborrecen tanto? Unas veces nos destierran, otras nos azotan y otras nos cuelgan, aunque nunca haya llegado el dia de nuestro santo. No lo puedo decir sin lágrimas: (lloraba como un niño el buen viejo, acordándose de las veces que le habian bataneado las costillas) porque no querrian que adonde están hubiese otros ladrones sino ellos y sus ministros; mas de todo nos libra la buena astucia. En mi mocedad siempre andaba por las iglesias (y no cierto de puro buen cristiano). Muchas veces me hubieran llevado en el asno si hubiera cantado en el potro. Nunca confesé sino cuando lo manda la santa madre Iglesia; y así, con esto y mi oficio he sustentado á tu madre lo más honradamente que he podido.

—¿Cómo me habeis sustentado? dijo ella con gran cólera (que le pesaba que yo no me aplicase á brujo). Yo he sustentado á vos y sacádoos de las cárceles con industria, y mantenido en ellas con dinero. Si no confesábades, ¿era por vuestro ánimo ó por las

bebidas que os daba? Gracias á mis botes. Y si no temiera que me habian de oir en la calle, yo dijera lo de cuando entré por la chiminea, y os saqué por el tejado. Más dijera, segun se habia encolerizado, si con los golpes que daba no se le desensartara un rosario de muelas de difuntos, que tenia metidos en paz. Yo les dije que queria aprender virtud, resueltamente, y ir con mis buenos pensamientos adelante; y así, que me pusiesen á la escuela, pues sin leer ni escribir no se podia hacer nada. Parecióles bien lo que yo decia, aunque lo gruñeron un rato entre los dos. Mi madre tornó á ocuparse en ensartar las muelas, y mi padre fué á rapar á uno (así lo dijo él), no sé si la barba ó la bolsa: yo me quedé solo, dando gracias á Dios, que me hizo hijo de padres tan hábiles y celosos de mi bien.

II

De cómo fui á la escuela y lo que en ella me sucedió.

A otro dia ya estaba comprada cartilla y hablado al maestro. Fuí, Señor, á la escuela; recibióme muy alegre, diciendo que tenia cara de hombre agudo y de buen entendimiento. Yo con esto, por no desmentirle, dí muy bien la licion aquella mañana. Sentábame el maestro junto á sí; ganaba la palmatoria los más dias por venir antes, y íbame el postrero, por hacer algunos recaudos de señora (que así llamábamos á la mujer del maestro). Tenía los á todos con semejantes caricias obligados. Favoreciéronme demasiado, y con esto creció la invidia entre los demás niños. Llegábame de todos á los hijos de caballeros, y particularmente á un hijo de don Alonso Coronel de Zúñiga, con el cual juntaba meriendas. Ibame á su casa los dias de fiesta, y acompañábale cada día. Los otros, ó que porque no les hablaba, ó que porque les parecia demasiado punto el mio, siempre andaban poniéndome nombres tocantes al oficio de mi padre. Unos me llamaban don Navaja, otros me llamaban don Ventosa; cuál decia, por disculpar la invidia, que me queria mal porque mi madre le habia chupado dos hermanitas pequeñas de noche. Otro decia que á mi padre le habian llevado á su casa para que la limpiase de ratones, por llamarle gato. Otros me decian zape cuando pasaba, y otros miz. Cuál decia: Yo le tiré dos brengenas á su madre cuando fué obispa. Al fin, con todo cuanto andaban royéndome los zancajos, nunca me faltaron, gloria á Dios aunque yo me corria, disimulábalo, todo lo sufria, hasta que un día un muchacho se atrevió á decirme á voces hijo de una *hechicera*; lo cual, como lo dijo tan claro (que aun si lo dijera turbio no me pesara), agarré una piedra y escalabréle. Fuíme á mi madre corriendo, que me escondiese, y contéla el caso todo; á lo cual me dijo:

—Muy bien hiciste; bien muestras quién eres; solo anduviste errado en no preguntarle quién se lo dijo. Cuando yo oí esto (como siempre tuve altos pensamientos), volvíme á ella, y dije:

—¡Ah madre! pésame solo de que algunos de los que allí se hallaron me dijeron no tenia que ofenderme por ello, y no les pregunté si era por la poca edad del que lo habia dicho. Roguéle que me declarase si pudiera habelle desmentido con verdad. Rióse, y dijo:

—¡Ah noramala! ¿Eso sabes decir? No serás bobo; gracias tienes; muy bien hicistes en quebrarle la cabeza; que esas cosas, aunque sean verdad, no se han de decir.—Yo con esto quedé como muerto, determinado de coger lo que pudiese en breves dias, y salirme de casa mi padre: tanto pudo conmigo la vergüenza. Disimulé; fué mi padre, curó al muchacho, apaciguólo y volvióme á la escuela, adonde el maestro me recibió con ira, hasta que oyendo la causa de la riña se le aplacó el enojo, considerando la razón que habia tenido. En todo esto, siempre me visitaba el hijo de don Alonso de Zúñiga, que se llamaba don Diego, porque me queria bien naturalmente; que yo trocaba con él los peones (si eran mejores los mios). Dábale de lo que almorzaba, y no le pedia de lo que él comia; comprábale estampas, enseñábale á luchar, jugaba con él al toro, y entreteníale siempre. Así que, los más dias sus padres del caballerito, viendo cuanto le regocijaba mi compañía, rogaban á los mios que me dejasen con él á comer, cenar y aun dormir los más dias. Sucedió pues uno de los primeros que hubo escuela por navidad, que viniendo por la calle un hombre, que se llamaba Poncio de Aguirre (el cual tenia fama de consejero), que el don Diaguito me dijo:

—Hola, llámale Poncio Pilato, y hé á correr. Yo, por darle gusto á mi amigo, llaméle Poncio Pilátos. Corrióse tanto el hombre, que dió á correr tras mí con un cuchillo desnudo para matarme; de suerte que fué forzoso meterme huyendo en casa de mi maestro. Dando gritos entró el hombre tras mí, y defendiéndome el maestro, asigurando que no me matase, prometiéndole de castigarme. Y así luego, aunque la señora le rogó por mí (movida de lo que la servia), no aprovechó: mandóme desatacar, y azotándome, decia tras cada azote:

—¿Diréis más Poncio Pilátos? Lo respondía:

—No, señor; y respondílo dos veces á otros tantos azotes que me dió. Quedé tan escarmentado de decir Poncio Pilato, y con tal miedo que, mandándome al día siguiente decir, como solia, las oraciones á los otros, llegando al Credo (advierta vuesamerced la inocente malicia), al tiempo de decir: Padeció so el poder de Poncio Pilato, acordándome que no habia de decir más Pilátos, dije: Padeció so el poder de Poncio de Aguirre. Dióle al maestro tanta risa de oir mi simplicidad, y de ver el miedo que le habia tenido, que me abrazó y me dió una firma, en que me perdonaba de azotes las dos primeras veces que los mereciese. Con esto fui yo muy contento. Llegó (por no enfadan) el tiempo de las Carnestolendas; y trazando el maestro de que se holgasen sus muchachos, ordenó que hubiese rey de gallos. Echámos suerte entre doce señalados por él, y cúpome á mí. Avisé á mis padres que me buscasen galas. Llegó el día, y salí en un caballo ético y mustio, el cual, más de manco que de bien criado, iba haciendo reverencias. Las ancas eran de mona, muy sin cola, el pescuezo de camello y más largo, la cara no tenia sino un ojo, aunque overo. Echábansele de ver las penitencias, ayunos y fullerías del que le tenia á cargo en el ganarle la ración. Yendo pues en él dando vuelcos á un lado y otro, como fariseo en paso, y los demás niños todos adrezados tras mí, pasamos por la plaza (aun de acordarme tengo miedo), y llegando cerca de las mesas de las verdureras (Dios nos libre), agarró mi caballo un repollo á una, y ni fué visto ni oido, cuando lo despachó á las tripas, á las cuales, como iba rodando por el gaznate, no llegó en mucho tiempo. La bercera (que siempre son desvergonzadas) empezó á dar voces. Llegáronse otras, y con ellas pícaros, y alzando zanahorias garrofales, nabos frisones, brengenas y otras legumbres, empiezan á dar tras el pobre rey. Yo, viendo que era batalla nabal, y que no se habia de hacer á caballo, quise apearme; mas tal golpe me le dieron al caballo en la cara, que yendo á empinarse, cayó conmigo (hablando con perdon) en una privada: púseme cual vuesamerced puede imaginar. Ya mis muchachos se habian armado de piedras, y daban tras las verdureras, y escalabraron dos. Yo á todo esto, despues que caí en la privada, era la persona más necesaria de la riña. Vino la justicia, prendió á berceras y muchachos, mirando á todos qué armas

tenían, y quitándoselas, porque habian sacado algunas dagas de las que traian por gala, y otros espadas pequeñas. Llegó á mí; y viendo que no tenia ningunas, porque me las habian quitado, y metídolas en una casa á secar con la capa y sombrero; pidióme, como digo, las armas, al cual respondí, todo sucio, que si no eran ofensivas contra las narices, que yo no tenia otras. Y de paso quiero confesar á vuesamerced que cuando me empezaron á tirar las brengenas, nabos, etc., que, como llevaba plumas en el sombrero, entendí que me habian tenido por mi madre, y que la tiraban, como habian hecho otras veces; y así, como necio y muchacho, empecé á decir: Hermanas, aunque llevo pumas, no soy Aldonza Saturno de Rebollo, mi madre; como si ellas no lo echaran de ver por el talle y rostro, miedo me disculpa la ignorancia y el sucederme la desgracia tan de repente. Pero volviendo al alguacil, quiso llevarme á la cárcel, y no me llevó porque no hallaba por dónde asirme (tal me habia puesto del lodo). Unos se fuéron por una parte, y otros por otra, y yo me vine á mi casa desde la plaza, martirizando cuantas narices topaba en el camino. Entré en ella, conté á mis padres el suceso, y corriéronse tanto de verme de la manera que venía, que me quisieron maltratar. Yo echaba la culpa á las dos leguas de rocin exprimido que me dieron. Procuraba satisfacerlos, y viendo que no bastaba, salíme de su casa, y fuíme á ver á mi amigo don Diego, al cual hallé en la suya descalabrado, y á sus padres resueltos por ello de no le inviar más á la escuela. Allí tuve nuevas de cómo mi rocin, viéndose en aprieto, se esforzó á tirar dos coces, y de puro flaco se desgajaron las ancas, y se quedó en el lodo, bien cerca de acabar. Viéndome pues con una fiesta revuelta, un pueblo escandalizado, los padres corridos, mi amigo descalabrado, y el caballo muerto, determiné de no volver más á la escuela ni á casa de mis padres, sino de quedarme á servir á don Diego, o por decir mejor, en su compañía, y esto con gran gusto de sus padres, por el que daba mi amistad al niño. Escribí á mi casa que yo no habia menester ir más á la escuela, porque aunque no sabía bien escribir, para mi intento de ser caballero lo que se requería era escribir mal; y así, desde luego renunciaba la escuela por no darles gasto, y su casa para ahorrarlos de pesadumbre. Avisé de dónde y cómo quedaba, y que hasta que me diesen licencia no los veria.

III

De cómo fui á un pupilaje por criado de don Diego Coronel.

Determinó pues don Alonso de poner á su hijo en pupilaje: lo uno por apartarle de su regalo, y lo otro por ahorrar de cuidado. Supo que habia en Segovia un licenciado Cabra, que tenia por oficio de criar hijos de caballeros, y envió allá el suyo, y á mí para que le acompañase y sirviese. Entrámos primer domingo despues de Cuaresma en poder de la hambre viva, porque tal laceria no admite encarecimiento. El era un clérigo cerbatana, largo solo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo. No hay más que decir para quien sabe el refran que dice, ni gato ni perro de aquella color. Los ojos avecinados en el cogote, que parecía que miraba por cuévanos; tan hundidos y escuros, que era buen sitio el suyo para tiendas de mercaderes; la nariz entre Roma y Francia, porque se le habia comido de unas buas de resfriado; que aun no fuéron de vicio, porque cuestan dinero; las barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que, de pura hambre, parecia que amenazaba á comérselas; los dientes le faltaban no sé cuántos, y pienso que por holgazanes y vagamundos se los habían desterrado; el gaznate largo como avestruz, con una nuez tan salida, que parecía se iba á buscar de comer, forzada de la necesidad; los brazos secos; las manos como un manojo de sarmientos cada una. Mirado de medio abajo, parecía tenedor, ó compás con dos piernas largas y flacas; su andar muy de espacio; si se descomponia algo, se sonaban los huesos como tablillas de san Lázaro; la habla ética; la barba grande; por nunca se la cortar, por no gastar; y él decia que era tanto el asco que le daba ver las manos del barbero por su cara, que antes se dejaria matar que tal permitiese; cortábale los cabellos un muchacho de los otros. Traia un bonete los dias de sol, ratonado con mil gateras, y guarniciones de grasa; era de cosa que fué paño, con los fondos de

caspa. La sotana, segun decian algunos, era milagrosa, porque no se sabía de qué color era. Unos, viéndola tan sin pelo, la tenian por de cuero de rana; otros decian que era ilusion; desde cerca parecia negra, y desde léjos entre azul; llevábala sin ceñidor; no traia cuello ni puños; parecia, con los cabellos largos y la sotana mísera y corta, lacayuelo de la muerte. Cada zapato podia ser tumba de un filisteo. Pues ¿su aposento? Aun arañas no habia en él: conjuraba los ratones, de miedo que no le royesen algunos mendrugos que guardaba; la cama tenia en el suelo, y dormia siempre de un lado, por no gastar las sábanas; al fin, era archipobre y protomiseria. A poder pues deste vine, y en su poder estuve con don Diego; y la noche que llegamos nos señaló nuestro aposento y nos hizo una plática corta, que por no gastar tiempo no duró más. Díjonos lo que habiamos de hacer: estuvimos ocupados en esto hasta la hora de comer; fuimos allá: comian los amos primero, y servíamos los criados. El refitorio era un aposento como un medio celemin; sustentábanse á una mesa hasta cinco caballeros. Yo miré lo primero por los gatos; y como no los ví, pregunté que cómo no los habia á un criado antiguo, el cual, de flaco, estaba ya con la marca del pupilaje. Comenzó á enternecerse, y dijo:

—¿Cómo gatos? Pues ¿quién os ha dicho á vos que los gatos son amigos de ayunos y penitencias? En lo gordo se os echa de ver que sois nuevo. Yo con esto me comencé á afligir, y más me asusté cuando advertí que todos los que de ántes vivian en el pupilaje estaban como lesnas, con unas caras que parecian se afeitaban con diaquilon. Sentóse el licenciado Cabra y echó la bendicion: comieron una comida eterna, sin principio ni fin; trajeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer una dellas peligraba Narciso más que en la fuente. Noté con la ansia que los macilentos dedos se echaban á nado tras un garbanzo huérfano y solo, que estaba en el suelo. Decia Cabra á cada sorbo:

—Cierto que no hay tal cosa como la olla, digan lo que dijeren; todo lo demás es vicio y gula. Acabando de decillo, echóse su escudilla á pechos, diciendo: Todo esto es salud y otro tanto ingenio.

—¡Mal ingenio te acabe! decia yo entre mí, cuando ví un mozo medio espíritu, y tan flaco, con un plato de carne en las manos, que

parecia la habia quitado de sí mismo. Venía un nabo aventurero á vueltas, y dijo el maestro:

—¿Nabos hay? No hay para mí perdiz que se le iguale: coman; que me huelgo de vellos comer. Repartió á cada uno tan poco carnero, que en lo que se les pegó á las uñas y se les quedó entre los dientes pienso que se consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes. Cabra los miraba, y decía: Coman; que mozos son, y me huelgo de ver sus buenas ganas. (Mire vuesamerced qué buen aliño para los que bostezaban de hambre.) Acabaron de comer, y quedaron unos mendrugos en la mesa, y en el plato unos pellejos y unos huesos, y dijo el pupilero:

—Quede esto para los criados; que tambien han de comer: no lo queramos todo.

—¡Mal te haga Dios y lo que has comido, lacerado, decia yo; que tal amenaza has hecho á mis tripas! Echó la bendición, y dijo:

..... Quede esto para los criados

(*El Buscón* lib.° I, cap.° III.)

—Ea, démos lugar á los criados, y váyanse hasta las dos á hacer ejercicio; no les haga mal lo que han comido. Entónces yo no pude tener la risa, abriendo toda la boca. Enojóse mucho, y díjome que aprendiese modestia, y tres ó cuatro sentencias viejas, y fuése. Sentémonos nosotros; y yo, que ví el negocio mal parado, y que mis tripas pedian justicia, como más cano y más fuerte que los otros, arremetí al plato, como arremetieron todos, y emboquéme de tres mendrugos los dos y el un pellejo. Comenzaron los otros á gruñir: al ruido entró Cabra, diciendo:

—Coman como hermanos, pues Dios les da con qué; no riñan que para todos hay. Volvióse al sol, y dejónos solos. Certifico á vuesamerced que habia uno dellos que se llamaba Surre, vizcaíno, tan olvidado ya de cómo y por dónde se comia, que una cortecilla

que le cupo la llevó dos veces á los ojos, y de tres no la acertaba á encaminar de las manos á la boca. Y pedí yo de beber (que los otros por estar casi ayunos no lo hacian), y diéronme un vaso con agua; y no le hube bien llegado á la boca, cuando, como si fuera lavatorio de comunion, me le quitó el mozo espiritado que dije. Levantóme con grande dolor de mi ánima, viendo que estaba en casa donde se brindaba á las tripas, y no hacian la razon. Dióme gana de descomer (aunque no habia comido), digo, de proveerme, y pregunté por las necesarias á un antiguo, y díjome:

—No lo sé; en esta casa no las hay; para una vez que os proveeréis mientras aquí estuviéredes, donde quiera podeis; que aquí estoy dos meses há, y no he hecho tal cosa sino el dia que entré, como vos agora, de lo que cené en mi casa la noche ántes. ¿Cómo encareceré yo mi tristeza y pena? Fué tanta, que considerando lo poco que habia de entrar en mi cuerpo, no osé (aunque tenia gana) echar nada dél. Entretuvímonos hasta la noche. Decíame don Diego que qué haria él para persuadir á las tripas que habian comido, porque no lo querian creer. Andaban vaguidos en aquella casa, como en otra ahítos. Llegó la hora de cenar; pasóse la merienda en blanco: cenamos mucho ménos, y no carnero, sino un poco del nombre del maestro, cabra asada. Mire vuesamerced si inventara el diablo tal cosa.

—Es cosa muy saludable y provechosa, decia, cenar poco para tener el estómago desocupado; y citaba una retahila de médicos infernales. Decia alabanzas de la dieta, y que ahorraba un hombre sueños pesados; sabiendo que en su casa no se podia soñar otra cosa sino que comian. Cenaron, y cenamos todos, y no cenó ninguno. Fuímonos á acostar, y en toda la noche yo ni don Diego pudimos dormir; él trazando de quejarse á su padre, y pedir que le sacase de allí, y yo aconsejándole que lo hiciese; aunque últimamente le dije:

—Señor, ¿sabeis de cierto si estamos vivos? Porque yo imagino que en la pendencia de las berceras nos mataron, y que somos ánimas que estamos en el purgatorio; y así, es por demás decir que nos saque vuestro padre si alguno no nos reza en alguna cuenta de perdones, y nos saca de penas con alguna misa en privilegiado....

Entre estas pláticas y un poco que dormimos se llegó la hora de levantar: dieron las seis, llamó Cabra a licion: fuímos, y oímosla todos. Ya mis espaldas nadaban en el jubon, y las piernas daban lugar á otras siete calzas; los dientes sacaba con tobas amarillos, vestidos de desesperacion. Mandáronme leer el primer nominativo á los otros, y era de manera mi hambre, que me desayuné con la mitad de las razones, comiéndomelas. Y todo esto creerá quien supiere lo que me contó el mozo de Cabra, diciendo que él ha visto meter en casa, recien venido, dos frisones, y que á dos dias salieron caballos ligeros, que volaban por los aires; y que vió meter mastines pesados, y á tres horas salir galgos corredores; y que una cuaresma topó muchos hombres, unos metiendo los piés, otros las manos, y otros todo el cuerpo, en el portal de su casa (esto por muy gran rato), y mucha gente que venía á solo aquello de fuera; y preguntando un dia que qué sería, porque Cabra se enojó de que se lo preguntase, respondió que los unos tenian sarna, y los otros sabañones, y que en metiéndolos en aquella casa morian e hambre; de manera que no comian de allí adelante. Certificóme que era verdad. Yo, que conocí la casa, lo creo: dígolo porque no parezca encarecimiento lo dije. Y volviendo á la licion, dióla, y decorámosla, y proseguí siempre en aquel modo de vivir que he contado. Solo añadió á la comida tocino en la olla, por no sé qué que le dijeron un dia de hidalguía allá fuera; y así, tenia una caja de hierro, toda agujerada como salvadera; abríala, y metía un pedazo de tocino en ella, que la llenase, y tornábala á cerrar, y metíala colgando de un cordel en la olla, para que la diese algun zumo por los agujeros, y quedase para otro dia el tocino. Parecióle despues que en esto se gastaba mucho, y dió en solo asomar el tocino en la olla. Pasábamoslo con estas cosas como se puede imaginar. Don Diego y yo nos vimos tan al cabo, que ya que para comer no hallábamos remedio, pasado un mes le buscámos para no levantarnos de mañana; y así, trazábamos de decir que teníamos algún mal; pero no dijimos calentura, porque no la teniendo, era fácil de conocer el enredo; dolor de cabeza ó muelas era poco estorbo: dijimos al fin que nos dolian las tripas, y estábamos malos de achaque de no haber hecho de nuestras personas en tres dias, fiados en que á trueque de no gastar dos cuartos no buscaria remedio. Ordenólo el

diablo de otra suerte, porque tenia una receta que habia heredado de su padre, que fué boticario. Supo el mal, y aderezó una melecina; y llamando una vieja de setenta años, tia suya, que le servia de enfermera, dijo que nos echase sendas gaitas. Empezaron por don Diego: el desventurado atajóse, y la vieja, en vez de echársela dentro, disparósela por entre la camisa y el espinazo, y dióle con ella en el cogote, y vino á servir por defuera guarnición la que dentro habia de ser aforro. Quedó el mozo dando gritos: vino Cabra, y viéndolo, dijo que me echasen á mí la otra; que luego tornarian á don Diego. Yo me vestia; pero me valió poco, porque teniéndome Cabra y otros, me la echó la vieja, á la cual de retorno dí con ella en toda la cara. Enojóse Cabra conmigo, y dijo que él me echaria de su casa; que bien se echaba de ver que era bellaquería todo, mas no lo quiso mi ventura. Quejámonos nosotros a don Alonso, y el Cabra le hacia creer que lo hacíamos por no asistir al estudio. Con esto no nos valian plegarias. Metió en casa la vieja por ama, para que guisase, y sirviese á los pupilos, y despidió al criado, porque le halló el viernes á la mañana con unas migajas de pan en la ropilla. Lo que pasámos con la vieja Dios lo sabe, era tan sorda, que no oia nada; entendía por señas; ciega, y tan gran rezadera, que un dia se le desensartó el rosario sobre la olla, y nos la trujo con el caldo más devoto que jamás comí. Unos decian:

—¿Garbanzos negros? Sin duda son de Etipía. Otros decian:

—¿Garbanzos con luto? ¿Quién se les habia muerto? Mi amo fué el que se encajó una cuenta, y al mascar se quebró un diente. Los viérnes nos solia enviar unos huevos, á fuerza de pelos y canas suyas, que podian pretender corregimiento ó abogacía. Pues meter el badil por el cucharon, inviar una escudilla de caldo empedrada, era ordinario. Mil veces topé yo sabandijas, palos, y estopa de la que hilaba, en la olla; y todo lo metia para que hiciese presencia en las tripas y abultase. Pasámos este trabajo hasta la cuaresma que vino, y á la entrada de la estuvo malo un compañero. Cabra, por no gastar, detuvo el llamar médico, hasta que ya él pedia confesión más que otra cosa. Llamó entonces un platicante, el cual le tomó el pulso, y dijo que la hambre le habia ganado por la mano en matar aque hombre. Diéronle el Sacramento, y el pobre cuando o vió (que habia un dia que no hablaba) dijo.

—Señor mio Jesucristo, necesario ha sido el veros entrar en esta casa para persuadirme de que no es el infierno. Imprimiéronsele estas razones en el corazon: murió el pobre mozo, enterrárnosle muy pobremente, por ser forastero, y quedamos todos asombrados. Divulgóse por el pueblo el caso atroz; llegó á oídos de don Alonso Coronel; y como no tenia otro hijo, desengañóse de las crueldades de Cabra, y comenzó á dar más crédito á las razones de dos sombras, que ya estábamos reducidos á tan miserable estado. Vino á sacarnos del pupilaje, y teniéndonos delante, nos preguntaba por nosotros; y tales nos vió, que sin aguardar á más, trató muy mal de palabra al licenciado Vigilia. Nos mandó llevar en dos sillas á casa: despedímonos de los compañeros, que nos seguian con los deseos y con los ojos, haciendo las lástimas que hace el que queda en Argel viendo venir rescatados sus compañeros.

IV

De la convalecencia y ida a estudiar á Alcalá de Henáres.

ENTRÁMOS en casa de don Alonso, y echaronnos en dos camas con mucho tiento, porque no se nos desparramasen los huesos de puros roídos del hambre. Trujeron exploradores que nos buscasen los ojos por toda la cara, y a mi, como habia sido mi trabajo mayor, y la hambre imperial (al fin me trataban como á criado), en buen rato no me los hallaron. Trajeron médicos, y mandaron que nos limpiasen con zorras el polvo de las bocas, como á retablos; y bien lo éramos de duelos. Ordenaron que nos diesen sustancias y pistos. ¿Quién podrá contar á la primera almendrada y á la primera ave las luminarias que pusieron las tripas de contento? Todo les hacia novedad. Mandaron los doctores que por nueve dias no hablase nadie recio en nuestro aposento, porque, como estaban huecos los estómagos, sonaba en ellos el eco de cualquier palabra. Con estas y otras prevenciones comenzamos á volver y cobrar algún aliento; pero nunca podian las quijadas desdoblarse, que estaban negras y alforzadas; y así, se dió orden que cada dia nos las ahormasen con la mano de un almirez. Levantémonos á hacer pinicos dentro de cuatro dias, y aun parecíamos sombras de otros hombres, y en lo amarillo y flaco, simiente de los padres del hiermo. Todo el dia gastábamos en dar gracias á Dios por habernos rescatado de la captividad del fierísimo Cabra, y rogábamos al Señor que ningún cristiano cayese en sus manos crueles. Si acaso comiendo alguna vez nos acordábamos de las mesas del mal pupilero, se nos aumentaba el hambre tanto, que acrecentábamos la costa aquel dia. Solíamos contar á don Alonso cómo al sentarse á la mesa nos decia males de la gula (no habiéndola él conocido en su vida), y reíase mucho cuando le contábamos que en el mandamiento de *No matarás* metía perdices y capones y todas las cosas que no queria

darnos; y por el consiguiente la hambre, pues parecía que tenia por pecado, no solo el matarla, sino el criarla, segun recataba el comer. Pasáronsenos tres meses en esto, y al cabo trató don Alonso de inviar á su hijo á Alcalá á estudiar lo que le faltaba de la gramática. Díjome á mí si queria ir, y yo, que no deseaba otra cosa sino salir de tierra donde se oyese el nombre de aquel malvado perseguidor de estómagos, ofrecí de servir á su hijo, como veria. Y con esto dióle un criado para mayordomo que le gobernase la casa y le tuviese cuenta del dinero del gasto, que nos daba remitido en cédulas para un hombre que se llamaba Julián Merluza. Pusimos el hato en el carro de un Diego Monje: era una media camita, y otra de cordeles con ruedas, para metella debajo de la otra mia y del mayordomo, que se llamaba Aranda; cinco colchones y ocho sábanas, ocho almohadas, cuatro tapices, un cofre con ropa y las demás zarandajas de casa. Nosotros nos metimos en un coche, salimos á la tardecita antes de anochecer una hora, y llegamos á la media noche á la siempre maldita venta de Viveros. El ven tero era morisco y ladrón (que en mi vida vi perro y gato juntos con la paz que aquel dia), hízonos gran fiesta, y como él y los ministros del carretero iban horros que ya habian llegado también con el hato ántes, que nosotros veníamos de espacio*);* pegóse al coche, dióme á mí la mano para salir del estribo, y díjome si iba á estudiar. Yo le respondí que sí. Metióme adentro, donde estaban dos rufianes con unas mujercillas, un cura rezando al olor, un viejo mercader y avariento procurando olvidarse de cenar, y dos estudiantes fregones de los de mantellina buscando trazas para engullir. Mi amo pues, como más nuevo en la venta, y muchacho, dijo:

—Señor huésped, déme lo que hubiere para mí y dos criados.

—Todos lo somos de vuesamerced, dijeron al punto los rufianes, y le hemos de servir. Hola, huésped, mirá que este caballero os agradecerá lo que hiciéredes: vaciad la dispensa. Y diciendo esto llegóse uno y quitóle la capa diciendo:

—Descanse vuesamerced, mi señor; y púsola en un poyo. Estaba yo con esto desvanecido y hecho dueño de la venta. Dijo una de las ninfas:

—¡Qué buen talle de caballero! ¿Y va á estudiar? ¿Es vuesamerced su criado? Yo respondí creyendo que era así como lo

decían, que yo y el otro lo éramos. Preguntáronme su nombre, y no bien lo dije, cuando el uno de los estudiantes se llegó á él, medio llorando, y dándole un abrazo apretadísimo, dijo:

—¡Oh mi señor don Diego! ¡Quién me dijera á mí agora diez años que habia de Ver yo á vuesamerced desta manera! ¡Desdichado de mí, que estoy tal que no me conocerá vuesamerced! El se quedó admirado y yo también, que jurámos entrambos no habelle visto en nuestra vida. El otro compañero andaba mirando á don Diego á la cara, y dijo á su amigo:

—¿Es este señor de cuyo padre me dijistes vos tantas cosas? ¡Gran dicha ha sido nuestra encontralle y conocelle, segun está de grande! Dios le guarde; y empezó á santiguarse. ¿Quién no creyera que se habian criado con nosotros? Don Diego se le ofreció mucho, y preguntándole su nombre, salió el ventero y puso los manteles, y oliendo la estafa, dijo:

—Dejen eso, que despues de cenar se hablará; que se enfria. Llegó un rufián y puso asientos para todos, y una silla para don Diego, y el otro trujo un plato. Los estudiantes dijeron:

—Cene vuesamerced; que entre tanto que á nosotros nos adrezan lo que hubiere, le servirémos á la mesa.

—¡Jesús! dijo don Diego, vuesas mercedes se asienten si son servidos; y á esto respondieron los rufianes (no hablando con ellos):

—Luego, mi señor, que aun no está todo á punto o cuando vi á los unos convidados y á los otros que se convidaban, afligíme y temí lo que sucedió, porque los estudiantes tomaron la ensalada, que era un razonable plato, y mirando á mi amo dijeron:

—No es razón que donde está un caballero tan principal se queden estas damas por comer; mande vuesamerced que alcancen un bocado. El, haciendo del galán, convidólas; sentáronse, y entre los dos estudiantes y ellas no dejaron en cuatro bocados sino un cogollo, el cual se comió don Diego; y al dársele aquel maldito estudiante le dijo:

—Un agüelo tuvo vuesamerced tio de mi padre, que en viendo lechugas se desmayaba; ¡que hombre era tan cabal! Y diciendo esto, se puso un panecillo, y el otro otro. Pues las ninfas ya daban cuenta de un pan, y el que más comia era el cura con el mirar solo.

Sentáronse los rufianes con medio cabrito asado, dos lonjas de tocino y un par de palominos cocidos, y dijeron:

—Pues, padre, ¿ahí se está? Llegue y alcance; que mi señor don Diego nos hace merced á todos. No bien se lo dijeron cuando se sentó: ya cuando vió mi amo que todos se le habian encajado, comenzóse á afligir; Repartiéronlo todo, y al don Diego dieron no sé qué huesos y alones; lo demás engulleron el cura y los otros. Decian los rufianes:

—No cene mucho, señor, que le hará mal; y replicaba el maldito estudiante:

—Y más que es menester hacerse á comer poco para la vida de Alcalá. Yo y el otro criado estábamos rogando á Dios que les pusiese en corazon que dejasen algo. Y ya que lo hubieron comido todo, y que el cura repasaba los huesos de los otros, volvió el un rufián y dijo:

—¡Oh pecador de mí! No habernos dejado nada á los criados. Vengan aquí vuesas mercedes. Ah señor huésped, déles todo lo que hubiere; vé aquí un doblon. Tan presto salió el descomulgado pariente de mi amo (digo el escolar), y dijo:

-Aunque vuesamerced me perdone, señor hidalgo, debe saber poco de cortesía: ¿conoce por dicha á mi señor primo? El dará á sus criados y aun á los nuestros si los tuviéramos, como nos ha dado á nosotros.

—No se enoje vuesamerced, que no le conocían. Maldiciones le eché cuando vi tan grande disimulación, que no pensé acabar. Levantaron las mesas, *y* todos dijeron á don Diego que se acostase; él quería pagar la cena, y replicáronle que á la mañana habria lugar. Estuviéronse un rato parlando; preguntóle su nombre al estudiante; y él dijo que se llamaba don Tal Coronel. En malos infiernos arda el embustero en con e quiera que está. Vió que dormia el avariento, dijo.

—¿Vuesamerced quiere reír? Pues hagamos alguna burla á este viejo, que no ha comido sino un peí o todo el camino, y es riquísimo. Los rufianes dijeron.

—Bien haya el licenciado; hágalo, que es razon. Con esto se llegó y sacó al pobre viejo que dormia, de debajo de los piés unas alforjas, y desenvolviéndolas halló una caja, y como si fuera de

guerra, hizo gente. Llegáronse todos, y abriéndola, vió que era de alcorzas. Sacó todas cuantas habia, y en su lugar puso piedras, palos y lo que halló; luego se proveyó sobre lo dicho, y encima de la suciedad puso hasta una docena de yesones. Cerró la caja y dijo.

—Pues aun no basta; que bota tiene. Sacóla el vino, y desenfundando una almohada de nuestro coche, des pues de haber echado un poco de vino debajo, se la llenó de lana y estopa y la cerró. Con esto se fueron todos á acostar para una hora que quedaba media, el estudiante lo puso todo en las alforjas, y en la capilla del gaban echó una gran piedra, y fuése á dormir. Llegó la hora del caminar, despertaron todos, y el viejo todavía dormía. Llamáronle, y al levantarse no podia levantar la capilla del gaban; miró lo que era, y el mesonero adrede le riñó diciendo:

—Cuerpo de Dios, ¿no halló otra cosa que llevarse, padre, sino esta piedra?*;* Qué les parece á vuesas mercedes, si yo no lo hubiera visto? Cosa es que estimo en más de cien ducados, porque es contra el dolor de estómago. Juraba y perjuraba diciendo que no habia metido él tal en la capilla.

Los rufianes hicieron la cuenta, y vino á montar sesenta reales, que no entendiera Juan de Léganos la suma. Decian los estudiantes:

—Como hemos de servir á vuesamerced en Alcalá, quedamos ajustados en el gasto. Almorzámos un bocado, y el viejo tomó sus alforjas; y porque no viésemos lo que sacaba y no partir con nadie, desatólas á escuras debajo el gaban, y agarrando un yesón untado, echóselo en la boca, y fuéle á hincar una muela y medio diente que tenia, y por poco los perdiera. Comenzó á escupir y hacer gestos de asco y de dolor. Llegámos todos á él, y el cura el primero, diciéndole

qué tenia. Comenzóse á ofrecer á Satanás, dejó caer las alforjas, llegóse á él el estudiante, y dijo:

—Arriedro vayas, Satan, cata la cruz. Otro abrió un breviario, y hiciéronle creer que estaba endemoniado, hasta que él mismo dijo lo que era, y pidió le dejasen enjaguar la boca con un poco de vino que él traia en la bota. Dejáronle, y sacándola abrióla; y abocando en un vasito un poco de vino, salió con lana y estopa un vino salvaje, tan barbado y velloso, que no se podia beber ni colar. Entonces acabó de perder la paciencia el viejo, pero viendo las descompuestas carcajadas de risa, tuvo por bien el callar y subir en el carro con los rufianes y mujeres. Los estudiantes y el cura se ensartaron en un borrico, y nosotros nos pusimos en el coche; y aun no bien habia comenzado a caminar, cuando los unos y los otros nos comenzaron á dar vaya, declarando la burla. El ventero decia:

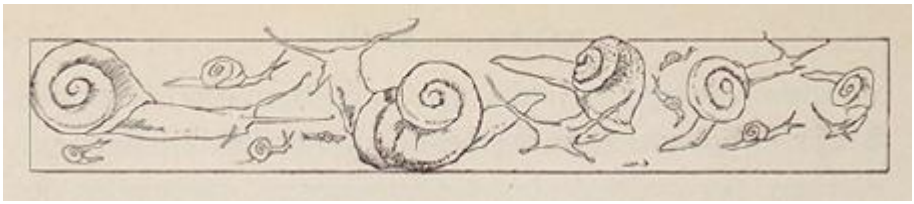
—Señor nuevo, á pocas estrenas como esta envejecerá. El cura decia:

—Sacerdote soy, allá se lo dirán de misas el estudiante maldito voceaba:

—Señor primo, otra vez rásquese cuando le coma, y no después. El otro decia:

Sarna dé á vuesamerced, señor don Diego. Nosotros dimos en no hacer caso. Dios sabe cuan corridos íbamos.

Con estas y otras cosas llegámos a la villa; apeámonos en mesón, y en todo el dia (que llegámos á las nueve) acabamos de contar la cena pasada, y nunca pudimos sacar en limpio el gasto.



V

De la entrada de Alcalá, patente y burlas que me hicieron por nuevo.

ANTES que anocheciese salimos del mesón á la casa que nos tenian alquilada, que estaba fuera la puerta de Santiago, patio de estudiantes donde hay muchos juntos, aunque esta teníamos entre tres moradores diferentes no más. Era el dueño y huésped de los que creen en Dios por cortesía ó sobre falso: moriscos los llaman en el pueblo, que hay muy grande cosecha desta geste y de la que tiene sobradas narices, y solo les falta para oler tocino: digo esto, confesando la mucha nobleza que hay entre la gente principal, que cierto es mucha. Recibióme pues el huésped con peor cara que si yo fuera el Santísimo Sacramento: ni sé si lo hizo porque le comenzásemos á tener respeto, ó por ser natural suyo dellos, que no es mucho tenga mala condicion quien no tiene buena ley. Pusimos nuestro hato, acomodamos as mas y lo demás, y dormimos aquella noche. Amaneció y hélos aquí en camisa todos los estudiantes de a posada á pedir la patente á mi amo. El, que no sabía lo qué era, preguntóme que qué querían. Y o entre por lo que podia suceder, me acomodé entre dos colchones, y sola tenia la media cabeza fuera, que parecia tortuga. Pidieron dos docenas de reales; diéronelos, y cantando comenzaron una grita del diablo, Diciendo Viva el compañero, y sea admitido en nuestra amistad; goce de las preeminencias de antiguo, pueda tener sarna, andar manchado y padecer el hambre que todos. Y con esto (¡mire vuesamerced qué privilegio!) ron por la escalera, y al momento nos

vestímos no otros y tomámos el camino para escuelas. A mi amo apadrinároнle unos colegiales conocidos de su padre, y entró en su general; pero yo, que habia de entrar en otro diferente y fui solo, comencé á temblar. Entre en el patio, y no hube metido bien el pié, cuando me encararon y empezaron á decir: Nuevo o, por disimular, di en reír, como que no hacia caso, más no basto, porque llegándose á mí ocho ó nueve, comenzaron reirse. Púseme colorado (nunca Dios lo permitiera), pues al instante se puso uno que estaba á mi lado sus manos en las narices, y apartándose dijo.

—Por resucitar está este Lázaro, segun hice e, esto todos se apartaron, tapándose las narices. Yo, que me pensé escapar, también me puse las manos y dije:

—Vuesas mercedes tienen razón, que güele muy Dióles mucha risa, y apartándose, ya estaban ju hasta ciento. Comenzaron á escarbar y tocar al arma, y en las toses y abrir y cerrar de las bocas, vi que se me aparejaban gargajos. En esto un manchegazo atatarrado me hizo alarde de uno terrible, diciendo:

—Esto hago. Yo entonces, que me vi perdido, dije:

—Juro á Dios que me la... Iba á decirle, pero fue tal la batería y lluvia que cayó sobre mí, que no pude acabar la razón. Yo estaba cubierto el rostro con la capa, y tan blanco, que todos tiraban á mí, y era de ver sin duda como tomaban la puntería. Estaba ya nevado de pies á cabeza; pero un bellaco, viéndome cubierto y que no tenia en la cara cosa, arrancó hacia mí, diciendo con gran cólera:

—Basta, no le matéis. Yo, que segun me trataban, creí dellos que lo harian, destapé por ver lo que era, y al mismo tiempo el que daba las voces me enclavó un gargajo entre los dos ojos. Aquí se han de considerar mis angustias: levantó la infernal gente una grita que me aturdieron; y yo, segun lo que echaron sobre mí de sus estómagos, pensé que por ahorrar de médicos y boticas aguardaban nuevos para purgarse. Quisieron tras esto darme de pescozones; pero no habia dónde, sin llevarse en las manos la mitad del aceite de mi negra capa, ya blanca por mis pecados. Dejáronme; y iba hecho aljufaina de viejo á pura saliva; fuíme á casa, que apénas acerté á entrar en ella, y fué ventura el ser de mañana, porque solo topé dos ó tres muchachos (que debian ser bien inclinados) porque no me tiraron más de cuatro á seis trapazos, y luego se fuéron. Entré en

casa, y el morisco, que me vió, comenzó á reirse y hacer como que queria escupirme. Yo, que temí que lo hiciese, dije:

—Tened, huésped, que no soy *Ecce-Homo.* Nunca lo dijera, porque me dió dos libras de porrazos so re hombros con las pesas que tenia. Con esta ayuda costa, medio baldado, subí arriba, y en buscar dónde asir la sotana y el manteo se pasó mucho al fin le quité, y me eché en la cama, colgué e azotea. Vino mi amo, y como no sabia la asquerosa aventura, enojóse y comenzóme á dar repelones con tanta priesa, que á dos más me despierta calvo. Levantóme dando voces y quejándome, y él con más cólera dijo:

—¿Es buen modo de servir este, Pablos? Ya es otra vida. Yo, cuando oí decir otra vida, entendí que era ya muerto, y dije:

—Bien me anima vuesamerced en mis trabajos; vea cuál está aquella sotana y manteo, que ha servido de pañizuelos á las mayo narices que se han visto jamás en paso de Sema Santa; y con esto empecé á llorar.

El, viendo mi llanto, creyólo, y buscando a o y viéndola, compadecióse de mí y dijo.

—Pablos, abre el ojo, que asan carne; mira por tí que aquí no tienes otro padre ni madre. Contéle todo lo que habia pasado, y mandóme desnudar mi aposento, que era donde dormían cuatro

criados de los huéspedes de casa. Acostóme y dormí; y con esto á la noche, despues de haber comido y cenado bien, me hallé fuerte ya, como si no hubiera pasado nada por mí; pero cuando comienzan desgracias en una, parece que nunca se han de acabar, que andan encadenadas, y unas traen á otras. Viniéronse á acostar los otros criados, y saludándome todos, me preguntaron si estaba malo, y cómo estaba en la cama. Yo les conté el caso, y al punto, como si en ellos no hubiera mal ninguno, se empezaron á santiguar diciendo:

—No se hiciera entre luteranos.

—¡Hay tal maldad! Otro decia:

—El rector tiene la culpa en no poner remedio. ¿Conocerá los que eran? Yo respondí que nó, y agradecíles la merced que me mostraban hacer. Con esto se acabaron de desnudar, acostáronse, mataron la luz, y dormíme yo, que me parecía estaba con mi padre y mis hermanos. Debían ser las doce, cuando el uno dellos me despertó á puros gritos, diciendo:

—¡Ay, que me matan! ¡Ladrones! Sonaban en su cama unas voces y golpes de látigo. Yo levanté la cabeza y dije:

—¿Qué es eso? y apénas me descubrí, cuando con una maroma me asentaron un azote con hijos en todas las espaldas. Comencé á quejarme, quíseme levantar; quejábase el otro también, y dábame á mí solo. Yo comencé á decir: ¡Justicia de Dios! Pero menudeaban tanto los azotes sobre mí, que ya no me quedó (por haberme tirado las frazadas abajo) remedio sino el de meterme debajo de la cama. Hízelo así, y al punto los tres que dormían empezaron á dar gritos también: y como sonaban los azotes, yo creí que alguno de afuera nos daba á todos. Entre tanto aquel maldito que junto á mí se pasó á mi cama y proveyó en e y brióla; y pasándose á la suya, cesaron os azo, y levantáronse con grandes gritos todos cuatro diciendo:

—Es gran bellaquería, y no ha de pasar así. Todavía me estaba debajo de la cama, quejándome como perro cogido entre puertas, tan encogido, que un galgo con calambres. Hicieron los otros que cerraban la puerta, y yo entonces salí de donde estaba, y subíme á mi cama, preguntando si acaso les habian hecho mal: todos se quejaban de muerte. Acosté y cubríme, y torné á dormir; y como entre sueños revolcase, cuando desperté hallóme sucio hasta

trenzas. Levantáronse todos, y yo tomé por achaque los azotes para no vestirme; no habia diablos que m moviesen de un lado: estaba confuso considerando si acaso con el miedo y la turbación, sin sentirlo, habia hecho aquella vileza, ó si entre sueños; al fin yo me hallaba inocente y culpado, y no sabía disculparme. Los compañeros se llegaron á mí quejándose y mu disimulados á preguntarme cómo estaba; y yo les dije que muy malo, porque me habian dado muchos azote Preguntábales yo qué podía haber sido, y ellos decía

—A fe que no se escape, que el matemático nos dirá. Pero dejando esto, veamos si estáis herido, que os quejábades mucho; y diciendo esto, fuéron á levantar la ropa con deseo de afrentarme. En esto mi entró diciendo:

-¿Es posible, Pablos, que no he de poder contigo. Son las ocho, ¿y estáste en la cama? Levántate enhoramala. Los otros, por asegurarme, contaron á don Diego el caso todo, y pidiéronle que me dejase dormir, y decia uno:

—Y si vuesamerced no lo cree, levanta, amigo, y agarraba de la ropa. Yo la tenia asida con los dientes por no mostrar la caca; y cuando ellos vieron que no habia remedio por aquel camino, dijo uno:

—¡Cuerpo de Dios, y cómo hiede! Don Diego dijo lo mismo, porque era verdad; y luego tras él comenzaron todos á mirar si habia en el aposento algún servicio; decían que no se podia estar allí. Dijo uno:

—Pues es muy bueno esto para haber de estudiar. Miraron las camas, y quitáronlas para ver debajo, y dijeron:

—Sin duda debajo de la de Pablos hay algo; pasémosle á una de las nuestras, y miremos debajo della. Yo, que veia poco remedio en el negocio y que me iban á echar la garra, fingí que me habia dado mal de corazon; agarróme á los palos y hice visajes. Ellos, que sabían el misterio, apretaron conmigo, diciendo:

—¡Gran lástima! Don Diego me tomó el dedo del corazon, y al fin entre los cinco me levantaron; y al alzar las sábanas fué tanta la risa de todos, viendo los recientes, no ya palominos, sino palomos grandes, que se hundía el aposento.

—Pobre dél, decían los grandísimos bellacos; yo hacia el desmayado.

—Tírele vuesamerced mucho dese dedo del corazon; y mi amo, entendiendo hacerme bien, tanto tiró, que me le desconcertó. Los otros también trataron de darme un garrote en los muslos, y decían:

—El pobrecito ahora sin duda se ensució cuando le dió el mal. ¡Quién dirá lo que yo pasaba entre nu, uno con la vergüenza, descoyuntado un dedo, y á peligro de que me diesen garrote! Al fin, de miedo que me le diesen (que ya me tenían los cordeles en los muslos), hice que habia vuelto; y por presto que lo hice, como los bellacos iban con malicia, ya me habian hecho dos dedos de señal en cada pierna. Dejáronme diciendo.

—¡Jesus, y qué flaco sois! o lloraba de enojo, y ellos decían adrede:

—Más va en vuestra salud que en el haberos ensuciado: callé; y con esto me pusieron en la cama después de haberme lavado, y se fuéron o no hacia a solas sino considerar cómo casi era más lo que habia pasado en Alcalá en un dia que todo lo que me sucedió con Cabra. A medio dia me vestí, limpié la sotana lo mejor que pude (lavándola como gualdrapa), aguardé á mi amo, que en llegando me preguntó cómo estaba. Comieron todos los de casa y yo, aunque poco y de mala gana; y despues, juntándonos todos a par ar en el corredor, los otros criados, despues de darme vaya, declararon la burla. Riéronla todos, doblóseme mi afrenta; y dije entre mí:

—Avison, Pablos, alerta. Propuse de hacer nueva vida; y con esto, hechos amigos, vivimos de allí adelante todos los de casa como hermanos, y en las escuelas y patios nadie me inquietó más.

VI

De las crueldades del ama, y travesuras que yo hice.

HAZ *como vieres,* dice el refrán, y dice bien. De puro considerar en él, vine a verme de ser bellaco con los bellacos, y más, si pudiese, que todos. No sé si salí con ello; pero yo aseguro á vuesamerced que hice todas las diligencias posibles. Lo primero, yo puse pena de la vi todos los cochinos que se entrasen en casa, los pollos del ama que del corral pasasen á mi aposento. Sucedió que un dia entraron dos puercos del mejor al o] vi en mi vida; yo estaba jugando con los otros criados, y oílos gruñir y dije á uno:

—Vaya, y vea quién gruñe en nuestra casa. Fué, y dijo que dos marranos. Yo, que lo oí, me enoje ta que salí allá diciendo que era mucha bellaqueus atrevimiento venir á gruñir á casas ajenas; y diciendo esto, envásele á cada uno (á puerta cerrada) la espada por los pechos, y luego los acogotamos; y porque no se oyese el ruido que hacían, todos á la par dábamos grandísimos gritos como que cantábamos; y así expiraron en nuestras manos. Sacámos los vientres, recogimos la sangre, y á puros jergones los medio chamuscamos en el corral; de suerte que cuando vinieron los amos ya estaba hecho, aunque mal, sino eran los vientres, que no estaban acabadas de hacer las morcillas, y no por falta de priesa, que en verdad que por no detenernos las habiamos dejado la mitad de lo que ellos se tenian dentro. Supo pues don Diego y el mayordomo el caso, y enojáronse conmigo de manera, que obligaron á los huéspedes (que de risa no se podían valer) á volver por mí. Preguntábame don Diego qué habia de decir si me

acusaban y me prendia la justicia. A lo cual respondí yo que me llamaría hambre, que es el sagrado de los estudiantes, y si no me valiese, diria:

—Como se entraron sin llamar á la puerta, como en su casa, entendí que eran nuestros. Riéronse todos de las disculpas. Dijo don Diego:

—A fe, Pablos, que os hacéis á las armas. Era de notar ver á mi amo tan quieto y religioso, y á mí tan travieso, que el uno exageraba al otro ó la virtud ó el vicio.

No cabia el ama de contento, porque éramos los dos al mohíno: habiamonos conjurado contra la despensa. Yo era el despensero Judas, que desde entonces heredé no sé qué amor á la sisa en este oficio. La carne no guardaba en manos del ama la orden retórica porque siempre iba de más á menos; y la vez que podia echar cabra ó oveja, no echaba carnero, y si habia huesos, no entraba cosa magra: y así hacia unas ollas tísicas de puro flacas; unos caldos, que á estar cuajados, se podian hacer sartas de cristal de las dos pase diferenciar, para que estuviese gorda la o a, so unos cabos de velas de sebo. Ella decia (cuando yo estaba delante) á mi amo:...

—Por cierto que no hay servicio como el de Pablicos, si él no fuese travieso: consérvele vuesamerced, que bien se le puede sufrir el ser travieso por la fidelidad; lo mejor de la plaza trae. Y o por el consiguiente, decia de ella lo mismo, y así teníamos engaña casa. Si se compraba aceite de por junto, car tocino, escondíamos la metad, y cuando nos padecíamos el ama y yo:

—Modérense vuesas mercedes en el gasto, que e verdad, si se dan tanta priesa, no baste la hacienda del rey. Ya se ha acabado el aceite ó el carbón; pcio ta priesa se han dado. Mande vuesamerced comprar más, y á fe que se ha de lucir de otra manera: dénle dineros á Pablicos. Dábanmelos, y vendíamosles la metad sisada, y de lo que comprábamos, la otra metad, es era en todo. Y si alguna vez compraba yo algo plaza por lo que valia, reñíamos adrede el ama y yo. Ella decia como enojada:

—No me digáis á mí, Pablicos, que estos so cuartos de ensalada. Yo hacia que lloraba, daba mi voces, y íbame á quejar á mi señor, y apretábale para que enviase el mayordomo á saberlo, pata que el ama, que adrede porfiaba. Iba, y sabíalo, y con esto asegurábamos

al amo y al mayordomo, y quedaban agradecidos, en mí á las obras, y en el ama al celo de su bien. Decíale don Diego, muy satisfecho de mí:

—Así fuese Pablicos aplicado á virtud, como es de fiar: toda esta es la lealtad. ¿Qué me decís vos dél? Tuvímoslos desta manera chupándolos como sanguijuelas: yo apostaré que vuesamerced se espanta de la suma del dinero al cabo del año. Ello mucho debió de ser, pero no obligaba á restitución, porque el ama confesaba y comulgaba de ocho á ocho días, y nunca le vi rastro ni imaginación de volver nada ni hacer escrúpulo, con ser, como digo, una santa. Traia un rosario al cuello siempre tan grande, que era más barato llevar un haz de leña á cuestas. Dél colgaban muchos manojos de imágenes, cruces y cuentas de perdones. En todas decia que rezaba cada noche por sus bienhechores. Contaba ciento y tantos santos abogados suyos; y en verdad que habia menester todas estas ayudas para desquitarse de lo que pecaba. Acostábase en un aposento encima del de mi amo, y rezaba más oraciones que un ciego. Entraba por el Justo Juez, y acababa con el *Conquibules* (que ella decia) y en la *Salve Rehíla.* Decia las oraciones en latin adrede por fingirse inocente; de suerte que nos despedazábamos de risa todos. Pensará vuesamerced que siempre estuvimos en paz; pues ¿quién ignora que dos amigos, como sean cudiciosos, si están juntos, se han de procurar engañar el uno al otro? Sucedió que el ama criaba gallinas en el corral; yo tenia gana de comerla una: tenia doce ó trece pollos grandecitos; y un dia, estando dándoles de comer, comenzó á decir: Pió, pió, y esto muchas veces. Yo que oí el modo de llamar, comencé á dar voces y dije:

—¡Oh cuerpo de Dios, ama! ¿No hubiérades muerto un hombre, ó hurtado moneda al rey, cosa que yo pudiera callar, y no haber hecho lo que habéis hecho, que es imposible dejarlo de decir? ¡Mal aventurado de mí y de vos! Ella, como me vió hacer extremos con tantas véras, turbóse algún tanto y dijo:

-Pues, Pablos, yo ¿qué he hecho? Si te burlas, no me aflijas más...

—¿Cómo burlas? ¡pesia tal! o no puedo dejar dar parte á la Inquisición, porque si no, estaré descomulgado.

—¿Inquisición? (lijo ella, y empezó á temblar; ¿Pues yo he hecho algo contra la te.

—Eso es lo peor, decia yo: no os burléis con inquisidores; decid que fuisteis una boba que os decís, y no negueis la blasfemia y desacato. Ella con el miedo dijo:

—Pues, Pablos, y si me desdigo, ¿castigaránme? Respondíle:

—Nó, porque solo os absolverán.

—Pues yo me desdigo, dijo. Pero díme tú de qué; que no lo sé yo, así tengan buen siglo las ánimas de mis difuntos.

—¿Es posible que no advertisteis en qué? No sé cómo lo diga; que el desacato es tal, que me acobarda.;No os acordais que dijisteis á los pollos, pió, pió, y es Pió nombre de los papas, vicarios de Dios y cabezas de la Iglesia? Papáos el pecadillo. Ella quedó como muerta, y dijo:

—Pablos, yo lo dije, pero no me perdone Dios si fué con malicia. Yo me desdigo: mira si hay camino para que se pueda excusar el acusarme, que me moriré si me veo en la Inquisición.

—Como vos juréis en una ara consagrada que no tuvisteis malicia, yo asegurado podré dejar de acusaros; pero será necesario que esos dos pollos que comieron llamándoles con el santísimo nombre de los pontífices, me los déis para que yo los lleve á un familiar que los queme, porque están dañados; y tras esto habéis de jurar de no reincidir de ningún modo. Ella muy contenta dijo:

—Pues llévatelos, Pablos, agora; que mañana juraré. Yo, por más asegurarla, dije:

—Lo peor es, Cepriana (que así se llamaba), que yo voy á riesgo, porque me dirá el familiar si soy yo, y entre tanto me podrá hacer vejación. Llevadlos vos; que yo pardiez que temo.

—Pablos (decia cuando me oyó esto), por amor de Oios, que te duelas de mí y los lleves; que á tí no te puede suceder nada. Dejéla que me lo rogase mucho, y al fin (que era lo que queria) determinóme, tomé los pollos, escondílos en mi aposento, hice que iba fuera, y volví diciendo:

—Mejor se ha hecho que yo pensaba; queria el familiarcito venirse tras mí á ver la mujer, pero lindamente te le he encañado y negociado. Dióme mil abrazos y otro pollo para mí, y yo fuíme con él adonde habia dejado sus compañeros, y hice hacer en casa de un pastelero una cazuela, y comímelos con los demás criados. Supo el ama y don Diego la maraña, y toda la casa la celebró en extremo. El ama llegó tan al cabo de pena, que por poco se muriera; y de enojo no estuvo dos dedos (á no tener por qué callar) de decir mis sisas. Yo, que me vi ya mal con el ama, y que no la podia burlar, busqué nuevas trazas de hollarme, y di en lo que llaman los estudiantes correr ó rebatar. En esto me sucedieron cosas graciosísimas,

porque yendo una noche á las nueve (que ya anda poca gente) por la calle Mayor, vi una confitería, y en ella un cofin de pasas sobre el tablero; y tomando vuelo, vine, agarróle, di á correr: el confitero (lió tras mí y otros criados y vecinos. Yo como iba cargado, vi que aunque les llevaba ventaja, me habian de alcanzar, y al volver una esquina sentóme sobre él, y envolví la capa á la pierna de presto, y empecé á decir con la pierna en la mano:

—¡Ay! Dios se lo perdone, que me ha pisado. Oyéronme esto, y en llegando empecé á decir: Por tan alta señora, y lo ordinario de la hora menguada y aire corruto. Ellos se venían desgañifando, y dijéronme:

—¿Va por ahí un hombre, hermano?

—Ahí delante; que aquí me pisó, loado sea el Señor. Arrancaron con esto, y fuéronse: quedé solo, llevóme el cofín á casa, conté la burla, y no quisieron creer que habia sucedido así, aunque lo celebraron mucho, por lo cual los convidó para otra noche á verme correr cajas. Vinieron, y advirtiendo ellos que estaban las cajas dentro la tienda y que no las podia tomar con la mano, tuviéronlo por imposible, y más por estar el confitero (por lo que le sucedió al otro de las pasas) alerta. Vine pues, y metiendo doce pasos atrás de la tienda mano á la espada, que era un estoque recio, partí corriendo, y en llegando á la tienda, dije: Muera, y tiró una estocada por delante el confitero: él se dejó caer pidiendo confesion, y yo di la estocada en una caja y la pasé y saqué en la espada y me fui con ella. Quedáronse espantados de ver la traza, y muertos de risa de que el confitero decia que le mirasen, que sin duda le habia herido, y que era un hombre con quien habia tenido palabras; pero volviendo los ojos, como quedaron desbaratadas al salir de la caja las que estaban al derredor, echó de ver la burla, y empezó á santiguarse, que no pensó acabar. Confieso que nunca me supo cosa tan bien. Decian los compañeros que yo solo podia sustentar la casa con lo que corria; que es lo mismo que hurtar en nombre revesado. Yo, como era muchacho y veia que me alababan el ingenio con que salia destas travesuras, animábame para hacer otras más. Cada dia traía la pretina de jarras de monjas, que les pedia para beber, y me venia con ellas; introduje que no diesen nada sin prenda primero. Y así, prometí á don friego y á todos los compañeros de quitar una

noche las espadas á la misma ronda. Señalóse cuál habia de ser, y fuimos juntos, yo delante; y en columbrar la justicia llegúeme con otro de los criados de casa muy alborotado, y dije:

—justicia? Respondieron:

—Sí.

—;Es el corregidor? Dijeron que sí. Hinquéme de rodillas y dije: Señor, en sus manos de vuesamerced está mi remedio y mi venganza, y mucho provecho de la república; mande vuesamerced oírme dos palabras á solas, si quiere una gran prisión. Apartóse, y ya los corchetes estaban empuñando las espadas y los alguaciles poniendo mano á las varetas, y díjele: Señor, yo he venido de Sevilla siguiendo seis hombres los más facinerosos del mundo, todos ladrones y matadores de hombres, y entre ellos viene uno que mató á mi madre y á un hermano mió por robarlos, y le está probado esto; y vienen acompañando, segun les he oído decir, á una espía francesa; y aun sospecho, por lo que les he oído, que es (y abajando más la voz dije) de Antonio Pérez. Con esto el corregidor dió un salto hácia arriba y dijo:

—¿A dónde están?

—Señor, en la *taberna próxima;* no se detenga vuesamerced, que las ánimas de mi madre y hermanos se lo pagarán en oraciones, y el rey.

—Hácia Jesús. No nos detengamos; seguidme todos, dadme una rodela. Yo le dije (tornándole á apartar):

—Señor, perderse há si vuesamerced hace eso; ántes importa que todos entren sin espadas y uno á uno; que ellos están en los aposentos y traen pistoletes, y en viendo entrar con espadas, como no la puede traer sino la justicia, dispararán. Con dagas es mejor, y cogerlos por detrás los brazos, que demasiados vamos. Cuadróle al corregidor la traza, con la codicia de la prisión. En esto llegamos cerca, y el corregidor, advertido, mandó que debajo de unas yerbas pusiesen todos las espadas escondidas en un campo que está frente casi de la casa: pusiéronlas y caminaron. Yo, que habia avisado al otro que ellos dejarlas y él tomarlas y pescarse á casa fuese todo uno, hízolo así, y al entrar todos, quedóme atrás el postrero, y en entrando ellos mezclados con otra gente que iba, di cantonada, y emboquóme por una callejuela que va á dar cerca la Vitoria, que no me alcanzara un galgo. Ellos, que entraron y no vieron nada, porque no habian sino estudiantes y picaros, que es todo uno, comenzaron á buscarme; y no me hallando sospecharon lo que fue: yendo á buscar sus espadas, no hallaron media.; Quién contará las diligencias que hizo con el rector el corregidor aquella noche? Anduvieron todos los patios reconociendo las camas. Llegaron á casa: y yo, porque no me conociesen, estaba echado en la cama con un tocador y con una vela en la mano, y un cristo en la otra, y un compañero clérigo ayudándome á morir; los demás rezando las letanías. Llegó el rector y la justicia, y viendo el espectáculo, se salieron, no persuadiéndose que allí pudiera haber habido lugar para tal cosa. No miraron nada; ántes el rector me dijo un responso. Preguntó si estaba ya sin habla, y dijéronle que sí; y con tanto se fueron desesperados de hallar rastro, jurando el rector de remitirle si le topasen, y el corregidor de ahorcarle aunque fuese hijo de un grande. Levánteme de la cama, y hasta hoy no se ha acabado de solemnizar la burla en Alcalá. Y por no ser largo, dejo de contar cómo hacia monte la plaza del pueblo, pues de cajones de tundidores y plateros y mesas de fruteras (que nunca se me olvidará la afrenta de cuando tuí rey de gallos) sustentaba la chimenea de casa todo el año. Callo las pensiones que tenia sobre los habares, viñas y huertos en todo aquello del alderredor. Con estas y otras cosas comencé á cobrar fama de travieso y agudo entre todos. Favorecíanme los caballeros, y apenas me dejaban servir á don

Diego, á quien siempre tuve el respeto que era razón, por el mucho amor que me tenia.

VII

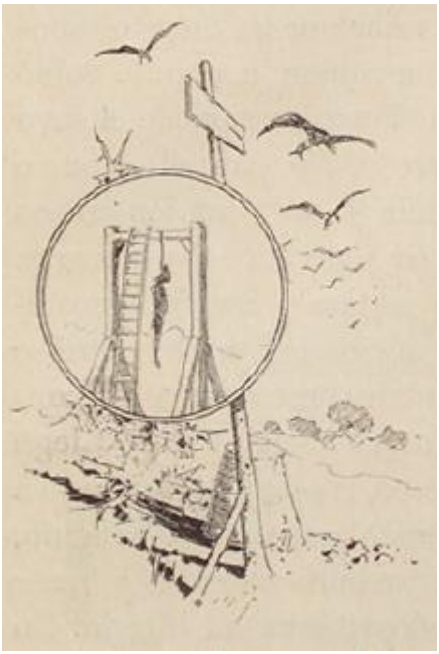
De la ida de don Diego, y nuevas de la muerte de mis padres, y de la resolución que tomé en mis cosas para adelante,

EN este tiempo vino á don Diego una carta de su padre, en cuyo pliego venía otra de un tio mió llamado Alonso Ramplón, hombre allegado á toda virtud, y muy conocido en Segovia por lo que era allegado á la justicia, pues cuantas allí se habian hecho de cuatro años á esta parte han pasado por sus manos. Verdugo era, si va á decir la verdad, pero un águila en el oficio. Vérsele hacer daba gana de dejarse ahorcar. Este pues me escribió una carta á Alcalá desde Segovia, en esta forma:

CARTA

« Hijo Pablos (que por el mucho amor que me tenia me llamaba así): Las ocupaciones grandes desta plaza en que me tiene ocupado su majestad, no me han dado lugar á hacer esto; que si algo tiene de malo el servir al rey, es el trabajo, aunque le desquita con esta negra honrilla de ser sus criados. Pésame de daros nuevas de poco gusto. Vuestro padre murió ocho dias há con el mayor valor que ha muerto hombre en el mundo: dígolo como quien le guindó. Subió en el asno sin poner pié en el estribo; veníale el sayo vaquero que parecia haberse hecho para él; y como tenia aquella presencia, nadie le veia con los cristos delante que no lo juzgase por ahorcado. Iba con gran desenfado mirando á las ventanas y haciendo cortesías á los que dejaban sus oficios por mirarle; hízose dos veces los bigotes; mandaba descansar á los confesores, y íbales alabando lo que decian bueno. Llegó á la de palo, puso el un pié en la

escalera, no subió á gatas ni de espacio; y viendo un escalón hendido, volvióse á la justicia, y dijo que mandase adrezar aquel para otro; que no todos tenian su hígado. No sabré encarecer cuán bien pareció á todos. Sentóse arriba y tiró las arrugas de la ropa atrás; tomó la soga, y púsola en la nuez; y viendo que el teatino le queria predicar, vuelto á él le dijo: Padre, yo lo doy por predicado, y vaya un poco de Credo, y acabemos presto; que no querría parecer prolijo. Hízose ansí: encomendóme que le pusiese la caperuza de lado y que le limpiase las babas: yo lo hice así. Cayó sin encoger las piernas ni hacer gestos; quedó con una gravedad, que no habia más que pedir. Hícele cuartos, y di le por sepultura los caminos: Dios sabe lo que á mí me pesa de verle en ellos, haciendo mesa franca á los grajos; pero yo entiendo que los pasteleros de esta tierra nos consolarán, acomodándole en «los de á cuatro. De vuestra madre, aunque está viva « agora, casi os puedo decir lo mismo; que está presa « en la inquisición de Toledo porque desenterraba los muertos sin ser murmuradora. Halláronla en su casa más piernas, brazos y cabezas que á una capilla de milagros. Dicen que representaba en un auto el dia de la Trinidad, con cuatrocientos de muerte: pésame; que nos deshonra á todos, y á mí principalmente, que al fin soy ministro del rey y me están mal estos parentescos. Hijo, aquí ha quedado no sé qué hacienda escondida de vuestros padres; será en « todo hasta cuatrocientos ducados: vuestro tio soy; lo « que tenga ha de ser para vos. Vista esta, os podréis « venir aquí, que con lo que vos sabéis de latin y retó«rica seréis singular en el arte de verdugo. Respondedme luego, y entretanto Dios os guarde. Etc. »



No puedo negar que sentí mucho la nueva afrenta, pero holguéme en parte (tanto pueden los vicios en los padres, que consuelan de sus desgracias, por grandes que sean, á los hijos). Fuíme corriendo á don Diego, que estaba leyendo la carta de su padre en que le mandaba que se fuese y no me llevase en su compañía, movido de las travesuras mias que habia oido decir. Díjome cómo se determinaba ir, y todo lo que le mandaba su padre, que á él le pesaba dejarme, y á mí más. Díjome que me acomodaria con otro caballero amigo suyo para que le sirviese. Yo en esto, riéndome, le dije: Señor, yo soy otro, y otros mis pensamientos; más alto pico y más autoridad me importa tener, porque si hasta ahora tenia, como cada cual, mi piedra en el rollo, ahora tengo mi padre. Declaróle cómo habia muerto tan honradamente como el más estirado; cómo le trincharon é hicieron moneda, y cómo me habia escrito mi señor tio el verdugo desto y de la prisioncilla de mamá; que á él, como quien sabía quién yo soy, me pude descubrir sin vergüenza. Lastimóse mucho, y preguntóme qué pensaba hacer. Díle cuenta de mis determinaciones; y con esto al otro dia él se fué á Segovia harto triste, y yo me quedé en la casa disimulando mi desventura. Quemé la carta, porque perdiéndoseme acaso no la leyese alguno, y comencé á disponer mi partida para Segovia con intención de cobrar mi hacienda, y conocer mis parientes, para huir dellos.

VIII

Del camino de Alcalá para Segovia, y lo que me sucedió en él hasta Rejas, donde dormí aquella noche.

LLEGÓ el dia de apartarme de la mejor vida que hallo haber pasado. Dios sabe lo que sentí el dejar tantos amigos y apasionados, que eran sin número. Vendí lo poco que tenía, de secreto, para el camino, y con ayuda de unos embustes hice hasta seiscientos reales. Alquilé una muía y salíme de la posada, adonde no tenia qué sacar más de mi sombra.; Quién contará las angustias del zapatero por lo fiado, las solicitudes del ama por el salario, las voces del huésped por la casa, por el arrendamiento? Uno decia:

—Siempre me lo dijo el corazon. Otro:

—Bien me decian á mí que este era un trampista. Al fin yo salí tan bienquisto del pueblo, que dejé con mi ausencia á la metad dél llorando, y á la otra metad riéndose de los que lloraban. Ibame entreteniendo por el camino considerando en estas cosas, cuando, pasado Torote, encontré con un hombre en un macho de albarda, pl cual iba hablando entre sí con muy gran priesa; y tan embebecido, que aun estando á su lado no me veia. Saludéle y saludóme; preguntóle dónde iba, y despues que nos pagamos las respuestas, comenzamos á tratar de si bajaba el turco, y de las fuerzas del rey. Comenzó á decir de qué manera se podia ganar la Tierra Santa, y cómo se ganaría Argel; en los cuales discursos eché de ver que era loco repúblico y de gobierno. Proseguimos en la conversación propia de picaros, y venimos á dar, de una cosa en otra, en Mandes. Aquí fué ello, que empezó á suspirar y decir:

—Más me cuestan á mí esos estados que al rey, porque há catorce años que ando con un arbitrio, que si como es imposible, no lo fuera, ya estuviera todo sosegado.

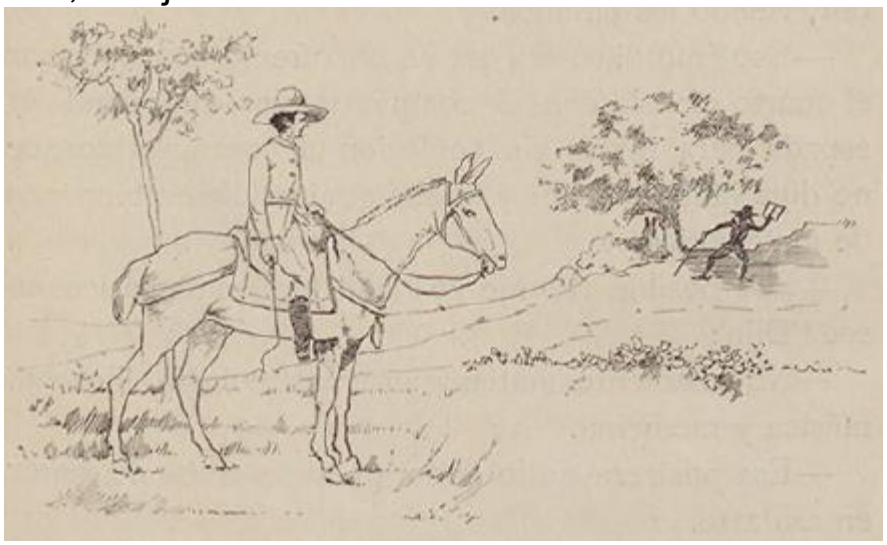
—¿Qué cosa puede ser (le dije), que conviniendo tanto, sea imposible y no se puede hacer?

—¿Quién dice á vuesamerced (dijo luego) que no se puede hacer? Hacerse puede, que ser imposible es otra cosa si no fuera por dar pesadumbre á vuesamerced, le contara lo que es; pero allá se verá; que agora lo pienso imprimir con otros trabajillos, entre los cuales le doy al rey modo de ganar á Ostende por dos caminos. Roguéle que los dijese, y sacándole de las faldriqueras, me mostró pintado el fuerte del enemigo y el nuestro, y dijo: Bien ve vuesamerced que la dificultad de todo está en este pedazo de mar; pues yo doy orden de chuparle todo con esponjas, y quitarle de allí. Di yo con este desatino, una gran risada, y él mirándome á la cara, me dijo: A nadie se lo he dicho que no haya hecho otro tanto; que á todos les da gran contento.

—Ese tengo yo por cierto (le dije) de oir cosa tan nueva y tan bien fundada; pero advierta vuesamerced que ya que chupe el agua que hubiere entonces, tornará luego la mar á echar más.

—No hará la mar tal cosa; que lo tengo yo eso por muy apurado (me respondió); fuera de que yo tengo pensada una invención para hundir la mar por aquella parte doce estados. No le osé replicar, de miedo que me dijese tenia arbitrio para tirar el ciclo acá abajo: no vi en mi vida tan gran orate. Decíame que Juanelo no habia hecho nada; que él trazaba agora de subir toda el agua de Tajo á Toledo de otra manera más fácil: y sabido lo que era, dijo que por ensalmo. ¡Mire vuesamerced quién tal oyó en el mundo! Y al cabo me dijo: Y

no lo pienso poner en ejecución si primero el rey no me da una encomienda; que la puedo tener muy bien, y tengo una ejecutoria muy honrada. Con estas pláticas y desconciertos llegámos á Torrejon, donde se quedó, que venía á ver una parienta suya. Yo pasé adelante, pereciéndome de risa de los arbitrios en que ocupaba el tiempo, cuando Dios enhorabuena, desde léjos vi una muía suelta, y un hombre junto á ella á pié, que mirando un libro, hacia unas rayas que medía con un compás. Daba vueltas y saltos á un lado y otro, y de rato en rato, poniendo un dedo encima de otro, hacia mil cosas saltando. Yo confieso que entendí por gran rato (que me paré desde algo léjos á verlo) que era encantador, y casi no me determinaba á pasar. Al fin me determiné, y llegando cerca, sintióme; cerró el libro, y al poner el pié en el estribo, resbalósele y cayó. Levantóle, y díjome: No tomé bien el medio de proporcion para hacer la circunferencia al subir. Yo no entendí lo que me dijo, y luego temí lo que era, porque más desatinado hombre no ha nacido de las mujeres. Preguntóme si iba á Madrid por línea recta, ó si iba por camino circunflejo. Y yo, aunque no le entendí, le dije que circunflejo. Preguntóme cuya era la espada que llevaba al lado; respondíle que mía, y mirándola dijo: Esos gavilanes habian de ser más largos, para reparar los tajos que se forman sobre el centro de las estocadas; y empezó á meter una parola tan grande, que me forzó á preguntarle qué materia profesaba. Díjome que él era diestro verdadero, y que lo haría bueno en cualquiera parte. Yo, movido á risa, le dije:



—Pues en verdad que por lo que yo vi hacer á vuesamerced en el campo, que más le tenia por encantador, viendo los círculos.

—Eso (me dijo) era que se me ofreció una treta por el cuarto círculo con el compás mayor, cautivando la espada para matar sin confesion al contrario, porque no diga quien lo hizo; y estaba poniéndolo en términos de matemática.

—;Es posible (le dije yo) que hay matemática en eso? Dijo:

—No solamente matemática, mas teología, filosolía, música y medicina.

—Esa postrera no lo dudo, pues se trata de matar en esa arte.

—No os burléis (me dijo); que ahora aprendéis la limpiadera contra la espada, haciendo los tajos mayores, que comprehendan en sí las espirales de la espada.

—No entiendo cosa de cuantas me decís, chica ni grande.

—Pues este libro las dice (me respondió) que se llama *Grandezas de la espada,* y es muy bueno y dice milagros. Y para que lo creáis, en Rejas, que dormirémos esta noche, con dos asadores me veréis hacer maravillas; y no dudéis que cualquier que leyere este libro matará todos los que quisiere.

—O ese libro enseña á hacer pestes á los hombres, ó le compuso (dije yo) algún doctor.

—¿Cómo doctor? Bien lo entiende (me dijo); es un gran sabio, y aun estoy por decir más.

En estas pláticas llegámos á Rejas: apeámonos en una posada, y al apearnos me advirtió con grandes voces que hiciese un ángulo obtuso con las piernas, y que reduciéndolas á líneas paralelas, me pusiese perpendicular en el suelo. El huésped me vió reir y se rió. Preguntóme si era indio aquel caballero, que hablaba de aquella suerte. Pensé con esto perder el juicio. Llegóse luego al huésped, y díjole:

—Señor, déme vuesamerced dos asadores para dos ó tres ángulos, que al momento se los volveré.

-¡Jesús! (dijo el huésped) déme acá vuesamerced los ángulos, que mi mujer los asará, aunque aves son que no las he oido nombrar.

—Que no son aves (dijo volviéndose á mí). ¡Mire vuesamerced lo que es no saber! Déme los asadores, que no los quiero sino para

esgrimir, que quizá le valdrá más lo que me viere hacer hoy que todo lo que ha ganado en su vida. En fin, los asadores estaban ocupados, y hubimos de tomar dos cucharones. No se ha visto cosa tan digna de risa en el mundo. Daba un salto y decia: Con este compás alcanzo más, y gano los grados del perfil; ahora me aprovecho del movimiento remiso para matar el natural; esta habia de ser cuchillada, y este tajo. No llegaba á mí desde una legua, y andaba al derredor con el cucharon; y como yo no estaba quedo, parecían tretas contra olla que se sale estando al fuego. Díjome: Al fin esto es lo bueno, y no las borracheras que enseñan estos bellacos maestros de esgrima, que no saben sino beber! No lo habia acabado de decir, cuando de un aposento salió un mulatazo mostrando las presas, con un sombrero engerto en guardasol, y nn coleto de ante bajo de una ropilla suelta y llena de cintas, zambo de piernas á lo águila imperial; la cara con un *per signum crucis de inimicis suis;* la barba de ganchos con unos bigotes de guardamano, y una daga con más rejas que un locutorio de monjas; y mirando al suelo dijo:

—Yo soy examinado y traigo la carta, y por el sol que calienta los panes, que haga pedazos á quien tratare mal á tanto buen hijo como profesa la destreza. Yo, que vi la ocasion, metíme en medio, y dije que no hablaba con él, y que así no tenia de qué picarse. Meta mano á la blanca si la trae, y apuremos cuál es verdadera destreza, y déjese de cucharones. El pobre de mi compañero abrió el libro, y dijo en altas voces:

—Este libro lo dice, y está impreso con licencia del rey, y yo sustentaré que es verdad lo que dice, con el cucharon y sin el cucharon, aquí y en otra parte; y si no midámoslo; y sacó el compás

y comenzó á decir: Este ángulo es obtuso. Y entonces el maestro sacó la daga y dijo:

—Yo no sé quién es Angulo, ni Obtuso, ni en mi vida oí decir tales hombres; pero con esta en la mano le haré pedazos. Acometió al pobre diablo, el cual empezó á huir dando saltos por la casa, diciendo:

—No me puede herir; que le he ganado los grados del perfil. Metímoslos en paz el huésped y yo y otra gente que habia, aunque de risa no me podia mover.

Metieron al buen hombre en su aposento, y á mí con él; cenamos, y acostémonos todos los de la casa, y á las dos de la mañana levántase en camisa, y empieza á andar á escuras por el aposento dando saltos y diciendo en lengua matemática mil disparates. Despertóme á mí; y no contento con esto, bajó al huésped para que le diese luz, diciendo que habia hallado objeto fijo á la estocada sagita por la cuerda. El huésped se daba á los diablos de que lo despertase; y tanto le molestó, que le llamó loco, y con esto se subió y me dijo que si me queria levantar veria la treta tan famosa que habia hallado contra el turco y sus alfanjes; y decia que luego se la queria ir á enseñar al rey, por ser en favor de los católicos. En esto amaneció, vestímonos todos, pagámos la posada. Hiciéronlos amigos á él y al maestro, el cual se apartó diciendo que lo que alegaba mi compañero era bueno; pero que hacia más locos que diestros, porque los más por lo menos no lo entendían.

IX

De lo que me sucedió hasta llegar á Madrid, con un poeta.

Yo tomé mi camino para Madrid, y él se despidió de mí, por ir diferente jornada. Ya que estaba apartado, volvió con gran priesa, y llamándome á voces, estando en el campo, donde no nos oía nadie, me dijo al oído:

—Por vida de vuesamerced que no diga nada de todos los altísimos secretos que le he comunicado en materia de destreza, y guárdelo para sí, pues tiene buen entendimiento. Yo le prometí hacerlo: tornóse á partir de mí, y yo empecé á reirme del secreto tan gracioso. Con esto caminé más de una legua que no topé persona. Iba yo pensando entre mí en las muchas dificultades que tenia para profesar honra y virtud, pues habia menester tapar primero la poca de mis padres, y luego tener tanta, que me desconociesen por ella. Y parecíanme á mí estos pensamientos honrados, que yo me los agradecía á mí mismo. Decia á solas: Más se me ha de agradecer á mí, que no he tenido de quien aprender virtud, que al que la hereda de sus agüelos. En estas razones y discursos iba, cuando topé un clérigo muy viejo en una muía, que iba camino de Madrid. Trabamos plática, y luego me preguntó que de adonde venía. Yo le dije que de Alcalá. Maldiga Dios (dijo él) tan mala gente, pues faltaba entre tantos un hombre de discurso. Preguntóle que cómo ó por qué se podia decir tal del lugar donde asistian tantos doctos varones; y él, muy enojado, dijo:

—¿Doctos? Yo le diré á vuesamerced que tan doctos, que habiendo catorce años que hago yo en Majalahonda (donde he sido

sacristan) las chanzonctas al Corpus y al Nacimiento, no me premiaron en el cartel unos cantarcitos que, porque vea vuesamerced la sinrazón que me hicieron, se los he de leer. Y comenzó desta manera:

Pastores, ¿no es lindo chiste,
Que es hoy el señor san Córpus Christe?
Y es el dia de las danzas,
En que el cordero sin mancilla
Tanto se humilla,
Que visita nuestras panzas,
Y entre estas bienaventuranzas
Entra en el humano buche.
Suene el lindo sacabuche,
Pues nuestro bien consiste.
Pastores,;no es lindo chiste, ctc.

—¿Qué pudiera decir más (me dijo) el mesmo inventor de los chistes? Mire qué misterios encierra aquella palabra *pastores;* más me costó de un mes de estudio. Yo no pude con esto tener la risa, que á borbollones se me salia por los ojos y narices; y dando una gran carcajada, dije:

—¡Cosa admirable! pero solo reparo en que llama vuesamerced señor san Corpus Christe; y Corpus Christi no es santo, sino el dia de la institución del Santísimo Sacramento.

—¡Qué lindo es eso (me respondió haciendo burla)! Yo le daré en el calendario; y está canonizado, y apostaré á ello la cabeza. No pude porfiar, perdido de risa de ver la suma ignorancia; ántes le dije que eran dignas de cualquier premio, y que no habia leido cosa tan graciosa en mi vida.

—¿Nó (dijo al mismo punto)? Pues oiga vuesamerced un pedacito de un librillo que tengo hecho á las once mil vírgenes, adonde á cada una he compuesto cincuenta octavas, cosa rica. Yo, por excusarme de oir tanto millón de octavas, le supliqué no me dijese cosa á lo divino; y así me comenzó á recitar una comedia que tenia más jornadas que el camino de Jerusalen. Decíame:

—Hícela en dos dias, y este es el borrador; y sería hasta cinco manos de papel. El título era, *EL arca de Noé.* Hacíase toda entre gallos, ratones, jumentos, raposas y jabalís, como fábulas de Hysopo. Yo se la alabé la traza y la invención; á lo cual me respondió: Ello cosa mia es, pero no se ha hecho otra tal en el mundo, y la novedad es más que todo; y si yo salgo con hacerla representar, será cosa famosa.

—¿Cómo se podrá representar (le dije yo), si han de entrar los mismos animales, y ellos no hablan?

—Esa es la dificultad; que á no haber esa, ¿habia cosa más alta? Pero yo tengo pensado hacerla toda de papagayos, tordos y picazas, que hablan, y meter para el entremés monas.

—Por cierto, alta cosa es esa.

—Otras más altas he hecho yo (dijo) por una mujer á quien amo; y ve aquí novecientos y un soneto, y doce redondillas (que parece que contaba escudos por maravedís) hechos á *los ojos* de mi dama. Yo confieso la verdad, que aunque me holgaba de oirle, tuve miedo á tantos versos malos; y así, comencé á echar la plática á otras cosas. Decíale que veia liebres; pues empezaré por uno, donde la comparo á ese animal; y empezaba luego. Yo por divertille le decia:

—¿Ye vuesamerced aquella estrella que se ve de dia? A lo cual dijo:

—En acabando este le diré el soneto treinta, en que la llamo estrella, que no parece sino que sabe los intentos dellos. Afligíme tanto con ver que no se podia nombrar cosa á que él no hubiese hecho algún disparate, que cuando vi que llegábamos á Madrid, no cabia de contento, entendiendo que de vergüenza callaría; pero fué al revés; que por mostrar lo que era, alzó la voz entrando por la calle. Yo le supliqué que lo dejase, poniéndole por delante que si los

niños olian poeta, no quedaría troncho que no se viniese por sus piés tras nosotros, por estar declarados por locos en una premática que habia salido contra ellos, de uno que lo fué y se recogió á buen vivir. Pidióme que la leyese si la tenia, muy congojado. Prometí de hacerlo en la posada. Fuimos á una, adonde él se acostumbraba apear, y hallámos á la puerta más de doce ciegos: unos le conocieron por el olor, y otros por la voz; diéronle una barbanca de bienvenido. Abrazólos á todos, y luego comenzaron unos á pedirle oracion para el Justo Juez en verso grave y sentencioso, tal que provocase á gestos; otros pidieron de las Animas, y por aquí discurrieron, recibiendo ocho reales de señal de cada uno. Despidiólos, y díjome:

—Más me han de valer de trecientos reales los ciegos; y así, con licencia de vuesamerced me recogeré agora un poco para hacer alguna dellas, y en acabando de comer oirémos la premática. ¡Oh vida miserable! Pues ninguna lo es más que la de los locos, que ganan de comer con los que lo son.

X

De lo que hice en Madrid, y lo que me sucedió hasta llegar en Cerecedilla, donde dormí.

RECOGIÓSE un rato á estudiar herejías y necedades para los ciegos. Entre tanto se hizo hora de comer; comimos, y luego pidieron se leyese la premática. Yo por no haber otro qué hacer, la saqué y la leí; la cual pongo aquí, por haberme parecido aguda y conviniente á lo que se quiso reprehender en ella. Decia deste tenor:

PREMÁTICA CONTRA LOS POETAS GÜEROS, CHIRLES Y HEBENES

Dióle al sacristan la mayor risa del mundo, y dijo:

—Hablara yo para mañana. Por Dios, que entendí hablaba conmigo, y es solo contra los poetas hebenes. Cayóme á mí muy en gracia oirle decir esto, como si él fuera muy albillo ó moscatel. Dejé el prólogo, y comencé el primer capítulo, que decia:

Atendiendo á que este género de sabandijas que llaman poetas son nuestros prójimos y cristianos (aunque malos; viendo que todo el año adoran cejas, dientes, listones y zapatillas, haciendo otros pecados más inormes;—mandamos que la Semana Santa recojan á todos los poetas públicos y cantoneros, como á las malas mujeres, y que los desengañen del yerro en que andan, y procuren convertirlos. Y para esto señalamos casas de arrepentidos.

Item, advirtiendo los grandes bochornos que hay en las caniculares y nunca anochecidas coplas de los poetas de sol, como pasas á fuerza de los soles y estrellas que gastan en hacerlas,—les ponemos perpétuo silencio en las cosas del cielo, señalando meses

vedados á las musas, como á la caza y pesca, porque no se agoten con la prisa que les dan.

Item, habiendo considerado que esta seta infernal de hombres condenados á perpétuo concepto, despedazadores de vocablos y volteadores de razones, ha pegado el dicho achaque de poesía á las mujeres;—declaramos que nos tenemos por desquitados con este mal que las hemos hecho del que nos hicieron al principio del mundo. Y porque aquel está pobre y necesitado, mandámos quemar las coplas de los poetas, como franjas viejas, para sacar el oro, plata y perlas, pues en los más versos hacen sus damas de todos metales.

Aquí no lo pudo sufrir el sacristan, y levantándose en pié, dijo:.

—¡Más no, sino quitarnos las haciendas! No pase vuesamerced adelante; que de eso pienso apelar, y no con las mil y quinientas, sino á mi juez, por no causar perjuicio á mi hábito y dignidad; y en prosecución de la gastaré lo que tengo. Bueno es que yo, siendo eclesiástico, hubiese de padecer ese agravio. Yo probaré que las coplas de poeta clérigo no están sujetas á tal premática; y luego quiero irlo á averiguar ante la justicia. En parte me dió gana de reir: pero por no detenerme (que se me hacia tarde), le dije:

—Señor, esta premática es hecha por gracia; que no tiene fuerza ni apremia, por estar falta de autoridad.

—¡Oh pecador de mí (dijo muy alborotado)! Avisara vuesamerced, que me hubiera ahorrado la mayor pesadumbre del mundo. ¿Sabe vuesamerced qué cosa es hallarse un hombre con ochocientas mil coplas de contado, y oir eso? Prosiga vuesamerced, y Dios se lo perdone el susto que me dió. Proseguí, diciendo:

Item, advirtiendo que despues que dejaron de ser moros (aunque todavía conservan algunas reliquias) se han metido á pastores, por lo cual andan los ganados flacos, de beber sus lágrimas, y chamuscados con sus ánimas encendidas, y tan embebecidos en su música, que no pacen,—mandámos que dejen el tal oficio, señalando ermitas á los amigos de soledad; y á los demás (por ser oficio alegre y de pullas) que se acomoden en mozos de muías.

—Algún *marrajo* ordenó tal cosa; y si supiera quién era, yo le hiciera una sátira que le pesara á él y á todos cuantos la vieran. ¡Miren qué bien le estaría á un hombre lampiño como yo la ermita!

¿Y un hombre vinageroso y sacristan ha de ser mozo de muías? Ea señor, que son grandes pesadumbres esas.

—Ya le he dicho á vuesamerced (repliqué yo), que son burlas y que las oiga como tales. Proseguí diciendo:

Item, por estorbar los grandes hurtos, mandamos que no se pasen coplas de Aragón á Castilla, ni de Italia á España, so pena de andar bien vestido el poeta que tal hiciese, y si reincide, de andar limpio una hora. Esto le cayó muy en gracia, porque traia él una sotana con canas, de puro vieja, y con tantas cazcarrias, que para enterrarse no era menester más de estregársela encima; el manteo, podíanse con él estercolar dos heredades.

Y así, medio riéndome, le dije que mandaba también tener entre los desesperados que se ahorcan y despeñan (y que como á tales no les enterrasen en sagrado), á las mujeres que se enamorasen de poeta á secas. Y que advirtiendo á la gran cosecha de redondillas, canciones y sonetos que habia habido estos años fértiles, mandamos que los legajos que por sus deméritos escapasen de las especerías, fuesen á las necesarias sin apelación. Y por acabar, llegué al postrer capítulo, que decia así:

Pero advirtiendo con ojos de piedad que hay tres géneros de gentes en la república, tan sumamente miserables que no pueden vivir sin tales poetas, como son farsantes, ciegos y sacristanes,—

mandamos que pueda haber algunos oficiales de esta arte, con tal que tengan carta de examen de los caciques de los poetas que fueren en aquellas partes; limitando á los poetas de farsantes que no acaben los entremeses con palos ni diablos, ni las comedias en casamientos; y á los ciegos que no sucedan los casos en Tetuan, desterrándoles estos vocablos *hermanal y pundonores,* y mandámosles que para decir *la presente obra,* no digan *zozobra;* y á los de sacristanes, que no hagan los villancicos con *Gil* ni *Pascual*, que no jueguen de vocablo, ni hagan los pensamientos de tornillo que, mudándoles el nombre, se vuelvan á cada fiesta.

Y finalmente, mandámos á todos los poetas, en común, que se descarten de Júpiter, Vénus, Apolo y otros dioses, so pena que los tendrán por abogados en la hora de la muerte.

A todos los que oyeron la premática pareció cuanto bien se puede decir, y todos me pidieron traslado della; solo el sacristanejo comenzó á jurar por vida de las vísperas solemnes, *introibo* y *kiries,* que era sátira contra él, por lo que decia de los ciegos, y que él sabía mejor lo que habia de hacer que nadie. Y últimamente dijo:

—Hombre soy yo que he estado en una posada con Uñan, y he comido más de dos veces con Espinel; y que habia estado en Madrid tan cerca de Lope de Vega como lo estaba de mí, y que habia visto á don Alonso de Ercilla mil veces, y que tenia en su casa un retrato del divino Figueroa, y que habia comprado los gregüescos que dejó Padilla cuando se metió fraile, y que hoy dia los traia y malos. Enseñólos; y dióles esto á todos tanta risa, que no querian salir de la posada.

Al fin ya eran las dos, y como era forzoso el caminar, salimos de Madrid. Yo me despedí dél, aunque me pesaba, y comencé á caminar para el puerto. Quiso Dios que porque no fuese pensando en mal, me topé con un soldado; luego trabámos plática: preguntóme que si venía de la córte. Dije que de paso habia estado en ella.

—No está para más (dijo luego); que es pueblo para gente ruin: más quiero estar en un sitio la nieve á la cinta, hecho un reloj, comiendo madera, que sufrir las supercherías que se hacen á un hombre de bien. A esto le dije yo que advirtiese que en la córte habia de todo, y que estimaban mucho á cualquier hombre de

suerte. ¡Qué estimaban (dijo muy enojado), si he estado yo seis meses pretendiendo una bandera, tras veinte años de servicios y haber perdido mi sangre en servicio del rey, como lo dicen estas heridas! Y enseñóme una cuchillada de á palmo en las ingles, que así era de *contrabando* como el sol es claro; luego en los calcañares me enseñó otros dos señales, y dijo que eran balas; y yo saqué, por otras dos mías que tengo, que habian sido sabañones. Quitóse el sombrero, y mostróme el rostro: calzaba diez y sois puntos de cara; que tantos tenia en una cuchillada que le partia las narices. Tenia otros tres chirlos, que se la volvían mapa á puras líneas.

—Estas (me dijo) me dieron en Paris en servicio de Dios y del rey, por quien veo trinchado mi gesto, y no he recibido sino buenas palabras, que agora tienen lugar de malas obras. Lea estos papeles, por vida del licenciado, que no ha salido en campaña, voto á *tal,* hombre, vive Dios, tan señalado; y decia verdad, porque lo estaba á puros golpes. Comenzó á sacar cañones de hoja de lata y enseñarme papeles, que debían de ser de otro á quien habia tomado el nombre. Yo los leí, y dije mil cosas en su alabanza, y que el Cid ni Bernardo no habian hecho lo que él. Saltó en esto y dijo: ¿Cómo lo que yo? Voto á *tal*, que ni García de Paredes, Julián Romero ni otros hombres de bien. ¡Pese al diablo! Sí, que entonces sí que no habia artillería. Voto á *tal,* que no hubiera Bernardo para una hora en este tiempo. Pregunte vuesamerced en Flándes por la hazaña del Mellado, y verá lo que le dicen.

—¿Es vuesamerced acaso? le dije yo; y él me respondió:

—¿Pues qué, otro? ¿No ve la mella que tengo en los dientes? No tratemos desto; que parece mal alabarse el hombre. Yendo en estas razones, topamos en un borrico un ermitaño, con una barba tan larga, que hacia lodos con ella, macilento y vestido de paño pardo. Saludárnosle con el *Deo gratias* acostumbrado, y empezó á alabar los trigos, y en ellos la misericordia del Señor. Saltó el soldado y dijo:

—¡Ah padre! más espesas he visto yo las picas sobre mí; y voto á *tal,* que hice en el saco de Ambéres lo que pude; sí, juro á Dios. El ermitaño le reprehendía que no jurase tanto. El soldado le respondía: Bien se echa de ver, padre, que no ha sido soldado, pues me reprehende mi propio oficio. Dióme á mí gran risa de ver en lo

que ponia la soldadesca; y eché de ver era algún picaron, porque entre ellos no hay costumbre tan aborrecida de los de importancia, cuando no de todos. Llegámos á la falda del Puerto: el ermitaño rezando el rosario en una carga de leña hecha bolas de madera, que á cada Ave-María sonaba un cabe; el soldado comparando las peñas á los castillos que habia visto, y mirando cuál lugar era fuerte, y adonde se habia de plantar la artillería. Yo los iba mirando; y tanto temia el rosario del ermitaño con las cuentas frisonas, como las mentiras del soldado. ¡Oh, cómo volaría yo con pólvora gran parte deste puesto, decia, y hiciera buena obra á los caminantes!

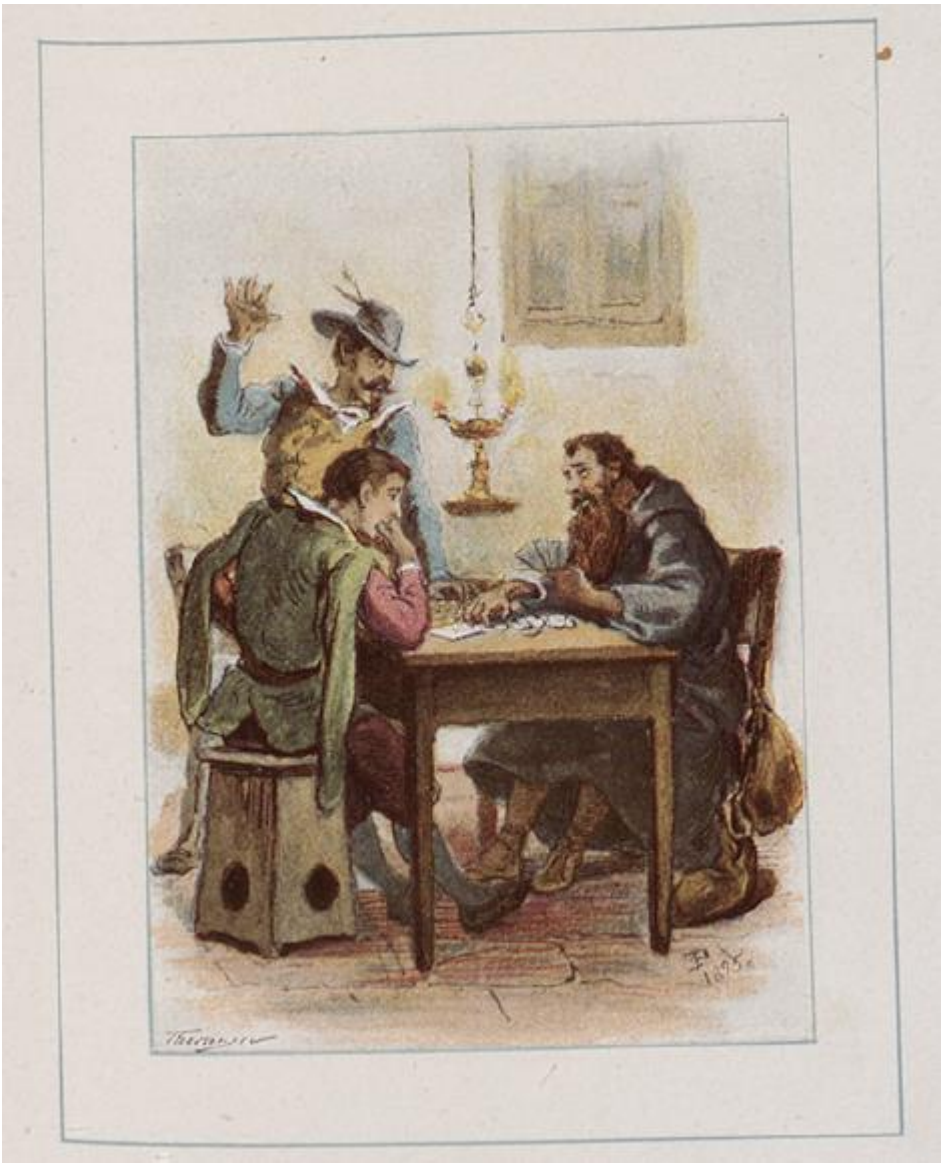
En estas y otras conversaciones llegámos á Cerecedilla: entramos en la posada todos tres juntos ya anochecido; mandámos aderezar la cena, era viernes, y entre tanto el ermitaño dijo:

—Entretengámonos un rato, que la ociosidad es madre de los vicios; juguemos Ave-Marías; y dejó caer de la manga el descuadernado. Dióme á mí gran risa ver aquello, considerando en las cuentas. El soldado dijo:

—Nó, sino juguemos hasta cien reales que yo traigo, en amistad. Yo, cudicioso, dije que jugaria otros tantos; y el ermitaño, por no hacer mal servicio, aceptó, y dijo que allí llevaba el aceite de la lámpara, que eran hasta doscientos reales. Yo confieso que pensé ser su lechuza y bebérselo; pero así le sucedan todos sus intentos al turco. Fué el juego al parar; y lo bueno fué que dijo que no sabía el juego, é hizo que se le enseñásemos. Dejónos el bienaventurado hacer dos manos, y luego nos la dió tal, que nos dejó blancos en la mesa. Heredónos en vida; retiróla el ladrón con las ancas de

.....Heredónos en vida.....

(*El Buscón* - lib. 1, cap. X.)



la mano, que era lástima: perdía una sencilla y acertaba doce maliciosas. El soldado echaba á cada suerte doce votos y otros tantos pesias, aforrados en porvidas. Yo me comí las uñas, mientras el fraile ocupaba las suyas en mi moneda. No dejaba santo que no llamaba: acabó de pelarnos; quisímosle jugar sobre prendas; y él (tras haberme ganado á mí seiscientos reales, que era lo que llevaba, y al soldado los ciento) dijo que aquello era entretenimiento, y que éramos prójimos; que no habia de tratar de otra cosa. No juren (decia); que á mí porque me encomendaba á Dios me ha sucedido bien. Y como nosotros no sabíamos la habilidad que tenia de los dedos á la muñeca, creímoslo; y el soldado juró de no jugar más, y yo de la misma suerte. ¡Pesia tal! decia el pobre alférez (que

él me dijo entonces que lo era): entre luteranos y moros me he visto, pero no he padecido tal despojo. El se reia á todo esto. Tornó á sacar el rosario para rezar; y yo, que no tenia ya blanca, pedíle que me diese de cenar, y que pagase hasta Segovia la posada por los dos que íbamos en púribus. Prometió hacerlo; metióse sesenta güevos. ¡No vi tal en mi vida! Dijo que se iba á acostar: dormimos todos en una sala, con otra gente que estaba allí, porque los aposentos estaban tomados para otros. Yo me acosté con harta tristeza, y el soldado llamó al huésped y le encomendó sus papeles con las cajas de lata que los traia, y un envoltorio de camisas jubiladas. Acostándonos; el padre se persinó, y nosotros nos santiguamos dél: durmió, y yo estuve desvelado, trazando cómo quitarle el dinero. El soldado hablaba entre sueños de los cien reales, como si no estuvieran sin reme dio. Hízose hora de levantar; pidió luz muy apriesa; trajéronla, y el huésped el envoltorio al soldado, y olvidáronsele los papeles. El pobre alférez hundia la casa á gritos, pidiendo que le diese los servicios. El huésped se turbó; y como todos decíamos que se los diese, fué corriendo, y trajo tres bacines, diciendo:

—Hé ahí para cada uno el suyo. ¿Quieren más servicios? entendiendo que nos habian dado cámaras. Aquí fué ella, que se levantó el soldado con la espada tras el huésped, en camisa, jurando que le habia de matar porque hacia burla dél (que se habia hallado en la Naval, San Quintin y otras), trayéndole servicios en

lugar de los papeles que le habia dado. Todos salimos tras él á tenerle, y aun no podíamos. Decia el huésped:

—Señor, su merced pidió servicios; yo no estoy obligado á saber que en lengua soldadesca se llaman así los papeles de las hazañas. Apaciguárnoslos, y tornámos al aposento. El ermitaño, receloso, se quedó en la cama, diciendo que le habia hecho mal el susto. Pagó por nosotros, y salimos del pueblo para el puerto, enfadados del término del ermitaño, y de ver que no le habiamos podido quitar el dinero.

Topámos con un ginovés (digo destos antecristos de las monedas de España) que subia el puerto, con un paje detrás, y él con su guardasol, muy á lo dineroso. Trabámos conversación con él, y todo lo llevaba á materia de maravedís, que es gente que naturalmente nació para bolsas. Comenzó á nombrar á Visanzon, y si era bien dar dineros ó nó á Visanzon; tanto, que el soldado y yo le preguntamos que quién era aquel caballero; á lo cual respondió riéndose:

—Es un pueblo de Italia, donde se juntan los hombres de negocios, que acá llamámos fulleros de pluma, á poner los precios por donde se gobierna la moneda; de lo cual sacámos que en Visanzon se llevaba el compás á los músicos de uña. Entretúvonos el camino, contando que estaba perdido porque habia quebrado un cambio, que le tenia más de sesenta mil esucdos; y todo lo juraba por su conciencia; aunque yo pienso que nadie casi tiene conciencia de todos los deste trato.

En estas pláticas vimos los muros de Segovia, y á mí se me alegraron los ojos, á pesar de la memoria que, con los sucesos de Cabra, me contradecía el contento. Llegué al pueblo, y á la entrada vi á mi padre en el camino aguardando. Enternecíme, y entré algo desconocido de como salí, con punta de barbas, bien vestido. Dejé la compañía; y considerando en quién conociera á mi tio (fuera del rollo) mejor en el pueblo, no hallé nadie de quién echar mano. Lleguéme á mucha gente á preguntar por Alonso Ramplón, y nadie me daba razón dél, diciendo que no le conocían. Holgué mucho de ver tantos hombres de bien en mi pueblo, cuando estando en esto oí al precursor de la penca hacer de garganta, y á mi tio hacer de las suyas. Venía una procesion de desnudos, todos descaperuzados, de lante de mi tio; y él, muy haciéndose de pencas, con una en la

mano, tocando un pasacalles públicas en las costillas de cinco laudes, sino que llevaban sogas por cuerdas. Yo, que estaba mirando esto con un hombre (á quien habia dicho, preguntando por él, que era un gran caballero yo), veo á mi buen tio; y echando en mí los ojos (por pasar cerca), arremetió á abrazarme, llamándome sobrino. Pensóme morir de vergüenza; no volví á desqedirme de aquel con quien estaba. Fuíme con él, y díjome:

—Aquí te podrás ir, mientras cumplo con esta gente; que ya vamos de vuelta, y hoy comerás conmigo. Yo, que me vi á caballo, y que en aquella sarta parecería punto ménos de azotado, dije que le aguardaría allí; y así, me aparté tan avergonzado, que á no depender dél la cobranza de mi hacienda, no le hablara más en mi vida ni pareciera entre gentes.

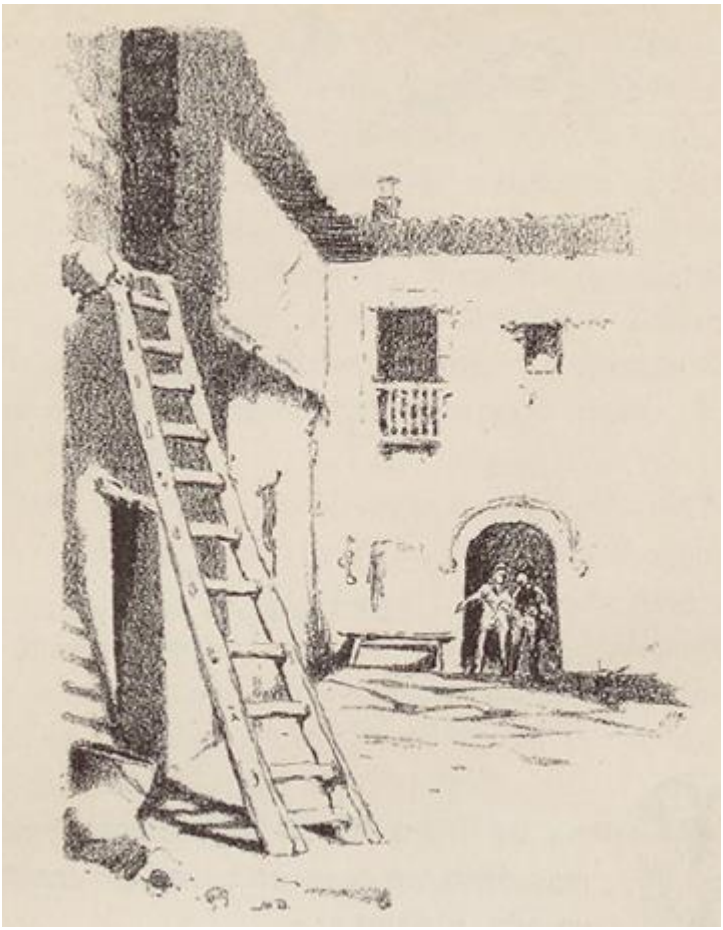
Acabó de repasarles las espaldas; volvió, y llevóme á su casa, donde me apeé y comimos.

XI

Del hospedaje de mi tío, y visitas; la cobranza de mi hacienda, y vuelta á la córte.

TENIA mi buen tio su alojamiento junto al matadero, en casa un aguador; entramos en ella, y díjome:

—No es alcázar la posada, pero yo os prometo, sobrino, que es á propósito para dar expediente á mis negocios. Subimos por una escalera, que solo aguardé á ver lo que me sucedía en lo alto, para si se diferenciaba en algo de la de la horca. Entrámos en un aposento tan bajo, que andábamos por él como quien recibe bendiciones, con las cabezas bajas. Colgó la penca en un clavo que estaba con otros, de que colgaban cordeles, lazos, cuchillos, escarpias y otras herramientas del oficio. Díjome que por qué no me quitaba el manteo y me sentaba; yo le respondí que no lo tenia de costumbre. ¡Dios sabe cuál estaba de ver la infamia de mi tio! Díjome que habia tenido ventura en topar con él en tan buena ocasion, porque comería bien, y tenia convidados unos amigos. En esto entró por la puerta, con una ropa hasta los piés, morada, uno de los que piden para las ánimas, y haciendo són con la cajeta, dijo:



—Tanto me han valido á mí las ánimas hoy como á tí los azotados; encaja. Hiciéronse la mamona el uno al otro; arremangóse el desalmado animero el sayazo, y quedó con unas piernas zambas en gregüescos de lienzo, y empezó á bailar y decir que si habia venido Clemente. Dijo mi tio que nó, cuando Dios y en hora buena, donde en un trapo y con unos zuecos entró un chirimía de la bellota, digo un porquero. Saludónos á su manera, y tras él entró un mulato zurdo y vizco, un sombrero con más falda que un monte y más copa que un nogal, la espada con más gavilanes que la caza del rey, un coleto de ante. Traía la cara de punto, porque á puros chirlos la tenia toda hilvanada. Entró y sentóse, saludando á los de casa, y á mi tio le dijo:

—A fe, Alonso, que lo han pagado bien el Romo y el Garroso. Saltó el de las ánimas, y dijo:

—Cuatro ducados di yo á Flechilla, verdugo de Ocaña, porque aguijase el borrico y no llevase la penca de tres suelas, cuando me palmearon.

Vive Dios (dijo el corchete), que se lo pagué yo sobrado á Lobrezno en Murcia; porque iba el borrico que remedaba el paso de la tortuga, y el bellacon me los asentó de manera, que no se levantaron sino ronchas. Y el porquero, concomiéndose, dijo:

—Aun están *vírgenes* mis espaldas.

—A cada puerco le viene su san Martin (dijo el demandador).

-Alabarme puedo yo (dijo mi buen tio) entre cuantos manejan la zurriaga, que al que se me encomienda hago lo que debo: sesenta me dieron los de hoy, y llevaron unos azotes de amigo con penca sencilla.

Yo, que vi cuán honrada gente era la que hablaba mi tío, confieso que me puse colorado, de suerte que no pude disimular la vergüenza: echómelo de ver el corchete.

—¿Es el padre el que padeció el otro dia, á quien se dieron ciertos empujones en el envés? Yo dije que no era hombre que padecía como ellos. En esto se levantó mi tio, y dijo:

—Es mi sobrino, maeso en Alcalá, gran supuesto. Pidiéronme perdón, y ofreciéronme toda caricia. Yo rabiaba ya por comer y cobrar mi hacienda, y huir de mi tio. Pusieron las mesas, y por una soguilla en un sombrero, como suben la limosna los de la cárcel, subieron la comida de un bodegon que estaba á las espaldas de la casa, en unos mendrugos de platos y retajillos de cántaros y tinajas. No podrá nadie encarecer mi sentimiento y afrenta. Sentáronse á comer, en cabecera el demandador y los demás sin orden. No quiero decir lo que comimos, solo que eran todas cosas para beber. Sorbióse el corchete tres de puro tinto. Viéndome á mí el porquero, me las cogia al vuelo, y hacia más razones que decíamos todos. No habia memoria de agua, y ménos voluntad della. Parecieron en la mesa cinco pasteles de á cuatro; y tomando un hisopo, despues de haber quitado las hojaldres, dijeron un responso todos, con su *requiem aetenam,* por el ánima del difunto cuyas eran aquellas carnes. Dijo mi tio: Ya os acordais, sobrino, lo que os escribí de vuestro padre. Vínoseme á la memoria: ellos comieron; pero yo pasé con los suelos solos, y quedóme con la costumbre; y asi, siempre que como pasteles rezo una Ave-María por el que Dios haya. Menudeóse sobre dos jarros, y era de suerte lo que bebieron el corchete y el de las ánimas, que se pusieron las suyas tales, que

trayendo un plato de salchichas, que parecían de dedos de negro, dijo uno que para qué traian pebetes guisados. Ya mi tio estaba tal, que alargando la mano asiendo una, dijo (con la voz algo áspera y ronca, el un ojo medio acosado, y el otro nadando en mosto): Sobrino, por este pan de Dios, que crió á su imágen y semejanza, que no he comido en mi vida mejor carne tinta. Yo, que vi al corchete, que alargando la mano tomó el salero, y dijo:

—Caliente está este caldo; y que el porquero se llenó el puño de sal, diciendo:

—Bueno es el avisillo para beber; y se lo echó todo en la boca; comencé á reírme por una parte y rabiar por otra. Trajeron caldo, y el de las ánimas tomó con entrambas manos una escudilla, diciendo:

—Dios bendijo la limpieza. Para sorbérsela á la boca se la puso en el carrillo, y volcándola, se asó en el caldo, y se puso todo de arriba abajo que era vergüenza. El, que se vió así, fuése á levantar; y como pesaba algo la cabeza, firmó sobre la mesa (que era de estas movedizas); trastornóla, y manchó á los demás. Iras esto decia que el porquero le habia empujado. El porquero, que vió que el otro se le caia encima, levantóse, y alzando el instrumento de hueso, le dió con él una trompetada: asiéronse á puños, y estando juntos los dos, y teniéndole el demandador mordido de un carrillo, con los vuelcos y alteración el porquero vomitó cuanto habia comido en las barbas del de la demanda. Mi tio, que estaba más en juicio, decia que quién habia traído á su casa tantos clérigos. Yo, que vi que ya en suma multiplicaban, metí en paz la brega, desasí á los dos, y levanté al corchete del suelo, el cual estaba llorando con gran tristeza. Eché á mi tio en la cama, el cual hizo cortesía á un velador de palo que tenia, pensando que era convidado. Quité el cuerno al porquero, el cual, ya que dormian los otros, no habia hacerle callar, diciendo que le diesen su cuerno, porque no habia habido jamás quien supiese en él más tonadas, y que él queria tañer con el órgano. Al fin, yo no me aparté dellos hasta que vi que dormian. Salíme de casa, entretúveme en ver mi tierra toda la tarde, pasé por la casa de Cabra, tuve nueva de que era muerto, y no cuidé de preguntar de qué, sabiendo que hay hambre en el mundo.

Torné á casa á la noche, habiendo pasado cuatro horas, y hallé al uno despierto y que andaba á gatas la noche, que despertaron; y esperezándose, preguntó uno que qué hora era. Respondió el porquero (que aun no la habia desollado), que no era nada, sino la siesta, y que hacia grandes bochornos. El demandador cómo pudo dijo que le diesen la capilla. Mucho han holgado las ánimas para tener á su cargo mi sustento; y fuese, en lugar de ir á la puerta, á la ventana, y como vió estrellas, comenzó á llamar á los otros con grandes voces diciendo que el cielo estaba estrellado á medio dia, y que habia un grande eclipse. Santiguáronse todos y besaron la tierra. Yo, que ví la bellaquería del demandador, escandalicéme mucho y propuse de guardarme de semejantes hombres. Con estas vilezas é infamias que veia yo, ya me crecia por puntos el deseo de verme entre gente principal y caballeros. Despáchelos á todos uno por uno, lo mejor que pude, y acosté á mi tio, que aunque no tenia zorra, tenia raposa; y yo acomodóme sobre mis vestidos y algunas ropas de los que Dios tenga, que estaban por allí.

Pasamos desta manera la noche, y á la mañana traté con mi tio de reconocer mi hacienda y cobralla de presto, diciendo que estaba molido y que no sabía de qué. Echó una pierna, levantóse, tratamos largo en mis cosas, y tuve harto trabajo por ser hombre tan borracho y rústico. Al fin lo reduje á que me diese noticia de parte de mi hacienda (aunque no de toda); y así, me la dió de unos trescientos ducados que mi buen padre habia ganado por sus puños, y dejádolos en confianza de una buena mujer, á cuya sombra se hurtaba diez leguas á la redonda. Por no cansar á vuesamerced digo que cobré y embolsé mi dinero, el cual mi tio no habia bebido ni gastado; que fue harto para ser hombre de tan poca razón, porque pensaba que yo me graduaría con éste, y que estudiando podria ser

cardenal; que como estaba en su mano hacerlos, no lo tenia por dificultoso. Díjome, en viendo que los tenia:

—Hijo Pablos, mucha culpa tendrás si no medras y eres bueno, pues tienes á quién parecer; dinero llevas, yo no te he de faltar; que cuanto sirvo y cuanto tengo, para ti lo quiero. Agradecíle mucho la oferta: gastámos el dia en pláticas desatinadas y en pagar las visitas á los personajes dichos. Pasaron la tarde en jugar á la taba mi tio y el porquero y demandador; éste jugaba misas como si fuera otra cosa. Era de ver como se barajaban la taba: cogiéndola en el aire al que la echaba, y meciéndola con la muñeca, se la tornaban á dar. Sacaban de taba como de naipe, para la fábrica de la sed, porque habia siempre un jarro en medio. Vino la noche; ellos se fuéron, acostámonos mi tio y yo, cada uno en su cama, que ya habia proveído para mí un colchon. Amaneció, y ántes que él despertase yo me levanté y me fui á una posada sin que me sintiese: torné á cerrar la puerta por defuera, y eché la llave por una gatera.

Como he dicho, me fui á un mesón á esconder y aguardar comodidad para ir á la córte. Dejéle en el aposento una carta cerrada que contenia mi ida y las causas, avisándole no me buscase, porque eternamente no lo habia de ver.

XII

De mi huida, y los sucesos en ella hasta la córte.

PARTIA aquella mañana del mesón un arriero con cargas á la córte; llevaba un jumento: alquilómele, y salíme á aguardarle á la puerta fuera del lugar. Salió y espetóme en el dicho, y empecé mi jornada. Iba entre mí diciendo:

—Allá quedarás bellaco, deshonra buenos, jinete de gaznates.

Consideraba yo que iba á la córte, donde nadie me conocia (que era la cosa que más me consolaba), y que habia de valerme por mi habilidad. Allí propuse de colgar los hábitos en llegando, y sacar vestidos cortos al uso. Pero volvámos á las cosas que el dicho mi tío hacia, ofendido con la carta, que decia en esta forma:

CARTA

«Señor Alonso Ramplon: Tras haberme Dios hecho tan señaladas mercedes como quitarme delante á mi buen padre y tener mi madre

en Toledo (donde, por lo menos, sé que hará humo), no me faltaba sino ver hacer en vuesamerced lo que en otros hace. Yo pretendo ser uno de mi linaje, que dos es imposible, si no vengo á sus manos y trinchándome, como hace á otros. No pregunte por mí, que me importa negar la sangre que tenemos. Sirva al rey y á Dios.»

No hay que encarecer las blasfemias y oprobios que diria contra mí. Volvámos á mi camino. Yo iba caballero en el rucio de la Mancha, y bien deseoso de no topar nadie, cuando desde léjos vi venir un hidalgo de portante, con su capa puesta, espada ceñida, calzas atacadas y botas, y al parecer bien puesto; el cuello abierto, el sombrero de lado. Sospeché que era algún caballero que dejaba atrás su coche; y así, emparejando, le saludé. Miróme y dijo:

—Irá vuesamerced, señor licenciado, en ese borrico con harto más descanso que yo con todo mi aparato. Yo, que entendí que lo decia por coche y criados que dejaba atrás, dije:

—En verdad, señor, que lo tengo por más apacible caminar que el del coche; porque (aunque vuesamerced vendrá en el que trae detrás con regalo) aquellos vuelcos que da inquietan.

—¿Cuál coche detrás? dijo él muy alborotado; y al volver atrás, como hizo fuerza, se le cayeron las calzas, porque se le rompió una agujeta que traia, la cual era tan sola, que tras verme tan muerto de risa de verle, me pidió una prestada. Yo, que vi que de la camisa no se veia sino una ceja, y que traia tapado el rabo de medio ojo, le dije:

—Por Dios, señor, que si vuesamerced no aguarda á sus criados, yo no puedo socorrelle, porque vengo también atacado únicamente.

—Si hace vuesamerced burla (dijo él con las chaondas en la mano), vaya; porque no entiendo eso de los criados. Y aclaróseme tanto (en materia de ser pobre), que me confesó, á media legua que anduvimos, que si no le hacia merced de dejalle subir en el borrico un rato, no le era posible pasar á la córte, por ir cansado de caminar con las bragas en los puños. Y movido á compasion, me apeé; y como él no podia sacar las calzas, húbele yo de subir; y espantóme lo que descubrí en el tocamiento: porque por la parte de atrás, que cubría la capa, traia las cuchilladas con entretelas de nalga pura. El, que sintió lo que habia visto, como discreto, se previno diciendo: Señor licenciado, no es oro todo lo que reluce; debióle parecer á vuesamerced en viendo el cuello abierto y mi presencia, que era un conde de Irlos. Como destos hojaldres cubren en el mundo lo que vuesamerced ha tentado. Yo le dije que le aseguraba me habia persuadido á muy diferentes cosas de las que veia. Pues aun no ha visto nada vuesamerced (replicó); que hay tanto que ver en mí como tengo, porque nada cubro. Veme aquí vuesamerced un hidalgo hecho y derecho, de casa y solar montañés, que, si como sustento la nobleza, me sustentara, no hubiera más que pedir; pero ya, señor licenciado, sin pan ni carne no se sustenta buena sangre; y por la

misericordia de Dios todos la tienen colorada, y no puede ser hijo de algo el que no tiene nada. Ya he caido en la cuenta de ejecutorias, despues que hallándome en ayunas un dia, no quisieron dar sobre ella en un bodegon dos tajadas. ¡Pues decir que no tienen letras de oro! Pero más valiera el oro en las píldoras que en las letras, y de más provecho es; y con todo, hay muy pocas letras con oro. He vendido hasta mi sepultura por no tener sobre qué caer muerto; que la hacienda de mi padre Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero (que todos estos nombres tenia) se perdió en una fianza; solo el don me ha quedado por vender, y soy tan desgraciado, que no hallo nadie con necesidad dél, pues quien no le tiene por ante, le tiene por postre, como el remendón, hazadon, podon, baldón, bordon, y otros así.

Confieso que, aunque iban mezcladas con risa, las calamidades del dicho hidalgo me entretuvieron. Preguntóle cómo se llamaba, y adonde iba y á qué. Dijo que todos los nombres de su padre: Don Toribio Rodríguez Vallejo Gómez de Ampuero y Jordán. No se vió jamás nombre tan campanudo, porque acababa en dan y empezaba en don, como són de badajo. Tras esto dijo que iba á la córte, porque un mayorazgo raido como él, en un pueblo corto olia mal á dos dias, y no se podia sustentar; y que por eso se iba á la patria común, adonde caben todos, y adonde hay mesas francas para estómagos aventureros; y nunca cuando entro en ella me faltan cien reales en la bolsa, cama, de comer, y refocilo de lo vedado, porque la industria en la córte es piedra filosofal, que vuelve en oro cuanto toca. Yo vi el cielo abierto, y en són de entretenimiento para el camino, le rogué que me contase cómo y con quiénes viven en la córte los que no tenian, como él, porque me parecía dificultoso; que no solo se contenta cada uno con sus cosas, sino que aun solicitan las ajenas.

—Muchos hay desos, hijo, y muchos destotros: es la lisonja llave maestra, que abre á todas voluntades en tales pueblos. Y porque no se te haga dificultoso lo que digo, oye mis sucesos y mis trazas, y te asegurarás de esa duda.

XIII

En que el hidalgo prosigue el camino y lo prometido de su vida y costumbres.

Lo primero has de saber que en la córte hay siempre el más necio y el más sabio, más rico y más pobre, y los extremos de todas las cosas; que disimula los malos y esconde los buenos, y que en ella hay unos géneros de gentes (como yo) que no se les conoce raiz ni mueble, ni otra cosa de la que decienden los tales. Entre nosotros nos diferenciamos con diferentes nombres: unos nos llamamos caballeros hebenes; otros güeros, chanflones, chirles, traspillados y caninos. Es nuestra abogada la industria; pasámos las más veces los estómagos de vacío, que es gran trabajo traer la comida en manos ajenas. Somos susto de los banquetes, polilla de los bodegones, y convidados por fuerza; sustentámonos así del aire, y andamos contentos. Somos gente que comemos un puerro, y representamos un capón: entrará uno á visitarnos en nuestras casas, y hallará nuestros aposentos llenos de huesos de carnero y aves, mondaduras de trutas, la puerta embarazada con plumas y pellejos de gazapos; todo lo cual cogemos de parte de noche por el pueblo, para honrarnos con ello de dia. Reñimos en entrando al huésped:

—¿Es posible que no he de ser yo poderoso para que barra esa moza?

—Perdone vuesamerced, que han comido aquí unos amigos, y estos criados... etc. Quien no nos conoce, cree que es así, y pasa por convite. Pues ¿qué diré del modo de comer en casas ajenas?

En hablando á uno media vez, sabemos su casa, y siempre á hora de mascar (que se sepa que está en la mesa) decimos que nos llevan sus amores, porque tal entendimiento no le hay en el mundo. Si nos pregunta si hemos comido, si ellos no han empezado decimos que nó; si nos convidan, no aguardamos al segundo envite, porque destas aguardadas nos han sucedido grandes vigilias; si han empezado, decimos que sí; y aunque parta muy bien el ave, pan ó carne, ó lo que fuere, para tomar ocasión de engullir un bocado decimos: Ahora deje vuesamerced, que le quiero servir de mastresala; que solia, Dios le tenga en el cielo (y nombramos un señor muerto, duque ó conde), gustar más de verme partir que de comer. Diciendo esto, tomamos el cuchillo, y partimos bocaditos, y al cabo decimos: ¡Oh qué bien güele! Cierto que haria agravio á la guisadera en no probarlo: ¡qué buena mano tiene! Y diciendo y haciendo, va en prueba el medio plato; el nabo por ser nabo, el tocino por ser tocino, y todo por lo que es. Cuando esto nos falta, ya tenemos sopa en algún convento aplazada; no la tomamos en público, sino á lo escondido, haciendo creer á los frailes que es más devocion que necesidad. Es de ver uno de nosotros en una casa de juego con el cuidado que sirve, y despabila las velas, trae orinales, como mete naipes y solemniza las cosas del que gana, todo por un triste real de barato. Tenemos de memoria para lo que toca á vestirnos, toda la ropería vieja; y como en otras partes hay hora señalada para oracion, la tenemos nosotros para remendarnos. Son de ver las diversidades de cosas que sacamos: que como tenemos por enemigo declarado al sol, por cuando nos descubre los remiendos, puntadas y trapos, nos ponemos abiertas las piernas á la mañana á su rayo, y en la sombra del suelo vemos las que hacen los andrajos y hilarachas de las entrepiernas, y con unas tijeras las hacemos la barba á las calzas; y como siempre se gastan tanto las entrepiernas, es de ver cómo quitamos cuchilladas de atrás para poblar lo de adelante, y solemos traer la trasera tan pacífica de cuchilladas, que se queda en las puras bayetas: sábelo sola la capa, y guardámonos de dias de aire y de subir por escaleras claras ó á caballo. Estudiamos posturas contra la luz, pues en dia claro andamos con las piernas muy juntas, y hacemos las reverencias con solos los tobillos, porque si se abren las rodillas se verá el

ventanaje. No hay cosa en todos nuestros cuerpos que no haya sido otra cosa y no tenga historia; *verbi gratia:* bien ve vuesamerced esta ropilla, pues primero fue gregüescos, nieta de una capa y biznieta de un capuz, que fué en su principio, y ahora espera salir para soletas y otras muchas cosas. Los escarpines primero son pañizuelos, habiendo sido toallas, y ántes camisas, hijas de sábanas; y despues de esto nos aprovechamos para papel, y en el papel escribimos y despues hacemos dél polvos para resucitar los zapatos, que de incurables los he visto yo hacer revivir con semejantes medicamentos. Pues ¿qué diré del modo con que de noche nos apartamos de las luces porque no se vean los herreruelos calvos y las ropillas lampiñas? Que no hay más pelo en ellas que en un guijarro; que es Dios servido de dárnosle en la barba y quitárnosle en la capa. Y por no gastar en barberos prevenimos siempre de aguardar que otro de los núestros tenga pelambre y entonces nos la quitámos el uno al otro, conforme lo del Evangelio: *Ayudaos como buenos hermanos.* Y tenemos cuenta en no andar los unos por las casas de los otros, si sabemos que alguno trata la misma gente que otro. Es de ver cómo andan los estómagos en celo. Estamos obligados á andar á caballo una vez cada mes, aunque sea en pollino, por las calles públicas, y á ir en coche una vez en el año, aunque sea en la arquilla ó trasera; pero si alguna vamos dentro del coche, es de considerar que siempre es en el estribo con todo el pescuezo defuera, haciendo cortesías porque nos vean todos, y hablando á los amigos y conocidos aunque miren á otra parte. Si nos come delante de algunas damas, tenemos traza para rascarnos en público sin que se vea: si es en el muslo, contamos que vimos un soldado atravesado desde tal parte, y señalamos con las manos aquellas que nos comen rascándonos en vez de enseñarlas; si es en la iglesia, y come en el pecho, nos damos *sanctus* aunque sea en el *introibo;* levantámonos y arrimándonos á una esquina, en són de empinarnos para ver algo, nos rascamos. ¿Qué diré del mentir? Jamás se halla verdad en nuestra boca: encajamos duques y condes en las conversaciones, unos por amigos, otros por deudos; y advertimos que los tales señores ó estén muertos ó muy léjos. Y lo que más es de notar, que nunca nos enamoramos sino de *pane lucrando,* que veda la orden

damas melindrosas, por lindas que sean; y así, siempre andamos en recuesta con una bodegonera por la comida, con la huéspeda por la posada, con la que abre los cuellos por el que trae el hombre. Quien ve estas botas mias, ¿cómo pensará que andan caballeras en las piernas en pelo, sin media ni otra cosa? Y quien viere este cuello, por que ha de pensar que no tengo camisa? Pues todo esto le puede faltar á un caballero, señor licenciado, pero cuello abierto y almidonado nó. Lo uno porque así es gran ornato de la persona, y despues de haberle vuelto de una parte á otra, es de sustento porque se ceba el hombre en el almidón, chupándole con destreza. Ya se ve en prosperidad y con dineros, y ya se ve en el hospital; pero en fin se vive, y el que se sabe vadear es rey con poco que tenga.

Tanto gusté de las extrañas maneras de vivir del hidalgo, y tanto me embebecí, que divertido con ellas y con otras, me llegué á pié hasta las Rozas, adonde nos quedámos aquella noche. Cenó conmigo el dicho hidalgo, que no traia blanca, y yo me hallaba obligado á sus avisos, porque con ellos abrí los ojos á muchas cosas, inclinándome á la chirlería. Declaréle mis deseos ántes que nos acostásemos; abrazóme mil veces, diciendo que siempre esperó habian de hacer impresión sus razones en hombre de tan buen entendimiento. Ofrecióme favor (para introducirme en la córte con los demás cofrades del estafon) y posada en compañía de todos. Aceptóla, no declarándole que tenia los escudos que llevaba, sino hasta cien reales solos; los cuales bastaron, con la buena obra que le habia hecho y hacia, á obligarle á mi amistad.

Compróle del huésped tres agujetas, atacóse, dormimos aquella noche, madrugamos y dimos con nuestros cuerpos en Madrid.

LIBRO SEGUNDO

I

De lo que ine sucedió en la córte luego que llegué hasta que anocheció.

A las diez de la mañana entrámos en la córte: fuímonos á apear de conformidad en casa de los amigos de don Toribio. Llegámos á la puerta, y llamó; abrióle una vejezuela muy pobremente abrigada y muy vieja. Preguntó por los amigos, y respondió que habian ido á buscar. Estuvimos solos hasta que dieron las doce, pasando el tiempo, él en animarme á la profesion de la vida barata, y yo en atender á todo. A las doce y media entró por la puerta una estantigua vestida de bayeta hasta los piés, más raida que su vergüenza. Habláronse los dos en gemianía, de lo cual resultó darme un abrazo y ofrecérseme. Hablámos un rato, y sacó un guante con diez y seis reales, y una carta, con la cual (diciendo que era licencia para pidir para una pobre) los habia allegado; vació el guante y sacó otro, y doblólos á usanza de médico. Yo le pregunté que por qué no se los ponia, y dijo que por ser entrambos de una mano, que era treta para tener guantes. A todo esto noté, que no se desarrebozaba, y pregunté (como nuevo, para saber) la causa de estar siempre envuelto en la capa; á lo cual respondió:

—Hijo, tengo en las espaldas una gatera, acompañada de un remiendo de lanilla y de una mancha de aceite; este pedazo de rebozo la cubre, y así se puede andar. Desarrebozóse, y hallé que debajo de la sotana traia gran bulto; yo pensé que eran calzas, porque eran á modo dellas, cuando él (para entrarse á espulgar) se

arremangó, y vi que eran dos rodajas de cartón, que traia atadas á la cintura y encajadas á los muslos, de suerte que hacian apariencias debajo del luto, porque el tal no traia camisa ni gregüescos; que apénas tenia que espulgar, segun andaba desnudo. Entró al espulgadero, y volvió una tablilla, como las que ponen en las sacristías, que decia: Espulgador hay; porque no entrase otro. Grandes gracias di á Dios, viendo cuánto dió á los hombres en darles industria, ya que les quitase riquezas.

—Yo (dijo mi buen amigo) vengo del camino con mal de calzas; y así, me habré de recoger á remendar. Preguntó si habia algunos retazos; y la vieja (que re cogia trapos dos dias en la semana por las calles, como las que tratan en papel, para curar incurables cosas) dijo que nó, y que por falta de trapos se estaba quince dias habia en la cama, de mal de ropilla, don Lorenzo Iñiguez del Pedroso. En esto estábamos, cuando vino uno con sus botas de camino y su vestido pardo, con un sombrero prendidas las faldas por los dos lados: supo mi venida de los demás, y hablóme con mucho afecto; quitóse la capa, y traia (mire vuesamerced quién tal pensara) la ropilla de paño pardo la delantera, y la trasera de lienzo blanco, con sus fondos en sudor. No pude tener la risa; y él con gran disimulación dijo:

—Haráse á las armas, y no se reirá; yo apostaré que no sabe por qué traigo este sombrero con la falda presa arriba. Yo dije que por galantería y por dar lugar á la vista. Antes por estorbarla (dijo); sepa

que es porque no tiene toquilla, y que así no lo echan de ver. Y diciendo esto, sacó más de veinte cartas y otros tantos reales, diciendo que no habia podido dar aquéllas. Traia cada una un real de porte, y eran hechas por él mismo; ponia la firma de quien le parecía; escribía nuevas que inventaba á las personas más honradas, y dábalas en aquel traje, cobrando los portes, y esto hacia cada mes: cosa que me espantó ver la novedad de la vida. Entraron luego otros dos, el uno con una ropilla de paño larga hasta medio valon, y su capa de lo mismo, levantado el cuello, porque no se viese el angeo, que estaba roto. Los valones eran de chamelote, mas no eran más de lo que se descubrían, y lo demás de bayeta colorada.

Este venia dando voces con el otro, que traia valona por no traer cuello, y unos frascos por no traer capa, y una muleta, con una pierna liada en trapajos y pellejos, por no tener más de una calza. Hacíase soldado, y habialo sido, pero malo y en partes quietas; contaba extraños servicios suyos, y á título de soldado entraba en cualquiera parte. Decia el de la ropilla y casi gregüescos:

La metad me debeis, ó por lo menos mucha parte. Si no me la dais, juro á Dios...

No jure á Dios (dijo el otro); que en llegando á casa no soy cojo, y os daré con esta muleta mil palos. Si daréis, no daréis, y en los mentises acostumbrados, arremetió el uno al otro, y asiéndose, se salieron con los pedazos de los vestidos en las manos á los primeros estirones. Metímoslos en paz, y preguntamos la causa de la pendencia. Dijo el soldado:

—¿A mí chanzas? No llevaréis ni medio. Han de saber vuesas mercedes que estando en San Salvador llegó un niño á este pobrete, y le dijo que si era yo el alférez Juan de Lorenzana, y dijo que sí, atento á que le vió no sé qué cosa que traia en las manos. Llevómele, y dijo (nombrándome alférez): Mire vuesamerced qué le quiere este niño; y como le entendí, dije que yo era. Recibí el recado, y con él doce pañizuelos, y respondí á su madre, que los enviaba á alguno de aquel nombre. Pídeme agora la metad, y ántes me haré pedazos que tal dé; todos los han de romper mis narices. Juzgóse la causa en su favor; solo se le contradijo el sonar en ellos, mandándole que los entregase á la vieja para honrar la comunidad,

haciendo dellos unos remates de mangas que se viesen y representasen camisas: que el sonarse está vedado.

Llegó la noche; acostámonos tan juntos, que parecíamos herramienta en estuche. Pasóse la cena de claro en claro: no se desnudaron los más; que con acostarse como andaban de dia cumplieron con el precepto de dormir en cueros.

II

En que se prosigue la materia comenzada y otros raros sucesos.

AMANECIÓ el Señor, y pusímonos todos en arma. Ya estaba yo tan hallado con ellos como si todos fuéramos hermanos (que esta facilidad y aparente dulzura se halla siempre en las cosas malas). Era de ver á uno ponerse la camisa de doce veces, dividida en doce trapos, diciendo una oracion á cada uno, como á sacerdote que se viste: á cuál se le perdia una pierna en los callejones de las calzas, y la venia á hallar adonde ménos convenía asomada; otro pidia guia para ponerse el jubón, y en media hora no se podia averiguar con él. Acabado esto, que no fué poco de ver, todos empuñaron aguja y hilo para hacer un punteado en un rasgado y otro.

Cual para culcusirse debajo del brazo, estirándole se hacia L. Uno, hincado de rodillas, remendaba un 5 de guarismo: socorría á los cañones. Otro, por plegar las entrepiernas, metiendo la cabeza entre ellas se hacia un ovillo. No pintó tan extrañas posturas Bosco como yo vi; porque ellos cosían, y la vieja les daba los materiales, trapos y arrapiezos de diferentes colores, los cuales habia traido el sábado. Acabóse la hora del remiendo (que así la llamaban ellos), y fuéronse mirando unos á otros lo que quedaba mal parado. Determinaron de irse fuera, y yo dije que queria trazasen mi vestido, porque queria gastar los cien reales en uno, y quitarme la sotana. Eso nó, dijeron ellos; el dinero se dé al depósito, y vistámosle de lo reservado luego, y señalémosle su diócesi en el pueblo, adonde él solo busque y apolille.

Parecióme bien: deposité el dinero, y en un instante, de la sotana me hicieron ropilla de luto de paño, y acortando el herreruelo, quedó bueno. Lo que sobró dél trocaron á un sombrero viejo reteñido; pusiéronle por toquilla unos algodones de tintero muy bien puestos. El cuello y los valones me quitaron, y en su lugar me pusieron unas calzas atacadas con cuchilladas no más de por delante; que lados y traseras eran unas carnuzas. Las medias calzas de seda aun no eran medias, porque no llegaban más de cuatro dedos más abajo de la rodilla, los cuales cuatro dedos cubria una bota justa sobre la media colorada que yo traia. El cuello estaba todo abierto, de puro roto; pusiéronmelo, y dijeron:

—El cuello está trabajoso por detrás y por los lados. Vuesamerced, si le mirare uno, ha de ir volviéndose con él, como la flor del sol; si fueren dos y miraren por los lados, saque piés, y para los de atrás traiga siempre el sombrero caido sobre el cogote; de suerte que la falda cubra el cuello y descubra toda la frente: y al que preguntare que por qué anda así, respóndale que porque puede andar la cara descubierta por todo el mundo. Diéronme una caja con hilo negro y blanco, seda, cordel y aguja, dedal, paño, lienzo, raso, y otros retacilios, y un cuchillo; pusiéronme una esquela en la pretina, yesca y eslabón en una bolsa de cuero, diciendo: Con esta caja puede ir por todo el mundo, sin haber menester amigos ni deudos: en ésta se encierra todo nuestro remedio; tómela y guárdela. Señaláronme por cuartel para buscar mi vida el de San Luis; y así empecé mi jornada, saliendo de casa con los otros; aunque por ser nuevo me dieron (para empezar la estafa), como á misacantano, por padrino el mismo que me trajo y convirtió.

Salimos de casa con paso tardo, los rosarios en la mano; tomámos el camino para mi barrio señalado: á todos hacíamos

cortesía; á los hombres quitábamos el sombrero, deseando hacer lo mismo á sus capas; á las mujeres hacíamos reverencias, que se huelgan con ellas, y las paternidades mucho más. A uno decia mi buen ayo:

—Mañana me traen dineros; á otro:

Aguárdeme vuesamerced un dia, que me trae en palabras el banco. Cuál le pidia la capa, cuál le daba priesa por la pretina: en lo cual conocí que era tan amigo de sus amigos, que no tenia cosa suya. Andábamos haciendo culebra de una acera á otra, por no topar con casas de deudores. Ya le pedia uno el alquiler de la casa, otro el de la espada, y otro el de las sábanas y camisas: de manera que eché de ver que era caballero de alquiler, como muía. Sucedió pues que vió desde léjos un hombre que le sacaba los ojos (segun dijo) por una deuda, mas no podia el dinero; y porque no le conociese soltó detrás de las orejas el cabello, que traia recogido, y quedó nazareno entre verónico y caballero lanudo; plantóse un parche en un ojo, y púsose á hablar italiano conmigo. Esto pudo hacer miéntras el otro venia (que aun no le habia visto, por estar ocupado en chismes con una vieja). Digo de verdad que vi al hombre dar vueltas al rededor, como perro que se queria echar; hacíase más cruces que un ensalmador, y fuése diciendo: ¡Jesús! pensé que era él. A quien bueyes ha perdido... etc. Yo moríame de risa de ver la figura de mi amigo; entróse en un soportal á recoger la melena y el parche; y dijo:

—Estos son los aderezos de negar deudas. Aprended, hermano; que veréis mil cosas destas en el pueblo. Pasámos adelante, y en una esquina, por ser de mañana, tomámos dos tajadas de letuario, y aguardiente de una picarona; que nos lo dió de gracia (despues de dar el bienvenido á mi adestrador). Y díjome: Con esto vaya el hombre descuidado de comer hoy; por lo ménos esto no puede faltar. Afligíme yo, considerando que aun teníamos en duda la comida; y repliquéle, afligido por parte mi estómago. A lo cual respondió: Poca fe tienes con la religión y orden de los caminos. No falta el Señor á los cuervos ni á los grajos, ni aun á los escribanos, ¿y habia de faltar á los traspillados?.Poco estómago tienes.

—Es verdad, dije, pero temo mucho tener menos, y nada en él. En esto estábamos, y dió un reloj las doce, y como yo era nuevo en

el trato, no les cayó en gracia á mis tripas el letuario, y tenia hambre como si tal no hubiera comido. Renovada pues la memoria, volvíme al amigo, y dije: Hermano, este del hambre es recio noviciado. ¡Estaba hecho el hombre á comer más que un sabañón, y hanme metido á vigilias! Si vos no la teneis, no es mucho; que criado con hambre desde niño (como el otro rey con parbona), os sustentáis ya con ella. No os veo hacer diligencia vehemente para marcar; y así, yo determino de hacer la que pudiere.

—¡Cuerpo de Dios (replicó) con vos! pues dan agora las doce, ¿y tanta priesa? Teneis muy puntuales ganas y ejecutivas, y han menester llevar en paciencia algunas pagas atrasadas. ¡No sino comer todo el dia! ¿Qué más hacen los animales? No se escribe que jamás caballero nuestro haya tenido cámaras; que ántes de puro mal proveídos, no nos proveemos. Ya os he dicho que á nadie falta Dios; y si tanta priesa teneis, yo me voy á la sopa de San Jerónimo, adonde hay aquellos frailes de leche como capones, y allí haré el buche. Si vos quereis seguirme, venid; y si no, cada uno á sus aventuras.

—Adiós, dije yo, que no son tan cortas mis faltas, que se hayan de suplir con sobras de otros; cada uno eche por su calle. Mi amigo iba pisando tieso y mirándose á los pies; sacó unas migajas de pan que traia para el efecto siempre en una cajuela, y derramóselas por la barba y vestidos: de suerte que parecía haber comido. Yo iba tosiendo y escarbando por disimular mi flaqueza, limpiándome los bigotes, arrebozado, y la capa sobre el hombro izquierdo, jugando con el decenario, que lo era por no tener más de diez cuentas. Todos los que me veian me juzgaban por comido; y si fuera de piojos, no erraran.

Iba yo fiado en mis escudillos, aunque me remordía la conciencia el ser contra la orden comer á sus costas quien vive de tripas horras en el mundo: ya iba determinado á quebrar el ayuno. Llegué con esto á la esquina de la calle de San Luis, adonde vivia un pastelero; asomábase uno de á ocho tostado, y con el resuello del horno tropezóme en las narices, y al instante me quedé (del modo que andaba) como perro perdiguero: puestos en él los ojos, le miré con tanto ahinco, que se secó el pastel como un aojado. Allí eran de contemplar las trazas que yo daba para hurtarle; resolvíame otra vez

á pagarlo. En esto me dió la una; angustióme de manera, que me determiné de zamparme en un bodegon. Yo, que iba haciendo punta á uno, Dios que lo quiso, topo con un licenciado Flechilla, amigo mió, que venia haldeando por la calle abajo, con más barros que la cara de un sanguino, y tantos rabos, que parecía un chirrión: arremetió á mí en viéndome (que segun estaba, fué mucho conocerme). Yo le abracé, preguntóme cómo estaba; díjele luego:

—Señor licenciado, ¡qué de cosas tengo que contarle! Solo me pesa que me he de ir esta noche.

—Eso me pesa á mí, y si no fuera tarde, y ir con priesa á comer, me detuviera, porque me aguarda una hermana casada y su marido.

—¿Que aquí está mi señora Ana? Aunque lo deje todo, vamos; que quiero hacer lo que estoy obligado.

Abrí los ojos en oyendo que no habia comido; fuíme con él, y empecéle á contar que una mujercilla (que él habia querido mucho en Alcalá) sabía yo dónde estaba, y que le podia dar entrada en su casa. Pegósele luego al alma el envite; que fué industria tratarle de cosas de gusto. Llegámos tratando en ello á su casa: entramos; yo me ofrecí mucho á su cuñado y hermana; y ellos, no persuadiéndose á otra cosa sino á que yo venia convidado, por venir á tal hora, comenzaron á decir que si lo supieran que habian de tener tan buen huésped, que hubieran prevenido algo. Yo cogí la ocasion, y convidóme, diciendo que era de casa y amigo viejo, y que se me hiciera agravio en tratarme con cumplimiento. Sentáronse, y sentóme; y porque el otro lo llevase mejor (que ni me habia convidado ni le pasaba por la imaginación), de rato en rato le pegaba con la mozuela, diciendo que me habia preguntado por él, y

que le tenia en el alma, y otras mentiras deste modo: con lo cual llevaba mejor el verme engullir; porque tal destrozo como yo hice en el ante, no lo hiciera una bala en el de un coleto. Vino la olla, y comímela en dos bocados casi toda sin malicia; pero con priesa tan fiera, que parecia que aun entre los dientes no la tenia bien segura. Dios es mi padre, que no come un cuerpo más presto el monton de la Antigua de Valladolid (que le deshace en veinte y cuatro horas), que yo despaché el ordinario, pues fué con más priesa que un extraordinario correo. Ellos bien debían notar los fieros tragos del caldo y el modo de agotar la escudilla, la persecución de los huesos y el destrozo de la carne; y si va á decir verdad, entre vuelta y juego empedré la faldriquera de mendrugos. Levantóse la mesa, apartámonos yo y el licenciado á hablar de la ida en casa de la dicha, la cual le facilité mucho; y estando hablando con él á una ventana, hice que me llamaban de la calle, y dije: ¿A mí, señor? Va bajo. Pidíle licencia, diciendo que luego volvería: quedóme aguardando hasta hoy; que desparecí por lo del pan comido y la compañía deshecha. Topóme otras muchas veces, y disculpóme con él, contándole mil embustes, que no importan para el caso.

Fuíme por las calles de Dios, llegué á la puerta de Guadalajara, y sentóme en un banco de los que tienen á sus puertas los mercaderes: quiso Dios que llegaron á la tienda dos (de las que piden prestado sobre sus caras) tapadas de medio ojo, con su vieja y pajecillo. Preguntaron si habia algún terciopelo de labor extraordinaria: yo empecé luego (para trabar conversación) á jugar del vocablo del tercio y pelado, y pelo, y apelo, y por peli, y no dejé hueso sano á la razón. Sentí que les habia dado mi libertad algún seguro de algo de la tienda; y como quien aventuraba á no perder nada, ofrecílas lo que quisiesen. Regatearon, diciendo que no tomaban de quien no conocían. Yo me aproveché de la ocasión, diciendo que habia sido atrevimiento ofrecerles nada; pero que me hiciesen merced de aceptar unas telas que me habian traido de Milán, que á la noche llevaría un paje (que les dije que era mió por estar enfrente aguardando á su amo, que estaba en otra tienda, por lo cual estaba descaperuzado). Y para que me tuviesen por hombre de partes y conocido, no hacia sino quitar el sombrero á todos los oidores y caballeros que pasaban; y sin conocer á ninguno, les

hacia cortesía, como si los tratara familiarmente. Ellas juzjaron con esto, y con un escudo de oro que yo saqué de los que traia (con achaque de dar limosna á un pobre que me la pidió), que yo era un gran caballero. Parecióles irse, por ser ya tarde; y así me pidieron licencia, advirtiéndome con el secreto que habia de ir el paje. Yo las pedí por favor, y como en gracia, un rosario engarzado en oro que llevaba la más bonita dellas, en prendas de que las habia de ver á otro dia sin falta. Regatearon dármele, yo les ofrecí en prenda los cien escudos, y dijéronme su casa; y con intento de estafarme en más, se fiaron de mí, y preguntáronme la posada, diciéndome que no podia entrar paje en la suya á todas horas, por ser gente principal. Yo las llevé por la calle Mayor, y al entrar en la de las Carretas es cogí la casa que mejor y más grande me pareció, que tenia un coche sin caballos á la puerta; y díjeles que aquella era, y que allí estaba ella, el coche y el dueño para servirlas. Nombréme don Alvaro de Córdoba, y entróme por la puerta delante de sus ojos. Y acuérdome que cuando salimos de la tienda, llamé uno de los pajes (con grande autoridad) con la mano; hice que le decia que se quedasen todos, y que me aguardasen allí; y verdad es que le pregunté si era criado del comendador mi tio. Dijo que nó; y con tanto acomodé los criados ajenos como buen caballero.

Llegó la noche escura, y acogímonos á casa todos. Entré y hallé al soldado de los trapos con una hacha de cera que le dieron para que acompañase á un difunto, y se vino con ella. Llamábase éste Magazo, y era natural de Olías; habia sido capitan en una comedia, y se habia combatido con moros en una danza. Cuando hablaba con los de Flándes, decia que habia estado en la China, y á los de la

China en Flándes. Trataba de formar un campo, y nunca supo sino espulgarse en él; nombraba castillos, y apénas los habia visto en los ochavos. Celebraba mucho la memoria del señor don Juan, y oíle decir yo muchas veces de Luis Quijada que habia sido honra de amigos. Nombraba turcos, galeones y capitanes, todos los que habia leido en unas coplas que andaban desto; y como él no sabía nada de mar (porque no tenia nada de naval más de comer nabos), dijo, contando la batalla que habia tenido el señor don Juan en Lepanto, que aquel Lepanto fué un moro muy bravo. Como no sabía el pobrete que era nombre del mar, pasábamos con el lindos ratos. Entró luego mi compañero, deshechas las narices y toda la cabeza entrepajada, lleno de sangre y muy sucio. Preguntárnosle la causa; y dijo que habia ido á la sopa de San Jerónimo, y que pidió porcion doblada, diciendo que era para unas personas honradas y pobres. Quitáronselo á los otros mendigos para dárselo; y ellos, con el enojo, siguiéronle, y vieron que en un rincón detrás de la puerta estaba sorbiendo con gran valor. Sobre si era bien hecho engañar por engullir, y quitar á otros para sí, se levantaron voces, y tras ellas palos, y tras los palos chichones y tolondrones en su pobre cabeza. Embistiéronle con los jarros, y el daño de las narices se lo hizo uno con una escudilla de madera, que se la dió á oler con más priesa que convenia. Quitáronle la espada; á las voces salió el portero, y aun no los podia meter en paz. En fin, se vió en tanto peligro el pobre hermano, que decia:

—Yo volveré lo que he comido; y aun no bastaba, porque ya no reparaban sino en que pedia para otros y no se preciaba de sopon.

—¡Miren el todo trapos, como muñeca de niños, más triste que pastelería en cuaresma, con más agujeros que una flauta, y más remiendos que una pia, y más manchas que un jaspe, y más puntos que un libro de música (decía un estudiantón destos de la capacha, gorronazo); que hay hombre en la sopa del bendito santo, que puede ser obispo ó otra cualquier dignidad, y se afrenta un don Peluche de comer! Graduado soy de bachiller en artes por Sigüenza. Metióse el portero de por medio, viendo que un vejezuelo que allí estaba decía que, aunque acudía al brodio, era descendiente del Gran Capitan, y que tenia deudos.

Aquí lo dejo, porque el compañero estaba ya fuera desaprensando los güesos.

III

En que prosigue la misma materia, hasta dar con todos en la cárcel.

ENTRÓ Merlo Diaz, hecha la pretina una sarta de búcaros y vidrios, los cuales, pidiendo de beber en los tornos de las monjas, habia agarrado con poco temor de Dios. Mas sacóle de la puja don Lorenzo del Pedroso, el cual entró con una capa muy buena; la cual habia trocado en una mesa de trucos á la suya, que no se la cubría pelo al que la llevó, por ser desbarbada. Usaba éste quitarse la capa, como que queria jugar, y ponerla con las otras; y luego (como que no hacia partido) iba por su capa, y tomaba la que mejor le parecía y salíase. Usábalo en los juegos de argolla y bolos. Mas todo fué nada para ver entrar á don Cosme cercado de muchachos con lamparones, cáncer y lepra, heridos y mancos; el cual se habia hecho ensalmador con unas santiguaderas y oraciones que habia aprendido de una vieja. Ganaba éste por todos; porque si el que venía á curarse no traia bulto debajo de la capa, no sonaba dinero en la faldriquera ó no piaban algunos capones, no habia lugar. Tenia asolado medio reino; hacia creer cuanto queria, porque no ha nacido tal artífice en el mentir; tanto, que aun por descuido no decia verdad. Hablaba del niño Jesús, entraba en las casas con *Dco gracias;* decia lo del «Espíritu Santo sea con todos». Traia todo ajuar de hipócrita: un rosario con unas cuentas frisonas; al descuido hacia que se le viese por debajo la capa un trozo de disciplina salpicada con sangre de narices; hacía creer (concomiéndose) que los piojos eran silicios y que la hambre canina era ayuno voluntario; contaba

tentaciones; en nombrando al demonio, decía: Dios nos libre y nos guarde; besaba la tierra al entrar en la iglesia; llamábase indigno; no levantaba los ojos á las mujeres. Con estas cosas traia el pueblo tal, que se encomendaban á él, y era propriamente como encomendarse al diablo; porque á más de ser jugador, era *cierto* (así se llama el que por mal nombre *fullero).* Juraba el nombre de Dios unas veces en vano y otras en vacio. Al fin, de los Mandamientos de Dios, los que no quebraba, hendia. Vino Polanco haciendo gran ruido, y pidió saco pardo, cruz grande, barba larga postiza, y campanilla. Andaba de noche de esta suerte, diciendo: Acordáos de la muerte, y haced bien por las ánimas, etc. Con esto cogia mucha limosna, y entrábase en las casas que veia abiertas; y si no habia testigos ni estorbo, robaba cuanto topaba; si le hallaban, tocaba la campanilla, y decia (con una voz que él fingia muy penitente): Acordáos, hermanos, etc.

Todas estas trazas de hurtar y modos extraordinarios conocí por espacio de un mes en ellos. Volvamos agora á que les enseñé el rosario y conté el cuento. Celebraron mucho la traza, y recibióle la vieja por su cuenta y razón para venderle; la cual se iba por las casas, diciendo que era de una doncella pobre, y que se deshacía dél para comer: y ya tenia para cada cosa su embuste y su trapaza. Lloraba la vieja á cada paso, enclavijaba las manos y suspiraba de lo amargo; llamaba hijos á todos; traia (encima de muy buena

camisa, jubón, ropa, saya y manteo) un saco de sayal roto, de un amigo ermitaño que tenía en las cuestas de Alcalá. Esta gobernaba el hato, aconsejaba y encubría. Quiso pues el diablo (que nunca está ocioso en cosas tocantes á sus siervos) que yendo á vender no sé qué ropa y otras cosillas á una casa, conoció uno no sé qué hacienda suya; trajo un alguacil, y agarráronme á la vieja, que se llamaba la madre Lebrusca. Y confesó luego todo el caso, y dijo cómo vivíamos todos, y que éramos caballeros de rapiña.

Dejóla el alguacil en la cárcel, y vino á casa, y halló en ella á todos mis compañeros, y á mí con ellos. Traia media docena de corchetes (verdugos de á pié) y dió con todo el colegio buscón en la cárcel, adonde se vió en gran peligro la caballería.

IV

En que se describe la cárcel y lo que sucedió en ella hasta salir la vieja azotada, los compañeros á la vergüenza, y yo en fiado.

ECHÁRONNOS á cada uno en entrando dos pares de grillos, y sumiéronnos en un calabozo o, que me vi ir allá, aprovechóme del dinero que traia conmigo; y sacando un doblon, dije al carcelero:

—Señor, óigame vuesamerced en secreto; y para que lo hiciese díle escudo como cara, y en viéndolo me apartó. Suplicóle á vuesamerced, le dije, que se duela de un hombre de bien. Busquéle las manos; y como sus palmas estaban hechas á llevar semejantes dátiles, cerró con los dichos veinte y cuatro, diciendo:

—Yo averiguaré la enfermedad, y si no es urgente, bajará al cepo. Yo conocí la deshecha, y respondíle humilde. Dejóme fuera, y á los amigos descolgáronlos abajo. Dejo de contar la risa tan grande que en la cárcel y por las calles habia con nosotros; porque, como nos traian atados y á empellones, unos sin capas, y otros con ellas arrastrando, eran de ver unos cuerpos pias remendados, y otros aloques de tinto y blanco. Aquel, por asirle de alguna parte segura (por estar todo tan manido), le agarraba el corchete de las puras carnes, y aun no hallaba de qué asir, segun los tenia roídos la hambre. Otros iban dejando á los corchetes en las manos los pedazos de ropillas y gregüescos. Al quitar la soga en que venían ensartados, se salían pegados los andrajos. Al fin, yo fui (llegada la noche) á dormir en la sala de los linajes. Diéronme mi camilla. Era de ver dormir algunos envainados, sin quitarse nada de lo que traian

de dia; otros desnudarse de un golpe todo cuanto traian encima; cuáles jugaban. Y al fin cerrados, se mató la luz.

Olvidamos todos los grillos; estaba el servicio á mi cabecera, y á la media noche no hacían sino venir presos y soltar presos. Yo, que oí el ruido, al principio (pensando que eran truenos) empecé á santiguarme y llamar á santa Bárbara; mas viendo que olian mal, eché de ver que no eran truenos de buena casta. Olian tanto, que por fuerza detenia las narices en la cama: unos traian cámaras, y otros aposentos. Al fin, yo me vi forzado á decirles que mudasen á otra parte el vidriado; y sobre si le viene muy ancho, ó nó, tuvimos palabras. Usé el oficio de adelantado, que es mejor serlo de un cachete que de Castilla, y metíle á uno media pretina en la cara. El, por levantarse apriesa, derramóle, y al ruido despertó el concurso. Asábamonos allí á pretina zos á escuras, y era tanto el olor, que hubieron de levantarse todos. Con esto se alzaron grandes gritos; y el alcaide, sospechando que se le iban algunos vasallos, subió corriendo, armado con toda su cuadrilla. Llegó, abrió la sala, entró luz y informóse del caso. Condenáronme todos; yo me disculpaba con decir que en toda la noche me habian dejado cerrar los ojos..... El carcelero, pareciéndole que por no dejarme zabullir en el horado le daria otro doblon, asió del caso y mandóme bajar allá. Determinóme á consentir, ántes que á pellizcar el talego más de lo que estaba. Fui llevado abajo, donde me recibieron con albórbola y placer los amigos.

Dormí aquella noche algo desabrigado. Amaneció el Señor, y salimos del calabozo. Vímonos las caras; y lo primero que nos fué notificado fué dar para la limpieza (y no de la Virgen sin mancilla), so pena de culebrazo fino. Yo di luego seis reales; mis compañeros no tenian qué dar, y así quedaron remitidos para la noche. Habia en el calabozo un mozo tuerto, alto, abigotado, mohino de cara, cargado

de espaldas y de azotes en ellas; traia más hierro que Vizcaya, dos pares de grillos y una cadena de portada. Llamábanle el Jayan; decia que estaba preso por cosas de aire; y así, sopeché yo era por algunos fuelles, chirimías ó abanicos. Y á los que le preguntaban si era por algo desto, respondia que nó, sino por pecados de otro tiempo..... Cuando el alcaide le reñía por alguna travesura, le llamaba botiller del verdugo y depositario general de culpas. Otras veces le amenazaba, diciendo: ¿Qué te arriesgas, pobrete, con el que ha de hacer humo? Dios es Dios, que te vendimie de camino Este hacia amistad con otro que llamaban Robledo, y por otro nombre el Trepado. Decia que estaba preso por liberalidades; y apurado eran de manos en pescar lo que topaba. Habia sido más azotado que postillon, porque todos los verdugos habian probado la mano en él. Tenia la cara con tantas cuchilladas, que á descubrirse puntos, no se la ganara un flux. Tenia nones las orejas y pegadas las narices, aunque no tan bien como la cuchillada que se las partia. A éstos se llegaban otros cuatro hombres (rapantes como leones de armas) todos agrillados y condenados al hermano de Rómulo. Decían ellos que presto podrían decir que habian servido á su rey por mar y por tierra. No se podia creer la notable alegría con que aguardaban su despacho.

Todos éstos, mollinos de ver que mis compañeros no contribuían, ordenaron á la noche de darles culebrazo bravo con una soga dedicada al efecto. Vino la noche, fuimos ahuchados á la postrera faldriquera de la casa; mataron la luz; yo metíme luego debajo la tarima. Empezaron á silbar dos dellos, y otro á dar sogazos. Los buenos caballeros (que vieron el negocio de revuelta) se apretaron de manera las carnes (ayunas, cebadas, comidas y almorzadas de sarna y piojos), que cupieron todos en un resquicio de la tarima:

estaban como liendres en cabellos, ó chinches en cama. Sonaban los golpes en la tabla, callaban los dichos. Los bellacos, viendo que no se quejaban, dejaron el dar azotes, y empezaron á tirar ladrillos, piedras y cascote que tenían recogido. Allí fué ella, que uno le halló el cogote á don Toribio, y le levantó una pantorrilla en él de dos dedos. Comenzó á dar voces que le mataban. Los bellacos, porque no se oyesen sus aullidos, cantaban todos juntos, y hacian ruido con las prisiones. El, por esconderse, asió de los otros para meterse debajo. Allí fué el ver cómo con la fuerza que hacian les sonaban los huesos como tablillas de san Lázaro. Acabaron su vida las ropillas; no quedaba andrajo en pié; menudeaban tanto las piedras y cascotes, que dentro de poco tiempo tenia el dicho don Toribio más golpes en la cabeza que una ropilla abierta. Y no hallando ningún remedio contra el granizo que sobre él llovía, viéndose cerca de morir mártir (sin tener cosa de santidad ni aun de bondad), dijo que le dejasen salir; que él pagaría luego y daría sus vestidos en prendas. Consintiéronselo, y á pesar de los otros que se defendían con él, descalabrado y cómo pudo se levantó y pasó á mi lado. Los otros, por presto que acordaron á prometer lo mismo, ya tenían las chollas con más tejas que pelos. Ofrecieron, para pagar la patente, sus vestidos, haciendo cuenta que era mejor estarse en la cama por desnudos que por heridos; y así, aquella noche los dejaron estar, y á la mañana les pidieron que se desnuda sen. Desnudáronse, y se halló que de todos sus vestidos juntos no se podia hacer una mecha á un candil. Quedáronse en la cama, digo envueltos en una manta, la cual era la que llaman ruana, que es donde se espulgan todos. Empezaron luego á sentir su abrigo, porque habia piojo con hambre canina, y otro que en un bocado de uno dellos quebraba ayuno de ocho dias; habialos frisones, y otros que se podian echar á la oreja de un toro. Pensaron aquella mañana ser almorzados dellos; quitáronse la manta, maldiciendo su fortuna, deshaciéndose á puras uñadas. Yo me salí del calabozo, diciendo que me perdonasen si no les hacia mucha compañía, porque me importaba el no hacérsela. Torné á repasar las manos al carcelero con tres de á ocho; y sabiendo quién era el escribano de la causa, enviéle á llamar con un picarillo. Vino, metíle en un aposento, y empecéle á decir (despues de haber tratado de la causa) cómo yo tenia no sé qué dinero;

supliquéle que me lo guardase, y que en lo que hubiese lugar favoreciese la causa de un hijodalgo desgraciado que por engaño habia incurrido en tal delito.

—Crea vuesamerced (dijo, despues de haber pescado la mosca), que en nosotros está todo el juego, y que si uno da en no ser hombre de bien, puede hacer mucho mal. Más tengo yo en galeras de balde por mi gusto, que hay letras en el proceso. Fíese de mí, y crea que le sacaré á paz y á salvo.

Fuése con esto, y volvióse desde la puerta á pedirme algo para el buen Diego García el alguacil, que importaba el acallarle con mordaza de plata; y apuntóme no sé qué del relator para ayuda de comerse cláusula entera. Dijo:

—Un relator, señor, con arquear las cejas, levantar la voz, dar una patada para hacer atender al alcalde divertido (que las más veces lo están), hacer una acción, destruye un cristiano. Díme por entendido, y añadí otros cincuenta reales; y en pago me dijo que enderezase el cuello de la capa, y dos remedios para el catarro que tenia de la frialdad de la cárcel; y últimamente me dijo: Ahorre de pesadumbre, que con ocho reales que dé al alcaide, le aliviará; que esta es gente que no hace virtud sino es por interés. Cayóme en gracia la advertencia. Al fin él se fué, y yo di al carcelero un escudo; quitóme los grillos, dejábame entrar en su casa. Tenia una ballena por mujer, y dos hijas del diablo, feas y necias.

Sucedió que el carcelero (que se llamaba Tal Blandones de San Pablo, y la mujer doña Ana Moraez) vino á comer, estando yo allí, muy enojado y bufando; no quiso comer. La mujer, recelando alguna gran pesadumbre, se llegó á él, y le enfadó tanto con las acostumbradas importunidades, que dijo:

—¿Qué ha de ser, si el bellaco ladrón de Almendros el Aposentador me ha dicho (teniendo palabras con él sobre el arrendamiento) que vos no sois limpia?

--¿Tantos rabos me ha quitado el bellaco? dijo ella. Por el siglo de mi agüelo, que no sois hombre, pues no le pelastes las barbas. ¿Llamo yo á sus criados que me limpien? Y volviéndose á mí, dijo: Vale Dios que no me podrá decir judía como él, que de cuatro cuartos que tiene, los dos son de villano, y los otros ocho maravedís de hebreo. A te, señor don Pablos, que si le oyera, que yo le

acordara que tiene las espaldas en el aspa de san Andrés. Entonces, muy afligido el alcaide, replicó:

—¡Ay mujer! que callé porque dijo que en esa teníades vos dos ó tres madejas; que lo sucio no os lo dijo por lo puerco, sino por el no le comer.

—¿Luego judía dijo que era? ¿Y con esa paciencia lo decís, buenos tiempos? ¿Así sentís la honra de doña Ana Moraez, hija de Estefanía Rubio y Juan de Madrid, que sabe Dios y todo el mundo?

—¿Cómo hija (dije yo) de Juan de Madrid?

-De Juan de Madrid (respondió ella) el de Auñon. Voto á N. que el bellaco que tal dijo es un judío. Y volviéndome á ellas, dije:

—Juan de Madrid, mi señor, que esté en el cielo, fué primo hermano de mi padre, y daré yo probanza de quién es y cómo, y esto me toca á mí; y si salgo de la cárcel, yo le haré desdecir cien veces al bellaco: ejecutoria tengo en el pueblo tocante á entrambos con letras de oro. Alegráronse mucho todos Con el nuevo pariente, y cobraron ánimo con lo de la ejecutoria; y ni yo la tenia ni sabía quiénes eran. Comenzó el marido á quererse informar del parentesco por menudo; y porque no me cociese en mentira hice que me salia de enfado, votando y jurando. Tuviéronme, diciendo que no se tratase ni pensase más en ello. Yo fie rato en rato salia muy al descuido, diciendo: ¡Juan de Madrid! Burlando es la probanza que yo tengo suya. Otras veces decia: ¡Juan de Madrid el mayor! Su padre de Juan de Madrid fué casado con Ana de Acebedo la gorda; y callaba otro poco.

Al fin, con estas cosas el alcaide me daba de comer y cama en su casa; y el buen escribano (solicitado dél y cohechado con el dinero)

lo hizo tan bien, que sacaron la vieja delante de todos en un palafrén pardo á la brida, con un músico de culpas delante. Era el pregón éste: A esta mujer por ladrona. Llevábale el compás en las costillas el verdugo, segun lo que le habian recetado los señores de los ropones. Luego seguían todos mis compañeros en los overos de echar agua, sin sombreros y las caras descubiertas. Sacábanlos á la vergüenza, y cada uno, de puro roto, llevaba la suya de fuera. Desterráronlos por seis años; yo salí en fiado por virtud del escribano: y el relator no se descuidó, porque mudó tono, habló quedo, brincó razones y mascó cláusulas enteras.

V

De cómo tomé posada, y la desgracia que me sucedió en ella.

SALÍ de la cárcel, hálleme solo y sin los amigos: aunque me avisaron que iban camino de Sevilla á costa de la caridad, no los quise seguir. Determinóme de ir á una posada donde hallé una moza rubia y blanca, miradora, alegre, á veces entremetida y á veces entresacada. Ceceaba un poco, tenia miedo á los ratones, preciábase de manos; y por enseñarlas siempre despabilaba las velas; partía la comida en la mesa; en la iglesia siempre tenia puestas las manos; por las calles iba enseñando qué casa era de uno y cual de otro; en el estrado de continuo tenia un alfiler que prender en el tocado; si se jugaba á algún juego, era siempre al de pizpirigaña, por ser cosa de mostrar manos; hacia que bostezaba adrede, sin tener gana, por mostrar los dientes y hacer cruces en la boca. Al fin, toda la casa tenia ya tan manoseada, que enfadaba ya á sus mismos padres. Hospedáronme muy bien en su casa, porque tenian trato de alquilarla, con muy buena ropa, á tres moradores. Fui el uno yo, el otro un portugués, y un catalan. Hiciéronme muy buena acogida. A mí no me pareció mal la moza. Di en poner en ella los ojos: contábales cuentos que yo tenia estudiados para entretener; traíales nuevas, aunque nunca las hubiese; servíales en todo lo que era de balde. Díjelas que sabía encantamientos y que era nigromante, y que haria que pareciese que se hundia la casa y que se abrasaba, y otras cosas que ellas (como buenas creederas) tragaron. Granjeé una voluntad en todos agradecida, pero no enamorada; que como no estaba tan bien vestido como era razón

(aunque ya me habia algo mejorado de ropa por medio del alcaide, á quien visitaba siempre, conservando la sangre á pura carne y pan que le comia), no hacian de mí el caso que era justo.

Di, para acreditarme de rico que lo disimulaba, en enviar á mi casa amigos á buscarme cuando no estaba en ella. Entró uno el primero preguntando por el señor don Ramiro de Guzman; que así dije que era mi nombre, porque los amigos me habian dicho que no era de costa el mudarse los nombres, ántes muy útil. Al fin preguntó por don Ramiro, un hombre de negocios, rico, que hizo agora dos asientos con el rey. Desconociéronme en esto las huéspedas, y respondieron que allí no vivía sino un don Ramiro de Guzman, más roto que rico, pequeño de cuerpo, feo de cara y pobre. Ese es (replicó) el que yo digo, y no quisiera más renta al servicio de Dios que la que tiene de más de dos mil ducados. Contóles otros embustes: quedáronse espantadas, y él las dejó una cédula de cambio fingida que traia á cobrar en mí, de nueve mil escudos; díjoles que me la diesen para que la aceptase; y fuése. Creyeron la riqueza la niña y la madre, y acotáronme luego para marido. Vine yo con gran disimulación, y en entrando me dieron la cédula, diciendo:

—Dineros y amor mal se encubren, señor don Ramiro:;cómo que nos esconda vuesamerced quién es, debiéndonos tanta voluntad? Yo hice como que me habia disgustado por el dejar de la cédula, y

fuíme á mi aposento. Era de ver cómo, en creyendo que tenia dinero, me decian que todo me estaba bien. Celebraban mis palabras; no habia tal donaire como el mió. Yo, que las vi cebadas, declaré mi voluntad á la muchacha, y ella me oyó contentísima, diciéndome mil lisonjas. Apartámonos, y una noche (para confirmarlas más en mi riqueza) cerróme en mi aposento, que estaba dividido del suyo con un tabique muy delgado, y sacando cincuenta escudos, los contó tantas veces, que oyeron contar seis mil escudos. Filé esto (de verme con tanto dinero) para ellas todo lo que podia desear, porque se desvelaban para regalarme y servirme.

El portugués se llamaba o señor Vasco de Meneses, caballero de la Cartilla, digo de Christus. Traía su capa de luto, botas, cuello pequeño y mostachos grandes. Ardia por doña Berenguela de Rebolledo (que así se llamaba); enamorábala sentándose á conversación, y suspirando más que beata en sermón de cuaresma. Cantaba mal; y siempre andaba apuntado con él el catatan, el cual era la criatura más triste y miserable que Dios crió. Comia á tercianas, de tres á tres dias, y el pan tan duro, que apénas le podia morder un maldiciente. Pretendía por lo bravo, que si no era poner güevos, no le faltaba otra cosa para ser gallina, porque cacareaba notablemente. Como vieron los dos que yo iba tan adelante, dieron en decir mal de mí. El portugués decia que era un piojoso, pícaro, desarropado; el catalan me trataba de cobarde y vil. Yo lo sabía todo, y á veces lo oia; pero no me hallaba con ánimo para responder. Al fin la moza me hablaba y recibia mis billetes. Comenzaba por lo ordinario: Este atrevimiento, su mucha hermosura de vuesamerced; decia lo fie me abraso, trataba de penar, ofrecíame por esclavo, firmaba el corazón con la saeta. Al fin llegámos á los túes; y yo (para alimentar más el crédito de mi calidad) salíme de casa y alquilé una muía, y arrebozado y mudando la voz vine á la posada, y pregunté por mí mismo, diciendo sí vivía allí su merced fiel señor don Ramiro de Guzman, señor del Valcerrado y Vellorete. Aquí vive, respondió la niña, un caballero de ese nombre, pequeño fie cuerpo. Y por las señas dije yo que era él, y la supliqué que le dijese que Diego fie Solórzano, su mayordomo que fué fie las depositarías, pasaba á las cobranzas, y le habia

venido á besar las manos. Con esto me fui y volví á casa de allí á un rato.

Recibiéronme con la mayor alegría del mundo, diciendo que para qué les tenia escondido el ser señor del Valcerrado y Vellorete; diéronme el recado. Con esto la muchacha se remató, codiciosa de marido tan rico, y trazó de que la fuese á hablar á la una de la noche por un corredor que caia á un tejado, donde estaba la ventana de su aposento. El diablo, que es agudo en todo, ordenó que venida la noche, yo, deseoso de gozar de la ocasion, me subí al corredor; y por pasar desde él al tejado que habia de ser, vánseme los piés, y doy en el de un vecino escribano tan desatinado golpe, que quebré todas las tejas y quedaron estampadas en las costillas. Al ruido despertó la media casa, y pensando que eran ladrones (que son antojadizos dellos los deste ofició), subieron al tejado. Yo, que ví esto, quíseme esconder detrás de una chimenea, y fué aumentar la sospecha, porque el escribano y dos criados y un hermano me molieron á palos y me ataron á vista de mi dama, sin bastarme ninguna diligencia. Mas ella se reia mucho, porque como yo la habia dicho que sabía hacer burlas y encantamientos, pensó que habia caido por gracia y nigromancía, y no hacia sino decirme que subiese, que bastaba ya. Con esto, y con los palos y puñadas que me dieron, daba aullidos; y era lo bueno que ella pensaba que todo era artificio, y no acababa de reir. Comenzó luego á hacer la causa, y porque me sonaron unas llaves en la faldriquera, dijo y escribióque eran ganzúas, aunque las vió, sin haber remedio de que no lo fuesen. Díjele que era don Ramiro de Guzman, y rióse mucho. Yo, triste (que me habia visto moler á palos delante de mi dama, y me vi llevar preso sin razón y con mal nombre), no sabía qué hacerme. Hincábame delante del escribano de rodillas, y rogábaselo por amor de Dios; y ni por esas ni por esotras bastaba con el escribano á que me dejase.

Todo esto pasaba en el tejado; que los tales aun de las tejas arriba levantan falsos testimonios. Dieron orden de bajarme abajo, y lo hicieron por una ventana que caia á una pieza que servia de cocina.

VI

En que prosigue lo mismo, con otros varios sucesos.

NO cerré los ojos en toda la noche, considerando mi desgracia, que no fue dar en el tejado, sino en las fieras y crueles manos del escribano; y cuando me acordaba de lo de las ganzúas que me habian hallado en la faldriquera, y las hojas que habia escrito en la causa, eché de ver que no hay cosa que tanto crezca como culpa en poder de escribano. Pasé la noche en revolver trazas: unas veces me determinaba rogárselo por Jesucristo, y considerando lo que él pasó con ellos vivo, no me atrevía. Mil veces me quise desatar, pero sentíame luego, y levantábase á visitarme los ñudos; que más velaba él cómo forjaría el embuste que yo en mi provecho. Madrugó al amanecer, y vistióse á tal hora, que en toda su casa no habia otros levantados sino él y los testimonios. Agarró la correa, y volvióme á repasar muy bien las costillas; reprehendióme el mal vicio de hurtar, como quien tan bien lo sabía. En esto estábamos, él dándome, y yo casi determinado de darle á él dineros (que es la sangre con que se labran semejantes diamantes), cuando incitados y forzados de los ruegos de mi querida, que me habia visto caer y apalear, desengañada de que no era encanto, sino desdicha, entraron el portugués y el catalan; y en viendo el escribano que me hablaban, desenvainando la pluma, los quiso espetar por cómplices en el proceso.

El portugués no lo pudo sufrir, y tratóle algo mal de palabras, diciéndole que él era caballero fidalgo de casa del rey, y que yo era

un home muito fidalgo, y que era bellaquería tenerme atado. Comenzóme á desatar, y al punto el escribano clamó:

—¡Resistencia! y dos criados suyos (entre corchetes y ganapanes) pisaron las capas, desluciéronse los cuellos, como lo suelen hacer para representar las puñadas que no ha habido, y pedían favor al rey. Los dos al fin me desataron; y viendo el escribano que no habia quien le ayudase, dijo:

—Voto á N., que esto no se puede hacer conmigo, y que á no ser vuesas mercedes quienes son, les podria costar caro. Manden contentar estos testigos, y echen de ver que les sirvo sin interés. Yo vi luego la letra, saqué ocho reales y clíselos, y aun estuve por volverle los palos que me habia dado; pero por no confesar que los habia recebido, lo dejé, y me fui con ellos, dándoles las gracias de mi libertad y rescate, con la cara rozada de puros mojicones, y las espaldas algo mohínas de los varapalos. Reíase el catalan mucho, y decia á la niña que se casase conmigo. Tratábame de resuelto y sacudido por los palos. Traíame afrentado con estos equívocos. Si entraba á visitarlos, trataba luego de varear, otras veces de leña y madera. Yo, que me vi corrido y afrentado, y que va me iban dando en la flor de lo rico, comencé á tratar de salirme de casa; y para no pagar comida, cama ni posada, que montaba algunos reales, y sacar mi hato libre, traté con un licenciado Brandalagas, natural de Hornillos, y con otros dos amigos suyos, que me viniesen una noche á prender. Llegaron la señalada, y requirieron á la huéspeda que venian de parte del Santo Oficio, y que convenia secreto. Temblaron todos por lo que yo me habia hecho nigromántico con ellas. Al sacarme á mí callaron; pero al ver sacar el hato, pidieron embargo por la deuda; y respondieron que eran bienes de la Inquisición. Con esto no chistó alma terrena. Dejáronles salir, y quedaron diciendo que siempre lo temieron. Contaban al catalan y al portugués lo de aquellos que me venian á buscar, que eran demonios, y que yo tenia familiar; y cuando les contaba del dinero que yo habia contado, decian que parecía dinero, pero que no lo era de ninguna suerte. Persuadiéronse á ello. Yo saqué mi ropa y comida horra.

Di traza con los que me ayudaron de mudar de há bito y ponerme calza de obra y vestido al uso, cuellos grandes, y un lacayo en menudos dos lacayuelos, que entonces era uso. Animáronme á ello, poniéndome por delante el provecho que se me seguiría de casarme con la ostentación á título de rico, y que era cosa que sucedía muchas veces en la córte; y aun añadieron que ellos me encaminarian parte conveniente y que me estuviese bien, y con algún alcaduz por donde se siguiese. Yo, negro, cudicioso de pescar mujer, determinóme. Visité no sé cuántas almonedas, y compré mi aderezo de casar; supe dónde se alquilaban caballos, y espetóme en uno el primer dia, y no hallé lacayo. Salíme á la calle Mayor, y púseme enfrente de una tienda de jaeces, como que concertaba alguno.

Llegáronse dos caballeros, cada cual con su caballo; preguntáronme si concertaba uno de plata que tenia en las manos. Yo solté la presa, y con mil cortesías los detuve un rato. En fin, dijeron que se querían ir al Prado á bureo, y yo (que si no lo tenian á enfado) que los acompañaría. Dejé dicho al mercader que si venian allí mis pajes y un lacayo, que los encaminase al Prado; di señas de la librea y metíme entre los dos, y caminámos. Yo iba considerando que á nadie que nos veia era posible el determinar y juzgar cuyos eran los pajes y lacayos, ni cuál era el que no le llevaba. Empecé á hablar muy recio de las cañas de Talavera y de un ca hallo que tenia porcelana. Encarecíles mucho el roldaneso que esperaba que me habian de traer de Córdoba. En topando algún paje, caballo ó lacayo les hacia parar, y les preguntaba cuyo era, y también decia de las señales y si le querían vender. Hacíale dar dos vueltas en la calle; y

aunque no la tuviese, le ponia una falta en el freno, y decia lo que habia de hacer para remediarlo; y quiso mi ventura que topé muchas ocasiones de hacer esto. Y porque los otros iban embelesados, y á mi parecer diciendo quién será este tagarote escuderón (porque el uno llevaba un hábito en los pechos, y el otro una cadena de diamantes, que era hábito y encomienda todo junto), dije yo que andaba en busca de buenos caballos para mí y á otro primo mió que entrábamos en unas fiestas. Llegámos al Prado, y en entrando saqué el pié del estribo y puse el talón por defuera, y empecé á pasear. Llevaba la capa echada sobre el hombro y el sombrero en la mano. Mirábanme todos; cuál decia: Este yo le he visto á pié; otro: Lindo va el buscón. Yo hacia como que no oia nada, y paseaba.

Llegáronse á un coche de damas los dos y pidiéronme que picardease un rato. Dejéles la parte de las mozas, y tomé el estribo de madre y tia. Eran las vejezuelas alegres; la una de cincuenta y la otra punto ménos. Díjelas mil ternezas, y oíanme: que no hay mujer, por vieja que sea, que tenga tantos años como presunción. Prometílas regalos, y preguntólas del estado de aquellas señoras, y respondieron que doncellas; y se les echaba de ver en la plática. Yo dije lo ordinario, que las viesen colocadas como merecían, y agradóles mucho la palabra *colocadas.* Preguntáronme tras esto que en qué me entretenía en la córte. Yo les dije que en huir de un padre y madre que me querían casar contra mi voluntad con mujer fea y necia y mal nacida, por el mucho dote.

—Y yo, señoras, quiero más una mujer limpia en cueros, que una judía poderosa; que por la bondad de Dios, mi mayorazgo vale al pié de cuarenta mil ducados de renta. Y si salgo con un pleito que traigo en buenos puntos, no habré menester nada. Saltó tan presto la tia:

—¡Ay señor, y cómo le quiero bien! No se case sino con su gusto y mujer de casta; que le prometo que con ser yo no muy rica no he querido casar mi sobrina (con salirle ricos casamientos), por no ser de calidad. Ella pobre es, que no tiene sino seis mil ducados de dote; pero no debe nada á nadie en sangre.

—Eso creo yo muy bien (dije yo). En esto las doncellitas remataron la conversación con pedir algo de merendar á mis amigos.

Mirábase el uno al otro,

Y á todos tiembla la barba.

Yo, que vi ocasion, dije que echaba ménos mis pajes, por no tener con quién enviar á casa por unas cajas que tenia. Agradeciéronmelo, y yo las supliqué se fuesen á la Casa del Campo al otro dia, y que yo las enviaria algo fiambre. Aceptaron luego; dijéronme su casa y preguntaron la mia; y con tanto se apartó el coche, y yo y los compañeros comenzamos á caminar á casa. Kilos, que me vieron largo en lo de la merienda, aficionáronseme; y por obligarme, me suplicaron cenase con ellos aquella noche. Híceme algo de rogar, aunque poco, y cené con ellos, haciendo bajar á buscar mis criados, y jurando de echarlos de casa. Dieron las diez, y yo dije que era plazo de cierto martelo, y que así me diesen licencia.

Fuíme, quedando concertado de vernos á la tarde en la Casa del Campo.

Fui á dar el caballo al alquilador, y desde allí á mi casa, donde hallé á los compañeros jugando quinolillas. Contóles el caso y el concierto hecho, y determinamos enviar la merienda sin falta, y gastar doscientos reales en ella. Acostámonos con estas determinaciones. Yo confieso que no pude dormir en toda la noche, con el cuidado de lo que habia de hacer con el dote; y lo que más me tenia en duda era el hacer dél una casa ó darlo á censo; que no sabía yo qué seria mejor y de más provecho para mí.

VII

En que se prosigue el cuento con otros sucesos y desgracias notables.

AMANECIÓ, y despertamos á dar traza en los criados, plata y merienda. Al fin, como el dinero ha dado en mandarlo todo, y no hay quien le pierda el respeto, pagándosela á un repostero de un señor, me dió plata, y la sirvió él y tres criados. Pasóse la mañana en aderezar lo necesario, y á la tarde ya yo tenia alquilado un caballico. Tomé el camino á la hora señalada para la Casa del Campo. Llevaba toda la pretina llena de papeles, como memoriales, y desabotonados seis botones de la ropilla, y asomados unos papeles. Llegué, y ya estaban allá las dichas y los caballeros y todo. Recibiéronme ellas con mucho amor, y ellos llamándome de vos, en señal de familiaridad. Habia dicho que me llamaba don Felipe Tristan; y en todo el dia habia otra cosa sino don Felipe acá y don Felipe allá. Yo comencé á decir que me habia visto tan ocupado con negocios de su majestad y cuentas de mi mayorazgo, que habia temido el no poder cumplir; y que así, las apercibía á merienda de repente. En esto llegó el repostero con su jarcia, plata y mozos; los otros y ellas no hacian sino mirarme y callar. Mandóle que fuese al cenador; y que aderezase allí; que entre tanto nos íbamos á los estanques. Llegáronse á mí las viejas á hacerme regalos, y holguéme de ver descubiertas las niñas, porque no he visto desde que Dios me crió tan linda cosa como aquella en quien yo tenia asestado mi matrimonio: blanca, rubia, colorada, boca pequeña, dientes menudos y espesos, buena nariz, ojos rasgados y verdes,

alta de cuerpo, lindas manazas y zazosita. La otra no era mala, pero tenia más desenvoltura. Fuimos á los estanques, vímoslo todo, y en el discurso conocí que la mi desposada corría peligro en tiempo de Heródes por inocente: no sabía. Pero, como yo no quiero á las mujeres para consejeras ni bufonas, esto me consoló. Llegámos cerca del cenador, y al pasar de una enramada prendióseme en un árbol la guarnición del cuello, y desgarróseme un poco. Llegó la niña, y prendiómelo con un alfiler de plata, y dijo la madre que enviase el cuello á su casa al otro dia, que allá le aderezaría doña Ana, que así se llamaba la niña. Estaba todo cumplidísimo, mucho que merendar, caliente y fiambre, frutas y dulces. Levantaron los manteles; y estando en esto vi venir un caballero con dos criados por la huerta adelante; y cuando menos me cato, conozco á mi buen don Diego Coronel.

Acercóse á mí, y como estaba en aquel hábito, no hacía sino mirarme. Habló á las mujeres y tratólas de primas, y á todo esto no hacía sino volver á mirarme. Yo me estaba hablando con el repostero; y los otros dos, que eran sus amigos, estaban en gran conversación con él. Preguntóles (segun se echó de ver despues) mi nombre, y ellos dijeron don Felipe Tristan, un caballero muy honrado y rico. Víale yo santiguarse. Al fin, delante de las y de todos se llegó á mí, y dijo:

—Vuesamerced me perdone; que por Dios que le tenia, hasta que supe su nombre, por bien diferente de lo que es; que no he visto cosa tan parecida á un criado que tuve en Segovia, que se llamaba Pablillos, hijo de un barbero del mismo lugar. Riéronse todos mucho, y yo me esforcé, para que no me desmintiese la color, y díjele que tenia deseo de ver aquel hombre, porque me habian dicho infinitos que le era parecidísimo. ¡Jesús (hacía el don Diego)! ¿Cómo parecido? El talle, el habla, los meneos, no he visto tal cosa. Digo, señor, que es admiración grande, y que no he visto cosa tan parecida. Entonces las viejas, tia y madre, dijeron que cómo era posible que un caballero tan principal se pareciese á un pícaro tan bajo como aquél; y porque no sospechase nada dellas, dijo la una:

—Yo le conozco muy bien al señor don Felipe, que es el que nos hospedópor orden de mi marido en Ocaña. Yo entendí la letra, y dije que mi voluntad era y sería servirlas con mi poca posibilidad en todas partes. El don Diego se me ofreció, y pidió perdón del agravio que me habia hecho en tenerme por el hijo del barbero, y añadía:

—No lo creerá vuesamerced: su madre era hechicera, su padre ladrón y su tio verdugo, y él el más ruin hombre y el más mal inclinado que Dios tiene en el mundo. ¿Qué sentiria yo oyendo decir de mí en mi cara tan afrentosas cosas? Estaba (aunque lo disimulaba) como en brasas. Tratámos de venirnos al lugar. Yo y los otros dos nos despidímos, y don Diego se entró con ellas en el coche. Preguntólas que qué era la merienda y el estar conmigo; y la madre y la tia dijeron cómo yo era un mayorazgo de tantos ducados de renta, y que me queria casar con Anica; que se informase, y veria si era cosa, no sólo acertada, sino de mucha honra para todo su linaje.

En esto pasaron el camino hasta su casa, que era en la calle del Arenal, á San Felipe. Nosotros nos fuimos á casa juntos, como la otra noche. Pidiéronme que jugase, codiciosos de pelarme: yo entendíles la flor y sentóme; sacaron naipes (eran hechizos como pasteles); perdí una mano, di en irme por abajo y ganéles cosa de trecientos reales, y con tanto me despedí y vine á mi casa. Topó á mis compañeros licenciado Brandalagas y Pero López, los cuales estaban estudiando en unos dados tretas flamantes. En viéndome lo dejaron por preguntarme lo que me habia sucedido; no les dije más

de que me habia visto en un grande aprieto. Contéles cómo me habia topado con don Diego, y lo que me habia sucedido; consoláronme, aconsejando que disimulase, y no desistiese de la pretensión por ningún camino ni manera.

En esto supimos que se jugaba en casa de un vecino boticario juego de parar: entendíalo yo entonces razonablemente, porque tenia más flores que un mayo y barajas hechas lindas. Determinámonos de ir á darles un muerto (que así llaman el enterrar una bolsa): envié los amigos delante, entraron en la pieza, y dijeron si gustarían de jugar con un fraile benito que acababa de llegar á curarse en casa de unas primas suyas, que venia enfermo y traia mucho del real de á ocho y escudo. Crecióles á todos el ojo, y clamaron:

—Venga el fraile en hora buena.

—Es hombre grave en la orden (replicó Pero López) y como ha salido, se quiere entretener; que él más lo hace por la conversación.

—Venga, y sea por lo que fuere.

—Por el recato... dijo Brandalagas.

-No hay tratar de más, respondió el huésped. Con esto ellos quedaron ciertos del caso, y creída la mentira. Vinieron los acólitos: ya yo estaba con un tocador en la cabeza, mi hábito de fraile benito (que en cierta ocasion vino á mi poder), unos anteojos y la barba, que por ser atusada no desayudaba. Entré muy humilde, sentéme, comenzóse el juego; ellos levantaban bien, y iban tres al mollino; pero quedaron mohínos los tres, porque yo, que sabía más que ellos, les di tal gatada, que en espacio de tres horas me llevé más de mil y trescientos reales. Di barato, y con mi Loado sea nuestro

Señor me despedí, encargándoles que no recibiesen escándalo de verme jugar; que era entretenimiento, y no otra cosa.

Los otros (que habian perdido cuanto tenian) dábanse á mil diablos; despedíme, y salímonos fuera. Venimos á casa á la una y media, y acostámonos despues de haber partido la ganancia. Consolóme con esto algo de lo sucedido, y á la mañana me levanté á buscar mi caballo, y no hallé por alquilar ninguno; en lo cual conocí que habia otros muchos como yo, pues andar á pié parecia mal, y más entonces. Fuíme á San Felipe, y topéme con un lacayo de un letrado (que tenia un caballo y le guardaba), que se habia acabado de apear á oir misa; metíle cuatro reales en la mano porque miéntras su amo estaba en la iglesia me dejase dar dos vueltas en el caballo por la calle del Arenal, que era la de mi señora. Consintió; subí en él, y di dos vueltas calle arriba y calle abajo, sin ver nada; y al dar la tercera asomóse doña Ana. Yo, que la vi, y no sabía las mañas del caballo ni era buen jinete, quise hacer galantería; díle dos varazos, tiróle de la rienda; empínase, y tirando dos coces, aprieta á correr, y da conmigo por las orejas en un charco. Yo, que me vi así, y rodeado de niños que se habian llegado (y delante de mi dama), empecé á decir: ¡Oh *mala bestia*, no fuérades vos Valenzuela! Estas temeridades me han de acabar: habianme dicho las mañas y quise porfiar con él. Traia el lacayo ya el caballo, que se paró luego; yo torné á subir, y al ruido se habia asomado don Diego Coronel, que vivía en la misma casa de sus primas. Yo, que le vi, me demudé. Preguntóme si habia sido algo; dije que nó, aunque tenia estropeada una pierna. Dábame el lacayo priesa, que no saliese su amo y lo viese; que habia de ir á palacio. Y soy tan desgraciado, que estándome diciendo que nos fuésemos, llega por detrás el letradillo, y conociendo su rocín, arremete al lacayo y empieza á darle de puñadas, diciendo en altas voces que qué bellaquería era dar su caballo á nadie; y lo peor fué que, volviéndose á mí, me dijo que me apease con Dios, muy enojado. Todo esto pasaba delante de mi dama y de don Diego. No se ha visto en tanta vergüenza ningún azotado. Estaba tristísimo, y con mucha razón, de ver dos desgracias tan grandes en un palmo de tierra. Al fin me hube de apear. Subió el letrado, y fuése, y yo, por

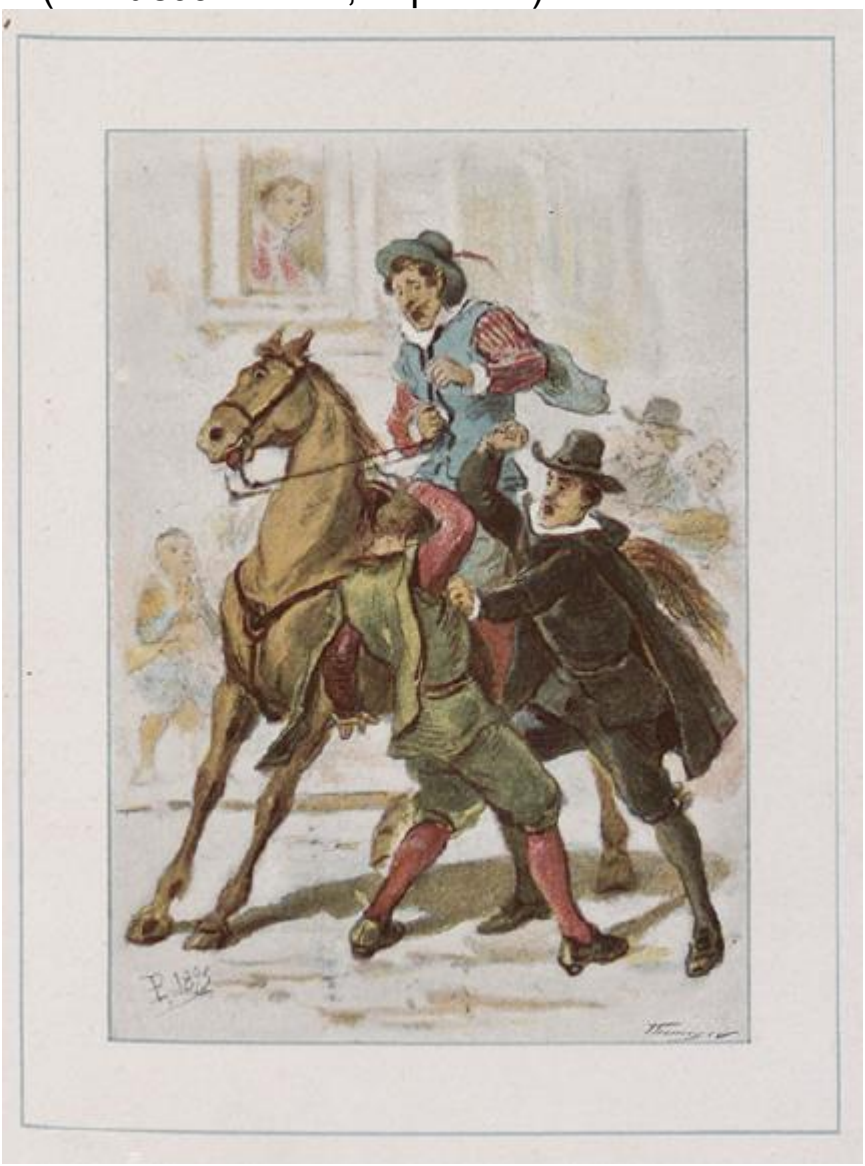
hacer la deshecha, quedé hablando desde la calle con don Diego, y dije:

—En mi vida subí en tan mala bestia. Está ahí mi caballo overo en San Felipe, y es muy desbocado en la carrera y troton; dije cómo yo le corría y hacia parar; dijeron que allí estaba uno en que no lo haría (y era deste licenciado); quise probarlo: no se puede creer qué duro es de caderas, y con tan mala silla, que fué milagro no matarme.

—Si fué, dijo don Diego; y con todo, parece que se siente vuesamerced de esa pierna.

Arremete al lacayo y empieza á darle de puñadas

(*El Buscón* lib.° II, cap.° VII.)



—Sí, siento, dije yo entonces; y me querría ir á tomar mi caballo y á casa. La muchacha quedó en muy gran manera satisfecha, y con lástima y sentimiento (como se lo eché de ver) de mi caida; mas el don Diego cobró mala sospecha de lo del letrado y lo que habia pasado en la calle, y fué totalmente causa de mi desdicha, fuera de otras muchas que me sucedieron. Y la mayor y fundamento de las otras fué que cuando llegué á casa, y fui á ver una arca, adonde tenia en una maleta todo el dinero que me habia quedado de mi herencia y de lo ganado al juego (ménos cien reales que yo traia conmigo), hallé que el buen licenciado Brandalagas y Pero López habian cargado con ello y no parecían. Quedé como muerto, sin saber qué consejo tomar de mi remedio. Decia entre mí: ¡Mal haya quien fia en hacienda mal ganada, que se va como se viene! ¡Triste de mí! ¿qué haré? No sabía si ir á buscarlos, si dar parte á la justicia. Esto no me parecía bien, porque si los prendían, habian de achacar lo del hábito y otras cosas, y era morir en la horca; pues seguirlos, no sabía por dónde.

Al fin, por no perder también el casamiento (que ya yo me consideraba remediado con el dote), determiné de quedarme y apretarlo sumamente. Comí, y á la tarde alquilé mi caballo, y fuíme hácia la calle de mi dama. Y como no llevaba lacayo, por no pasar sin él, aguardaba á la esquina, antes de entrar, á que pasase algún hombre que lo pareciese, y en pasando partía detrás dél, haciéndolo lacayo sin serlo; y en llegando al fin de la calle, metíame detrás, hasta que volviese otro que lo pareciese, y así daba otra vuelta. Yo no sé si fué la fuerza de la verdad de ser yo el mismo pícaro que sospechaba don Diego, ó si fué la sospecha del caballo y lacayo del letrado, ó qué se fué, que él se puso á inquirir quién era y de qué vivia, y me espiaba. En fin, tanto hizo, que por el más extraordinario camino del mundo supo la verdad; porque yo apretaba en lo del casamiento por papeles bravamente; y él, acosado dellas, que tenian gana de acabarlo, andando en mi busca, topó con el licenciado Flechilla (que fué el que me convidó á comer cuando yo estaba con los caballeros); y éste, enojado de que yo no le habia vuelto á ver, hablando con don Diego, y sabiendo cómo yo habia sido su criado, le dijo de la suerte que me encontró cuando me llevó á comer, y que no habia dos dias que me habia topado á caballo

muy bien puesto, y le habia contado cómo me casaba riquísimamente. No aguardó más don Diego; y volviéndose á su casa, encontró con los dos caballeros del hábito y la cadena amigos mios, junto á la Puerta del Sol, y contóles lo que pasaba; y díjoles que se aparejasen, y en viéndome á la noche en la calle, que me magullasen los cascos, y que me conocerían en la capa que él traia, que la llevaría yo. Concertáronse, y en entrando la calle, topáronme; y disimularon de suerte los tres, que jamás pensé que eran tan amigos mios como entonces. Estuvimos en conversación tratando de lo que sería bien hacer á la noche hasta el Ave-María. Entonces despidiéronse los dos, echaron hácia abajo, y yo y don Diego quedamos solos y echámos á San Felipe. Llegando á la entrada de la calle de la Paz dijo don Diego:

—Por vida de don Felipe, que troquemos las capas, que me importa pasar por aquí y que no me conozcan.

—Sea en buen hora, dije yo. Tomé la suya inocentemente, y díle la mia en mala: ofrecíle mi persona para hacerle espaldas; mas él (que tenia trazado el deshacerme las mias) dijo que le importaba ir solo; que me fuése.

No bien me aparté dél con su capa, cuando ordena el diablo que dos que lo aguardaban para cintarearlo, por una mujercilla, entendiendo por la capa que yo era don Diego, levantan, y empiezan una lluvia de espaldarazos sobre mí; di voces; y en ellas y la cara conocieron que no era yo. Huyeron, y quedéme en la calle con los cintarazos; disimulé tres ó cuatro chichones que tenia, y detúveme un rato, que no osé entrar en la calle de miedo. En fin, á las doce, que era la hora que solia hablar con ella, llegué á la puerta, y emparejando, cierra uno de los dos que me aguardaban por don Diego, con un garrote conmigo, y dame dos palos en las piernas y derríbame en el suelo; y llega el otro, y dame un trasquilón de oreja á oreja; y quítanme la capa y déjanme en el suelo, diciendo:

—Así pagan los picaros embustidores mal nacidos. Comencé á dar gritos y á pedir confesion; y como no sabía lo que era, aunque sospechaba por las palabras que acaso era el huésped de quien me habia salido con la traza de la Inquisición, ó el carcelero burlado, ó mis compañeros huidos, y al fin yo esperaba de tantas partes la cuchillada, que no sabía á quién echársela; pero nunca sospeché en don Diego ni en lo que era,—daba voces: A los capeadores. A ellas vino la justicia: levantáronme, y viendo mi cara con una zanja de un palmo, y sin capa ni saber lo que era, asiéronme para llevarme á curar. Metiéronme en casa de un barbero: curóme; preguntáronme dónde vivia, y lleváronme allá.

Acostóme, y quedé aquella noche confuso y pensativo, viendo mi cara partida en dos pedazos, magullado el cuerpo, y tan lisiadas las piernas, de los palos, que no me podia tener en ellas ni las sentía. Yo quedé herido, robado, y de manera que ni podia seguir á los amigos ni tratar del casamiento, ni estar en la córte ni ir fuera.

VIII

De mi cura y otros sucesos peregrinos.

HE aquí á la mañana amanece á mi cabecera la huéspeda de la casa, vieja de bien, edad de marzo, cincuenta y cinco, con su rosario grande, y su cara hecha en orejon ó cáscara de nuez, segun estaba de arada. Tenia buena fama en el lugar, y echábase á dormir con ella. Llamábase Tal de la Guia, alquilaba su casa y era corredora para alquilar otras. En todo el año no se vaciaba la posada de gente. Era de ver cómo ensayaba una muchacha en el taparse, enseñándola lo primero cuáles cosas habia de descubrir de su cara. A la de buenos dientes, que riese siempre, hasta en los pésames; á la de buenas manos, se las enseñaba á esgrimir; á la rubia, un bamboleo de cabellos y un asomo de vedejas por el manto y la toca; á buenos ojos, lindos bailes con las uñas, ya dormidillos cerrándolos, ya elevaciones mirando arriba. Pues tratada en materia de afeites, cuervos entraban, y les corregia las caras de manera que al entrar en sus casas, de puro blancas no las conocían sus maridos. En solos ocho dias que yo estuve en casa la vi hacer todo esto; y para remate de lo que era, enseñaba á pelar, y refranes que dijesen, á las mujeres. Allí les decia cómo habian de encajar la joya, las niñas por gracia, las mozas por deuda, y las viejas por respeto y obligación. Enseñaba pediduras para dinero seco, y pediduras para cadenas y sortijas. Citaba á la Vidaña, su concurrente en Alcalá, y á la Planosa, en Burgos; mujeres de todo embustir. Esto he dicho para que se me tenga lástima de ver á las manos que vine, y se ponderen mejor las razones que me dijo; y empezó por estas

palabras (que siempre hablaba por refranes): *De do sacan y no pon*, hijo don Felipe, *presto Llegan al hondon*; *de tales polvos*, *tales lodos; de tales bodas, tales tortas.* Yo no te entiendo ni sé tu manera de vivir; mozo eres, no me espanto que hagas algunas travesuras, sin mirar que durmiendo caminamos á la huesa. Yo, como monton de tierra, te lo puedo decir. ¿Qué cosa es que me digan á mí que has despendido mucha hacienda sin saber cómo, y que te han visto aquí ya estudiante, ya pícaro, ya caballero, y todo por las compañías? *Dime con quién andas,* hijo, *y diréte quién eres; cada oveja con su pareja;* sábete, hijo, que *de la mano á la boca se pierde la sopa.* Anda, bobillo; que si te inquietaban mujeres, bien sabes tú que soy yo fiel perpetuo en esta tierra de esa mercadería, y que me sustento de las posturas así que enseño como que pongo, y quedámonos con ellas en casa; y no andarte con un pícaro y otro pícaro, tras una alcorzada y otra redomada, que gasta las faldas con quien hace sus mangas. Yo te juro que te hubieras ahorrado muchos ducados si te hubieras encomendado á mí, porque no soy nada amiga de dineros. Y por mis entenados y difuntos, y así yo haya buen acabamiento, que aun los que me debes de la posada no te los pidiera agora, á no haberlos menester para unas candelicas y yerbas (que trataba en botes sin ser boticaria, y si la untaba las manos, se untaba, y salia de noche por la puerta del humo).

Yo, que vi que habia acabado la plática y sermón en pedirme (que con ser su tema, acabó en él, y no comenzó, como todos lo hacen) no me espanté de la visita; que no me la habia hecho otra vez mientras habia sido su huésped, sino fué un dia que me vino á dar satisfacciones de que habia oido que me habian dicho no sé qué de

hechizos, y que la quisieron prender, y escondió la calle y casa. Vínome á desengañar y á decir que era otra Guia; y no es de espantar que con tales guias vamos todos desencaminados. Yo la conté su dinero; y estándosele dando, la desventura, que nunca me olvida, y el diablo, que se acuerda de mí, trazó que la vinieran á prender, y sabían que estaba *un* amigo en casa. Entraron en mi aposento; y como me vieron, y ella conmigo, cerraron conmigo y con ella, y diéronme cuatro ó seis empellones muy grandes, y arrastráronme fuera: á ella la tenían asida otros dos, tratándola de bruja. ¡Quién tal pensara de una mujer que hacia la vida referida! A las voces que daba el alguacil, y mis grandes quejas, el amigo, que era un frutero que estaba en el aposento de adentro, dio á correr. Ellos, que lo vieron, arrancaron tras el pícaro y asiéronle, y dejáronme á mí repelado y apuñeteado; y con todo mi trabajo, me reia de lo que los picarones decían á la vieja, porque uno la miraba y decía:

—¡Qué bien os estará una mitra, madre, y lo que me holgaré de veros consagrar tres mil nabos á vuestro servicio! Otro:

—Ya tienen escogidas plumas los señores alcaldes para que entreis bizarra. Al fin trujeron al picaron, y atáronlos á entrambos. Pidiéronme perdón y dejáronme solo. Yo quedé en algo aliviado de ver á mi buena huéspeda en el estado que tenia sus negocios; y así, no me quedaba otro cuidado sino el de levantarme á tiempo que la tirase mi naranja, aunque (segun las cosas que contaba una criada que quedó en casa) yo desconfié de su prisión, porque me dijo no sé qué de volar, y otras cosas que no me sonaron bien. Estuve en la casa curándome ocho dias, y apénas podia salir, diéronme doce puntos en la cara y hube de ponerme muletas.

Halléme sin dinero, que los cien reales se consumieron en la cama, comida y posada; y así, por no hacer más gasto, no teniendo dinero, determinóme de salir con dos muletas de la casa, y vender mi vestido, cuellos y jubones, que era todo muy bueno. Hícelo, y compré con lo que me dieron un coleto de cordobán viejo y un jubonazo de estopa famoso, mi gaban de pobre, remendado y largo, mis polainas y zapatazos grandes, la capilla del gaban en la cabeza; un Cristo de bronce traia colgado del cuello, y un rosario. Impúsome, en la voz y frases doloridas de pedir, un pobre que entendía del arte

mucho; y así comencé luego á ejercitarlo por las calles. Cosíme sesenta reales, que me sobraron, en el jubón; y con esto me metí á pobre, fiado en mi buena prosa. Anduve ocho dias por las calles aullando en! esta forma, con voz dolorida y reciamamiento de plegarias: Dalde, buen cristiano, siervo del Señor, al pobre lisiado y llagado; que me veo y me deseo. Esto decia los dias de trabajo; pero los de fiesta, comenzaba con diferente voz, y decia: Fieles cristianos y devotos del Señor, por tan alta princesa como la Reina de los ángeles, Madre de Dios, dadle una limosna al pobre tullido y lastimado de la mano del Señor. Y paraba un poco, que es de grande importancia, y decía: Un aire, corruto, en hora menguada, trabajando en una viña, me trabó mis miembros: que me vi sano y bueno, como se ven y se vean, loado sea Dios.

Venian con esto los ochavos trompicando, y ganaba mucho dinero; y ganara más si no se me atravesara un moceton mal encarado, manco de los brazos y con una pierna ménos, que me rondaba las mismas calles en un carretón, y cogia más limosna con pedir mal criado. Decia con voz ronca, rematando en chillido: Acordáos, siervos de Jesucristo, del castigo del Señor por mis pecados; dalde al pobre lo que Dios reciba; y añadia: Por el buen Jesú; y ganaba que era un juicio. Yo advertí, y no dije más Jesús, sino quitábale la *s,* y movia á más devoción. Al fin, yo mudé de frasecicas y cogia maravillosa mosca. Llevaba metidas entrambas piernas en una bolsa de cuero y liadas, y mis dos muletas. Dormia

en un portal de un cirujano con un pobre de cantón (uno de los mayores bellacos que Dios crió): estaba riquísimo, y era como nuestro rector; ganaba más que todos; tenia una potra muy grande, y atábase con un corcel el brazo por arriba, y parecía que tenia hinchada la mano y manca, y con calentura, todo junto. Poníase echado boca arriba en su puesto, y con la potra defuera, tan grande como una bola de puente, y decia: ¡Miren la pobreza y el regalo que hace el Señor al cristiano! Si pasaba mujer, decía: Señora hermosa, sea Dios en su ánima; y las más, porque las llamase así, le daban limosna y pasaban por allí aunque no fuese camino para sus visitas. Si pasaba un soldadico, ¡ah, señor capitan (decia)! y si otro hombre cualquiera, ¡ah, señor caballero! Si iba alguno en coche, luego le llamaba señoría; y si clérigo en muía, señor arcediano: en fin, él adulaba terriblemente. Tenia modo diferente para pedir los dias de los santos; y vine á tener tanta amistad con él, que me descubrió un secreto, que en dos días estuvimos ricos: y era que este tal pobre tenia tres muchachos pequeños, que recogían limosna por las calles y hurtaban lo que podían. Dábanle cuenta á él, y todo lo guardaba; iba á la parte con dos niños de cajeta en las sangrías que hacían de ellas.

Yo, con los consejos de tan buen maestro y con las liciones que me daba, tomé el mismo arbitrio, y me encaminó la gentecilla á propósito. Halléme en ménos de un mes con más de docientos reales horros; y últimamente me declaró (con intento que nos fuésemos juntos) el mayor secreto y la más alta industria que cupo en mendigo, y la hicimos entrambos: y era que hurtábamos niños

cada dia entre los dos cuatro ó cinco; pregonábanlos, y salíamos nosotros á preguntar las señas, y decíamos: Por cierto, señor, que lo topé á tal hora, y que si no llego, que lo mata un carro; en casa está. Dábannos el hallago, y venimos á enriquecer de manera, que me hallé yo con cincuenta escudos y ya sano de las piernas, aunque las traia entrapajadas.

Determiné de salirme de la córte y tomar mi camino para Toledo, donde ni conocía ni me conocía nadie. Al fin yo me determiné; compré un vestido pardo, cuello y espada, y despedíme de Valcázar (que era el pobre que dije), y busqué por los mesones en qué ir á Toledo.

IX

En que me hago representante, poeta y galan de monjas, cuyas propiedades se descubren lindamente.

EN una posada topé una compañía de farsantes, que iban á Toledo; llevaban tres carros, y quiso Dios que entre los compañeros iba uno que lo habia sido mió del estudio de Alcalá, y habia renegado y metídose al oficio. Díjele lo que me importaba el ir allá y salir de la córte; y apenas el hombre me conocía con la cuchillada, y no hacia sino santiguarse de mi *per signum crucis.* Al fin me hizo amistad (por mi dinero) de alcanzar de los demás lugar para que yo fuese con ellos.

Yo (acaso) comencé á representar un pedazo de la comedia de San Alejo, que me acordaba de cuando muchacho, y representólo de suerte que les di codicia; y, sabiendo, por lo que yo le dije á mi amigo que iba en la compañía, mis desgracias y descomodidades, díjome si quería entrar en la danza con ellos. Encareciéronme tanto la vida de la farándula, y yo, que tenia necesidad de arrimo y me habia parecido bien, concertóme por dos años con el autor: hícele escritura de estar con él, y dióme mi ración y representaciones; y con tanto llegámos á Toledo. Diéronme que estudiase tres ó cuatro loas, y papeles de barba, que los acomodaba bien con mi voz. Yo puse cuidado en todo, y eché la primera loa en el lugar: era de una nave (de lo que son todas) que venia destrozada y sin provisión; decia lo de: Este es el puerto; llamaba á la gente *senado;* pedia perdón de las faltas y silencio, y entréme. Hubo un vítor de rezado, y al fin parecí bien en el teatro. Representámos una comedia de un

representante nuestro, que yo me admiré de que fuesen poetas, porque pensaba que el serlo era de hombres muy doctos y sabios, y no de gente tan sumamente lega; y está ya de manera esto, que no hay autor que no escriba comedias, ni representante que no haga su farsa de moros y cristianos; que me acuerdo yo ántes, que si no eran comedias del buen Lope de Vega y Ramón, no habia otra cosa. Al fin, la comedia se hizo el primer dia, y no la entendió nadie; al segundo empezárnosla, y quiso Dios que empezaba por una guerra, y salia yo armado y con rodela; que si no, á á manos del mal membrillo, tronchos y badeas acabo. No se ha visto tal torbellino; y ello merecíalo la comedia, porque traia un rey de Normandia sin propósito en hábito de ermitaño, y metia dos lacayos por hacer reír, y al desatar de la maraña no habia más de casarse todos, y allá vas. Al fin tuvimos nuestro merecido. Tratámos mal al compañero poeta; y yo, diciéndole que mirase de la que nos habiamos escapado, y escarmentase, díjome que no era suyo nada de la comedia, sino que de un paso de uno y otro de otro habia hecho la capa de pobre de remiendo, y el daño no habia estado sino en lo mal zurcido. Confesóme que los farsantes que hacian comedias todo les obligaba á restitución, porque se aprovechaban de cuanto habian representado, y que era muy fácil; y que el interés de sacar trescientos ó cuatrocientos reales les ponia á aquellos riesgos. Lo otro, que como andaban por esos lugares, y les leen los unos y otros comedias, tomábanlas para verlas, y hurtábanselas, y con añadir una necedad y quitar una cosa bien dicha, decian que era suya. Y declaróme cómo no habia habido farsantes jamás que supiesen hacer una copla de otra manera.

No me pareció mal la traza, y yo confieso que rae incliné á ella, por hallarme con algún natural á la poesía, y más que tenia ya conocimiento con algunos poetas, y habia leido á Garcilaso: y así, determiné de dar en el arte. Y con esto y representar, pasaba la vida: que pasado un mes que habia que estábamos en Toledo haciendo muchas comedias buenas, y también enmendando el yerro pasado (que con esto ya yo tenia nombre, y habia llegado á llamarme *Alonsete,* porque yo habia dicho llamarme Alonso; y por otro nombre me llamaban el *Cruel*, por serlo una figura que habia hecho con gran aceptación de los mosqueteros y chusma vulgar),—tenia ya tres pares de vestidos, y autores que me pretendían sonsacar de la compañía. Hablaba ya de entender de la comedia, murmuraba de los famosos, reprehendía los gestos á Pinedo, daba mi voto en el reposo natural de Sánchez, llamaba bonico á Morales, pedíanme el parecer en el adorno de los teatros y trazar las apariencias. Si alguno venía á leer comedia, yo era el que la oia. Al fin, animado con este aplauso, me desvirgué de poeta en un romancico, y y luego hice un entremés, y no pareció mal.

Atrevíme á una comedia; y porque no escapase de ser divina cosa, la hice de Nuestra Señora del Rosario. Comenzaba por chirimías; habia sus ánimas de purgatorio y sus demonios, que se usaban entonces con su *bu, bu* al salir, y *ri, ri* al entrar. Caíale muy en gracia al lugar el nombre de *Salan* en las coplas, y el tratar luego de si cayó del cielo, y tal. En fin, mi comedia se hizo y pareció muy bien. No me daba manos á trabajar, porque acudian á mí enamorados, unos por coplas de cejas, y otros de ojos; cuál de

manos, y cuál romancico para cabellos. Para cada cosa tenia su precio; aunque como habia otras tiendas, porque acudiesen á la mia hacia barato. ¿Pues villancicos? Hervia en sacristanes y demandaderas de monjas; ciegos me sustentaban á pura oracion (ocho reales de cada una); y me acuerdo que hice entonces la del Justo Juez, grave y sonorosa, que provocaba á gestos. Escribí para un ciego, que las sacó en su nombre, las famosas que empiezan:

Madre del Verbo humanal,
Hija del Padre divino,
Dame gracia virginal, etc.

Fui el primero que introdujo acabar las coplas, como los sermones, con *aquí gracia y después gloria*, en esta copla de un cautivo de Tetuan:

Pidámosle sin falacia
Al alto Rey sin escoria,
Pues ve nuestra pertinacia,
Que nos quiera dar su gracia,
Y despues allá la gloria. Amen.

Estaba viento en popa con estas cosas, rico y próspero, y tal, que casi aspiraba ya á ser autor. Tenia mi casa muy bien aderezada, porque habia dado (para tener tapicería barata) en un arbitrio del diablo, y fué de comprar reposteros de tabernas, y colgarlos. Costáronme veinte y cinco ó treinta reales: eran más para ver que cuantos tiene el rey, pues por estos se veia de puro rotos, y por esos otros no se verá nada.

Sucedióme un dia la mejor cosa del mundo, que aunque es en mi afrenta la he de contar. Yo me recogia en mi posada, el dia que escribia comedia, al desvan; y allí me estaba y allí comía: subía una moza con la vianda y dejábamela allí; yo tenia por costumbre escribir representando recio, como si lo hiciera en el tablado. Ordena el diablo que, á la hora y punto que la moza iba subiendo por la escalera (que era angosta y escura) con los platos y olla, yo estaba en un paso de una montería, y daba grandes gritos componiendo mi comedia, y decía:

Guarda el oso, guarda el oso.
Que me deja hecho pedazos,
Y baja tras tí furioso.

¿Qué entendió la moza (que era gallega) como oyó decir baja tras tí y me deja? Que era verdad y que la avisaba; va á huir, y con la turbación písase la saya y rueda toda la escalera; derrama la olla y quiebra los platos, y sale dando gritos á la calle, diciendo que mataba un oso á un hombre. Y por presto que yo acudí, ya estaba toda la vecindad conmigo, preguntando por el oso; y aun contándoles yo cómo habia sido ignorancia de la moza (porque era lo que he referido de la comedia), aun no lo querían creer. No comí aquel día: supiéronlo los compañeros, y fué celebrado el cuento en la ciudad; y destas cosas me sucedieron muchas miéntras perseveré en el oficio de poeta y no salí del mal estado.

Sucedió pues que mi autor (que siempre paran en esto), sabiendo que en Toledo le habia ido bien, le ejecutaron por no sé qué deudas, y le pusieron en la cárcel; con lo cual nos desmembrámos todos, y echó cada uno por su parte. Yo (si va á decir verdad), aunque los compañeros me querian guiar á otras compañías, como no aspiraba á semejantes oficios, y el andar en ellos era por necesidad, viéndome con dineros y bien puesto, no traté más que de holgarme. Despedíme de todos; fuéronse; y yo, que entendí salir de mala vida con no ser farsarte, si no lo ha vuesamerced por enojo, di en amante de red, como cofia, y por hablar más claro, en pretendiente de Antecristo, que es lo mismo que galan de monjas. Tuve ocasion para dar en esto, teniendo yo entendido que era la diosa Vénus una monja, á cuya petición habia hecho muchos villancicos, que se me aficionó en un auto del Corpus, viéndome representar un san Juan Evangelista. Regalábame la mujer con cuidado, y habiame dicho que solo sentia que fuese farsante (porque yo habia fingido que era hijo de un gran caballero), y dábala compasion. Al fin me determiné de escribirla el siguiente papel:

« Más por agradar á vuesamerced que por hacer lo que me importaba, he dejado la compañía; que para mí cualquiera sin la suya es soledad: ya seré tanto más suyo cuanto soy más mió. Avíseme cuándo habrá locutorio, y sabré juntamente cuándo tendré gusto, etc.»

Llevó el billete la andadera. No se podrá creer el grandísimo contento de la buena monja sabiendo mi nuevo estado. Respondióme desta manera:

RESPUESTA

« De sus buenos sucesos antes aguardo los parabienes que los doy, y me pesara dello á no saber que mi voluntad y su provecho es todo uno. Podemos decir que ha vuelto en sí; no resta agora sino perseverancia que se mida con la que yo tendré. El locutorio dudo por hoy; pero no deje de venirse vuesamerced á vísperas; que allí nos verémos, y luego por las vistas, y quizá podré yo hacer alguna pandilla á la abadesa. Y adiós. »

Contentóme el papel; que realmente la mujer tenia buen entendimiento y era hermosa. Comí, y púseme el vestido con que solia hacer los galanes en las comedias. Fuíme luego á la iglesia, recé, y luego empecé á repasar todos los lazos y agujeros de la red con los ojos para ver si parecía; cuando Dios y en hora buena (que más era diablo y en hora mala), oigo la seña antigua; comienzo á toser, y andaba una tosidura de Barrabás: remendábamos un catarro, y parecía que habian echado pimiento en la iglesia.

Al fin yo estaba cansado de toser, cuando se me asoma á la red una vieja tosiendo, y echo de ver mi desventura, que es peligrosísima seña en los conventos; porque como es seña á las mozas, es costumbre en las viejas, y hay hombre que piensa que es reclamo de ruiseñor, y sale una lechuza. Estuve gran rato en la iglesia, hasta que empezaron vísperas; oílas todas; que por esto llaman á los galanes de monjas *solemnes* enamorados, por lo que tienen de vísperas, y tienen también que nunca salen de vísperas del contento, porque no se les Mega el dia jamás. No se creerá los

pares de vísperas que yo oí; estaba con dos varas de gaznate más del que tenia cuando entré en los amores, á puro estirarme para ver. Fui gran compañero del sacristan y monacillo, y muy bien recebido del vicario, que era hombre de humor. Andaba tan tieso, que parecia que almorzaba asadores y que comia virotes.

Fuíme á las vistas, y allá (con ser una plazuela bien grande) era menester enviar á tomar lugar á las doce, como para comedia nueva; hervia en devotos. Al fin me puse donde pude, y podíanse ir á ver por cosas raras las diferentes posturas de los amantes: cuál sin pestañear los ojos mirando; cuál, con su mano puesta en la espada y la otra en el rosario, estaba como figura de piedra sobre sepulcro; otro alzadas las manos y extendidos los brazos á lo seráfico; cuál, con la boca más abierta que la de mujer pedigüeña, sin hablar palabra, la enseñaba á su querida las entrañas por el gaznate; otro, pegado á la pared, dando pesadumbre á los ladrillos, parecia medirse con la esquina; cuál se paseaba como si le hubieran de querer por el portante, como á macho; otro con una cartica en la mano, al uso de cazador con carne, parecia que llamaba al halcón. Los celosos era otra banda: éstos, unos estaban en corrillos riéndose y mirando á ellas; otros leyendo coplas y enseñándoselas; cuál, para dar picón, pasaba por el terrero con una mujer de la mano, y cuál hablaba con una criada echadiza, que le daba un recado. Esto era de la parte de abajo y nuestra, pero de la de arriba, adonde estaban las monjas, era cosa de ver también; porque las vistas era una torrecilla llena de rendijas toda, y una pared con deshilados, que va parecia salvadera, ya pomo de olor. Estaban todos los agujeros poblados de brújulas: allí se veia una petitoria, una mano, y acullá un pié; en otra parte habia cosas de sábado, cabezas y lenguas, aunque faltaban sesos; á otro lado se mostraba buhonería; una enseñaba el rosario; cuál mecía el pañizuelo; en otra parte colgaba un guante; allí salía un listón verde; unas hablaban algo recio, otras tosían; cuál hacia la señal de los sombreros, como si sacara arañas coceando. En verano es de ver como no sólo se calientan al sol, sino se chamuscan; que es gran gusto verlas á ellas tan crudas y á ellos tan asados. En invierno acontece con la humedad nacerle á uno de nosotros berros y arboledas en el cuerpo. No hay nieve que se nos escape ni lluvia

que se nos pase por alto; y todo esto al cabo es para ver una mujer por red y vidrieras, como güeso de santo; es como enamorarse de un tordo en jaula, si habla; y si calla, de un retrato... Aman al escondite. ¡Pues verlas hablar quedito y de rezado, sufrir una vieja que riñe, una portera que manda y una tornera que miente; y lo que mejor es, ver cómo nos piden celos de las de acá fuera, diciendo que el verdadero amor es el suyo, y las cau sas tan endemoniadas que hallan para probarlo! Al fin yo llamaba ya señora á la abadesa, padre al vicario, y hermano al sacristan: cosas todas que con el tiempo y el curso alcanza un desesperado. Empezáronme á enfadar las torneras con despedirme y las monjas con pedirme. Consideré cuán caro me costaba el infierno, que á otros se da tan barato, y en esta vida por tan descaminados caminos. Veia que me condenaba á puñados, y que me iba al infierno por sólo el sentido del tacto. Si hablaba, solia (porque no me oyesen los demás que estaban en las rejas) juntar tanto con ellas la cabeza, que por dos dias siguientes traia los hierros estampados en la frente, y hablaba tan bajo, que no me podia comprehender si no se valia de trompetilla. No me veia nadie que no decia: Maldito seas, bellaco monjil; y otras cosas peores.

Todo esto me tenia revolviendo pareceres y casi determinado á dejar la monja, aunque perdiese mi sustento, y determinóme el dia de san Juan Evangelista, porque acabé de conocer lo que son monjas. Y no quiera vuesamerced saber más de que las bautistas todas enronquecieron adrede, y sacaron tales voces, que en vez de cantar la misa, la gimieron; no se lavaron las caras, y se vistieron de viejo; y los devotos de las bautistas, por desautorizar la fiesta, trujeron banquetas en lugar de sillas á la iglesia, y muchos picaros del rastro.

Cuando yo vi que las unas por el un santo, y las otras por el otro, trataban indecentemente dellos,—cogiéndola á la monja mia, con título de rifárselos, cincuenta escudos de cosas de labor, medias de seda, bolsillos de ámbar y dulces, tomé mi camino para Sevilla, donde, como en tierra más ancha, quise probar ventura. Lo que la monja hizo de sentimiento, más por lo que la llevaba que por mí, considérelo el pió lector.

X

De lo que me sucedió en Sevilla hasta embarcarme á Indias.

PASÉ el camino de Toledo á Sevilla prósperamente: porque como yo tenia ya mis principios de fullero, y llevaba dados cargados con nueva pasta de mayor y menor, y tenia la mano derecha encubridora de un dado,—llevaba provisión de cartones de lo ancho y de lo largo para hacer garrotes de moros y ballestilla; y así no se me escapaba dinero. Dejo de referir otras muchas flores; porque á decirlas todas, me tuvieran más por ramillete que por hombre, y también porque ántes fuera dar que imitar, que referir vicios de que huyan los hombres; más quizá declarando yo algunas chanzas y modos de hablar, estarán más avisados los ignorantes, y los que leyeren mi libro serán engañados por su culpa.

No te fies, hombre, en dar tú la baraja, que te la trocarán al despabilar de una vela; guarda el naipe de tocamientos raspados ó bruñidos, cosa con que se conocen los azares. Y por si fueres pícaro, lector, advierte que en cocinas y caballerizas pican con un alfiler ó doblando los azares, para conocerlos por lo hendido. Y si tratares con gente honrada, guárdate del naipe, que desde la estampa fué concebido en pecado, y que con traer atravesado el papel, dice lo que viene. No te fies de naipe limpio, que al que da vista y retiene, lo más jabonado es sucio. Advierte que á la carteta el que hace los naipes, que no doble más arqueadas las figuras, fuera de los reyes, que las demás cartas; porque el tal doblar es por tu dinero difunto. A la primera, mira no den de arriba las que descarta el que da, y procura que no se pidan cartas ó por los dedos en el

naipe ó por las primeras letras de las palabras. No quiero darte luz de más cosas; estas bastan para saber que has de vivir con cautela, pues es cierto que son infinitas las maulas que te callo. *Dar muerte* llaman quitar el dinero, y con propiedad; *revesa* llaman la treta contra el amigo, que de puro revesada no la entienden; *dobles* son los que acarrean sencillos, para que los desuellen estos rastreros de bolsas; *blanco* llaman al sano de malicia y bueno como el pan, y *negro* al que deja en blanco sus diligencias.

Yo pues con este lenguaje y estas flores llegué á Sevilla; con el dinero de los camaradas gané el alquiler de las mulas, y la comida y dineros á los huéspedes de las posadas. Fuíme luego á apear al mesón del Moro, donde me topó un condiscípulo mió de Alcalá, que se llamaba Mata, y agora se decia (por parecerle nombre de poco ruido) Matorral. Trataba en vidas, y era tendero de cuchilladas, y no le iba mal. Traia la muestra de las en su cara, y por las que le habian dado, concertaba tamaño y hondura de las que habia de dar; decia:

—No hay tal maestro como el bien acuchillado; y tenia razón, porque la cara era una cuera y él un cuero. Díjome que habia de ir á cenar con él y otros camaradas, y que ellos me volverían al mesón.

Fui, llegámos á su posada, y dijo:

—Ea, quite la capa vucé, y parezca hombre; que verá esta noche todos los buenos hijos de Sevilla; y abaje ese cuello y agobie de espaldas, la capa caida (que siempre andamos nosotros de capa caida), y ese hocico de tornillo, gestos á un lado y á otro; y haga vucé de la *g, h,* y de la *h, g;* y diga conmigo: gerida, mogino, jumo. Pahería, mohar, habalí y harro de vino. Tomélo de memoria.

Prestóme una daga, que en lo ancho era alfanje, y en lo largo no se llamaba espada que bien podia. Bébase (me dijo) esta media azumbre de vino puro; que si no da vaharada no parecerá valiente. Estando en esto, y yo con lo bebido atolondrado, entraron cuatro dellos con cuatro zapatos de gotosos por caras, andando á lo columpio, no cubiertos con las capas, sino fajados por los lomos, los sombreros em pinados sobre las frentes, altas las faldillas de delante, que parecían diademas, un par de herrerías enteras por guarniciones de dagas y espadas, las conteras en guarnición, con los calcañares derechos, los ojos derribados, la vista fuerte, bigotes buidos á lo cuerno, y barbas turcas, como caballos. Hiciéronnos un gesto con la boca, y luego á mi amigo le dijeron (con voces mollinas, sisando palabras):

—Seidor.

—So compadre, respondió mi ayo. Sentáronse; y para preguntar quién era yo no hablaron palabra, sino el uno miró á Matorral, y abriendo la boca y empujando hácia mi el labio de abajo, me señaló; á lo cual mi maestro de novicios satisfizo empuñando la barba y mirando hácia abajo; y con esto con mucha alegría se levantaron todos, y me abrazaron y hicieron muchas fiestas, y yo de la propria manera á ellos, que fué lo mesmo que si catara cuatro diferentes vinos. Llegó la hora de cenar; vinieron á servir á la mesa unos grandes picaros, que los bravos llaman *cañones.* Sentámonos todos juntos á la mesa: aparecióse luego el alcaparrón, y con esto empezaron (por bienvenido) á beber á mi honra, que yo de ninguna manera, hasta que la vi beber, no entendí que tenia tanta. Vino pescado y carne, y todo con apetitos de sed. Estaba una artesa en el suelo toda llena de vino, y allí se echaba de bruces el que queria hacer la razón. Contentóme la penadilla. A dos veces no hubo hombre que conociese al otro. Empezaron pláticas de guerra; menudeábanse los juramentos; murieron de brindis á brindis veinte ó treinta sin confesion. Recetáronsele al asistente mil puñaladas; tratóse de la buena memoria de Domingo Tiznado y Gayón; derramóse vino en cantidad al alma de Escamilla. Los que las cogieron tristes lloraron tiernamente al malogrado Alonso Alvarez. Ya á mi compañero con estas cosas se le desconcertó el reloj de la

cabeza, y dijo, algo ronco, tomando un pan con las dos manos y mirando á la luz:

—Por esta, que es la cara de Dios, y por aquella luz que salió por la boca del ángel, que si vucedes quieren, que esta noche hemos de dar al corchete que siguió al pobre Tuerto. Levantóse entre ellos alarido disforme, y sacando las dagas, lo juraron, poniendo las manos cada uno en un borde de la artesa; y echándose sobre ella de hocicos, dijeron:

—Así como bebemos este vino, hemos de beber de la sangre á todo acechador.

—¿Quién es este Alfonso Alvarez, pregunté, que tanto se ha sentido su muerte?

Mancebo, dijo el uno, lidiador ahigadado, mozo de manos y buen compañero. Vamos; que me retientan los demonios. Con esto salimos de casa á montería de corchetes.

Yo, como iba entregado al vino, y habia renunciado en su poder mis sentidos, no advertí al riesgo que me ponia. Llegámos á la calle de la Mar, donde encaró con nosotros la ronda. No bien la columbraron, cuando sacando las espadas, la embistímos. Yo hice lo mismo, y limpiámos dos cuerpos de corchetes de sus malas ánimas al primer encuentro. El alguacil puso la justicia en sus piés, y apeló por la calle arriba dando voces; no lo pudimos seguir por haber cargado delantero. Y al fin nos acogimos á la iglesia Mayor, donde nos amparamos del rigor de la justicia, y dormimos lo necesario para espumar el vino que hervia en los cascos. Y vueltos ya en nuestro acuerdo, me espantaba yo de ver que hubiese perdido la justicia dos corchetes y huido el alguacil de un racimo de uva, que entonces lo éramos nosotros. Pasábamoslo en la iglesia notablemente, porque al olor de los retraídos vinieron ninfas, desnudándose por vestirnos. Aficionóseme la Grajales; vistióme de nuevo de sus colores; súpome bien y mejor que todas esta vida; y así, propuse de navegar en ansias con la Grajales hasta morir. Estudié la jacarandina, y á pocos dias era rabí de los otros rufianes. La justicia no se descuidaba de buscarnos; rondábanos la puerta; pero con todo, de media noche abajo rondábamos disfrazados.

Yo, que vi que duraba mucho este negocio, y más la fortuna en perseguirme,—nó de escarmentado (que no soy tan cuerdo, sino de

cansado, como obstinado pecador), determiné, consultándolo lo primero con la Grajales, de pasarme á Indias con ella, á ver si mu dando de mundo y tierra mejoraría mi suerte. Y fuéme peor, pues nunca mejora su estado quien muda solamente de lugar, y no de vida y costumbres.

EL SUEÑO DE LAS CALAVERAS

AL CONDE DE LEMOS,

PRESIDENTE DE INDIAS

Amanos de vuecelencia van estas desnudas verdades, que buscan no quien las vista, sino quien las consienta; que á tal tiempo hemos venido, que con ser tan sumo bien, hemos de rogar con él. Prométese seguridad en ellas solas. Viva vuecelencia para honra de nuestra edad.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

EL SUEÑO DE LAS CALAVERAS

DISCURSO

Los *sueños* dice Hornero que son de Júpiter y que él los envía; y en otro lugar, que á se han de creer. Es así, cuando tocan en cosas importantes y piadosas, ó las sueñan reyes y grandes señores, como se colige del doctísimo y admirable Propercio en estos versos:

Nec tu sperne piis venientia somnia portis.

Quum pia venerunt somnia, pondus habent.

Dígolo á propósito que tengo por caido del cielo uno que yo tuve estas noches pasadas, habiendo cerrado los ojos con el libro del Dante; lo cual fué causa de soñar que veia un tropel de visiones. Y aunque en casa de un poeta es cosa dificultosa creer que haya cosa de juicio (aun en sueños), le hubo en mí por la razón que da Claudiano en la prefación al libro segundo del *Rapto,* diciendo que todos los animales sueñan de noche como sombras de lo que trataron de dia. Y Petronio Arbitro dice:

Et canis in somnis leporis vestigia latrat.

Y hablando de los jueces:

Et pavido cenit inclusum corde tribunal.

Parecióme, pues, que veia un mancebo que, discurriendo por el aire, daba voz de su aliento á una trompeta, afeando con su fuerza en parte su hermosura. Halló el són obediencia en los mármoles, y oídos en los muertos; y así, al punto comenzó á moverse toda la tierra, y á dar licencia á los huesos que anduviesen unos en busca de otros. Y pasando tiempo (aunque fue breve), vi á los que habian

sido soldados y capitanes levantarse de los sepulcros con ira, juzgándola por seña de guerra; á los avarientos, con ansias y congojas, recelando algún rebato; y los dados á vanidad y gula, con ser áspero el són, lo tuvieron por cosa de sarao ó caza. Esto conocía yo en los semblantes de cada uno, y no vi que llegase el ruido de la trompeta á oreja que se persuadiese á lo que era. Despues noté de la manera que algunas almas huian, unas con asco y otras con miedo, de sus antiguos cuerpos: á cuál faltaba un brazo, á cuál un ojo, y dióme risa ver la diversidad de figuras, y admiróme la providencia en que, estando barajados unos con otros, nadie por yerro de cuenta se ponia las piernas ni los miembros de los vecinos. Solo

Parecióme, pues, que veía un mancebo.

(El Sueño de las Calaveras.)

en un cementerio me pareció que andaban destrocando cabezas, y que vi á un escribano que no le venía bien el alma, y quiso decir que no era suya por descartarse della. Despues, ya que á noticia de todos llegó que era el dia del juicio, fué de ver como los lujuriosos no

querían que los hallasen sus ojos, por no llevar al tribunal testigos contra sí; los maldicientes las lenguas; los ladrones y matadores gastaban los pies en huir de sus mismas manos. Y volviéndome á un lado, vi á un avariento que estaba preguntando á uno (que por haber sido embalsamado y estar lejos sus tripas no hablaba, porque no habian llegado) si habian de resucitar aquel dia todos los enterrados, si resucitarían unos bolsones suyos. Riérame si no me lastimara á otra parte el afan con que una gran chusma de escribanos andaban huyendo de sus orejas, deseando no las llevar, por no oir lo que esperaban; mas solos fueron sin ellas los que acá las habian perdido por ladrones; que por descuido no fueron los más. Pero lo que más me espantó fué ver los cuerpos de dos ó tres mercaderes que se habian vestido las almas del revés, y tenian todos los cinco sentidos en las uñas de la mano derecha. Yo veia todo esto de una cuesta muy alta, cuando oí dar voces á mis pies que me apartase; y no bien lo hice, cuando comenzaron á sacar las cabezas muchas mujeres hermosas, llamándome descortés y grosero porque no habia tenido más respeto á las damas (que aun en el infierno están las tales y no pierden esta locura). Salieron fuera muy alegres de verse gallardas y desnudas entre tanta gente que las mirase; aunque luego, conociendo que era el dia de la ira, y que la hermosura las estaba acusando de secreto, comenzaron á caminar al valle con pasos más entretenidos. Una que habia sido casada siete veces iba trazando disculpas para todos los maridos. Otra dellas, que habia sido pública ramera, por no llegar al valle, no hacia sino decir que se le habian olvidado las muelas y una ceja, y volvía y deteníase; pero al fin llegó á vista del teatro, y fué tanta la gente de los que habia ayudado á perder y que señalándola daban gritos contra ella, que se quiso esconder entre una caterva de corchetes, pareciéndola que aquella no era gente de cuenta aun en aquel dia. Divirtióme desto un gran ruido que por la orilla de un rio venia de gente en cantidad tras un médico, que después supe que lo era en la sentencia. Eran hombres que habia despachado sin razón ántes de tiempo, y venían por hacerle que pareciese, y al fin, por fuerza le pusieron delante del trono. A mi lado izquierdo oí como ruido de alguno que nadaba, y vi un juez, que lo habia sido, que estaba en medio de un arroyo lavándose las manos, y esto hacia

muchas veces. Llegúeme á preguntarle por qué se lavaba tanto; y díjome que en vida, sobre ciertos negocios, se las habian untado, y que estaba porfiando allí por no parecer con ellas de aquella suerte delante la universal residencia. Era de ver una legión de verdugos con azotes, palos y otros instrumentos, cómo traian á la audiencia una muchedumbre de taberneros, sastres y zapateros, que de miedo se hacian sordos; y aunque habian resucitado, no querían salir de la sepultura. En el camino por donde pasaban, al ruido, sacó un abogado la cabeza, y preguntóles que adonde iban; y respondiéronle:

—Al tribunal de Radamanto; á lo cual, metiéndose más adentro, dijo: Esto me ahorraré de andar despues, si he de ir más abajo. Iba sudando un tabernero de congoja, tanto, que cansado se dejaba caer á cada paso, y á mí me pareció que le dijo un verdugo:

—Harto es que sudéis el agua, y no nos la vendáis por vino. Uno de los sastres, pequeño de cuerpo, redondo de cara, malas barbas y peores hechos, no hacia sino decir:

—¿Qué pude hurtar yo, si andaba siempre muriéndome de hambre? Y los otros le decían (viendo que negaba haber sido ladrón) qué cosa era despreciarse de su oficio. Toparon con unos salteadores y capeadores públicos que andaban huyendo unos de otros, y luego los verdugos cerraron con ellos, diciendo que los salteadores bien podían entrar en el número, porque eran á su modo sastres silvestres y monteses, como gator del campo. Hubo pendencia entre ellos sobre afrentarse los unos de ir con los otros; y al fin, juntos llegaron al valle. Tras ellos venia la Locura en una tropa, con sus cuatro costados, poetas, músicos, enamorados y

valientes, gente en todo ajena deste dia: pusiéronse á un lado. Andaban contándose dos ó tres procuradores las caras que tenian, y espantábanse que les sobrasen tantas, habiendo vivido descaradamente. Al fin vi hacer silencio á todos.

El trono era obra donde trabajaron la omnipotencia y el milagro. Júpiter estaba vestido de sí mismo, hermoso para los unos y enojado para los otros; el sol y las estrellas colgando de su boca, el viento tullido y mudo, el agua recostada en sus orillas, suspensa la tierra, temerosa en sus hijos, de los hombres. Algunos amenazaban al que les enseñó con su mal ejemplo peores costumbres. Todos en general pensativos: los piadosos, en qué gracias le darian, cómo rogarían por sí; y los malos, en dar disculpas. Andaban los procuradores mostrando en sus pasos y colores las cuentas que tenian que dar de sus encomendados, y los verdugos repasando sus copias, tarjas y procesos. Al fin, todos los defensores estaban de la parte de adentro, y los acusadores de la de afuera. Estaban guardas á una puerta tan angosta, que los que estaban á puros ayunos flacos aun tenian algo que dejar en la estrechura.

A un lado estaban juntas las desgracias, peste y pesadumbres, dando voces contra los médicos. Decia la peste que ella los habia herido; pero que ellos los habian despachado. Las pesadumbres, que no habian muerto ninguno sin ayuda de los doctores; y las desgracias, que todos los que habian enterrado habian ido por entrambos. Con eso los médicos quedaron con cargo de dar cuenta de los difuntos; y así, aunque los necios decian que ellos habian muerto más, se pusieron los médicos con papel y tinta en un alto con su arancel, y en nombrando la gente, luego salia uno dellos, y en alta voz decia: Ante mí pasó á tantos de tal mes, etc.

Pilátos se andaba lavando las manos muy apriesa, para irse con sus manos lavadas al brasero. Era de ver cómo se entraban algunos pobres entre media docena de reyes que tropezaban con las coronas, viendo entrar las de los sacerdotes tan sin detenerse. Llegó en esto un hombre desaforado lleno de ceño; y alargando la mano, dijo:

—Esta es la carta de exámen. Admiráronse todos: dijeron los porteros que quién era; y él en altas voces respondió: Maestro de esgrima examinado y de los más diestros del mundo; y, sacando

unos papeles del pecho, dijo que aquellos eran los testimonios de sus hazañas. Cayéronsele en el suelo por descuido los testimonios, y fueron á un tiempo á levantarlos dos furias y un alguacil, y él los levantó primero que las furias. Llegó un abogado, y alargó el brazo para asille y metelle dentro; y él, retirándose, alargó el suyo, y dando un salto, dijo: Esta de puño es irreparable, y pues enseño á matar, bien puedo pretender que me llamen Galeno; que si mis heridas anduvieran con muía, pasaran por módicos malos: si me quereis probar, yo daré buena cuenta. Riéronse todos, y un oficial algo moreno le preguntó qué nuevas tenia de su alma. Pidiéronle no sé qué cosas, y respondió que no sabía tretas contra los enemigos della. Mandáronle que se fuese; y diciendo: Entre otro, se arrojó. Y llegaron unos despenseros á cuentas (y no rezándolas), y en el ruido con que venía la trulla, dijo un ministro: Despenseros son; y otros dijeron: No son;.y otros: Sisón; y dióles tanta pesadumbre la palabra sisón, que se turbaron mucho. Con todo, pidieron que se les buscase su abogado, y dijo un verdugo:

—Ahí está Judas, que es apóstol descartado. Cuando ellos oyeron esto, volviéndose á otra furia, que no se daba manos á señalar hojas para leer, dijeron:

—Nadie mire, y vamos á partido, y tomamos infinitos siglos de fuego. El verdugo, como buen jugador, dijo:

—¿Partido pedís? No teneis buen juego. Comenzó á descubrir, y ellos, viendo que miraba, se echaron en baraja de su bella gracia. Pero tales voces como venian tras un malaventurado pastelero no se oyeron jamás de hombres hechos cuartos; y pidiéndole que declarase en qué les habia acomodado sus carnes, confesó que en los pasteles; y mandaron que les fuesen restituidos sus miembros

de cualquier estómago en que se hallasen. Dijéronle si quería ser juzgado, y respondió que sí, á Dios y á la ventura. La primera acusación decia no sé qué de gato por liebre; tanto de huesos, y no de la misma carne, sino advenedizos; tanto de oveja y cabra, caballo y perro; y cuando él vió que se les probaba á sus pasteles haberse hallado en ellos más animales que en el arca de Noé (porque en ella no hubo ratones ni moscas, y en ellos sí), volvió las espaldas y dejólos con la palabra en la boca. Fueron juzgados filósofos, y fué de ver cómo ocupaban sus entendimientos en hacer silogismos contra su salvación. Mas lo de los poetas fué de notar, que de puro locos querían hacer á Júpiter malilla de todas las cosas. Virgilio andaba con su *SiceLidis musa,* diciendo que era el nacimiento; mas saltó un verdugo, y dijo no sé qué de Mecenas y Octavia, y que habia mil veces adorado unos cuernecillos suyos, que los traia por ser dia de más fiesta: contó no sé qué cosas. Y al fin, llegando Orfeo (como más antiguo) á hablar por todos, le mandaron que se volviese otra vez á hacer el experimento de entrar en el infierno para salir; y á los demás, por hacérseles camino, que le acompañasen. Llegó tras ellos un avariento á la puerta, y fué preguntado qué queria, diciéndole que los preceptos guardaban aquella puerta de quien no los habia guardado; y él dijo que en cosas de guardar era imposible que hubiese pecado. Leyó el primero: Amar á Dios sobre todas las cosas; y dijo que él solo aguardaba á tenerlas todas para amar á Dios sobre ellas. No jurar: dijo que aun jurando falsamente, siempre habia sido por muy grande interés; y que así no habia sido en vano. Guardar las fiestas: estas, y aun los dias de trabajo, guardaba y escondía. Honrar padre y madre: siempre les quité el sombrero. No matar: por guardar esto no comia, por ser matar la hambre comer. De mujeres: en cosas que cuestan dineros ya está dicho. No levantar falso testimonio:

—Aquí, dijo un verdugo, es el negocio, avariento, que si confiesas haberle levantado te condenas, y si no, delante del juez te le levantarás á tí mismo. Enfadóse el avariento, y dijo:

—Si no he de entrar no gastemos tiempo (que hasta aquello rehusó de gastar). Convencióse con su vida, y fué llevado adonde merecía. Entraron en esto muchos ladrones, y salváronse dellos algunos ahorcados. Y fué de manera el ánimo que tomaron los

escribanos que estaban delante de Mahoma, Lutero y Judas (viendo salvar ladrones), que entraron de golpe á ser sentenciados, de que les tomó á los verdugos muy gran risa. Los procuradores comenzaron á esforzarse y á llamar abogados.

Dieron principio á la acusación los verdugos, y no la hacian en los procesos que tenian hechos de sus culpas, sino con los que ellos habian hecho en esta vida. Dijeron lo primero:

—Estos, señor, la mayor culpa suya es ser escribanos. Y ellos respondieron á voces (pensando que disimularían algo) que no eran sino secretarios. Los abogados comenzaron á dar descargo, que se acabó en:

—Es hombre, y no lo hará otra vez, y alcen el dedo. Al fin se salvaron dos ó tres, y á los demás dijeron los verdugos:

—Ya entienden. Hiciéronles del ojo, diciendo que importaban allí para jurar contra cierta gente. Uno azuzaba testigos, y repartia orejas de lo que no se habia dicho y ojos de lo que no habia sucedido, salpicando de culpas postizas la inocencia. Estaba engordando la mentira á puros enredos; y vi á Judas, y á Mahoma y á Lutero recatar desta vecindad el uno la bolsa y el otro el zancarrón. Lutero decia:

—Lo mismo hago yo escribiendo. Solo se lo estorbó aquel médico que dije, que forzado de los que le habian traido, parecieron él, un boticario y un barbero, á los cuales dijo un verdugo que tenia las copias:

—Ante este doctor han pasado los más difuntos, con ayuda de este boticario y barbero, y á ellos se les debe gran parte deste dia. Alegó un procurador por el boticario que daba de balde á los pobres; pero dijo un verdugo que hallaba por su cuenta que habian sido más dañosos dos botes de su tienda que diez mil de pica en la guerra, porque todas sus medicinas eran espurias, y que con esto habia hecho liga con una peste y habia destruido dos lugares. El médico se disculpaba con él, y al fin el boticario se desapareció, y el médico y el barbero andaban á daca mis muertes y toma las tuyas. Fué condenado un abogado porque tenia todos los derechos con corcovas, cuando descubierto un hombre que estaba detrás deste á gatas porque no le viesen, y preguntado quién era, dijo que cómico; pero un verdugo muy enfadado replicó:

—Farandulero es, señor, y pudiera haber ahorrado aquesta venida sabiendo lo que hay. Juró de irse, y fuése sobre su palabra. En esto dieron con muchos taberneros en el puesto, y fuéron acusados de que habian muerto mucha santidad de sed á traición, vendiendo agua por vino. Estos venian confiados en que habian dado á un hospital siempre vino puro para los sacrificios; pero no les valió, ni á los sastres decir que habian vestido niños; y así, todos fuéron despachados como siempre se esperaba. Llegaron tres ó cuatro extranjeros ricos pidiendo asientos, y dijo un ministro:

—¿Piensan ganar en ellos? Pues esto es lo que les mata. Esta vez han dado mala cuenta, y no hay donde se asienten, porque han quebrado el banco de su crédito. Y volviéndose á Júpiter, dijo un ministro:

—Todos los demás hombres, señor, dan cuenta de lo que es suyo; mas estos de lo ajeno y todo. Pronunciόse la sentencia contra ellos: yo no la oí bien, pero ellos desaparecieron. Vino un caballero tan derecho, que al parecer quería competir con la misma justicia que le aguardaba: hizo muchas reverencias á todos, y con la mano una ceremonia usada de los que beben en charco. Traia un cuello tan grande, que no se le echaba de ver si tenia cabeza. Preguntóle un portero, de parte de Júpiter, si era hombre; y él respondió con grandes cortesías que sí, y que por más señas se llamaba don Fulano á fe de caballero. Rióse un ministro, y dijo:

—De codicia es el mancebo para el infierno. Preguntáronle qué pretendía, y respondió:

—Ser salvado; y fué remitido á los verdugos para que le moliesen; y él solo reparó en que le ajarian el cuello. Entró tras él un hombre dando voces, diciendo:

—Aunque las doy, no tengo mal pleito; que á cuantos simulacros hay, ó á los más, he sacudido el polvo. Todos esperaban ver un Diocleciano ó Nerón, por lo de sacudir el polvo, y vino á ser un sacristan que azotaba los retablos; y se habia ya con esto puesto en salvo, sino que dijo un ministro que se bebia el aceite de las lámparas y echaba la culpa á una lechuza, por lo cual habia muerto sin ella; que pellizcaba de los ornamentos para vestirse; que heredaba en vida las vinajeras, y que tomaba alforzas á los oficios. No sé qué descargo se dió, que le enseñaron el camino de la mano izquierda. Dando lugar unas damas alcorzadas que comenzaron á hacer melindres de las malas figuras de los verdugos, dijo un procurador á Vesta que habian sido devotas de su nombre aquellas; que las amparase. Y replicó un ministro que también fuéron enemigas de su castidad.

—Sí por cierto, dijo una que habia sido adúltera; y el demonio la acusó que habia tenido un marido en ocho cuerpos; que se habia casado de por junto en uno para mil. Condenóse esta sola, y iba diciendo:

—¡Ojalá supiera que me habia de condenar, que no hubiera cansádome en hacer buenas obras! En esto que era todo acabado, quedaron descubiertos Judas, Mahoma y Martin Lutero; y preguntando un ministro cuál de los tres era Judas, Lutero y Mahoma, dijeron cada uno que él; y corrióse Judas tanto, que dijo en altas voces:

—Señor, yo soy Judas, y bien conocéis vos que soy mucho mejor que estos, porque si os vendí remedié al mundo, y estos, vendiéndose á sí y á vos, lo han destruido todo. Fuéron mandados quitar delante; y un abogado que tenia la copia, halló que faltaban por juzgar los malos alguaciles y corchetes. Llamáronlos, y fué de ver que asomaron al puesto muy tristes, y dijeron:

—Aquí lo damos por condenado; no es menester nada. No bien lo dijeron, cuando cargado de astrolabios y globos entró un astrólogo dando voces, y diciendo que se habian engañado, que no habia de ser aquel dia el del juicio, porque Saturno no habia acabado sus

movimientos, ni el de trepidación el suyo. Volvióse un verdugo, y viéndole tan cargado de madera y papel, le dijo:

—Ya os traéis la leña con vos, como si supiérades que de cuantos cielos habéis tratado en vida estáis de manera, que por la falta de uno solo, en muerte, os iréis al infierno.

—Eso no iré yo, dijo él.

—Pues llevaros han; y así se hizo.

Con esto se acabó la residencia y tribunal: huyeron las sombras á su lugar, quedó el aire con nuevo aliento, floreció la tierra, rióse el cielo, Júpiter subió consigo á descansar en sí los dichosos, y yo me quedé en el valle; y discurriendo por él, oí mucho ruido y quejas en la tierra. Lleguéme por ver lo que habia, y vi en una cueva honda (garganta del averno) penar muchos, y entre otros un letrado, revolviendo no tantas leyes como caldos: un escribano, comiendo solo letras, que no habia querido leer en esta vida, todos ajuares del infierno. Las ropas y tocados de los condenados estaban prendidos, en vez de clavos y alfileres, con alguaciles; un avariento, contando más duelos que dineros; un médico pensando en un orinal, y un boticario en una medicina. Dióme tanta risa ver esto, que me despertaron las carcajadas; y fué mucho quedar de tan triste, Sueños son estos, que si se duerme vuecelencia sobre ellos, verá que por ver las cosas como las veo, las esperará como las digo sueño más alegre que espantado.

Sueños son estos, que si se duerme vuecelencia sobre ellos, verá que por ver las cosas como las veo, las esperará como las digo.

EL ALGUACIL ALGUACILADO

AL CONDE DE LEMOS,

PRESIDENTE DE INDIAS

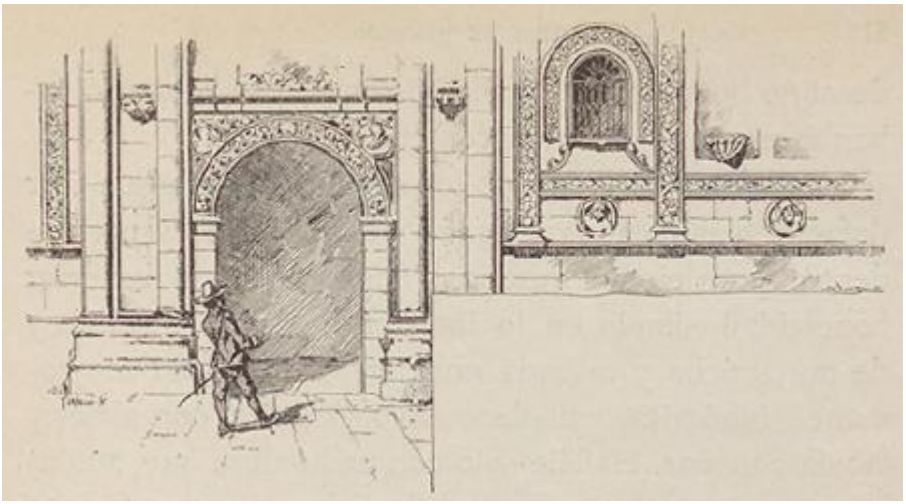
BIEN sé que á los ojos de vuecelencia es más endemoniado el autor que el sugeto: si lo fuere también el discurso, habré dado lo que se esperaba de mis pocas letras, que amparadas como de dueño, de vuecelencia y su grandeza, despreciarán cualquier temor. Ofrézcole este discurso del *Alguacil Alguacilado:* recíbale vuecelencia con la humanidad que me hace merced, así yo vea en su casa la sucesión que tanta nobleza y méritos piden.

Esté advertido vuecelencia que los seis géneros de demonios que cuentan los supersticiosos y los hechiceros (los cuales por esta orden divide Psello en el capítulo 2.º del *Libro de los demonios)* son los mismos que las órdenes en que se distribuyen los alguaciles malos. Los primeros llaman leliureones, que quiere decir ígneos; los segundos, aéreos; los terceros, terrenos; los cuartos, acuátiles; los quintos, subterráneos; los sextos, lucífugos, que huyen de la luz. Los ígneos son los criminales que á sangre y á fuego persiguen los hombres; los aéreos son los soplones, que dan viento; ácueos son los porteros que prenden por si vació ó no vació sin decir *agua va,* fuera de tiempo; y son ácueos, con ser casi todos borrachos y vinosos. Terrenos son los civiles, que á puras comisiones y ejecuciones destruyen la tierra. Lucífugos, los rondadores que huyen de la luz, debiendo la luz huir dellos. Los subterráneos, que están debajo de tierra, son los escudriñadores de vidas, y fiscales de honras y levantadores de falsos testimonios, que debajo de tierra

sacan qué acusar, y andan siempre desenterrando los muertos y enterrando los vivos..

AL PIO LECTOR

Y si fueres cruel, y no pió, perdona; que este epíteto natural del pollo has heredado de Eneas, de quien deciendes. Y en agradecimiento de que te hago cortesía en no llamarte benigno lector, advierte que hay tres géneros de hombres en el mundo: los unos, que por hallarse ignorantes no escriben, y estos merecen disculpa por haber callado, y alabanza por haberse conocido. Otros, que no comunican lo que saben: á estos se les ha de tener lástima de la condicion y envidia del ingenio, pidiendo á Dios que les perdone lo pasado y les enmiende lo por venir. Los últimos no escriben de miedo de las malas lenguas: estos merecen reprensión, pues si la obra llega á manos de hombres sabios, no saben decir mal de nadie; si de ignorantes, ¿cómo pueden decir mal sabiendo que si lo dicen de lo malo lo dicen de sí mismos? Y si del bueno, no importa, que ya saben todos que no lo entienden. Esta razón me animó á escribir el *Sueño de las calaveras,* y me permitió osadía para publicar este discurso: si le quieres leer, léele; y si no, déjale; que no hay pena para quien no lo leyere. Si le empezares á leer y te enfadare, en tu mano está con que tenga fin donde te fuere enfadoso. Solo he querido advertirte en la primera hoja que este papel es solo una reprensión de malos ministros de justicia, guardando el decoro que se debe á muchos que hay loables por virtud y nobleza, poniendo todo lo que en él hay debajo la corrección de la Iglesia romana y ministros de buenas costumbres.



EL ALGUACIL ALGUACILADO

DISCURSO

Fue el caso que entré en San Pedro á buscar al licenciado Calabrés, hombre de bonete de tres altos hecho á modo de medio celemín; ojos de espulgo, vivos y bulliciosos; puños de Corinto, asomo de camisa por cuello, mangas en escaramuza y calados de rasgones, los brazos en jarra, y las manos en garfio: habla entre penitente y diciplinante, los ojos bajos y los pensamientos tiples, la color á partes hendida y á partes quebrada, muy tardón en las respuestas y abreviador en la mesa, gran lanzador de espíritus, tanto, que sustentaba el cuerpo con ellos. Entendíasele de ensalmar, haciendo al bendecir unas cruces mayores que las de los mal casados. Hacia del saliño humildad; contaba visiones, y si se descuidaban á: creerle hacia milagros que me cansó.

Este, señor, era uno de los sepulcros hermosos, por defuera blanqueados y llenos de molduras, y por de dentro pudricion y gusanos; fingiendo en lo exterior honestidad, siendo en lo interior del alma disoluto y de muy ancha y rasgada conciencia. Era un buen romance hipócrita, embeleco vivo, mentira con alma, y fábula con

voz. Hállele solo con un hombre que, atadas las manos y suelta la lengua, descompuestamente daba voces con frenéticos movimientos.

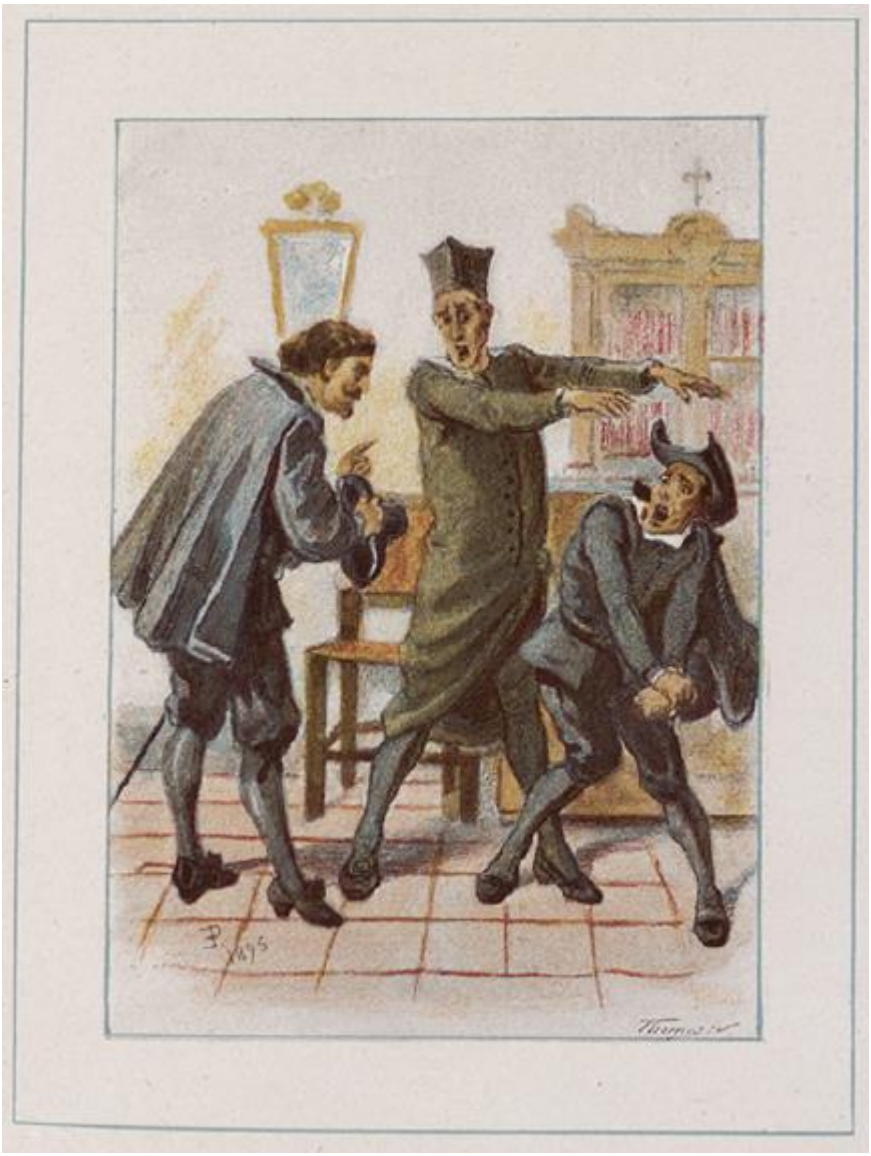
—¿Qué es esto? le pregunté espantado. Respondióme:

—Un hombre endemoniado. Y al punto el espíritu respondió:

—No es hombre, sino alguacil. Mirad cómo habiais, que en la pregunta del uno y en la respuesta del otro se ve que sabéis poco. Y se ha de advertir que los diablos en los alguaciles estamos por fuerza y de mala gana, por lo cual, si quereis acertarme, debeis llamarme á mí demonio enaguacilado, y no á este alguacil endemoniado, y avenísos mejor los hombres con nosotros que con ellos, si bien nuestra cárcel es peor, nuestro agarro perdurable. Verdugos y alguaciles malos parece que tenemos un mismo oficio, pues bien mirado, nosotros procuramos condenar, y los alguaciles también; nosotros, que haya vicios y pecados en el mundo, y los alguaciles lo desean y procuran al parecer con más ahinco, porque ellos lo han menester para su sustento, y nosotros para nuestra compañía. Y es mucho más de culpar este oficio en los alguaciles que en nosotros,

Hallóle solo con un hombre que, atadas las manos y suelta la lengua

(El Alguacil Alguátilado.)



pues ellos hacen mal á los hombres como ellos y á los de su género, y nosotros no. Fuera desto, los demonios lo fuimos por querer ser como Dios, y los alguaciles son alguaciles por querer ser ménos que todos. Persuádete que alguaciles y nosotros somos de una profesion; sino que ellos son diablos con varilla, como cohetes, y nosotros alguaciles sin vara, que hacemos áspera vida en el infierno. Admiráronme las sutilezas del diablo; enojóse Calabrés, revolvió sus conjuros, quísole enmudecer y no pudo, y al echarle agua bendita comenzó á huir y á dar voces diciendo:

—Clérigo, cata que no hace estos sentimientos el alguacil por la parte de bendita, sino por ser agua; no hay cosa que tanto aborrezca, pues si en su nombre se llama *alguacil*, es encajada una

en medio. Yo no traigo corchetes ni soplones ni escribanito; quítenme la tara como al carbón, y hágase la cuenta entre mí y el agarrador. Y porque acabéis de conocer quién son y cuán poco tienen de cristianos, advertid que de pocos nombres que del tiempo de los moros quedaron en España, llamándose ellos merinos, le han dejado por llamarse alguaciles, que alguacil es palabra morisca; y hacen bien, que conviene el nombre con la vida y ella con sus hechos.

—Eso es muy insolente cosa oirlo, dijo furioso mi licenciado, y si le damos licencia á este enredador, dirá otras mil bellaquerías y mucho mal de la justicia, porque corrige el mundo y le quita con su temor y diligencia las almas que tiene negociadas.

—No lo hago por eso, replicó el diablo, sino porque ese es tu enemigo que es de tu oficio; y ten lástima de mí y sácame del cuerpo deste, que soy demonio de prendas y calidad, y perderé despues mucho en el infierno por haber estado acá con malas compañías.

—Yo te echaré hoy fuera, dijo Calabrés, de lástima de ese hombre que aporreas por momentos y maltratas; que tus culpas no merecen piedad ni tu obstinación es capaz della.

—Pídeme albricias, respondió el diablo, si me sacas hoy; y advierte que estos golpes que le doy y lo que le aporreo no es sino que yo y él reñimos acá sobre quién ha de estar en mejor lugar, y andamos á más diablo es él. Acabó esto con una gran risada: corrióse mi buen licenciado, y determinóse á enmudecerle. Yo, que habia comenzado á gustar de las sutilezas del diablo, le pedí que, pues estábamos solos, y él, como mi confidente, sabía mis cosas secretas, y yo, como amigo, las suyas, que le dejase hablar, apremiándole solo á que no maltratase el cuerpo del alguacil. Hízose así, y al punto dijo:

—Donde hay poetas, parientes tenemos en córte los diablos, y todos nos lo debeis por lo que en el infierno os sufrimos; que habéis hallado tan fácil modo de condenaros, que hierve todo él en poetas. Y hemos hecho una ensancha á su cuartel, y son tantos, que compiten en los votos y elecciones con los escribanos; y no hay cosa tan graciosa como el primer año de noviciado de un poeta en penas, porque hay quien le lleva de acá cartas de favor para

ministros, y créese que ha de topar con Radamanto y pregunta por el Cerbero y Aqueronte, y no puede creer sino que se los esconden.

—¿Qué géneros de penas les dan á los poetas? repliqué yo.

—Muchas, dijo, y propias. Unos se atormentan oyendo alabar las obras de otros, y á los más es la pena el limpiarlos. Hay poeta que tiene mil anos de infierno y aun no acaba de leer unas endechillas á los celos; otros verás en otra parte aporrearse y darse de tizonazos sobre si dirá faz 6 cara. Cuál para hallar un consonante no hay cerco en el infierno que no haya rodado mordiéndose las uñas. Mas los que peor lo pasan y más mal lugar tienen son algunos poetas de comedias, por las muchas reinas que han hecho, las infantas de Bretaña que han deshonrado, los casamientos desiguales que han efectuado en los fines de las comedias, y los palos que han dado á muchos hombres honrados por acabar los entremeses. Mas es de advertir que los poetas de comedias no están entre los demás, sino que por cuanto tratan de hacer enredos y marañas, se ponen entre los procuradores y solicitadores, gente que solo trata desto. Y en el infierno están todos aposentados así; que un artillero que bajó allá el otro dia, queriendo que le pusiesen entre la gente de guerra, como al preguntarle del oficio que habia tenido dijese que hacer tiros en el mundo, fué remitido al cuartel de los escribanos, pues son los que hacen tiros en el mundo. Un sastre, porque dijo que habia vivido de cortar de vestir, fué aposentado con los maldicientes. Un ciego, que quiso encajarse con los poetas, fué llevado á los enamorados por serlo todos. Los que venían por el camino de los locos ponemos con los astrólogos, y á los por mentecatos, con los alquimistas. Uno vino por unas muertes, y está con los médicos. Los mercaderes que se condenan por vender están con Judas. Los malos ministros, por lo que han tomado alojan con el mal ladrón. Los necios están con los verdugos. Y un aguador que dijo habia vendido agua fria fué llevado con los taberneros. Llegó un mohatrero tres dias há, y dijo que él se condenaba por haber vendido gato por liebre, y pusímoslo de piés con los venteros, que dan lo mismo. Al fin, el infierno está repartido en estas partes.

—Oíte decir ántes de los enamorados, y por ser cosa que á mí me toca, gustaría saber si hay muchos.

—Mancha es la de los enamorados, respondió, que lo toma todo, porque todos lo son de sí mismos; algunos de sus dineros, otros de sus palabras, otros de sus obras, y algunos de las mujeres; y destos postreros hay ménos que de todos en el infierno, porque las mujeres son tales, que con ruindades, con malos tratos y peores correspondencias les dan ocasiones de arrepentimiento cada dia á los hombres. Como digo, hay pocos destos, pero buenos y de entretenimiento, si allá cupiera. Algunos hay que en celos y esperanzas amortajados y en deseos se van por la posta al infierno, sin saber cómo ni cuándo ni de qué manera. Hay amantes alacayuelos que arden llenos de cintas; otros crinitos como cometas, llenos de cabellos; y otros que en los billetes solos que llevan de sus damas ahorran veinte años de leña á la fábrica de la casa, abrasándose lardeados en ellos. Son de ver los que han querido doncellas enamorados de doncellas, con las bocas abiertas y las manos extendidas. Destos unos se condenaban... hechos bufones de los otros, siempre en vísperas del contento, sin tener jamás el dia, y con solo el título de pretendientes. Otros se condenan por el beso, brujuleando siempre los gustos sin poderlos descubrir. Detrás de estos en una mazmorra están los aduladores: estos son los que mejor viven y peor lo pasan, pues otros les sustentan la cabalgadura y ellos la gozan.

—Gente es esta, dije yo, cuyos agravios y favores todos son de una manera.

—Abajo en un apartado muy sucio, lleno de mondaduras de rastro... están los que acá llamamos *burlados,* gente que aun en el infierno no pierde la paciencia; que como la llevan hecha á prueba de la mala mujer que han tenido, ninguna cosa los espanta. Tras ellos están los que se enamoran de viejas, con cadenas; que los diablos, de hombres de tan mal gusto aun no pensamos que estamos seguros... Mas dejando estos, os quiero decir que estamos muy sentidos de los potajes que hacéis de nosotros, pintándonos con garras sin ser aguiluchos; con colas, no habiendo diablos rabones; con cuernos, no siendo *¿oros;* y mal barbados siempre, habiendo diablos de nosotros que podemos ser ermitaños y corregidores. Remediad esto, que poco há que fue Jerónimo Hosco allá, y preguntándole por qué habia hecho tantos guisados de nosotros en sus sueños, dijo: Porque no habia creído nunca que habia demonios de veras. Lo otro y lo que más sentimos es, que hablando comunmente soléis decir: Miren el diablo del sastre, ó diablo es el sastrecillo. A sastres nos comparais, que damos leña con ellos al infierno, y aun nos hacemos de rogar para recibirlos; que si no es la póliza de quinientos, nunca hacemos recibo, por no malvezarlos y que ellos no aleguen posesion: *Qtiomam consuetudo est altera ¿ex;* y como tienen posesion en el hurtar y quebrantar las fiestas, fundan agravio si no les abrimos las puertas grandes como si fuesen de casa. También nos quejamos de que no hay cosa, por mala que sea, que no la deis al diablo; y en enfadándoos algo, luego decis: Pues el diablo te lleve. Pues advertid que son más los que se van allá que los que traemos; que no de todo hacemos caso. Dais al diablo un mal trapillo, y no le toma el diablo, porque hay algún mal trapillo que no le tomará el diablo. Dais al diablo un italiano, y no le toma el diablo, porque hay italiano que tomará al diablo: y advertid que las más veces dais al diablo lo que él ya se tiene, digo, nos tenemos.

—¿Hay reyes en el infierno? le pregunté yo; y satisfizo á mi duda diciendo:

—Todo el infierno es figuras, y hay muchos de los gentiles, porque el poder, libertad y mando les hace sacar á las virtudes de su medio, y llegan los vicios á su extremo; y viéndose en la suma reverencia de sus vasallos y con la grandeza puestos á dioses, quieren valer

punto ménos y parecerlo; y tienen muchos caminos para condenarse y muchos que los ayudan; porque uno se condena por la crueldad, y matando y destruyendo es una guadaña coronada de vicios y una peste real de sus reinos; otros se pierden por la cudicia, haciendo almacenes de sus villas y ciudades á fuerza de grandes pechos, que en vez de criar desustancian; y otros se van al infierno por terceras personas y se condenan por poderes, fiándose de infames ministros; y es dolor verlos penar, porque como bozales en trabajo se les dobla el dolor con cualquier cosa. Solo tienen bueno los reyes que, como es gente honrada, nunca vienen solos, sino con punta de dos ó tres privados, y á veces el encaje, y se traen todo el reino tras sí, pues todos se gobiernan por ellos, aunque privado y rey es más penitencia que oficio, y más carga que gozo; ni hay cosa tan atormentada como la oreja del príncipe y del privado, pues de ella nunca escapan pretendientes quejosos y aduladores, y estos tormentos los califican para el descanso. Los malos reyes se van al infierno por el camino real, y los mercaderes por el de la plata.

—¿Quién te mete ahora con los mercaderes? dijo Calabrés.

—Manjar es que nos tiene ya empalagados á los diablos y ahítos, y aun los vomitamos: vienen allá á millares, condenándose en castellano y en guarismo; y habéis de saber que en España los misterios de las cuentas de los extranjeros son dolorosos para los millones que vienen de las Indias, y que los cañones de sus plumas son de batería contra las bolsas; y no hay renta que si la cogen en medio el Tajo de sus plumas y el Jarama de su tinta, no la ahoguen. Y en fin, han hecho entre nosotros sospechoso este nombre de asientos, que como significan otra cosa que me corro de nombrarla, no sabemos cuándo hablan á lo negociante ó cuándo á lo deshonesto. Hombre destos ha ido al infierno, que viendo la leña y fuego que se gasta, ha querido hacer estanco de la lumbre; y otro quiso arrendar los tormentos, pareciéndole que ganará con ellos mucho. Estos tenemos allá junto á los jueces que acá los permitieron.

—¿Luego algunos jueces hay allá?

—¡Pues no! dijo el espíritu: los jueces son nuestros faisanes, nuestros platos regalados, y la simiente que más provecho y fruto nos da á los diablos; porque de cada juez que sembramos, cogemos

seis procuradores, dos relatores, cuatro escribanos, cinco letrados y cinco mil negociantes, y esto cada dia. De cada escribano cogemos veinte oficiales, de cada oficial treinta alguaciles, de cada alguacil diez corchetes; y si el año es fértil de trampas, no hay trojes en el infierno donde recoger el fruto de un mal ministro.

—¿También querrás decir que no hay justicia en la tierra, rebelde á los dioses?

—Y ¡cómo que no hay justicia! Pues ¿no has sabido lo de Astrea, que es la justicia, cuando huyendo de la tierra se subió al cielo? Pues por si no lo sabes, te lo quiero contar.

Vinieron la verdad y la justicia á la tierra: la una no halló comodidad por desnuda, ni la otra por rigurosa. Anduvieron mucho tiempo así, hasta que la verdad, de puro necesitada, asentó con un mudo.

La justicia, desacomodada, anduvo por la tierra rogando á todos; y viendo que no hadan caso de la y que le usurpaban su nombre para honrar tiranías, determinó volverse huyendo al cielo. Salióse de las grandes ciudades y cortes, y fuese á las aldeas de villanos, donde por algunos dias, escondida en su pobreza, fué hospedada de la simplicidad hasta que envió contra ella requisitorias la malicia. Huyó entonces de todo punto, y fué de casa en casa pidiendo que la recogiesen. Preguntaban todos quién era; y ella, que no sabe mentir, decia que la justicia. Respondíanle todos: Justicia, y no por mi casa; vaya por otra; y así no entraba en ninguna: subióse al cielo, y apenas dejó acá pisadas. Los hombres, que esto vieron, bautizaron con su nombre algunas varas que arden muy bien allá, y acá-solo tienen nombre de justicia ellas y los que las traen; porque hay muchos destos en que la vara hurta más que el ladrón con ganzúa y llave falsa y escala. Y habéis de advertir que la cudicia de los hombres ha hecho instrumento para hurtar todas sus partes, sentidos y potencias que Dios les dió las unas para vivir y las otras para vivir bien. ¿No hurta la honra de la doncella con la voluntad el enamorado? ¿No hurta con el entendimiento el letrado que le da malo y torcido á la ley? ¿No hurta con la memoria el representante que nos lleva el tiempo? ¿No hurta el amor con los ojos, el discreto con la boca, el poderoso con los brazos, pues no medra quien no tiene los suyos, el valiente con las manos, el músico con los dedos,

el gitano y cicatero con las uñas, el médico con la muerte, el boticario con la salud, el astrólogo con el cielo? Y al fin, cada uno hurta con una parte ó con otra. Solo el alguacil hurta con todo el cuerpo, pues acecha con los ojos, sigue con los piés, ase con las manos y atestigua con la boca; y al fin, son tales los alguaciles, que dellos y de nosotros defienden á los hombres pocas cosas.

—Espántome, dije yo, de ver que entre los ladrones no has metido á las mujeres, pues son de casa.

—No me las nombres, respondió, que nos tienen enfadados y cansados; y á no haber tantas allá, no era muy mala habitación el infierno; y diéramos porque enviudáramos en el infierno mucho; que como se urden enredos y ellas desde que murió Medusa la hechicera no platican otro, temo no haya alguna tan atrevida que quiera probar su habilidad con alguno de nosotros, por ver si sabrá dos puntos más. Aunque sola una cosa tienen buena las condenadas por la cual se puede tratar con ellas, que como están desesperadas, no piden nada.

—¿De cuáles se condenan más, feas ó hermosas?

—Feas, dijo al instante, seis veces más, porque los pecados para aborrecerlos no es menester más que cometerlos; y las hermosas, que hallan tantos que las satisfagan el apetito carnal, hártanse y arrepiéntense; pero las feas, como no hallan nadie, allá se nos van en ayunas, y con la misma hambre rogando á los hombres; y despues que se usan ojinegras y cariaguileñas, hierve el infierno en blancas y rubias, y en viejas más que en todo, que de envidia de las mozas, obstinadas espiran gruñendo. El otro dia llevé yo una de sesenta años que comia barro y hacia ejercicio para remediar las opilaciones, y se quejaba de dolor de muelas porque pensasen que

las tenia; y con tener ya amortajadas las sienes con la sábana blanca de sus canas, y arada la frente, huia de los ratones y traia galas, pensando agradarnos á nosotros: pusímosla allá por tormento al lado de un lindo destos que se van allá con zapatos blancos y de puntillas, informados de que es tierra seca y sin lodos.

—En todo esto estoy bien, le dije; solo querría saber si hay en el infierno muchos pobres.

—¿Qué es pobres? replicó.

—El hombre, dije yo, que no tiene nada de cuanto tiene el mundo.

—¡Hablara yo para mañana! dijo el diablo: si lo que condena á los hombres es lo que tienen del mundo, y esos no tienen nada, ¿cómo se condenan? Por acá los libros nos tienen en blanco. Y no os espanteis, porque aun diablos les faltan á los pobres; y á veces más diablos sois unos para otros que nosotros mismos. ¿Hay diablo como un adulador, como un envidioso, como un amigo falso, y como una mala compañía? Pues todos estos le faltan al pobre, que no le adulan, ni le envidian, ni tiene amigo malo ni bueno, ni le acompaña nadie. Estos son los que verdaderamente viven bien y mueren mejor. ¿Cuál de vosotros sabe estimar el tiempo y poner precio al dia, sabiendo que todo lo que pasó lo tiene la muerte en su poder, y gobierna lo presente y aguarda todo lo por venir como todos ellos?

—Cuando el diablo predica el mundo se acaba. Pues ¿cómo siendo tú padre de la mentira, dijo Calabrés, dices cosas que bastan á convertir una piedra?

—¿Cómo? respondió: por haceros mal y que no podáis decir que faltó quien os lo dijese. Y adviértase que en vuestros ojos veo muchas lágrimas de tristeza y pocas de arrepentimiento: y de las más se deben las gracias al pecado, que os harta ó cansa, y no á la voluntad que por malo le aborrezca.

—Mientes, dijo Calabrés; que muchos buenos hay hoy. Y ahora veo que en todo cuanto has dicho has mentido; y en pena saldrás hoy de este hombre. Apremióle á que callase, y si un diablo por sí es malo, mudo es peor que diablo.

Vuecelencia con curiosa atención mire esto y no mire á quien lo dijo; que por la boca de una sierpe de piedra sale un caño de agua.

LAS ZAHURDAS DE PLUTON

CARTA Á UN AMIGO SUYO

ENVÍO á vuesamerced este discurso tercero al *Sueno* y al *Alguacil,* donde puedo decir que he rematado las pocas fuerzas de mi ingenio (no sé si con alguna dicha). Quiera Dios halle algún agradecimiento mi deseo, cuando no merezca alabanza mi trabajo; que con esto tendré algún premio de los que da el vulgo con mano escasa; que no soy tan soberbio que me precie de tener envidiosos, pues de tenerlos, tuviera por gloriosa recompensa el merecerlos tener. Vuesamerced en Zaragoza comunique este papel, haciéndole la acogida que á todas mis cosas, miéntras yo acá esfuerzo la paciencia á maliciosas calumnias, que al parto de mis obras (sea aborto) suelen anticipar mis enemigos. Dé Dios á vuesamerced paz y salud. Del Fresno y mayo 3 de 1608.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

PRÓLOGO

AL INGRATO Y DESCONOCIDO LECTOR

ERES tan perverso, que ni te obligué llamándote pió, benévolo, ni benigno en los más discursos porque no me persiguieses; y ya desengañado, quiero hablar contigo claramente. Este discurso es del infierno: no me arguyas de maldiciente porque digo mal de los que hay en él, pues no es posible que haya dentro nadie que bueno sea. Si te parece largo, en tu mano está: toma el infierno que te bastare, y calla. Y si algo no te parece bien, ó lo disimula piadoso, ó lo enmienda docto; que errar es de hombres, y ser herrado de bestias ó esclavos. Si fuere oscuro, nunca el infierno fué claro; si triste y melancólico, yo no he prometido risa: solo te pido, lector, y aun te conjuro por todos los prólogos, que no tuerzas las razones ni ofendas con malicia mi buen celo, puesto primero, guardo el decoro á las personas y solo reprendo los vicios; murmuro los descuidos y demasías de algunos oficiales, sin tocar en la pureza de los oficios; y al fin, si te agradare el discurso, tú te holgarás, y si no, poco importa; que á mí, de tí ni de él se me da nada.

VALE.

LAS ZAHURDAS DE PLUTON

DISCURSO

YO que en el *Sueño* vi tantas cosas y en el *Alguacil alguacilado* oí parte de las que no habia visto, como sé que los sueños las más veces son burla de la fantasía y ocio del alma, y que el malo nunca dijo verdad, por no tener cierta noticia de las cosas que justamente se nos esconden; vi, guiado de mi ingenio, lo que se sigue, por particular providencia, que fué para traerme en el miedo la verdadera paz. Halléme en un lugar favorecido de naturaleza por el sosiego amable, donde sin malicia la hermosura entretenía la vista (muda recreación y sin respuesta humana), platicaban las fuentes entre las guijas y los árboles por las hojas; tal vez cantaba el pájaro, ni sé determinadamente si en competencia suya, ó agradeciéndoles su armonía. Ved cuál es de peregrino nuestro deseo, que no hallo paz en nada desto. Tendí los ojos, codicioso de ver algún camino, por buscar compañía, y veo (cosa digna de admiración) dos sendas que nacian en un mismo lugar, y una se iba apartando de la otra, como que huyesen de acompañarse. Era la de mano derecha tan

angosta, que no admite encarecimiento, y estaba (de la poca gente que por ella iba) llena de abrojos y asperezas y malos pasos. Con todo, vi algunos que trabajaban en pasarla; pero por ir descalzos y desnudos, se iban dejando en el camino unos el pellejo, otros los brazos, otros las cabezas, otros los piés, y todos iban amarillos y flacos. Pero noté que ninguno de los que iban por aquí miraba atrás, sino todos adelante. Decir que puede ir alguno á caballo es cosa de risa. Uno de los que allí estaban, preguntándole si podría yo caminar aquel desierto á caballo, me dijo:

—Déjese de caballerías, y caiga de su asno. Y miré con todo eso, y no vi huella de bestia ninguna. Y es cosa de admirar que no habia señal de rueda de coche ni memoria apenas de que hubiese nadie caminado en él por allí jamás. Pregunté, espantado desto á un mendigo que estaba descansando y tomando aliento, si acaso habia venta en aquel camino ó mesones en los paraderos. Respondióme:

—Venta aquí, señor, ni mesón, ¿cómo queréis que le haya en este camino, si es el de la virtud? En el camino de la vida, dijo, el partir es nacer, el vivir es caminar, la venta es el mundo, y en saliendo de la es una jornada sola y breve desde él á la pena ó á la gloria. Diciendo esto se levantó, y dijo: Quedaos con Dios, que en el camino de la virtud es perder tiempo el pararse uno, y peligroso responder á quien pregunta por curiosidad, y no por provecho. Comenzó á andar dando tropezones y zancadillas, y suspirando. Parecia que los ojos con lágrimas osaban ablandar los peñascos á los piés y hacer tratables los abrojos. ¡Pésia tal! dije yo entre mí, pues tras ser el camino tan trabajoso, ¿es la gente que en él anda tan seca y poco entretenida? ¡Para mi humor es bueno! Di un paso atrás, y salíme del camino del bien; que jamás quise retirarme de la virtud que tuviese mucho que desandar, ni que descansar. Volvíme á la mano izquierda, y vi un acompañamiento tan reverendo, tanto coche, tanta carroza cargada de competencias al sol en humanas hermosuras, y gran cantidad de galas y libreas, lindos caballos, mucha gente de capa negra, y muchos caballeros. Yo que siempre oí decir, *Dime con quien andas y diréle quién eres*, por ir con buena compañía puse el pié en el umbral del camino, y sin sentirlo me hallé resbalado en medio de él como el que se desliza por el hielo, y topé con lo que habia menester; porque aquí todos eran bailes y

fiestas, juegos y saraos; y no el otro camino, que por falta de sastres iban en él desnudos y rotos, y aquí nos sobraban mercaderes, joyeros y todos oficios; pues ventas, á cada paso; y bodegones, sin número. No podré encarecer qué contento me hallé en ir en compañía de gente tan honrada, aunque el camino estaba algo embarazado, no tanto con las muías de los médicos, como con las barbas de los letrados, que era terrible la escuadra dellos que iba delante de unos jueces. No digo esto porque fuese menor el batallón de los doctores, á quien nueva elocuencia llama ponzoñas graduadas, pues se sabe que en las universidades estudian para tósigos. Animóme para proseguir mi camino el ver no solo que iban muchos por él, sino la alegría que llevaban, y que del otro se pasaban algunos al nuestro, y del nuestro al otro, por sendas secretas.

Otros caian que no se podían tener, y entre ellos fué de ver el cruel resbalón que una lechigada de taberneros dió en las lágrimas que otros habian derramado en el camino, que por ser agua se les fueron los pies, y dieron en nuestra senda unos sobre otros. Ibamos dando vaya á los que veíamos por el camino de la virtud más trabajados. Hacíamos burla dellos; llamábamosles heces del mundo y desecho de la tierra. Algunos se tapaban los oídos y pasaban adelante; otros que se paraban á escucharnos, dellos desvanecidos de las muchas voces, y dellos persuadidos de las razones, y

corridos de las vayas, caian y se bajaban. Vi una senda por donde iban muchos hombres de la misma suerte que los buenos, y desde lejos parecía que iban con ellos mismos; y llegado que hube, vi que iban entre nosotros. Estos me dijeron que eran los hipócritas, gente en quien la penitencia, el ayuno, que en otros son mercancía del cielo, es noviciado del infierno. Iban muchas mujeres tras estos, los cuales, siendo enredo con barba, y maraña con ojos, y embeleco, andaban salpicando de mentira á todos, siendo estanques donde pescan adrollas los embustidores. Otros se encomiendan á ellos, que es como encomendarse al diablo por tercera persona. Estos hacen oficio la humildad, y pretenden honra yendo de estrado en estrado y de mesa en mesa. Al fin conocí que iban arrebozados para nosotros; mas para los ojos eternos, que abiertos sobre todos juzgan el secreto más escuro de los retiramientos del alma, no tienen máscara; bien que hay muchos buenos: mas son diferentes destos, á quien ántes se les ve la disimulación que la cara, y alimentan su ambiciosa felicidad de aplauso de los pueblos; y diciendo que son unos indignos y grandísimos pecadores y los más malos de la tierra, llamándose jumentos, engañan con la verdad, pues siendo hipócritas, lo son al fin. Iban estos solos aparte, y reputados por más necios que los moros, más zafios que los bárbaros y sin ley, pues aquellos, ya que no conocieron la vida eterna, ni la van á gozar, conocieron la presente y holgáronse en ella; pero los hipócritas ni la una ni la otra conocen, pues en esta se atormentan y en la otra son atormentados; y en conclusión, destos se dice con toda verdad que ganan el infierno con trabajos, todos íbamos diciendo mal unos de otros; los ricos tras la riqueza, los pobres pidiendo á los ricos lo que Dios les quitó. Van por un camino los discretos, por no dejarse gobernar de otros; y los necios, por no entender á quien los gobierna, aguijan á todo andar. Las justicias llevan tras sí los negociantes, la pasión á las mal gobernadas justicias, y los reyes desvanecidos y ambiciosos todas las repúblicas. Ví algunos soldados, pero pocos; que por la otra senda infinitos iban en hileras ordenados honradamente triunfando; pero los pocos que nos cupieron acá era gente que si, como habian extendido el nombre de Dios jurando, lo hubieran hecho peleando, fueran famosos. Dos corrilleros solos iban muy desnudos, que por la

mayor parte los tales que viven por su culpa traen los golpes en los vestidos, y sanos los cuerpos. Andaban contando entre sí las ocasiones en que se habian visto, los malos pasos que habian andado (que nunca estos andan en buenos pasos). Nada los oíamos; solo cuando por encarecer sus servicios dijo uno á los otros:

—¿Qué digo, camarada? ¡Qué trances hemos pasado y qué tragos! Lo de los tragos se les creyó. Miraban á estos pocos los muchos capitanes, maestres de campo, generales de ejércitos que iban por el camino de la mano derecha enternecidos. Y oí decir á uno dellos que no lo pudo sufrir, mirando las hojas de lata llenas de papeles inútiles que llevaban estos ciegos:

¿Qué digo, soldados por acá? ¿Esto es de valientes: dejar este camino de miedo de sus dificultades? Venid, que por aquí de cierto sabemos que solo coronan al que vence. ¿Qué vana esperanza os arrastra con anticipadas promesas de los reyes? No siempre con al-. mas vendidas es bien que temerosamente suene en vuestros oídos: Mata ó muere. Reprended la hambre del premio, que de buen varón es seguir la virtud sola, y de cudiciosos los premios no más; y quien no sosiega en la virtud y la sigue por el interés y mercedes que se siguen, más es mercader que virtuoso, pues la hace á precio de perecedores bienes. Ella es dón de sí misma; quietaos en ella. Y aquí alzó la voz y dijo: Advertid que la vida del hombre es guerra consigo mismo, y que toda la vida nos tienen en arma los enemigos del alma, que nos amenazan más dañoso vencimiento; y advertid que ya los príncipes tienen por deuda nuestra sangre y vida, pues perdiéndolas por ellos, los más dicen que los pagamos, y no que los servimos: volved, volved. Oyéronlo ellos muy atentamente, y enternecidos y enseñados, se encaminaron bien con los demás soldados. Iban las mujeres al infierno tras el dinero de los hombres, y los hombres tras ellas y su dinero, tropezando unos con otros. Noté cómo al fin del camino de los buenos algunos se engañaban y pasaban al de la perdición; porque como ellos saben que el camino es angosto, y el del infierno ancho, y al acabar veian el suyo ancho y el nuestro angosto, pensando que habian errado ó trocado los caminos, se pasaban acá, y de acá allá los que se desengañaban del remate del nuestro. Vi una mujer que iba á pié, y espantado de

que mujer se fuese al infierno sin silla ó coche, busqué un escribano que me diera fe dello, y en todo el camino del infierno pude hallar ningún escribano ni alguacil; y como no los vi en él, luego colegí que era aquel el camino, y este otro al revés. Quedé algo consolado, y solo me quedaba duda que como yo habia oido decir que iban con grandes asperezas y penitencias por el camino dél, y veia que todos se iban holgando, cuando me sacó desta duda una gran parva de casados que venian con sus mujeres de las manos, y que la mujer era ayuno del marido, pues por darle la perdiz y el capón no comia; y que era su desnudez, pues por darle galas demasiadas y joyas impertinentes iba en cueros; y al fin, conocí que un mal casado tiene en su mujer toda la herramienta necesaria para la muerte, y ellos y ellas á veces el infierno portátil. Ver esta asperísima penitencia me confirmó de nuevo en que íbamos bien. Mas duróme poco, porque oí decir á mis espaldas:

—Dejen pasar los boticarios.

—¿Boticarios pasan? dije yo entre mí, al infierno vamos. Y fué así, porque al punto nos hallámos dentro por una puerta como de ratonera, fácil de entrar é imposible de salir por ella.

Y fué de ver que nadie en todo el camino dijo: Al infierno vamos; y todos, estando en él, dijeron muy espantados:

—En el infierno estamos.

—¿En el infierno? dije yo muy afligido: no puede ser. Quíselo poner á pleito: comencéme á lamentar de las cosas que dejaba en el mundo; los parientes, los amigos, los conocidos, las damas. Y estando llorando esto, volví la cara hácia el mundo, y vi venir por el mismo camino, despeñándose á todo correr, cuanto habia conocido allá, poco menos. Consoléme algo en ver esto, y que segun se daban priesa á llegar al infierno, estarían conmigo presto. Comenzóseme á hacer áspera la morada y desapacibles los zaguanes.

Fui entrando poco á poco entre unos sastres que se me llegaron, que iban medrosos de los diablos. En la primera entrada hallámos siete demonios escribiendo los que íbamos entrando. Preguntáronme mi nombre: díjele, y pasé. Llegaron á mis compañeros, y dijeron que eran remendones, y dijo uno de los diablos:

—Deben entender los remendones en el mundo que no se hizo el infierno sino para ellos, segun se vienen por acá. Preguntó otro diablo cuántos eran. Respondieron que ciento, y replicó un verdugo mal barbado entre cano:

—¿Ciento y sastres? no pueden ser tan pocos; la menor partida que habernos recibido ha sido de mil y ochocientos. En verdad que estamos por no recibirles. Afligiéronse ellos, mas al fin entraron. Ved cuáles son los malos, que es para ellos amenaza el no dejarlos entrar en el infierno. Entró el primero un negro, chiquito, rubio, de mal pelo; dió un salto en viéndose allá, y dijo:

—Ahora acá estamos todos. Salió de un lugar donde estaba aposentado un diablo de marca mayor, corcovado y cojo; y arrojándolos en una hondura muy grande, dijo:

—Allá va leña. Por curiosidad me llegué á él y le pregunté de qué estaba corcovado y cojo, y me dijo (que era diablo de pocas palabras):

—Yo era recuero de remendones, iba por ellos al mundo, y de traerlos á cuestas me hice corcovado y cojo; he dado en la cuenta, y hallo que se vienen ellos mucho más apriesa que yo los puedo traer. En esto hizo otro vómito dellos el mundo, y hube de entrarme porque no habia dónde estar ya allí, y el monstruo infernal empezó á traspalar, y diz que es la mejor leña que se quema en el infierno, remendones de todo oficio, gente que solo tiene bueno ser enemiga de novedades.

Pasé adelante por un pasadizo muy escuro, cuando por mi nombre me llamaron. Volví á la voz los ojos, casi tan medrosa como ellos, y hablóme un hombre, que por las tinieblas no pude divisar más de lo que la llama que le atormentaba me permitia.

—¿No me conoce? me dijo, á... (ya lo iba á decir) y prosiguió tras su nombre, el librero. Pues yo soy. ¡Quién tal pensara! Y es verdad, Dios, que yo siempre lo sospeché, porque era su tienda el burdel de

los libros, pues todos los cuerpos que tenia eran de la gente de la vida, escandalosos y burlones. Un rótulo que decia: Aquí se vende tinta fina, papel batido y dorado, pudiera condenar á otro que hubiera menester más apetitos por ello. ¿Qué quiere? me dijo viéndome suspenso tratar conmigo estas cosas; pues es tanta mi desgracia que todos se condenan por las malas obras que han hecho, y yo y algunos libreros nos condenamos por las obras malas que hacen los otros, y por lo que hicimos barato de los libros en romance y traducidos de latin, sabiendo ya con ellos los tontos lo que encarecían en otros tiempos los sabios; que ya hasta el la cayo latiniza, y hallarán á Horacio en castellano en la caballeriza. Más iba á decir, sino que un demonio le comenzó á atormentar con humazos de hojas de sus libros, y otro á leerle algunos dellos. Yo, que vi que ya no hablaba, fuíme adelante, diciendo entre mi: Si hay quien se condena por obras malas ajenas, ¿qué harán los que las hicieron propias?

En esto iba, cuando en una gran zahúrda andaban mucho número de ánimas gimiendo, y muchos diablos con látigos y zurriagas azotándolos. Pregunté qué gente eran, y dijeron que no eran sino cocheros; y dijo un diablo lleno de cazcarrias, romo y calvo, que quisiera más (á manera de decir) lidiar con lacayos; porque habia cochero de aquellos que pedia aun dineros por ser atormentado, y que la tema de todos era que habian de poner pleito á los diablos por el oficio, pues no sabían chasquear los azotes tan bien como ellos.

—¿Qué causa hay para que estos penen aquí? dije, tan presto se levantó un cochero viejo de aquellos, barbinegro y mal carado, y dijo:

—Señor, porque siendo picaros nos venimos al infierno á caballo y mandando. Aquí le replicó el diablo:

—¿Y por qué callais lo que encubristeis en el mundo, los pecados que facilitastes, y lo que mentistes en un oficio tan vil? Dijo un cochero (que lo habia sido de un caballero, y aun esperaba que le habia de sacar de allí):

—No ha habido tan honrado oficio en el mundo de diez años á esta parte, pues nos llegaron á poner cotas y sayos vaqueros, hábitos largos y valona, en forma de cuellos bajos. ¿Cómo supieran

condenarse las mujeres de los picaros en su rincón si no fuera por el desvanecimiento de verse en coche? Que hay mujer destos de honra postiza que se fué por su pié al dón, y por tirar una cortina, ir á una testera hartará de ánimas á Perogotero.

—Así, dijo un diablo, soltóse el cocherillo y no callará en diez años.

—¿Qué he de callar, dijo, si nos tratais de esta manera debiendo regalarnos? Pues no os traemos al infierno la hacienda maltratada, arrastrada y á pié, llena de lodos como los siempre rotos escuderos, zanqueando y despeados, sino sahumada, descansada, limpia, y en coche. Por otros lo hiciéramos que lo supieran agradecer. Pues ¡decir que merezco yo eso por barato y bien hablado y aguanoso, ó porque llevé tullidos á misa, enfermos á comulgar, ó monjas á sus conventos! No se probará que en mi coche entrase nadie con buen pensamiento... ¿y tras desto me das este pago?

—Vía, dijo un demonio mulato y zurdo: redobló los palos, y callaron; y forzóme ir adelante el mal olor de los cocheros que andaban por allí..

Y lleguéme á unas bóvedas donde comencé á tiritar de frió y dar diente con diente, que me helaba. Pregunté, movido de la novedad de ver frió en el infierno, qué era aquello, y salió á responder un diablo zampo, con espolones y grietas, lleno de sabañones, y dijo:

—Señor, este frió es de que en esta parte están recogidos los bufones, truhanes y juglares chocarreros, hombres por de más y que sobran en el mundo, y que están aquí retirados, porque si anduvieran por el infierno sueltos, su frialdad es tanta, que templaría el dolor del fuego. Pedíle licencia para llegar á verlos: diómela, y calofriado llegué y vi la más infame casilla del mundo, y una cosa que no habrá quien lo crea, que se atormentaban unos á otros con las gracias que habian dicho acá. Y entre los bufones vi muchos hombres honrados que yo habia tenido por tales: pregunté la causa, y respondióme un diablo que eran aduladores, y que por esto eran bufones de entre cuero y carne. Y repliqué yo, cómo se condenaban; y me respondieron:

—Gente es que se viene acá sin avisar, á mesa puesta y á cama hecha como en su casa. Y en parte los queremos bien, porque ellos se son diablos para sí y para otros, y nos ahorran de trabajos, y se condenan á sí mismos; y por la mayor parte en vida los más ya andan con marca del infierno, porque el que no se deja arrancar los dientes por dinero, se deja matar hachas en las nalgas ó pelar las cejas; y así, cuando acá los atormentamos, muchos dellos después de las penas solo echan menos las pagas.; Veis aquel? me dijo; pues mal juez fué y está entre los bufones, pues por dar gusto no hizo justicia, y á los derechos que no hizo tuertos, los hizo bizcos. Aquel fué marido descuidado, y está también entre los bufones, porque por dar gusto á todos vendió el que tenia con su esposa, y tomaba á su mujer en dineros como ración, y se iba á sufrir. Aquella mujer, aunque principal, fué juglar, y está entre los truhanes porque por dar gusto hizo plato de sí misma á todo apetito. Al fin, de todos estados entran en el número de los bufones, y por eso hay tantos, que, bien mirado, en el mundo todos sois bufones, pues los unos os andais riendo de los otros, y en todos, como digo, es naturaleza, y en unos pocos oficio. Fuera destos, hay bufones desgranados y bufones en racimos. Los desgranados son los que de uno en uno y de dos en dos andan á casa de los señores. Los en racimo son los faranduleros miserables de bululú; y destos os certifico que si ellos no se nos viniesen por acá, que nosotros no iríamos por ellos.

Trabóse una pendencia adentro, y el diablo acudió á ver lo que era. Yo, que me vi suelto, entróme por un corral adelante, y hedia á chinches que no se podia sufrir. A chinches hiede, dije yo; apostaré que alojan por aquí los zapateros; y fué así, porque luego sentí el

ruido de los bojes y vi los tranchetes. Tapéme las narices, y asomóme á la zahúrda donde estaban, y habia infinitos. Díjome el guardian:

—Estos son los que vinieron consigo mismos, digo, en cueros; y como otros se van al infierno por su pié, estos se van por los ajenos y por los suyos, y así vienen tan ligeros. Y doy fe de que en todo el infierno no hay árbol ninguno chico ni grande, y que mintió irgilio en decir que habia mirtos en el lugar de los amantes, porque yo no vi selva ninguna sino en el cuartel que dije de los zapateros, que estaba todo lleno dé bojes, que no se gasta otra madera en los edificios.

Estaban todos los zapateros vomitando de asco de unos pasteleros que se les arrimaban á las puertas, que no cabian en un silo, donde estaban tantos que andaban mil diablos con pisones atestando almas de pasteleros, y aun no bastaban.

—¡Ay de nosotros, dijo uno, que nos condenamos por el pecado de la carne, sin conocer mujer, tratando más en huesos! Lamentábase bravamente, cuando dijo un diablo:

—Ladrones, ¿quién merece el infierno mejor que vosotros, pues habéis hecho comer á los hombres caspa, y os han servido de pañizuelos los de á real, sonándoos en ellos, donde algunas veces pasó por caña el tuétano de las narices? ¿Qué de estómagos pudieran ladrar, si resucitaran los perros que les hicistes comer? ¿Cuántas veces pasó por pasa la mosca golosa, y muchas fué el mayor bocado de carne que comió el dueño del pastel? ¿Qué de dientes habéis hecho jinetes, y qué de estómagos habéis traido á caballo, dándoles á comer rocines enteros? ¿Y os quejáis, siendo gente ántes condenada que nacida, los que hacéis así vuestro oficio? ¿Pues qué pudiera decir de vuestros caldos? Mas no soy amigo de revolver caldos. Padeced y callad enhoramala; que más hacemos nosotros en atormentaros que vosotros en sufrirlo. Y vos andad adelante, me dijo á mí, que tenemos que hacer estos y yo.

Partíme de allí, y subíme por una cuesta donde en la cumbre y alrededor se estaban abrasando unos hombres en fuego inmortal, el cual encendían los diablos, en lugar de fuelles, con corchetes, que soplaban mucho más; que aun allá tienen este oficio y son abanicos de culpas y resuello de la provincia, y vaharada del verdugo.

Vi un mercader que poco ántes habia muerto.

—¿Acá estáis? dije yo. ¿Qué os parece? ¿No valiera más haber tenido poca hacienda y no estar aquí? Dijo en esto uno de los atormentadores:

—Pensaron que no habia más, y quisieron con la vara de medir sacar agua de las piedras. Estos son, dijo, los que han ganado como buenos caballeros el infierno por sus pulgares, pues á puras pulgaradas se nos vienen acá. Mas ¿quién duda que la oscuridad de sus tiendas les prometia estas tinieblas? Gente es esta (dijo al cabo muy enojado) que quiso ser como Dios, pues pretendieron ser sin medida; mas él, que todo lo ve, los trajo de sus rasos á estos nublados, que los atormenten con rayos. Y si quieres acabar de saber cómo estos son los que sirven allá á la locura de los hombres juntamente con los plateros y buhoneros, has de advertir que si Dios hiciera que el mundo amaneciera cuerdo un dia, todos estos quedaran pobres, pues entonces se conociera que en el diamante, perlas, oro y sedas diferentes, pagamos más lo inútil y demasiado raro, que lo necesario y honesto. Y advertid ahora que la cosa que más cara se os vende en el mundo es lo que ménos vale, que es la vanidad que teneis; y estos mercaderes son los que alimentan todos vuestros desórdenes y apetitos. Tenia talle de no acabar sus propiedades, si yo no me pasara adelante, movido de admiración de unas grandes carcajadas que oí. Fuíme allá por ver risa en el infierno, cosa tan nue muy bien vestidos, con calzas atacadas: el uno con capa y gorra, puños como cuellos, y cuellos como calzas; el otro traia valones y un pergamino en las manos, y á cada palabra que hablaban se hundían siete ú ocho mil diablos de risa, y ellos se enojaban más. Llegúeme más cerca por oirlos, y oí al del pergamino, que á la cuenta era hidalgo, que decia:

—Pues si mi padre se decia tal cual, y soy nieto de Esteban tales y cuales, y ha habido en mi linaje trece capitanes valerosísimos, y de parte de mi madre doña Rodriga desciendo de cinco catedráticos de los más doctos del mundo, ¿cómo me puedo haber condenado? Y tengo mi ejecutoria y soy libre de todo, y no debo pagar pecho.

—Pues pagad espalda, dijo un diablo, y dióle luego cuatro palos en ellas, que le derribó de la cuesta, y luego le dijo: Acabáos de desengañar que el que desciende del Cid, de Bernardo y de

Gofredo, y no es como ellos, sino vicioso como vos, ese tal más destruye el linaje que lo hereda. Toda la sangre, hidalguillo, es colorada, parecedlo en las costumbres, y entonces creeré que descendeis del docto cuando lo fuéredes ó procuráredes serlo; y si no, vuestra nobleza será mentira breve en cuanto durare la vida; que en la chancillería del infierno arrúgase el pergamino y consúmense las letras; y el que en el mundo es virtuoso, ese es el hidalgo, y la virtud es la ejecutoria que acá respetamos, pues aunque descienda de hombres viles y bajos, como él con divinas costumbres se haga digno de imitación, se hace noble á sí y hace linaje para otros. Reímonos acá de ver lo que ultrajais á los villanos, moros y judíos, como si en estos no cupieran las virtudes que vosotros despreciáis. Tres cosas son las que hacen ridículos á los hombres: la primera la nobleza, la segunda la honra, la tercera la valentía, pues es cierto que os contentáis con que hayan tenido vuestros padres virtud y nobleza para decir que la teneis vosotros, siendo inútil parto del mundo. Acierta á tener muchas letras el hijo del labrador; es arzobispo el villano que se aplica á honestos estudios; y los caballeros que descienden de buenos padres, como si hubieran ellos de gobernar el cargo que les dan, quieren (¡ved qué ciegos!) que les valga á ellos viciosos la virtud ajena de trescientos mil años, ya casi olvidada, y no quieren que el pobre se honre con la propia. Carcomióse el hidalgo al oir estas cosas, y el caballero que estaba á su lado se afligía, pegando los abanillos del cuello y volviendo las cuchilladas de las calzas.

«¿Pues qué diré de la honra mundana? Que más tiranías hace en el mundo y más daños, y la que más gustos estorba. Muere de hambre un caballero pobre, no tiene con qué vestirse, ándase roto y remendado, ó da en ladrón, y no lo pide porque dice que tiene honra, ni quiere servir porque dice que es deshonra. Todo cuanto se busca y afana dicen los hombres que es por sustentar honra. ¡Oh lo qué gasta la honra! Y llegado á ver lo que es la honra mundana, no es nada. Por la honra no come el que tiene gana donde le sabría bien. Por la honra se muere la viuda entre dos paredes. Por la honra, sin saber qué es hombre ni qué es gusto, se pasa la doncella treinta años casada consigo misma. Por la honra la casada se quita á su deseo cuanto pide. Por la honra pasan los hombres el mar. Por

la honra mata un hombre á otro. Por la honra gastan todos más de lo que tienen. Y es la honra mundana, segun esto, una necedad del cuerpo y alma, pues al uno quita los gustos y al otro el descanso. Y porque veáis cuáles sois los hombres desgraciados y cuán á peligro teneis lo que más estimáis, háse de advertir que las cosas de más valor en vosotros son la honra, la vida y la hacienda. La honra está en arbitrio de las mujeres, la vida en manos de los doctores, y la hacienda en las plumas de los escribanos.

—Desvaneceos pues bien, mortales, dije yo entre mí, ¡y cómo se echa de ver que esto es el infierno, donde por atormentar á los hombres con amarguras les dicen las verdades!

Tornó en esto á proseguir, y dijo:

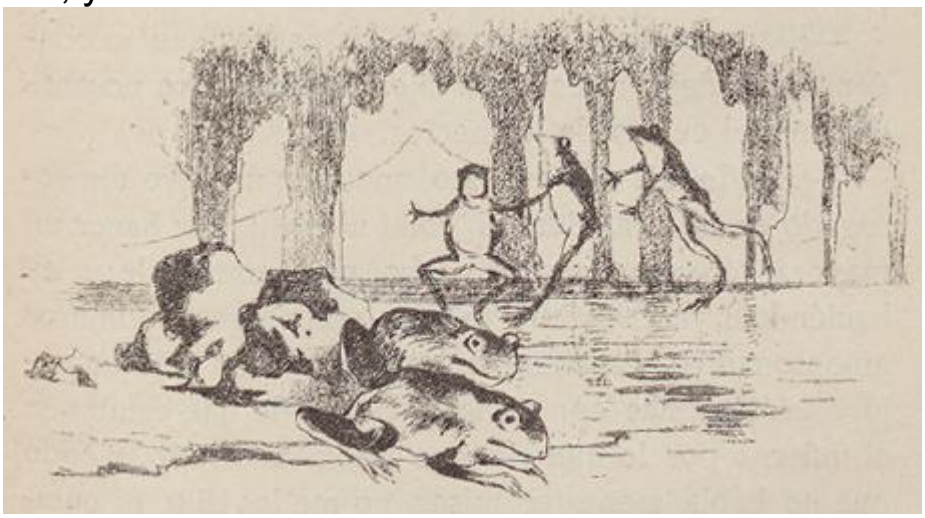
—La valentía. ¿Hay cosa tan digna de burla? pues no habiendo ninguna en el mundo sino la caridad, con que se vence la fiereza de otros, y la de sí mismo y la de los mártires, todo el mundo es de valientes; siendo verdad que todo cuanto hacen los hombres, cuanto han hecho tantos capitanes valerosos como ha habido en la guerra, no lo han hecho de valentía, sino de miedo, pues el que pelea en la tierra por defendella pelea de miedo de mayor mal, que es ser cautivo y verse muerto; y el que sale á conquistar los que están en sus casas, á veces lo hace de miedo de que el otro no le acometa; y los que no llevan este intento van vencidos de la cudicia. Ved qué valientes: á robar oro y á inquietar los pueblos apartados, á quien Dios puso como defensa á nuestra ambición, mares en medio y montañas ásperas! Mata uno á otro primero vencido de la ira, pasión ciega, y otras veces de miedo de que le mate á él. Así, hombres que todo lo entendeis al revés, bobo llamáis al que no es sedicioso, alborotador y maldiciente; sabio llamais al mal acondicionado, perturbador y escandaloso; valiente al que perturba el sosiego; y cobarde al que con bien compuestas costumbres, escondido de las ocasiones, no da lugar á que le pierdan el respeto. Estos tales son en quien ningún vicio tiene licencia.

—¡Oh pésia tal! dije yo, más estimo haber oido este diablo que cuanto tengo. Dijo en esto el de las calzas atacadas muy mohino:

—Todo eso se entiende con ese escudero, pero no conmigo, á fe de caballero (y tornó á decir caballero tres cuartos de hora), que es ruin término y descortesía: ¡deben de pensar que todos somos unos!

Esto les dió á los diablos grandísima risa. Y luego llegándose uno á él, le dijo que se desenojase y mirase qué habia menester y qué era la cosa que más pena le daba, porque le querían tratar como quien era. Y al punto dijo:

—Bésoos las manos; un molde para repasar el cuello. Tornaron á reír, y él á atormentarse de nuevo.



Yo, que tenia gana de ver todo lo que hubiese, pareciendo que me habia detenido mucho, me partí; y á poco que anduve topé una laguna muy grande como el mar, y más sucia, á donde era tanto el ruido, que se me desvaneció la cabeza. Pregunté lo que era aquello, y dijéronme que allí penaban las mujeres que en el mundo se volvieron dueñas. Así supe como las dueñas de acá son ranas del infierno, que eternamente como ranas están hablando, sin tono y sin són, húmedas y en cieno, y son propiamente ranas infernales; porque las dueñas ni son carne ni pescado, como ellas. Dióme grande risa el verlas convertidas en sabandijas tan pierniabiertas, y que no se comen sino de medio abajo, como la dueña, cuya cara siempre es trabajosa y arrugada.

Salí, dejando el charco á mano izquierda, á una dehesa donde estaban muchos hombres arañándose y dando voces, y eran infinitísimos, y tenia seis porteros. Pregunté á uno qué gente era aquella tan vieja y tan en cantidad.

—Este es, dijo, el cuarto de los padres que se condenan por dejar ricos á sus hijos, que por otro nombre se llama el cuarto de los necios.

—¡Ay de mí! dijo en esto uno, que no tuve dia sosegado en la otra vida, ni comí ni vestí, por hacer un mayorazgo, y despues de hecho, por aumentarle; y en haciéndole, me morí sin médico por no gastar dineros amontonados; y apénas espiré, cuando mi hijo se enjugó las lágrimas con ellos; y cierto de que estaba en el infierno por lo que vió que habia ahorrado, viendo que no habia menester misas, no me las dijo, ni cumplió manda mia; y permite Dios que aquí para más pena le vea desperdiciar lo que yo afané, y le oigo decir: Ya se condenó mi padre: ¿por qué no tomó más sobre su ánima, y se condenó por cosas de más importancia?

—¿Quereis saber, dijo un demonio, qué tanta verdad es esa, que tienen ya por refrán en el mundo contra estos miserables decir: *Dichoso el hijo que tiene á su padre en el infierno?* Apénas oyeron esto, cuando se pu sieron todos á aullar y darse de bofetones. Hiriéronme lástima; no lo pude sufrir, y pasé adelante.

Y llegando á una cárcel oscurísima, oí grande ruido de cadenas y grillos, luego, azotes y gritos. Pregunté á uno de los que allí estaban qué estancia era aquella, y dijéronme que era el cuarto de los de: ¡Oh quién hubiera!

—No lo entiendo, dije. ¿Quién son los de oh quién hubiera? Dijo al punto:

—Son gente necia que en el mundo vivia mal, y se condenó sin entenderlo, y ahora acá se les va todo en decir: ¡Oh quién hubiera oido misa! ¡Oh quién hubiera callado! ¡Oh quién hubiera favorecido al pobre! ¡Oh quién no hubiera hurtado! Huí medroso de tan mala gente y tan ciega, y di en unos corrales con otra peor. Pero admiróme más el título con que estaban aquí, porque preguntándoselo á un demonio, me dijo:

—Estos son los de: Dios es piadoso.

—Dios sea conmigo, dije al punto: ¿pues cómo puede ser que la misericordia condene, siendo eso de la justicia? Vos habiais como diablo.

—Y vos, dijo el maldito, como ignorante, pues no sabéis que la mitad de los que están aquí se condenan por la misericordia de Dios; y si no, mirad cuántos son los que cuando hacen algo mal hecho y se lo reprenden, pasan adelante, y dicen: Dios es piadoso, y no mira en niñerías; para eso es la misericordia de Dios tanta; y

con esto, miéntras ellos haciendo mal esperan en Dios, nosotros los esperamos acá.

—¿Luego no se ha de esperar en Dios y en su misericordia? dije yo.

—No lo entiendes, me respondieron; que de la piedad de Dios se ha de fiar, porque ayuda á buenos deseos y premia buenas obras, pero no todas veces con consentimiento de obstinaciones; que se burlan á sí las almas que consideran la misericordia de Dios encubridora de maldades, y la aguardan como ellas la han menester, y no como ella es, purísima y infinita en los santos y capaces della; pues los mismos que más en ella están confiados, son los que menos la dan para su remedio. No merece la piedad de Dios quien, sabiendo que es tanta, la convierte en licencia, y no en provecho espiritual. Y de muchos tiene Dios misericordia que no la merecen ellos; y en los más es así, pues nada de su mano pueden sino por favor, y el hombre que más hace es procurar merecerla.

—Porque no os desvanezcáis, y sepáis que aguardais siempre al postrero dia lo que quisiérades haber hecho al primero, y que las más veces está pasado por vosotros lo que temeis que ha de venir; esto se ve y se oye en el infierno. ¡Ah lo que aprovechara allá uno destos escarmentados!

Diciendo esto, llegué á una caballeriza donde estaban los tintoreros, que no averiguara un pesquisidor quiénes eran, porque los diablos parecian tintoreros, y los tintoreros diablos. Pregunté á un mulato, que á puros cuernos tenia hecha espetera la frente, ¿que dónde estaban los sodomitas, las viejas y los cornudos? Dijo:

—En todo el infierno están; que esa es gente que en vida son diablos, pues es su oficio traer corona de hueso. De los sodomitas y viejas no solo no sabemos dellos, pero ni querríamos saber que supiesen de nos otros... De las viejas, porque aun acá nos enfadan y atormentan, *y* no hartas de vida, hay algunas que nos enamoran, muchas han venido acá muy arrugadas y canas, y sin diente ni muela, y ninguna ha venido cansada de vivir. Y otra cosa más graciosa, que si os informáis dellas, ninguna vieja hay en el infierno, porque la que está calva y sin muelas, arrugada y lagañosa de pura edad y de puro vieja, dice que el cabello se le cayó de una enfermedad; que los dientes y muelas se le cayeron de comer dulce;

que está jibada de un golpe; y no confesará que son años, si pensara remozar por confesarlo.

Junto á estos estaban unos pocos dando voces, y quejándose de su desdicha.

—¿Qué gente es estar pregunté; y respondióme uno dellos:

—Los sin ventura, muertos de repente.

—Mentís, dijo un diablo; que ningún hombre muere de repente; de descuidado y divertido sí. ¿Cómo puede morir de repente quien dende que nace ve que va corriendo por la vida, y lleva consigo la muerte? ¿Qué otra cosa veis en el mundo, sino entierros, muertos y sepulturas? ¿Qué otra cosa oís en los pulpitos, y leeis en los libros? ¿A qué volvéis los ojos, que no os acuerde de la muerte? Vuestro vestido que se gasta, la casa que se cae, el muro que se envejece, y hasta el sueño cada dia os acuerda de la muerte, retratándola en sí. ¿Pues cómo puede haber hombre que se muera de repente en el mundo, si siempre lo andan avisando tantas cosas? No os habéis de llamar, nó, gente que murió de repente, sino gente que murió incrédula de que podia morir así, sabiendo con cuán secretos pies entra la muerte en la mayor mocedad, y que en una misma hora, en dar bien y mal, suele ser madre y madrastra.

Volví la cabeza á un lado, y vi en un seno muy grande apretura de almas, y dióme un mal olor.

—¿Qué es esto? dije; y respondióme un juez amarillo que estaba castigándolos:

—Estos son los boticarios, que tienen el infierno lleno de bote en bote; gente que, como otros buscan ayudas para salvarse, estos las

tienen para condenarse hacen de las moscas, del estiércol; oro hacen de las arañas, de los alacranes y sapos; y oro hacen del papel, pues venden hasta el papel en que dan el ungüento. Así que solo para estos puso Dios virtud en las yerbas y piedras y palabras, pues no hay yerba, por dañosa que sea y mala, que no les valga dineros, hasta la ortiga y cicuta; ni hay piedra que no les dé ganancia, hasta el guijarro crudo, sirviendo de moleta. En las palabras también, pues jamás á estos les falta cosa que Estos son los verdaderos alquimistas; que no Demócrito Abderita en la *Arte sacra*, Avicena, Géber, ni Raimundo Llull; porque ellos escribieron cómo de los metales se podia hacer oro, y no lo hicieron ellos; y si lo hicieron, nadie lo ha sabido hacer después acá; pero estos tales boticarios de la agua turbia (que no clara) hacen oro, y de los palos; oro les pidan, aunque no la tengan, como vean dinero, pues dan por aceite de matiolo aceite de ballena, y no compra sino las palabras el que compra. Y su nombre no habia de ser boticario, sino armeros; ni sus tiendas no se habian de llamar boticas, sino armerías de los doctores, donde el médico toma la daga de los lamedores, el montante de los jarabes, y el mosquete de la purga maldita, demasiada, recetada á mala sazón y sin tiempo. Allí se ve todo esmeril de ungüentos, la asquerosa arcabucería de melecinas con munición de calas. Muchos destos se salvan; pero no hay que pensar que cuando mueren tienen con qué enterrarse. Y si quereis reir, ved tras ellos los barberillos cómo penan, que en subiendo esos dos escalones, están en ese cerro.

Pero pasé allá, y vi (¡qué cosa tan admirable y qué justa pena!) los barberos atados y las manos sueltas, y sobre la cabeza una guitarra, y entre las piernas un ajedrez con las piezas de juego de damas; y cuando iba con aquella ansia natural de pasacalles á tañer, la guitarra le huia, y cuando volvía abajo á dar de comer una pieza, se le sepultaba el ajedrez, y esta era su pena. No entendí salir de allí de risa.

Estaban tras de una puerta unos hombres, muchos en cantidad, quejándose de que no hiciesen caso dellos, aun para atormentarlos; y estábales diciendo un diablo, que eran todos tan diablos como ellos, que atormentasen á otros.

—¿Quién son? le pregunté. Y dijo el diablo:

—Hablando con perdón, los zurdos, gente que no puede hacer cosa á derechas, quejándose de que no están con los otros condenados; y acá dudamos si son hombres ó otra cosa; que en el mundo ellos no sirven sino de enfados y de mal agüero; pues si uno va en negocios y topa zurdos, vuelve como si topara un cuervo ó oyera una lechuza. Y habéis de saber que cuando Scévola se quemó el brazo derecho porque erró á Porsena (que fué, no por quemarle y quedar manco, sino queriendo hacer en sí un gran castigo), dijo: *(Así, que erré el golpe? Pues en pena he de quedar zurdo.* Y cuando la justicia manda cortar á uno la mano derecha por una resistencia, es la pena hacerle zurdo, no el golpe. Y no queráis más, que queriendo el otro echar una maldición muy grande, fea y afrentosa, dijo:

Lanzada de moro izquierdo
Te atraviese el corazon.

Y en el dia del juicio todos los condenados, en señal de serlo, estarán á la mano izquierda. Al fin es gente hecha al revés, y que se duda si son gente.

En esto me llamó un diablo por señas, y me advirtió con las manos que no hiciese ruido. Lleguéme á él, y asomóme á una ventana, y dijo:

—Mira lo que hacen las feas. Y veo una muchedumbre de mujeres, unas tomándose puntos en las caras, otras haciéndose de nuevo, porque ni la estatura en los chapines, ni la ceja con el cohol, ni el cabello en la tinta, ni el cuerpo en la ropa, ni las manos con la muda, ni la cara con el afeite, ni los labios con la color, eran los con que nacieron ellas. Y vi algunas poblando sus calvas con cabellos que eran suyos solo porque los habian comprado. Otra vi que tenia su media cara en las manos, en los botes de unto y en la color.

—Y no queráis más de las invenciones de las mujeres, dijo un diablo; que hasta resplandor tienen sin ser soles ni estrellas. Las más duermen con una cara, y se levantan con otra al estrado; y duermen con unos cabellos y amanecen con otros. Muchas veces pensáis que gozáis las mujeres de otro, y no pasais el adulterio de la carne. Mirad cómo consultan con el espejo sus caras. Estas son las que se condenan solamente por buenas, siendo malas. Espantóme la novedad de la causa con que se habian condenado

aquellas mujeres; y volviendo vi un hombre asentado en una silla á solas, sin fuego, ni hielo, ni demonio, ni pena alguna, dando las más desesperadas voces que oí en el infierno, llorando el propio corazon, haciéndose pedazos á golpes y á vuelcos. ¡Válgame Dios! dije en mi alma, ¿de qué se queja este no atormentándole nadie? Y él cada punto doblaba sus alaridos y voces.

—Dime, dije yo: ¿qué eres y de qué te quejas, si ninguno te molesta, si el fuego no te arde, ni el hielo te cerca?

—¡Ay! dijo dando voces, que la mayor pena del infierno es la mia: ¿verdugos te parece que me faltan? ¡Triste de mí, que los más crueles están entregados á mi alma! ¿No los ves? dijo; y empezó á morder la silla y á dar vueltas alrededor y gemir. Vélos, que sin piedad van midiendo á descompasadas culpas eternas penas. ¡Ay qué terrible demonio eres, memoria del bien que pude hacer, y de los consejos que desprecié y de los males que hice! ¡Qué representación tan continua! Déjasme tú, y sale el entendimiento con imaginaciones de que hay gloria que pude gozar, y que otros gozan á menos costa que yo mis penas! ¡Oh qué hermoso que pintas el cielo, entendimiento, para acabarme! Déjame un poco siquiera.; Es posible que mi voluntad no ha de tener paz conmigo un punto? ¡Ay, huésped, y qué tres llamas invisibles, y qué sayones incorpóreos me atormentan en las tres potencias del alma! Y cuando estos se cansan, entra el gusano de la conciencia, cuya hambre en comer del alma nunca se acaba: vesme aquí miserable y perpétuo alimento de sus dientes. Y diciendo esto, salió la voz:;Hay en todo este desesperado palacio quién trueque sus almas y sus verdugos á mis penas? Así, mortal, pagan los que supieron en el mundo, tuvieron letras y discurso, y fuéron discretos: ellos se son infierno y martirio de sí mismos.

Tornó amortecido á su ejercicio con más muestras de dolor. Apartóme de él medroso, diciendo:

—¡Ved de lo que sirve caudal de razón y doctrina y buen entendimiento mal aprovechado! ¡Quién se lo vió llorar solo, y tenia dentro de su alma aposentado el infierno!

Lleguéme, diciendo esto, á una gran compañía, donde penaban en diversos puestos muchos, y vi unos carros en que traian atenaceando muchas almas con pregones delante. Lleguéme á oir

el pregón, y decia: Estos manda Dios castigar por escandalosos y porque dieron mal ejemplo. Y vi á todos los que penaban que cada uno los metia en sus penas, y así pasaban las de todos como causadores de su perdición. Pues estos son los que enseñan en el mundo malas costumbres, de quien dijo Dios que valiera más no haber nacido.

Pero dióme risa ver unos taberneros que se andaban sueltos por todo el infierno penando sobre su palabra, sin prisión ninguna, teniéndola cuantos estaban en él. Y preguntando por qué á ellos solos los dejan andar sueltos, dijo un diablo:

—Y les abrimos las puertas; que no hay para qué temer que se irán del infierno gente que hace en el mundo tantas diligencias para venir. Fuera de que los taberneros trasplantados acá, en tres meses son tan diablos como nosotros. Tenemos solo cuenta de que no lleguen al fuego de los otros, porque no lo agüen. Pero si quereis saber notables cosas, llegáos á aquel cerco: veréis en la parte del infierno más hondo á Judas con su familia descomulgada de malditos dispenseros.

Hícelo así, y vi á Judas, que me holgué mucho, cercado de sucesores suyos y sin cara. No sabré decir sino que me sacó de la duda de ser barbirojo como le pintan los extranjeros por hacerle español

Estaba pues Judas muy contento de ver cuán bien lo hacían algunos dispenseros en venirle á cortejar y á entretener (que muy pocos me dijeron que le dejaban de imitar). Miré más atentamente, y fuíme llegando donde estaba Judas, y vi que la pena de los dispenséis era que, como á Titio le come un buitre las entrañas, á

ellos se las descarnaban dos aves que llaman sisones. Y un diablo decia á voces de rato en rato:

—Sisones son dispenseros, y los dispenseros sisones. A este pregón se estremecían todos, y Judas estaba con sus treinta dineros atormentándose. Yo le dije:

—Una cosa querría saber de tí: ¿por qué te pintan con botas y dicen por refrán las botas de Judas?

—No porque yo las truje (respondió); mas quisieron significar poniéndome botas que anduve siempre de camino para el infierno, y por ser dispensero; y así se han de pintar todos los que lo son. Esta fué la causa, y no lo que algunos han colegido de verme con botas, diciendo que era portugués, que es mentira; que yo fui... (y no me acuerdo bien de dónde me dijo que era, si de Calabria, si de otra parte). Y has de advertir que yo solo soy el dispensero que se ha condenado por vender, que todos los demás (fuera de algunos) se condenan por comprar. Y en lo que dices que fui traidor y maldito en dar á mi Maestro por tan poco precio, tienes razón; y no podia hacer yo otra cosa, fiándome de gente como los judíos, que era tan ruin que pienso que si pidiera un dinero más por él no me lo tomaran. Y porque estás muy espantado y fiado en que yo soy el peor hombre que ha habido, vé ahí debajo, y verás muchísimos tan malos. Véte, dijo, que ya basta de conversación, que no los escurezco.

—Dices la verdad, le respondí, y acogíme donde me señaló, y topé muchos demonios en el camino con palos y lanzas echando del infierno muchas mujeres hermosas y muchos malos letrados. Pregunté que por qué los querian echar del infierno á aquellos solos, y dijo un demonio:

—Porque eran de grandísimo provecho para la población del infierno en el mundo: las damas con sus caras y con sus mentirosas hermosuras y buenos pare ceres, y los letrados con buenas caras y malos pareceres; y que así los echaban porque trujesen gente.

Pero el pleito más intrincado y el caso más difícil que yo vi en el infierno fué el que propuso una mujer condenada con otras muchas por malas, enfrente de unos ladrones, la cual decia:

—Decidnos, señor, ¿cómo ha de ser esto de dar y recibir, si los ladrones se condenan por tomar lo ajeno, y la mujer por *lo contrario.*

Dejé de escucharla, y pregunté (como nombraron ladrones) dónde estaban los escribanos.

—¡Es posible que no hay en el infierno ninguno, ni le pude topar en todo el camino! Respondióme un verdugo:

—Bien creo yo que no toparíades ninguno por él.

—Pues ¿qué hacen? ¿Sálvanse todos?

—Nó, dijo; pero dejan de andar, y vuelan con plumas. Y el no haber escribanos por el camino de la perdición no es porque infinitísimos que son malos no vienen acá por él, sino porque es tanta la prisa con que vienen, que volar y llegar y entrar es todo uno (tales plumas se tienen ellos); y así no se ven en el camino.

—Y acá, dije yo, ¿cómo no hay ninguno?

—Sí hay, me respondió; mas no usan ellos de nombre de escribano, que acá por gatos los conocemos. Y para que echcis de ver qué tantos hay, no habéis de mirar sino que con ser el infierno tan gran casa, tan antigua, tan mal tratada y sucia, no hay un ratón en toda ella, que ellos los cazan.

—¿Y los alguaciles malos no están en el infierno?

—Ninguno está en el infierno, dijo el demonio.

—¿Cómo puede ser, si se condenan algunos malos entre muchos buenos que hay?

—Dígoos que no están en el infierno, porque en cada alguacil malo, aun en vida, está todo el infierno en él. Santigüéme y dije:

—Brava cosa es lo mal que los quereis los diablos á los alguaciles.

—¿No los habernos de querer mal, pues segun son endiablados los malos alguaciles, tememos que han de venir á hacer que sobremos nosotros para lo que es materia de condenar almas, y que se nos han de levantar con el oficio de demonios, y que ha de venir Lucifer á ahorrarse de diablos y despedirnos á nosotros por recibirlos á ellos?

No quise en esta materia escuchar más, y así me fui adelante, y por una red vi un amenísimo cercado todo lleno de almas que, unas con silencio y otras con llanto, se estaban lamentando. Dijéronme que era el retiramiento de los enamorados. Gemí tristemente viendo que aun en la muerte no dejan los suspiros. Unos se respondían en sus amores, y penaban con dudosas desconfianzas. ¡Oh qué número dellos echaban la culpa de su perdición á sus deseos, cuya fuerza ó cuyo pincel los mintió las hermosuras! Los más estaban descuidados por *penseque,* segun me dijo un diablo.

—¿Quién es *penseque,* dije yo, ó qué género de delito? Rióse y replicó:

—No es sino que se destruyen, fiándose de fabulosos semblantes, y luego dicen pensé que no me obligara, pensé que no me amartelara, pensé que ella me diera á mí, y no me quitara, pensé que no tuviera otro con quien yo riñera, pensé que se contentara conmigo solo, pensé que me adoraba; y así todos los amantes están en el infierno por *pensé que.* Estos son la gente en quien más ejecuciones hace el arrepentimiento, y los que menos sabían de sí. Estaba en medio dellos el amor lleno de sarna, con un rótulo que decia:

No hay quien este amor no dome
Sin justicia ó con razón,
Porque es sarna y no afición
Amor que se pega y come.

—¿Coplica hay? dije yo: no andan lejos de aquí los poetas; cuando volviéndome á un lado veo una bandada de hasta cien mil dellos en una jaula, que llaman los Orates en el infierno. Volví á mirarlos, y díjome uno señalando á las mujeres:

—¿Qué, digo? ¡esas señoras hermosas todas se han vuelto medio camareras de los hombres, pues los desnudan y no los visten!

—¿Conceptos gastais aun estando aquí? Buenos cascos teneis, dije yo; cuando uno entre todos, que estaba aherrojado y con más penas que todos, dijo:

—¡Plegue á Dios, hermano, que así se vea el que inventó los consonantes! pues porque en un soneto

Dije que una señora era absoluta,
Y siendo más honesta que Lucrecia,
Por dar fin al cuarteto la hice
Forzóme el consonante á llamar necia
A la de más talento y mayor brio:
¡Oh ley del consonante dura y recia!
Habiendo en un terceto dicho lio,
Un hidalgo afrenté tan solamente
Porque el veiso acabó bien en judio.
A Heródes otra vez llamé inocente;
Mil veces á lo dulce dije amargo,
Y llamé al apacible impertinente.
Y por el consonante tengo á cargo
Otros delitos torpes, feos, rudos;
Y llega mi proceso á ser tan largo,
Que porque en una octava dije escudos,
Hice sin más ni más siete maridos,
Con honradas mujeres, ser
Aquí nos tienen, como ves, metidos.
Y por el consonante condenados.
¡Oh míseros poetas desdichados,
A puros versos, como ves, perdidos!

—¡Hay tan graciosa locura, dije yo, que aun aquí estáis sin dejarla ni de cansaros della! ¡Oh qué vi dellos! Y decia un diablo:

—Esta es gente que canta sus pecados como otros los lloran, pues en amancebándose, con hacerla pastora ó mora, la sacan á la vergüenza en un romancico por todo el mundo. Si las quieren á sus damas, lo más que les dan es un soneto ó unas octavas; y si las aborrecen ó las dejan, lo menos que les dejan es una sátira. ¡Pues qué es verlas cargadas de pradicos de esmeral das, de cabellos de oro, de perlas de la mañana, de fuentes de cristal, sin hallar sobre todo esto dinero para una camisa, ni sobre su ingenio! Y es gente que apénas se conoce de qué ley son, porque el nombre es de cristianos, las almas de herejes, los pensamientos de alarbes, y las palabras de gentiles.

—Si mucho me aguardo, dije entre mí, yo oiré algo que me pese.

Fuíme adelante, y dejélos con deseo de llegar adonde estaban los que no supieron pedir á Dios. ¡Oh qué muestras de dolor tan grandes hacían! ¡Oh qué sollozos tan lastimosos! Todos tenían las lenguas condenadas á perpetua cárcel, y poseídos del silencio. Tal martirio, en voces ásperas de un demonio, recibian por los oídos:

—¡Oh corvas almas inclinadas al suelo, que con oracion lograrera y ruego mercader y comprador os atrevistes á Dios y le pedistes cosas que de vergüenza de que otro hombre las oyese aguardábades á coger solos los retablos! ¿Pues cómo? ¿Más respeto tuvisteis á los mortales que al Señor de todos? Quién os ve en un rincón, medrosos de ser oidos, pedir murmurando sin dar licencia á las palabras que se saliesen de los dientes cerrados de ofensas: Señor, muera mi padre, y acabe yo de suceder en su hacienda; lleváos á vuestro reino ámi mayor hermano, y aseguradme á mí el mayorazgo; halle yo una mina debajo de mis pies; el rey se incline á favorecerme, y véame yo cargado de sus favores; y ved (dijo) á lo que llegó una desvergüenza que osastes decir: y haced esto, que si lo hacéis, yo os prometo de casar dos huérfanas, de vestir seis pobres, y de daros frontales. ¡Qué ceguedad de hombres, prometer dádivas al que pedís, con ser la suma riqueza! Pedistes á Dios por merced lo que él suele dar por castigo; y si os lo da, os pesa de haberlo tenido cuando morís; y si no os lo da, cuando vivís; y así de puro necios siempre teneis quejas. Y si llegáis á ser ricos por votos, decidme ¿cuáles cumplís? ¿Qué tempestad no llena de promesas los santos? Y ¿qué bonanza

tras ella no los torna á desnudar, con olvido de toques de campanas? ¿Qué de preseas ha ofrecido á los altares la espantosa cara del golfo? ¿Y qué de las ha muerto y quitado de los mismos templos el puerto? Nacen vuestros ofrecimientos de necesidad, y no de devocion. ¿Pedisteis alguna vez á Dios paz en el alma, aumento de gracia, favores suyos ó inspiraciones? Nó, por cierto; ni aun sabéis para qué son menester estas cosas ni lo que son. Ignoráis que el holocausto, sacrificio y oblacion que Dios recibe de vosotros, es de la pura conciencia, humilde espíritu, caridad ardiente; y esto acompañado con lágrimas es moneda, que aun Dios (si puede) es cudicioso en nosotros. Dios, hombres, por vuestro bien gusta que os acordéis dél; y como (si no es en los trabajos) no os acordais, por eso os da trabajos, porque tengáis dél memoria. Considerad vosotros, necios demandadores, cuán brevemente se os acabaron las cosas que importunos pedisteis á Dios. ¡Qué presto os dejaron; y cómo ingratos no os fuéron compañía en el postrer paso! ¿Veis cómo vuestros hijos aun no gastan de vuestras haciendas un real en obras pias, diciendo que no es posible que vosotros gustéis dellas, porque si gustárades, en vida hiciérades algunas? Y pedís tales cosas á Dios, que muchas veces por castigo de la desvergüenza con que las pedís os las concede. Y bien, como suma sabiduría, conoció el peligro que teneis en saber pedir, pues lo primero que os enseñó en el *Pater noster* fué pedirle; pero pocos entendeis aquellas palabras donde Dios enseñó el lenguaje con que habéis de tratar con él. Quisieron responderme, mas no les daban lugar las mordazas.

Yo, que vi que no habian de hablar palabra, pasé adelante, donde estaban juntos los ensalmadores ardiéndose vivos, y los saludadores también condenados por embustidores. Dijo un diablo:

—Veislos aquí á estos tratantes en santiguaduras, mercaderes de cruces, que embelesaron el mundo y quisieron hacer creer que podia tener cosa buena un hablador. Gente es esta ensalmadora que jamás hubo nadie que se quejase dellos: porque si les sanan ántes, se lo agradecen; y si los matan, no se pueden quejar, y - siempre les agradecen lo que hacen, y dan contento; porque si sanan, el enfermo los regala; y si matan, el heredero les agradece el trabajo. Si curan con agua y trapos la herida que sanara por virtud de naturaleza, dicen que es por ciertas palabras virtuosas que les enseñó un judío. ¡Mirad qué buen origen de palabras virtuosas! Y si se enfistola, empeora y muere, dicen que llegó su hora, y el badajo que se la dió y todo. ¡Pues qué es de oír á estos las mentiras que cuentan de uno que tenia las tripas fuera en la mano en tal parte, y otro que estaba pasado por las ijadas? Y lo que más me espanta es que siempre he medido la distancia de sus curas, y siempre las hicieron cuarenta ó cincuenta leguas de allí, estando en servicio de un señor que há ya trece años que murió, porque no se averigüe tan

presto la mentira, y por la mayor parte estos tales que curan con agua enferman ellos por vino. Al fin, estos son por los que se dijo: Hurtan que es bendición, porque con la bendición hurtan, tras ser siempre gente ignorante. Y he notado que casi todos los ensalmos están llenos de solecismos; y no sé qué virtud se tenga el solecismo por lo cual se pueda hacer nada. Al fin, vaya do fuere, ellos están acá algunos; que otros hay buenos hombres que como amigos de Dios alcanzan dél la salud para los que curan; que la sombra de sus amigos suele dar vida. Pero para ver buena gente mirad los saludadores, que también dicen que tienen virtud.

Ellos se agraviaron, y dijeron que era verdad que la tienen. Y á esto respondió un diablo:

—¿Cómo es posible que por ningún camino se halle virtud en gente que anda siempre soplando?

—Alto, dijo un demonio, que me he enojado; vayan al cuartel de los porquerones que viven de lo mismo. Fueron, aunque á su pesar; y yo abajé otra grada por ver los que Judas me dijo que eran peores que él, y topé en una alcoba muy grande una gente desatinada, que los diablos confesaban que ni los entendían ni se podian averiguar con ellos. Eran astrólogos y alquimistas. Estos andaban llenos de hornos y crisoles, de lodos, de minerales, de escorias, de cuernos, de estiércol, de sangre humana, de polvos y de alambiques. Aquí calcinaban, allí lavaban, allí apartaban, y acullá purificaban. Cuál estaba fijando el mercurio al martillo, y habiendo resuelto la materia viscosa, y ahuyentado la parte sutil, lo corruptivo del fuego, en llegándose á la copela, se le iba en humo. Otros disputaban si se habia de dar fuego de mecha, ó si el fuego ó no fuego de Raimundo habia de entenderse de la cal ó si de luz efectiva del calor, y no de calor efectivo de fuego..Cuáles con el signo de Hermete daban principio á la obra magna, y en otra parte miraban ya el negro blanco, y le aguardaban colorado; y juntando á esto *la proporcion de naturaleza, con naturalezas se contenta la naturaleza, y con ella misma se ayuda,* y los demás oráculos ciegos suyos,—esperaban la reducción de la primera materia, y al cabo reducían su sangre á la postrera podre; y en lugar de hacer del estiércol, cabellos, sangre humana, cuernos y escoria oro, hacian del oro estiércol, gastándolo neciamente. ¡Oh qué de voces que oí sobre el padre muerto ha

resucitado y tornarlo á matar! ¡Y qué bravas las daban sobre entender aquellas palabras tan referidas de todos los autores químicos: ¡Oh! Gracias sean dadas á Dios, que de la cosa más vil del mundo permite hacer una cosa tan rica. Sobre cuál era la cosa más vil se ardían. Uno decia que ya la habia hallado; y si la piedra filosofal se habia de hacer de la cosa más vil, era fuerza hacerse de corchetes. Y los cocieran y distilaran, si no dijera otro que tenian mucha parte de aire para poder hacer la piedra; que no habia de tener materiales tan vaporosos. Y así se resolvieron que la cosa más vil del mundo eran los sastres, pues cada punto se condenaban, y que era gente más enjuta.

Cerraran con ellos, si no dijera un diablo:

—;Quereis saber cuál es la cosa más vil? Los alquimistas; y así porque se haga la piedra es menester quemaros á todos. Diéronles fuego, y ardian casi de buena gana solo por ver la piedra filosofal.

Al otro lado no era menos la trulla de astrólogos y supersticiosos. Un quiromántico iba tomando las manos á todos los otros que se habian condenado, diciendo:

—¡Qué claro que se ve que se habian de condenar estos por el monte de Saturno! Otro que estaba á gatas con un compás midiendo alturas y notando estrellas, cercado de efemérides y tablas, se levantó y dijo en altas voces:

—Vive Dios que si me pariera mi madre medio minuto antes, que me salvo; porque Saturno en aquel punto mudaba el aspecto, y Marte se pasaba á la casa de la vida, el escorpion perdía su malicia, y yo como di en procurador fui pobre mendigo. Otro tras él andaba diciendo á los diablos que le mortificaban que mirasen bien si era verdad que él habia muerto; que no podia ser, á causa que tenia Júpiter por ascendente, y á Vénus en la casa de la vida, sin aspecto ninguno malo, y que era fuerza que viviese noventa años.

—Miren, decia, que les notifico que miren bien si soy difunto, porque por mi cuenta es imposible que pueda ser esto. En esto iba y venía sin poderlo nadie sacar de aquí.

Y para enmendar la locura destos salió otro geométrico poniéndose en puntos con las ciencias, haciendo sus doce casas gobernadas por el impulso de la mano y rayas á imitación de los dedos, con supersticiosas palabras y oracion; y luego, despues de sumados sus pares y nones, sacando juez y testigos, comenzaba á querer probar cual era el astrólogo más cierto; y si dijera puntual acertara, pues es su ciencia de punto como calza sin ningún fundamento, aunque pese á Pedro de Abano, que era uno de los que allí estaban, acompañando á Cornelio Agripa (que con un alma ardia en cuatro cuerpos de sus obras malditas y descomulgadas), famoso hechicero. Tras este vi con su poligrafía y esteganografía á Trithemio, que así llaman al autor de aquellas obras escandalosas, muy enojado con ardano, que estaba enfrente, porque dijo mal dél solo y supo ser mayor mentiroso en sus libros de *Subtilitate,* por hechizos de viejas que en ellos juntó. Julio César Scalígero se estaba atormentando por otro lado en sus *Ejercitaciones,* miéntras pensaba las desvergonzadas mentiras que escribió de Homero y los testimonios que le levantó por levantar á Virgilio aras, hecho idólatra de Marón. Estaba riéndose de sí mismo Artefio con su mágica, haciendo las tablillas para entender el lenguaje de las aves; y Checol de Ascoli muy triste y pelándose las barbas, porque tras tanto experimento disparatado no podía hallar nuevas necedades que escribir. Teofrasto Paracelso estaba quejándose del tiempo que habia gastado en la alquimia, pero contento en haber escrito medicina y mágica, que nadie la entendía, y haber llenado las imprentas de pullas á vuelta de muy agudas cosas. Y detrás de todos estaba Hubequer el pordiosero, vestido de los andrajos de cuantos escribieron mentiras y desvergüenzas, hechizos y

supersticiones, hechos su libro un Ginebra de moros, gentiles y cristianos. Allí estaba el secreto autor de la *Clavicula Salomouis,* y el que le imputó los sueños. ¡Oh cómo se abrasaba burlado de vanas y necias oraciones el hereje que hizo el libro *Adversus omnia pericula mundi!* ¡Qué bien ardia el Catan y las obras de Ráces! Estaba Taysnerio con su libro de fisonomías y manos, penando por los hombres que habia vuelto locos con sus disparates; y reíase sabiendo el bellaco que las fisonomías no se pueden sacar ciertas de particulares rostros de hombres que, ó por miedo ó por no poder, no muestran sus inclinaciones, y las reprimen; sino solo de rostros y caras de príncipes y señores sin superior, en quien las inclinaciones no respetan nada para mostrarse. Estaba luego un triste autor con sus rostros y manos, y los brutos concertando por las caras la similitud de las costumbres. A Escoto el italiano vi allá, no por hechicero y mágico, sino por mentiroso y embustero. Habia otra gran copia, y aguardaban sin duda mucha gente, porque, habia grandes campos vacíos. Y nadie estaba con justicia entre todos estos autores presos por hechiceros sino fuéron unas mujeres hermosas, porque sus caras lo fuéron solas en el mundo. ¡Oh verdaderos hechizos! Que las damas solo son veneno de la vida, que perturbando las potencias y ofendiendo los órganos á la vista, son causa de que la voluntad quiera por lo bueno lo que ofendidas las especies representan. Viendo este dije entre mí: Ya me parece que vamos llegándonos al cuartel de esta gente.

Díme priesa á llegar allá, y al fin asomóme á parte donde sin favor particular del cielo no se podia decir lo que habia. A la puerta estaba la Justicia espantosa, y en la segunda entrada el Vicio desvergonzado y soberbio, la Malicia ingrata é ignorante, la Incredulidad resoluta y ciega, y la Inobediencia bestial y desbocada. Estaba la Blasfemia insolente y tirana llena de sangre, ladrando por cien bocas y vertiendo veneno por todas, con los ojos armados de llamas ardientes. Grande horror me dió el umbral. Entré y vi á la puerta la gran suma de herejes ántes de nacer Cristo. Estaban los ofiteos, que se llaman así en griego de la serpiente que engañó á Eva, la cual veneraron á causa de que supiésemos del bien y del mal. Los cainanos, que alabaron á Caín porque, como decian, siendo hijo del mal, pre valeció su mayor fuerza contra Abel. Los

sethianos, de Seth. Estaba Dositheo ardiendo como un horno, el cual creyó que se habia de vivir solo segun la carne; y no creia la resurrección, privándose á sí mismo (ignorante más que todas las bestias) de un bien tan grande; pues cuando fuera así que fuéramos solos animales como los otros, para morir consolados habiamos de fingirnos eternidad á nosotros mismos. Y así llama Lucano en boca ajena á los que no creen la inmortalidad del alma: *felices errore suo,* dichosos con su error, si eso fuera así que murieran las almas con los cuerpos. ¡Malditos! dije yo: siguiérase que el animal del mundo á quien Dios dió ménos discurso es el hombre, pues entiende al revés lo que más importa, esperando inmortalidad; y seguirse hia, que á la más noble criatura dió ménos conocimiento y crió para mayor miseria la naturaleza, que Dios nó; pues quien sigue esa opinion no lo fie. Estaba luego Saddoc, autor de los sadduceos. Los fariseos estaban aguardando al Mesías, no como Dios, sino como hombre. Estaban los heliognósticos devictiacos, adoradores del sol; pero los más graciosos son los que veneran las ranas, que fuéron plaga á Faraón por ser azote de Dios. Estaban los musoritos haciendo ratonera al arca á puro ratón de oro. Estaban los que adoraron la Mosca accaronita; Ozías el que quiso pedir á una mosca antes salud que á Dios, por lo cual Elias le castigó. Estaban los troglodytas, los de la fortuna del cielo, los de Baal, los de Asthar, los del ídolo Moloch, y Kenfan de la ara de Tofet, los puteoritas, herejes veraniscos de pozos, los de la serpiente de metal, y entre todos sonaba la baraúnda y el llanto de las judías, que debajo de tierra en las cuevas lloraban á Thamur en su simulacro. Seguían los baalitas, luego la Pitonisa arremangada, y detrás los de Asthar y Astharot, y al fin los que aguardaban á Heródes, y desto se llaman herodianos. Y hube á todos estos por locos y mentecatos. Mas llegué luego á los herejes que habia despues de Cristo: allí vi á muchos, como Menandro y Simón Mago, su maestro. Estaba Saturnino inventando disparates. Estaba el maldito Basílides heresiarca. Estaba Nicolás antioqueno, Carpócrates y Cerintho, y el infame Ebion. Vino luego Valentino, el que dió por principio de todo el mar y el silencio. Menandro el mozo de Samaría decia que él era el Salvador, y que habia caido del cielo; y por imitarlo decia detrás dél Montano frigio que él era el Parácleto. Síguenle las desdichadas Priscilla y

Maximilla heresiarcas. Llamáronse sus secuaces catafríges, y llegaron á tanta locura, que decían que en ellos y no en los Apóstoles vino el Espíritu Santo. Estaba Nepos, obispo, en quien fué coroza la mitra, afirmando que los santos habian de reinar con Cristo en la tierra mil años en lascivias y regalos. Venía luego Sabino, prelado hereje arriano, el que en el concilio Niceno llamó idiotas á los que no seguían á Arrio. Despues en miserable lugar estaban ardiendo por sentencia de Clemente, pontífice máximo que sucedió á Benedicto, los templarios, primero santos en Jerusalen, y luego de puro ricos, idólatras y deshonestos. ¡Y qué fué ver á Guillermo, el hipócrita de Anvers...., prefiriendo las rameras á las honestas, y la fornicación á la castidad! A los pies de este yacia Bárbara, mujer del emperador Sigismundo, llamando necias á las vírgenes, habiendo hartas. Ella (bárbara como su nombre) servia de emperatriz á los diablos; y no estando harta de delitos ni aun cansada (que en esto quiso llevar ventaja á Mesalina), decia que moría el alma y el cuerpo, y otras cosas bien dignas de su nombre.

Fui pasando por estos, y llegué á una parte donde estaba uno solo arrinconado y muy sucio, con un zancajo ménos y un chirlo por la cara, lleno de cencerros, y ardiendo y blasfemando.

—¿Quién eres tú, le pregunté, que entre tantos malos eres el peor?

—Yo, dijo él, soy Mahoma, y decíaselo el tallecillo, la cuchillada y los dijes de arriero.

—Tú eres, dije yo, el más mal hombre que ha habido en el mundo y el que más almas ha traído acá.

—Todo lo estoy pasando, dijo, miéntras los malaventurados de africanos adoran el zancarrón ó zancajo que aquí me falta.

—Picaron, dije, ¿por qué vedaste el vino á los tuyos? Y me respondió:

—Porque si tras las borracheras que les dejé en mi Alcorán les permitiera las del vino, todos fueran borrachos.

—Y el tocino ¿por qué se lo vedaste, perro esclavo, descendiente de Agar?

—Eso hice por no hacer agravio al vino, que lo fuera comer torreznos y beber agua, aunque yo vino y tocino gastaba. Y quise tan mal á los que creyeron en mí, que acá los quité la gloria, y allá los pemiles y las botas. Y últimamente, mandé que no defendiesen mi ley por razón, porque ninguna hay ni para obedecella ni sustentalla; remitísela á las armas y metilos en ruido para toda la vida. Y el seguirme tanta gente no es en virtud de milagros, sino solo en virtud de darles la ley á medida de sus apetitos, dándoles mujeres para mudar, y por extraordinario deshonestidades tan feas como las quisiesen, y con esto me seguían todos. Pero no se remató en mí todo el daño: tiende por ahí los ojos, y verás qué honrada gente topas.

Volvíme á un lado, y vi todos los herejes de ahora, y topé con Maniqueo. ¡Oh qué vi de calvinistas arañando á Calvino! Y entre estos estaba el principal Josefa Scalígero, por tener su punta de ateista y ser tan blasfemo, deslenguado y vano y sin juicio. Al cabo estaba el maldito. Lutero con su capilla y sus mujeres, hinchado como un sapo y blasfemando, y Melanchthon comiéndose las manos tras sus herejías. Estaba el renegado Beza, maestro de Ginebra, leyendo, sentado en cátedra de pestilencia; y allí lloré viendo el Enrico Estétano. Preguntóle no sé qué de la lengua griega, y estaba tal la suya, que no pudo responderme sino con bramidos. Espántome, Enrico, de que supieses nada. ¿De qué te

aprovecharon tus letras y agudezas? Más le dijera si no me enterneciera la desventurada figura en que estaba el miserable penando. Estaba ahorcado de un pié Helio Eobano Hesso, célebre poeta, competidor de Melanchthon. ¡Oh cómo lloré mirando su gesto torpe con heridas y golpes, y afeados con llamas sus ojos!

Díme prisa á salir deste cercado, y pasé á una galería, donde estaba Lucifer cercado dé diablas, que también hay hembras como machos. No entré dentro, porque no me atreví á sufrir su aspecto disforme: solo diré que tal galería tan bien ordenada no se ha visto en el mundo, porque toda estaba colgada de emperadores y reyes vivos como acá muertos. Allá vi toda la casa otomana, los de Roma por su orden. Vi graciosísimas figuras: hilando á Sardanápalo; glotoneando á Eliogábalo, á Sapor emparentando con el sol y las estrellas. Viriato andaba á palos tras los romanos, Atila revolvía el mundo, Belisario ciego acusaba á los atenienses.

Llegó á mí el portero y me dijo:

—Lucifer manda que porque tengáis qué contar en el otro mundo que veáis su camarin. Entré allá; era un aposento curioso y lleno de buenas joyas: tenia cosa de seis ó siete mil *condenados* y otros tantos alguaciles manidos.

—¿Aquí estáis? dije yo: ¿cómo diablos os habia de hallar en el infierno si estábades aquí? Habia pipotes de médicos y muchísimos coronistas, lindas piezas, aduladores de molde y con licencia. Y en las cuatro esquinas, estaban ardiendo por hachas cuatro malos pesquisidores. Y todas las poyatas (que son los estantes) llenas de vírgenes rociadas, doncellas penadas como tazas, y dijo el demonio:

—Doncellas son que se vinieron al infierno con las doncelleces fiambres, y por cosa rara se guardan. Seguíanse luego demandadores haciendo labor con diferentes sayos; y de las ánimas habia muchos, porque piden para sí mismos y consumen ellos con vino cuanto les dan. Habia madres postizas, y trastenderas de sus sobrinas, y suegras de sus nueras, por mascarones alrededor. Estaba en una peaña Sebastian Gertel, general en lo de Alemaña contra el emperador, tras haber sido alabardero suyo.

No acabara yo de contar lo que vi en el camino si lo hubiera de decir todo. Salíme fuera, y quedé como espantado repitiendo conmigo estas cosas. Solo pido á quien las leyere, las lea de suerte

que el crédito que les diere le sea provechoso para no experimentar ni ver estos lugares; certificando al lector que no pretendo en ello ningún escándalo ni reprensión sino de los vicios, pues decir de los que están en el infierno no puede tocar á los buenos. Acabé este discurso en el Fresno á postrero de abril de 1608, en 28 de mi edad.

EL MUNDO POR DE DENTRO

A DON PEDRO GIRON,

DUQUE DE OSUNA, MARQUÉS DE PEÑAFIEL, CONDE DE UREÑA.

ESTAS burlas, que llevan en la risa disimulado algún miedo provechoso, envío para que vuecelencia se divierta de grandes ocupaciones algún rato. Pequeña es la demostración, mas yo no puedo dar más; y solo me consuela ver que la grandeza de vuecelencia á mucho menos hace honra y merced. En la Aldea, abril 26 de 1612.

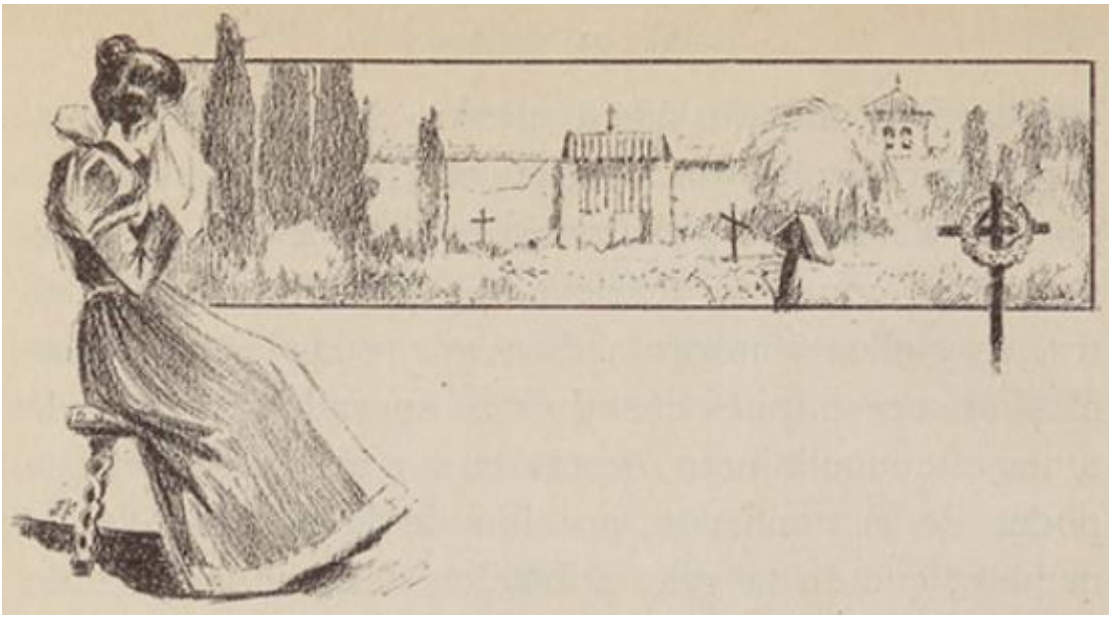
DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

AL LECTOR,

como Dios me lo deparare, cándido ó pur. pureo, pio ó cruel, benigno ó sin sarna.

Es cosa averiguada (así lo siente Metrodoro Chio y otros muchos) que no se sabe nada, y que todos son ignorantes; y aun esto no se sabe de cierto, que á saberse, ya se supiera algo: sospéchase. Dícelo así el doctísimo Francisco Sánchez, médico y filósofo, en su libro cuyo título es: *Nihil scitur:* No se sabe nada. En el mundo, fuera de los teólogos, filósofos y juristas, que atienden á la verdad y al verdadero estudio, hay algunos que no saben nada y estudian para saber, y estos tienen buenos deseos y vano ejercicio; porque al cabo solo les sirve el estudio de conocer cómo toda la verdad la quedan ignorando. Otros hay que no saben nada, y no estudian porque piensan que lo saben todo. Son destos muchos irremediables: á estos se les ha de envidiar el ocio y la satisfacción, y llorarles el seso. Otros hay que no saben nada, y dicen que no saben nada, porque piensan que saben algo de verdad, pues lo es que no saben nada; y á estos se les habia de castigar la hipocresía con creerles la confesion. Otros hay (y en estos, que son los peores, entro yo) que no saben nada, ni quieren saber nada, ni creen que se sepa nada, y dicen de todos que no saben nada, y todos dicen dellos lo mismo, y nadie miente. Y como gente que en cosas de letras y ciencia tiene que perder tan poco, se atreven á imprimir y sacar á luz todo cuanto sueñan. Estos dan que hacer á las imprentas, sustentan á los libreros, gastan á los curiosos, y al cabo sirven á las especierías. Yo pues, como uno destos, y no de los

peores ignorantes, no contento con haber soñado el Juicio, ni haber endemoniado un Alguacil, y últimamente escrito el Infierno, ahora salgo (sin tón y sin són; pero no importa, que esto no es bailar), con el *Mundo por de dentro.* Si te agradare y pareciere bien, agradécelo á lo poco que sabes, pues de tan mala cosa te contentas. Y si te pareciere malo, culpa mi ignorancia en escribirlo, y la tuya en esperar otra cosa de mí. Dios te libre, lector, de prólogos largos y de malos epítetos.



EL MUNDO POR DE DENTRO

DISCURSO

ES nuestro deseo siempre peregrino en las cosas desta vida, y así con vana solicitud anda de unas en otras, sin saber hallar patria ni descanso. Aliméntase de la variedad, y diviértese con ella; tiene por ejercicio el apetito, y este nace de la ignorancia de las cosas, pues si las conociera cuando cudicioso y desalentado las busca, así las aborreciera como cuando arrepentido las desprecia. Y es de considerar la fuerza grande que tiene, pues promete y persuade tanta hermosura en los deleites y gustos, lo cual dura solo en la pretensión dellos; porque en llegando cualquiera á ser poseedor, es juntamente des contento. El mundo, que á nuestro deseo sabe la condición para lisonjearla, pónese delante mudable y vario, porque la novedad y diferencia es el afeite con que más nos atrae; con esto acaricia nuestros deseos, llévalos tras sí, y ellos á nosotros. Sea por todas las experiencias mi suceso, pues cuando más apurado me habia de tener el conocimiento destas cosas, me hallé todo en poder

de la contusion, poseido de la vanidad de tal manera, que en la gran poblacion del mundo, perdido ya, corria donde tras la hermosura me llevaban los ojos, y adonde tras la conversación los amigos, de una calle en otra, hecho fábula de todos; y en lugar de desear salida al laberinto, procuraba que se me alargase el engaño. Ya por la calle de la ira, descompuesto, seguia las pendencias pisando sangre y heridas; ya por la de la gula veia responder á los brindis turbados. Al fin, de una calle en otra andaba (siendo infinitas) de tal manera confuso, que la admiración aun no dejaba sentido para el cansancio, cuando llamado de voces descompuestas y tirado porfiadamente del manteo, volví la cabeza. Era un viejo venerable en sus canas, mal tratado, roto por mil partes el vestido y pisado; no por eso ridículo, ántes severo y digno de respeto.

—¿Quién eres (dije), que así te confiesas envidioso de mis gustos? Déjame, que siempre los ancianos aborrecéis en los mozos los placeres y deleites; no que dejais de vuestra voluntad, sino que por fuerza os quita el tiempo. Tú vas, yo vengo: déjame gozar y ver el mundo. Desmintiendo sus sentimientos, riéndose dijo:

—Ni te estorbo ni te envidio lo que deseas; ántes te tengo lástima. ¿Tú por ventura sabes lo que vale un dia? ¿Entiendes de cuánto precio es una hora? ¿Has examinado el valor del tiempo? Cierto es que no, pues así alegre le dejas pasar hurtado de la hora que fugitiva y secreta te lleva preciosísimo robo. ¿Quién te ha dicho que lo que ya fué volverá cuando lo hayas menester si lo llamares? Díme, ¿has visto algunas pisadas de los dias? No por cierto; que ellos solo vuelven la cabeza á reírse y burlarse de los que así los dejaron pasar. Sábete que la muerte y ellos están eslabonados y en una cadena; y que cuando más caminan los dias que van delante de tí, tiran hácia tí y te acercan á la muerte, que quizá la aguardas y es ya llegada; y segun vives, ántes será pasada que creida. Por necio tengo al que toda la vida se muere de miedo que se ha de morir; y por malo al que vive tan sin miedo de la como si no la hubiese; que este la viene á temer cuando la padece; y embarazado con el temor, ni halla remedio á la vida ni consuelo á su fin. Cuerdo es solo el que vive cada dia como quien cada dia y cada hora puede morir.

—Eficaces palabras tienes, buen viejo: traído me has el alma á mí, que me la llevaban embelesada vanos deseos. ¿Quién eres, de

dónde y qué haces por aquí?

—Mi hábito y traje dice que soy hombre de bien y amigo de decir verdades en lo roto y poco medrado; y lo peor que tu vida tiene es no haberme visto la cara hasta ahora. Yo soy el Desengaño: estos rasgones de la ropa son de los tirones que dan de mí los que dicen en el mundo que me quieren; y estos cardenales del rostro, estos golpes y coces me dan en llegando porque vine y porque me vaya; que en el mundo todos decís que quereis desengaño, y en teniéndole, unos os desesperáis, otros maldecís á quien os le dió, y los más corteses no le creeis. Si tú quieres, hijo, ver el mundo, vén conmigo; que yo te llevaré á la calle mayor, que es adonde salen todas las figuras, y allí verás juntos los que por aquí van divididos, sin cansarte. Yo te enseñaré el mundo como es; que tú no alcanzas á ver sino lo que parece.

—Y ¿cómo se llama, dije yo, la calle mayor del mundo donde hemos de ir?

—Llámase, respondió, Hipocresía; calle que empieza con el mundo, y se acabará con él, y no hay nadie casi que no tenga si no una casa, un cuarto, ó un aposento en ella. Unos son vecinos, y otros paseantes; que hay muchas diferencias de hipócritas, y todos cuantos ves por ahí lo son. ¿Y ves aquel que gana de comer como sastre, y se viste como hidalgo? Es hipócrita; y el dia de fiesta con el raso y el terciopelo y el cintillo y la cadena de oro se desfigura de suerte que no le conocerán las tijeras y agujas y jabón; y parecerá tan poco oficial, que aun parece que dice verdad. ¿Ves aquel hidalgo con aquel que es como caballero? Pues debiendo medirse con su hacienda, ir solo, por ser hipócrita y parecer lo que no es se va metiendo á caballero; y por sustentar un lacayo, ni sustenta lo que dice ni lo que hace, pues ni lo cumple ni lo paga. Y la hidalguía y la ejecutoria le sirve solo de pontífice en dispensarle los casamientos que hace con sus deudas; que está más casado con ellas que con su mujer. Aquel caballero por ser señoría no hay diligencia que no haga, y ha procurado hacerse Venecia por ser señoría; sino que como se fundó en el viento para serlo, se habia de fundar en el agua. Sustenta, por parecer señor, caza de halcones que lo primero que matan es á su amo de hambre con la costa, y luego el rocin en que los llevan, y despues cuando mucho una graja

ó un milano, y ninguno es lo que parece. El señor, por tener acciones de grande, se empeña, y el grande remeda ceremonia de rey. Pues ¿qué diré de los discretos? ¿Ves aquel aciago de cara? Pues siendo un mentecato, por parecer discreto y ser tenido por tal, se alaba de que tiene poca memoria, quéjase de melancolías, vive descontento y préciase de mal regido, y es hipócrita que parece entendido, y es mentecato. ¿No ves los viejos hipócritas de barbas, con las canas envainadas en tinta, querer en todo parecer muchachos? ¿No ves á los niños preciarse de dar consejos y presumir de cuerdos? Pues todo es hipocresía. Pues en los nombres de las cosas ¿no la hay la mayor del mundo? El zapatero de viejo se llama entretenedor del calzado; el botero, sastre del vino, porque le hace de vestir; el mozo de mulas, gentilhombre de camino; el bodegon, estado; el bodegonero, contador; el verdugo se llama miembro de la justicia; y el corchete, criado; el fullero, diestro; el ventero, huésped; la taberna, ermita... Amistad llaman el amancebamiento, trato á la usura, burla á la estafa, gracia la mentira, donaire la malicia, descuido la bellaquería, valiente al desvergonzado, cortesano al vagamundo, al negro moreno, señor maestro al albardero, y señor doctor al platicante. Así que, ni son lo que parecen ni lo que se llaman: hipócritas en el nombre y en el hecho. ¡Pues unos nombres que hay generales! A toda picara, señora hermosa; á todo hábito largo, señor licenciado; á todo gallofero, señor soldado; á todo bien vestido, señor hidalgo; á todo capigorrón ó lo que fuere, canónigo ó arcediano; á todo escribano, secretario. De suerte que todo el hombre es mentira por cualquier parte que le examines, si no es que, ignorante como tú, crea las experiencias. ¿Ves los pecados? Pues todos son hipocresía, y en ella empiezan y acaban, y de la nacen y se alimentan la ira, la gula, la soberbia, la avaricia, la lujuria, la pereza, el homicidio y otros mil.

—¿Cómo me puedes tú decir ni probarlo, si vemos que son diferentes y distintos?

—No me espanto que eso ignores; que lo saben pocos. Oye, y entenderás con facilidad eso que así te parece contrario, que bien se conviene. Todos los pecados son malos: eso bien lo confiesas; y también confiesas con los filósofos y teólogos que la voluntad apetece lo malo debajo de razón de bien, y que para pecar no basta

la representación de la ira ni el conocimiento de la lujuria sin el consentimiento de la voluntad; y que eso, para que sea pecado, no aguarda la ejecución, que solo le agrava más, aunque en esto hay muchas diferencias. Esto así visto y entendido, claro está que cada vez que un pecado destos se hace, que la voluntad lo consiente y lo quiere; y segun su natural, no pudo apetecelle sino debajo de razón de algún bien. Pues ¿hay más clara y más confirmada hipocresía que vestirse del bien en lo aparente para matar con el engaño? ¿Qué esperanza es la del hipócrita? dice Job. Ninguna, pues ni la tiene por lo que es, pues es malo; ni por lo que parece, pues lo parece y no lo es. Todos los pecadores tienen menos atrevimiento que el hipócrita, pues ellos pecan contra Dios, pero no con Dios ni en Dios; mas el hipócrita peca contra Dios y con Dios, pues le toma por instrumento para pecar.

En esto llegamos á la calle mayor; vi todo el concurso que el viejo me habia prometido. Tomámos puesto conveniente para registrar lo que pasaba: fué un entierro en esta forma. Venían envainados en unos sayos grandes de diferentes colores unos picaros haciendo una taracea de mullidores. Pasó esta recua incensando con las campanillas; seguían los muchachos de la dotrina, meninos de la muerte y lacayuelos del ataúd, chirriando la calavera; seguíanse luego doce galloferos, hipócritas de la pobreza, con doce hachas acompañando el cuerpo y abrigando á los de la Capacha, que hombreando testificaban el peso de la difunta. Detrás seguia larga procesión de amigos que acompañaban en la tristeza y luto al viudo, que anegado en capuz de bayeta y devanado en una chia, perdido el rostro en la falda de un sombrero, de suerte que no se le podian hallar los ojos; corvos é impedidos los pasos con el peso de diez arrobas de cola que arrastraba,—iba tardo y perezoso. Lastimado deste espectáculo, ¡dichosa mujer, dije, si lo puede ser alguna en la muerte, pues hallaste marido que pasó con la fe y el amor más allá de la vida y sepultura! ¡Y dichoso viudo que ha hallado tales amigos, que no solo acompañan su sentimiento, pero que parece que le vencen en él! ¿No ves qué tristes van y suspensos? El viejo, moviendo la cabeza y sonriéndose, dijo:

—Desventurado, eso todo es por de fuera, y parece así; pero ahora lo verás por de dentro, y verás con cuánta verdad el ser desmiente á las apariencias. ¿Ves aquellas luces, campanillas y mullidores y todo este acompañamiento piadoso, que es sufragio cristiano y limosnero? Esto es saludable; mas las bravatas que en los túmulos sobrescriben podricion y gusanos, se podrían excusar; empero también los muertos tienen su vanidad, y los difuntos y difuntas su soberbia. Allí no va sino tierra de menos fruto y más espantosa de la que pisas, por sí no merecedora de alguna honra ni aun de ser cultivada con arado ni azadón. ¿Ves aquellos viejos que llevan las hachas? Pues algunos no las atizan para que atizadas alumbren más, sino porque atizadas á menudo se derritan más y ellos hurten más cera para vender. Estos son los que á la sepultura hacen la salva en el difunto y difunta, pues ántes que ella lo coma ni lo pruebe, cada uno le ha dado un bocado, arrancándole un real ó dos; mas con todo esto tiene el valor de la limosna. ¿Yes la tristeza de los amigos? Pues todo es de ir en el entierro; y los convidados van dados al diablo con los que los convidaron; que quisieran más pasearse ó asistir á sus negocios. Aquel que habla de mano con el otro le va diciendo que convidar á entierro y á misacantanos, donde se ofrece, que no se puede hacer con un amigo; y que el entierro solo es convite para la tierra, pues á ella solamente llevan que coma. El viudo no va triste del caso y viudez, sino de ver que pudiendo él haber enterrado á su mujer en un muladar y sin costa y fiesta ninguna, le hayan metido en semejante baraúnda y gasto de cofradías y cera; y entre sí dice que le debe poco; que ya que se habia de morir, pudiera haberse muerto de repente, sin gastarle en

médicos, barberos ni boticas, y no dejarle empeñado en jarabes y pócimas. Dos ha enterrado con esta; y es tanto el gusto que recibe de enviudar, que ya va trazando el casamiento con una amiga que ha tenido; y fiado con su mala condicion y endemoniada vida, piensa doblar el capuz por poco tiempo. Quedé espantado de ver todo esto ser así, diciendo:

—¡Qué diferentes son las cosas del mundo de cómo las vemos! Desde hoy perderán conmigo todo el crédito mis ojos, y nada creeré ménos de lo que viere. Pasó por nosotros el entierro como si no hubiera de pasar por nosotros tan brevemente, y como si aquella difunta no nos fuera enseñando el camino, y muda no nos dijera á todos: Delante voy, donde aguardo á los que quedáis, acompañando á otros que yo vi pasar con ese propio descuido.

Apartónos desta consideración el ruido que andaba en una casa á nuestras espaldas: entrámos dentro á ver lo que fuese; y al tiempo que sintieron gente comenzó un plañido, á seis voces, de mujeres que acompañaban una viuda. Era el llanto muy autorizado, pero poco provechoso al difunto. Sonaban palmadas de rato en rato, que parecía palmeado de diciplinantes. Oíanse unos sollozos estirados, embutidos de suspiros, pujados por falta de gana. La casa estaba despojada, las paredes desnudas, la cuitada estaba en un aposento escuro sin luz ninguna, lleno de bayetas, donde lloraban á tiento. Unas decian:

—Amiga, nada se remedia con llorar. Otras:

—Sin duda goza de Dios. Cuál la animaba á que se conformase con la voluntad del Señor. Y ella luego comenzaba á soltar el trapo, y llorando á cántaros decia:

—¿Para qué quiero yo vivir sin Fulano? ¡Desdichada nací, pues no me queda á quién volver los ojos! ¡Quién ha de amparar á una pobre mujer sola!

Y aquí plañian todas con ella, y andaba una sonadera de narices que se hundia la cuadra; y entonces advertí que las mujeres se purgan en un pésame destos, pues por los ojos y las narices echan cuanto mal tienen. Enternecíme y dije:

—¡Qué lástima tan bien empleada es la que se tiene á una viuda! pues por sí una mujer es sola, y viuda mucho más; y así su nombre es de *mudas sin lengua,* que eso significa la voz que dice *viuda* en

hebreo, pues ni tiene quien hable por ella, ni atrevimiento; y como se ve sola para hablar, y aunque hable, como no la oyen, lo mismo es que ser mudas, y peor.

—Esto remedian con meterse á dueñas, pues en siéndolo, hablan de manera, que de lo que las sobra pueden hablar todos los mudos y sobrar palabras para los tartajosos y pausados. Al marido muerto llaman el que pudre. Mirad cuáles son éstas; y si muerto, que ni las asiste ni las guarda ni las acecha, dicen que pudre, ¿qué dirian cuando vivo hacia todo esto?

—Eso, respondí, es malicia que se verifica en algunas; mas todas son un género femenino desamparado y tal como aquí se representa en esta desventurada mujer. Dejadme, dije al viejo, llorar semejante desventura y juntar mis lágrimas á las destas mujeres. El viejo algo enojado dijo:

—¿Ahora lloras despues de haber hecho ostentación vana de tus estudios y mostrádote docto y teólogo cuando era menester mostrarte prudente? ¿No aguardaras á que yo te hubiera declarado estas cosas para ver cómo merecian que se hablase dellas? Mas ¿quién habrá que detenga la sentencia ya imaginada en la boca? No es mucho, que no sabes otra cosa, y que á no ofrecerse la viuda, te quedabas con toda tu ciencia en el estómago. No es filósofo el que sabe dónde está el tesoro, sino el que trabaja y le saca. Ni aun ese lo es del todo, sino el que despues de poseído usa bien dél. ¿Qué importa que sepas dos chistes y dos lugares, si no tienes prudencia para acomodarlos? Oye, verás esta viuda, que por de fuera tiene un cuerpo de responsos, como por de dentro tiene una ánima de aleluyas, las tocas negras y los pensamientos verdes. ¿Ves la escuridad del aposento y el estar cubiertos los rostros con el manto? Pues es porque así, como no las pueden ver, con hablar un poco gangoso, escupir y remedar sollozos, hace un llanto casero y hechizo, teniendo los ojos hechos una yesca. ¿Quiéreslas consolar? Pues déjalas solas, y bailarán en no habiendo con quien cumplir, y luego las amigas harán su oficio: Quedáis moza, y es malograros; hombres habrá que os estimen; ya sabéis quien es Fulano, que cuando no supla la falta del que está en la gloria, etc. Otra: Mucho debeis á don Pedro, que acudió en este trabajo; no sé qué me sospeché; y en verdad que si hubiera de ser algo... que por quedar

tan niña os será forzoso... Y entonces la viuda, muy recoleta de ojos y muy estreñida de boca, dice: No es ahora tiempo deso: á cargo de Dios está; él lo hará si viere que conviene. Y advertid que el dia de la viudez es el dia que más comen estas viudas, porque para animarla no entra ninguna que no le dé un trago, y le hace comer un bocado, y ella lo come diciendo: Todo se vuelve ponzoña; y medio mascándolo dice: ¡Qué provecho puede hacer esto á la amarga viuda que estaba hecha á comer á medias todas las cosas y con compañía, y ahora se las habrá de comer todas enteras sin dar parte á nadie de puro desdichada! Mira pues, siendo esto así, que á propósito vienen tus exclamaciones.

Apenas esto dijo el viejo, cuando arrebatados de unos gritos, ahogados en vino, de gran ruido de gente, salimos á ver qué fuese, y era un alguacil, el cual con solo un pedazo de vara en la mano, y las narices ajadas, deshecho el cuello, sin sombrero y en cuerpo, iba pidiendo favor al rey, favor á la justicia, tras un ladrón que en seguimiento de una iglesia (y no de puro buen cristiano) iba tan ligero como pedia la necesidad y le mandaba el miedo. Atrás, cercado de gente, quedaba el escribano lleno de lodo, con las cajas en el brazo izquierdo, escribiendo sobre la rodilla. Y noté que no hay cosa que crezca tanto en tan poco tiempo como culpa en poder de escribano, pues en un instante tenia una resma al cabo. Pregunté la causa del alboroto: dijeron que aquel hombre que huia era amigo del alguacil, y que le fió no sé qué secreto tocante en delito; y por no

dejarlo á otro que lo hiciese, quiso él asirle. Huyósele despues de haberse dado muchas puñadas; y viendo que venía gente, encomendóse á sus piés, y fuése á dar cuenta de sus negocios á un retablo. El escribano hacia la causa miéntras el alguacil con los corchetes (que son podencos del verdugo que siguen ladrando) iban tras él, y no le podian alcanzar. Y debia de ser el ladrón muy ligero, pues no le podian alcanzar soplones, que por fuerza corrian como el viento.

—¿Con qué podrá premiar una república el celo deste alguacil, pues porque yo y el otro tengamos nuestras vidas, honras y haciendas ha aventurado su persona? Este merece mucho con Dios y con el mundo: mírale cuál va roto y herido, llena de sangre la cara, por alcanzar aquel delincuente y quitar un tropezon á la paz del pueblo.

—Basta, dijo el viejo, que si no te ¿van á la mano, dirás un dia entero. Sábete que ese alguacil no sigue á este ladrón ni procura alcanzarle por el particular y universal provecho de nadie, sino que como ve que aquí le mira todo el mundo, córrese de que haya quien en materia de hurtar le eche el pié delante, y por eso aguija por alcanzarle. Y no es culpable el alguacil porque le prendió siendo su amigo si era delincuente; que no hace mal el que come de su hacienda, ántes hace bien y justamente, y todo delincuente y malo, sea quien fuere, es hacienda del alguacil, y le es lícito comer della. Estos tienen sus censos sobre azotes y galeras, y sus juros sobre la horca. Y créeme que el año de virtudes para estos y para el infierno es estéril; y no sé cómo aborreciéndolos el mundo tanto, por venganza dellos no da en ser bueno adrede por uno ó por dos años, que de hambre y de pena se morirían; y renegad de oficio que tiene situados sus gajes donde los tiene situados Bercebú.

—Ya que en eso pongas también dolo, ¿cómo lo podrás poner en el escribano que le hace la causa calificada con testigos?

—Ríete deso, dijo: ¿has visto tú alguacil sin escribano algun dia? No por cierto; que como ellos salen á buscar de comer, porque (aunque topen un inocente) no vaya á la cárcel sin causa, llevan escribano que se le haga; y así, aunque ellos no den causa para que les prendan, hácesela el escribano, y están presos con causa; y en los testigos no repares, que para cualquier cosa tendrán tantos

como tuviere gotas de tinta el tintero; que los más en los malos oficiales los presta la pluma y los examina la cudicia. Y si dicen algunos lo que es verdad, escriben lo que han menester y repiten lo que dijeron. Y para andar como habia de andar el mundo, mejor fuera y más importara que el juramento que ellos toman al testigo que jure á Dios y á la cruz decir verdad en lo que le fuere preguntado, que el testigo se lo tomara á ellos de que la escribirán como ellos la dijeren. Muchos hay buenos escribanos, y alguaciles muchos; pero de sí el oficio es con los buenos como la mar con los muertos, que no los consiente, y dentro de tres dias los echa á la orilla. Bien me parece á mí un escribano á caballo y un alguacil con capa y gorra honrando unos azotes, como pudiera un bautismo, detrás de una sarta de ladrones que azotan; pero siento que cuando el pregonero dice: A estos hombres por ladrones,—que suene el eco en la vara del alguacil y en la pluma del escribano.

Más dijera si no le tuviera la grandeza con que un hombre rico iba en una carroza tan hinchado que parecia porfiaba á sacarla de husillo, pretendiendo parecer tan grave, que á las cuatro bestias aun se lo parecia, segun el espacio con que andaban. Iba muy derecho, preciándose de espetado, escaso de ojos, y avariento de miraduras, ahorrando cortesías con todos, sumida la cara en un cuello abierto hácia arriba, que parecia vela en papel, y tan olvidado de sus conjunturas, que no sabia por dónde volverse á hacer una cortesía, ni levantar el brazo á quitarse el sombrero, el cual parecia miembro segun estaba fijo y firme. Cercaban el coche cantidad de criados traídos con artificio, entretenidos con promesas y sustentados con esperanzas. Otra parte iba de acompañamiento de acreedores, cuyo crédito sustentaba toda aquella máquina. Iba un bufón en el coche entreteniéndole.

—Para tí se hizo el mundo, dije yo luego que le vi, que tan descuidado vives y con tanto descanso y grandeza. ¡Qué bien empleada hacienda! ¡Qué lucida! ¡Y cómo representa bien quién es este caballero!

Todo cuanto piensas (dijo el viejo) es disparate y mentira y cuanto dices, y solo aciertas en decir que el mundo solo se hizo para este; y es verdad, porque el mundo es solo trabajo y vanidad, y este es todo vanidad y locura. ¿Yes los caballos? Pues comiendo se van, á

vueltas de la cebada y paja, al que la fia á este, y por cortesía de las ejecuciones trae ropilla. Más trabajo le cuesta la fábrica de sus embustes para comer que si lo ganara cavando. ¿Yes aquel bufón? Pues has de advertir que tiene por bufón al que le sustenta y le da lo que tiene. ¿Qué más miseria quieres destos ricos que todo el año andan comprando mentiras y adulaciones, y gastan sus haciendas en falsos testimonios? Ya aquel tan contento porque el truhán le ha dicho que no hay tal príncipe como él, y que todos los demás son unos escuderos, como si ello fuera así. Y diferencian muy poco, porque el uno es juglar del otro: desta suerte el rico se rie con el bufón, y el bufón se rie del rico, porque hace caso de lo que lisonjea.

Venía una mujer hermosa trayéndose de paso los ojos que la miraban, y dejando los corazones llenos de deseos; iba ella con artificioso descuido escondiendo el rostro á los que ya la habian visto, y descubriéndole á los que estaban divertidos. Tal vez se mostraba polveta, tal vez por tejadillo; ya daba un relámpago de cara con un bamboleo de manto, ya se hacia brújula mostrando un ojo solo, y tapada de medio lado, descubría un tarazón de mejilla. Los cabellos martirizados hacían sortijas á las sienes; el rostro era nieve y grana y rosas, que se conservaban en amistad, esparcidas por labios, cuello y mejillas; los dientes trasparentes; y las manos, que de rato en rato nevaban el manto, abrasaban los corazones; el talle y paso ocasionando pensamientos lascivos; tan rica y galana como cargada de joyas recebidas y no compradas. Víla, y arrebatado de la naturaleza, quise seguirla entre los demás, y á no tropezar en las canas del viejo, lo hiciera. Volvíme atrás y diciendo:

—Quien no ama con todos sus cinco sentidos una mujer hermosa, no estima á la naturaleza su mayor cuidado y su mayor obra. Dichoso es el que halla tal ocasion, y sabio el que la goza. ¡Qué sentido no descansa en la belleza de una mujer que nació para amada del hombre! De todas las cosas del mundo aparta y olvida su amor correspondido, teniéndole todo en poco y tratándole con desprecio. ¡Qué ojos tan honestamente hermosos! ¡Qué mirar tan cauteloso y prevenido en los descuidos de un alma libre! ¡Qué cejas tan negras esforzando recíprocamente la blancura de la frente! ¡Qué mejillas, donde la sangre mezclada con la leche engendra lo rosado que admira! ¡Qué labios encarnados guardando perlas que la risa

muestra con recato! ¡Qué cuello! ¡Qué manos! ¡Qué talle! Todos son causa de perdición, y juntamente disculpa del que se pierde por ella..

—¿Qué más le queda á la edad que decir y al apetito que desear? dijo el viejo. Trabajo tienes si con cada cosa que ves haces esto. Triste fué tu vida; no naciste sino para admirado. Hasta ahora te juzgaba por ciego, y ahora veo que también eres loco; y echo de ver que hasta ahora no sabes para lo qué Dios te dió los ojos ni cuál es su oficio: ellos han de ver, y la razón ha de juzgar y elegir; al revés lo haces, ó nada haces, que es peor. Si te andas á creerlos, padecerás mil confusiones, tendrás las sierras por azules, y lo grande por pequeño; que la longitud y la proximidad engañan la vista. ¡Qué rio caudaloso no se burla della, pues para saber hácia dónde corre es menester una paja ó ramo que se lo muestre! ¿Viste esa visión, que acostándose fea se hizo esta mañana hermosa ella misma y hace extremos grandes? Pues sábete que las mujeres lo primero que se visten en despertando es una cara, una garganta y unas manos, y luego las sayas. Todo cuanto ves en ellas es tienda, y no natural. ¿Ves el cabello? Pues comprado es y no criado; las cejas tienen más de ahumadas que de negras; y si como se hacen cejas se hicieran las narices, no las tuvieran; los dientes que ves y la boca era, de puro negra, un tintero, y á puros polvos se ha hecho salvadera; la cera de los oídos se ha pasado á los labios, y cada uno es una candelilla; ¿las manos? pues lo que parece blanco es untado. ¿Qué cosa es ver una mujer que ha de salir otro dia á que la vean, echarse la noche antes en adobo, y verlas acostar las caras hechas cofines de pasas, y á la mañana irse pintando sobre lo vivo como quieren? ¿Qué es ver una fea ó una vieja querer, como el otro tan celebrado nigromántico, salir de nuevo de una redoma? ¿Estásla mirando? Pues no es cosa suya. Si se lavasen las caras, no las conocerías; y cree que en el mundo no hay cosa tan trabajada como el pellejo de una mujer hermosa, donde se enjugan y secan y derriten más jalbegues que sus faldas desconfiadas de sus personas. Cuando quieren halagar algunas narices, luego se encomiendan á la pastilla y al sahumerio ó aguas de olor; y á veces los piés disimulan el sudor con las zapatillas de ámbar. Dígote que nuestros sentidos están en ayunas de lo que es mujer, y ahítos de lo

que le parece. Si la besas, te embarras los labios; si la abrazas, aprietas tablillas y abollas cartones; si la pretendes, te cansas; si la alcanzas, te embarazas; si la sustentas, te empobreces; si la dejas, te persigue; si la quieres, te deja. Dame á entender de qué modo es buena, y considera ahora este animal soberbio con nuestra flaqueza, á quien hacen poderoso nuestras necesidades (más provechosas sufridas ó castigadas, que satisfechas), y verás tus disparates claros….

Mirando estaba yo confusion de gente tan grande, cuando dos figurones, entre fantasmas y colosos, con caras abominables y facciones traídas tiraron una cuerda. Delgada me pareció y de mil diferentes colores, y dando gritos por unas simas que abrieron por bocas, dijeron: Ea, gente cuerda, alto á la obra. No lo hubieron dicho cuando de todo el mundo que estaba al otro lado se vinieron á la sombra de la cuerda muchos, y en entrando eran todos tan diferentes, que parecia trasmutación ó encanto. Yo no conocí á ninguno.

—¡Válgate Dios por cuerda, decia yo, que tales tropelías haces! El viejo se limpiaba las lagañas, y daba unas carcajadas sin dientes con tantos dobleces de mejillas, que se arremetían á sollozos mirando mi confusión.

—Aquella mujer allí fuera estaba más compuesta que copla, más serena que la de la mar, con una honestidad en los huesos, anublada de manto; y en entrando aquí ha desatado las coyunturas (mira de par en par); y por los ojos está disparando las entrañas á

aquellos mancebos, y no deja descansar la lengua en ceceos, los ojos en guiñaduras, las manos en tecleados de moño.

—¿Qué te ha dado, mujer? ¿Eres tú la que yo vi allí?

—Sí es (decia el vejete con una voz trompicada en toses y con juanetes de gargajos); ella es; mas por debajo de la cuerda hace estas habilidades.

—Y aquel que estaba allí tan ajustado de ferreruelo, tan atusado de traje, tan recoleto de rostro, tan angustiado de ojos, tan mortificado de habla, que daba respeto y veneración, dije yo, ¿cómo no hubo pasado cuando se descerrajó de mohatras y de usuras? Montero de necesidades que las arma trampas, y perpétuo vocinglero del tanto más cuanto, anda acechando logros.

—Ya te he dicho que eso es por debajo de la cuerda.

—¡Válate el diablo por cuerda, que tales cosas urdes! Aquel que anda escribiendo billetes, sonsacando virginidades y solicitando deshonras, y facilitando maldades, yo lo conocí á la orilla de la cuerda, dignidad gravísima.

—Pues por debajo de la cuerda tiene esas ocupaciones, respondió mi ayo.

—Aquel que anda allí juntando bregas, aguzando pendencias, revolviendo caldos, aumentando cizañas, y calificando porfías, y dando pistos á temas desmayadas, yo lo vi fuera de la cuerda revolviendo libros, ajustando leyes, examinando la justicia, ordenando peticiones, dando pareceres: ¿cómo he de entender estas cosas?

—Ya te lo he dicho, dijo el buen caduco: ese propio por debajo de la cuerda hace lo que ves, tan al contrario de lo que profesa. Mira aquel que fuera de la cuerda viste á la brida en muía tartamuda de paso, con ropilla y ferreruelo y guantes y receta, dando jarabes cuál anda aquí á la brida en un basilisco, con peto y espaldar y con manoplas, repartiendo puñaladas de tabardillos, y conquistando las vidas que allí parecía que curaba,—aquí por debajo de la cuerda está estirando las enfermedades para que dén de sí y se alarguen, y allí parecia que rehusaba las pagas de las visitas. Mira, mira aquel maldito cortesano, acompañante perdurable de los dichosos, cuál andaba allí fuera á la vista de aquel ministro mirando las zalemas de los otros para excederlas, rematando las reverencias en

desaparecimientos; tan bajas las hacia por pujar á otros la ceremonia, que tocaban en debuces. ¿No le viste siempre inclinada la cabeza como si recibiera bendiciones, y negociar de puro humilde á lo Guadiana por debajo de tierra, y aquel amen sonoro y anticipado á todos los otros vergantes á cuanto el patrón dice y contradice? Pues mírale allí por debajo de la cuerda royéndole los zancajos, que ya se le ve el hueso, abrasándole en chismes, maldiciéndole y engañándole, y volviendo en gestos y en muecas las esclavitudes de la lisonja, lo cariacontecido del semblante, y las adulaciones menudas del coleo de la barba y de los entretenimientos de la geta. ¿Viste allá fuera aquel maridillo dar voces que hundia el barrio: Cierren esa puerta, qué cosa es ventanas, no quiero coche, en mi casa me como, calle y pase, que así hago yo, y todo el séquito de la negra honra? Pues mírale por debajo de la cuerda encarecer con sus desabrimientos los encierros de su mujer. Mírale amodorrido con una promesa, y los negocios que se le ofrecen cuando le ofrecen, cómo vuelve á su casa con un esquilón por tos tan sonora que se oye á seis calles. ¡Qué calidad tan inmensa y qué honra halla en lo que come y en lo que le sobra, y qué nota en lo que pide y le falta, qué sospechoso es de los pobres, y qué buen concepto tiene de los dadivosos y ricos, qué á raíz tiene el ceño de los que no pueden más, y qué á propósito las jornadas para los precipitados de dádiva! ¿Ves aquel bellaconazo que allí está vendiéndose por amigo de aquel hombre casado y arremetiéndose á hermano, que acude á sus enfermedades y á sus pleitos, y que le prestaba y le acompañaba? Pues mírale por debajo de la cuerda añadiéndole *trabajos* Oye cómo reprendiéndoselo aquel vecino, que parece mal que entre á cosas semejantes en casa de su amigo, donde le admiten y se fian dél y le abren la puerta á todas horas, él responde: ¿Pues qué queréis que vaya donde me aguarden con una escopeta, no se fian de mí, y me niegan la entrada? Eso sería ser necio, si estotro es ser bellaco.

Quedé muy admirado de oir al buen viejo y de ver lo que pasaba por debajo de la cuerda en el mundo, y entonces dije entre mí: Si á tan delgada sombra, fiando su cubierta del bulto de una cuerda, son tales los hombres, ¿qué serán debajo de tinieblas de mayor bulto y latitud?

Extraña cosa era de ver cómo casi todos se venian de la otra parte del mundo á declararse de costumbres en estando debajo de la cuerda. Y luego á la postre vi otra maravilla, que siendo esta cuerda de una línea invisible, casi debajo de la cabían infinitas multitudes; y que hay debajo de cuerda en todos los sentidos y potencias, y en todas partes y en todos oficios; y yo lo veo por mí que ahora escribo este discurso diciendo que es para entretener, y por debajo de la cuerda doy un jabón muy bueno á los que prometí halagos muy sazonados. Con esto el viejo me dijo:

—Forzoso es que descanses; que el choque de tantas admiraciones y de tantos desengaños fatigan el seso, y temo se te desconcierte la imaginación. Reposa un poco para que lo que resta te enseñe y no te atormente. Yo estaba tal, que di conmigo en el sueño y en el suelo obediente y cansado.

VISITA DE LOS CHISTES

Á DOÑA MIREN A RIQUEZA

HARTO es que me haya quedado algún discurso despues que vi á vuesamerced, y creo que me dejó este por ser de la muerte. No se lo dedico porque me ampare: llévoselo yo, porque le mejore: designio interesado es el mió, para la enmienda de lo que puede estar escrito con algún desaliño, ó imaginado con poca felicidad. No me atrevo yo á encarecer la invención, por no acreditarme de invencionero. Procurado he pulir el estilo y sazonar la pluma con curiosidad. Ni entre la risa me he olvidado de la doctrina. Si me han aprovechado el estilo y la diligencia, le remito á la censura que vuesamerced hiciera dél si llega á merecer que le mire; y podré yo decir entonces que soy dichoso por sueños. Guarde Dios á vuesamerced, que lo mismo hiciera yo. En la prisión, y en la Torre, á 6 de abril de 1622.

Á QUIEN LEYERE

He querido que la muerte acabe mis discursos como las demás cosas: quiera Dios que tenga buena suerte. Este es el quinto sueño; no me queda ya que soñar. Y si en la *Visita de los Chistes* no despierto, no hay que aguardarme. Si te pareciere que ya es mucho sueño, perdona algo la modorra que padezco; y si no, guárdame el sueño, que yo seré siete-durmiente de las tales figuras. *Vale.*

VISITA DE LOS CHISTES

DISCURSO

ESTÁN siempre cautelosos y prevenidos los ruines pensamientos, la desesperación cobarde y la tristeza, esperando coger á solas á un desdichado para mostrarse alentados con él (propia condicion de cobardes, en que juntamente hacen ostentación de su malicia y de su vileza). Por bien que lo tengo considerado en otros, me sucedió en mi prisión; pues habiendo (ó por acariciar mi sentimiento ó por hacer lisonja á mi melancolía) leido aquellos versos que Lucrecio escribió con tan animosas palabras, me vencí de la imaginación, y debajo del peso de tan ponderadas palabras y razones me dejé caer tan postrado con el dolor del desengaño que leí, que ni sé si me desmayé advertido ó escandalizado. Para que la confesion de mi flaqueza se pueda disculpar, escribo por introducción á mi discurso la voz del poeta divino, que suena ansí, rigurosa con amenazas tan elegantes:

« Denique si vocem rerum natura repente
» Mittat, et hoc alicui nostrum sic increpet ipsa:
» Quid tibi tantopere est, mortalis, quod nimis aegris
» Luctibus indulges? Quid mortem congemis ac fles?
» Nam si grata fuit tibi vita anteacta, priorque,
» Et non omnia pertusum congesta quasi in vas
» Commoda perfluxere, atque ingrata interiere:
» Cur non, ut plenus vitae, conviva, recedis?
» Aequo animoque capis sequram, stulte, quietem? »

Entróseme luego por la memoria de rondon Job dando voces y diciendo:

Al fin hombre nacido
De mujer flaca, de miserias lleno,
A breve vida como flor traido,
De todo bien y de descanso ajeno,
Que, como sombra vana,
Huye a la tarde y nace á la mañana.

Con este conocimiento propio acompañaba luego el de la vida que hicimos diciendo:

Guerra es la vida del hombre
Mientras vive en este suelo;
Y sus horas y sus días
Como las del jornalero.

Yo, que arrebatado de la consideración, me vi á los piés de los desengaños, rendido, con lastimoso sentimiento y con celo enojado, repetí á estos en la fantasía:

¡Qué perezosos piés, ¡qué entretenidos
Pasos lleva la muerte por mis daños!
El camino me alargan los engaños,
Y en mí se escandalizan los perdidos;
Mis ojos no se dan por entendidos;
Y por descaminar mis desengaños,
Me disimulan la verdad los años,
Y les guardan el sueño á los sentidos.
Del vientre á la prisión vine en naciendo,
De la prisión iré al sepulcro amando,
Y siempre en el sepulcro estaré ardiendo:

Cuantos plazos la muerte me va dando,
Prolijidades son, que va creciendo
Porque no acabe de morir penando.

Entre estas demandas y respuestas fatigado y combatido (sospecho que fue cortesía del sueño piadoso más que de natural), me quedé dormido. Luego que desembarazada el alma se vió ociosa sin la tarea de los sentidos exteriores, me embistió desde manera la comedia siguiente; y así la recitaron mis potencias á escuras, siendo yo para mis fantasías auditorio y teatro.

Fueron entrando unos médicos á caballo en unas muías, que con gualdrapas negras parecían tumbas con orejas. El paso era divertido, torpe y desigual: de manera que los dueños iban encima en mareta y algunos vaivenes de serradores; la vista asquerosa de puro pasear los ojos por orinales y servicios; las bocas emboscadas en barbas, que apenas se las hallara un brazo; sayos con resabios de vaqueros, guantes en infusión, doblados como los que curan; sortijon en el pulgar con piedra tan grande, que cuando toma el pulso pronostica al enfermo la losa. Eran estos en gran número, y todos rodeados de platicantes, que cursan en lacayos, y tratando más con las muías que con los dotores, se gradúan de médicos. Yo viéndoles dije: Si destos se hacen estos otros, no es mucho que estos otros nos deshagan á nosotros.

Alrededor venía gran chusma y caterva de boticarios con espátulas desenvainadas y jeringas en ristre, armados de cala en parche, como de punta en blanco. Los medicamentos que estos venden, aunque estén caducando en las redomas de puro añejos, y los socrocios tengan telarañas, los dan; y así son medicinas redomadas las suyas. El clamor del que muere empieza en el almirez del boticario, va al pasacalles del barbero, paséase por el tableteado de los guantes del dotor, y acábase en las campanas de la iglesia. No hay gente más fiera que estos boticarios: son armeros de los dotores; ellos les dan armas. No hay cosa suya que no tenga achaques de guerra y que no aluda á armas ofensivas: jarabes, que ántes les sobran letras para jara, que les falten; botes se dicen los de pica; espátulas son espadas en su lengua; píldoras son balas; clisteres y melecinas, cañones; y así se llaman cañón de melecina. Y bien mirado, si así se toca la tecla de las purgas, sus tiendas son purgatorios, y ellos los

infiernos, los enfermos los condenados, y los médicos los diablos. Y es cierto que son diablos los médicos, pues unos y otros andan tras los malos y huyen de los buenos, y todo su fin es que los buenos sean malos y que los malos no sean buenos jamás.

Venían todos vestidos de recetas y coronados de erres asaeteadas, con que empiezan las recetas. Y consideré que los dotores hablan á los boticarios diciendo: *Recipe,* que quiere decir *recibe:* de la misma suerte habla la mala madre á la hija, y la codicia al mal ministro. ¡Pues decir que en la receta hay otra cosa que erres asaeteadas por delincuentes, y luego *Ana, Ana,* que juntas hacen un Annás para condenar á un justo! Sigílense uncias y más onzas: ¡qué alivio para desollar un cordero enfermo! Y luego ensartan nombres de simples, que parecen invocaciones de demonios: *Buphthálmus; opopánax, leontopétalon, tragoríganum, potamogéton senospugillos, diacathalicon, petroselinum, scilla* y *rapa*Y sabido qué quiere decir tan espantosa baraúnda de voces tan rellenas de letrones, son zanahoria, rábanos y perejil y otras suciedades. Y como han oido decir que quien no te conoce te compre, disfrazan las legumbres porque no sean conocidas y las compren los enfermos *Elingatis* dicen lo que es lamer, *catapotia* las píldoras, *clyster* la melecina, *glans* ó *balanus* la cala, y *errhinae* el moquear. Y son tales los nombres de sus recetas y tales sus medicinas, que las más veces, de asco de sus porquerías y hediondeces con que persiguen á los enfermos, se huyen las enfermedades.

¿Qué dolor habrá de tan mal gusto que no se huya de los tuétanos por no aguardar el emplasto de Guillen Ser ven y verse convertir en baúl una pierna ó muslo donde él está? Cuando vi á estos y á los dotores entendí cuán mal se dice para notar diferencia aquel asqueroso refrán: *Mucho va del c... al pulso;* que ántes no va nada, y solo van los médicos, pues inmediatamente desde él van al servicio y al orinal á preguntar á los meados lo que no saben, porque Galeno los remitió á la cámara y á la orina. Y como si el orinal les hablase al oído, se le llegan á la oreja, avahándose los barbones con su niebla.; Pues verles hacer que se entienden con la cámara por señas, y tomar su parecer al bacin, y su dicho á la hedentina? No les esperara un diablo. ¡Oh malditos pesquisidores contra la vida, pues ahorcan con el garrotillo, degüellan con sangrías, azotan con ventosas,

destierran las almas, pues las sacan de la tierra de sus cuerpos sin alma y sin conciencia!

Luego se seguían los cirujanos cargados de pinzas, tientas, cauterios, tijeras, navajas, sierras, limas, tenazas y lancetones. Entre ellos se oia una voz muy dolorosa á mis oídos, que decía: Corta, arranca, abre, asierra, despedaza, pica, punza, agigota, rebana, descarna y abrasa. Dióme gran temor, y más verlos el paloteado que hacían con los cauterios y tientas: unos huesos se me querían entrar de miedo dentro de otros; híceme un ovillo.

En tanto vinieron unos demonios con unas cadenas de muelas y dientes haciendo bragueros, y en esto conocí que eran sacamuelas, el oficio más maldito del mundo, pues no sirven sino de despoblar bocas y adelantar la vejez. Estos, con las muelas ajenas y no ver diente que no quieran ver antes en su collar que en las quijadas, desconfian á las gentes de santa Polonia, levantan testimonios á las encías y desempiedran las bocas. No he tenido peor rato que tuve en ver sus gatillos andar tras los dientes ajenos como si fueran ratones, y pedir dineros por sacar una muela, como si la pusieran.

¿Quién vendrá acompañado desta maldita canalla? decia yo; y me parecia que aun el diablo era poca cosa para tan maldita gente, cuando veo venir gran ruido de guitarras. Alegróme un poco; tocaban todos pasacalles y bacas; que me maten si no son barberos: ellos que entran. No fué mucha habilidad el acertar; que esta gente tiene pasacalles infusos y guitarra grátis data: era de ver puntear á unos y rasgar á otros. Yo decia entre mí: ¡Dolor de la barba que, ensayada en saltarenes, se ha de ver raspar, y del brazo que ha de recibir una sangría pasada por chaconas y folias! Consideré que todos los demás ministros del martirio inducidores de la muerte estaban en mala moneda y eran oficiales de vellón y hierro viejo, y que solo los

barberos se habian trocado en plata. Y entretúveme en verlos manosear una cara, sobajar otra, y lo que se huelgan con un testuz en el lavatorio.

Luego comenzó á entrar una gran cantidad de gente: los primeros eran habladores. Parecían azudas en conversación, cuya música era peor que la de órganos destemplados. Unos hablaban de hilván, otros á borbotones, otros á chorretadas, otros habladorísimos hablaban á cántaros: gente que parece que lleva pujo de decir necedades, como si hubiera tomado alguna purga confeccionada de hojas de Calepino de ocho lenguas. Estos me dijeron que eran habladores de diluvios, sin escampar de dia ni de noche, gente que habla entre sueños, y que madruga á hablar. Habia habladores secos, y habladores que llaman del rio ó del rocío y de la espuma; gente que graniza de perdigones. Otros que llaman tarabilla, gente que se va de palabras como de cámaras, que hablan á toda furia. Habia otros habladores nadadores, que hablan nadando con los brazos hácia todas partes y tirando manotadas y coces; otros gimios haciendo gestos y visajes. Venían los unos consumiendo á los otros.

Síguense los chismosos, muy solícitos de orejas, muy atentos de ojos, muy encarnizados de malicia, y andaban hechos uñas de las vidas ajenas espulgándolos á todos. Venian tras ellos los mentirosos, contentos, muy gordos, risueños y bien vestidos y medrados, que no teniendo otro oficio, son milagro del mundo, con un gran auditorio de mentecatos y ruines.

Detrás venían los entremetidos, muy soberbios y satisfechos y presumidos, que son las tres lepras de la honra del mundo. Venian ingiriéndose en los otros y penetrándose en todo, tejidos y enmarañados en cualquier negocio: son lapas de la ambición y pulpos de la prosperidad. Estos venian los postreros, segun pareció, porque no entró en gran rato nadie. Pregunté que cómo venian tan apartados; y dijéronme unos habladores (sin preguntarlo yo á ellos):

—Estos entremetidos son la quinta esencia de los enfadosos, y por eso no hay otra cosa peor que ellos. En esto estaba yo considerando la diferencia tan grande del acompañamiento, y no sabía imaginar quién pudiese venir.

En esto entró una que parecia mujer, muy galana y llena de coronas, cetros, hoces, abarcas, chapines, tiaras, caperuzas, mitras,

monteras, brocados, pellejos, seda, oro, garrotes, diamantes, serones, perlas y guijarros. Un ojo abierto y otro cerrado, y vestida y desnuda de todos colores; por el un lado era moza, y por el otro era vieja; unas veces venia despacio, y otras apriesa; parecia que estaba léjos, y estaba cerca; y cuando pensé que empezaba á entrar, estaba ya á mi cabecera. Yo me quedé como hombre que le preguntan qué es cosa y cosa, viendo tan extraño ajuar y tan desbaratada compostura. No me espantó; suspendióme, y no sin risa, porque bien mirado era figura donosa. Preguntóle quién era, y díjome:

—La muerte. ¿La muerte? Quedé pasmado. Y apénas abrigué al corazon algún aliento para respirar, y muy torpe de lengua, dando trasijos con las razones, la dije:

—Pues ¿á qué vienes?

—Por tí, dijo.

—¡Jesús mil veces! Muérome segun eso.

—No te mueres, dijo ella; vivo has de venir conmigo á hacer una visita á los difuntos; que pues han venido tantos muertos á los vivos, razón será que vaya un vivo á los muertos, y que los muertos sean oidos. ¿Has oido decir que yo ejecuto sin embargo? Alto, vén conmigo. Perdido de miedo la dije:

—¿No me dejarás vestir?

—No es menester, respondió; que conmigo nadie va vestido, ni soy embarazosa; yo traigo los trastos de todos porque vayan más ligeros. Fui con ella donde me guiaba; que no sabré decir por dónde, segun iba poseído del espanto. En el camino la dije:

—Yo no veo señas de la muerte, porque allá nos la pintan unos huesos descarnados con su guadaña. Paróse y respondió:

—Eso no es la muerte, sino los muertos ó lo que queda de los vivos. Esos huesos son el dibujo sobre que se labra el cuerpo del hombre. La muerte no la conocéis, y sois vosotros mismos vuestra muerte: tiene la cara de uno de vosotros, y todos sois muertes de vosotros mismos. La calavera es el muerto, y la cara es la muerte; y lo que llamais morir es acabar de morir, y lo que llamais nacer es empezar á morir, y lo que llamais vivir es morir viviendo, y los huesos es lo que de vosotros deja la muerte y lo que le sobra á la sepultura. Si esto entendiérades así, cada uno de vosotros estuviera mirando en sí su muerte cada dia y la ajena en el otro; y viérades que todas

vuestras casas están llenas della, y que en vuestro lugar hay tantas muertes como personas; y no la estuviérades aguardando, sino acompañándola y disponiéndola. Pensáis que es huesos la muerte, y que hasta que veáis venilla calavera y la guadaña no hay muerte para vosotros; y primero sois calavera y huesos que creáis que lo podéis ser.

—Dime, dije yo, ¿qué significan estos que te acompañan, y porqué van, siendo tú la muerte, más cerca de tu persona los enfadosos y habladores que los médicos? Respondióme:

—Mucho más gente enferma de los enfadosos que de los tabardillos y calenturas, y mucha más gente matan los habladores y entremetidos que los médicos. Y has de saber que todos enferman del exceso ó destemplanza de humores; pero lo que es morir, todos mueren de los médicos que los curan: y así no habéis de decir, cuando preguntan ¿de qué murió Fulano? de calentura, de dolor de costado, de tabardillo, de peste, de heridas; sino murió de un dotor Tal, que le dió de un dotor Cual. Y es de advertir que en todos los oficios, artes y estados se ha introducido el don en hidalgos, en villanos: yo he visto sastres y albañiles con don, y ladrones y galeotes en galeras. Pues si se mira en las ciencias, en todas hay millares; solo de los médicos ninguno ha habido con don, pudiéndolos tener muchos; mas todos tienen don de matar, y quieren más din al despedirse que don al llamarlos.

En esto llegámos á una sima grandísima, la muerte predicadora y yo desengañado. Zabullóse sin llamar, como de casa, y yo tras ella, animado con el esfuerzo que me daba mi conocimiento tan valiente. Estaban á la entrada tres bultos armados á un lado, y otro monstruo terrible enfrente; siempre combatiendo entre sí todos, y los tres con el uno, y el uno con los tres. Paróse la muerte, y díjome:

—¿Conoces á esta gente?

—Ni Dios me la deje conocer, dije yo.

—Pues con ellos andas á las vueltas (dijo ella) desde que naciste; mira cómo vives, replicó. Estos son los enemigos del hombre: el Mundo es aquel, este es el Diablo, y aquella la Carne. Y es cosa notable que eran todos parecidos unos á otros, que no se diferenciaban. Díjome la Muerte:

—Son tan parecidos, que en el mundo teneis á los unos por los otros. Piensa un soberbio que tiene todo el mundo, y tiene al diablo. Piensa un lujurioso que tiene la carne, y tiene al demonio; y así anda todo.

—¿Quién es, dije yo, aquel que está allí apartado haciéndose pedazos con estos tres con tantas caras y figuras?

—Ese es (dijo la Muerte) el Dinero, que tiene puesto pleito á los tres enemigos del alma, diciendo que quiere ahorrar de émulos, y que adonde él está no son menester, porque él solo es todos tres enemigos. Y fúndase para decir que el dinero es el diablo en que todos decís: Diablo es el dinero; y que lo que no hiciere el dinero, no lo hará el diablo; endiablada cosa es el dinero. Para ser el mundo, dice que vosotros decís que no hay más mundo que el dinero; quien no tiene dinero váyase del mundo; al que le quitan el dinero decís que le echan del mundo, y que todo se da por el dinero. Para decir que es la carne el dinero, dice el Dinero: Dígalo la Carne; y remítese á las y mujeres malas, que es lo mismo que interesadas.

—No tiene mal pleito el Dinero (dije yo), segun se platica por allá. Con esto nos fuimos más abajo, y ántes de entrar por una puerta muy chica y lóbrega me dijo:

—Estos dos que saldrán aquí conmigo son las postrimerías. Abrióse la puerta, y estaban á un lado el infierno y el que llaman juicio de Minos (así me dijo la Muerte que se llamaban). Estuve mirando al infierno con atención, y me pareció notable cosa. Díjome la Muerte:

—¿Qué miras?

—Miro (respodí) al Infierno, y me parece que le he visto otras veces.

—¿Dónde? preguntó.

—¿Dónde? (dije): en la codicia de los jueces, en el odio de los poderosos, en las lenguas de los maldicientes, en las malas intenciones, en las venganzas, en el apetito de los lujuriosos, en la vanidad de los príncipes; y donde cabe el infierno todo, sin que se pierda gota, es en la hipocresía de los mohatreros de las virtudes, que hacen logro del ayuno y del oir misas. Y lo que más he estimado es haber visto el juicio de Minos, porque hasta ahora he vivido engañado, y ahora veo el Juicio como es. Echo de ver que el que hay en el mundo no es juicio, ni hay hombre de juicio, y que hay muy poco juicio en el mundo. ¡Pesia tal! (decia yo) si deste juicio hubiera allá, no digo parte, sino nuevas creídas, sombra ó señas, otra cosa fuera. Si los que han de ser jueces han de tener deste juicio, buena

anda la cosa en el mundo. Miedo me da de tornar arriba viendo que siendo este el juicio se está aquí casi entero, y que poca parte está repartida entre los vivos. Más quiero muerte con juicio que vida sin él.

Con esto bajámos á un grandísimo llano, donde parecia estaba depositada la oscuridad para las noches. Díjome la Muerte:

—Aquí has de parar; que hemos llegado á mi tribunal y audiencia. Aquí estaban las paredes colgadas de pésames; á un lado estaban las malas nuevas, ciertas y creídas y no esperadas; el llanto en las mujeres engañoso, engañado en los amantes, perdido de los necios, y desacreditado en los pobres. El dolor se habia desconsolado y creido, y solos los cuidados estaban solícitos y vigilantes, hechos carcomas de reyes y príncipes, alimentándose de los soberbios y ambiciosos. Estaba la envidia con hábito de viuda, tan parecida á dueña que la quise llamar Alvarez ó González; en ayunas de todas las cosas, cebada en sí misma, magra y exprimida; los dientes (con andar siempre mordiendo de lo mejor y de lo bueno) los tenia amarillos y gastados; y es la causa que lo bueno y santo para morderlo lo llega á los dientes; mas nada bueno le puede entrar de los dientes adentro. La discordia estaba debajo della, como que nacia de su vientre (y creo que es su hija legítima). Esta, huyendo de los casados, que siempre andan á voces, se habia ido á las comunidades y colegios; y viendo que sobraba en ambas partes, se fué á los palacios y cortes, donde es lugarteniente de los diablos. La ingratitud estaba en un gran horno, haciendo de una masa de soberbia y odio, demonios nuevos cada momento. Holguéme de verla, porque siempre habia sospechado que los ingratos eran diablos, y caí entonces en que los ángeles para ser diablos fuéron primero ingratos. Andaba todo hirviendo de maldiciones.

—¿Quién diablos (dije yo) está lloviendo maldiciones aquí? Díjome un muerto que estaba á mi lado:

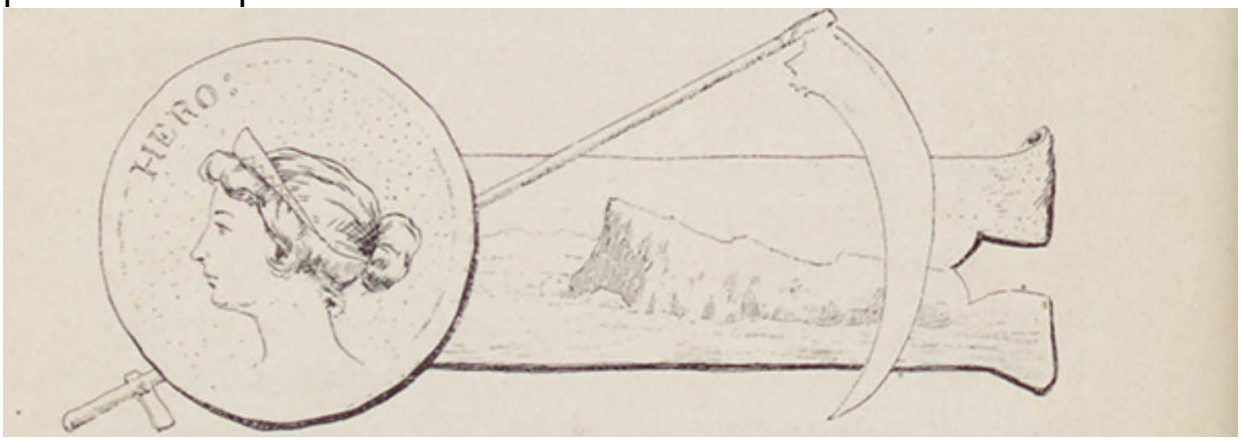
—¿Maldiciones quereis que falten donde hay casamenteros y sastres, que son la gente más maldita del mundo, pues todos decís: Mal haya quien me casó, mal haya quien con vos me juntó; y los más, mal haya quien me vistió?

—¿Qué tiene que ver (dije yo) sastres y casamenteros en la audiencia de la muerte?

—¡Pesia tal! dijo el muerto (que era impaciente), ¿estáis loco? que si no hubiera casamenteros, ¿hubiera la mitad de los muertos y desesperados? A mí me lo decid, que soy marido cinco (como bolo), y se me quedó allá la mujer y piensa acompañarme otros diez. Pues sastres; ¿á quién no matarán las mentiras y largas de los sastres y hurtos? Y son tales, que para llamar á la desdicha peor nombre, la llaman desastre, del sastre; y es el principal miembro de este tribunal que aquí veis.

Alcé los ojos y vi la Muerte en su trono, y á los lados muchas muertes. Estaba la muerte de amores, la muerte de frió, la muerte de hambre, la muerte de miedo y la muerte de risa, todas con diferentes insignias. La muerte de amores estaba con muy poquito seso. Tenia, por estar acompañada, porque no se le corrompiese por la antigüedad, á Píramo y Tisbe embalsamados, y á Leandro y Mero y á Marías en cecina, y algunos portugueses derretidos. Mucha gente vi que estaba ya para acabar debajo de su guadaña, y á puros milagros del interés resucitaban. En la muerte de frió vi á todos los ricos, que como no tienen mujer ni hijos ni sobrinos que los quieran, sino á sus haciendas, estando malos, cada uno carga en lo que puede, y mueren de frió. La muerte de miedo estaba la más rica y pomposa y con acompañamiento más magnífico, porque estaba toda cercada de gran número de tiranos y poderosos. Estos mueren á sus mismas manos, y sus sayones son sus conciencias, y ellos son verdugos de sí mismos, y solo un bien hacen en el mundo, que matándose á sí de miedo, recelo y desconfianza, vengan de sí propios á los ¡nocentes. Estaban con ellos los avarientos cerrando cofres, arcones y ventanas, enlodando resquicios, hechos sepulturas de sus talegos, y pendientes de cualquier ruido del viento, los ojos hambrientos de sueño, las bocas quejosas de las manos, las almas trocadas en plata y oro. La muerte de risa era la postrera, y tenia un grandísimo cerco de confiados y tarde arrepentidos; gente que vive como si no hubiese justicia, y muere como si no hubiese misericordia. Estos son los que diciéndoles: Restituid lo mal llevado; dicen: Es cosa de risa. Mirad que estáis viejo, y que ya no tiene el pecado que roer en vos: dejad la mujercilla que embarazais inútil, que cansais enfermo; mirad que el mismo diablo os desprecia ya por trasto embarazoso, y la misma culpa tiene asco de vos. Responden: Es cosa de risa, y que nunca se

sintieron mejores. Otros hay que están enfermos, y exhortándolos á que hagan testamento, que se confiesen, dicen que se sienten buenos y que han estado de aquella manera mil veces. Estos son gente que están en el otro mundo, y aun no se persuaden á que son difuntos. Maravillóme esta visión, y dije, herido del dolor y conocimiento: ¡Diónos Dios una vida sola, y tantas muertes! ¡De una manera se nace, y de tantas se muere! Si yo vuelvo al mundo, yo procuraré empezar á vivir.



En esto estaba cuando se oyó una voz que dijo tres veces:

—Muertos, muertos, muertos. Con esto se rebulló el suelo y todas las paredes, y empezaron á salir cabezas, brazos y bultos extraordinarios. Pusiéronse en orden con silencio..

—Hablen por su orden, dijo la Muerte. Luego salió uno con grandísima cólera y priesa, y se vino para mí, que entendí que me quería maltratar, y dijo:

—Vivos de Satanás, ¿qué me quereis, que no me dejais muerto y consumido? ¿Qué os he hecho que sin tener parte en nada me disfamais en todo y me echáis la culpa de lo que no sé?

—¿Quién eres, le dije con una cortesía temerosa, que no te entiendo?

—Soy yo (dijo) el malaventurado *Juan de la Encina,* el que habiendo muchos años que estoy aquí, toda la vida andais, en haciéndose un disparate ó en diciéndole vosotros, diciendo: No hiciera más *Juan de la Encina;* daca los disparates de *Juan de la Encina.* Habéis de saber que para hacer y decir disparates, todos los hombres sois *Juan de la Encina;* y que este apellido de Encina es muy largo en cuanto á disparates. ¿Pero pregunto si yo hice los testamentos en que dejais que otros hagan por vuestra alma lo que

no habéis querido hacer? ¿He porfiado con los poderosos? ¿Teñíme la barba por no parecer viejo? ¿Fui viejo, sucio y mentiroso? ¿Llamé favor el pedirme lo que tenia? ¿Enamóreme con mi dinero y el quitarme lo que tenia? ¿Entendí yo que sería bueno para mí el que á mi intercesión fué ruin con otro que se fió dél? ¿Gasté yo la vida en pretender con qué vivir, y cuando tuve con qué, no tuve vida que vivir? ¿Creí las sumisiones del que me hubo menester? ¿Caséme por vengarme de mi amiga? ¿Fui yo tan miserable, que gastase un real segoviano en buscar un cuarto incierto? ¿Pudríme de que otro fuese rico ó medrase? ¿He creído las apariencias de la fortuna? ¿Tuve yo por dichosos á los que al lado de los príncipes dan toda la vida por una hora? ¿Heme preciado de hereje y de mal reglado en todo y peor contento, porque me tengan por entendido? ¿Fui desvergonzado por campear de valiente? Pues si *Juan de la Encina* no ha hecho nada desto, ¿qué necedades hizo este pobre *Juan de la Encina?* Pues en cuanto á decir necedades, sacadme un ojo con una. Ladrones, que llamais disparates los mios y parates los vuestros, pregunto yo: *¿Juan de la Encina* fué acaso el que dijo: Haz bien y no cates á quien, habiendo de ser al contrario: Si hicieres bien mira á quién? ¿Fué *Juan de la Encina* quien para decir que uno era malo dijo: Es hombre que ni teme ni debe, habiendo de decir que ni teme ni paga? Pues es cierto que la mejor señal de ser bueno es ni temer ni deber, y la mayor de la maldad ni temer ni pagar. ¿Dijo *Juan de la Encina:* De los pescados el mero, de las carnes el carnero, de las aves la perdiz, de las damas la Beatriz? No lo dijo, porque él no dijera sino: De las carnes la mujer, de los pescados el carnero, de las aves el Ave María y después la presentada, de las damas la más barata. Mirad si es desbaratado *Juan de la Encina:* no prestó sino paciencia, no dió sino pesadumbres, él no gastaba con los hombres que piden dinero ni con las mujeres que piden matrimonio. ¿Qué necedades pudo hacer *Juan de la Encina,* desnudo por no tratar con sastres; que se dejó quitar de la hacienda por no haber menester letrados; que se murió ántes de enfermo que de curado, para ahorrarse el médico? Solo un disparate hizo, que fué, siendo calvo quitar á nadie el sombrero, pues fuera ménos mal ser descortés que calvo; y fuera mejor que le mataran á palos porque no se quitaba el sombrero, que no á apodos porque era calvario. Y si por hacer una

necedad anda *Juan de la Encina* por todos esos pulpitos y cátedras, con votos, gobiernos y estados, en horamala para ellos; que todo el mundo es monte, y todos son Encinas.

En esto estábamos cuando muy estirado y con gran ceño emparejó otro muerto conmigo, y dijo:

—Volved acá la cara; no penseis que habiais con *Juan de la Encina.*

—¿Quién es vuesamerced (dije yo), que con tanto imperio habla, y donde todos son iguales presume diferenciar

—Yo soy, dijo, el *Rey que rabió.* Y si no me conocéis, por lo menos no podéis dejar de acordaros de mí, porque sois los vivos tan endiablados, que á todo decís que se acuerda del *Rey que rabió;* y en habiendo un paredón viejo, un muro caido, una gorra calva, un ferreruelo lampiño, un trabajazo rancio, un vestido caduco, una mujer manida de años y rellena de siglos, luego decís que se acuerda del

Rey que rabió. No ha habido tan desdichado rey en el mundo, pues no se acuerdan dél sino vejeces y harapos, antigüedades y visiones; y ni ha habido rey de tan mala memoria, ni tan asquerosa, ni tan carroña, ni tan caduca, carcomida y apolillada. Han dado en decir que rabié, y juro á Dios que mienten; sino que han dado todos en decir que rabié, y no tiene ya remedio; y no soy yo el primero rey que rabió, ni el solo; que no hay rey, ni le ha habido, ni le habrá, á quien no levanten que rabia. Ni sé yo cómo pueden dejar de rabiar todos los reyes; porque andan siempre mordidos por las orejas, de envidiosos y aduladores que rabian.

Otro, que estaba al lado del *Rey que rabió,* dijo:

—Vuesamerced se consuele conmigo, que soy el *Rey Perico,* y no me dejan descansar de dia ni de noche. No hay cosa sucia, ni desaliñada, ni pobre, ni antigua, ni mala, que no digan que fué en tiempo del *Rey Perico.* Mi tiempo fué mejor que ellos pueden pensar. Y para ver quién fui yo y mi tiempo y quién son ellos no es menester más que oillos, porque en diciendo á una doncella ahora la madre: Hija, las mujeres bajar los ojos y mirar á la tierra, y no á los hombres, responden: Eso fué en tiempo del *Rey Perico;* los hombres han de mirar á la tierra, pues fuéron hechos della, y las mujeres al hombre, pues fuéron hechas dél. Si un padre dice á un hijo: No jures, no juegues, reza las oraciones cada mañana, persígnate en levantándote, echa la bendición á la mesa, dice que eso se usaba en tiempo del *Rey Perico.* Ahora le tendrán por un maricón si sabe persignarse, y se reirán dél si no jura y blasfema, porque en nuestros tiempos más tienen por hombre al que jura que al que tiene barbas.

Al que acabó de decir esto se llegó un muertecillo muy agudo, y sin hacer cortesía dijo:

—Basta lo que han hablado; que somos muchos, y este hombre vivo está fuera de sí y aturdido.

—No dijera más *Mateo Pico,* y vengo á eso solo.

—Pues, bellaco vivo, ¿qué dijo *Mateo Pico,* que luego andais si dijera más, no dijera más? ¿Cómo sabéis que no dijera más *Mateo Pico?* Dejadme tornar á vivir sin tornar á nacer; que no me hallo bien en barrigas de mujeres, que me han costado mucho, y veréis si digo más, ladrones viejos. Pues si yo viera vuestras maldades, vuestras tiranías, vuestras insolencias, vuestros robos, ¿no dijera más? Dijera

más y más, y dijera tanto, que enmendárades el refrán, diciendo: Más dijera *Mateo Pico.* Aquí estoy, y digo más; y avisad desto á los habladores de allá; que yo apelo deste refrán con las mil y quinientas. Quedé confuso de mi inadvertencia y desdicha en topar con el mismo *Mateo Pico.* Era un hombrecillo menudo, todo chillido, que parecía que rezumaba de palabras por todas sus conjunturas, zambo de ojos y vizco de piernas, y me parece que le he visto mil veces en diferentes partes.

Quitóse de delante, y descubrióse una grandísima redoma de vidrio. Dijéronme que llegase, y vi jigote, que se bullía en un ardor terrible, y andaba danzando por todo el garrafón, y poco á poco se fuéron juntando unos pedazos de carne y unas tajadas, y destas se fué componiendo un brazo, un muslo y una pierna, y al fin se coció y enderezó un hombre entero. De todo lo que habia visto y pasado me olvidé, y esta visión me dejó tan fuera de mí, que no diferenciaba de los muertos.

—¡Jesús mil veces! dije, ¿qué hombre es este, nacido en guisado, hijo de una redoma? En esto oí una voz que salia de la vasija, y dijo:

—¿Qué año es este?

—De seiscientos y veinte y dos, respondí.

—Este año esperaba yo.

—¿Quién eres, dije, que parido de una redoma, hablas y vives?

—¿No me conoces (dijo)? La redoma y las tajadas ¿no te advierten que soy aquel famoso nigromántico de Europa? ¿No has oido decir que me hice tajadas dentro de una redoma para ser inmortal?

—Toda mi vida lo he oido decir, le respondí; mas túvelo por conversación de la cuna y cuento de entre dijes y babador. ¿Qué tú eres? Yo confieso que lo más que llegué á sospechar fué que eras algún alquimista que penabas en esa redoma, ó algún boticario; todos mis temores doy por bien empleados por haberte visto.

—Sábete, dijo, que mi nombre no fué del título que me da la ignorancia, aunque tuve muchos; solo te digo que estudié y escribí muchos libros, y los mios quemaron, no sin dolor de los doctos.

—Sí me acuerdo, dije yo: oido he decir que estás enterrado en un convento de religiosos; mas hoy me he desengañado.

—Ya que has venido aquí, dijo, desatapa esa redoma. Yo empecé á hacer fuerza y á desmoronar tierra con que estaba enlodado el vidrio de que era hecha, y díjome: Espera; dime primero: ¿hay mucho dinero en España? ¿En qué opinion está el dinero? ¿Qué fuerza alcanza? ¿Qué crédito? ¿Qué valor? Respondíle:

—No han descaecido las flotas de las Indias, aunque los extranjeros han echado unas sanguijuelas desde España al cerro del Potosí, con que se van restañando las venas, y á chupones se empezaron á secar las minas.

—¿Ginoveses andan á la zacapela con el dinero (dijo él)? Vuélvome jigote. Hijo mió, los ginoveses son lamparones del dinero, enfermedad que procede de tratar con gatos. Y vese que son lamparones, porque solo el dinero que va á Francia no admite ginoveses en su comercio. ¿Salir tenia yo andando esos usagres de bolsas por las calles? No digo yo hecho jigote en redoma, sino hecho polvos en salvadera quiero estar ántes que verlos hechos dueños de todo.

—Señor nigromántico, repliqué yo, aunque esto es así, han dado en adolecer de caballeros en teniendo caudal, úntanse de señores, y enferman de príncipes; y con esto y los gastos y empréstidos se apolilla la mercancía y se viene todo á repartir en deudas y locuras; y ordena el demonio que las *malas mujeres* vendan las rentas reales dellos, porque los engañan, los enferman, los enamoran, los roban, y despues los hereda el consejo de Hacienda. La verdad adelgaza y no quiebra: en esto se conoce que los ginoveses no son verdad, porque adelgazan y quiebran.

—Animádome has, dijo, con eso. Dispondréme á salir desta vasija, como primero me digas en qué estado está la honra en el mundo.

—Mucho hay que decir en esto (le respondí yo); tocado has una tecla del diablo: todos tienen honra, y todos son honrados, y todos lo hacen todo caso de honra. Hay honra en todos estados, y la honra

se está cayendo de su estado, y parece que está ya siete estados debajo de tierra. Si hurtan, dicen que por conservar esta negra de honra, y que quieren más hurtar que pedir. Si piden, dicen que por conservar esta negra honra, y que es mejor pedir que no hurtar. Si levantan un testimonio, si matan á uno, lo mismo dicen; que un hombre honrado ántes se ha de dejar morir entre dos paredes que sujetarse á nadie, y todo lo hacen al revés. Y al fin en el mundo todos han dado en la cuenta, y llaman honra á la comodidad; y con presumir de honrados y no serlo se rien del mundo.

—El diablo puede salir á vivir en ese mundecillo, dijo él. Considérome yo á los hombres con unas honras títeres que chillan, bullen y saltan; que parecen honras, y mirado bien son andrajos y palillos. El no decir verdad será mérito?; El embuste y la trapaza caballería? ¿Y la insolencia donaire? Honrados eran los españoles cuando podían decir deshonestos y borrachos á los extranjeros; mas andan diciendo aquí malas lenguas que ya en España ni el vino se queja de mal bebido ni los hombres mueren de sed. En mi tiempo no sabía el vino por dónde subia á las cabezas, y ahora parece que se sube hácia arriba. Pues los maridos, porque tratamos de honras, considero yo que andarán hechos buhoneros de sus mujeres, alabando cada uno á sus agujas.

—Hay maridos linternas, muy compuestos, muy lucidos, muy bravos, que vistos de noche á escuras parecen estrellas, y llegados cerca son candelilla Otros maridos hay jeringas, que apartados atraen, y llegando se apartan. Pues la cosa más digna de risa es la honra de las mujeres cuando piden su honra, que es pedir lo que dan. Y si creemos á la gente y á los refranes que dicen: Lo que arrastra honra, la honra del marido son las culebras y las faldas.

—No estoy dos dedos de volverme jigote (dijo el nigromántico) para siempre jamás: no sé qué me sospecho. Dime, ¿hay letrados?

—Hay plaga de letrados, dije yo; no hay otra cosa sino letrados; porque unos lo son por oficio, otros lo son por presunción, otros por estudio, y destos pocos; y otros (estos son los más) son letrados porque tratan con otros más ignorantes que ellos (en esta materia hablaré como apasionado), y todos se gradúan de dotores y bachilleres, licenciados y maestros, más por los mentecatos con

quien tratan que por las universidades; y valiera más á España langosta perpetua que licenciados al quitar.

—Por ninguna cosa saldré de aquí (dijo el nigromántico).; Eso pasa? Ya yo los temia, y por las estrellas alcancé esa desventura; y por no ver los tiempos que han pasado embutidos de letrados me avecindé en esta redoma, y por no los ver me quedaré hecho pastel en bote. Repliqué:

—En los tiempos pasados, que la justicia estaba más sana, tenia menos dotores, y hala sucedido lo que á los enfermos, que cuantas más juntas de dotores se hacen sobre él, más peligro muestra y peor le va, sana ménos y gasta más. La justicia, por lo que tiene de verdad, andaba desnuda; ahora anda empapelada como especias. Un Fuero-Juzgo con su *maguer* y su *cuerno,* y *conusco* y *faciamus* era todas las librerías; y aunque son voces antiguas, suenan con mayor propiedad, pues llaman sayón al alguacil, y otras cosas semejantes. Ahora ha entrado un cáfila de Menoquios, Surdos y Fabros, Farinacios y Cujacios, consejos y decisiones y responsiones y lecciones y meditaciones; y cada dia salen autores, y cada uno con tres volúmenes: *Doctoris Putei,* 1.6, vol 1, 2, 3, 4, 5, 6 hasta 15. *Licenciati Abbatis de Usuris, Petri Cusqui in Codicem, Rupis, Brutiparcin, Castani, Montocaneuse de Adulterio et Parricidio, Cornazano, Rocabruno,* etc. Los letrados todos tienen un cimenterio por librería, y por ostentación andan diciendo: Tengo tantos cuerpos; y es cosa brava que las librerías de los letrados todos son cuerpos

sin alma, quizá por imitar á sus amos. No hay cosa en que no nos dejen tener razón; solo lo que no dejan tener á las partes es el dinero, que le quieren ellos para sí. Y los pleitos no son sobre si lo que deben á uno se lo han de pagar á él; que eso no tiene necesidad de preguntas y respuestas: los pleitos son sobre que el dinero sea de letrados y del procurador sin justicia, y la justicia sin dinero de las partes. ¿Quereis ver que tan malos son los letrados? Que si no hubiera letrados, no hubiera porfías; y si no hubiera porfías, no hubiera pleitos; y si no hubiera pleitos, no hubiera procuradores; y si no hubiera procuradores, no hubiera enredos; y si no hubiera enredos, no hubiera delitos; y si no hubiera delitos, no hubiera alguaciles; y si no hubiera alguaciles, no hubiera cárcel; y si no hubiera cárcel, no hubiera jueces; y si no hubiera jueces, no hubiera pasión; y si no hubiera pasión, no hubiera cohecho. Mirad la retahila de infernales sabandijas que se produce de un licenciadito, lo que disimula una barbaza, y lo que autoriza una gorra. Llegareis á pedir un parecer, y os dirán: Negocio es de estudio; diga vuesamerced que ya estoy al cabo; habla la ley en propios términos. Toman un quintal de libros, dánle dos bofetadas hácia arriba y hácia abajo, y leen de priesa, arremedando un abejón, luego dan un gran golpe con el libro patas arriba sobre una mesa, muy esparrancado de capítulos, y dicen: En el propio caso habla el jurisconsulto. Vuesamerced me deje los papeles; que me quiero poner bien en el hecho del negocio, y téngalo por más que bueno, y vuélvase por acá mañana por la noche; porque estoy escribiendo sobre la tenuta de Trasbarras, mas por servir á vuesamerced lo dejaré todo. Y cuando al despediros le quereis pagar (que es para ellos la verdadera luz y entendimiento del negocio que han de resolver), dice, haciendo grandes cortesías y acompañamientos: ¡Jesús, señor! Y entre Jesús y señor, alarga la mano, y para gastos de pareceres se emboca un doblon.

—No he de salir de aquí (dijo el nigromántico) hasta que los pleitos se determinen á garrotazos; que en el tiempo que por falta de letrados se determinaban las causas á cuchilladas, decían que el palo era alcalde, y de ahí vino: Júzguelo el alcalde de palo. Y si he de salir, ha de ser solo á dar arbitrio á los reyes del mundo que quien quisiere estar en paz y rico, que pague los letrados á su enemigo

para que lo embelequen y roben y consuman. Dime, hay todavía Venecia en el mundo?

—Sí la hay, dije yo; no hay otra cosa sino Venecia y venecianos.

—¡Oh! doyla al diablo (dijo el nigromántico) por vengarme del mismo diablo, que no sé que pueda darla á nadie sino por hacerle mal. Es república esa que mientras que no tuviere conciencia durará, porque si restituye lo ajeno no le queda nada. ¡Linda gente! la ciudad fundada en el agua, el tesoro y la libertad en el aire, la deshonestidad en el fuego; y al fin es gente de quien huyó la tierra, y son narices de las naciones y el albañal de las monarquías, por donde purgan las inmundicias de la paz y de la guerra; y el turco los permite por hacer mal á los cristianos, los cristianos por hacer mal á los turcos, y ellos por poder hacer mal á unos y á otros, no son moros ni cristianos; y así dijo uno dellos mismos en una ocasion de guerra, para animar á los suyos contra los cristianos: Ea, que ántes fuisteis venecianos que cristianos. Dejemos eso, y dime, hay muchos golosos de valimientos de los hombres del mundo?

—Enfermedad es (dije yo) esa de que todos los reinos son hospitales. Y él replicó:

—Antes casas de orates entendí yo; mas segun la relación que me haces, no me he de mover de aquí. Mas quiero que tú les digas á esas bestias que en albarda tienen la vanidad y ambición, que los reyes y príncipes son azogue en todo. Lo primero, el azogue, si le quieren apretar, se va; así sucede á los que quieren tomarse con los reyes más mano de lo que es razón. El azogue no tiene quietud; así son los ánimos por la continua mareta de negocios. Los que tratan y andan con el azogue, todos andan temblando; así han de hacer los que tratan con los reyes, temblar delante dellos de respeto y temor, porque si no, es fuerza que tiemblen despues hasta que caigan. ¿Quién reina ahora en España, que es la postrera curiosidad que he de saber; que me quiero volver á jigote, que me hallo mejor?

—Murió Filipo III, dije yo.

—Fué santo rey y de virtud incomparable (dijo el nigromántico), segun leí yo en las estrellas pronosticado.

—Reina Filipo IV dias há, dije yo.

—¿Eso pasa (dijo)? ¿Qué ya ha dado el tercero cuarto para la hora que yo esperaba? Y diciendo y haciendo subió por la redoma, y

la trastornó y salió fuera. Iba diciendo y corriendo: Más justicia se ha de hacer ahora por un cuarto que en otros tiempos por doce millones.

Yo quise partir tras él, cuando me asió del brazo un muerto, y dijo:

—Déjale ir; que nos tenia con cuidado á todos; y cuando vayas al otro mundo, di que *Agráges* estuvo contigo, y que se queja que le levanteis: *Agora ¿o veredas.* Yo soy *Agráges:* mira bien que no he dicho tal; que á mí no se me da nada que ahora ni nunca lo veáis; y siempre andais diciendo: *Ahora lo veredes, dijo Agráges.* Solo ahora que á tí y al de la redoma os oí decir que reinaba Filipo IV, digo que ahora lo veredes. Y pues soy *Agráges,* ahora lo veredes, dijo *Agráges.* Fuése, y púsoseme delante enfrente de mí un hombrecillo, que parecía remate de cuchar con pelo de limpiadera, erizado, bermejizo y pecoso.

—Dígote sastre, dije yo. Y él tan presto dijo:

—Oir que no pica, pues no soy sino solicitador, y no pongáis nombres á nadie. Yo me llamo *Arbálias,* y os lo he querido decir para que no andéis allá en la vida: Es un *Arbálias,* á unos y á otros, sin saber á quién lo decís.

Muy enojado, á mí se llegó un hombre viejo, muy ponderado de testuz, de los que traen canas por vanidad, un gran haz de barbas, ojos á la sombra muy metidos, frentaza llena de surcos, ceño descontento, y vestido que, juntando lo extraordinario con el desaliño, hacia misteriosa la pobreza.

PGRUIO

—Más despacio te he menester que *Arbálias,* me dijo; siéntate. Sentóse y sentóme; y como si le dispararan de un arcabuz, en figura de trasgo se apareció entre los dos otro hombrecillo, que parecía astilla de *Arbálias,* y no hacia sino chillar y bullir. Díjole el viejo con una voz muy honrada:

—Idos á enfadar á otra parte, que luego vendréis.

—Yo también he de hablar, decia; y no paraba.

—¿Quién es este? pregunté. Dijo el viejo:

—¿No has caido en quién puede ser? Este es *Chisgaravis.*

—Docientos mil destos andan por Madrid (dije yo); y no hay otra cosa sino Chisgaravises. Replicó el viejo:

—Este ancla aquí cansando los muertos y á los diablos; pero déjate deso, y vamos á lo que importa. Yo soy *Pedro,* y no *Pero Grullo,* que quitándome una *d* en el nombre, me hacéis el santo, fruta. Es Dios verdad que, cuando dijo *Pero Grullo,* me pareció que le via las alas.

—Huélgome de conocerte, repliqué. ¿Qué, tú eres el de las profecías que dicen de *Pero Grullo?*

—A eso vengo, dijo el profeta estantigua; deso habernos de tratar. Vosotros decís que mis profecías son disparates, y hacéis mucha burla dellas. Estemos á cuentas: las profecías de *Pero Grullo,* que soy yo, dicen así:

Muchas cosas nos dejaron
Las antiguas profecías:
Dijeron que en nuestros dias
Será lo que Dios quisiere.

Pues, bribones, adormecidos en maldad, infames, si esta profecía se cumpliera, ¿habia más que desear? Si fuera lo que Dios quisiere, fuera siempre lo justo, lo bueno, lo santo; no fuera lo que quiere el diablo, el dinero y la cudicia; pues hoy lo ménos es lo que Dios quiere, y lo más lo que queremos nosotros contra su ley; y ahora el dinero es todos los quereres, porque él es querido y el que quiere, y no se hace sino lo que él quiere; y el dinero es el Narciso, que se quiere á sí mismo, y no tiene amor sino á sí. Prosigo:

Si lloviere hará lodos;
Y será cosa de ver
Que nadie podrá correr

Sin echar atrás los codos.

Hacedme merced de correr los codos adelante, y negadme que esto no es verdad. Diréis que de puro verdad es necedad: ¡buen achaquito, hermanos vivos! La verdad ansí decís que amarga, poca verdad decís que es mentira; muchas verdades que es necedad. ¿De qué manera ha de ser la verdad para que os agrade? sois tan necios, que no habéis echado de ver que no es tan profecía de *Pero Grullo* como decís, pues hay quien corre echando los codos adelante, que son los médicos cuando vuelven la mano atrás á recibir el dinero de la visita al despedirse, que toman el dinero corriendo, y corren como una mona al que se lo da porque le maten.

El que tuviere tendrá,
Será el casado marido,
Y el perdido más perdido
Quién menos guarda y más da.

Ya estás diciendo entre tí: ¿Qué perogrullada es esta? *El que tuviere, tendrá* (replicó luego): pues así es; que no tiene el que gana mucho, ni el que hereda mucho, ni el que recibe mucho; solo tiene el que tiene y no gasta; y quien tiene poco, tiene; y si tiene dos pocos, tiene algo; y si tiene dos algos, más es; y si tiene dos mases, tiene mucho; y si tiene dos muchos, es rico; que el dinero (y llevaos esta doctrina de *Pero Grullo)* es como las mujeres, amigo de andar y que le manoseen y le obedezcan; enemigo de que le guarden; que se anda tras los que no le merecen, y al cabo deja á todos con dolor de sus almas, amigo de andar de casa en casa. Y para ver cuán ruin es el dinero (que no parece sino que ha sido cotorrera), habéis de ver á cuán ruin gente le da el Señor; y en esto conoceréis lo que son los bienes deste mundo, en los dueños dellos. Echad los ojos por esos mercaderes (si no es que estén ya allá, pues roban los ojos) mirad esos joyeros, que á persuasión de la locura venden enredos resplandecientes y embustes de colores, donde se anegan los dotes de los recien casados. ¡Pues qué si vais á la platería! No volveréis enteros. Allí cuesta la honra, y hay quien hace creer á un malaventurado se ciña su patrimonio al dedo; y no sintiendo los artejos el peso, está aullando en su casa. No trato de los pasteleros y sastres, ni de los roperos, que son sastres á Dios y á la ventura, y ladrones á diablos y desgracia. Tras estos se anda el dinero;;y no

tendrá asco cualquier bien aliñado de costumbres y pulido de conciencia de comunicarle ningún deseo?

—Esta profecía y las demás (dije yo) no las consideramos allá desta manera; y te prometo que tiene más véras de las que parecen, y que oidas en tu boca son de otra suerte. Y confieso que te hacen agravio.

—Pues, oye, dijo, otra:

Volaráse con las plumas,
Andaráse con los piés,
Serán seis dos veces tres.

Volaráse con las plumas. Pensáis que lo digo por los pájaros, y os engañais; que eso fuera necedad: dígolo por los escribanos y ginoveses, que estos nos vuelan con las plumas el dinero de delante. Y porque vean en el otro mundo que profeticé de los tiempos de ahora y que hay *Pero Grullo* para los que vivís, llévate este mendrugo de profecías; que á fe que hay que hacer en entenderlo. Fuese, y dejóme un papel en que estaban escritos estos rincones por este orden:

Nació viérnes de Pasión
Para que zahori fuera,
Porque en su dia muriera
El bueno y el mal ladrón.
Habrá mil revoluciones
Entre linajes honrados,
Restituirá los hurtados,
Castigará los ladrones.
Y si quisiere primero
Las perdidas remediar,
Lo hará solo con echar
La soga tras el caldero.
Y en estos tiempos que ensarto,
Veréis (maravilla extraña)
Que se desempeña España
Solamente con un Cuarto.
Mis profecías mayores
Verán cumplida la ley
Cuando fuere Cuarto el rey

Y cuartos los malechores.

Leí con admiración las cinco profecías de *Pero Grullo,* y estaba meditando en ellas cuando por detrás me llamaron. Volvíme, y era un muerto muy lacio y afligido, muy blanco y vestido de blanco, y dijo:

—Duélete de mí, y si eres buen cristiano sácame de poder de los cuentos de los habladores y de los ignorantes, que no me dejan descansar, y méteme donde quisieres. Hincóse de rodillas, y despedazándose á bofetadas, lloraba como un niño.

—¿Quién eres, dije, que á tanta desventura estás condenado?

—Yo soy, dijo, un hombre muy viejo, á quien levantan mil testimonios y achacan mil mentiras. Yo soy el *Otro,* y me conocerás; pues no hay cosa que no la diga el *Otro.* Y luego, en no sabiendo cómo dar razón de sí, dicen: Como dijo el *Otro.* Yo no he dicho nada, ni despego la boca. En latin me llaman *Quidam,* y por estos libros me hallarás abultando ringlones y llenando cláusulas. Y quiero por amor de Dios que vayas al otro mundo y digas como has visto al *Otro* en blanco, y que no tiene nada escrito y que no dice nada, ni lo ha de decir ni lo ha dicho, y que desmiente desde aquí á cuantos le citan y achacan lo que no saben, pues soy el autor de los idiotas y el texto de los ignorantes. Y has de advertir que en los chismes me llaman *Cierta persona,* en los enredos *No sé quién,* en las cátedras *Cierto autor,* y todo lo soy el desdichado *Otro.* Haz esto, y sácame de tanta desventura y miseria.

—Aun aquí estáis, ¿y no quereis dejar hablar á nadie? dijo un muerto hablando, armado de punta en blanco, muy colérico; y asiéndome de un brazo dijo: Oid acá, y pues habéis venido por estafeta de los muertos á los vivos, cuando vais allá decidles que me tienen muy enfadado todos juntos.

—¿Quién eres? le pregunté.

—Soy, dijo, *Calaínos.*

—¿*Calaínos* eres? dije; no sé cómo no estás desainado, porque eternamente dicen: Cabalgaba *Calaínos.*

—¿Saben ellos mis cuentos? Mis cuentos fueron muy buenos y muy verdaderos; y no se metan en cuentos conmigo.

—Mucha razón tiene el señor *Calaínos* (dijo otro que se allegó), y él y yo estamos muy agraviados. Yo soy *Cantimpalos;* y no hacen sino decir: El ánsar de *Cantimpalos,* que salia al lobo al camino. Y es

menester que les digáis que me han hecho de asno ánsar, y que era asno el que yo tenia, y no ánsar; y los ánsares no tienen que ver con los lobos; y que me restituyan á mi asno en el refrán; y que me le restituyan luego y tomen su ánsar: justicia con costas, y para ello, etc.

Con su báculo venia una vieja ó espantajo, diciendo: ¿Quién está allá á las sepulturas? Con una cara hecha de un orejon, los ojos en dos cuévanos de vendimiar, la frente con tantas rayas y de tal color y hechura, que parecia planta de pié; la nariz en conversación con la

barbilla, que casi juntándose hacian garra; y una cara de la impresión del grito; la boca á la sombra de la nariz, de hechura de lamprea, sin diente ni muela, con sus pliegues de bolsa á lo jimio, y apuntándole ya el bozo de las calaveras en un mostacho erizado; la cabeza con temblor de sonajas, y la habla danzante; unas tocas muy largas sobre el monjil negro; esmaltada de mortaja la tumba, con un rosario muy grande colgando, y ella corva, que parecia, con las muertecillas que colgaban dél, que venia pescando calaverillas chicas. Yo, que vi semejante abreviación del otro mundo, dije á grandes voces, pensando que sería sorda:

—¡Ah señora! ¡Ah madre! ¡Ah tia! ¿Quién sois? ¿Quereis algo? Ella entonces, levantando el *ab initio et ante saecula* de la cara, y parándose, dijo:

—No soy sorda, ni madre, ni tia; nombre tengo y trabajos, y vuestras sinrazones me tienen acabada. ¡Quién creyera que en el otro mundo hubiera presunción de mocedad, y en una cecina como esta! Llegóse más cerca, y tenia los ojos haciendo aguas, y en el pico de la nariz columpiándose una moquita, por donde echaba un tufo de cimenterio. Díjela que perdonase, y preguntóle su nombre. Díjome:

—Yo soy *Dueña Quintañona.*

—Qué, ¿dueñas hay entre los muertos? dije maravillado. Bien hacen de pedir cada dia á Dios misericordia más que *requiescant in pace,* descansen en paz; porque si hay dueñas meterán en ruido á todos. Yo creí que las mujeres se morían cuando se volvian dueñas, y que las dueñas no tenían de morir, y que el mundo está condenado á dueña perdurable, que nunca se acaba; mas ahora que te veo acá me desengaño; y me he holgado de verte, porque por allá luego decimos: Miren la *Dueña Quintañona,* daca la *Dueña Quintañona.*

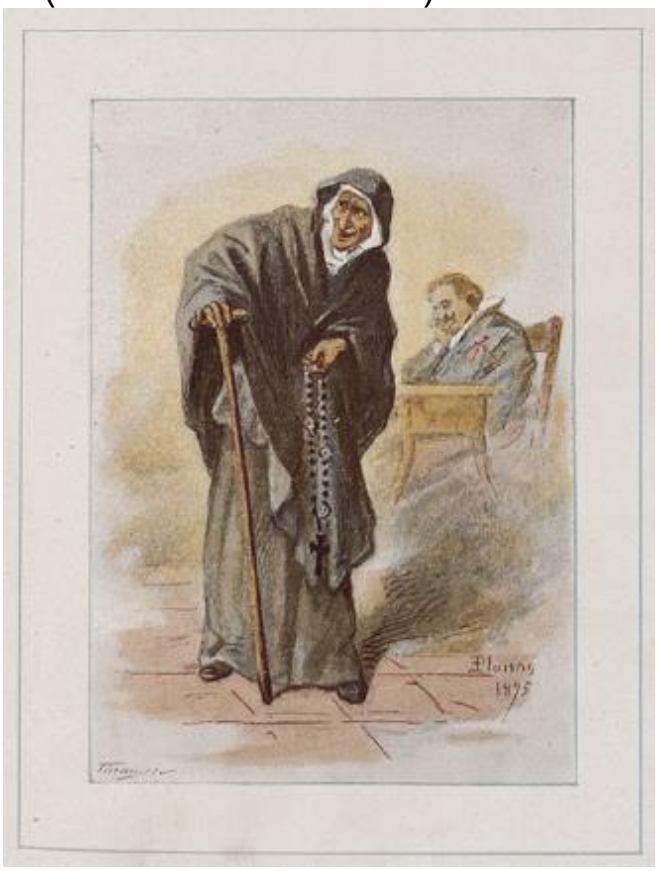
—Dios os lo pague y el diablo os lleve, dijo; que tanta memoria teneis de mí y sin habello yo de menester. Decid, ¿no hay allá dueñas de mayor número que yo? Yo soy *Quintañona;* ¿no hay deciochenas y setentonas? Pues ¿por qué no dais tras de las y me dejais á mí, que há más de ochocientos años que vine á fundar dueñas al infierno, y hasta ahora no se han atrevido los diablos á recibirlas, diciendo que andamos ahorrando penas á los condenados, y guardando cabos de tizones como de velas, y que no habrá cosa

cierta en el infierno? Y estoy rogando con mi persona al purgatorio, y todas las almas dicen en viéndome: ¿Dueña? no por mi casa. Con el cielo no quiero nada, que las dueñas, en no habiendo á quién atormentar y un poco de chisme, perecemos. Los muertos también se quejan de que no los dejo ser muertos como lo habian de ser, y todos me han dejado en mi albedrío si quiero ser dueña en el mundo; más quiero estarme aquí, por servir de fantasma en mi estado toda la vida, y sentada á la orilla de una tarima guardando doncellas que son más de trabajo que de guardar. Pues, en viniendo una visita, ¿aquel *Llamen á la dueña?* Y á la pobre dueña todo el dia le están dando su recaudo todos. En faltando un cabo de vela, *llamen A Alvarez, la dueña le tiene;* si falta un retacillo de algo, *la dueña estaba allí;* que nos tienen por cigüeñas, tortugas y erizos de las casas, que nos comemos las sabandijas. Si algún chisme hay, *alto á la dueña.* Y somos la gente más bien aposentada en el mundo, porque en el invierno nos ponen en los sótanos, y los veranos en los zaquizamíes. Y lo mejor es que nadie nos puede ver: las criadas, porque dicen que las guardamos; los señores, porque los gastamos; los criados, porque nos guardamos; los de fuera, por el *coram vobis* de responso, y tienen razón, porque ver una de nosotras encaramada sobre unos chapines, muy alta y muy derecha, parecemos túmulo vivo. Pues ¡cuando en una visita de señoras hay conjunción de dueñas! Allí se engendran las angustias y sollozos; de allí proceden las calamidades y plagas, los enredos y embustes, marañas y parlerías, porque las dueñas influyen acelgas y lantejas, y pronostican candiles y veladores y tijeras de despabilar. Pues ¡qué cosa es levantarse ocho viejas como ocho cabos de años, ó ocho sin cabo, ensabanadas, y despedirse con unas bocas de tejadillo, con unas hablas sin hueso, dando tabletadas con las encías, y poniéndose cada una á las espaldas de su ama á entristecerlas; las asentaderas bajas, trompicando y dando de ojos, adonde en una silla, entre andas y ataúd la llevan los picaros arrastrando! Antes quiero estarme entre muertos y vivos pereciendo, que volver á ser dueña: pues hubo caminante que preguntando dónde habia de parar una noche de invierno, yendo á Valladolid, y diciéndole que en un lugar que se llama Dueñas, dijo: Que si habia dónde parar ántes ó despues. Dijéronle que no, y él á esto dijo: Más quiero parar en la horca que

en Dueñas; y se quedó fuera, en la picota. Solo os pido, así os libre Dios de dueñas (y no es pequeña bendición, que para decir que destruirán á uno dicen que le pondrán cual digan dueñas, ¡mirad lo que es decir dueñas!); ruégote encarecidamente que hagas que metan otra dueña en el refrán, y me dejen descansar á mí, que estoy muy vieja para andar en refranes, y querría andar en zancos, porque no deja de cansar á una persona andar de boca en boca.

—Yo soy *Dueña Quintañona*

(Visita de los Chistes.)



Muy angosto, muy á teja vana, las carnes de venado, en un cendal, con unas mangas por gregüescos, y una esclavina por capa, y un soportal por sombrero, amarrado á una espada, se llegó á mí un rebozado y llamóme en la seña de los sombrereros.

—Ce, ce, me dijo. Yo le respondí luego. Llegúeme á él, y entendí que era algún muerto envergonzante. Preguntóle quién era.

—Yo soy el mal cosido y peor sustentado *don Diego de Noche.*

—Más precio haberte visto, dije yo, que á cuanto tengo. ¡Oh estómago aventurero! ¡Oh gaznate de rapiña! ¡Oh panza al trote! ¡Oh susto de los banquetes! ¡Oh mosca de los platos! ¡Oh sacabocados

de los señores! ¡Oh tarasca de los convites y cáncer de las ollas! ¡Oh sabañón de las cenas! ¡Oh sarna de los almuerzos! ¡Oh sarpullido del medio dia! No hay otra cosa en el mundo sino cofrades, discípulos y hijos tuyos.

—Sea por amor de Dios (dijo *don Diego de Noche*); que esto me faltaba por oir; mas en pago de mi paciencia os ruego que os lastiméis de mí, pues en vida siempre andaba cerniendo las carnes el invierno pollas picaduras del verano, sin poder hartar estas asentaderas de gregüescos; el jubón en pelo sobre las carnes, el más tiempo en ayunas de camisa, siempre dándome por entendido de las mesas ajenas; esforzando, con pistos de cerote y ramplones, desmayos de calzado; animando á las medias á puras sustancias de hilo y aguja, y llegué á estado en que, viéndome calzado de geomancía, porque todas las calzas eran puntos, cansado de andar restañando el ventanaje, me entinté la pierna y dejé correr. No se vió jamás socorrido de pañizuelos mi catarro, que afilando el brazo por las narices, me pavonaba de romadizo; y si acaso alcanzaba algún pañizuelo, porque no le viesen al sonarme, me rebozaba, y haciendo el coco con la capa, tapando el rostro, me sonaba á escuras. En el vestir he parecido árbol, que en el verano me he abrigado y vestido, y en el invierno he andado desnudo. No me han prestado cosa que haya vuelto: hasta espadas (que dicen que no hay ninguna sin vuelta), si todos me las prestasen, todas serian sin vuelta. Y con no haber dicho verdad en toda mi vida, y aborrecídola, decian todos que mi persona era buena para verdad desnuda y amarga. En abriendo yo la boca, lo mejor que se podia esperar era un bostezo ó un parasismo, porque todos esperaban el Deme vuesamerced,

présteme, hágame merced; y así estaban armados de respuestas. Y en despegando los labios, de tropel se oia: No hay qué dar, Dios le provea, cierto que no tengo, yo me holgara, no hay un cuarto. Y fui tan desdichado que á tres cosas siempre llegué tarde: á pedir prestado llegué siempre dos horas despues; y siempre me pagaban con decir: Si llegara vuesamerced dos horas ántes, se le prestara ese dinero. A ver los lugares llegué dos años despues; y en alabando cualquier lugar, me decian: Ahora no vale nada; ¡si vuesamerced lo viera dos años há! A conocer y alabar las mujeres hermosas llegué siempre tres años despues, y me decian: Tres años atrás me habia vuesamerced de ver, que vertia sangre por las mejillas. segun esto, fuera harto mejor que me llamaran *don Diego Despues,* que no *don Diego de Noche.* Decir que despues de muerto descanso, aquí estoy y no me harto de muerte: los gusanos se mueren de hambre conmigo, y yo me como á los gusanos de hambre, y los muertos andan siempre huyendo de mí, porque no les pegue el *don,* ó les hurte los huesos, ó les pida prestado. Y los diablos se recatan de mí, porque no me meta de gorra á calentarme, y ando por estos rincones introducido en telaraña. Hartos don Diegos hay allá, de quien pueden echar mano: déjenme con mi trabajo; que no viene muerto que luego no pregunte por *don Diego de Noche.* Y diles á todos los *dones* á teja vana, caballeros chirles, hácia-hidalgos y casi-dones, que hagan bien por mí, que estoy penando en una bigotera de fuego, porque siendo gentil-hombre mendicante, caminaba con horma y bigotera á un lado, y molde para el cuello y la bula en el otro; y esto y sacar mi sombra llamaba yo mudar mi casa. Desapareció aquel caballero visión, y dió gana de comer á los muertos; cuando llegó á mí con la mayor priesa que se ha visto un hombre alto y flaco, menudo de facciones, de hechura de cerbatana; y sin dejarme descansar, me dijo:

—Hermano, dejaldo todo presto, luego; que os aguardan los muertos que no pueden venir acá, y habéis de ir al instante á oírlos, y hacer lo que os mandaren sin replicar y sin dilación luego. Enfadóme la priesa del diablo del muerto, que no vi hombre más súpito, y dije:

—Señor mió, esto no es cochite hervite.

—Síes (dijo muy demudado): dígoos que yo soy *Cochitehervite,* y el que viene á mi lado (aunque yo no le habia visto) es *Trochimochi,*

que somos más parecidos que el freir y el llover. Yo, que me vi entre *Cochitehervite y Trochimochi,* fui como un rayo donde me llamaban.

Estaban sentadas unas muertas á un lado, y dijo *Cochitehervite:*

—Aquí está *doña Fáfula, Mari-Zápalos* y *Mari-Rabadilla.* Dijo *Trochimochi:*

—Despachen, señoras, que está detenida mucha gente. *Doña Fáfula* dijo:

—Yo soy una mujer muy principal.

—Nosotras somos (dijeron las otras) las desdichadas que vosotros los vivos traéis en las conversaciones disfamadas.

Por mí no se me da nada (dijo *doña Fáfula);* pero quiero que sepan que soy mujer de un mal poeta de comedias, que escribió infinitas, y que me dijo un dia: El papel, señora, tanto mejor me hallara en andrajos en los muladares, que en coplas en las comedias cuanto no lo sabré encarecer. Fui mujer de mucho valor, y tuve con mi marido el poeta mil pesadumbres sobre las comedias, autos y entremeses. Decíale yo que por qué cuando en las comedias un vasallo arrodillado dice al rey: *Dame esos piés,* responde siempre: *Los brazos será mejor.* Que la razón era en diciendo: *Dame esos piés,* res poder: *(Con qué andaré yo después?* Sobre la hambre de los lacayos y el miedo tuve grandes peloteras con él. Y tuve buenos respetos, que le hice mirar al fin de las comedias por la honra de las infantas, porque las llevaba de voleo, y era compasion. No me pagarán esto sus padres de las en su vida. Fuíle á la mano en los dotes de los casamientos para acabar la maraña en la tercera jornada, porque no hubiera rentas en el mundo. Y en una comedia, porque no se casasen todos, le pedí que el lacayo, queriéndole casar su señor con la criada, no quisiese casarse ni hubiese remedio, siquiera porque saliera un lacayo soltero. Donde mayores voces tuvimos, que casi me quise descasar, fué sobre los autos del Corpus. Decíale yo: Hombre del diablo, ¿es posible que siempre en los autos del Corpus ha de entrar el diablo con grande brío, hablando á voces, gritos y patadas, y con un brio que parece que todo el teatro es suyo, y poco para hacer su papel, como quien dice: ¡Huela la casa al diablo! Por vida vuestra, que hagais un auto donde el diablo no diga esta boca es mia; y pues tiene por qué callar, no hable; y que hable quien puede y tiene razón, y enójese en un auto; que aunque es la

misma paciencia, tal vez se indignó, y tomó el azote y trastornó mesas y tiendas y cátedras, y hizo ruido. Hícele que pues podia decir Padre eterno, no dijese padre eternal, ni Satan, sino Satanás; que aquellas palabras eran buenas cuando el diablo entra diciendo bú, bú, bú, y se sale como cohete. Desagravié los entremeses, que á todos les daban de palos, y con todos sus palos hacían los entremeses. Cuando se dolian dellos, duélanse (decia yo) de las comedias que acaban en casamientos, y son peores, porque son palos y mujer. Las comedias, que oyeron esto, por vengarse pegaron los casamientos á los entremeses, y ellos, por escaparse y ser solteros, algunos se acaban en barbería, guitarricas y cántico.

—¿Tan malas son las mujeres (dijo *Mari-Zápalos),* señora *doña Fáfula? Dona Fáfula,* enfadada y con mucho toldo, dijo:

—¡Miren con qué nos viene ahora *Mari-Zápalos!* Si vengo, no vengo, se quisieron arañar, y así se asieron, porque *Mari-Rabadilla,* que estaba allí, no pudo llegar á meterlas en paz; que sus hijos, por comer cada uno en su escudilla, se estaban dando de puñadas.

—Mirad, decia *doña Fáfula,* que digáis en el mundo quién soy. Decia *Mari-Zápalos:*

—Mirad que digáis cómo la he puesto. *Mari-Raba-dilla* dijo:

—Decidles á los vivos que si mis hijos comen cada uno en su escudilla, qué mal les hacen á ellos. ¡Cuanto peores son ellos, que comen en la escudilla de los otros, como *don Diego de Noche* y otros cofrades de su talle!

Apartóme de allí, que me hendía la cabeza, y vi venir un ruido de piullidos y chillidos grandísimos, y una mujer corriendo como una loca, diciendo:

—Fio, pió. Yo entendí que era la reina Dido, que andaba tras el pió Enéas por el perro muerto á la zacapela, cuando oigo decir:

—Allá va *Marta* con sus pollos.

—Válate el diablo: ¿y acá estás?;Para quién crias esos pollos? dije yo.

—Yo me lo sé, dijo ella, críolos para comérmelos, pues siempre decís: Muera *María* y muera harta. Y decildes á los del mundo que quién canta bien despues de hambriento, y que no digan necedades; que es cosa sabida que no hay tono como el del ahito. Decildes que me dejen con mis pollos á mí, y que repartan esos refranes entre

otras *Martas* que cantan despues de hartas; que harto embarazada estoy yo acá con mis pollos, sin que ande inquieta en vuestro refrán.

¡Oh qué voces y gritos se oian por toda aquella sima! Unos corrian á una parte y otros á otra, y todo se turbó en un instante. Yo no sabía dónde me esconder. Oíanse grandísimas voces que decian:

—Yo no te quiero, nadie te quiere; y todos decian esto. Cuando yo oí aquellos gritos dije:

—Sin duda es este algún pobre, pues no le quiere nadie: las señas de pobre son por lo ménos. Todos me decian:

—Hácia tí; mira que vá á tí. Y yo no sabía que me hacer, y andaba como un loco mirando dónde huir, cuando me asió una cosa (que apénas divisaba lo que era) como sombra. Atemoricéme, púsoseme en pié el cabello, sacudióme el temor los huesos.

—¿Quién eres, ó qué eres, ó qué quieres (le dije); que no te veo y te siento?

—Yo soy (dijo) el alma de *Garibay,* que ando buscando quién me quiera y todos huyen de mí; y teneis la culpa vosotros los vivos, que habéis introducido decir que el alma de *Garibay* no la quiso Dios ni el diablo; y en esto decís una mentira y una herejía: la herejía es decir que no la quiso Dios; que Dios todas almas quiere y por todas murió: ellas son las que no quieren á Dios; así que Dios quiso el alma de *Garibay* como las demás. La mentira consiste en decir que no la quiso el diablo.; Hay alma que no la quiera el diablo? No por cierto; que pues él no hace asco de la de los pasteleros, roperos, sastres ni sombrereros, no lo hará de mí. Cuando yo viví en el mundo, me quiso una mujer calva y chica, gorda y fea, melindrosa y sucia, con otra docena de faltas. Si esto no es querer el diablo, no sé qué es el diablo, pues veo, segun esto, que me quiso por poderes, y esta mujer en virtud dellos me endiabló, y ahora ando en pena por todos estos sótanos y sepulcros. Y he tomado por arbitrio volverme al mundo y andar entre los desalmados corchetes y mohatreros, que por tener alma todos me reciben; y así todos estos y los demás oficios deste jaez tienen el ánima de *Garibay.* Y decildes que muchos dellos, que allá dicen que el alma de *Garibay* no la quiso Dios ni el

diablo, la quieren ellos por alma y la tienen por alma, y que dejen á *Garibay* y miren por sí.

En esto desapareció con otro tanto ruido. Iba tras ella gran chusma de traperos, mesoneros, venteros, pintores, chicarreros y joyeros, diciéndola:

—Aguarda, mi alma. No vi cosa tan requebrada. Y espantóme que nadie la quería al entrar, y todos la requebraban al salir.

Yo quedé confuso cuando se llegaron á mí *Perico de los Palotes,* y *Pateta, Juan de las calzas blancas, Pedro por demás, el Bobo de Coria, Pedro de Urdemalas* (así me dijeron que se llamaban), y dijeron:

—No queremos tratar del agravio que se nos hace á nosotros en los cuentos y en conversaciones; que no se ha de hacer todo en un dia. Yo les dije que hacian bien, porque estaba tal con la variedad de cosas que habia visto, que no me acordaba de nada.

—Solo queremos, dijo *Pateta,* que veas el retablo que tenemos de los muertos á puro refrán. Alcé los ojos, y estaban á un lado el *santo Macarro* jugando al abejón, y á su lado el *santo Leprisco;* luego en medio estaba *san Ciruelo,* y muchas mandas y promesas de señoras y príncipes aguardando su dia, porque entonces las harian buenas, que sería el dia de *san Ciruelo.* Por encima dél estaba el *santo de Pajares y fray Jarro* hecho una bota, por sacristan junto á *san Porro,* que se quejaba de los carreteros. Dijo *fray Jarro* (con una vendimia por ojos, escupiendo racimos, y oliendo á lagares, hechas las manos dos piezgos, y la nariz espita, la habla remostada con un tonillo del carro):

—Estos son santos que ha canonizado la picardía con poco temor de Dios. Yo me queria ir, y oigo que decia el *santo de Pajares:*

—Ah compañero, decildes á los del siglo que muchos picarones que allá teneis por santos, tienen acá guardados los pajares; y lo demás que tenemos que decir se dirá otro dia.

Volví las espaldas, y topé cosido conmigo á *don Diego de Noche,* rascándose en una esquina; y conocíle y díjele:

—; Es posible que aun hay que comer en vuesamerced, señor don Diego? Y díjome:

—Por mis pecados soy refitorio y bodegon de piojos. Querría suplicaros, pues os vais, y allá habrá muchos, y acá no se hallan por

el bien parecer, que ando muy desabrigado, que me envieis algún mondadientes; que como yo lo traiga en la boca, todo me sobra, que soy amigo de traer las quijadas hechas jugador de manos, y al fin se masca y se chupa, y hay algo entre los dientes, y poco á poco se roe; y si es de lentisco es bueno para las opilaciones. Dióme grande risa y apartóme dél huyendo, por no lo ver aserrar con las costillas un paredón á puros corcovos.

Dando gritos y alaridos venía un muerto, diciendo:—A mí me toca; yo lo sabré; ello dirá; entenderémonos; ¿qué es esto? y otras razones tales.

—¿Quien es este tan entremetido en todas las cosas? Y respondiome un difunto:

—Este es *Vargas,* que como dicen: *Averigüelo Vargas,* viene averiguandolo todo. Topo en el

camino a *Villadiego,* el pobre estaba afligidisimo, hablando entre si; llamole y dijole:

—Señor *Vargas,* pues vuesamerced lo averigua todo, hágame merced de averiguar quién fuéron las de *Villadiego,* que todos las toman; porque yo soy *Villadiego,* y en tantos años no lo he podido saber ni las echo ménos; y querría salir si es posible deste encanto. *Vargas* le dijo:

—Tiempo hay; que ahora ando averiguando cuál fué primero, la mentira ó el sastre; porque si la mentira fué primero, ¿quién la pudo decir si no habia sastres? Y si fuéron primero los sastres, ¿cómo

pudo haber sastres sin mentira? En averiguando esto volveré; y con esto se desapareció. Venía tras él *Miguel de Vergas,* diciendo:

—Yo soy el Miguel de las negaciones, sin qué ni para qué, y siempre ando con un nó á las ancas. Eso nó, Miguel de *Vergas,* y nadie me concede nada; y no sé por qué ni qué he hecho. Más dijera, segun mostraba pasión, si no llegara una pobre mujer cargada de bodigos y llena de males y plañiendo.

—¿Quién eres (la dije), mujer desdichada?

—La *manceba del Abad,* respondió ella, que anda en los cuentos de niños, partiendo el mal con el que le va á buscar; y así dicen las empuñadoras de las consejas:

Y el mal para quien le fuere á buscar y para la *manceba del Abad.* Yo no descaso á nadie, ántes hago que se casen todos. ¿Qué me quieren, que no hay mal, venga por donde viniere, que no sea para mí? Fuese, y quedó á su lado un hombre triste, entre calavera y mala nueva.

—¿Quién eres, le dije, tan aciago, que (como dicen*)* para mártes sobras?

—Yo soy, dijo, *Mátalascallando,* y nadie sabe por qué me llaman así, y es bellaquería, que quien mata es á puro hablar, y esos son *Málalashablando;* que las mujeres no quieren en un hombre sino que otorgue, supuesto que ellas piden siempre. Y si quien calla otorga, yo me he de llamar *Resucílalascallando.* Y no que andan por ahí unos mozuelos con unas lenguas de portante, matando á cuantos los oyen, y así hay infinitos oídos con mataduras.

—Así es verdad, dijo *Lanzarote;* que á mí me tienen esos consumido á puro lanzarotar con si viene ó no viene de Bretaña; y son tan grandes habladores, que viendo que mi romance dice:

Doncellas curaban dél,

Y dueñas de su rocino,

han dicho que de aquí se saca que en mi tiempo las dueñas eran mozos de caballos, pues curaban del rocino. ¡Bueno estuviera el rocin en poder de dueñas! ¡El diablo se lo daba! Es verdad, y yo no lo puedo negar, que las dueñas por ser mozas, aunque fuese de caballos, se entremetieron en eso, como en otras cosas; mas yo hice lo que convenia.

—Crean al señor *Janzarote* (dijo un pobre mozo, sencillo, humilde y caribobo); que yo lo certifico.

—¿Quién eres tú, que pretendes crédito entre los podridos?

—Yo soy el pobre *Juan de buen alma,* que ni me ha aprovechado tener buen alma, ni nada, para que me dejen ser muerto. ¡Extraña cosa, que sirva yo en el mundo de apodo! Es *Juan de buen alma,* dicen al marido que sufre, y al galan que engañan, y al hombre que estafan, y al señor que roban, y á la mujer que embelecan. Yo estoy aquí sin meterme con nadie.

—Eso es no nada, dijo *Juan Ramos,* que voto á *tal,* que los criados me hicieron tener una gata. Más me valiera comerme de ratones, que no me dejan descansar: daca la gata de *Juan Ramos,* toma la gata de *Juan Ramos.* Y ahora no hay doncellita ni contadorcito, que ayer no tenia qué contar sino duelos y quebrantos; ni secretario, ni ministro, ni hipócrita, ni pretendiente, ni juez, ni pleiteante, ni viuda, que no se haga la gata de *Juan Ramos,* y todo soy gatas; que parezco á febrero; y quisiera ser antes *sastre del Campillo* que *Juan Ramos.* Tan presto saltó el *sastre del Campillo,* y dijo que quién metia á *Juan Ramos* con el sastre. Y él dijo que no mejoraba de apellido aunque mudaba de sexo. Pues dijeran el gato de *Juan Ramos,* y no la gata. Si dijeran, no dijeran, el sastre desconfió de las tijeras y fió de las uñas (con razón), y empezóse una brega del diablo. Viendo tal escarapela, íbame poco á poco, y buscando quien me guiase, cuando sin hablar palabra, ni chistar (como dicen los niños), un muerto de buena disposición, bien vestido y de buena cara, cerró conmigo. Yo temí que era loco y cerré con él; metiéronnos en paz. Decia el muerto:

—Déjenme á ese bellaco, deshonra-buenos: voto al cielo de la cama, que le he de hacer que se quede acá. Yo estaba colérico, y díjele:

—Llega y te tornaré á matar, infame, que no puedes ser hombre de bien: llega, *bribón.* ¡Quién tal dijo! No le hube llamado la mala palabra, cuando otra vez se quiso abalanzar á mí, y yo á él. Llegáronse otros muertos, y dijeron:

—¿Qué habéis hecho? ¿Sabéis con quién habiais? ¿A *Diego Moreno* llamais *bribón?* ¿No hallastes sabandijas de mejor frente?

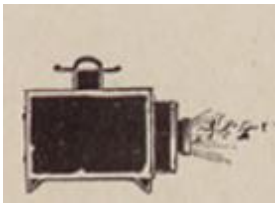
—¿Qué, este es *Diego Moreno?* dije yo. Enojóme más y alcé la voz diciendo: Infame, ¿pues tú hablas? ¿Tú dices á los otros deshonra-buenos? La muerte no tiene honra, pues consiente que este ande aquí. ¿Qué le he hecho yo?

—Entremés (dijo tan presto *Diego Moreno).* ¿Yo soy *bribón*, y otras bellaquerías que compusiste á él semejantes? ¿No hay otros Morenos de quien echar mano? ¿No sabías que todos los Morenos, aunque se llamen Juanes, en casándose se vuelven Diegos, y que el color de los más maridos es moreno? ¿Qué he hecho yo, que no hayan hecho otros muchos más? Pues ¿qué los ha movido á traerme por tablados? Yo fui marido de tomo y lomo, porque tomaba y engordaba: siete-durmientes era con los ricos, y grulla con los pobres, poco malicioso. Lo que podia echar á la bolsa no lo echaba á mala parte. Mi mujer era una picaronaza, y ella me disfamaba, porque dió en decir: Dios me le guarde al mi *Diego Moreno,* que nunca me dijo malo ni bueno. Y miente la bellaca, que yo dije malo y bueno ducientas veces. Y si está el remedio en eso, á los *bribonazos* que hay ahora en el mundo decildes que se anden diciendo malo y bueno á sus mujeres, á ver si les desmocharán las sienes y si podrán restañar el flujo del hueso. Lo otro: yo dicen que no dije malo ni bueno, y es tan al revés, que en viendo entrar en mi casa poetas, decia malo; y en viendo salir ginoveses, decia bueno; si vía con mi mujer galancetes, decia malo; si via mercaderes, decia bueno; si topaba en mi escalera valientes, decia remalo; si encontraba obligados y tratantes, decia rebueno. Pues ¿qué más bueno y malo habia de decir? En mi tiempo hacia tanto ruido un marido postizo, que se vendía el mundo por uno y no se hallaba. Ahora se casan por suficiencia, y se ponen á maridos como á sastres y escribientes. Y hay platicantes de cornudo y aprendices de maridería

—Para qué son esas humildades (dije yo) si fuiste el primer hombre que endureció de cabeza los matrimonios; el primero que crió desde el sombrero vidrieras de linternas; el primero que ingirió los casamientos sin montera? Al mundo voy solo á escribir de dia y de noche entremeses de tu vida.

—No irás esta vez (dijo), y asímonos á bocados, y á la grita y ruido que traíamos, despues de un vuelco que di en la cama, diciendo: Válgate el diablo ¿ahora te enojas? con esto me hallé en mi

aposento tan cansado y tan colérico como si la pendencia hubiera sido verdad, y la peregrinación no hubiera sido sueño. Con todo eso, me pareció no despreciar del todo esta visión y darle algún crédito, pareciéndome que los muertos pocas veces se burlan, y que gente sin pretensión y desengañada más atienden á enseñar que á entretener.



CASA DE LOCOS DE AMOR

CASA DE LOCOS DE AMOR

A don Lorenzo Vánder Hámmen y Leon, vicario de Jubiles

DISCURSO

UNA mañana de las de enero, señor don Lorenzo, que el frió y la pereza me embargaron el cuerpo en la -cama más de lo acostumbrado, consultando un pensamiento amoroso con la almohada (gran maestra de fábricas de viento), me hallé tan lejos de mí como cerca de un desengaño, que se me representó en la idea de la locura de amor. Parecióme oir aquel verso que Virgilio tomó de Teócrito:

Ah, Corydon, Corydon, quoe te dementia cepit?

Y sin ver por dónde fui llevado, me hallé en un prado más deleitoso y ameno que lo suelen mentir poetas de primera tonsura, que cursando los primeros años en las flores de los jardines, pasan luego á las Indias por tesoros, con que, segun piensan, enriquecen sus pobres papeles. Allí vi dos claros arroyos, uno de amargas, otro de dulces aguas, juntarse con tan sonoro murmurio, que lisonjeaban

los oídos de los que por su ribera pasaban; y vi que con esta agua templaba amor el oro de sus flechas, segun colegí de los oficiales ministros suyos que en esto se ocupaban. Por estas señas pensé que estaba en los celebrados jardines de Chipre; y ya quería buscar aquella memorable colmena de donde salió la abeja que se atrevió á picar al señor Cupido, y dió ocasion á Anacreonte á hacer aquella dulcísima oda. Y no pensaba mal, pues las mismas señas da el Poliziano en su Historia:

Sentesi un grato mortuorio dell'onde,
Che fan duo freschi e lucidi ruscelli,
Versando dolce con amar'liquore,
Ore arma l'oro de'suoi strali Amore.

Mas á esta sazón vi en medio del prado un maravilloso edificio, con una gran portada de fábrica dórica y de excelente artífice labrada. En los pedestales, en las basas, colunas, cornisas, capiteles, arquitrabes, frisos y demás partes de que se componía la fachada, estaban mil triunfos de amor imaginados, de medio relieve, que juntamente con muy graciosos brutescos hacían historia y ornato, y representaban misterio. Debajo del chapitel, en una bizarra tarjeta, se veian con letras de oro tallados estos versos:

Casa de locos de amor,
Do al que más sabe de amar
Se le da mejor lugar.

La variedad de piedras y diversidad de colores de que se componía la hacían vistosa mucho; era bien capaz, y estaban sus puertas abiertas siempre á todos los que por ella querían entrar, que eran infinitos. Hacia oficio de portero una mujer de rara hermosura: su rostro era celestial y hechizo de los hombres; su talle airoso, y su cuerpo bien proporcionado, adornado de ricas y costosísimas telas y joyas. Tal al fin era toda, que convidaba á amor y decia su nombre que era Belleza. A ninguno negaba el paso, ni la pedia ninguno más licencia que mirarla. Yo, que no era ciego, aficionado de tan peregrino palacio, con esta licencia me entré también al primer patio, donde hallé infinidad de gente, y á todos tan trocados de lo que ántes fuéron (y á mí con ellos), que apénas unos á otros se conocían: los trajes mudados, los rostros melancólicos, penados,

pensativos y amarillos (color de que amor viste sus criados). Díjolo Ovidio en su *Arte amandi:*

Palleat omnis amans: hic est color aptus amanti.

Y Horacio, oda 10, lib. 3:

Nec tinctus viola pallor amantium.

De donde el Camoens, en el canto 9 de sus *Lusiadas:*

As violas da cordos amadores.

Allí no se guardaba fe á los amigos, lealtad á los señores, ni respeto á los parientes. Las primas se hacían terceras, y estas primas; las criadas señoras, y los señores criados. Casadas vi amigas del más amigo de sus maridos, y aun maridos muy amigos del más amigo de sus mujeres. Esto estaba yo contemplando cuando por medio de todos atravesó un hombre de extraña forma, lleno de ojos y oídos, y al parecer astuto. Porque no me ganara por la mano, le quise preguntar primero yo quién era y qué hacia allí. A ambas cosas me respondió así:

—Mi nombre es Zelos; y muy bien me conocéis vos, porque á no ser así, no estuviérades en este patio. Yo, aunque soy grande parte de acrecentar el número de los enfermos y furiosos que aquí hay, soy loquero, y sirvo de castigarlos, no de curarlos; que ántes suelo acrecentarles el mal. Si quereis saber más de las cosas desta casa, no me lo preguntéis á mí, que por milagro digo verdad, porque dejo de ser quien soy en diciéndola. Soy gran invencionero, y contaros he mil mentiras. Aquel venerable anciano que allí se pasea muy apriesa es el administrador; él os informará (bien que á la larga) largamente de todo lo que quisiéredes. Con esto me dejó, y sin más detenerme llegué al viejo, y conocí ser el Tiempo. Pedíle me mostrase los cuartos de aquel palacio, que queria, como forastero, ver algunos locos mis compañeros. Mas porque, segun me dijo, andaba curando los enfermos, desde adonde estaba me los mostró, me dió licencia y me dejó ir solo.

Y apénas salí de aquel primer patio (donde los locos andaban barajados, y sin que se pudiese distinguir del manjar que era cada uno), cuando el primer cuarto que encontré era el de las doncellas; porque en lo más fuerte de la casa estaban las mujeres, como locos más furiosos, aprisionadas. Estaba en él una llorando de celos de una soltera, otra queriendo á un galan sin osárselo decir; otra escribiendo un papel con mil reveses, y con tantos tuertos como renglones; otra pidiendo una música á su amante, que es lo mismo que pedir dijese en la vecindad la pretendia; otra le estaba diciendo al suyo que era suya, pero que ni pretendiese más de la ni quisiese á otra: él decia que lo haria así, y ella lo creía. Unas querían casarse por amar, y otras á hombres casados (esas estaban apartadas con los incurables). Otras tenian requiebros, que llaman por las ventanas y quicios de puertas. Estas no eran locas, sino inocentes. Aquí no me atreví á detenerme mucho, porque corre un hombre riesgo entre esta gente; y el que más bien libra suele salir condenado á casamiento, que es tomar un arrepentimiento de por vida; y cuando esto no, á sufrir una misma mujer todo el año, sin redención deste

cautiverio. Tampoco osé hablar con ninguna, porque temí que luego habia de pensar estaba enamorado della; y así pasé al siguiente cuarto, que era el de las casadas.

A muchas destas tenian atadas sus maridos, y así no podían ejecutar las temas de sus locuras todas veces; si bien otras quebraban las prisiones, y eran más furiosas que las libres. Muchas andaban sueltas por el cuarto, no porque estaban libres, sino porque ellas lo eran. Unas quitaban á sus maridos....; y otras fingían romerías por ganar la gracia de sus galanes. Una vi que sufria de su marido unas sospechas averiguadas, porque fuesen horros, y á ella no la fuese nadie á la mano; y otra que hacia sus mangas con dar labor fuera. Unas iban al baño y se manchaban, y otras al confesor, por encontrar mártir. Algunas vengaban los pensamientos del marido con obras propias, que como dice un apasionado (Juvenal, sátira 13):

vindictâ
Nemo magis gaudet, quàm foemina.

Y el pagarse adelantado es para ellas la mayor venganza Entre toda esta máquina no estaban las que tenian los maridos en Indias, ó andaban en comisiones, porque todas vivían al fuero de solteras, y como conjuradas, no eran tenidas por miembros desta república.

El siguiente cuarto era el de las reverendas viudas, locas de ciencia y experiencia. Estas estaban todas muy graves, esto es, pesadísimas, y cada una daba en su tema, más á lo disimulado, pero no tanto que encubriesen el frenesí; porque á una de las vi que juntamente lloraba por el marido y reia con el amigo; otra muy tocada de sus tocas, y más de la vanidad, hacer grandes presentes, sin acordarse de los pasados. Muchas sin tocas ni monjil, discurrir por el cuarto tan compuestas, que disimularan fácilmente el ser simples con quien no las conociese; mas no faltó quien dijo eran viudas apóstatas, y que las tenia allí (á nuestro modo de hablar) la Inquisición. Otras, de bien diferente humor, estaban apostando á quién más larga traia la toca; y en algunas destas advertí que pudieran ahorrar de saya entera. Vi que todas las viudas pasantes eran las primeras que se enamoraban, por más puntos que tuviesen, y que las más mozas no esperaban á ser visitadas. Andaban por allí muchas devotas, y devotas de muchos con las

cuentas en las manos, cuenta con los bienes ajenos. Estas eran herejes de amor, y las más estaban penitenciadas con perpétuos ayunos... Otras traian tocas de gasa y nevadas con repulgos gordos, y su poco de moño ó copete, como antiguamente se decia. Estas ya se ve cuán ocasionadas estaban. Otras se ponian color, como si tuviesen vergüenza; y algunas se querian casar mil veces; al fin, cada loca estaba con su tema. Eran estas, entre todas, las más insufribles; porque como habia pocas mozas, y todas habian sido señoras de su casa y lo eran, cada una quería mandar, y así tenia harto que hacer con ellas el enfermero.

Desde este cuarto pasé al de las solteras; y vi que todas andaban más sueltas que las demás. Eran pocas las furiosas, y esas fáciles de sanar, y me dijeron habia cada dia en este cuarto locas nuevas, y muchas convalecientes; y que en la *casa de los locos del interés* habia muchas más destas que en la *de los de amor.* Algunas vi allí que se hallaran muy mejor con el cuarto, si fuera real, otras que desnudaban al hombre más honrado (bandoleras de poblado) por vestir al más pícaro, como el tal hubiese ganado nombre de bravo y caudal para coleto de ante y daga mayor de marca; y aunque es obra de misericordia vestir al desnudo, es obra de crueldad desnudar al vestido. Habia locas de extremado humor, perdidas por un poeta, y si este era cómico, rematadas, porque por lo menos las sacaba cada dia al tablado en estatua, y las hacia los cabellos de oro, los dientes de perlas, y todo el cuerpo de piedras preciosas; y que tenian por gusto verse en un romance en hábitos de pastoras, y

acompañar así á los muchachos que iban al mercado. Las perdidas por los que el mundo neciamente llama señores me cansaron grandemente, por ver no escarmentaban en tantas como infamaban cada dia por preciarse mucho de publicar sus empleos, y cuán arrastradas andaban de ordinario, ya en poder de la justicia, ya desterradas, ya emparedadas en las galeras, ya perseguidas de las propias mujeres; y que cuando más bien medraban, paraban en un convento contra toda su voluntad. Unas daban en comer barro por adelgazar, y adelgazaban tanto que se quebraban. Andaban estas más amarillas que las otras; pero ninguna como un oro. Muchas se quitaban años, y se daban buenos dias Una vi que ibaá un astrólogo á que la levantase una figura, y él la levantaba más de dos testimonios; otra se levantaba á ella la figura, pero con crecer los chapines. Cuál por parecer bien daba en afeitarse: esta era notable locura, pues desengañaba con lo que pensaba engañar. Cuál se enrubiaba algunos dias, y tal vez tanto que se la podia decir muy bien el epigrama de nuestro Baltasar de Alcázar:

Tus cabellos, estimados
Por oro contra razón,
Bien se sabe, Inés, que son
De plata sobredorados.

¡Qué de las se ponian cabelleras ó moños, como ellas las llaman! ¡Cuántas dientes, sebillos y mudas, aunque no tan mudas, que no decian á todos lo que eran! Y en efeto, algunas habia tan vestidas de plumas ajenas (que se precian de pelar), que si las despojaran dellas, quedaran tan ridiculas como la corneja de Horacio. Muchas tenian una madre vieja, aunque nunca lo hubieran sido, que mandaba hasta en la voluntad de la hija. La madre llamaba, y la hija escogia, y muy pocas destas guardaban la ley de amor, que ó las corrompía el interés ó el vicio. Díjolo galanamente un lucido poeta desta edad, y no poco conocido de todos:

Que el interés, de una alma apoderado,
Adormece del cuerpo las acciones
Y tiene el apetito encarcelado.

Por esta causa pues eran de todas las otras tenidas por herejes, y que se hacían locas por librarse. Salí de aquí, y hallé á los hombres muy cerca de las mujeres (pared en medio como dicen); y esta era

su mayor locura, no querer apartarse dellas, aunque con particular cuidado lo procuraba el administrador, por parecerle ser este el primer remedio que se les habia de aplicar; mas ellos despreciaban médico y medecina, y querían más su enfermedad que su salud, que como siente cierto acuchillado (Propercio, lib I):

Solus amor morbi non amat artificem.

Y así obstinados en este error, semejante mal, y pensaban que hacían bien; y otros que (aunque es peor) vian lo que hacían, y lo hacían. Así lo confiesa de sí un lisiado desta dolencia, Petrarca, en una canción:

Quel, ch' i fo veggio, e non m' inganna il vero
Mal conosciuto, ansi mi sforza Amore.

Y pegósele de otro que dijo de sí lo mesmo: Ovidio, 7, *Metamorph.:*

Quid faciam video: nec me ignorantia veri
Decipiet, sed amor.

No estaban los locos en cuartos diferentes, porque las acciones de cada uno decian á quien atentamente los mirase, su inclinación, su tema y su locura. ¡Cuántos vi muy galanes y sin camisa! ¡Cuántos con caballos para pasear y sin un cuarto para comer! ¡Cuántos que no tenian pan y los tentaba la carne! Uno iba á un discreto á que le notase los papeles, y otro le notaba que era un gran majadero. Otro queria enamorar por lindo, muy preciado de tufos y guedejas, manos blancas y pies chicos, siendo un Lucifer en la cara y con esfuerzo en el talle, sin saber que siempre quieren ellas ser las lindas de casa. Otro por lo valiente (gran personaje del trago y la tabaquera), no considerando que las más son medrosas. Unos vi que salian de noche á no más que á salir de noche; y otros que se enamoraban porque vian á otros enamorados. Este iba á todas las fiestas á enamorarse, haciéndolas dias de trabajo, y aquel andaba de casa en casa, como pieza de ajedrez, sin poder nunca coger la dama. Unos decian más que sentían, y otros sentían y no decian palabra. A estos locos mudos tuve gran lástima, y les aconsejara yo que se enamoraran de unos adevinos; mas como los locos nunca oyen, no les dije nada. Los desvanecidos se enamoraban de personas tan altas, que nunca las alcanzaban. Destos hay muchos en palacio, galanes obligados á enamorar las

mejores damas, sin más caudal que sus cuerpos gentiles, y cual ó cual faltilla personal que se les ve á tiro de arcabuz. Los desconfiados (gente de juicio y seso, y por la mayor parte necesitados) se pagaban de mujeres tan bajas, que los dejaban alcanzados. Vi á los liberales, que hacian todos los dias larguezas, que no las daban ni aun gusto; y á los lacerados, que hacian todos los dias de guardar, sin dejar holgar ninguno.

Los casados andaban todos con esposas; pero pocos por eso ménos furiosos. Unos destos, huyendo de sus mujeres, daban en las ajenas, y otros se hacian bravos porque los sufriesen; si bien algunas veces se hallaban engañados, y en lugar de leones fieros quedaban hechos mansos corderos; otros tenian por amigas las amigas de sus mujeres, y algunos por comadres á las madres de sus hijos.

Los viudos, escarmentados de la tempestad pasada, buscaban puerto á la puerta de quien los queria acoger, y muchos se casaban por el tiempo de su voluntad.

Los solteros acudían á todas partes. Aquí se enamoraban, allí pedian celos, aquí se los daban, allí se los quitaban. Mil pelones vi con pluma y mil desdichados con venturones. Unos concertaban mil desconciertos, y otros iban á la casa de la gula y á la de la lujuria. Entre tantos, lo que me admiró fué que ninguno negaba estaba loco, y no por eso lo dejaba de estar.

Los más músicos gastaban sus cuerdas con muchas locas. Los más poetas hacian sus coplas á quien les hacia la copla. Los más gentilhombres hacian sus diosas á quien eran odiosas, y los más discretos decían sus dichos á quien publicaba sus desdichas.

Andaban los aficionados por doncellas rondando calles de dia, contemplando ventanas de noche; unos hablando criadas porque los admitiesen por criados, otros cohechando dueñas porque los hiciesen dueños; llenas las faltriqueras de papeles, y los sombreros con más cordones de cabellos, cintas y anillos de azabache que tiene un buhonero. Loco habia destos que no habia hablado á su señora palabra, ni la podia ver sino tal y tal fiesta del año, conviene á saber, noche de Navidad, de Jueves Santo, de san Juan y la Porciúncula. A unos los entretenía una criada seis años con papeles de su letra, sin que ellos entendiesen la letra, valiendo con ellos como si fuera de cambio.

Los locos de casadas se preciaban de recatados, mas no por eso hacian menos locuras. Los más eran amigos de los maridos, y los ménos se guardaban mucho dellos, ó porque ellos no vian, ó no querían ver; y así, raros eran los que morían deste mal. Estos, ó daban meriendas en huertas, ó prestaban coches ó aposentos de comedia, que para el señor marido no faltaba una amiga que las llevase; y siempre ellos eran unos buenos hombres y lo creian todo.

De locos de viudas habia dos géneros: ó que eran queridos, ó que no lo eran. Estos libremente pretendían cautivarse, y aquellos tenian amor sin temor, si no era, cuando mucho, de cualquier pariente ó hermano. Pasaban su carrera á rienda suelta, y eran locos desenfrenados.

Los de monjas tenian mucho de necios ó algún poco de virtuosos, pero á unos y á otros los llamaban los demás, zánganos de amor. Unos estaban muy de véras enamorados, y otros iban siempre á misa á la iglesia del tal monasterio, que es lo que hay que desear en género de locura. Todos pasaban grandes desdichas, ya agradando á las viejas de casa, y á las freilas sargentas ó donadas que las servian, ya sufriendo una cruel tornera, ya en el torno la espuerta de las lechugas, las alcuzas del aceite y la cesta de los jarabes y purgas. A uno vi señalados los hierros del locutorio, y otro aquí tan perdido, que se pudiera decir dél, lo de Abenhámar:

A los hierros de una reja
La turbada mano asida.

Todos los locos de solteras eran muy apasionados desta enfermedad, aunque algunos de otras que suelen doler más, y aun

hacer astrólogos á sus dueños. Los más destos eran mocitos, hijos de vecino, cascabelillos, y luego se metian á pendencieros. Otros conquistaban con amor y dinero, y estos raras veces dejaban de vencer, porque peleaban con armas dobles, y para estas señoras las armas más fuertes y poderosas son las de Felipe, rey de España. Los extranjeros gastaban sus haciendas, por no temer quedarse en cueros; los naturales se reian dellos, y ellas de unos y otros.

Con este último género de locos rematé las diferencias que pude ver por entonces, y cuando más descuidado caminaba para otro cuarto, me hallé sin pensar en el primer patio, donde vi nuevas maravillas. Vi que por horas se aumentaba el número de los locos. Vi al Tiempo ponerse en medio de algunos amantes, y que ellos se iban mejorando. Vi á los Zelos castigar á los más confiados. Vi á la Memoria renovando llagas viejas, al Entendimiento encerrado en un aposento escuro, y á la Razón con una venda en los ojos. Divertíme algún tanto en esto; mas cansada la vista de tanta atención, volví á un lado, y vi un postigo muy pequeño, que apénas se podia salir por él, y que la Ingratitud y Sinrazón daban por allí libertad á algunos. Yo, por gozar de la ocasión, apresuré el paso, pretendiendo ser de los primeros, á tiempo que mi criado estaba á grandes voces llamándome, porque era ya muy entrado el dia. Con esto volví en mí y me hallé en mi cama, pero con algún pesar de haberme quedado en la casa de los locos, si bien con gran conocimiento de que amor y sus vasallos es todo locura; y confieso á vuesamerced que por lo que ahora veo más despierto, doy crédito á lo que entonces vi. Toda esta locura conocieron maravillosamente los antiguos, y muy bien Plauto cuando dijo *in prolog. Mere.:*

Sed amori accedunt etiam haec, quae dixi minus,
Insomnia, aerumna, error, terror, et fuga,
Ineptia, stultitiaque a de o, et temeritas,
Incogitantia, excors immodestia,
Petulantia, cupiditas et malevolentia;

y Séneca:

Amor fornae rationis oblivio est, et insaniae proximus;

y muchos más, que vuesamerced habrá leído y sabrá mejor; con que se puede confirmar por cierta la imaginación de mi fantasía.

De vuesamerced servidor y amigo,
EL DOCTOR CEBRIAN DE AMOCETE.

EL ENTREMETIDO

DELANTAL DEL LIBRO

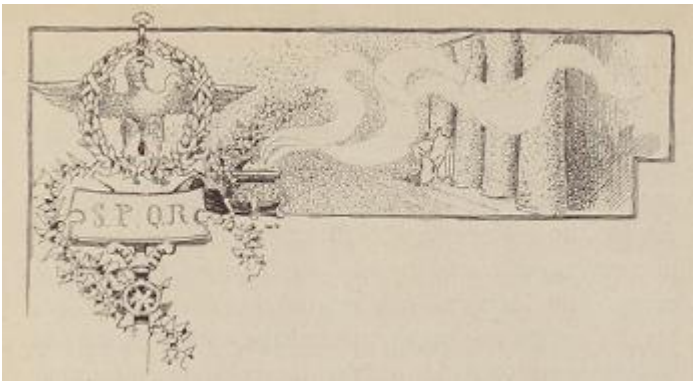
Y SÉASE PRÓLOGO, Ó PROEMIO QUIEN QUISIERE

ESTOS primeros renglones, que suelen, como alabarderos de los discursos, ir delante haciendo lugar con sus letores al hombro, pios, cándidos, benévolos ó benignos, aquí descansan deste trabajo, y dejan de ser lacayos de molde y remudan el apellido, que por lo ménos es limpieza. Y á Dios y á ventura, sea vuesamerced quien fuere, que soy el primer prólogo sin tú y bien criado que se ha visto, ó lea, ó oiga leer. Este es el discurso del *Entremetido y la Dueña:* si le pareciere que son una propia cosa, sea en buen hora; que ya sabemos que no hay entremetimiento sin dueña ni dueña sin entremetimiento. Ni se detenga vuesamerced en examinar qué género de animal es la triste figura de los estrados; y avergüéncese, pues en cosa tan menuda se atollan tan reverendas hopalandas y un grado tan iluminado y una barba tan rasa. Esta es de mis obras la quinta demonia, como la quinta esencia. No se escandalice del título; créame y hártese de dueña vuesamerced, que podría ser diligencia para excusarla. Si le espantare, conjúrela y no la lea ni la dé á los diablos; que suya es. Si le fueren de entretenimiento, buen provecho le hagan; que aquel sabe medicina que de los venenos hace remedios; y agradézcame vuesamerced que por mí le enseñan las dueñas, que chian y tientan. Si vuesamerced fuese murmurador, sería otro tanto oro que á puras contradiciones y advertencias me daria á conocer, y no ha de haber Zoilo, ni envidia, ni mordaz, ni maldiciente, que son el Sodoma y Gomorra, Datan y Aviron de la paulina de los autores. Y si fuere título quien leyere estos renglones, tráguese la merced, y haga cuenta que topó con un señor de

lugares por madurar, ó con un hermano segundo que no pide prestado; que suelen rapar á navajas las señorías.

CHISTE Á LOS BELLACOS PÍCAROS CON QUIEN HABLO

Tacaños, bergantes, embusteros, perversos y abominables, todo lo escrito en este discurso habla con vuestras vidas, muertes, costumbres y memorias: no hay que rempujar nada hácia los buenos. Lo que han de hacer es no tomarlo ninguno por sí, sino unos por otros; y con esto ellos quedarán por quien son, y mi libro será bienquisto de los propios que abrasa y persigue; y porque no me antuvie alguno, tomo por mí lo que me toca, que no es poco ni bueno. Dios los confunda, si perseveran.



EL ENTREMETIDO Y LA DUEÑA Y EL SOPLON

DISCURSO

del chilindron legítimo del enfado, ahora de don Francisco de Quevedo Villegas, caballero de la órden de Santiago; y limpio de manchas de traslados y descuidos de impresores, y afiadidas muchas cosas que faltaban.

SOLTÁRONSE en la caldera de Pero Gotero un soplon, una dueña y un entremetido, chilindron legítimo del embuste; y con ser la casa de suyo confusa, revuelta y desesperada y donde *nullus est ordo,* los demonios no se conocían ni se podian averiguar consigo mismos: los malditos se daban otra vez á los diablos; no habia cosa con cosa, todo ardia de chismes, los unos se metian en las penas de los otros. Mirad quién son entremetidos, dueñas y soplones, que pudieron añadir tormento á los condenados, malicia á los diablos y confusion al infierno. Pluton daba gritos, y andaba por todas partes pidiendo minutas y juntando cartapeles. Todo estaba mezclado, unos andaban tras otros, nadie atendía á su oficio, todos atónitos. El soplon le dijo que habia muchos diablos que no salian al mundo y se estaban mano sobre mano, y que otros no habian vuelto mucho tiempo habia. La dueña por otra parte andaba con un manto de hollín y unas tocas de ceniza, de oreja en oreja, metiendo cizaña. Decia que mirase por sí Pluton, que habia conjura para quitarle el

diablazgo, y que entraban en ella dos tiranos, tres aduladores, médicos y letrados, y mitad y mitad, y casi un ermitaño. No le quedó color al gran demonio cuando oyó decir el casi ermitaño. Parecióme á mí que lo daba todo por perdido. Calló un rato, y luego dijo:

—¿Ermitaño, letrados, médicos, tiranos? ¡qué confección para reventar una resma de infiernos con una onza! En esto que iba á visitar su reino, vió venir á sí el entremetido. Esto me faltaba, dijo. ¿Qué quieres contra mí? Y empezó á mosquearse dél con toda su persona; mas él venía vaciándose de palabras y chorreando embustes. Díjole muy allá de lo que algunos trataban de huirse del infierno, y que otros querían dar puerta franca para que entrasen unos mohatreros y hipócritas, con que el mundo estaba rogando á los demonios, y otras cosas, que si no se huye por no le sufrir, lo anega en embelecos y en cláusulas. El, viendo el alboroto forastero de su imperio, y advertido destos peligros, con su guarda y acompañamiento (que le sobran tudescos y alemanes para ella despues que Lutero y Calvino ladraron las almas de los ultramontanos) empezó la visita de todas sus mazmorras, para reconocer prisiones, presos y ministros. Iba delante el soplon haciendo aire, que atizaba y encendia sin alumbrar. La dueña en zancos de fuego se seguia, atisbando (como dicen los picaros) todo lo que pasaba. El entremetido, mirando á todas partes, no dejaba ánima sin gesto y reverencia. A cuál decia: Bésoos las manos. A cuál: ¿Es menester algo? Voseábase con los precitos, llamábase de tú con los verdugos y los dañados; á cada cortesía de las suyas decían: Oxte, más recio que á la llamarada. Más quiero fuego, decia una, otra le llamaba *añadidura á las penas,* otra *sobrehueso del castigo.* Estaba un testigo falso entre infinita caterva dellos, en lugar más preeminente que todos, hecho maestro de falsos testimonios como de capilla. Llevábales el dicho como el compás, y todos juraban á un són. Tenian los ojos en las faltriqueras, mirando lo que no veian, y en la cara por ojos dos bolsas de fuego. Y así como vió al entremetido, dijo el maestro:

—Por no verte me vine al infierno; y si advirtiera en que este habia de venir acá, fuera bueno, no por salvarme, sino por ir donde no podía entrar. En esto estábamos, cuando oímos gran tumulto de voces, armas, golpes y llantos mezclados con injurias y quejas.

Tirábanse unos á otros por falta de lanzas los miembros ardiendo, arrojábanse á sí mismos encendidos los cuerpos, y se fulminaban con las propias personas. No se puede representar tan rigurosa batalla. Uno andaba disparándose á todos; parecia emperador: la cabeza tenia coronada de laurel, el cuerpo lleno de heridas, el cuello lleno de sangre. Estaba cercado de senadores, que con almaradas afiladas mal se defendian de su rabiosa furia y cruel enojo. Llegó á él Pluton, y dando un trueno que hizo temblar todo el infierno, le dijo:

—¿Quién eres, alma, aun aquí presumida?

—Yo soy (le respondió) el gran Julio César, y despues que se desbarató y mezcló tu reino, di con Bruto y Casio, los que me mataron á puñaladas con pretexto de la libertad, siendo persuasión de la envidia y cudicia propia destos perros, el uno hijo y el otro confidente. No aborrecieron estos infames el imperio, sino el emperador. Matáronme porque fundé la monarquía; no la derribaron, ántes apresuradamente ellos instituyeron la sucesión della. Mayor delito fué quitarme á mí la vida que quitar yo el dominio á los senadores, pues yo quedé emperador y ellos traidores; yo fui adorado del pueblo en muriendo, y ellos fuéron justiciados en matándome. Perros (decia la grande alma de Julio César) ¿estaba mejor el gobierno en muchos senadores que lo supieron perder, que en un capitan que lo mereció ganar? ¿Es más digno de corona quien preside en la calumnia y es docto en la acusación, que el soldado, gloria de su patria y miedo de los enemigos? ¿Es más digno de imperio el que sabe leyes, que el que las defiende? Este merece hacellas, y los otros estudiallas. ¿Libertad es obedecer la discordia de muchos, y servidumbre atender al dominio de uno? ¿A muchas cudicias y ambiciones juntas llamais padres, y al valor de uno tiranía? ¡Cuánta más gloria será al pueblo romano haber tenido un hijo que la hizo señora del mundo, que unos padres que la hicieron con guerras civiles madrastra de sus hijos! Malditos, mirad cuál era el gobierno de los senadores, que habiendo gustado el pueblo de la monarquía, hicieron ántes Nerones, Tiberios, Calígulas y Eliogábalos que senadores. En esto Bruto, con voz turbada y rostro avergonzado, dijo á gritos:

—¡Ah senadores! ¿no oís á César? ¿Esa maldad añadís á las otras contra el príncipe, siendo autores de la maldad: culpar á quien

os creyó? Hablad, responded; con vosotros habla el divino Julio. Tales sois, que yo y Casio fuimos traidores porque os creímos. Y si en las repúblicas multiplicando dominios ejercistes la soberanía, la cudicia de repetir la primera dignidad os hizo negociar y no regir, ó la consideración de la suerte alternativa os amedrentó, para disgustar al que pudo tener alguno capaz del mismo puesto por pariente ó amigo.¿Qué pretendisteis con vuestro engaño ó nuestra traición? Responded á César; que nosotros padecemos castigo en nuestras afrentas. Uno de los senadores con sobrecejo severo, muy ponderado de facciones, con voz desmayada y trémula dijo:

—¿Qué habiais los príncipes, si Ptolomeo rey mató vilmente al gran Pompeyo por tu causa, á quien debía el reino que tenia? ¿Qué delito fué en los senadores matarte á tí para cobrar los reinos que nos arrebataste? ¿Desquitar á Pompeyo es maldad? Júzguenlo los diablos. Achillas mató al Magno por mandato de su rey, y era un bergante que comia de sus delitos. Más infame fuiste tú, que viendo la cabeza de Pompeyo lloraste; más traidor fué tu llanto que su espada; sentimiento mandado fué el tuyo; de la piedad hiciste venganza; más atroz fuiste mirándole muerto que venciéndole vivo: ojos hipócritas no han de estar en la primera cabeza del mundo: nosotros empezámos la restauración con tu muerte; no apresurámos la venida de Nerón; el pueblo no supo escoger. Tal fuiste, tirano, que de tu sangre salieron, como de imperio hidra, de una cabeza cortada doce. Tornáranse á embestir si Lucifer no mandara con amenazas que César se fuera á padecer los castigos de su confianza, despreciadora de avisos y advertencias, y á Bruto y Casio envió á que fuesen escándalo de las almas políticas, y á los senadores repartió entre Minos y Radamanto. Y nombrando infinitos

buenos consejeros en todos tiempos, los atormentaban, y cada letra de sus nombres era un tizón para aquellos malditos senadores. Cuando entendieron que todo estaba acabado, asomaron por un cerro unos hombres corriendo tras unas mujeres; ellas gritaban que las socorriesen, y ellos decian:

—Ténganlas. Mandólos Pluton asir.

—¿Qué es esto? preguntó; y uno dellos, muy asustado, dijo:

—Somos los padres sin hijos, y estas bellacas...

Díjole un diablo que hablase más bien criado y verdad, que padres sin hijos no podia ser.

Gran revolución se via en una sima muy honda de almas y diablos. Paróse la visita á entender lo que era; no se vió tal cosa jamás. Estaban atormentándose unos presumidos y otros vengativos y algunos envidiosos.

—Si yo volviera á nacer; si yo volviera á la vida; si muriera de dos veces. Los demonios estaban tan enfadados de oirlo, que les decian:.

—Ladrones, embusteros, infames, que estáis quebrándonos las cabezas con si volviérades á nacer, si volviérades á nacer mil veces, cada vez tornárades á morir peor, y á palos no os podremos echar de aquí. Mas para que se vea quién sois, ya tenemos orden para que volváis á nacer. Ea, picaños, alto á nacer, alto á nacer. Cosa extraña, que los malditos que tanto lo blasonaban, así como oyeron decir alto á nacer se consumieron, y afligidos y tristes se sepultaron en un silencio medrosos. Uno dellos, que parecia mas entendido, con mucho espacio, suspenso de cejas empezó á decir:

—*Deshonra, espanto y hastío salieran al paso de mi entrada a la vida, que no puede ser sin pecado, oscuridad y hediondez. No se llega sin encierro y opresion que dura y avergüenza: como de la leche cuajada y esprimida se forma el queso, Job lo dijo, así fui hecho. Anda, coagúlate otra vez. Prefiero hundirme donde estoy. Vuelva yo á nacer y mucho antes la porquería* será mi despensera; andaré sin saber lo que me hago; ántes de ver, lleno de antojos; para nacer traeré más dolores que el mal francés; saldré revuelto en la sábana de la posada, como quien da madrugón; lloraré porque nací, viviré sin saber qué es vida, empezaré á morir sin saber qué es muerte, envolveráme la comadre en mantillas, que me la jurarán de

mortaja; enjugaré los pechos de un ama. Aquí entra lo de tener la leche en los labios; pénenme en una cuna; si lloro llaman el coco, si duermo me cantan

Con la grande polvareda.

La mú llaman al sueño las mujeres, y el mú al que se duerme; pénenme un babador, cuélganme dijes, nácenme los dientes. Voto á tal por no aguardar eso, y unas viruelas y el palomino muerto, y que no me rasque: *ay el angélico* y *á ro, ro,* me esté en los infiernos siempre jamás. ¡Pues qué, si paso del sarampión, y ya mayor voy á la escuela en invierno, con un alambique por nariz, tomados todos los cabos del cuerpo con sabañones, dos por arracadas, uno á la jineta en el pico de la nariz, dos convidados á comer y cenar en los zancajos, llamando señor al maestro; y si tardo me toman á cuestas, y como si el culo aprendiera algo ó le encomendaran la licion, le abren á azotes! Maldito sea quien tal quiere volver á nacer.

Pues consideráos mancebos, acechados de *las pasioncs* en toda parte y sitiados de su apetito, haciendo vuestras vidas y vuestras almas alimento de su desorden. ¿Ahora habia yo de volver allá á calzar justo y andar mirándome á la sombra, trotando con los ojos las azuteas y los terrados, suspirando de noche, hecho mal agüero en competencia de las lechuzas, abrigando esquinas, recogiendo canales, adorando cabellos, y dando mi patrimonio por la cinta de un zapato, y llamar favor que me pidan lo que no tengo? ¡Oh maldito sea, sobre maldito, quien tal quiere volver á repasar! ¡Pues qué ya hombre, cargado de cuidados entre arrepentimientos y desengaños, empezando á sentir el monton de las enfermedades que la mocedad acaudaló, haciendo el noviciado para viejo, mandando entresacar canas al barbero, que mejor se puede llamar canario, introduciendo en jordan la navaja, diciendo que son lunares y achacándoselas á los trabajos, negando años á pesar de la jaqueca y dolor de muelas y ijada! ¡Pues qué se compara con haber de ser forzosamente hipócrita de miembros, y decir, cayéndome á pedazos: Nunca estuve para más; yo lo haré; aquí me las tengo; y otras cosas que cuestan caro á los que las dicen! Mas todo es burla con haber de estar enamorado y solicitar en competencia de los muchachos, retar á toda una mujer entera, y dejarla más amagada que harta, habiendo gastado la noche en achaques y en disculpas y en

requiebros vacíos, y ser forzoso ponerme colorado de que me digan: Dias há que nos conocemos, amigo viejo; y otras cosas así. Quien por esto pasare dos veces, puede echar á diablos con cuantos lo son. ¡Pues qué si la vida adrede porfía hasta que uno envejezca, y le labra de calavera, con calva de pié de cruz, cáscara de nuez por pellejo, jiba de *réquiem*, muletilla que vaya llamando á las sepulturas, sueño en pié, vejiga empedrada, y el músico de braguero que se sigue luego, que canta pronósticos, astrólogo de orinal; espiado de herederos, rondado de responsos, heredad de médicos, ocupacion de barberos y alegrón de boticarios, llamándome tio los labradores, agüelo los muchachos! Infierno vale más una vez que barriga dos. ¡Pues la gentecilla que hay en la vida y las costumbres! Para ser rico habéis de ser ladrón, y no como quiera, sino que hurtéis para el que os ha de envidiar el hurto, para el que os ha de prender, para el que os ha de sentenciar, y para que os quede á vos. Si quereis ser honrado, habéis de ser adulador y mentiroso y entremetido. Si quereis medrar, habéis de sufrir y ser infame ……. Para ser valiente, habéis de ser traidor y borracho y blasfemo. Si sois pobre, nadie os conocerá; si sois rico, no conoceréis á nadie. Si uno vive poco, dicen que se malogra; si vive mucho, que no siente. Para ser bien quisto, habéis de ser mal hablado y pródigo. Si se confiesa cada dia, es hipócrita; si no se confiesa, es hereje; si es alegre, dicen que es bufón; si triste, que es enfadoso. Si es cortés le llaman zalamero y figura; si descortés, desvengorzado. ¡Válate el diablo por vida y por vivo! No volviera por donde vine por cuanto tiene el mundo. Renegados precitos, habiéndome oido, ¿hay alguno de vosotros que quiera volver al nacer por donde vino, y recular la vida hasta el vientre de su madre?

—Nones, nones, decian todos: infierno, y no mamá; diablos, y no comadres. Solo uno, mal encarado, barbinegro, cara salpicada y zurdo, dijo:

—Yo quiero volver, no por tornar á vivir, sino porque me estoy atormentando aquí con la memoria de los picaros, y mentirosos y enredadores, que en la vida me contaban mentiras, y yo de puro cortés callaba, y ellos quedaban muy ufanos de que yo los habia creído. Y voto á tal, que no creí á nadie nada, y piensan los bribones guiñapos que los creí. Don Fulano, que me dijo muy estirado de cejas: Por la misericordia de Dios, señor mió, puedo decir que en mi vida he pedido nada á nadie; y el ladrón decia verdad, porque pedia algo; que nada no se pide; y porque él no pedia, sino tomaba, era una demanda con don y tenia más deudas que Eva, y nadie le prestó dineros que no prestase paciencia, y era á puras trampas ratonera, y decia que nó..... Y el tenderéte, vendiéndome fidalguía, más grave que mil quintales, y más cansado que yo dél, me decia que todos los otros eran judíos, y sé yo que su padre se murió de asco de un torrezno, y que su merced anda de mala con la pascua de Resurrección, y que en los caniculares echa en remojo toda su casa porque no se le encienda; y voto á tal, que sé yo que guarda su dinero y la ley de Moisés. El dice que espera un hábito, yo digo que al Mesías. Pues el bellaco, pícaro, chancero, que con su á Dios gracias por empuñadura, muy entornado de ojos, con su cabeza torcida remedando su intención, me decía: Yo, señor, me como tres mil ducados de renta limpios de polvo y paja, estos sin joyas y menaje y algún contantejo, y todo es de mis amigos; que á mí no me engorda sino lo que doy; que si hoy cobrase lo que me deben... mas al fin... Y entre chillido y suspiro remata sacudiendo los huesos á manera de temblor. Pensó el mohatrero ganapan que yo le entendí así; y otros mil infiernos padezca yo si cuando me lo estaba diciendo no me daban vuelcos de susto dos reales que tenia en la faltriquera,

de miedo de sus embestiduras, y que me rezumaba de mientes por los ojos. Sé yo que si le prestan las espadas todas, no tendrán vuelta con decir que no hay ninguna sin ella, y aun el dia de san Antón en su poder no tendrá vuelta lo que le dan: aunque sea viejo, nunca es traido, sino llevado. El no paga nada, mas todo lo pagará con las setenas. Vendióseme el picarillo muy acicalado de facciones, muy enjuto de talla, muy recoleto de traje, pisador de lengua, haciendo gambetas con las palabras y corvetas con las cejas, cara bulliciosa de gestos y misteriosa de ceño, por gran ministro, hombre severo, y de lo que llaman de adentro, plático de arriba. Decíame: ¿Qué hay de nuevo por este lugar? porque yo dijese: ¿Quién lo sabe como vuesamerced? Y al punto muy esparrancado de ojos decia: No hay sino dejar correr. Dios lo remedie, que tal y cual, lo del camino carretero: sí por sí, nó por nó; y al decir ello dirá, ponia una boquita escarolada como le dé Dios la salud, y zurcíame un embuste á la oreja cada dia. Harto estoy de decirlo; mi parecer dije, y con eso cumplo, lo demás Dios lo haga; pues esto no es nada; presto se verán grandes cosas. Y hablaba unas palabras con la barriga á la boca de puro preñadas. Yo las oía en figura de comadre, y con tanto se despedía de mí, diciendo: Si algo se ofreciere, amigos tenemos arriba; ya vuesamerced sabe qué sabe Caratulilla, matachin de palacio, títere de arriba como Caramanchel. Lo que yo sabía era que andabas remedando privanzas, y contrahaciendo validos, y copiando ministros, pasando á escuras favores chanflones entre pretendientes y pleiteantes, imitando lisiones por lisonjear, y todo el año trasladando de los poderosos y validos ajes, barbas, meneos, tonillos, figuritas y escorzados, apareciéndote por las escaleras, entrándote en las audiencias, y siendo para todo el lugar fin de paulina. Este tengo en los huesos: que no me le sacarán con unciones. Déjenme volver al mundo, andaréme tras este muñeco hecho de andrajos de toda visión, diciendo á gritos á los que se llegan á él: Ox, que no pica; y no lo dejen por decir, que siendo condenado no he de ir á hacer tan buena obra á todos; que yo no lo hago sino por hacérsela muy mala á él y derrengalle la hipocresía.

Entretenidos tuvo esta gente á todos. Estábase Pluton embobado oyéndolos. Vino el soplon, abanico del infierno, resuello de las culpas, y dijo á Pluton señalándosele:

—Aquel demonio que allí va despeado acaba de llegar del mundo, y há veinte años que no ha venido. Mandóle llamar; llegó muy congojado.

—¿Cómo te has atrevido (le preguntó) á faltar de aquí tanto tiempo sin venir á dar cuenta, ni traer alma alguna ni avisar de nada, y diablo me soy? El diablo le dijo que no le reprendiese antes de oirle; que quien condena no oyendo la parte, puede hacer justicia, mas no ser justo.

—Óigame vuesa diablencia, decia. Señor, yo recibí en guarda un mercader: los diez años le estuve persuadiendo que hurtase, los otros diez que no restituyese. Dióse Pluton una gran palmada en la frente, y dijo:

—¡Miren qué traza de diablo esta! Ya no es el infierno lo que solia, y los demonios no valen sus orejas llenas de agua. Y volviéndose al diablillo, le dijo: Mentecato, con los mercaderes hase de gastar el tiempo, y ese muy poco, en persuadirles á que hurten; pero en hurtando, ellos se tienen cuidado de no restituir. Este es tonto y no sabe lo que se diabla. Llamó un ministro, y dijo:

—Lleva ese demonio, y ponle pupilo de algún mal juez, donde aprenda á condenar; que este se debe haber alquilado en los autos para diablo.

Grande rumor y vocería se oyó algo apartada: parecia que se porfiaba entre muchos sin orden y con enojo. Estaban en diferentes corrillos; en algunos eran modestas las réplicas, en otros se mezclaban injurias y afrentas. Habia quien, encendiendo la pasión, acompañaba con armas sus razones. Víanse golpes, heridas, y

cuanto más se llegaba la visita, más de cerca se conocían los movimientos precipitados del enojo. Esto puso más cuidado en los pasos, mas no fué tan apresurado, que cuando llegámos ya la ira lo habia mezclado todo, y sin orden se despedazaban unos á otros. Las personas eran diferentes en estado, mas todos gente preeminente y grande: emperadores y magistrados y capitanes generales. Suspendiólos la voz del príncipe de las tinieblas; volvieron todos á él, padeciendo tormento en no ejecutar unos el odio y otros la venganza. El primero que allí habló fué un hombre señalado con grandes heridas, y alzando la voz dijo:

—Yo soy Clito.

—Más honrado soy, dijo otro que estaba á su lado, y he de hablar primero. Oye al emperador Alejandro, hijo de Dios, señor de los mundos, miedo de las gentes, magno y máximo, y no acabara de insertar epítetos y blasones de su locura si no le dijera el fiscal que callase; que ya aquel papel le habia representado en la vida, y que acabada la comedia del mundo era ya reo acusado.

—Hable Clito; y él, que tenia gana, despejando mal la risa de su sentimiento, dijo:

—Yo, señor, fui gran privado deste emperador, que para ver cuán poco caso hacen los dioses de las monarquías de la tierra, basta ver á quién se las dan. Hicieron á este maldito insensato, de quien la soberbia aprendió furores, señor de todo, con título de rey de los reyes. Persuadióse que era hijo de Dios; á Júpiter Ammon llamaba padre, y por autorizarse con el sello de Júpiter se introdujo en testa de carnero y se rizó de cuernos, y no falta sino torearle en las monedas y llamarse Alejandro morueco. En balde porfiaban en él las pasiones naturales, tan doctas en desengañar la presunción humana: dióle lo que tuvo la fiereza, hízole grande la temeridad, creció del robo, no era capaz de advertencia. Presento por testigo al filósofo envasado, vecino de una tinaja, que le tuvo por bufón y se rió de verlo, y para la vuelta le dijo, estorbándole el sol que le calentaba: No me quites lo que no me puedes dar. Yo le serví en lo que me mandaba, y no me dió la privanza mi obediencia diligente, sino el entender él que yo sería partícipe de sus insultos, séquito de sus locuras, y aumento de sus adulaciones. Yo (¡desdichado de mí!) quise tener lástima dél; atrevíme á ser leal al tirano (esto que no es

nada), y viéndole desacreditar las cosas de su padre Filipo y desnacerse, con la lengua y las obras, de tan gran príncipe que le dió el ser, desengañábale de la divinidad. Traté de que descornase su descendencia; referíale los esclarecidos hechos y virtudes de su padre, entre muchos que adorándole con incienso, le decían que era hijo Dios; y habia adulador que le aseguraba de vista la generación divina, y consejero que por línea recta de varón le hallaba mayorazgo del cielo y heredero forzoso del rayo y el trueno. Yo le hacia tales recuerdos de las cosas de su gran padre, que le decia: Poco le falta á esta descendencia para divina. Pues para ver quién fué este desatinado tirano y cuál su violencia, por testigo de su grandeza, por voz de las alabanzas de su padre, con sus propias manos me mató á puñaladas, mas él murió en la mesa y vivió en la guerra. Concertadme estas medidas. Su maestro, de quien no quiso aprender á vivir, enseñó con qué le matasen, y una uña de asno disimuló el veneno, y él se quedó cornudo, sin Dios, sin reino y sin vida. A mí me dió el fin que he dicho por lo que habéis oido, y á Abdolonymo, monda-pozos, estándolos mondando le hizo rey de Sidonia, no por ensalzar la virtud, sino por mortificar con afrenta la soberbia de los nobles de Persia despues de la muerte de Darío. Topóme aquí con él, porque los privados que ha habido en el mundo nos juntamos á tomar satisfacción de nuestros príncipes, y díjele que dónde habia dejado lo de Dios, y que si estaba desengañado; y en razón desto nos asimos cuando llegaste. Matóme porque alabé á su padre. Mira lo que es delito digno de muerte en un tirano, siéndolo solo en el padre haberle engendrado. A Parmenion y Filótas, sus privados, también los mandó matar, aunque le adoraban y tenian por hijo de Júpiter. A Amyntas, su prima, y á su madrastra y hermano, y á Callísthenes, su privado, mandó matar. De suerte, oh Pluton, que el delito es ser privado, no ser malo ni bueno, y es como lo que pasa en la vida humana, que todos mueren de hombres, y no de enfermos; que ese es achaque.

—¿Ahora sabes, dijo Pluton, que la privanza es tropezon y todo príncipe zancadilla; que los tiranos lo aborrecen todo: á lo bueno porque no es malo, y á lo malo porque no es peor? ¿Qué privado han hecho que no le hayan precipitado? ¿Qué digo? Acuérdeseos de la emblema de la esponja: todos sois esponjas de los príncipes;

déjanos chupar hasta que estáis hinchados, y luego os exprimen y sacan el sumo para sí. A estas razones se oyó grande alarido, y llegándose á Lucifer un hombre blanquecino, desangrado, viejo, y venerable y digno de respeto, dijo:

—Parece que hablan conmigo esas razones de la esponja, por los muchos tesoros y riquezas que tuve. Yo soy Séneca, español, maestro y privado de Nerón. Los desperdicios de su grandeza cargaron mi ánimo, no le llenaron. En recibir lo que me dió sin pretenderlo no fui codicioso, sino obediente. Quiere el príncipe en honras y haciendas mostrarse magnánimo, generoso y agradecido con un privado. Contradecir al príncipe tales demostraciones es desamor y atención á la utilidad propia; pues rehusarlas es querer que el acto de virtud sea el suyo, y preferir la admiración de la modestia y templanza del criado á la esclarecida generosidad del príncipe. Recibir el valido lo que el príncipe le da es querer que se vea su grandeza ántes que la virtud y humildad propia, y dar luz á la virtud del príncipe es el más reconocido vasallaje que puede darle un vasallo. Dióme Nerón cuanto es decente á tal príncipe: el precio y mérito desto fué la enseñanza; permitía tantos bienes la demostración de premio, no la presunción de hacienda ni el desvanecimiento de patrimonio; no emperezó el tesoro darme conocimiento del séquito que tiene forzoso en la envidia, que ejecutiva me procesaba por las calles, afirmando que persuadía á otros el desprecio de los tesoros por desembarazar de competidores la sed mia de riquezas. Yo vi adolecer mi opinion y enfermar mi buena dicha, no mi culpa, sino mi crecimiento, porque el escándalo no está en el que priva, sino en todos los que no privan; y nunca puede ser bienquisto de todos quien tiene, puesto que los que son como él desean para sí, y los que no, para otro en quien tengan más afianzada la medra. Determiné, adestrado con estas consideraciones, desembarazar mi ánimo y descansar de todos estos odios: fuíme al príncipe, y volvíle cuanto me habia dado; y porque la restitución fuese cortés y no grosera, la acompañé con palabras que Tácito refiere y mejora, persuadiéndole á que en darme tanto caudal se mostró espléndido, y en recibirlo prudente, pues mostraba que lo habia dado al benemérito, pues lo sabía despreciar. Yo tuve tan grande amor al príncipe, que no acobardaron

mi buen celo las amenazas de su condicion; batalla, no comunicación era conmigo la suya, segun las grandes contradiciones con que siempre le disgustaba. No acallaron mi verdad su locura ni su fuerza, ni ménos derramó sangre que á mi reprensión se adelantase el desvelo de la conciencia. Mató á su madre, quemó á Roma este que despobló todo el imperio de beneméritos con el cuchillo; y estas cosas pudieron persuadir á Pisón la conjuración, que se llamó de su mismo nombre pisoniana, muy bien propuesta, pero mal callada, donde murieron los mismos que habian de matar. Son pasos de la Providencia el guardar al tirano del peligro de la vida, por no venir colmado de las muchas afrentas y desesperación que merecía. Aseguróse el príncipe destos, pero no de sus vicios, y luego al punto mandó matar á Lucano porque era mejor poeta que él, y á mí también me dió á escoger muerte; mas eso no lo hizo por piedad, ántes bien fué fuerza mañosa, pareciéndole á él que la padeceria muchas veces repetida en la elección della, y que padeceria la que escogiese con el efecto, y las que dejase con el miedo que las rehusaba. Yo, metido en un baño, cortadas las venas, me despaché para este puesto que hoy tengo, donde este maldito aun no se harta de crueldades y lee cátedra de martirios á los diablos. En el Senado, cuando mató á su madre, hicieron votos y sacrificios públicos, y osaron adularle con las aras y los templos; y cuando se difirió de la conjura de Pisón, hicieron lo mismo por la salud del príncipe, y mandaron que al mes de abril en honra suya le llamasen Nerón. ¡Mirad qué senadores, que luego le sentenciaron á muerte ellos propios siendo su príncipe, y le hicieron morir como merecia porque los creyó! Mas los senadores malos muchas veces aconsejan al príncipe lo que le pueden acusar:

Carus erit Verri, qui Verrem tempore, quo vult,
Accusare potest (Juvenal, sát. III).

Y hubo alguno que en viendo propuesta alguna gran maldad, deseaba que todos sus compañeros fuesen justos y santos, solo porque su bellaquería fuese única y su iniquidad el apoyo de la perdición. Levantáronse Quinto Haterio y Marco Escauro diciendo:

—Y esos que tú acusas, ¿bastaron á profanar tantos grandes senadores cuyo ánimo nunca temió los peligros de la verdad ni las amenazas de los príncipes? Los malos ministros se escriben, y se cuentan, y se maldicen: todo para imitarlos. De los buenos nadie hace memoria, porque el bien no se aprende, y el mal se pega, de la manera que un enfermo pega el mal á veinte sanos, y mil sanos no pegaron jamás salud á un doliente. Nerón, ceñudo y con los ojos en el suelo, la voz delgada y temerosa, dijo:

—Saber más que el príncipe el privado y maestro es necesario, y conveniente disimularlo con el respeto. Presumir con el príncipe esta ventaja es delito: pues ¿qué será porfiar á confiar el criado á su señor á que sabe más que él? En tanto que me enseñaste á mí con lo más que sabías, te preferí en todo, y fué estimación de tu prudencia mi imperio, y llegó á escándalo del mundo. Luego pasaste á enseñar á todos que sabías más que yo: cosa que debiste excusar, y aquí fué mi enojo; y quiero ántes sufrir lo que padezco, que privado que hace caudal de mi descrédito; y si no, díganlo todos esos príncipes. Y dió voces: ¡Ah reyes!; ha pasado algún privado vuestro más adelante, en llegando á presumir en sí suficiencia y discurso superior al vuestro? En tanto que los pueblos creen que el

príncipe tiene talento y que obra por sí, se sustenta el privado que lo persuade; mas en desarrebozándose la verdad y en desmayando el engaño, muere súpito todo valimiento. Decid si esto es así; y á una voz dijeron todos:

—Nó, nó, ni pasará adelante de aquí á la fin del mundo; que así dejámos tomada la palabra á nuestros sucesores y encargada esa acusación á la envidia.

—¿Qué tengo yo que ver con eso, dijo Seyano, que supe y disimulé ménos que Tiberio, y habiéndole obligado con mis servicios, me mandó adorar y me hizo estatuas y las concedió privilegios sagrados? Fue mi nombre aclamación del pueblo romano, mi felicidad lisonja de todo el imperio; mi salud voto de las gentes y ruego común; y siendo el privado de mayor dominio en el alma de su señor, este maldito y siempre abominable Tiberio me hizo prender y despedazar, siendo mérito en el furor de los amotinados traer en los chuzos algún pedazo de mi cuerpo. Con garfios me arrastraron de las quijadas por las calles, y la crueldad infanda no se detuvo en la sepultura: más allá pasó; que á mis hijos hizo morir afrentosamente, y una hija, que por el privilegio de la virginidad no podia morir justiciada, mandó que el verdugo la violase primero y que luego la degollase. Testigos tengo de mi abono: Veleyo Patérculo encarece mi valor, mi ingenio, mi maña y mi asistencia; y Tácito, que con la malicia se hizo bienquisto de los lectores á costa de los difuntos, él tampoco me niega las alabanzas. Nadie me dijo verdad; y con ser tantos los que acababan con mi caida, nadie se dolió de mí ni tampoco me osó enojar. Mi ruina empezó desde que quise prevenir todos los hados, quitar á la fortuna el poder, burlar sus diligencias á la providencia de Dios. Entonces, más sacrílego que prudente, me fortalecí contra la maña de los hombres, haciendo morir los buenos y los atentos, desterrando á los ociosos y advertidos, y provoqué por enemigo al cielo, á quien quise excluir de mi causa. También es verdad que yo me valí y acompañé de gente ruin: del médico para los venenos, del sedicioso para la venganza, del falso testigo y del mal ministro ventero de las leyes; mas no fué elección de mi voluntad, fué necesidad de mi puesto. Yo usaba de los que son siempre trastos del poder; y como sabía que en cayendo así me habian de faltar los

malos como los buenos, usaba de los malos como de cómplices, huia de los justos como de acusación. Cada virtuoso para el que puede es un dedo á la margen, y cada entendido un espía y un testigo en buen lenguaje, que si habla, persigue, y si calla, culpa. No inventé la tiranía, ni sus malas costumbres. Tiberio las aprendió de mí, que más las padecí aprobándolas lisonjero, que en las cárceles y el cuchillo los sentenciados. Si dicen que yo le aconsejé crueldades para quitarle el amor del pueblo y disponer mi levantamiento, ¿quién le aconsejó las que hizo conmigo? El caso es, Plutón, que los príncipes tienen por disculpa de lo que permiten, la ruina del medio que para ello escogieron, y que nuestra culpa es ser solamente la suficiente satisfacción de los odios nuestras muertes; y al cabo, reyes, la nota cae sobre vosotros y vuestra inconstancia, y la lástima sobre nuestros castigos. Las historias, contando nuestras caídas, dicen siempre: Este fin tienen los que se llegan al favor de los reyes y príncipes; y nuestra desdicha en cada corónica es advertencia de un mal paso. Hacer un privado poderoso, rico, es mostrar el poder; conservarle es acreditar el juicio que dél hiciste y tu elección; deshacerle es desdecirte y darte á partido con los mal contentos. Mirad, mirad lo que somos. Y volviendo, jugaban á la pelota Santabareno, favorecido del emperador León, á quien mandó sacar los ojos; y Patricio, favorecido de Diocleciano, á quien hizo pedazos. Decia Santabareno, tomando la pelota:

—Este es el poderoso hinchado de viento. Pone el príncipe toda su fuerza en levantarlo de un voleo, y anda en el aire, mas siempre bamboleando; y miéntras le dan dura en lo alto, y en no le dando cae, y en descuidándose se pierde; y si le dan muy recio revienta, y en lo alto se sustenta á puros golpes. Mas Plauciano, favorecido que fué de Severo, á quien despeñó por una ventana para que fuese espectáculo del pueblo, decia:—Fui cohete, subí aprisa, y ardiendo y con ruido en lo alto, me calificó por estrella la vista; duré poco, y bajé desmintiendo mis luces en humo y ceniza. Fausto, favorecido de Pirro, rey de los epirotas; y Perenne y Cleandro, favorecidos de Cómmodo; y Cincinato, favorecido de Vitellio emperador; y Rufo, favorecido de Domiciano, y Amproniaso, de Adriano, estaban oyendo la voz temerosa y venerable del grande Belisario, favorecido

de Justiniano, que ciego, habiendo dado con el bordon dos golpes y meneando la cabeza en torno para prevenir silencio, dijo:

—¿Es posible, príncipes, que todos vuestros validos han sido malos? Peor es en vosotros ser verdugos de los yerros de vuestra elección que nuestras desgracias. Yo serví á príncipe cristiano y justo y que enseñó qué era justicia y hacerla, y debiendo á mi valor el imperio, despojos, y monarquía y triunfos, me hizo cegar, y me dejó pidiendo por las esquinas el sustento con los miserables; y el nombre que se oia animando los estandartes y espantando los enemigos, y que valió por ejército apellidado, andaba por las plazas y calles pidiendo sin saber á quién. El favor de los príncipes es azogue, cosa que no sabe sosegar, que se va de entre los dedos, que en queriendo fijarle se va en humo: cuanto más le subliman es más venenoso, y de favor pasa á solimán; manoseándolo se mete en los huesos, y el que mucho le comunica y trabaja por sacarle, queda siempre temblando, y anda temblando hasta que muere, y muere dél. Siguieron luego á estas palabras quejas lastimosas y terribles alaridos, señalando todos con ¡ay! donde tenian el azogue del favor, y empezaron todos á temblar; que parecía familia del Almadén. Mas Belisario tornó otra vez á hablar, y todos atendieron:

—Ved la infamia de Justiniano, que acobardados sus premios del exceso de mis méritos y servicios, me cegó; y mi virtud tan solamente me negoció la desdicha. Y habiendo de dejarme, temió mi razón y acabó conmigo. Y todos vosotros lo habéis hecho de la misma suerte, y en vuestras corónicas somos manchas coloradas de vuestra reputación. Y un afligido, que no se dió á conocer, dijo:

—No esteis ufanos de la miseria de los que os creen y pueden con vosotros; que príncipes ha habido constantes, y privados firmes: esto es echaros el agraz en el ojo. Josef en las sagradas letras; Eleázaro, conde y príncipe, fué privado de Roberto, rey de Francia, y ni tropezó ni resbaló ni cayó, ni otros muchos cuya alabanza vivió

igual hasta su fin, cuyo aplauso no descaeció, cuya dicha nunca la enfermaron los envidiosos, y vivos y muertos y escritos fuéron exaltación de sus reyes, como nosotros acusación y escándalo y queja.

En esto estaban ocupados todos, cuando vimos un hombre que en las insignias parecía herrador; con un silencio podrido estaba embolsado en sí propio, muy cerrado de campiña: conocíase en la atención y los gestos que hablaban allá dentro dél.

—¿Quién eres, dijo el fiscal, con ese yunque y ese martillo y esos clavos? El con voz de grito por azote, en tono de ox dijo:

—*Yo me entiendo.* Saltó la dueña hecha otra dueña, por no decir un rejalgar, y dijo:

—Entendido para tí mismo: habla claro, que aunque no te entienda, te chismaré todo. Di tu nombre, y qué hierras aquí, donde no hay bestias; y dílo luego, que si no lo dices luego te pondré otra dueña buida á los pechos hasta que lo digas. El pobre, que entendió que estaba ya en los profundos de la dueña, dijo:

—En esto conoceréis que yo me entiendo solo, pues preguntándome quién soy y mi oficio y habiéndolo dicho claro, no me habéis entendido. Yo soy aquel desdichado *Yo me entiendo* que anda en el mundo paladeando confiados, disculpando necios, y entreteniendo bellacos. Si me reprenden los vicios, digo que *Yo me entiendo;* si me aconsejan en los peligros, *Yo me entiendo;* si me tienen lástima en los castigos, siempre soy *) o me entiendo.* Yo soy el coloquio entre cuero y carne y el porfiado entre sí; y como yo me entiendo y no quiero entender á otro, ni que me entienda nadie, todo lo yerro, y este es mi oficio. Y la dueña no sabe lo que se dueña, pues dice que no hay bestias donde hay) *o me entiendo,* que es todos los arres y jocs con capa negra. No hubo acabado, cuando otro hombre muy enojado, dijo:

—¿Quién fué el maldito que juntó á este entendido á escuras conmigo, que soy *Nadie me entiende?* Aquí se revistió de sí mismo el entremetido, y dijo:

—Dígote culto, y si apelas dígote benemérito.

—Pues no soy, dijo el tal figura, sino casamentero. Soy sastre de hombres y mujeres, que zurzo y junto, y miento en todo y hurto la mitad. Yo soy embelecador le por vida, inducidor de divorcios; vivo

de engordar dotes flacos, añado haciendas, remiendo abuelos, abulto apellidos, pongo virtudes postizas como cabelleras; confito condiciones y desmocho de años á los novios..... Tengo una relación Jordán que remoza las bodas y no hay hombre tan callado en hijos, pues acomodo abuelas por nietas. Al fin, yo hago suegros y suegras, que no hay más que hacer. Y llámome *Nadie me entiende,* porque si me entendiera el marido cuando le doy yo más dote con lo que miento que la novia con el que lleva, cuando le doy virtud con lo que callo, calidad con lo que finjo, hermosura con lo que encarezco, ninguna boda se concertara. Y si la esposita me entendiera: *El es un pino de oro, más aplicado que otro tanto; jugar, ni por sueños; otros vicios, ni por lumbre; en la condicion es hecho de cera; muy rico;ya se ve,* con el etcétera de las espectativas (que es la hojarasca que gastamos los casamenteros, y todo pára en *pino de oro, ni por sueños, ni por lumbre y ya se ve,* hojaldre de vergantes), —ántes la triste diera con su doncellez en unas tocas que embodarse. ¡Pues verme prometer infinito y no traer nada, diciendo muy flechado de cejas: Señor, vuesamerced no repare en hacienda, pues Dios se la ha dado; calidad, harta sobra á vuesamerced! ¡Pues hermosura, en las mujeres propias antes es cuidado y peligro. Cierre vuesamerced los ojos y déjese gobernar, que yo le digo lo que le conviene!

—¿Hay ladrón como este? dijo el soplon. Pues demonio, ¿qué me traes, si ni tiene calidad ni hacienda ni hermosura, y quieres que cierre los ojos? Embistiera con él, sino que la dueña se puso en medio, diciendo:

—No hay tal, hombre: por otra relación como esta me tragó á mí por mujer quien se casó conmigo.

—Maldito sea yo, decia un testador, que me veo desta suerte por mi culpa. Voto á tal, decia (y llamaba á todos), que si sé hacer testamento, que estoy vivo ahora, y que no me he condenado. La enfermedad más peligrosa, despues del dotor, es el testamento: más han muerto porque hicieron testamento, que porque enfermaron. ¡Ah vivos! gritaba, sabed hacer testamento, y viviréis como cuervos. ¡Desdichado de mí, que enfermé de mi exceso y peligré de mi dotor y espiré de mi testamento! Dejáronme los médicos, mandándome prevenir; yo con mucha devocion y mesura ordené mi testamento con mi *In del nomine, Amen,* lo de su entero

juicio, el cuerpo á la tierra, y las demás cláusulas del boquear; y luego (nunca yo lo dijera) empecé los *Item más:* A mi hijo dejo por heredero. Item, á mi mujer dejo esto y esto. Item más, á Fulano, mi criado, tanto y cuanto. Item más, á Fulana, mi criada, esto y el otro. Item más, á Fulano, mi amigo, porque se acuerde de mí, un vestido. Item más (si muriere), dejo libre á Mostafá, mi esclavo. Mando al señor dotor Fulano una taza de plata que tengo dorada, por el cuidado con que me ha curado; y al instante que firmé el testamento, la tierra, á quien mandé el cuerpo, tuvo gana de comer, mi hijo de heredar, mi mujer de monjil, mi criado de lágrimas y vestido, mi amigo de acordarse; y todos andaban dados al diablo. Si yo pedia la pócima, mi mujer respondía tocas; mi criado, ropilla; el esclavo, horro Mahoma. Por darme confortativos me daban zupia. El dotor, desde allí adelante, cuando venía me pedia la taza por pedir el pulso, y de mala gana tomaba uno por otro. Si le preguntaba cómo ha de ser la cena, decia que pesada y honda. Si daba un grito, decia mi hijo: ya espiró; mi mujer, descuelguen; mi criado, daca; el amigo, veamos; el esclavo, vaya. Y como nada de lo que mandaba se podia cumplir sin mi muerte, en mandar á todos algo, mandé que me matasen todos. Si yo volviera á la vida, este fuera mi testamento: Item, mando á mi hijo heredero, que mal provecho le haga cuanto comiere, y que mi maldición le caiga, y que cuanto le dejo es de mala gana y por no poder más. A él y á ello se los lleve el diablo; y á mi mujer, que mala pestilencia le dé Dios, y duelos y quebrantos. Y á Fulano, mi criado, si yo muriere, mando que le persigan y se gaste mi hacienda en destruirle; y si viviere, le daré dos vestidos. Y á Fulano, mi amigo, si falleciere, mando que no le dejen parar ni á sol ni á sombra, y que declaro que es un perro. Item más, si me muero, niego todas mis deudas: y solo considerad, demonios, cuáles andarían los mohatreros por resucitarme á mí. Al esclavo, si muero, mando que cada dia le pringuen tres veces. Al dotor que me curó, que mi mujer se muestre parte y le pida mi muerte. Y á mi heredero, que haga tasar lo que justamente vale el haber acabado conmigo, porque me ha encarecido el ser calavera, como si yo se lo rogara, y me lo ha hecho desear, y pido á todos que lo apedreen. Y voto á tal, que solo estoy sentido aquí del dotor, que no solamente me persiguió sano, me mató enfermo, sino que pasa

la ojeriza de la sepultura; y en espirando uno, por disculparse dicen dél mil infamias: Dios le perdone; que el mucho beber le acabó; ¿cómo le habiamos de curar si era desordenado? El era insensato, estaba loco, no obedecía á la medicina, estaba podrido, era un hospital; él vivió de suerte, que le ha sido mejor; esto le convenia (¡miren qué convenia este á mi costa!): llegó su hora; pues tomen el dicho á la hora de todos los difuntos, y ella dirá que ellos la llevan y la arrastran, y que ella no se llega. ¡Oh ladrones! ¿No basta matar á uno y hacerle que pague su muerte, costumbre de los verdugos, sino tener la disculpa de la ignorancia en la deshonra del pobre difunto? Aprended á saber hacer testamento, y llegaréis los mozos á viejos, y los viejos á decrépitos, y moriréis todos hartos de vida, y no os podarán en flor las hoces graduadas y el dotor Guadaña.

Tales palabras dijo aquel difunto por madurar, que Pluton y sus ministros á gritos dijeron:

—No dice mal este condenado; mas si le oyen y le creen, á los médicos y á los diablos (el ruin delante) los ha de destruir. Mandáronle tapar la boca, y á pocos pasos que anduvieron fué tal el alarido y la grita, que con prevención y susto se pusieron en defensa. Habia gran número de gente de todos estados.

—Ellos son, decian; sáquenlos. ¿Habíamos de dar con ellos? ¡Oh infame mujer! ¡Oh maldito pícaro! Aquí te tengo; y otras palabras tan alborozadas como estas. Unos se asian de otros, y apenas se vian sino dos bultos: uno con un manto, señas de mujer; y otro hecho pedazos y lleno de alcuzas y jarros y trastos.

—¿Qué es esto? dijo la guarda. Llegó la ronda, bien ordenado el tribunal; respondieron:

—Señor, aquí hemos hallado escondida la disculpa de muchos chismes y la averiguación de muchas insolencias.

—Aquí están, decian con gran alegría, aquí los tenemos. Pedían albricias á Lucifer: Aquí están, señor» *la mujer tapada* que dice todas las cosas, y *el poeta de los picaros.* No se puede explicar la demostración que Pluton hizo de haber hallado en su reino estas dos figuras tan perniciosas. Mandó sacar á *la mujer tapada;* estaba hecha un ovillo, liada con su manto; dió grandísimos gritos, diciendo que no la destapasen porque se perdería el mundo.

—Déjenme, basta que estoy aquí sólo porque me tapé; yo tengo infinitas caras, y muchos me acusan que debajo deste manto tienen la suya; mi delito es mi manto. Yo, la pobre *mujer tapada,* dije al rey pasando un chiste, y á la reina otro: yo dije á los privados, yo á los ministros, yo á los señores, yo á los clérigos, yo á los frailes, yo á los obispos; y este negro manto ha sido de lenguas, y no de soplillo. No tengo yo la culpa, sino bellacos, que como me ven tapada, se me meten debajo del manto, y dicen lo que quieren, y luego no hay sino: una mujer tapada dicen que dijo. ¿Saben vuesas mercedes lo que dijo una mujer tapada? Cuentan que una mujer dió tal memorial; y yo, pobre de mí, soy una tonta que apénas sé pedir siendo mujer. Si fuera yo este bellaco pícaro que está á mi lado... Y él respondió:

—¿Qué culpa es la mía, mala hembra?

—¿Qué culpa (dijo un demonio)? Ser tú peor que todos nosotros: ¿tú no eres *el poeta de los picaros,* que has llenado el mundo de disparates y locuras? ¿Quién inventó el *tengue tengue* y *don golondron,* y *pisaré yo el polvillo, zarabanda y dura,* y *vámonos á chacona,* y *qué es aquello que relumbra, madre mia, la gatatumba,* y *naqueracuza?* ¿Qué es *naqueracuza,* infame? ¿Qué quiere decir *gandi;* y *hurruá, que en la ventana está;* y *ay, ay, ay* (y traer todo el pueblo en un grito); y *ejecutor de la vara, y* daca á *ejecutor de la vara; y señor boticario, deme una cala; y válate Barrabás el pollo; y guiriguirigay, y* otras cosas que sin entenderlas tú ni el que las canta, ni el que las oye, al són de las alcuzas y de los jarros y de los platos las cantan los muchachos y mozas de fregar con tonillos de aceite y vinagre, y dos de queso, y pella y pastel, que tú compones, y no hay recado que no chilles, ni calle que no aturdas, obligando á que se enfurezcan las repúblicas, y con pregones restañen tus letrillas y

hues y ayes y *arroros, cuzas y pipirititandos?* Nadie está en los infiernos con tanta causa ni con tan sucia causa.

El pobre *poeta de los picaros,* que no pudo negarse y se vió descubierto y conocido, pidió que le diesen licencia para hablar. Fuéle concedida y dijo:

—¿Es mejor lo que hacen los poetas de los honrados? ¿Está mejor ocupado un ingenio en gastar doce pliegos de papel de entradas y salidas y marañas para casar un lacayo sin amonestaciones, que yo, que con un cantarcillo y un *cachumbo, cachumbo,* y un *¡oh qué lindito!* al muchacho que trae un pastel á su amo, le embarazo la boca con el tonillo para que no dé un bocado al plato, y al jarro un sorbo? Más sisas excusé con el *zambapalo y* con la *marigarulleta,* que letras tienen mis cantares. ¿Con qué me pagarán que á la niña que trae el cuarto de mondongo la embarace la garganta con el *naqueracuza, y* no con una morcilla? ¿Fuera mejor matar de hambre á todos los graciosos, hacer gallinas á todos los lacayos, y en los entremeses deshonrando mujeres, afrentando maridos, y tachando costumbres, y entreteniendo con la malicia, acabando con palos ó con músicos, que es peor?¿Es mejor hacer autos, y andar dando que decir á Satanás, y pidiendo el alma, y lloviendo ángeles á pura nube, y tener á vuesamerced quejoso siempre (dijo mirando á Pluton), y que no deba á un poeta un ánima, que siempre se la lleva el buen pastor? ¿Es mejor andar sacando los pecados propios y mis amancebamientos á la jineta, en los romances, de garganta en garganta, y que canten todos lo que yo habia de llorar; y que si Dóris escupe, ande su gargajo de boca en boca? ¿Es mejor que *Gil y Pascual* anden siempre en los villancicos, el uno con *mil, y* el otro con *portal,* tirando las navidades, envueltos en consonantes sin pelo? ¿Es mejor andar gastando auroras en mejillas y perlas en lágrimas, como si se hallasen detrás de la puerta; y estando España sin un real de plata, gastalla en fuentes y en cuellos torneados, valiendo á setenta por ciento, y sin que se vea una onza gastada en lámparas por los poetas, teniendo repartidos millones en orejas y testuces? ¡Pues lo que hacen con el oro! A carretadas lo echan en cabellos, como si fuera paja, donde no aprovecha á nadie: y llámanme á mí poeta de picaros, porque sin gasto ni daño alegro y entretengo barato y brioso con *vengo de*

Panamá, y *de qué tienes dulce el dedo,* y *don don camaleón,* y otras letrillas traviesas de són y comederas? No, sino escribiré *coruscos, lustros, joven, construyendo, adunco, poro,* con *trisulca, alcuza, naqueracuza;* y *libando, aljófar,* con *si bien, erigiendo piras canoro concento de liras.*

Zarabullí, ay bullí, bullí de zarabullí,
Bullí cuz cuz
De la Veracruz:
Yo me bullo y me meneo,
Me bailo, me zangoteo,
Me refocilo y recreo
Por medio maravedí:
Zarabullí.

« Júzguenlo los diablos cuánto es mejor *zarabullí* que *adunco,* y *cuz cuz* que *poro,* y *meneo* que *pira,* y *zangoteo* que *lustro,* y *refocilo* que *trisulca:* lo uno es culto y lo otro pimienta. Cuál hará mejor caldo dígalo un cocinero. Ello bien puedo yo ser el poeta de los picaros, mas ellos son los picaros poetas; y por lo ménos á mí no me veda la Inquisición ni tengo examinadores; y míreseme bien mi causa, que yo soy el mejor de todos, y Dios me haga bien con mis seguidillas y jacarandinas, que no me entiendo con octavas ni con esotras historias, ni se hallará que haya dicho mal de otro poeta. El culto se iba á embestir con él, armado de *cede* en *joven* como de punta en blanco. Mandóle Satanás detener, y reconociéndole, hallaron que llevaba escondidas y desembainadas dos *paludes* buidas y un *adolecente* de chispa. Mandó Pluton que pues cada uno de por sí bastaba á revolver el mundo, que entre sí tuviesen paz, y que se repartiesen el uno á ser confusion de lenguas y el otro sonsonete. El culto, con dos *piras* de ayuda entre *construyes* y *eriges,* se fué á matar candelas, digo las luces de todos los escritos de España, y á enseñar á discurrir á buenas noches; y desde entonces llaman al culto, como á vuestra diabledad, príncipe de las tinieblas. *FA poeta de los picaros* se fué concomiendo de chistes á festejar la boca de noche y el miedo de los niños, y á revestirse en el cuerpo de los poetas mecánicos, ingenieros cantoneros y musas de alquiler como muías.

Con gran risa quedó la visita; mas sucedióla no menor espanto en la tabaola (así la llaman los contracultos) que se oyó. Todo era voces y gritos: los que los daban parecían gente de cuenta y puesto, diferentes en los trajes y en las edades. Unos andaban encima de otros; víase una batalla desigual: los unos herian con puñales desnudos; los otros, viejos y caidos, se adargaban con libros y cuadernos. Tenéos, dijo un ministro. Suspendieron su ejecución violenta, no sin enojo, y la obediencia no disimuló el motin, respondiendo:

—Si supiérades quién somos y la causa y razón que tenemos, sin duda os añadiérades al castigo. Y cuando ménos vi á Nino y á Yugurta y á Pirro y á Darío, todos reyes; y siendo infinitos, todos eran majestades y altezas. Iba Lucifer á satisfacerlos, cuando se levantó un hombre viejo, y con él otros muchos, que arrastrados de los príncipes, tenian el suelo lleno de canas y de sangre.

—Yo soy, dijo, Solon; aquellos los Siete sabios; aquel que maja allí aquel tirano Nicocreonte, es Anaxarco; este, Sócrates; aquel pobre cojo y esclavo, Epicteto; Aristóteles, el que detrás de todos saca la cabeza con temor; Platón, aquel que no puede echar la habla del cuerpo; Sócrates, el que no ha vuelto en sí y tiene, como veis, dudosa vida. Los que veis arrinconados son otros muchos que (como nosotros) han escrito políticas y advertimientos, diciendo en libros cómo han de ser los príncipes y cómo han de gobernar, que amen la justicia, que premien la virtud, que honren los soldados, que se sirvan de los doctos, que se escondan á los aduladores, que busquen los ministros severos, que castiguen y premien con igualdad, que su oficio es ser vicarios de Dios en la tierra y representarle; y por esto, sin nombrar á ninguno ni meternos con ellos, nos tienen en el estado que veis, porque los servimos de guia y de camino. Aquellos gloriosos reyes y emperadores en quien estudiamos esta doctrina, diferente patria tienen que vosotros. Numa está entre los dioses. Tarquino tizón ahúma; Sardanápalo diferente memoria tiene que Augusto, y Nerón que Trajano. Y otro detrás dél dijo:

—Acerca más el discurso á los tiempos de ahora: don Fernando el Santo y don Fernando el Católico y Carlos V tienen corónica;

Rodrigo y don Pedro Paulina con sobrescrito de historia. La mitra en fray Francisco Jimenez es diadema, y en Oppas coroza.

—Mientes, infame filósofo, dijo Dionisio el Siciliano y Fálaris á voces, y con ellos Juliano Apóstata y otros muchos: mientes por todos; que vosotros sois causa de nuestras infamias y acusaciones y deshonras y muertes violentas y ruinas; pues por mentir en vuestros escritos, y hablar de lo que no teneis noticia, y dar preceptos en lo que no sabéis, estamos los más, difamados en muerte y perseguidos en vida.

—¿Cómo, señor, dijo Juliano Apóstata mirando á Pluton, que un hombre de estos, sopon y mendigo, que pasa su vida con las sobras de las tabernas y vive de la liberalidad de los bodegoneros, despreciado en el traje, solo en la dotrina, sin comunicación ni ejercicio, haciendo de lo vagamundo mérito y de la desvergüenza constancia, sin saber qué es reino, ni rey, escriban cómo han de ser reyes y reinos, y pretendan que su doctrina los elija y su opinion los deponga, y que en su imaginación esté lo durable de las coronas? ¿Puede todo el infierno dar mayor cuartana al poder, ni más asquerosa mortificación á la grandeza del mundo, que rascándose uno destos bribones, con una cara emboscada en su barba, y unos ojos reculados hácia el cogote, con habla mal mantenida diga; Quien mira por sí es tirano, quien mira por los otros es rey? Pues, ladrón, si el rey mira por los otros y no por sí, ¿quién ha de mirar por él? No, sino aborrecerémonos como á nuestros enemigos; tendrémos odio con nosotros, y nuestra enemistad no pasará de nuestras personas, y la guerra nos tendrá por límite. Perros, decid la verdad y escribid de dia y de noche: no escribáis lo que habia de ser, que esa es dotrina del deseo; no lo que debia ser, que esa es licion de la prudencia; sino lo que puede ser. ¿Y si es posible, respondedme, podrá uno ser monarca y tenerlo todo, sin quitárselo á muchos? ¿Podrá ser superior y soberano, y subordinarse á consejo? ¿Podrá ser todopoderoso, y no vengar su enojo, no llenar

su codicia, no satisfacer su lujuria? ¿Podrá para hacer estas cosas servirse de buenos, y dejar los malos? Nó; porque eso tiene lo malo peor, que necesita de ruines para su efeto y ejecución. ¿Podrá premiar los méritos quién en ellos tiene su acusación y su temor? ¿Podrá dejar de rogar á los mentirosos y entremetidos y facinorosos con las dignidades y consulados, si tiene su abrigo en sus demasías, su calidad en su imitación, su disculpa en su exceso? Nó. Pues, picarones barbudos, ¿por qué no escribís la verdad? ¿Sería buena dotrina si uno dijese que el buen carnicero engorda las ovejas y que el desollador las pone pellejo, y que el buen barbero cuando sangra cierra las venas? Pues lo mismo es decir que los tiranos han de guardar palabra, ser justos y verdaderos y humildes. Y como decís esto que habia de ser, y nosotros somos lo que se usa, y no puede ser ménos en los tiranos, todos nos aborrecen por hombres que no cumplimos con nuestro oficio. Decid y escribid lo que han de ser todos los que quisieren para sí solos lo que es de todos, inobedientes á la ley de los dioses, y nadie se quejará de nosotros y reinaremos en paz; y si no, callad todos, y hable y escriba del gobierno solo Photino: oidle. Y en esto un bellaconazo todo bermejo, con mucha cara y poca barba, cabeza con acometimientos de calvo, hácia vizco, con resabios de zurdo, propio para persuadir maldades, y mejor para conocer los tiranos, abriendo la sima de las injurias por boca, y ladrando, pronunció este veneno razonado:

Lo lícito y lo justo A muchos hacen,
Tolemeo, delincuentes, y padece
Castigos de fe honesta y verdadera
Cuando defiende gente perseguida
De la fortuna. Llégate A los hados
Y A los dioses, y asiste A los dichosos;
Huye los miserables. Como el fuego
Dista del mar, y el cielo de la tierra,
Así dista lo útil de lo bueno.
Toda la fuerza de los cetros muere
En empezando A obrar justificado;
Y el mirar A lo honesto desbarata
Las escuadras: el reino aborrecido
Sola la libertad de los delitos

Le defiende, y el dar licencia al hierro.
Hacer todas las cosas con fiereza
No es lícito sin pena, sino, solo
Cuando las haces. Salga de palacio
Quien quisiere ser pió: no se juntan
La suma potestad y las virtudes.
Quien tuviere vergüenza de ser malo,
Siempre estará temblando y temeroso.

No hubo fulminado esta postrer ponzoña, cuando levantándose Crysippo, dijo:

—Por eso no quise yo ser rey, y respondí á los que me lo preguntaron con estas palabras: Si gobierno mal, enojo á los dioses; y si gobierno bien, á los hombres. No quiero oficio que de todas maneras se yerra.

Galba, que estaba limpiándose unas babas, muy aterido, con gran melancolía, dijo:

—Algo de la licion se verifica en mí. Estábame yo, cuando se ardía el mundo, con tanta flema como devoción sacrificando á los dioses, y Othon saqueando á Roma y usurpándome el imperio: yo asistía á la religión para ser emperador, él al robo vino por el atajo, y siguió la verdad del oficio; y yo acabé, como se ha leido, con más desprecio que sentimiento; él se quedó monarca, y yo babera.

Hízole callar Domiciano, que traia arrastrando por una pierna al miserable Suetonio Tranquilo, y á grandes voces decia:

—¡Cuánto peores son estos infames historiadores y coronistas, que aguardaban detrás de la vida de un emperador, y con su deshonra hacen lisonja á sus descendientes!

—Ahí se ve quién sois vosotros, decia Suetonio con sollozos mal formados, que os es sabrosa la ignominia de vuestros antecesores, como si para la vuestra no diera licencia el aplauso que hacéis á la ajena.

—Señor, decia Domiciano, estos malditos coronistas no dejan vivir su vida á los reyes, y les hacen tornar á vivir entre su malicia y su pluma, como le conviene al lucimiento de su malicia. Este traidor insolente escribiendo la vida de que en la mayor parte él fué el delincuente, en la diferencia doce, tratando de mi pobreza y de que

yo procuré socorrerme aliviando gastos y de mis vasallos, echa este contrapunto:

« *Habiendo empobrecido con gastos en obras y en dádivas, y en los sueldos que habia crecido* (¿Pues en qué ha de gastar un príncipe sino en dar, edificar y mantener la milicia con premios?), *intentó, para aliviar los gastos militares, disminuir el número de los soldados; mas conociendo que por esto venia á ser enojoso á los extranjeros, desenfrenadamente sin reparar en algo, dió en robar de todas maneras.*

«(¿Este es modo de hablar de los príncipes? ¿Qué se dirá de los infames ladrones? ¿No es bellaquería usar de un mismo vocabulario con el cetro y con la ganzúa?)

« *Los bienes de los vivos y de los muertos, en todas partes y de todas maneras, por cualquier delito y acusador se agarraban; bastaba alegar algún dicho ó hecho contra la majestad del príncipe. Confiscábanse heredades remotas y ajenas de la acusación, con solo uno que dijese que habia oido al difunto cuando vivia que César era su heredero.*

« Y es tan grande bellaco que escribiendo en mi tiempo osa decir estas palabras:

« *Siendo yo niño, me acuerdo que por el procurador frecuentemente, y por el concilio, se miró si un viejo de noventa anos estaba circuncidado.*

«¿Qué culpa tenia yo del exceso de los ministros inferiores y de la demasía, y que me sucedan príncipes que consientan tal libro contra mí, que gasté mi tesoro y mi caudal y el tiempo en reparar las librerías que se me quemaron? No lo hubo dicho, cuando con voz casi enterrada y acentos desmayados dijo Suetonio:

—Si eso fué bueno, también lo dije. Mas ¿qué replicas tú, que dictando una carta para dar una orden, dijiste de tí propio: ¿Vuestro señor y Dios lo manda asir ¿Del divino Augusto y del grande Julio y de Trajano, qué virtud callé? ¿qué acción no encarecí? Si fuístes pestes coronadas, ¿qué pecado es acordaros vuestras maldades? De vosotros teneis horror y asco, y no quereis ser contados los que fuístes padecidos.

—Nadie se puede quejar dese verdugo de monarcas sino yo, dijo un hombre de mala cara, feo, calvo y espeluznado, zancas delgadas

y mal puestas, color pálida, talle perverso; y por las señas fué conocido por Calígula. ¿Qué maldad, qué sacrilegio, qué crueldad, qué locura no escribió de mí, las más increíbles? Que estudiaba gestos para hacerme feroz. Mira si haría esto quien inventó los calzadillos para disimular las malas piernas; que porque no me viesen la calva era delito de muerte mirar desde arriba cuando yo pasaba, y decir cabra. Por eso dijo Pisistrato:

—Conociendo yo el peligro que tenemos los tiranos en los que piensan y discurren sobre las vidas ajenas, en los doctos que se juntan, en los maliciosos que se pasean, á los que en las plazas via pasear ociosos, les preguntaba que por qué no asistian á alguna ocupacion, y les decia: Sí á tí se te murieron los bueyes con que arabas, toma de mi hacienda y compra otros, y vete á trabajar; y si eres mendigo y pobre de semilla, yo te la compraré, y siembra; temiendo que la ociosidad destos no me dispusiese asechanzas.

« Príncipes, al que no tiene que hacer compradle la ocupacion, y con eso compraréis vuestra quietud; temed al que no tiene otra cosa que hacer sino imaginar y escribir. No es á propósito desterrarlos ni prenderlos; que calificáis el sugeto, y va con recomendación su malicia para los malcontentos. Caudal hacen y pompa los maldicientes de la persecución de los príncipes, y es precio de sus escritos vuestro enojo. Imitadme á mí, que á costa de mi patrimonio los ocupaba y divertía sus inclinaciones.

Un condenado venía furioso, más que los otros, diciendo á voces:

—¿Qué es esto? Llámome á engaño: ¿unos diablos tientan y condenan, y otros atormentan? Todo el infierno he revuelto, y no veo algún demonio de los que me tienen aquí. Dénme mis demonios;

¿qué es de mis demonios? ¿dónde están mis demonios? No se ha visto tal demanda; ¡demonios buscaba en el infierno, donde se dan con ellos! Hundíase todo de alaridos, iba á decir de risa. Detúvole la dueña diciéndole:

—Anima desdichada, si aquí te faltan diablos, ¿qué harás por allá fuera? Hártate de demonios. El abrió los ojos, y conociéndola, dijo:

—¡Oh sobrescrito de bercebús, pinta de satanases, recovera de condenaciones, encañutadora de personas, enflautadora de miembros, encuadernadora de vicios, endilgadora de pecados, guisandera de los placeres, lucero de los diablos mundanos, que vienes siempre delante y amaneces las lujurias! Tú sí que eres proemio de embusteros y prólogo de arremangos. ¿Dónde has dejado los diablos y las diablas que me trajeron; que yo no soy tan bobo que me dejase engañar ni traer destos demonios con colas y cornudos y ahumados, con tetas de cochinos y alas de morciélagos? Mala munición es fiereza para tentar apetitos: una madre flechando hijas enherboladas; una tia disparando sobrinas como chispas; una niña con ojos en ristre; una moza asestando meneos; una vieja armada de moños en naguas, como de punta en blanco; un adulador, que es *sí* perpétuo de todo lo que se quiere, y *a?nen* de á letra vista; un chismoso, que es polilla de la quietud, y por cada maravedí da un cuento, que vive de llevar y traer como arriero, trajinador de mentiras, que dice lo que no oye y afirma lo que no sabe, y jura lo que no cree; un maldiciente, picaza de las honras, que solo se sienta en las mataduras; un hipócrita, que haciendo mortificación la comodidad, y éxtasis los ahítos, y penitencia los mofletes, y revelaciones los chismes, y oratorios las mesas, y desiertos los estrados, y milagros las curas, adivinando lo que le dijeron, y resucitando los vivos y haciéndose bobo para el trabajo, negociando con *Deogrotias* y *aburriendo* con la sombra, vive á costa de todos, y muere á la de Dios; pues pierde su parte en un pícaro destos conventuales de la calle, que tienen por superior al vicio, la obediencia entre las sábanas, la castidad entre los manteles, la pobreza en el entendimiento. Dicen que dejan lo que tienen por Dios, y no es mal trueque, pues es para tener lo que todos poseen por el diablo. Este es el diablo y estos son los diablos

que me condenaron; y tú, maldita vieja, me los has de dar, que con esas tocas eres epílogo de demonios.

No habia desengañafarle de la dueña, hasta que le mandaron callar, diciéndole el entremetido, de parte de Pluton, que se le habian subido las penas á la cabeza, pues las colas y los cuernos y las tetas y el hedor de los diablos no le sabían á madres y á hijas, y á tia y á sobrina, y á adulador y á hipócrita.

No bien acabó estas palabras, cuando se oyó gran ruido de quicios y gran rumor de gente en infinita cantidad. Venian delante unas mujeres muy afeitadas, presumidas, habladoras y melindrosas, riéndose y mostrando gran contento. Acusólas el soplon de que pasaban la alegría hasta la jurisdicción del infierno: túvose á gran delito. Fuéles hecho cargo y preguntado que cómo venian entretenidas, y no llorando á la condenación. Una dellas, vieja y flaca, pellejo en zancos, dijo por todas:

—Señor, nosotras veníamos tan tristes como se puede ereer de mujeres traídas, á quien no han quedado sobre los huesos sino excrementos de los años y lacras del tiempo; y condenadas á heder de nuestra cosecha y á oler de acarreo: somos como niñas de ojos, que siempre son niñas aunque tengan cien años. Decimos que las canas son de una pesadumbre, las arrugas de una enfermedad; que estamos sin dientes de un corrimiento, y es verdad, pues lo estamos de años que han corrido por nosotras. Hémonos hechas reacias en los treinta años, y no hay pasar de allí en la cuenta; y en apretándonos, decimos: Aqui del moño, como aquí de la carda.

—¿Han quedado raigones? dijo la dueña: pues eso basta, y la parte se toma por el todo, y desengáñense las de la boca desempedrada, que no las ha de valer esta vez. Fuéron arrebatadas para el Simancas de los muertos por auténticas. Vióse allí cerca un hombron muy magro, cercado de mucha gente, atenta á muletas, traspiés y tropezones y casi pinicos. Estaba gobernando los hervores de una gran caldera.

—¿Quién eres (preguntó el entremetido), pupilero de achaques, sobrestante de tizones, guisandero frison?

—Yo soy, dijo, *Pero Gotero*: esa es mi caldera, tan famosa entre los cuentos y los muchachos; estos que me asisten son los gotosos, aquella mi caldera, y aunque es grande, habré de ensancharla; que

son muchos los que vienen á la caldera de *Pero Gotero* y muchos los que hay en ella. Unos se tiñen como los viejos, á quien acá llamamos los tiñosos de la edad; otros se cuecen, otros se guisan, otros se frien. En esto dió tres ó cuatro borbotones la caldera, que casi se salia, y el buen *Pero Gotero* agarró por cucharon un esquife y empezó á espumar. Daba saltos en medio un bulto grande.

—¿Quién es aquel, preguntó la dueña, que me ha llenado el ojo?

—Aquel, dijo el buen *Gotero,* es el *Punto crudo,* que há mil siglos que gasto con él lumbre y carbón, y nunca se ha empezado á calentar.

—¡Válate la mala ventura por *Punto crudo,* dijo el soplon, y qué duro eres y qué maldito! ¡qué de veces te he topado yendo á pedir dineros, y me responden: Vuesamerced me perdone; que ha llegado á punto crudo! Si yo los debia, y venian á cobrar, y suplicaba me aguardasen, respondía el acreedor: Señor, el venir á cobrar ha sido tan á punto crudo, que no lo puedo suspender. Si pretendía algo, lo daban á otro y me

En esto dió tres ó cuatro borbotones la caldera…..

(El Entrometido.)

decian: Si vuesamerced aguarda á hablar á punto crudo, ¿de qué se queja? Si solicitaba algún favor de alguna dama, me decia: Señor, vuesamerced llega á un punto tan crudo que me ejecutan por dos mil reales. ¡Válate el diablo por punto crudo, que toda la vida me has atosigado con tus crudezas! Señor *Gotero,* cuézale vuesamerced hasta que se deshaga; y si no, ásele, y tenga asador como tiene caldera. En esto empezó á alborotarse la caldera y á hacer espuma; víase un figurón danzando entre el caldo, y chirriando. Asió el cucharon, y encajándole en el brodio, dijo:

—Aun no está en su punto. Dióle con él dos empellones, y zabullóse dando fieros gritos.

—¿Quién es ese? le preguntó la dueña. Y él respondió:

—Este es un *Bienquisto,* que está el más desabrido del mundo, y no le puedo guisar con ninguna cosa. Y ello era así, porque de lo hondo de la caldera daba unos gritos temerosos, y decia:

—Yo soy el más necio, maldito y desdichado hombre del mundo. Puedo enseñar á majadero á un preguntador, y estoy por decir á un porfiado. ¡Qué creyese yo que toda mi felicidad era ser bienquisto, cosa que aconsejan siempre los bribones y emprestilladores! Yo convidaba por ser bienquisto, y gastaba en tragos y bocados mi patrimonio con alabanceros meridianos, que alaban al paso que mascan. Yo prestaba cuanto me pedían sobre la nota de un billete sacabocados, por ser bienquisto. Yo pagaba por todos por ser bienquisto. En alabándome la espada, la gala, la presea, la daba por ser bienquisto: y entre la hojarasca de: es un príncipe; no hay tal caballero ni tal mesa; no se habla en la córte en otra cosa sino en el plato; todos sino es vuesamerced son piojosos; y las dolencias de caballero badea, llamando despensero al lacayo, y cocinero á la ama, y mayordomo á un pícaro que me servía con mesura de compañero; solo por ser bienquisto vine á quedar sin hacienda, sin qué comer, y hecho andrajos por ser bienquisto. Hombres del mundo, no prestéis, no convidéis, no deis: pedid y agarrad, y ande el mogollon; que ser quisto no es tan bueno como ser guardoso, y ser rico es mejor que quistarse con los pidones. No hay cosa tan cara como ser bienquisto, ni de tanta comodidad y ahorro como ser malquisto. No lleven y gruñan, no coman y murmuren: ser caballero de ayuno es gran cosa; que alabanzas pasadas por hospital peores

son que un vituperio por ahorro. Atajóle otra legumbre de la caldera, que nadaba entremetido con todo, bien descubierto; y y sabido su nombre, era el *Pero,* fruta de los achaques y de la malicia, de quien se hace los postres á cuanto oye la calumnia: el *Pero* que no deja madurar ninguna honra ni crédito. Doncella es, pero amiga de ventana; hidalgo es, pero no sé qué me he oido; hombre de bien es, pero muy soberbio. Y este *Pero* no hay lengua que no se lleve, y los hay de invierno y de verano. Y oyendo esto, dijo *Gotero:*

—Es tan agro el diablo, que me tiene hecha un vinagre la caldera, y él se está tan verde como al principio. En esto arremetió á la caldera con un cobertor, y tapóla. Preguntáronle la causa, y dijo:

—Están hirviendo ahí *Penseque,* aquel maldito que es discreto despues, y advertido sin tiempo, y otro picaron que da mal sabor á toda la caldera y me tiene aturdido; que ni sabe lo que se hace ni lo que se dice ni lo que se caldera, y siempre responde que *él ata bien su dedo,* y solo trata de atar su dedo; y que como él ate bien su dedo le basta, y sería mejor que por loco le atase sil dedo á él. Esto hace peor caldo que los mojigaticos que ahí están.

Gozando de la ocasion y del divertimiento, se entraron gran cantidad de gente de rondon, sin que nadie les dijera nada. Preguntó á un portero el soplon que cómo se entraban aquellos sin dar razón, y respondió:

—Estos son los de *mi alma con la suya,* y así vienen en racimos: gente que se ofrece al infierno en vida, sin saber cómo ni cuándo; y engañados de los embustes de la hipocresía, luego dicen: *Mi alma con la suya.* Concédeseles la petición, y vienen aquí en romería, asidos unos de otros.

Maniatado y asido, con grande alarido y empellones, que llama el Calepino de los corchetes, traian muchos espíritus malos al *diablo*

de los ladrones: grandemente acriminaban su delito. Pluton se mesuró, y un relator dijo:

—Señor, este diablo no sabe lo que se diabla, ni vale un diablo, y es vergüenza que sea diablo, porque no trata sino de hacer que se salven los hombres. Estremecióse todo el tribunal en oyendo la palabra *salven.* Refrescáronse las llagas, mordiéronse los labios, y dijo el supremo maldito:

—¿Y eso es cierto? Y replicó el fiscal:

—Señor, este no gasta el tiempo sino en hacer que roben y hurten los hombres: llévanlos á la cárcel, ahórcanlos, ó si son monederos falsos, quémanlos: predícanlos, previénenlos, confiésanse; sálvanse. Y este no pensaba que por la horca y por el fuego se podia ir al cielo, y en ahorcados y quemados ha usurpado infinito patrimonio á los tormentos.

—No hay que aguardar: eso no tiene respuesta, dijo el presidente; mas el pobre diablo (que por este se dijo) replicó pidiendo que le oyesen.

—Óiganme, dijo á grandes gritos, que aunque dicen: El diablo sea sordo, no se dice por vuesa diabledad. Callaron entonces todos, y él dijo: Señor, yo confieso que se me salvan los ahorcados; mas recíbanseme en cuenta los otros que se condenan por condenar á estos, y no á sus compañeros ni á sus ministros. Yo con un ladrón que me ahorcan y se me salva, condeno al alguacil que le prendió, y se suelta á sí; al escribano que escribe contra el que hurtó á uno, y no contra sí que hurta á todos; al procurador que le defiende ménos que le imita; y al otro que le condena, no porque no haya ladrones, sino porque no haya otro; no porque no haya muchos, sino por quedar solo á la república, que por quitar los ladrones, trae muchos otros. Sucede lo mismo que al que por limpiarse de ratones trae gatos, que si el ratón le roía un mendrugo de pan, un arca vieja, un poco de madera, un pergamino, viene el gatazo, y hoy le come la olla y mañana la cena, y esotro dia las perdices; y en poco tiempo suspira por sus ratones. A mí se me debe esta treta, y yo trueco un ahorcado á docientos ahorcadores y á tres mil viejas hechiceras que van por soga y muelas: y mal entendido y peor agradecido. Yo estoy cansado; encomiéndenlo á otro, que yo me quiero retirar á un pretendiente. Diósele toda satisfacción y fradiabla como fraterna á

los acusadores, y dijéronle que no cesase, que no era tiempo de retirarse; fuera de que á un pretendiente antes era tahona que alivio.

—Yo obedeceré, mas yo me entiendo, que con un pretendiente un diablo se está mano sobre mano y la boca abierta aprendiendo diabluras dél, sin ser menester para nada. Es ir á recreación asistir á uno, y á la escuela de diablo, pues enseñan estos la cartilla de demonios á todos nosotros, y allí no hay sino aprender y callar.

Allí llegaron el diablo del *tabaco,* y el diablo del *chocolate,* que aunque yo los sospechaba, nunca los tuve por diablos del todo. Estos dijeron que ellos habian vengado á las Indias de España, pues habian hecho más mal en meter acá los polvos y el humo y jícaras y molinillos, que el Rey Católico á Colon y á Cortés y á Almagro y á Pizarro; cuanto era mejor y más limpio y más glorioso ser muertos á mosquetazos y á lanzadas, que á moquitas y á estornudos y á regüeldos y á vaguidos y á tabardillos; siendo los chocolateros idólatras del sorbo, que se elevan y le adoran y se arroban; y los tabacanos, como luteranos, si le toman en humo, haciendo el noviciado para el infierno; si en polvo, para el romadizo.

Detrás destos dos venía el diablo del *cohecho*, y este diablo tenia linda cara y talle: cosa que no vi en otro, y era como un oro, y me parece que le he visto en mil diferentes partes, en unas arrebozado, en otras descubierto, llamándose unas veces niñería, otras regalo, otras presente, otras limosna, otras paga, otras restitución, y nunca le vi con su nombre propio; y me acuerdo de haberle visto llamar herencia, ganancia, barato, patrimonio, reconocimiento y nada: y le he conocido en unas partes dotor, en muchas licenciado, entre mujeres bachiller, entre escribanos derechos, y entre confesores limosna.

Este venía con grande séquito, pretendiendo título de diablo máximo; mas se lo contradijo con notable satisfacción el diablo de la *consecuencia,* diciendo:

—Yo soy el enredo político y la fullería de los príncipes y el achaque de los indignos y la disculpa de los tiranos. Yo soy tintorero de las bellaquerías, que las doy color, y lo atropello y tengo el mundo confuso y revuelto. Yo he desterrado la razón y he hecho mérito la porfía y poderoso el ejemplo, y he dado fuerza de ley al suceso y autoridad á la bellaquería, y acreditado á la insolencia.

«Para alcanzar un bellaco lo que á otro dió la iniquidad, en alegando: con otro se hizo, dé un tapaboca á las consultas y á las advertencias, y á lo imposible saca de quicio; y mientras yo durare en el mundo, no hay que temer virtud ni justicia ni buen gobierno. Y ese diablo del *cohecho,* si no le arrebozo, ¿con qué cara se entrará por unas uñas graduadas y por unas hopalandas magníficas? Calle el pícaro; que el título de máximo diablo solo es mio.

—¿Y yo, dijo otro, mondo virtudes como níspolas? ¿Soy de los diablos de mala muerte que se hallan detrás de la puerta? ¿Conténtome con niñerías? ¿Valgo yo de embelecos de á ciento en libra? Yo soy demonio de pocas palabras: cuatro razones diré, y hable quien se atreviere. Yo, el tal diablo, he hecho honra el ser *maridos infames,* gracia el ser *meretrices,* oficio el ser ladrón, ladrones los oficios. Y entre tantos no hubo quien tomase la mano: todos callaron dando lugar á un diablazo, que asido de un hablador y de un vano y lisonjero, decia:

—Déjenme entrar, que traigo...

—¿Qué traes? dijo el entremetido. Respondió:

—Estos dos.

—¿Quién son?

—Un hablador y un lisonjero y vano: son piezas de rey, y por eso los traigo al nuestro.

Viólos Lucifer con asco, y dijo:

—¡Y cómo si son piezas de reyes! Mas aunque rey diablo, y diablo y archidiablo, no gusto desta gente. Desde léjos un demoñuelo decia:

—Príncipe, seis años há que ando tras un ruin, y es tan ruin, que no sé cómo lo acabe de destruir, porque de puro ruin no es para

nada, ni bueno ni malo.

—¿Eso dudas? dijo la dueña. Si es ruin ponle con honra, y acabarás con él, y él con el mundo.

—¿Dijera más el diablo? dijo el soplon. Respondióle el entremetido:

—Pues ¿qué le falta á la dueña?

El soplon, que andaba en forma de cañuto aventando culpas, dió en un rincón con un haz de diablos viejos, y llenos de telarañas y mohosos: dió cuenta dello; no los podían despertar. Preguntáronles qué demonios eran y á quién estaban repartidos y cómo no hacían su oficio, y respondieron bostezando que eran los diablos de los enamorados; y que desde que el dinero cayó más en gracia á las mujeres que su honor ni los requiebros, se habian venido allí, porque la moneda suplia sus faltas, y que ántes embarazaban, pues una tentación de talego vale por mil de diablo, y caen mucho antes en una dádiva que en una tentación, y ántes consienten en un toma que en un pensamiento.

—Yo soy el diablo de los *juzga-mundos,* de unos bellacos acechones, que tintos en políticos, son el *pero* de todo lo que se ordena. Bien fué mandarlo, pero se debia mirar. Bien mereció el oficio, pero... Gente que siempre acaba en peros lo que discurre. Son unos envidiosos de buena capa, y una carcoma confitada en estado. Y como estos para condenarse no aguardan sino que los príncipes manden algo, sus validos lo propongan, ó los consejos lo determinen, fiado en su maldita contradicion á cuanto no ordena su malicia, me duermo, y los aguardo y los recibo, porque ellos no se duermen en venirse y en sonsacar á otros para que vengan. Gente tan infame, que para ser bienquistos dicen mal de todos, y para tener buenos dias desean á todos mal; pues como son más las desdichas que los gustos, siempre andan recibiendo parabienes de ruinas y desgracias.

Bien le pareció á Pluton esta advertencia, y por remediarlo todo y prevenir los mayores aumentos de su dominio, mandó juntar las comunidades, repartimientos de sus prisiones; *y* obedeciendo á su señor, se vió junta una gran suma de espíritus infames. Entonces abriendo por boca una sima, aulló este razonamiento:

—Union desesperada, pueblos precitos, los que cobrastes en muerte los estipendios del pecado, aquí se ha pretendido entre tres demonios el título de máximo. No lo he dado á ninguno, porque entre vosotros hay una diabla que lo merece mejor que todos. Miráronse unos á otros; empezaron á discurrir con murmurio.

—No os canséis, dijo, llamadme á la Buena dicha, que por otro nombre se llama la diabla Prosperidad. Y luego de lo último de todo el conclave salió ella muy presumida y descuidada. Púsose delante, y en viéndola el rebelde serafín, el lucero amotinado, dijo:

—Mando que todos vosotros tengáis á la Prosperidad por diabla máxima, superior y superlativa; pues todos vosotros juntos no traéis la tercera parte de gentes á la sima que ella sola trae. Esta es la que olvida á los hombres de Dios y de sí y de sus prójimos. Esta los confia de las riquezas, los enlaza con la vanidad, los ciega con el gozo, los carga con los tesoros, los entierra con los oficios. ¿En qué tragedia no reparte todos los papeles? ¿Qué cordura, en llegando á ella, no se resbala? ¿Qué locura no crece? ¿Qué advertencia tiene lugar? ¿Qué consejo se logra? ¿Qué castigo se teme? Y ¿cuál no se merece? Ella alimenta de sucesos los escándalos, de escarmientos las historias, de venganzas á los tiranos, y de sangre á los verdugos. ¡Cuántos ánimos tuvo la miseria y el apocamiento canonizados, que en poder de la prosperidad fuéron insolentes y formidables! ¡Ah ministros! Reverenciadla y introducidla; y las almas que se mantuvieren humildes á prueba de prosperidad, no hay perder tiempo con ellas. Escarmentad en aquel diablo necio, que para tentar á Job pidió licencia á Dios para perseguirle, empobrecerle y plagarle. ¡Gentil maña, debiendo pedir licencia para aumentarle los bienes y el descanso y la salud! Que en el mundo el que alcanza todo lo que quiere, como no echa ménos á Dios para nada, aun para jurarle le olvida. Demonios, dijo empinando el aullido, publíquense desde hoy los trabajos y la persecución por enemigos mortales del infierno: son milicia de Dios y medicina de su sabiduría y dádiva de su mano. El rico dice: Hay que comer y que guardar y que gozar. Y el pobre: ¡Ay Dios mió! ¡Dios me remedie! Y pide con Dios, y come por Dios; y al uno le llaman pordiosero, y al otro hombre sin Dios. Trabajos délos el sumo Señor; descanso y buena ventura y felicidad, vosotros.

« Item más, para encaminar el buen gobierno os mando que ningún demonio pierda tiempo en las audiencias, tribunales y palacios, que los pretendientes y pleiteantes y aduladores y envidiosos mejor saben venirse acá y traerse unos á otros, que vosotros traerlos.

« Ningún demonio se me aborrece con otra capa sino la de la comodidad, que es el calzador con que entrará á pocos estirones en la conciencia más estrecha.

« Al dinero, en todas las partes que le toparen los demonios, sin exceptar ninguno, se levanten y le dén su lugar, que importa: la causa es secreta, no nos oigan las faltriqueras.

« La guerra se ha de estorbar por todos mis ministros en todas partes, que ejercita los ánimos, premia los virtuosos, ampara los valientes, aniquila el ocio nuestro amigo, y acuerda de los santos y de los votos. Diablos, en todo el mundo meted paz; que con ella viene el descuido, la lujuria, la gula, la murmuración; los viciosos medran, los mentirosos se oyen, los *encubridores* se admiten, las *rameras,* la negociación; y los méritos se caen de su estado. Y no os fatiguéis mucho en enredar los hombres en amancebamientos y gustos de mujer; que no hay pecado tan traidor como este, que apunta al infierno y da en el arrepentimiento cada vez; y las mujeres se dan mucha priesa á desengañar de sí, y los que no se arrepienten se hartan.

« Hijos diablos, asistid á mohatreros y á usuras, á venganzas, á pretensiones, á envidias, y sobre todo os encomiendo la hipocresía, que es lazo de todas las cosas y de todos los sentidos y potencias; que no se siente ni se conoce ni se rehúsa, y se premia y se adora.

« Y sobre todo, acreditadme los chismes con los poderosos, y veréis lo que hacen y lo que padecen, y cuál ponen el mundo, y á

dónde van á parar.

« Y esos emperadores y esos ministros no se junten más, y cada uno pene para sí mismo.

« Los filósofos y los tiranos estén donde se oigan y se atosiguen, los unos con oprobios y los otros con sentencias.

« Los soplones sirvan de fuelles, y no de abanicos; aticen y no refresquen.

« Los entremetidos sean piojos del infierno y coman á quien los cria, y hagan ronchas en quien los sustenta.

Y mirando á la dueña, dijo:

—Dueñas, déselas Dios á quien las desea: mirando estoy á dónde las echaré.

Los demonios y condenados que le vieron determinado á ruciarlos de dueñas, empezaron todos á decir:

—Por allá, por acullá; dueña, y no por mi casa. Escondíanse todos, y bajaban las cabezas viéndose amagar de dueñas. Viendo este alboroto y temor, dijo:

—Ahora esténse así, y juro por mí y por mi corona, que al diablo que se descuidare en lo que he mandado, y al condenado que más despreciare mis órdenes, que le he de condenar á dueña sin sueldo. Esténse baradas en ese zahurdon, y condenaré á los diablos á dueñas como á galeras.

Con esto desaparecieron todos, atemorizados del castigo, y Pluton se retiró á su antigua noche, dejando á su familia horror, á sus estados leyes, y á los hombres advertencia, que si la logramos, podrémos decir que tal vez es medicina el veneno.

LIBRO DE TODAS LAS COSAS

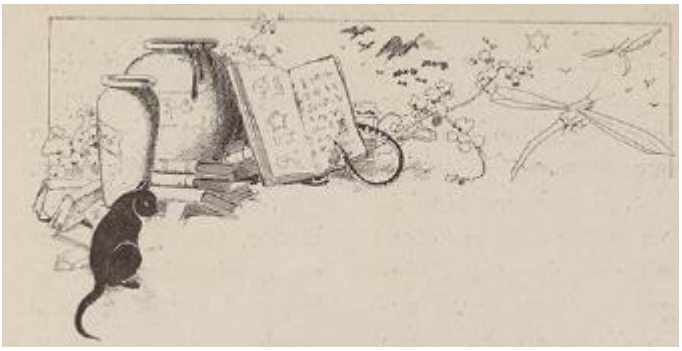
LIBRO DE TODAS LAS COSAS

Y OTRAS MUCHAS MÁS,

compuesto por el doto y experimentado en todas materias, el único maestro malsabidillo. Dirigido á la curiosidad de los entremetidos. Ha turbamulta de los habladores, y á la sonsaca de las viejecitas.

ADVERTENCIA AL LECTOR

CURIOSO lector ó desaliñado, que no importa más lo uno que lo otro para el efeto de mi obra, la primera columna del primer tratado contiene las admirables y estupendas proposiciones, en que podrás escoger la maravilla que quisieres obrar, mirando el número que tiene delante, y buscándole en la segunda columna, donde está el modo de hacerlo. Y no te espante el prodigio que ofrece la pregunta; que todo lo hallarás fácil en viendo la respuesta.



PRIMER TRATADO

Secretos espantosos y formidables, experimentados, tan ciertos y tan evidentes, que no pueden faltar jamás.

TABLA DE PROPOSICIONES

1. Para que se anden tras tí todas las mujeres hermosas; y si fueres mujer, los hombres ricos y galanes.

2. Para ser bien recibido donde quiera, y es infalible.

3. Para que cualquier mujer ó hombre que bien te pareciere, seas hombre ó mujer, luego que te trate se muera por tí.

4. Para que con solo haber hablado á una mujer te siga adonde quiera que fueres.

5. Para hacerte invisible, y que aunque entres entre mucha gente, ninguno te pueda ver. Y encomiéndote por el sumo Señor, que te hizo, tan alto secreto, por el daño que puede resultar si se divulgase en ladrones y adúlteros y presos y enemigos.

6. Para que hombres y mujeres te otorguen cuanto pidieres.

7. Para ser rico y tener dineros.

8. Para alcanzar cualquiera mujer en un momento, y es ciertísimo.

9. Para que no se te rompa ningún vestido que trujeres.

10. Para que no se te vaya el halcón, aunque le sueltes: y es probado.

11. Para no tener dolor de muelas jamás.

12. Para no encanecer ni envejecer nunca.

13. Para tener hijos la más estéril mujer del mundo.

14. Para que no te hurten los sastres.

15. Para no morirse jamás.

16. Para no morir sin confesion.

17. Si quieres que el caballo que tuvieres revuelva á todas manos.
18. Para tener grandes cargos en la república.
19. Para verte en altos puestos en breve tiempo.
20. Para ser tenido.
21. Para no envejecer, seas mujer ó hombre.

22. Para que aunque seas calvo, no lo puedas parecer, sin cabellera ni casquete.

23. Para que todos los pleitos salgan en tu favor.

24. Para que te duren poco las enfermedades.

25. Para que no te piquen las chinches de noche.
26. Si quieres ser bienquisto.
27. Para no confesar en el tormento: y es certísimo. No lo comuniques, por los ladrones y delincuentes.
28. Para quitarte los grillos y las prisiones en la cárcel, por grandes que sean.

TABLA DE SOLUCIONES

1. Andate tú delante dellas.

2. Da donde quiera que entrares, y serás tan bien recibido, que te pese.

3. Sé el médico que la cures, y es probado, pues cada uno muere del médico que le da al tabardillo ó mal que le dió.

4. Húrtala lo que tuviere, y te seguirá hasta el cabo del mundo, sin dejarte á sol ni á sombra.

5. Sé entremetido, hablador, mentiroso, tramposo, miserable, y nadie te podrá ver más que al diablo.

6. Pídeles á ellas que te quiten lo que tienes, y á ellos que no te dén nada, y te lo otorgarán todo.

7. Si los tienes, tenerlos; y si no, no desearlos, y serás rico.

8. Aguija si anda, y corre si aguija, y vuela si corre, y la alcanzarás.

9. Rásgale tú primero, y es cierto.

10. Pélalo de cañón á cañón, y lo verás claro.

11. No las tengas, y es un ahorro que parece muy mal á las quijadas.

12. Múerete cuando muchacho ó recien nacido.

13. Conciba, y *alumbre,* y críelos, y no los suelte,—y los tendrá.

14. No hagas de vestir con ellos, y no hay otro remedio.

15. No seas necio que, estos solos son los que se mueren; que á los desgraciados métanlos las heridas, á los enfermos mátanlos los médicos; y los necios solo se mueren á sí mismos.

16. Haz delitos de muerte y confiésalos, y morirás confesado.

17. Ponle dos dias con un escribano, y revolverá á todas manos y aun á todo el mundo.

18. *Burla* doncellas, *engaña* casadas, mata clérigos, roba iglesias; que no hay mayores cargos.

19. Andate de cuesta en cuesta y de cerro en cerro.

20. Déjate agarrar y asir.

21. Andate al sol en el verano y al sereno en el invierno; no tengas paz con tus huesos; púdrete de todo; come fiambre y bebe agua, no descanses de dia ni de noche, por andar en lo que no te va ni te

viene: que como esta no es vida para llegar á viejos, conseguirás el no serlo.

22. Ten sombrero perdurable y de por vida, y no te le quites aun para dormir; y si otro te quitare el sombrero, remítete á la cabezada y á la reverencia; y si por esto te dijeren que eres descortés, di que más vale ser descortés que calvo; y si por descortés riñeren contigo y te mataren, también vale más ser muerto que calvo, y procura morir con tu sombrero como con tu habla.

23. No pagues al abogado, ni al procurador, ni á los oficiales; que eso es lo que se pierde siempre sin remedio, y en eso vas condenado cada dia y cada hora. Y si pagando á los susodichos tienes sentencia en tu favor, tienes dinero en contra; y si tienes sentencia en contra, también. Y advierte que antes que se contesten las demandas, son los pleitos sobre si mi dinero es mió ó del otro; y en empezándose, es sobre que no sea del otro ni mió, sino de los que nos ayudan á entrambos.

24. Llama á tu médico cuando estás bueno, y dale dineros porque no estás malo; que si tú le das dinero cuando estás malo, ¿cómo quieres que te dé una salud que no le vale nada, y te quite un tabardillo que le da de comer?

25. Acuéstate de dia, y es probado.

26. Presta y no cobres; da, convida, sufre, padece, sirve, calla, y déjate engañar.

27. Negar todo cuanto te preguntaren.

28. Págaselo muy bien al alcaide: y es probado.

Tratado de la adivinacion por quiromancía, fisonomía y astronomía.

Señales de agua: Ver llover, no tener para vino, ahogarse en ella.

Señales de sereno: Catarros á la mañana, reumas y dolor de muelas.

La Luna en los Peces significa que está de viérnes: menguará, y andarán linternas de noche.

Todas las veces que la Luna está en el Toro, es cierto que entre los dos hay cuatro cuernos: saldrá el sol por la mañana.

Las Lunas viejas son las que hacen las malas noches en invierno, y se gastan en enseñar á gruñir los vientos y á murmurar á los vientecicos.

Júpiter en Libra parecerá tendero: denota invierno y verano en el año.

Venus con Géminis, que es signo ungüente, es señal que tiene llagas: miren por sí los boticarios.

Júpiter en el Carnero estará como hueso de muerto: denota melancolía en los presos.

Saturno en Capricornio amenaza casados mollares.

Mercurio en el León parecerá medio ochavo: causará enfermedades, si hay melones y pepinos, y se bebe agua; y morirán los que enfermaren, si los curan los médicos.

La Luna en la cabeza del Dragón significa que el Dragón tiene cabeza.

Luna llena no cabe nada más, y es aforismo de Hérmes.

Eclipse solar es eclipse hidalgo: promete escuridad mientras durare, y mentiras de astrólogos, creídas de necios y temidas de poderosos y ricos.

Cometa con cola es cierto, si se llegan á ella, que se pegará. Denota muchas bocas abiertas, nueces de gaznates empinadas, y ojos de puntillas para verla. Y si fuere crinita, morirán sin duda aquel año todos los reyes que Dios quisiere.

Conjunción magna: habrá encuentros de reyes en las barajas, jugando á la carteta; muchas muertes en los rosarios, y durarán sus efetos hasta que se rompan. Ptolomeo y Magino y Origano.

Capítulo de los agüeros.

Si vas á comprar algo, y al ir á pagar no hallas la bolsa adonde llevabas el dinero, es agüero malísimo, y no te sucederá bien la compra.

Si vas á reñir y se te cae la espada, es mejor que no si se te cayeran las narices. Pero si riñendo se te cae y te rompen la cabeza, es mal agüero para tu salud, y bueno para el cirujano y alguacil.

Si al salir de tu casa vieres volar cuervos, déjalos volar, y mira tú dónde pones los piés.

El mártes es dia aciago para los que caminan á pié y para los que prenden.

Si se te derrama el salero, y no eres Mendoza, véngate del agüero, y cómetele en los manjares. Y si lo eres, levántate sin

comer, y ayuna el agüero como si fuera santo: que por eso se cumple en ellos el agüero de la sal, porque siempre sucede desgracia, pues lo es no comer.

Dias aciagos y horas menguadas son todos aquellos y aquellas en que topan al delincuente el alguacil, el deudor al acreedor, el tahúr al fullero, el príncipe al adulador, y el mozo rico á la ramera astuta.

Tres cosas las mejores del mundo aborrecen sumamente tres géneros de gentes: la salud los médicos, la paz los soldados, la verdad algunos escribanos y letrados.

Cómo se han de hacer las cosas y en qué di as, para que te suceda bien.

Domingo reina el Sol; es dia á propósito para comer á costa ajena, y no hace mal, aunque sea algo más de lo ordinario; porque segun Hipócrates y Galeno, no son dañosos los ahítos de balde, y está el Sol en su casa, y tú en la del otro.

Lúnes compra todo lo que hallares á ménos precio ó de balde.

Mártes toma todo lo que te dieren, y no repares en cumplimientos, que es dia de Marte; y si lo haces, te mirará en el arrepentimiento de mal aspecto.

Miércoles pide á Dios y á ventura, que quizá toparás con alguno á quien Mercurio, tocado de la vanidad, incline á darte lo que tuviere.

Juéves es dia á propósito para no creer nada que te digan los aduladores.

Viérnes es buen dia para huir del acreedor, y de la ejecución, y de la embestidura meridiana de los panzas al trote.

Sábado es buen dia para levantarte tarde, andar despacio, comer caliente, hablar mucho y vestir ancho y calzar holgado; que es Saturno viejo y amigo de su comodidad, y tiene gota, como sale de Acuario y no se ha enjugado.

De la fisonomía.

Todo hombre que tuviere el cabello ensortijado, negro y recio, dará más que hacer á los barberos; y el que criare piojos, se rascará á menudo la cabeza.

Todo hombre calvo no tendrá pelo, y si tuviere alguno, no será en la calva. A estos, si son barbados, les reluce el casco, y parecen sus caras cabezas con el pelo, y sus cabezas caras sin él.

Todo hombre de frente chica y arrugada, parecerá mono, y será ridículo para los que le vieren.

El que tuviere la frente ancha, tendrá los ojos debajo de la frente, y vivirá todos los dias de su vida; y esto es sin duda..

Quien tuviere nariz muy larga, tendrá más que sonar, y buen apodadero.

El de narices meñiques y romas, llamadas nariguetas, que hay algunos que las tienen tan pequeñas que apénas se las puede hallar en la cara el mal olor, son hombres aunque parecen otra cosa, y en vida empiezan á hacer diligencias para calaveras. No son coléricos, porque por milagro se les sube el humo á las narices, como no se las halla.

Boca grande de oreja á oreja significa tarasca ó alnafe, y mucha espuma sin freno. Y estos paran bien, porque no solo no son desbocados, pero son boca todos.

Boca pequeña y fruncida, que hace hocico de hurón y parece oído, denota escuridad en los dientes, y es como tener encías con saetera en lugar de ventana.

Boca en almíbar con humedad de balsa, que habla con perdigones y razona con zumo, ondeada de jabonaduras, con la risa nadando en salivas, más necesidad tiene de enjugador que de requiebro.

El que tiene manos muy grandes tendrá grandes dedos, y diez uñas en entrambas; y el que tuviere mucha mano, privará; y muchas manos, será valiente; y por el contrario.

Ojos vivos no huelen mal, y relucen; los pequeños tienen niñas, y los grandes mozas.

Ojos verdes y azules parecen pájaras, y no mujeres.

Ninguna mujer que tuviere buenos ojos y buena boca y buenas manos, puede ser hermosa ni dejar de ser una pantasma; porque en preciándose de ojos, tanto los duerme, y los arrulla, y los eleva, y los mece y los flecha, que no hay diablo que la pueda sufrir.

Si tiene buenas manos, tanto las esgrime y las galopea por el tocado, tecleando de araña el pelo y haciendo corvetas con los dedos por lo más fragoso del moño, que amohinará los difuntos. Pues considérame la de buenos dientes, arregazados los labios, con todas las muelas y dientes desenvainados, y en púribus los

colmillos, muy preciada de regaño de mastín, y á pique del alma condenada; y veréis cuánto mejor es un neguijon fruncido, y unos ojos rezmellados y una mano de mortero, contenta con ser mano, sin introducirse en revoloteos, en sonajas, en pinzas y en taravillas de bullicios.

Mujer con cara podrida como olla, donde hay, con hocico de puerco y carne de vaca, de todo en la escarapela de facciones, más preciada de bien prendida que los que están en los calabozos; dama de la cárcel, muy presumida de los alfileres, pretendiendo pasar por lindeza lo bigarrado,—de puro bien prendida, merece que no la suelten las pascuas.

Y pues todo su caudal es ser solamente bien prendida, es razón que la llamen doña Escarióte, y que sea conocida por el prendimiento, como Judas.

Mujer tarasca y delincuente de cara, muy revesada de ojos, muy gótica de narices, muy ética de labios, muy penitente de mejillas, muy escura de encías, con dentadura de raja, y frente tan angosta que el cabello sirve de cejas,—si retrujere estas bellaquerías vivas en lo discreto, cuando pida se le ha de dar audiencia, y no joya; tenga cátedra, y no amante. Alábensele las cláusulas y las dotrinas, no el talle ni el rostro; tenga lugar en las librerías, y no en las

voluntades. Y porque conviene que con ella se gaste muy poco tiempo, queremos que en las visitas, ya que no sea oida ni vista, sea solo oida, y la vista huida.

Unas viejas en duda, que se usan, que se toman de los años como del vino, y andan diciendo que la falta de dientes es corrimiento, y que las arrugas son herencia, y las canas disgustos, y los achaques pegados, y por no parecer huérfanas de la edad, llaman mal de madre el que es mal de agüela,—decimos que se les dé para su sustento una plaza de dueñas; que con esto serán viejas, y no dejarán ser mozas á las niñas á puros chismes, y tendrán venganza, ya que no pueden remedio. Y las graduamos de mujeres de bacinica, que piden para las otras.

Las mujeres que tienen las cejas en arco, y no ballesta, tendrán dos pestañas en cada ojo, y serán bien miradas si las miran bien.

En viendo un tuerto, puedes juzgar por esta ciencia que le falta un ojo.

Los bizcos son tuertos en duda, que no se sabe de qué ojo lo son.

El hombre zurdo sabe poco, porque aun no sabe cuál es su mano derecha; pues la una lo es en el lugar, y la otra en el oficio. Es gente de mala manera, porque no hace cosa á derechas.

Hombre corcovado no le trates, y júzgale por mal inclinado, pues lo anda con la corcova.

Capón, que ni es hombre ni mujer, y parece entrambas cosas, es gente intratable, que ni merece ser hombre ni se atreve á ser dueña.

Quien tuviere pequeño pié, ese sin duda calzará ménos zapato, y tendrá ménos zancajos que le roan los maldicientes.

Pié grande, que los gallegos llaman pata, si el que le tuviere dice riñendo que meterá á otro en un zapato, lo podrá cumplir sin ser valiente.

Quiromancía ó arte de adivinar por las rayas de las manos, en un capitulo breve.

Todas las rayas que vieres en las manos, oh curioso lector, significan que la mano se dobla por la palma y no por arriba, y que se dobla por las junturas; y por eso están las grandes en las coyunturas; y desas, como es cuero delicado, resultan las otras menudas. Y para ver que esto es así, mira que en el pescuezo y frente, caderas, corvas y codos y sangraduras y nalgas, por donde

se arruga el pellejo, y en las plantas de los piés hay rayas. Y así habia de haber, si fuera verdad (como hay quirománticos), nalguimánticos, y frontimánticos, y codimánticos, y pescuecimánticos y piedimánticos.

Para saber todas las ciencias y artes mecánicas y liberales en un dia.

Si quieres saber todas las lenguas, habialas entre los que no las entienden, y está probado.

Si escribes comedias y eres poeta, sabrás guineo en volviendo las rr ll, y al contrario: como Francisco, *Flancico;* primo, *plimo.*

Si quieres saber vizcaíno, trueca las primeras personas en segundas, con los verbos, y cátate vizcaíno: como *Juancho, quitas leguas, buenos andas vizcaíno -,* y de rato en rato su *Jaungoicoá.*

Morisco hablarás casi con la misma abjetivacion, pronunciando muchas xx ó jj: como *espadaban de jerro, boxanxé, Xorriquela* y *Mondoxas, mera boxanxé;* y así en todo.

Francés, en diciendo *bu,* como niño que hace el coco; y añadiendo *bon compere,* y nombrando *macarelage,* sin descuidarte de decir la *Francia, musiur* y *madama,* está acabado.

Italiano es más fácil, pues con decir *vitela, signor si, corpo dil mondo,* y saber el refrán de *pian pian si fa lontant* y pronunciando la ch, ce, y la ce che, está sabida la lengua.

Alemán y flamenco es lengua breve, pues se aprende en un *brindis, gotis, guen, garhaus mempiat, menestiat.* Y para tratar de guerra, en diciendo *país, duna* y *dique,* no hay más que desear.

La arábiga no es menester más de ladrar, que es lengua de perros, y te entenderán al punto.

Griego y hebreo, como todos los que lo saben lo saben sobre su palabra, por solo que ellos dicen que le saben, dilo tú y sucederáte lo mismo.

Dejo de tratar de la jerigonza y gemianía, por ser cosa que puedes aprender de los mozos de muías.

Si quieres ser famoso médico, lo primero linda muía, sortijon de esmeralda en el pulgar, guantes doblados, ropilla larga, y en verano sombrerazo de tafetan. Y en teniendo esto, aunque no hayas visto libro, curas y eres dotor; y si andas á pié, aunque seas Galeno, eres platicante. Oficio docto, que su ciencia consiste en la muía.

La ciencia es esta: dos refranes para entrar en casa; el *qué tenemos* ordinario, *venga el pulso,* inclinar el oído, *¿ha tenido frío?* Y si él dice que sí primero, decir luego: Se echa de ver. ¿Duró mucho? Y aguardar que diga cuánto, y luego decir: Bien se conoce. Cene poquito, escarolitas; una ayuda. Y si dice que no la puede recebir, decir: Pues haga por recibilla. Recetar lamedores, jarabes y purgas, para que tenga que vender el boticario, y que padecer el enfermo. Sangrarle y echarle ventosas; y hecho esto una vez, si durare la enfermedad, tornarlo á hacer hasta que ó acabes con el enfermo ó con la enfermedad. Si vive y te pagan, di que llegó tu hora; y si muere, di que llegó la suya. Pide orines, haz grandes meneos, míralos á lo claro, tuerce la boca. Y sobre todo advierte que traigas grande barba, porque no se usan médicos lampiños, y no ganarás un cuarto si no pareces limpiadera. Y á Dios y á ventura, aunque uno esté malo de sabañones, mándale luego confesar, y haz devocion la ignorancia. Y para acreditarte de que visitas casas de señores, apéate á sus puertas, y éntrate en los zaguanes, y orina y tórnate á poner á caballo; que el que te viere entrar y salir, no sabe si entraste á orinar ó nó. Por las calles vé siempre corriendo y á deshora, porque te juzguen por médico que te llaman para enfermedades de peligro. De noche haz á tus amigos que vengan de rato en rato á llamar á tu puerta en altas voces para que lo oiga la vecindad: Al señor dotor que lo llama el duque; que está mi señora la condesa muriéndose; que le ha dado al señor obispo un accidente; y con esto visitarás más casas que una demanda, y te verás acreditado, y tendrás horca y cuchillo sobre lo mejor del mundo.

Para ser caballero ó hidalgo, aunque seas judío y moro, haz mala letra, habla despacio y recio, anda á caballo, debe mucho y véte donde no te conozcan, y lo serás.

Si quieres ser letrado almendruco por madurar, que hagas mal á los pleitos, y tus alegaciones sepan á madera,—ten de memoria los títulos de los libros, dos párrafos y dos textos; y esto acomoda á todas las cosas, aunque sea sin propósito. A todas las cosas que te dijeren, di que hay ley expresa, que habla en propios términos. Si abogares, da muchas voces, y porfía; que en las leyes el que más porfía, tiene (si no más razón) más razones. A todos di que tienen

justicia, por desatinos que pidan. Y sabe cierto que no hay hoy disparate en el mundo tan grande, que no tenga ley que lo apoye. Y mira si hay mayor disparate que no beber vino y no comer tocino, y tiene la ley de Mahoma que lo abone. Si no entendieres las relaciones que te hicieren de los pleitos, di que ya estás al cabo y harto de vocear el mismo caso en la chancillería. No te olvides de la ley del reino que está en romance, y ten en la memoria á Panormitano y Abad. Podrás alegar al *cierto jurisconsulto* y al *otro*, y algún refrancico; que al fin son evangelios abreviados. Y sobre todo, tendrás en tu estudio libros grandes, aunque sean de solfa ó caballerías, que hagan bulto; y algunos procesos, aunque los compres de las especerías y tiendas de aceite y vinagre. Si dijeres algo por auténtico, y te apretaren á decir en qué autor lo viste, di que en Carolo Molineo ántes que le vedaran; que por estar vedado no se podrá averiguar; ó inventa un autor de *Consejos,* pues salen nuevos cada día. Y no te olvides de traer chinelas, y gorra, y capa con capilla, por quien Dios es.

Si quieres ser alquimista y hacer de las piedras, yerbas, estiércol y aguas oro, hazte boticario ó herbolario, y harás oro de todo lo que vendieres. Y guárdate de quemar metales y sacar quintas esencias; que harás del oro estiércol, y no del estiércol oro.

Y si quisieres ser autor de libros de alquimia, haz lo que han hecho todos, que es fácil, escribiendo jerigonza: Recibe el rubio y mátale, y resucítale en el negro. Item, tras el rubio toma lo de abajo y súbelo, y baja lo de arriba y júntalos, y tendrás lo de arriba. Y para que veas si tiene dificultad el hacer la piedra filosofal, advierte que lo primero que has de hacer es tomar el sol, y esto es dificultoso, por estar tan Tejos. Hazte mercader, y harás oro de la seda; y tendero, y harásle del hilo, agujas y aceite y vinagre; librero, y harás oro de papel; ropero, del paño; zapatero, del cuero y suelas; pastelero, del pan; médico, de las cámaras harás oro, y de la inmundicia; y barbero, y lo harás de la sangre y pelos. Y es cierto que solos los oficiales hacen hoy oro y son alquimistas, porque los demás ántes lo deshacen y gastan.

Para ser toreador sin desgracia ni gasto, lo primero caballo prestado, porque el susto toque al dueño, y no al toreador; entrar con un lacayo solo, que por lo ménos dirán que es único de lacayo;

andarse por la plaza hecho caballero antípoda del toro; si le dijeren que cómo no hace suertes, diga que esto de suertes está vedado. Mire á las ventanas, que en eso no hay riesgo. Si hubiere socorro de caballero, no se dé por entendido. En viéndole desjarretado entre picaros y muías, haga puntería y salga diciendo siempre: No me quieren; y en secreto diga: Pagados estamos. Y con esto toreará sin toros y sin caballos.

Si quieres, aunque seas un pollo, ser respetado por valiente, anda con mareta, habla duro, agobiado de espaldas, zambo de piernas, trae barba de ganchos y bigotes de guardamano, y no levantes la habla de la cama sin vaharada del trago puro; habla poco, que ya no tienen por valientes sino á los que callan. Di cuando estés vestido, que estás atravesado por mil partes. Brinda en los banquetes al ánima de Pantoja y á la honra de Escamilla y Roa. Sé cuerdo en las pendencias y loco en los banquetes, colérico en las paces y flemático en las véras; y de cuando en cuando achácate entre los amigos un herido ó dos de los que otros mojaren. Y con esto no tendrá tanta opinion como tú ningún tabardillo.

CUENTO DE CUENTOS

A DON ALONSO MESIA DE LEIVA

LA habla que llamamos castellana y romance tiene por dueños todas las naciones: los árabes, los hebreos, los griegos. Los romanos naturalizaron con la vitoria tantas voces en nuestro idioma, que la sucede lo que á la capa del pobre, que son tantos los remiendos, que su principio se equivoca con ellos.

En el origen de la han hablado algunos linajudos de vocablos, que desentierran los huesos á las voces, cosa más entretenida que demostrada; y dicen que averiguan lo que inventan.

También se ha hecho *Tesoro de la Lengua española,* donde el papel es más que la razón; obra grande, y de erudición desaliñada.

Ninguno ha escrito gramática; y hablamos la costumbre, nó la verdad, con solecismos.

El alma decimos; y supuesto que el alma bueno no se puede decir, *el,* que es artículo masculino, ha de ser *la,* y pronunciar la alma.

No quiero nada peca en lo de las dos negaciones, y debe decirse: Quiero nada.

Bien considerable es el entremetimiento desta palabra *mente,* que se anda enfadando las cláusulas y paseándose por la voces *eternamente, ricamente, gloriosamente, altamente, santamente,* y esta porfía sin fin. ¿Hay necedad, más repetida de todos que *finalmente,* cosa que algún letor se me quiera excusar de no haberla dicho?

Mal hablado llaman al que habla mal, habiéndole de llamar mal hablador.

Mire lo que le digo, decimos todos por óigame; pues no se parecen los ojos y las orejas. *Aqueste,* por este; *agora,* por ahora. Son infinitas las veces que, pudiendo escoger, usamos lo peor.

¡Hay cosa como ver á un graduado, con más barbas que textos, decir enfurecido: Voto á *tal,* que *se lo dije de pe A pal* ¿Qué es pe á pa, licenciado? Y para enmendarlo dice que *se está erre A erre todo el dia.*

: Qué será *no dar á uno una sed de agua,* que tan irecuente se oye en las quejas de los amigos y de los criados? Y *hacer bailar el agua delante,* ¿es á propósito?

Encarece uno su verdad, y dice: *Yo le dije dos por tres.* Y decir dos por tres, ¿quién negará que no es decir una cosa por otra? Habia de decir: Yo le dije dos por dos.

¡Pues uno que encareciendo su diligencia, dice que vino en un *santiamén!* Deben de tener los santiamenes gran paso. ¡Y los que para encarecer su prudencia dicen que *lo escogieron á moco de candil!* Miren qué juicio tendrá un moco de candil para escoger.

Un enojado que dice á otro que le *trae sobre ojo,* es (con perdón) llamarle nalgas; que para decir que le atiende, lo propio era *traer los ojos sobre él.* Y el blasón tan presumido de *tener sangre en el ojo,* más denota almorranas que honra; y pierdo doblado si lo juzgan los pujos.

Hablen cartas y callen barbas -, sin haber quien haya oido decir á las barbas: *Esta boca es mia;* aun cuando las calean y las rapan.

¡Qué de hombres se hacen *mojigatos-,* y nadie sabe qué son estos gato moji!

Verse y desearse no pasó de Narciso.

Poner piés en pared no sirve de nada; yo lo he probado, viéndome en trabajos, como oia decir: *No hay sino poner piés en pared*; y solo sirve de trepar ó dar de cogote.

Andar la barba sobre el hombro, quien lo tuviere por buen consejo, lo pruebe; y andará hecho corderito de *Agnus Dei.*

Dióme un remoquete es dádiva de catarro.

Llevar la soga arrastrando dicen que es la mayor desdicha. Yo he llevado arrastrando sogas, y hallo que es peor que la soga lleve arrastrando al hombre.

Para decir que uno es muy malo dicen que *ni teme ni debe.*; Puede ser mayor necedad, pues solo es bueno el que ni teme ni debe? Habian de decir que ni teme ni paga; y esto pregúntenselo á los mercaderes y á todos los que fian.

.No me Lo harán creer cuantos aran y cavan. Considere vuesamerced qué letrados ó teólogos buscó, sino gañanes.

¿Vuesamerced ha visto algún *bazo cagado?* Que yo no sé por dónde entran á proveerse en un bazo.

¿Hay cosa tan mortal como *zas?* Más han muerto de zás que de otra enfermedad; no se cuenta pendencia que no digan: *Y llega, y zás y zás, y cayó luego.*

No es el mundo tan grande como *tris:* todo está en un tris, y no hay dos trises; estaban en un tris; estuvo toda la ciudad en un tris; todo el reino estuvo en un tris. ¿Y espantaránse de que la fénix sea una, siendo el *tris* uno siempre?

¿Y aquellos majaderos músicos que *se van cantando las tres ánades, madre;* que no cantarán las dos, si los queman, ni la cuarta?

Considere vuesamerced el buen talle destas voces, que se nos hacen reacias en la lengua, y no las podemos escupir: *zurriburri, á cada triquete, traque barraque, zis zás, zipizape, abarrisco, irse á chitos, chichota, con sus mee de oveja, trochimoche, y cochite hervite;* es decir que no tiene vergüenza para deslizarse en una historia y entremeterse en un sermón; y están tan halladas, que pocas plumas las desdeñan.

Y para ver á cuál mendiguez está reducida la lengua española, considere vuesamerced que, si Dios por su infinita misericordia no nos hubiera dado estas dos voces *ahora bieyi*, nadie se pudiera ir ni se despidiera de una conversación. Todos dicen: *Ahora bien, ya es hora; ahora bien, ya es tarde; ahora bien, ya vuesas mercedes querrán cenar.*Y hay hombre que, por no acordarse dellas, se detiene hasta que enfada y mata, y en topando con su *hora bien,* se va.

Yo, por no andar rascando mi lenguaje todo el dia, he querido espulgarle de una vez en esta jornada, donde yo solo no tengo qué hacer. Y en este cuento he sacado á la vergüenza todo el asco de nuestra conversación, que si no tuviere donaire ni mereciere

alabanza, no carece de estimación el trabajo en recoger tan extraños desatinos. Ahora va este papel haciendo lugar á obra más de veras, en que trataré (ni sé si tan docto como desvergonzado) que ni sabemos deletrear nuestra cartilla ni razonar con la pluma. En tanto vuesamerced, que hace buena acogida á mis borrones, se divierta y tenga larga vida, con buena salud. Monzon 17 de marzo de 1626.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS.

CUENTO DE CUENTOS

donde se leen juntas las vulgaridades rústicas, que aun duran en nuestra habla, barridas de la conversación.

ELLO se ha de contar; y si se ha de contar, no hay sino, sus, manos á la obra.

Digo pues que en Sigüenza habia un hombre muy cabal y machucho, que diz que se decia Menchaca, de muy buena cepa. Estaba casado con una mujer, y esta mujer era mujer de punto y más grave que otro tanto. Llámese como se llamare.

Tenian dos hijos que, como digo, eran pintiparados y no le quitaban pizca al padre. El uno dellos era la piel del diablo, el otro un chisgaravís; y cada dia andaban al morro por quítame allá esas pajas. El menor era vivo como una cendra, y amigo de hacer tracamundanas, y baladrón. El padre lo sentía á par de muerte; mas él ni por esas ni por esotras.

El mayor era hombre de pelo en pecho, y echaba el bofe por una mozuela como un pino de oro, delicada, veme no me tengas, alharaquienta. Era viuda, y su marido (como digo de mi cuento) murió; y diz que se tuvo barruntos que ella le habia dado con la del martes. Estuvo en un tris de suceder una de todos los diablos. El padre, que era marrajo, lloraba hilo á hilo, y iba y venía en estas y estotras. Y un dia, entre otros, que le dió lugar la murria, la dijo su parecer de pe á pa; y seco y sin llover, mandóla que se metiese en

un convento al proviso. Ella se cerró de campiña; y así se estuvieron erre á erre muchos días, hasta que el padre, que ya estaba atufado, la dijo que por tantos y cuantos que habia de hacer y acontecer, ver veamos si han de ser tijeretas; y en justos y en verenjustos dió con ella en una recolección.

Era la pupilera mujer de chapa y no amiga de carambolas, y el licenciado persona de tomo y lomo. La moza, que vió esto, viene y toma, y ¿qué hace? Sin más ni más, como quien no quiere la cosa, escribe á su galan, que ya andaba con mosca, diciéndole que todo era agua de cerrajas, y que ella habia puesto piés en pared, y que quisiese que no quisiese, se iria con él cantando las tres ánades, madre; que atase él bien su dedo, y se riese de toda la zalagarda, y traque barraque.

Pues el diablo del mozuelo (que estaba más enamorado que otro tanto, y estaba sobre las afufas), como se vió señor del argamandijo, no hacia más de á trochimoche escribirla billetes y más billetes; y ella leer que leerás, á tontas y á locas.

Pues (como digo) yendo dias y viniendo dias, la pupilera, que tenia pulgas, soltó la taravilla y la dijo rasamente que ella era mujer de sangre en el ojo, y que con ella no habia chápcharras máncharras: que anduviese con pie de plomo y la barba sobre el hombro, porque de manos á boca haria de hecho. La mozuela, que era sacudida, casi casi estuvo para envedijarse con ella, y levantar una cantera de todos los diablos. Ella se resolvió en decirla que para qué eran tantos arremuescos y dingolondangos, siendo todo un papasal; y sepa que ya estoy el agua hasta aquí. Hacia grandes extremos, diciendo que bien entendía la zangamanga. La pupilera lo quiso meter á barato, negando á pié juntillas cuanto ella habia dicho. El otro hermanillo, que se venía al husmo, se hizo mequetrefe y faraute del negocio, y por apaciguarlas, empezó á darlas ripio á la mano á sabiendas.

La pupilera se hacia carne, llorando de ver el mormullo y la tabaola que habian metido en su casa. El hermanillo, por desmentir espías, la empezó á traer la mano sobre el cerro. Y en estas y estas, cata ¿qué hace el diablo? Hételo el padre, sin más ni más.

Atolondráronse todos, y en volandas llegaron á las inmediatas: dijéronse los nombres de las fiestas, y hubo muchos dares y

tomares, si ha de salir, no ha de salir.

—Yo saldré, dijo la viuda, zurriando como un rayo; mas para esta... Aquí fué ello, que como la tia no las tenia todas consigo, empezó á tartalear, y diz que dijo:

—¿Qué ha de haber? ¡Miren quién se mete en docena! Yo la aseguro que ha caido la vindica en el mes del obispo.

—Tanto monta, dijo la mozuela. Y replicó la pupilera:

—Nó, sino el alba. El hermanillo, viendo que andaban al morro, votó á tal y á cual que todo lo habia de llevar abarrisco.

—¿Qué es abarrisco en mis barbas? dijo el padre, y zás.

Llegó á punto crudo el licenciado, cuando andaba el zipizape. Metiólos en paz; mas á cada triquete andaban á mia sobre tuya. Y viendo el pelotero, llevósela el padre á su casa, porque no se metiese en dibujos.

Y en llegando, tris tras á la puerta.

El viejo tenia barruntos de que un hermano de la mozuela, que no la quitaba pinta, y tenia muy malas mañas, enguizgaba el negocio. No quiso abrir. Esto fué el diablo, que empezó á decir (y agora es, y no acaba) que no habia de dejar roso ni velloso, ni piante ni mamante, y que los habia de traer al retortero á todos, y salga si es hombre. El pobre padre no hacia sino chiton, como entendia el busílis.

La hija, que olió el poste y hendia un cabello en el aire, escurrió la bola, temiendo que el padre la menearía el zarzo; ¿qué hace? sino váse á chitos. El picaron, por no hacer una borrumbada, dijo:

—Arda Bayona, y esos turronazos no con miquis; y acogióse calla callando. Iba la hija saltando bardales, sin decir oxte ni moxte, en busca del bribón, corriendo á *diablo* el postre, con la lengua tan larga.

Desto los vecinos tomaban el cielo con las manos y se desgañifaban; y andaban unos en pos de otros zahiriéndose.

—No nos hable con sonsonete, dijo uno; que al cabo al cabo ha de venir á la melena.

Decia ella:

—No dijera más Pateta: yo he de hacer mi gusto, y esotro es cosa de morenos, y no quiero cuentos con serranos; y de una hasta ciento; que se descalzaban de risa de ver al viejo hecho de hiel, y á

ella que se iba á cencerros atapados, con un zurriburri refunfuñando.

El licenciado, que pensó que ya mordía en un confite, y que eran uña y carne, con mucha sorna se vino mano sobre mano, hecho gatica de Juan Ramos, diciendo entre sí:

—Yo la haré á la tal por cual, que muerda en el ajo.

El padre, que le vió venir á lo de mi suegro, y le traia entre ojos, empieza á dar voces; y alza Dios tu ira, y á diestro y á siniestro le puso del loco, asiéndosele de los andularios, que no podian desengarrafarle, segun tenia la hincha con él.

El licenciado daba los gritos que los ponia en el cielo; mas no se dormia en las pajas. Allí fué ella, que el compañero, viendo que andaban á pescuezo, le dió un pan como unas nueces, sin irle ni venirle.

A la tabaola se entró un vecino con sus once de oveja, muy sobresaltado, y de hoz y de coz se metió donde no le llamaban. Quiso embestir, mas el bribón puso haldas en cinta. Dijo el pobrete:

—Yo soy hombre de pro, y conmigo no hay levas.

—Yo pajas, dijo el bribón, y asentóle un tanto. El pobre no chistó ni mistó, y volvióse dado á perros, y jurando que le habia de dar su recado. Y sobre esto hubo la mayor turbamulta del mundo.

Mas viendo la mozuela que el bribón la daba en el chiste, estúvose acurrucada, por excusar dimes y diretes.

El picaron andaba listo como una jugadera, de ceca á meca, engolondrinado, dándose tantas en ancho como en largo, que le podían hender con una uña.

—Esto ha de dar un crujido, dijo el hermanillo, que estaba de manga. El padre pensaba que tenia el oro y el moro, y estábase en sus trece, diciendo que si le hacian, habian de ir rocin y manzanas con todos los diablos; y echó de la oseta.

La viuda y el que nos vendió el galgo, digo el bienhadado del novio, se dieron sendos remoquetes acerca del casamiento que se estaba en jerga.

Era el bellaco socarron y mal hablado, y dijo que no le *manchasen* el bazo, que no era barro casarse, y que él no se habia de casar á medio mogate:

—¿No más de llegar, y zás, candil? A osadas, que lo entiendo todo.

Saltó el licenciado y díjole:

—¡Gentil chirrichote! Danle una moza como mil relumbres, hija de sus padres, más rubia que las candelas, que no sabe lo que se tiene, hecha de cera, que le viene de molde, ¿y hácese de pencas? ¿Para qué es tanto lilao? Sino á ojos cegarritas déjese de recancanillas y cásese, pues le viene muy ancho.

Atolondrado el novio, así como oyó decir que le vendría muy ancho, dijo:

—Tras que me venga muy ancho ando yo! Déjenme que lo meteré todo á la venta de la Zarza, y volverémos las nueces al cántaro.

Púsose el bribón más colorado que unas brasas; y dijo que llevado por bien, harian dél cera y pabilo, y que le diria todo lo que deseaba saber, sin faltar chichota.

El berganton le dijo dos por tres que mentía, y si no lo ha vuesamerced por enojo, se tornaron á envedijar, y andaban al pelo.

El licenciado, que vió la baraúnda, echólo á doce. El hermanillo cascó la mollera al cuñado. Todos andaban hechos una pella y al estricote.

Pues vea aquí vuesamerced que si no es por la viuda, el licenciado paga el pato, con todo su apatusco. El echaba de vicio, y

ella le cantaba la sorna, diciendo que más quería andarse á la flor del berro, y qué me sé yo.

En esto estaban á toca no toca, cuando á la zacapella que traía la gente bahúna, vino un alguacil en un santiamén y un escribano en volandas, respailando, y dijeron que de atrás los traían sobre ojo, y que no dejarían de embocar la moza en la cárcel por todos los haberes del mundo, que bastaba la mueca.

El licenciado replicó que no se habia de hacer todo cochite hervite. Mirábale de hito en hito el hermanillo. El escribano estaba con el ojo tan largo.

—No estoy de gorja, dijo el padre, ni me mamo el dedo.

Empezó el maridillo á echar verbos:

—¿Alguacil en mi casa? Y en esto iba y venía.

—Yo traigo un mandamiento tan gordo, que no vengo á humo de pajas, dijo el escribano.

—¿Mandamiento? dijo el licenciado; no me lo harán en creyentes cuantos aran y cavan. Y sobre esto se batió el cobre lindamente.

Dijo el alguacil:

—Yo no doy mi brazo á torcer. Replicó el hijo:

—Ni yo me dejo agraviar en el blanco de la uña; y esta casa no es como quiera, y míreme á la cara. ¿Qué quería? ¿llevarse de bóbilis bóbilis mi hacienda? Antes me dejaré hacer trizas; y advierta que no somos todos unos, y me mataré con mi padre en dos paletas, y me haré añicos.

—Arda Bayona, dijo el alguacil; que estoy ya hasta el gollete, y he de hacer mi oficio.

El escribano estaba de mampuesto, diciendo que no le untasen el casco, que los pegaría á mantiniente con la de rengo.

El hermano se fué rabo entre piernas, el maridillo echando chispas, y todos se quedaron en jolito. Entonces la moza habló al alguacil muy sobrepeine, y le aconsejó que no se anduviese regodeando, y que se acordase de la de marras, y que era todo fruslera, y que no habia de tener más así que asado; que toda era gente honrada, escogida á moco de candil, y personas de chapa. El alguacil gritaba como un descosido, viendo que la mozuela le habia dado entre ceja y ceja con la del mártes; y tomó la hincha con ella.

El escribano decia que no se la habia de cubrir pelo. La madre y el padre, que se estaban á más y mejor, dijeron:

—Esto va de rota: no hay sino hacer de las tripas corazon, y ojo al badil; gritando: No me hagan, que echaré por esos trigos; y á toda ley habe de tuyo.

—¿No ha de mediarse esto? dijo el licenciado, viendo la escarapela. Empezaron todos á encogerse de hombros, y á decir que se rugia cierta cosa; y que aunque no importaba un bledo, bastaba el run run y el qué dirán; y que si no se estorbaba, era fuerza que el alguacil llevase una tunda de coces.

El no dijo esta boca es mia, y tieso que tieso.

—Ahí me las dén todas, decia el bribón; que en manos está el pandero, etc. No lo dijo á sordos, que se quemó de oirlo el escribano, y le dijo:

Para mí no son menester tantas arengas, que sé dónde me aprieta el zapato; y lo que apuntó la señora lo tengo al cabo del trenzado; pero las razoncitas yo las guardaré como oro en paño. Alegrósele la pajarilla al alguacil, y dijo:

—Yo los meteré en pretina, ó podré poco.

Yo les haré, dijo el escribano, que me ¡bailen el agua delante, y los dejaré en el pelo de la masa; que no ha de ser todo cháncharras máncharras, y basta ya la trisca. Oyó el padre lo que trataban, y dijo:

—Oxte....; mas á mí no se me da un ardite, que ni temo ni debo, y al cabo habrá dello con dello.

—¿No darémos un corte en esto (dijo el licenciado)? cuando á sabiendas el mozuelo, muy remilgado y cariacontecido, dijo que estaba entre dos aguas, y dos dedos de irse por ese mundo adelante, en justos y en creyentes; que estaba cansado de traer los atabales á cuestas.

; Quién fuiste tú, que tal dijiste? No es creible la cólera del padre, pues llegándose á él, le asentó una tabalada. El no chistó ni mistó.

—Bergante (decia el viejo), téngote como cuerpo de rey, comiendo mil gollorías, dándote conejo por barba, y perdices como tierra, y vino como agua, repapilado, y hecho un trompo, vestido á las mil maravillas, la casa como una colmena, ¿y tanto lilao? Mírame á la cara, que el casamiento se ha de hacer de haldas ó de mangas. Quitáos de cuentos, y no andéis en tanto más cuanto, que se me va

subiendo el humo á las narices, y conmigo no tendréis un si es no es.

Entre estas y estotras, entróse de claro en claro una fregona con un canastillo que se venía á los ojos, y unos bizcochos que saben que rabian, y yo me comia las manos tras ellos. Anduvímos á la arrebatiña, y no fueron vistos ni oidos. Traia un billete de la pupilera para el licenciado; diósele, y él dijo:

—Hablen cartas y callen barbas. Aquí está quien no me dejará mentir. Y el papel decia ni más ni ménos:

«Señor licenciado, ese belitre, que se hace el *tuau-tem* deste negocio, tiene muy malas manchas, y no le alcanza la sal al agua, y todo es carantoña. Yo quedo la más amarga del mundo y echada por puertas; y sé que él y su mujer me están royendo los zancajos. Que le advierto que si no calla, le ha de costar la torta un pan; y que entiendo poco de fílis: que no se ponga conmigo á tú por tú; y me crea que estoy muy amostazada de ver que se haga zorrocloco, y nos venda bulas; que se guarde del diablo, que ahora es todo tortas y pan pintado; y que todo esotro es andarse por las ramas; y que por mal término no hay hacer carrera conmigo; que le veré la boca á la pared, y no le daré una sed de agua.»

Levantóse un remusgo, que hasta allí podia llegar, y daban todos diente con diente, y tiritaban de oir tales cosas.

El mozo se ciscó; mas ella se estaba repantigada á lo de mi suegro, como si fuera el padre, con mucho aquel. Juró que le habia de dejar en porreta si no se casaba; y sobre esto porfiaron hasta tente bonete. El hijo decia que él habia hecho cala y cata del negocio, y que le habian de soñar; que por qué y por qué, no teniendo ella cogijos, habian de obligarla á que las apeldase; que se

iria con el alma en los dientes, y los llenaría de bote en bote de lo que eran todos; y añadió que ya el viejo estaba calamocano.

¿Calamocano dijiste? Fué un dia de juicio, y sucediera muy mal si no se echara en chacota.

La mujercilla, que ya tenia asomos del negocio, más engolondrinada que otro tanto, empezó á hacer espavientos, y dijo que todo era así al pié de la letra; mas que no habia de ser todo echa y derrueca, supuesto no habian de poder dar con ellos al traste, aunque los persiguiesen á banderas desplegadas; y que más valia que por bien se llevasen su buen por qué, y se dejasen de cuentos. El alguacil decia que les habia de poner ras con ras la casa al menorete, hablando de talanquera, con mucho qué me sé yo. El escribano decia:

—Yo callaré ahora, mas yo les daré en caperuza.

—Cada uno mire por el virote (dijo el licenciado), pues ha de ir á todo moler; y no echen de vicio, que podría heder el negocio más ahina que piensan.

El alguacil, que vió que el licenciado era de los del asa, y que todos los demás era gente del gordillo, juzgó que el irse le venía á pedir de boca. Quitóse el sombrero, y ni paula ni maula, sino viene y vase. El padre, que vió el mal recado, fuése tras él dando cosetadas, por malos de sus pecados; y esto dió una estampida terrible.

—Ahí me las dén todas, decia la viuda. Replicó el marido:

—A mí no se me da un ardite, que con andar pié con bola me reiré de todos.

El bribón, que vió que esto iba de capa caida, y que iban de romanía, y que el mozuelo traia la soga arrastrando, y que la muchacha no era amiga de recancamusas, y que tenia garabato, díjola:

—Aquí no hay sino sus, y alto á casar, que estas son habas contadas.

La viuda, por una parte no quiso estar á diente; por otra, viendo que el mozo se moria por sus pedazos, estuvo hecha de sal y muy donosa, diciendo de aquella boca, que daba grima. El maridillo cantó de plano, mientras el licenciado contemplaba en las

musarañas. Mas no se le quedó por corta ni mal echada-; y como tomó el negocio á pechos, dijo:

—A mí se me quedaba en el tintero lo mejor; y con mucha pausa se fué al padre y le dijo: Acabemos con este mazacote, que no son menester tantas zarracaterías, ni andar templando gaitas.

—Cásese, que todos le bailarémos el agua delante, y no se meta en dibujos. El, que vió que andaba ya de capa caida, dijo:

—Una por una, yo me casaré; mas luego roeré el lazo; y otras mil patochadas.

Casóse; y aunque la boda se hizo á somormujo, todos se repapilaron. El padre le dió una linda tragantona con el dote; encajóle todos cuantos cachivaches tenia en casa; y si se quejaba, decia que hablaba adefesios, y que no se gobernase por su caletre, que se quedaria *in puribus,* que era un maniaco. Y aunque calló entonces, despues lloraba los quiries, y propuso de hablarle papo á papo, porque otra vez no se le subiese á las barbas.

Con estas cosas le metió las cabras en el corral, y calla callando hizo su negocio, y el hermanillo le escuchaba hecho un bausán. Estaba en cluclillas detrás de la puerta la recien casada, oyendo al muchacho con la oreja tan larga, y entró con un tropel de los diablos. El, por lo que podia suceder, venía hecho un reloj. La mujercita estaba de veinte y cinco alfileres, y le dijo para qué se metia de gorra.

—Déjense de filaterías, que una por una ya están casados (dijo el licenciado); y si hablamos más, nos echará el gato á las barbas, y volverémos las nueces al cántaro.

—Libertad *me fecit,* dijo el hermanillo.

Y con esto, se fuéron todos á la deshilada, con muy grandes cogijos, sin respetar el *coramvobis* del padre, que daba gracias á Dios de ver acabada tan grande carambola.

PERINOLA

PERINOLA

AL DOCTOR JUAN PEREZ DE MONTALBAN,
graduado no se sabe dónde; en lo qué, ni se sabe ni él lo sabe.

ESTANDO tres dias há unas doncellas hilando mil saltos á las castañetas, haciéndome andar á puntadedos, como á puntapiés, por entretenerse, un mancebito destos que les apunta la copla como el bozo, y les hierve lo culto como la sangre, entró diciendo: Aquí le traigo. Dejáronse todas en el bufetillo el *saca* hácia arriba, y acudieron al traigo, de daca arrancada; andaba el venga y el saque muy aprisa. El entonces sacando un libro recien encuadernado y regordete, y levantándole sobre la cabeza con meneos de sonajas y punta de folias, dijo:

—*Para todos, Para todos.* Una de las dijo:

—Para mí; otra:

—Para nosotras; otra dijo:

—¿Es la seguidilla
Para todos alegre,
Para mí triste?

El mozuelo, que las vió confusas, dijo:

—Este se llama *Para lodos;* adivinen qué será para todos. Una dueña (que con una cara de guitarra juntaba en tenaza la barba y la nariz, y estaba para enhebrar una aguja, dando de calabazadas en los párpados del ojo della, á una hebra de hilo con que pretendía, casamentera de trapajos, juntar de pizcas de camisa vieja una sábana) con una voz sin hueso y unas palabras mamadas á tabletazos de las encías, dijo:

—Si es para todos, será la muerte. Replicó el maldito mozuelo, que andaba revoloteando con el libro:

—No es la muerte. Una bermejuela abuchornada de rizos, y con más colores que barba teñida, dijo:

—Va sé lo que es, venga el libro. Si es para todos, él es el Bien que viniere; así lo dice la empuñadura de las consejas:

Erase que se era,
Que en hora buena sea,
El bien que viniere
Para todos sea.

Todos celebraban el donaire de la azofarada, cuando con bien enlutada hermosura, una pelinegra, que se servia de la contradicción de su propia blancura, con ojos de rúa, vestidos de negro (que las niñas de color miran de camino), volviendo la cara con reposo de aguileña y gracia de fea, dijo:

—Libro que es para todos guárdele; que el autor, sea quien fuere, confiesa que es obra vulgar y bazofia; porque universalmente para encarecer el primor de una cosa buena se dice que no es para todos; y por la misma razón, siendo para todos, es bodegon y olla de mondongo. Guarde su libro, que yo quiero cosa que sea para pocos, porque las tales son muchos menos los que las saben hacer.

El don Blas (que así se llamaba el que le trujo) replicó, dando un sopapo con el libro en el bufetillo, y tapándome á mí el *saca,* y enterrándome en volumen:

—Acertó vuesamerced como si le hubiera leido; ahí tienen el libro
Para todos, del doctor
Juan Perez de Montalban,
que el nombre es verso y copla.

—Eso, dijo la pelijudas, ¿es uno que fué muchos años retacillo de Lope de Vega, que de cercenaduras de sus comedias se

sustentaba, hasta que dió en escribir media con limpio (poeta de la calle de los Negros), juntándose con otros para hacer pasos á escote? ¿un estudiantillo de encaje de lechuza, hijo de un librero de Alcalá?

—Ese propio, respondió don Blas. Y por hacerse copia de Lope de Vega, se ordenó; y sin duda presto se echará el frey, por no quitarle pizca. Mízose doctor por equivocarse con Mescua, y está graduado por el mérito del camino; y por no echar más dinero á mal, no trujo graduada la milla de alquiler. A este pues llaman Hominicaco, por lo chico y por los hurtos, porque se averiguó que aruñó una comedia entera á Villaizan; y el primero testigo mayor de toda excepción fué lo que habia escrito ántes y lo que escribió despues. Y ahora para enmendallo y ostentar suficiencia, ha hecho este libro, que intitula *Para todos:* en él hay novelas, autos sacramentales, sátiras, declaración de la misa, comedias, instrucción de predicadores, almanaques, reportorios, lunarios, amores y cuestiones teólogas; junta los santos á los bergantes; cita batidos los idiotas y los filósofos, los chaconeros y los padres de la Iglesia; alaba al autor de la *Naqueracuza,* como al de la *ILiada* ó *Eneida;* celebra al autor de los *tórligos, mórligos, tirigimorios, chinchirrimallos, turigurigallos,* mucho más que al del *Pimandro,* y con palabras que aun le arrastraran á Aristóteles. De manera que este no es libro, sino coche de Alcalá á Madrid, donde se embuten y van juntos, dándose hombro con hombro, una vieja, una niña, y la buscona, y el tratante, y el corchete, y la *trapajosa* y el capigorrón con el fraile.

« El Doctor es azúcar de retama, donde son más las pajas, los palos, las moscas muertas, la basura y el estiércol que lo dulce. El pobre en lo que escribe parece hombre que pelea de tejado, que tira cuanto se topa con la furia: el vidrio quebrado, los cascos de la olla, las calzas viejas, el estropajo y la urraca muerta. ¡Pues ver las márgenes verbeneando de autores, que parecen propiamente márgenes de laguna, donde se junta la ortiga y el romero y la juncia y la adelfa! Allí se ve junto á Séneca con Barbadillo, Roa con Plutarco, Porreño con santo Tomás, Luquillas con Avicena; Benavente, diciendo á Quintiliano que se haga allá á puras matracas, que no cabe y no le deja á puros burungóngorros,

móngorros, chóngorros, lugar para media declamación. Este no es loco, que es poco, es una casa de locos; porque ha hecho un libro podrido, como olla, y atestádole de cuantas legumbres, bazofias, cachivaches, tronchos y chucherías ha hallado por las plazas y tiendas de aceite y vinagre, tabernas y despensas. Y lo más gracioso es, que los autores citados están en las márgenes como vendidos, sin saber qué hacen allí; porque los de historia están en lo que ha trasladado de los almanaques, y los teólogos en los que escribe de guerras, y los filósofos en la teología; y es tal el baturrillo de citas perpetuas, que se echa de ver por letor de moño, que el autor no hizo sino trasladar la memoria de todos los libros que ha vendido su padre, y soltado chorretadas dellos á trochemoche por aquellas márgenes, caiga donde cayere. Cita á Godinez, y no á san Benito; y no le cita delante de Dios, sino con la misma ponderación que pudiera al gran Filón judío ó á León hebreo; mas esto le perdono porque lo merece el ingenio del Doctor, que también es dotor y creo que son deudos. Con todo eso, le hace un agravio: que da el principado en los autos á Valdivielso; y como que todo lo ha escrito bien el Godinez, ha salido en algunos autos mucho, y es más señalado por los autos que todos.

« Escribe la creación del mundo, y declara la obra de los siete dias; lo cierto es que para dar buenos dias no se han de dar los que él escribe: porque ha sido tal, que todo lo que Dios hizo en siete dias, y vio que era bueno, él en siete dias lo ha querido destruir y mostrar que era malo. ¿En qué alforja de pobre se ve rán juntas tales cosas como en cada dia destos se leen? Todos los hizo mártes y aciagos; parece propiamente el entremés del *Hablador* y una vaya de mozos de muías y segadores.

« Pues ¿á quien no quiebra el corazon velle decir que el mejor pontífice es el Papa, y el mayor rey el de España; y trinchar el refrancico, de los pescados el mero, de las carnes el carnero, de las aves la perdiz, en tres tarazones, y hacer dél tres capítulos? Dice (rara cosa y recóndita) que el oro es el mejor metal, que el Paraíso es el mejor de los jardines, que el león es el mejor de los animales, y aquí rucia de poetas del *Agonal* de Pellicer, solo para que se lean muchas letricas mayúsculas. Dice que de los sepulcros es el mejor el de Cristo: ¡qué de estudio le debió de costar esta conclusión! De los trajes dice que es el más majestuoso el que está labrado todo de oro. Y para ver en qué rumbo de la casa de los locos tiene este autor la cabeza, no hay más que ver que, tratando de los mares, dice que el mayor es el Mediterráneo; y para aderezarlo dice que al Mediterráneo llaman el mar grande. Pues la cazuela que bate de vientos, juntando los nombres de la marinería océana con la mediterránea, los griegos con los latinos, y con estos los de los gañanes, no es posible creerla. Dice que de las horas del dia la más venturosa es la de la media noche, porque en ella nació el Salvador; y luego dice que de los meses el más celebrado es el de marzo, y acógese á Moisen y á los hebreos, cuya festividad fué sombra y cesó; pudiendo por la misma razón de la mejor hora, decir que es el más celebrado en el que nació el mismo Salvador.

«Aparte, en la conclusión de los amores (en que nombra un varraco antiguo y un moderno entre alguna gente honrada), prefiriendo á todos el amor de Jacob y Raquel, cita á Felipe de

Godinez, y le llama excelentísimo predicador y teólogo; y siendo cosa del Testamento Viejo no cita á otro autor.

« En la conclusión 24 dice nuestro dotor, que de los santos es el mayor san Juan Baptista, porque Dios le llama el mayor entre los nacidos; y el dotor muestra en esto que no sabe leer, porque el texto sagrado no dice *inter natos mulierum majar est Joannes,* ántes dice, *non est majar, ninguno mayor;* y es grande la diferencia; porque el que es mayor no admite igual, y el que no hay otro mayor que él, puede tener muchos iguales. El autor es pretendiente de Antecristo, por los locutorios á ratos; ama mucho y sabe poco. Yo le perdono, y afirmo que estas conclusiones son hermanas de habilidad como de leche de las profecías de Pedro Grullo.

« Mas lo que hará perecer de risa al propio don Pascual, es que en el dia cuarto, folio 155, página 2.a, tratando de las yerbas que curan los maleficios, conficionándolas, acaba con estas palabras: el *hipericon,* y el *azufre, y* otras *yerbas.* Yo no sé qué hortelano de los infiernos consultó, que le dijo que el azufre era yerba; y luego cita el poema de Santiago el Verde, y á Rodiginio y Plinio: concertáme esos azufres y esos verdes.

« Pues no le fué mejor á nuestro dotor en la declaración de la misa, pues en el folio 72, plana 2.a, dice con inescrutable ignorancia: El levantar los ojos al cielo es una imitación de Cristo, cuya persona representa el sacerdote; pues es cierto que quien los levantó para resucitar á Lázaro, también los levantaría para convertir el pan y el vino en su cuerpo y sangre. Que este buen dotor, que dice que borra (y se ve que borra, porque no se ve sino borra y más borra), no borrase esto, no me espanto; mas que los que le aprobaron, en cosa tan importante no supiesen que allí no se habia de decir que los levantaría, sino afirmativamente que los levantó en la institución del Santísimo Sacramento, es lo que se debe admirar; y es tal el autor que lo dice cada dia, y no lo entendió en este *Segundo dia,* que ha sido nublado como los demás. Y pudiera Valdivielso borrar esto y fuera de mejor seso que escrebir una aprobación muy estudiada de tíquis miquis, tan graciosamente como decir estas palabras en su aprobación: Y el doctor Montalban, con desembarazo bienhechor en beneficio comun, á lo sol, se da á todos; cláusula de las oraciones de Alceo. Mas miremos por la

honra de Alceo, que él no llegara á decir *haciéndose de todas las cosas para todos,* como, á diferentes luces, de sí mismo lo dijo el sagrado doctor de las gentes. Caro le cuesta al buen Valdivielso el pagar á Montanbanco, el citarle y darle margen de aposento: y si él viera que está citado con los propios requisitos Roa, Orejuela, Barbadillo, Jáuregui, Quintana, Pellicer, Blasillo, y otros tales autores, él mirara lo que aprobaba y lo que decia.

« No toco en la aprobación del padre Niseno, que se está lastimando de que el autor le sacase el *Soneto,* de la celda á pública plaza; que á persona que escribe contrapuntos predicables, sacarle sonetos en libro de tabaola, es burla pesada. Solo advierto que su paternidad afectó poner todos los autores que escribieron misceláneas, antigüedades y varias lecciones; y porque para poner veinte y tres cabales, vió que le faltaba uno, hizo de uno dos, citando con sus comas en medio: « Ficinios, Marsilios; » y ello de verdad fué un mismo autor que se llamó Marsilio Ficino. Harto fué conoscelle, habiéndole vuelto lo de atrás adelante; y poniendo á Lipsio ó á Meursio, pudiera llegarlos á veinte y tres autores, sin trinchar á este. Mas su paternidad no pagó el verse citado, á ménos precio (perdone nuestra amistad) que Valdivielso. Mas huélgome que va con tantos y más elogios el doctor Felipe de Godinez, y que hormiguea de letra menuda en las márgenes; y no aprobó, ni le cuesta locura alguna.

« Una cosa ha hecho bien honrada el Juan Perez (así se llamaba Pablillos el bobo de la comedia, y por eso se añadió el Montalban por contera, y el doctor por empuñadura): que ha honrado á los libreros cuanto ha podido; porque en la *Introducción á la semana* pone don y hace caballero á un Francisco de Bonilla, á contemplacion de un librero de Zaragoza. Y dirigiendo los *Días* á tan grandes personas y á tan discretos caballeros como al señor duque de Medina de las Torres, al gran condestable de Castilla, al señor don Luis de Maro (primogénito del marques del Carpió, y por sus partes, estudios, cordura y humanidad, ejemplo raro, poco imitado, si bien reverenciado y conoscido del mundo por idea de los que tienen tan esclarecida sangre), y al conde de Villafranca, y al conde de Puñonrostro, y al secretario Huerta, y al retor del Hospital general don Francisco de Torres,—dirige el *Indice* á don Juan de Vidarte,

hijo de Vidarte, librero navarro, que vivió y conoscímos todos en la calle Mayor, hombre harto virtuoso y de verdad, y el hijo dado á estudios y poesías diferentes.

« Pero ¡oh inmenso Dios! ¿quién bastará á ponderar el intento con que el doctor Montanbanco amasó este libro *Para todos?* brevemente lo diré. Pues fué solamente para decir mal, con todas sus muelas, de Villaizan; y sin acordarse de la tienda, de su padre y los antecesores de la tienda, cargar la sátira sobre la botica, y examinar cuál es más calidad y mejor; sin acordarse del macear el papel y el cortarle, y el engrudo y las correas, y que es sastre de libros y encolador y zapatero de volúmenes; y que es más noble y más importante servir á la república en la salud que en el escándalo: porque su buen padre ha sido mesonero de comedias, novelas, chaconas y romances, y no ha vendido cosa que no haya sido la sedición de las buenas costumbres: Y no admite respuesta lo que diré ahora (tráguelo el Doctor y reviente con ello), que el librero es meramente mecánico: porque no es forzoso que el librero sepa nada de los libros que vende, ni de las sciencias necesita, sino de coser bien y engrudar y estirar las pieles y cabecear y regatear; y el boticario es forzoso que sea latino, que sepa la filosofía y el arte nobilísima de componer los remedios; y en él está depositada toda la legalidad de la medicina y todo el arte y sciencia; y yo he visto en Madrid boticarios examinados curar, y en Alcalá salir de boticarios para catedráticos. Y para ser librero no sé que sea menester más que lo dicho, y no tienen exámen ni cosa que no sea común con hormas y cerote por razón del oficio. Y pudiera el doctor dejar la botica, siquiera porque hay en su libro de todo como en botica, y su padre vende sus novelas pesadas, y y *El coche de Madrid y El mesón del mundo, y* este libro suyo y infinitos de comedias, que son récipes para purgar las virtudes y echarlas de los cuerpos con todos los bienes; y los boticarios venden récipes para purgar los malos humores y otros males. Y cuando le nombra en el índice de los ingenios, por decirle algo de la botica, dice que sus obras saben al maná; pero sin temer que el Villaizan podia, si fuera como el doctor, con mayor agudeza decir: Montalban, el maná mejor es venderle en poblado, que cogerle en el desierto. Pero Villaizan tiene diferente lengua: ya se conoce su pluma, ya se ha visto; harto bien me ha

parecido á mí que no haya aplicádose á estas malicias, y que desprecie tales vilezas.

« Y hace cuerdamente en dejarlo, porque yo creo que el Consejo recogerá el libro por escandaloso y lleno de sátiras y vicios, y el Santo Oficio porque mezcla con desvergüenza lo sagrado con lo profano, como no se ha visto jamás. Y si se da en el chiste á una novela que algunos han descifrado ya, creo que se escapará por ser sacerdote, pero que el libro irá con el de Pantaleon, por el mismo intento, en peores cifras. Mas díganlo otros, que el Perez no ha de perder por mí; aunque no me ha metido entre los ingenios, habiendo yo escrito dos villancicos, y teniendo más há de diez años firme propósito de hacer una comedia, y habiéndome honrado frey Lope de Vega en el *Laurel de Apolo y* en la *Jerusalen.*Muy bien pudiera el Doctor alabar mi comedia en profecía, como hace de otros, en el cartapel de ingenios. Pero yo se lo perdono porque Dios me perdone.

« Pasemos á tomar aliento en las comedias. La *De un castigo dos venganzas*, bien se sabe que no fué suya otra cosa sino aquella disoluta y desvergonzada acción de aquella mujer infernal.

« En la del señor rey don Felipe II, que llama *El segundo Séneca,* el pobrecito librero (nacido entre daca y toma de la tienda, y criado en tanto más cuanto, y crecido entre regateos y encuadernaciones) trató aquella historia llena de majestad y admiración, tan graciosamente como verán vuesas mercedes. Habla en la primera jornada de una dama que cerraba un papel, y en una décima dice:

¿No la ves poner la nema
A un papel, que en el color
El papel y el resplandor
De la mano en un nivel
Se miran? pues ella y él

Parecen, vistos de plano,
El, papel de aquella mano,
Y *ella, mano de papel.*

—*Visto de plaw* dijo la bermejuela, es cosa de ciegos, como *cristiana, manada* y *falacia.* ¡Pues bien considerado, una mano que parece mano de papel será muy notable, compuesta de pliegos en lugar de dedos! Ese poetilla hasta en los concetos gasta de su tienda. La pelinegra con hermosa melancolía y habla descansada dijo:

—El retruécano hiede á
Verde y flores que prometen
Verde y florida esperanza;

y no es el primero que hizo esos revoltillos; que yo me acuerdo de haber leido en una comedia del Sastre de Toledo, esta copla al pelo de una dama:

Si de aquese pelo *apelo*
Policano, vendré á ser
La piel del diablo, Riselo;
Y pues tercio en tu querer,
Quiero ser tu *terciopelo.*

Infórmese vuesamerced si la mano de papel era de las de costera, que así las ha vendido su padre.

—«¡Desto se espantan? dijo el hablador. Pues la segunda jornada la empieza don Cristóbal de Mora y Alvaro, criado, y dice:

Alvaro. ¡Murió Santoyo!
Don Cristóbal. A todos ha pesado.
Alvaro. ¡Quísole bien el Rey!
Don Cristóbal. Su amigo era.

Hombre que dice que el Rey era amigo de Santoyo, siendo aquella majestad que saben todos, y Santoyo su ayuda de cámara; si borra, ¿cómo deja esto así? ¿Para cuándo guarda los borrones? La vieja, que oyó decir Santoyo y murió, asiendo del Santo, dijo con la voz oleada:

—Cuando murió ese bendito Santo ¿se tocaron las campanas? Cosa que se rió á gestos entre todos, porque la vieja no se corriese.

—Pues ¿qué dirán vuesas mercedes desta coplita dijo el que trujo el libro)? y la dice don Juan de Austria, que no la dijera el diablo:

Y un amor para ser cuerdo,
Solamente ha de saberle
Dios, el galan y la dama,
Que callan cuando se ofrece.

¿Puédese creer que un doctor y clérico y Juan Perez y Montalban ó Montalbanco (que todo monta) juntase en callar los amores, á Dios con la dama y con el galan? La aguileña, acostando la vista en lo dormido de los ojos, dijo:

—Eso no se ha de borrar sino con un carbón del brasero del Santo Oficio. Acuérdome que aprobó el libro uno que llaman *Xiseno;* y pues aprobó esto, llámese *Ni-sé;* y el *nó* está de repuesto al cabo para remudar el *ni*y llamarse *No-sé.* Prosiguió el maldito diciendo:

—Pues luego reprehendiendo el Rey á su hijo, le dice:

Yo tengo pocas razones,
Pero tengo muchas manos.

Eso es modo de hablar de mozuelo que se aporrea en la esgrima. ¡Y esto se representó, y lo oyeron á falta de silbos, que fuera mejor oirlos con su séquito de cencerros, y métete? ¡Eso nos trae para entretenimiento?

—Oye: ¿sabe qué ha de hacer, si quiere que ese libro luzca y haga ruido? véndale para cohetes, que no tiene otro remedio. Y no le venda á los especieros tenderos, que si en él envuelven las especias, de andar con malas compañías, echarán á perder las ollas; y si se hacen cartones, se hallarán los pechos mejor con zaratanes que con ellos. El acusador dijo:

—Pues esto no es nada, para ver en respuesta desto al príncipe don Cárlos (á quien pinta furioso y temerario) acabar sus desgarros en concetos de alma de auto, convertida, diciendo:

Llegar si pudiese á ver
Las torres, los muros altos
De aquella ciudad, adonde
El Cordero inmaculado
Fue pastor, siendo cordero,
Y *le sirvió su cayado*
De arrimo, aunque *doloroso*,
Pues le rasgó piés y manos.

Aquí con semblante de Dios le perdone, la dueñecita pujó un suspiro; y la bermeja, cumpliendo con las rabias de su pelo, dijo el tate, tate (que ya no se usa), y añadió:

—No quiero oir más de las comedias de aqueste doctor; solo pido se llame Juan Perez de la Encina, y quédese lo Montalban para Reinaldos.

—Si así son las novelas (dijo la pelinegra, bien enlutadas las maravillas de su cara, y rizada una noche en sus cabellos, en quien las propias tinieblas de la color sostituian estrellas), más quiero Peñas que Montan Perez.

—Las novelas (dijo el escorpion de don Blas) que digo, no son ni fábulas, ni comedias, ni consejas, ni novelas, ni si-velas, ni candiles, con ser tan sucios; no tienen piés ni cabeza. La de *Al cabo de los años mil* es tal que el cantarcico estuviera mejor en Peralvillo que en ella, rehilándola; y ha jurado de sacar las aguas de su segundo verso, porque volviendo por do solian ir, no se enturbien en el cieno de la novela. El lenguaje, de cansado, jadea; los discursos son tahona, que muelen como bestias; no cuento las impropiedades, porque son tantas como los dislates; el suceso, si así le tiene el autor, no acabará en bien. Y para agravarlas más, las hizo tan largas como pesadas, con poco temor y reverencia de las que imprimió el ingeniosísimo Miguel de Cervantes.

Mas la nata de las locuras de la calabaza del autor está en su punto en una canción que escribe y embute en ella al cerro que corona el santuario de nuestra Señora de Monserrate. Dice en el principio y al fin el Perez que la escribió muy de mañana; y quien á tales disparates madruga, bien muestra que en la cabeza no tiene quien le guarde el sueño ni el seso. Pintando la altura de Monserrate, escribe:

Porque tan alto está, tan levantado,
Que desde los extremos de su cumbre,
Por tema ó por costumbre,
A la ciudad del *frió*
Parece que el rocío
Antes quiere chupar que caiga al suelo;
Y despues escalando el cuarto cielo,
Porque el primer lugar halló muy *frió,*

Empina la garganta macilenta,
Y *d la región del fuego se calienta.*

En la márgcn desta astrología meteórica habia de citar á Jigorro y á Pollo Crudo: porque decir que el cerro dé Monserrate escala el cuarto cielo (que es el del sol, en todo lunario y almanaque, sin que haya cosa en contrario); y que por templar la frialdad que allí habia, empinó la garganta para calentarse en la región del fuego (que, segun Aristóteles, está en infinita distancia más abajo del cóncavo de la luna),—es cosa insoportable; debiendo decir que derribó el gaznate, pues lo baja él tanto, y fué tan de mañana cuando describió este Monserrate el buen Montalban. Que dijo dos veces *frió,* en un mismo sentido; que si aun el primer *frió* fuera frió, por frió, nombre, y el segundo verbo freir, ¿era decente? Luego, sin poderse restañar las locuras, dice:

Un risco que la *mira con capote,*
Quizá enfadado, por si acaso *piensa...*

Acordóse del chiste, *Miróme con capotillo.* Pues las voces *quizá* y *quizás* y *plegue y pluguiera*, son de las que la escoba barre de los escritos que no son de Boceguillas. Y aquel *piensa* es una traslación muy garrida entre cerros, riscos y arroyos: porque ¿quién ha visto que los riscos piensen? Luego dice:

Aquí le sirve una robusta peña
De tajador á un lobo que arrogante
Quitó á la madre un recental del pecho;
Y en las alforzas de la inculta breña,
Siendo su *boca* el *plato y* el *trinchante,*

Le traga sin mascar, á su despecho.

Esa propiedad es grande, que como llaman al lobo *carnicero*, le da tajón oculto, que no habia menester, tragándose sin mascar al pobre cordero. Mas al fin él es dotor del rastro, como canónigo mendicante de los desolladores. ¡Pues la clausulita de la *boca* y *plato* y *trinchante* tiene mil donaires! Y el buen Perez doctor pone aquí un aparador de lobos hecho y derecho, con tajón, plato y trinchante; que si se da traslado á los maestresalas que de junta al lobo trinchante con tajón, le ha de trinchar el grado. Luego dice:

Y allí desde un repecho,
Que quiso ser peñasco,
Vestido de damasco,
Baja el lagarto que la cola ondea;
Y como *arroyo verde* se pasea,
Azotando las matas de un carrasco,
Hasta que el silbo de *su dama* escucha,
Corriendo en poco saltó tierra mucha.

Lo primero, este dotor sabe el intento de los repechos, pues sabe que este quiso ser peñasco (que es mucho saber); y luego viste al lagarto de damasco, y no de tabí ni de terciopelo. Mas esto el lagarto se lo ha de agradecer al peñasco, porque si el verso dijera:

Y allí desde un repecho,
Que pretendió ser peña,
dice forzosamente:
Vestido de estameña;

que el consonante hace el gasto á los poetas para estos vestidos. ¡De buena se escapó el lagarto! Pues el pasearse como *arroyo verde* es ingenioso, no habiendo arroyo verde en el mundo; si él se acuerda de

Rio verde, rio verde,
Mas negro vas que la tinta,

lo acierta, y escribe:

Y como Rio verde se pasea;

y pone á la márgen: *Granada*, insigne doctor y poeta heroico, cómico y lírico; y allá va con los demás citados. Pues consideren los doctos en lagartos este lagarto que se pasea azotando las ramas de un carrasco, que es un árbol alto, y verán como el autor es un cascabel (no en cogerlos, como el que vimos en Madrid, sino en pintarlos). Y llamar dama á la culebra ó lagarta es cosa para que los mismos lagartos se mueran de risa. Acaba con este verso:

Corriendo *cu poco saltó tierra mucha.*

Y demás de ser esto imposible, no se entiende poco ni mucho. Luego, hablando de una pelea de toros, dice:

De marfil los estoques *retorcidos.*

Marfil llama el cuerno, sin dejar su derecho á salvo á los tinteros y cabos de cuchillos; y estoques retorcídos, siendo eso siempre de los alfanjes, y nunca de los estoques. Pasa adelante el doctor con su canción, y dice:

Hasta que con el miedo se reprimen

De una tigre bordada, que arrogante

De su cueva salió *para montante.*

El Dotor no está graduado en tigres, á lo que parece, pues ignora que en Monserrate no se crian tigres ni se han criado jamás. No me meto en que, llamándola todos los poetas manchada, el Doctor la llame bordada (y quédese el Perez por sacamanchas de tigres); pero hacer á la tigre maestro de esgrima y dalle montante, es todo cuanto se puede desatinar en buena tigresía. No bien dejó la tigre con su montante, cuando dió tras las abejas con tratamiento de oso; y pintando su solicitud, y cómo y de qué trabajan, dice:

A las novicias muestra

Cómo han de hacer la carga;

Ya de la flor amarga,

Ya de la vid y ya de la *lenteja*

Fabrica los panales la más vieja.

La maldita vieja tuvo la culpa de una cosa tan infame como fabricar miel de la lanteja, que es miel triste y para la cuaresma; que si es moza escribe:

Ya de la vid y ya de toda broza

Fabrica los panales la más moza.

Y siendo el romero el mejor material de la miel, lo trocó aquella infernal vieja en lanteja; esta vieja debia de tener algo con Esaú, pues se le parece en el trueco. Prosigue el doctor colmenero (como oso):

Preside el rey, la cera se descuelga,
La miel huele *á tomillo*, *y nadie huelga.*

Aquí, segun lo que ha escrito y los materiales que ha dado, habia de decir:

La miel huele á lenteja y nadie huelga,

porque no ha tomado el autor ni la abeja el tomillo en la boca. Y el *nadie huelga* se entiende de las abejas y de los letores de las y de toda la canción: porque el peñasco dice que está con pesadumbre y con capote, el cerro arrufaldado, un rio atollado en el mar, el lobo trinchando en el tajón, los toros con los estoques retorcidos abrasándose vivos, la tigre con el montante, la miel con la lanteja, la vieja fabricando pañales. Así está impreso. Mas yo, que no soy amigo de calumnias, digo que sin duda dijo el autor panales, sino como el impresor vió escrito con tan donosa energía, *y nadie huelga,* dijo: si nadie huelga, trabaje esta *n* que dice panales; y echóle una tilde á cuestas, hízola trabajar, y dijo pañales. No apruebo yo andar acusando erratas, ni soy de los letores achaqueros á fuer de Mesta, cuando las locuras se escriben á cántaros y á borbollones. Bien pudiera yo haber preguntado dónde en la pintura de la cigüeña dijo en esta canción:

DA calor la cigüeña á *cuatro* huevos;

¿por qué no dijo á cinco ó á seis huevos? Mas ya he dicho que no soy amigo de calumnias, ni quiero que me respondan que no le perdono una tilde donde hay cosas como estas:

Allí un marchito valle deste yermo,
Seco de sed, por mil abiertas bocas
Agua pide á las peñas y los riscos;
Y aquí viene á regarle *un monje enfermo,*
Si bien á tanta sed *son gotas pocas,*
Pues no hay para mojar *cuatro* lentiscos.

Ya considero á vuesas mercedes con cuidado de saber de qué mal estaba enfermo este monje, si de catarro ó tercianas, ó jaqueca;

y lo cierto es que estaba enfermo de *yermo* y de *monje.* Muchas gracias á Dios, que si el Doctor se halla más á mano *desierto* que *yermo,* le mata y dice:

Aquí viene á regarle un monje muerto;

y fuera cosa de ver regar á un monje muerto. Y sin haber dicho con qué regaba ni con qué nó, dice:

Si bien á tanta sed son gotas pocas.

Presupónese las de la regadera ó cántaro ó herrada ó puchero; y nadie se espante que al monje enfermo le atribuya gotas pocas, que como es doctor, nivela el pulso. También son cuatro los lentiscos como los huevos; él es poeta de la *cuatro, y ya van d cuatro! y* no hay para él ni tres ni cinco. Luego dice:

Los rosales (ariscos
Por sus pardas espinas)
Para las clavellinas,
Que están en embrión *ruegan al monje*
Que por los piés la tierra les esponje;
Y él *atento á las voces campesinas...*

Diera un ojo de la cara por ver rogar á los rosales, que fuera cosa muy de ver y oir aquellas voces campesinas, que deben de ser notables. Y Por cerrar con ave oro escribe el Doctor:

Al ruido de la música y la fiesta
Un ermitaño *se levanta inquieto.*

¿Quién fuiste tú que tal dijiste, que se levantaba inquieto un ermitaño? En oyéndolo se espeluzaron de miedo los toros, y la cigüeña, y el lagarto, y el capote, y los huevos, y la tigre, y la lenteja,

y la vieja, y el monje enfermo. Y el acabar no hay más qué decir: despues de todo lo dicho, acaba con este verso:

Aquesto es Monserrate, cuanto al monte.

—De manera, dijo la bermejuela, que Monserrate cuanto al monte es capote, cigüeña, rio atollado, cuatro lentiscos, cuatro huevos, lagarto de damasco, lobo con tajón y trinchante, toros con estoques de marfil, tigre con montante, rogativa de rosales, monje enfermo, ermitaño inquieto, lanteja y vieja. Váyase el doctor noramala y eche á perder el monte de Torozos, y no á Monserrate, que aun esas sabandijas él tendrá asco de tenellas.

¿Y escribió otras novelas aquí?

—Otras dos, dijo don Blas: *El paLacio encantado* y *El Piadoso bandolero.* Y cada una es peor que la otra; y siempre hay peor en la que es peor, si se vuelve á leer.

—Pues yo no quiero desencantar ese palacio, que el Doctor le habrá hecho caballeriza, dijo la pelinegra. Y porque ese bandolero cumpla su palabra y sea piadoso, no quiero leerle; que si le leo, siendo tan cruel y tan pesado, me matará.

—En los autos (dijo la dueña) no habrá nada; que, como son sacramentales, es fuerza que estén aprobados dos veces, una para representarlos, otra para imprimirlos.

—¿Cómo que no habrá nada? dijo don Blas. No hay nada que no sea execrable, indecente y escandaloso; son tales, que no digo que los censuro, sino que los delato.

Lo primero, en el auto del *Polifemo* hay una novedad: que hasta agora habia diablo cojuelo solamente, y ahora hay diablo tuerto con solo un ojo, porque Polifemo es el diablo. No cabria un cabello entre el oir *diablo* y clamorear la vieja con las quijadas un arredro vayas. Y prosiguiendo don Blas, dijo: por ir con la fábula, hace á Cristo Ulíses. Esta no es alegoría sino algarabía; no hiciera cosa tan mal sonante ni indecente un moro buñolero: porque la persona de Cristo no se ha de significar por un hombre que los propios gentiles idólatras le llamaron engañador, embustero y mentiroso. Ya se ve en Hornero que repetidamente le nombra lleno de engaños y engañador; y en Sófocles, Minerva le llama cazador de chismes y embustes y instruido en astucias. Virgilio le llamó duro,

aut duri miles Ulixi;

y ninguno le trata de otra suerte. Pues ¿cómo dejará de merecer un tapaboca de tinta perpetuo quien la persona de Cristo nuestro Señor, que por santa y por verdadera y por clemente, y por todo es incomparable con otro hombre ni con otro santo ni con criatura alguna, la viste y ajusta á un hombre embustero, de la misma gentilidad conocido por la astucia? Que es por lo que era ajustado para diablo mucho más que Polifemo: porque de Ulíses se dice la misma palabra que del demonio: *Serpens eral callidior,* era serpiente astuta; y de Ulíses se dice la misma palabra *callidior.* Pues ¿como será Ulíses representación de Cristo con los atributos y propiedades del diablo? Y es lo peor que dice Polifemo ó Polidiablo estas palabras:

Se recogió con los suyos
A la parte más secreta
De la cueva, y prometió
Hacer de su sangre mesma
Un vino, con cuyo olor
Antes de probar su fuerza
Me perturbó los sentidos.

Esto está vuelto del revés en un misterio tan grande, porque es de fe indubitable que en el Sacramento el vino se vuelve en sangre de Cristo, y no la sangre en vino; porque allí hay sangre y no vino, y Cristo propio dijo que era aquel cáliz de su sangre, y también dijo: *Qui manducameam carnem et bibit meum sanguinem,* «quien come mi carne y bebe mi sangre,» y no dijo quien come mi pan y bebe mi vino. Y en estas materias todo lo que se ha de hablar ha de ser con las mismas palabras que habló Cristo nuestro Señor, sin quitar ni poner nada. Y lo más execrable y endemoniado es, que más abajo dice el Dotor estos versos:

Dime, ántes que me duerma,
Tu nombre; dime ¿quién eres?
Y él entónces con cautela:
Yo soy yo mismo, me dijo.

Pues aunque vuesas mercedes no son Niseno ni Valdivielso, miren si aprobaran el decir el autor, de su propia sentencia (hablando de Cristo, á quien hace Ulíses), que Cristo dijo con cautela: *Yo soy.* Esto es calumnia de los escribas y fariseos (á que respondió Cristo: *Ego palam locutus sum;* Yo he hablado en público; y en otra parte: *Ego sum vía, veritas et vita;* Yo soy camino, verdad y vida) y también es proposicion de los cristimástiges, en el libro blasfemo, que intitularon *De tribus impostoribus mundi*, que acabó quemado con sus autores en Alemania. Pues ¿cómo se ha de defender decir que Cristo habló con cautela; y pasar con dos aprobaciones, y la postrera de un teólogo y provincial tan grave?

La bermeja se estaba de admiración cruzando la cara de santiguaduras, y dijo:

—¡Buena cosa nos ha traído vuesamerced! Ese auto del Corpus, harto será que no sea de inquisición presto.

—Pues no se enmendó en el de *Escanderbech,* replicó don Blas; que sin duda se le subieron los desatinos á la cabeza, que el doctor en cuanto escribe se toma de las necedades como del vino. Miren qué coplas estas:

De la sangre que me dió
Su cuerpo, envidias sentía;

Porque aunque al Verbo se unia,
Parece que se inclinaba
Más al Dios que en mi miraba
Que al Dios que en su unión tenía.
Yo entónces (¡qué atrevimiento!)
A tocarle voy, y al punto
Veo que muda el difunto
De forma, no de elemento.

¿Habrá teólogo escolástico que se pueda averiguar con estas envidias que tenia el cuerpo de Cristo más al Dios que en él miraba, que al Dios que en su unión tenia? ¿Devanara alguno misterios tan divinos, sacramentos tan grandes, por tan mala parte? ¡Pues, decir que trocó de forma, y no de elemento! No se ha escrito jamás en tal materia la diferencia de forma y de elemento. Y sin poderse ir del desatino, prosigue con tales versos:

Porque en la cruz Hombre y Dios
No pudo crecer en sí;
Mas Dios, en la cruz y en mí
Es lo mismo, y eslo en dos.
No puede excederse Dios;
Mas Dios en mí aposentado,
Viene á estar multiplicado:
Pues es (visto á buena luz)
Una vez Dios en la cruz,
Dos veces Dios comulgado.

¿Qué terremotos de imaginaciones formará en los entendimientos de un oficialejo y de una mujercilla este Dios multiplicado, y este una vez Dios y dos veces Dios?

La aguileña dijo, arrufaldada de ademan:

—Dios se lo perdone á vuesamerced, que nos ha traido ese asco y ese escándalo encuadernado: por ninguna cosa quisiera haber incurrido en verle. Vuesamerced le desaparezca al instante, y no nos diga dél ninguna palabra.

El don Blas se le zabulló debajo del brazo y dijo:

—Pues no he de dejar de decir algo de la postrera parte del libro, que llama *Indice ó catálogo de los ingenios de Madrid;* hácele tan desconocido, que no hay cosa con que comparallo. Lo primero pone

á trochemoche (como dicen) cuantos se topó en la basura y heces del ocio de todas partes del mundo, por naturales de Madrid; y junto á los obispos y predicadores pone á los locos de cadenas laureados con tronchos y cascabeles; á vagamundos, á idiotas, á los que no han escrito nada, y á los que piensan escribir, sean de donde fueren.

« A vivos que han escrito públicamente les quita la tercera parte de sus obras, como se vé en el licenciado Andrés de Tamayo, cirujano famoso y poeta excelentísimo, que escribió la comedia *A la hambre no hay pan malo,* y la de *Ansí me lo quiero*; y un poema heroico que anda de mano, suyo, del *Embuste de doña Ana;* y en su facultad en romance, los *Delitos de la tienta; y Los entretenimientos de las hilas; y* en latin un libro raro que se intitula *Gladiator sive medicus:* obras doctísimas y estupendas.

A Juan Baptista de Sosa, raro y ejemplar ingenio, que compite con Juan de Pina, aunque lo puso en su catálogo, le rapó á navaja todas las obras siguientes: un *Diálogo del pescador y la caña y* el *Origen de las mayas de España;* otro que se llamaba *Antídoto al pronóstico nuevo; Consideraciones morales de las plagas de Egipto; Oración declarando por qué se dijo san Jorge, mata la araña,* llena de antigüedad y erudición admirable.

« Quitó á don Josef Pellicer y Tobar, Salas, Abarca, Moneada, Sandoval y Rojas los cinco apellidos postreros, y todos estos volúmenes: en griego, el *Tropó Gloutoon Diacoterio Philokérdes;* en latin, *Supplementum Livii; Historia infinita temporis atque aternitatis; Opus ante Christum adversus universos hujus mundi scriplores; Concordantiae discordantes; y* en romance le usurpa un poema heroico de *Joannes de Vigo; Observaciones árticas y antárticas de los poetas deste mundo y el otro;* un libro admirable que llama *Las recogidas,* por ser todo de obras que andan sueltas sin ton ni sin són.

« Al falso doctor Pollo Crudo, insigne poeta, y á quien debe nuestra España los sonetos de treinta y cinco versos sin cola, le quitó lo más admirable de sus obras, como es la *Vida del caballero sin escarpines*; *La endiablada detrás de la chimenea;* y una *Oración muy devota contra los duendes.*

« A la señora doña Eugenia de Contreras le quita el comento que hizo sobre *Iremos cantando las tres ánades, madre;* y el *Ansí me lo quiero.*

« Al reverendísimo don Tomás Tamayo de Vargas le quita la *Pegadomea* y el *Argentum farcimini,* traducido despues *in Vinculis Coronoe.*

« No nombra en su libro al padre Estéban de Villaverde, de los clérigos menores, doctísimo varón y insigne predicador y natural de Madrid, que ha escrito un libro admirable que intitulaba *Sermones para todo el ano.*

« Al muy docto y muy elegante padre maestro Hortensio le cercena la oracion que hizo en verso y prosa en Salamanca á la majestad de Filipo III, y está impresa; y gran suma de poemas divinos y humanos, escritos divinamente.

« Al padre Juan Vélez Zabala, oráculo destos siglos, aunque le nombra, le calla el *Comento sobre los profetas menores.*

« A Juan Pablo Mártir Rizo le calla la *Vida de Séneca,* la *Defensa contra el contagio en las calumnias de Flándes,* la *Vida de Mecenas,* el *Norte de Príncipes,* todas impresas; y también la *Vida del duque de Virón,* de que debia acordarse el Doctor por la comedia que hizo deste libro.

« A don Francisco de Quevedo le usurpa el libro que llama *Polilla de las repúblicas,* y la *Historia del año de 31.*

« Al señor Gregorio López Madera calla muy doctos y severos escritos en derecho admirados de los jurisconsultos, eruditísimos tratados impresos, la obra grande de *La Concepción de nuestra Señora,* y muchas homilías de grande dotrina y sutileza.

« Al licenciado don Pedro de la Barrera, secretario que fué del Obispo de Oviedo, no le nombra, siendo gran teólogo, gran predicador y gran humanista, y habiendo escrito singulares tratados llenos de erudición y enseñanza.

« A Manuel Ponce le quita un discurso que intitula *Crisol de la lengua castellana,* un libro *Del Genio;* y otro, comentando algunos lugares difíciles de Virgilio.

« Pero despues se desquita, añadiendo obras á otros que ni se han visto ni se han oido. De manera que es abominable por lo que añade, por lo que quita, por lo que dice, por lo que calla.

—Cierre esa boca, dijeron los oyentes, y no nos rompa la cabeza; solo nos diga á qué precio se vende ese pelmazo de libro. El las respondió:

—A diez reales. Dijo la bermejuela:

—Pues múdele el título, y no le llame sino: *Para el que le vende*, *diez reales.* Más quiero perderlos en el *lodo* de la perinola que emplearlos en ese *todos*; váyase con esporton *de necedades.* Y diciendo y haciendo, le pusieron en la calle.

Hasta aquí, señor Doctor, es chisme de lo que pasó con aquel maldito y aquellas damas. Ahora entro yo, que por el *todos,* me toca á mí su libro y su título; y digo que si vuesamerced toma mi consejo, con ejecutar en su libro, con el TODO que tiene, el SACA y el TON y el deja, quedará que no haya más que pedir. *Deje* vuesamerced de alabarse de muy honrado y muy modesto; y *deje* de alabar la librería; y *deje* la botica; y *deje* de encarecer sus sonetos; y *deje* la Escritura Sagrada; y *deje* la teología, y *deje* las milicias; y *deje* las novelas para Cervantes; y las comedias á Lope, á Luis Vélez, á don Pedro Calderón y á otros; los dias á la semana; y la semana al Tasso, al Passer y al Rartás; y *deje* el almanak al almanak. Y *saque* de su libro las tres novelas, las tres comedias, los dos autos, el *Indice*, la semana, las conclusiones; *saque* los discursos historiales, militares y astrológicos; *saque* la taracea de sonetos y romances encajados sin propósito. Y por el *pon*, ponga las cotas infinitas de las márgenes, en casa de un armero.

Y con esto, el libro, sin nada, será *Para todos;* y yo se lo aconsejo, pues nos toca á todos: que yo, perinola, tengo también mi *lodo* en el rollo, como cada hijo de vecino.

Doctor, adiós; y advierta á mis letras, aplicadas á quien él es con toda verdad:

S. P. D. T.

Soy Poeta de Tienda.

El licenciado Libruno

Dicen que por varios modos

Hizo un libro *Para todos*,

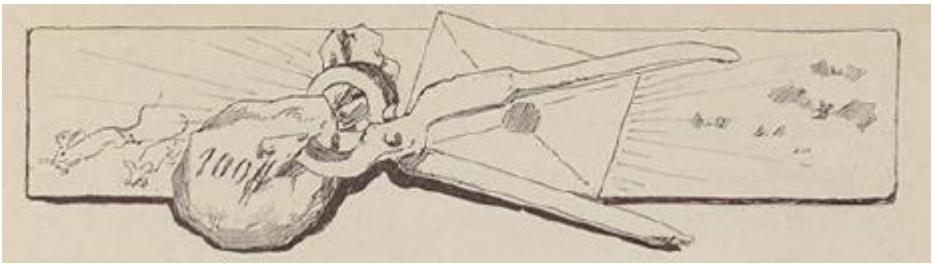
No siendo *para ninguno.*

Al principio es importuno,

A la postre es almanaque,

Baturrillo y badulaque.
Y así suplico al poeta
Que en el libro no me meta,
Y si me metió me *saque.*
Oh Doctor, tú *Para todos,*
Entre el engrudo y la cola,
Es juego de perinola
Digno de otros mil apodos.
Pues en él de varios modos
Para idiotas y gabachos
Mezclas berzas con gazpachos,
Quítale el *saca* y el *pon*
Y el *deja,* y será peon
Para todos los muchachos.

CARTAS



CARTAS DEL CABALLERO DE LA TENAZA

donde se hallan muchos y saludables consejos para guardar la mosca y gastar la prosa.

A LOS DE LA GUARDA

HABIENDO considerado con discreta miseria M la sonsaca que corre, me ha parecido advertir á los descuidados de bolsa para que, leyendo mis escritos, restriñan las faltriqueras y que procuren ántes merecer el nombre de guardianes que el de datarios, y el dar sea las mujeres, y nó á las mujeres, para que así merezcan el nombre de cofrades de la Tenaza de *Nihildemus* ó *Neque-demus,* que hasta ahora se decia *Nicodemus* por el poco conocimiento desta materia. Y sea su nombre de todo enamorado *Avaro-Mathias* (llámese cómo se llamare, aunque no se llame Matías), y sea su abogado el ángel de la Guarda, que con razón se llaman dias de guardar los dias que son de fiesta, y todos son de fiesta para guardar.

EJERCICIO CUOTIDIANO

que ha de hacer todo caballero para salvar su dinero á la hora de la daca.

En levantándose, lo primero conjurará su dinero porque no se lo pidan, y alegraráse que le han dejado amanecer, diciendo: Yo me alegro, aunque soy caballero de la Tenaza, porque me han dejado dormir los embestidores y pedigones, y ofrezco firmemente de no dar, ni prestar ni prometer, por palabra, obra ni pensamiento. Y luego dirá aquellas palabras:

Solamente un dar me agrada,
Que es el dar en no dar nada.

Al sentarse á comer mirará la mesa, y viéndola sin pegote, moscon ni gorra, echará la bendición, diciendo: Bendito sea Dios, que me da comezon, y no comedores, considerando que los convidados en las mesas son cuchillos de los tenedores.

Al irse á acostar, ántes de dormir se llegará al talegon vacío que tendrá colgado á la cabecera de su cama por calavera de los perdidos, con rótulo que diga:

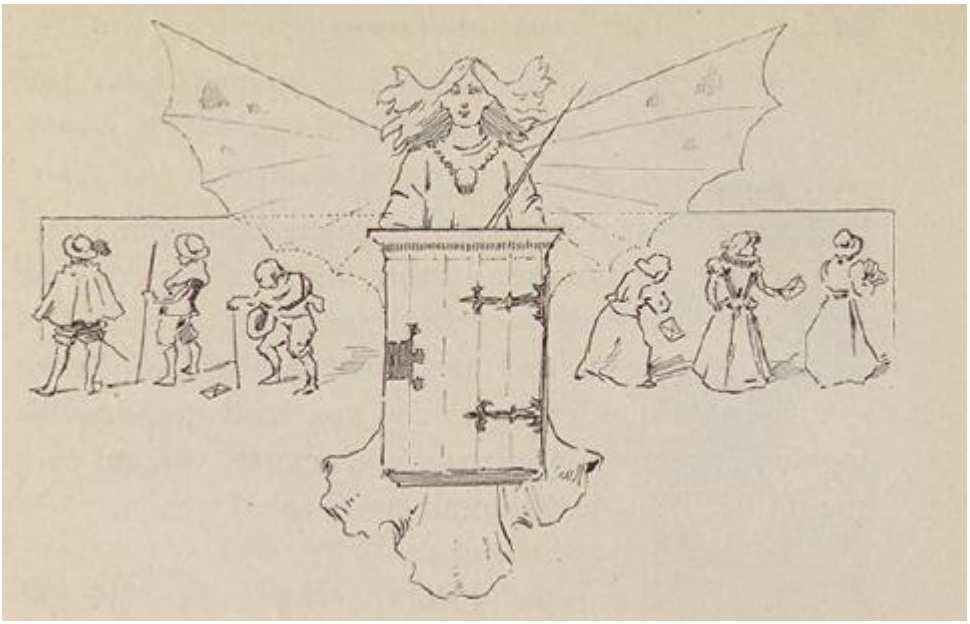
Tú, que me miras á mí
Tan triste, mortal y feo,
Mira, talegon, por tí,
Que como te ves me vi,
Y veráste cual me veo.

Y empezando á dormir dirá: Bendito seáis vos, Señor, que habéis permitido que me desnude yo y que no me haya desnudado otro ántes. Y no dormirá á sueño suelto porque no se le desperdicie nada.

TRIACA DE EMBESTIMENTOS MASCULINOS

Es cierto que piden tanto las barbas como las tocas, y ha parecido conveniente anticipar el remedio. ¡Oh tú, caballero de la Tenaza! en viendo que te buscan ó te vienen á ver, sea quien fuere, ántes de los cumplimientos, á Dios y á la ventura dirás: ¡Oh señor mió! el mundo está para dar un estallido; no se halla un cuarto: y luego grandes ofrecimientos; que eso es desjarretar la bribia. Pero si de antuvión te embistiere un pedidor de avenida y repentino, con la misma priesa has de decir: Estaba agora yo pensando en pedir á vuesamerced me socorriese con esa cantidad para cumplir una necesidad de honra. Esto se llama atragantar embelecos. Y si te alabaren (como se suele hacer) algunas prendas ó joyas, dirás que por esto la estimarás en un tesoro de ahí adelante. Permítese dar pascuas, y no aguinaldo. Y en los dias de feria damos licencia que en las tiendas, Platería, calle Mayor, el verdadero caballero de la Tenaza amague, y no dé. Y al fin ha de tener costumbre de reloj de sol, que muestra y no da. Y si se alargare y señalare, sea con la sombra y no con otra cosa. Y entre los dichos caballeros siempre se ha de jugar á *tengamos y tengamos;* no se ha de jugar á los dados, ni se ha de

leer en el Dante, ni se han de comer dátiles, ni han de saber otro refrán sino quien guarda halla. Y con esto y con aquello, y sin dar nada, aquí tendrán y serán tenidos, y allá será lo que Dios quisiere, como lo demás.



EPÍSTOLAS DEL CABALLERO DE LA TENAZA

I

LA limosna es obra pia si se hace de dinero propio: mas si (lo que Dios no quiera) se hiciese de dinero ajeno, sería obra cruel. Yo, señora, con las palabras querría declarar mi voluntad, y no con la bolsa. El tiempo es santo, la demanda justa, yo pecador; mal nos podemos concertar. No hay que dar, Dios la provea, vaya con Dios, cierto que no tengo (que son todos los modos de despedir picaronas vergantas). Madrid, todos los meses, y cada dia, y cada hora que me hablare.

II

Díceme vuesamerced que me quiere tanto, que querría que no tuviese pesadumbre. Señora mia, déjeme tener vuesamerced, y sea lo que fuere, que aun no querría que me quitase pesadumbres. Y persuádase vuesamerced que á mí y al rey nos ha dado Dios dos ángeles de guarda: á él para que acierte, y á mí para que no dé. Dios dé á vuesamerced salud y vida.

III

Cuanto más me pide vuesamerced, más me enamora y ménos la doy. ¡Miren dónde fué á hallar que pedir pasteles hechizos! Que aunque á mí me es fácil enviar los pasteles, y á vuesamerced hacer los hechizos, he querido suspenderlo por ahora. Vuesamerced muerda de otro enamorado; que para mí peor es verme comido de mujeres que de gusanos: porque vuesamerced come los vivos, y ellos los muertos. Adiós, hija. Hoy dia de ayuno. De ninguna parte, porque los que no envian, no están en ninguna parte; solo están en su juicio.

IV

¿Ventanicas para ver toros y cañas, mi vida? ¿Qué más toros y cañas que vernos á tí pedir y á mí negar? ¿Qué piensas que se saca de una fiesta destas? Cansancio y modorra y falta de dinero al que paga los balcones. Dala al diablo; que es fiesta de gentiles, y todo es ver morir hombres que son como bestias, y bestias que son como *personas.* Yo, por mí, bien te alquilara dos altos, mas mi dinero es el diablo. Quítate de ruidos, y haz cuenta que los has visto, y verás qué tarde que nos pasamos, tú sin ventana y yo con dineros.

V

Hánme dicho, señora, que el otro dia hicieron vuesamerced y su tia burla de mi miseria, y ha sido tanta la que mi mezquindad ha hecho de vuesamerced, que estamos pagados. Cuéntanme que me hallaron mil faltas, y que todo se les fué en apodarme y reírse, y que decian que parecia esto y parecia estotro, y que parecia al otro. Yo confieso que lo parezco todo, como mi dinero no padezca. Hame caído en gracia lo que dijo con un diente y media muela la señora Encina: ¡Qué caraza de estudiantón! ¡Y qué labia! Hiede á perros, y no se le caerá un real si le queman. ¡Y esto llama heder la buena señora, lo que para mí es pebete y ámbar! Y si el no dar tiene por mal olor, procure estar acatarrada ó tápese las narices, porque la encalabriarán los malos humores. Señoras mias, lo que vuesas mercedes llaman amores, no son sino pendencias, dares y tomares; yo soy pacífico y no quiero tener dares y tomares con nadie. Dios guarde á vuesamerced, y yo lo que tengo.

VI

Escríbeme vuesamerced que le envie de merendar y que guarde secreto; yo le guardaré de manera, que ni salga de mi boca ni entre en la de vuesamerced. ¡Pesia tal! ¿No basta haberme comido y cenado, sino quererme merendar? Ayune vuesamerced un dia á sus servidores, si es servida. Dos meses, tres dias y seis horas há que vuesamerced y dos viejas, tres amigas, un paje y su hermana me pacen de dia y de noche; de que estoy desvaido y seco. Déjenme vuesas mercedes, si son servidas, y saque yo libre siquiera mi cuerpo, y comeránme á medias vuesamerced y la sepultura: que estaré en el purgatorio, y aun no seguro. De casa: entiéndalo vuesamerced por fecha, y no por oferta.

VII

Ríñeme vuesamerced porque no he vuelto á su casa; y es porque no he vuelto en mí de las visiones que vi el otro dia. Señora mia, por curiosidad se puede ir á su casa, mas no por amor porque se ven en ella todas las naciones, lenguas y trajes del mundo. Qué figura quiere vuesamerced que haga un estudiantón entre Julios y Otavios, hablando dineros y escupiendo reales? Pues entre todas las naciones, solo el pobre es el extranjero, y há menester ser un mohatron para que le entiendan esos señores. En conclusión, yo estaba como vendido y vuesamerced como comprada. Y aunque pienso que dejan holgar á vuesamerced por mis barrios, no me tengo por tan seguro en casa donde la sombra de un extranjero se encaja encima.

VIII.

Cuando no hubiera servido el no enviar á vuesamerced la telilla que tan innumerables veces me ha pedido, sino de ver el gran caudal que Dios la ha dado (pues una misma cosa me la ha sabido pedir cada dia, dos meses arreo, por ocho ó nueve billetes y por diferentes modos), era grande interés, y para dar gracias á nuestro Señor. Y si lo que vuesamerced ha gastado en papel y tinta lo hubiera empleado en la tela, sin duda hubiera ahorrado de dineros; mas también advierto á vuesamerced que el vestido que hubiera hecho estuviera roto, y la alabanza de sus billetes durará para siempre. No la envío con este, porque darla luego pareciera

necedad, y poco despues locura, y ahora es ya frialdad, y se acabaría el entretenimiento de las demandas y respuestas. Guarde Dios, etc.

DE LA ATENAZADORA

IX

Presto ha descubierto vuesamerced la hilaza y la condicion que tiene, como hombre al fin, y más mudable que todos. Si yo hubiera creido á mis tias, no me quejara de lo que vuesamerced hace; mas ya estoy determinada de correr con lo que se usa, sirviéndome esto de escarmiento para adelante. Dícenme que está vuesamerced muy bien empleado, y conozco á la dicha señora; cosa en que ha mostrado su buen gusto. Así le guarde Dios que haga de las suyas, aunque esto no es menester encomendárselo. Dios le guarde.

X

Diéronse vuesas mercedes tanta priesa á pelarme, que no solo mostré la hilaza pero los huesos. No puedo negar á vuesamerced lo de ser mudable, pues no he tenido cosa en mi casa que vuesamerced no me la haya mudado á la suya con la facilidad que sabe. Y ¡ojalá vuesamerced hubiera creido á sus tias, y yo no! Que pienso que me hubiera estado mejor. De aquí adelante, por estos parentescos, para enamorarme pienso mirar más en una mujer lo que no tiene que lo que tiene; pues quiero más que tenga bubas que tia, y jiba que madre, que aquellos males se los tiene ella, y estos otros yo. Y si acaso los tuviere por mis pecados, no la hablaré hasta que la haga sacar las parientas como los espíritus. Vuesamerced me ha dejado de suerte, que solo para mí estoy de provecho, de

bien escarmentado. Y no quiero rendir culto á linajes, sino á mujeres; y sustentar todo el abolorio lo tengo por enfado. A malas tias muera, que es peor que á malas lanzadas, cuando mudare de propósito. Noramaza empezaré á hacer de las mias, cuando estoy deshecho de las suyas.

XI

Bien mió: Cuando pensé que éramos yo el amante y vuesamerced la *amiga,* hallo que somos competidores de mi dinero, y galanes. Y no quiero dejar de advertir á vuesamerced que há más que le quiero yo, y que hasta ahora no le he visto hacerme ningún desden. Señora mia, no hay persona con quien á mí me pueden dar más celos que con querer mi hacienda. Si vuesamerced me quiere á mí, ¿que tengo yo que ver con vestidos, joyas y dineros, que son cosas mundanales y de vanidad? Y si quiere á mis doblones, ¿porqué no habla verdad? Y como en los papeles me llama mi vida, mi alma, mi corazon, mis ojos, me llame mis reales, mis doblones, mis talegones, mis bolsas. Vuesamerced crea que para mí no hay facción buena si no es de balde; que aun las más baratas las tengo apenas por razonables. Lo que cuesta es feo, y no hay donaire donde hay pedidura. Dejemos el dinero, como si tal no hubiera sido, y anden finezas y requiebros por alto; y si no, lo que conviene es que vuesamerced se quede con sus deseos, y yo con mis dineros. Guarde, etc.

XII

No pagaré yo en mi vida á vuesamerced el buen concepto que de mí ha tenido sin ton ni són; porque, segun las niñerias que por su papel me pide, sin duda me ha juzgado por Fúcar. Siete cosas leí que aun no las he oído nombrar en mi vida. Merecia vuesamerced, por la honra que me ha hecho presumiendo de mí tanto caudal, que yo se las enviara, y yo tener con qué comprarlas; pero será fuerza que nos contentemos con estos merecimientos.

XIII

En las cosas que vuesamerced, mi bien, me ha pedido, ya que no ha tenido razón, ha tenido donaire. Y cuando su papel no me ha hecho liberal, me ha hecho contemplativo, considerando, por las muchas cosas que me pide, cuántas son las que su Divina Majestad ha sido servido de criar para que vuesamerced las codiciase y los

mercaderes las vendiesen, mientras yo le doy las gracias por todo. Y créame vuesamerced que si la buena voluntad hubiera caído en gracia á los tenderos, que la hubiera procurado pasar por moneda en esta ocasión. Dios sabe lo que lo siento; pero las niñerías son tantas, que aun para tomadas de memoria son muchas; mire vuesamerced qué harán para tomadas por dineros. Y díceme vuesamerced que la lleve estas niñerías y la vaya á ver, y yo no hallo camino para llevar ni sé por dónde van los que llevan. Fecha en el otro mundo, porque ya me juzgo con los muertos. No pongo á cuántos, por no contar dias á quien aguarda dineros.

XIV

Seis dias há que besé á vuesamerced las manos, aunque indigno, y en este tiempo he recibido tres visitas, un recaudo, dos respuestas, cinco billetes, dos toses de noche y un *saludo* en san Filipe. He gastado parte de mi salud en un catarro con que estoy y un dolor de muelas, este tiempo, y ocho reales que en cuatro veces he dado á Marina. Y teniendo yo ajustada mi cuenta, á mi parecer el recibo con el gasto me viene á encontrar disfrazado en figura de caricia, con la maldita palabra: Envíeme cien ducados para pagar la casa. No quisiera ser nacido cuando tal cosa leí. ¡Cien ducados! No los tuvo Atabalipa ni Motezuma. Y pedirlos todos de una vez sin más ni más es para espiritar un buscón. Mire vuesamerced desapasionadamente qué culpa tengo yo del alquiler de la casa; que por mí no se me da nada que vuesamerced viva por los campos; que por no oir estas palabras deseo topar con una dama salvaje y campesina que habite por los montes y desiertos. Vuesamerced ó niegue la deuda, ó la pida en otra parte; porque si no, estos cien ducados me harán que, de miedo de los alquileres, del poblado me pase á ser amante del yermo.

No es posible sino que cuando vuesamerced me empezó á querer me contó el dinero; porque á la propia hora que se acabó la bolsa espiraron las finezas. No me ha querido un real más mi alma. ¡Honrado terminillo ha tenido! Y ya que el diablo le ha dicho á vuesamerced que se acabó la mosca, quiérame sobre prendas, hasta que me deje en carnes, y favorézcame unos dias sobre la capa, calzones y el jubón.

XVI

Ahora es, y aun no acabo de santiguarme de la nota del billetico desta mañana. Mujer que tal piensa y tal escribe, ¿qué aguarda para asir de un garabato, y andarse á hurtar almas del peso de san Miguel? Concertadme esas razones. Despues de haberme mondado el cuerpo, y roídome los huesos, chupádome la bolsa, desparecídome la honra, desainádome la hacienda,—el tiempo es santo, esto se habia de acabar algún dia, la vecindad tiene qué decir, mi tia gruñe de dia y de noche; no puedo sufrir la soberbia de mi hermana; por vida tuya que excuses el verme y pasar por esta calle, y que demos á Dios alguna parte de nuestra vida la buen tiempo se arremangó Celestina á remedar la nota de fray Luis! Infernal hembra, diabla afeitada, mientras que tuve que dar y me duró el granillo, el tiempo fue pecador, no hubo vecinas, tu maldita y descomulgada tia, que agora gruñe de dia y de noche, entonces de dia me comia y de noche me cenaba; y con aquellos dos colmillos que sirven de muletas á sus quijadas, pedia casi tanto como tú con más dientes que treinta mastines. ¿Qué diré de la bendita de tu hermana? Que en viéndome se volvía campana, y no se le oía otra cosa que dan, dan. Bellaconas, ¿qué ha sido esto? Yo echo de ver que para convertiros no hay otra cosa como sacaros un gastado. Todas os habéis vuelto á Dios en viéndome sin blanca. Cosa devotísima debe de ser un pobre, y vuestra calavera es bolsa vacía. En gracia me cae lo de que démos á Dios parte de nuestra vida; y ¡qué vida, para dar parte de la sino á Lucifer! Y (aun con vergüenza, y hablando con perdón) ¡quitas á los hombres lo que han menester, y das á Dios lo que no es para su Divina Majestad! ¡La tomona se quiere hacer dadivosa de la otra vida! Sin duda te pusieron á deprender conciencia en casa de algún sastre. Digo que no pasaré por tu calle, ni ménos por estafa tan desvergonzada, sino que nos convirtamos á medias: yo me arrepentiré de lo que te he dado, para salvarme, y tú me lo restituirás, para que Dios te perdone; lo demás sea pleito pendiente para el purgatorio, si acaso vas; porque si vas al infierno, yo desisto, que no me está bien ponerte demanda en casa de tu tia.

XVII

Estando pensando que respondería á los cosas que vuesamerced me pide, se me vinieron á la memoria aquellas inefables palabras,

que á los pobres se dicen con lástima y á las mujeres con razón: No hay que dar. Señora mia, yo bien entendí que habia órdenes mendicantes, pero no niñas mendicantes sin orden. Para mí una mujer pedigüeña es lo propio que un tejedor. Quien me quisiere hacer casto, pídame algo. Y si el diablo es tan interesante como la carne, no dude vuesamerced que me procuraré salvar de puro miserable. ¿Es posible que no se persuadirán á creer que, si no es dando y no pidiendo, no pueden ser bienquistas? Miren qué cara les hace, un pobre hombre cuando oye: Dame, tráeme, cómprame, envia, muestra. Deje vuesamerced palabras mayores, y que en el duelo de la bolsa afrentan hasta el ánima. Estése quedo el pedir, y anden los billetes por alto; que yo ofrezco escribir más que el Tostado. Nuestro Señor la guarde á vuesamerced, aunque temo, que es tan enemiga de guardosos, que aun Dios no querrá que la guarde.

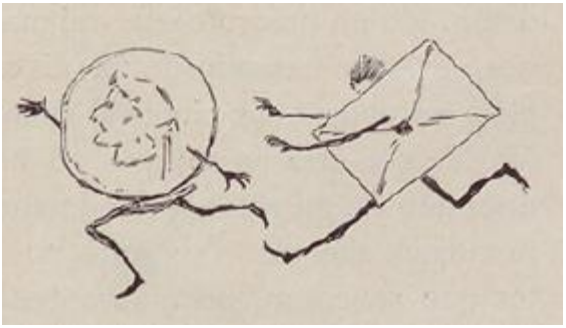
XVIII

¡Bueno me hallo yo, que habia escrito á mi tierra á un amigo cómo me habia encontrado mi ventura en Madrid con una muchacha tan hermosa y tan linda, que no habia más que pedir; y ahora he descubierto en su condicion que cada dia hay que pedir mucho más! Yo, señora, me hallo tan bien con mi dinero, que no sé por dónde ni cómo echarle de mí; y me aplico más á tomar que á repartir. Advierta vuesamerced que lleva camino de sacarme de pecado, porque estoy resuelto ántes de salvarme de balde, que condenarme á puro dinero. Y bien mirado, todo el infierno no vale nada; y vuesamerced lo encarece, como si faltaran demonios á quien los quisiere. Vuesamerced vuelva los dientes y las uñas á otra parte, porque yo tengo la castidad por logro, y soy pecador de lance. Y lo mió fuera suyo, si no tuviera un *amor* que se precia de miserable. Doyme por respondido, y á más ver y ménos pedir.

XIX

Díceme vuesamerced que no me ensanche porque me pide, y se obliga y me trata como de casa. ¿Eso se teme vuesamerced, reina mia? ¿No aguardará á ver lo que hago? ¿Ensancharme tenia, mi bien? Ahora lo verá, que me he fruncido y reunido de manera, que puedo voltear en un cañuto de alfileres de puro angosto. Díceme vuesamerced que se obliga con pedirme; pero yo hallo que es

obligarse á tomar solamente. ¿Eso es tratarme como de casa ó como para su casa? No, hija: yo soy de los de la calle, y he conocido que si sus ojos de vuesamerced son el matadero de las ánimas, son el rastro de las bolsas. Todo se acaba, y el dinero más presto, si no se mira por él. Vuesamerced haga cuenta que no me ha pedido nada; que yo hago la misma: porque no hallo otro camino de guardar los mandamientos y hacerlos guardar, sino guardando mi dinero de vuesamerced. La bolsa sea sorda desde hoy en adelante.



XX

Peligroso debo de estar de honra y caudal, pues siendo la extremaunción de las pediduras el casamiento, á falta de otra cosa me pide vuesamerced palabra de matrimonio. Dígame, reina, ¿qué paciencia ó sufrimiento me ha columbrado, que me codicia para marido? Yo tengo cara de soltero y condicion de viudo; y es imposible que no sea género de venganza el quererse vuesamerced casar conmigo, conociéndose y conociéndome. Yo no quiero tomar mi matrimonio con mis manos, ni estoy cansado de mí ni enfadado con mis vicios; no quiero dar picón al diablo con vuesamerced. Maride por otra parte; que yo he determinado morir ermitaño de mi rincón, donde son más apacibles telarañas que suegras. Y porque no me suceda lo que á los que se casan, no quiero tener quien me suceda, y perseveraré en este humor hasta que haya órdenes de redimir casados como cautivos.

XXI

Docientos reales me envia vuesamerced á pedir sobre prendas para una necesidad; y aunque me los pidiera para dos, fuera lo mismo. Bien mió y mi señora, mi dinero se halla mejor debajo de llave que sobre prendas; que es humilde, y no es nada altanero ni amigo de andar sobre nada; que, como es de materia grave y no leve, su natural inclinación es bajar y no subir. Vuesamerced me

crea, que yo no soy hombre de prendas, y que estoy arrepentido de lo que he dado en vuesamerced. ¡Mire qué aliño para animarme á dar sobre sus arracadas! Si vuesamerced da en pedir, yo daré en no dar; y con tanto darémos todos. Guarde Dios á vuesamerced, y á mí de vuesamerced.

CARTA

A DOÑA INÉS DE ZÚÑIGA Y FONSECA,
CONDESA DE OLIVARES, DUQUESA DE SANLÚCAR,
CAMARERA MAYOR DE LA REINA.

LA mujer buena, dice el Espíritu Santo que ¿quién la hallará? Esto, excelentísima Señora, nos advierte de que podemos desearla, mas no bastamos á elegirla. Reservó Dios esto para sí por la mejor dádiva de su mano para esta vida, y la paz y contento deste mundo; y así algo tendrá de atrevimiento decir cómo la deseo. Acertaré si me remito á su voluntad, como lo hago. Mas no excuso hacer esta diligencia rendida á su voluntad, declarando mi deseo, por hacer de mi parte lo que puedo, que, como dice san Pedro Crisólogo, entre las divinas virtudes pide Cristo el auxilio humano. Para esto todo es menester, y solo Dios basta; lo que importa es merecerlo para pedírselo; que los hombres poco tienen que fiar en su elección, y nada de su deseo.

Lo que debo desear en una mujer para mi quietud, honra y salvación es, que haya crecido sirviendo á vuecelencia en su casa; que si ha sabido obedecer á vuecelencia, no hay dote temporal ni espiritual que no traiga para mí en solo el nombre de criada de vuecelencia. Y por si el mandato de vuecelencia se extiende á más, quiero lograr mi obediencia diciendo las partes que deseo en la mujer que Dios, por merced de vuecelencia y del Conde-Duque mi señor me encaminare. Esto hago más por entretener que por informar á vuecelencia.

Yo, Señora, no soy otra cosa sino lo que el Conde mi señor ha deshecho en mí, puesto que lo que yo me era me tenia sin crédito y acabado; y si hoy soy algo, es por lo que he dejado de ser, gracias á Dios nuestro Señor y á su excelencia.

He sido malo por muchos caminos; y habiendo dejado de ser malo, no soy bueno, porque he dejado el mal de cansado, y no de arrepentido. Esto no tiene otra cosa buena sino asegurar que ningún género de travesura me engañará, porque todas me tienen, ú escarmentado ú advertido.

Yo soy hombre bien nacido en la provincia: frásis que entenderá su excelencia. Soy señor de mi casa en la Montaña; hijo de padres que me honran con su memoria, ya que yo los mortifico con la mia.

El caudal y los años siempre los referiré de manera que despues la hacienda sea más, y la edad ménos.

Los que me quieren mal me llaman cojo, siendo ansí que lo parezco por descuido, y soy entre cojo y reverencias, un cojo de apuesta, si es cojo ó no es cojo.

Mi persona no es aborrecible ni enfadosa; y ya que no solicita alabanzas, no acuerda de las maldiciones y la risa á los que me ven.

Agora, que he confesado quién soy y cuál, diré cómo quiero que sea la mujer que Dios me diere en suerte. Yo confieso que, á no mandármelo vuecelencia, que fuera atrevimiento decir cómo quiere

la mujer un hombre tal, que no habrá mujer que le quiera como él es.

Desearé precisamente que sea noble y virtuosa y entendida; porque necia no sabrá conservar ni usar estas dos cosas. En la nobleza quiero la igualdad. La virtud, que sea de mujer casada, y no de ermitaño, ni de beata, ni religiosa: su coro y su oratorio ha de ser su obligación y su marido. Y si hubiese de ser entendida con resabios de catredático, más la quiero necia; que es más fácil sufrir lo que uno no sabe que padecer lo que presume.

No la quiero fea ni hermosa: estos extremos pone en paz un semblante agradable; medio que hace bienquisto lo lindo, y muestra seguro lo donairoso. Fea, no es compañía, sino susto; hermosa, no es regalo, sino cuidado. Mas si hubiere de ser una de las dos cosas, la quiero hermosa, no fea; porque es mejor tener cuidado que miedo, y tener que guardar que de quien huir.

No la quiero rica, ni pobre; sino con hacienda, que ni ella me compre á mí, ni yo á ella. La hacienda donde hubiere nobleza y virtud, no se ha de echar ménos; pues tiñiéndolas, quien la deja por pobre es vilmente rico; y no las teniendo, quien la codicia por rica es civilmente pobre.

De alegre ó triste, más la quiero alegre; que en lo cotidiano y en lo propio no nos faltará tristeza á los dos, y eso templa la condicion suave y regocijada con ocasion decente; porque tener una mujer-pesadumbre, más arrinconada que telaraña, influyendo acelgas, es juntarme con un pésame de por vida.

Ha de ser galana para mi gusto; no para el aplauso de los ociosos; y ha de vestir lo que la fuere decente; no lo que la liviandad de otras mujeres inventare.

No ha de hacer lo que algunas hacen, sino lo que todas deben hacer.

Más la quiero miserable que pródiga; porque de lo uno se debe tener miedo; y de lo otro se puede esperar utilidad. Sumo bien sería hallarla liberal.

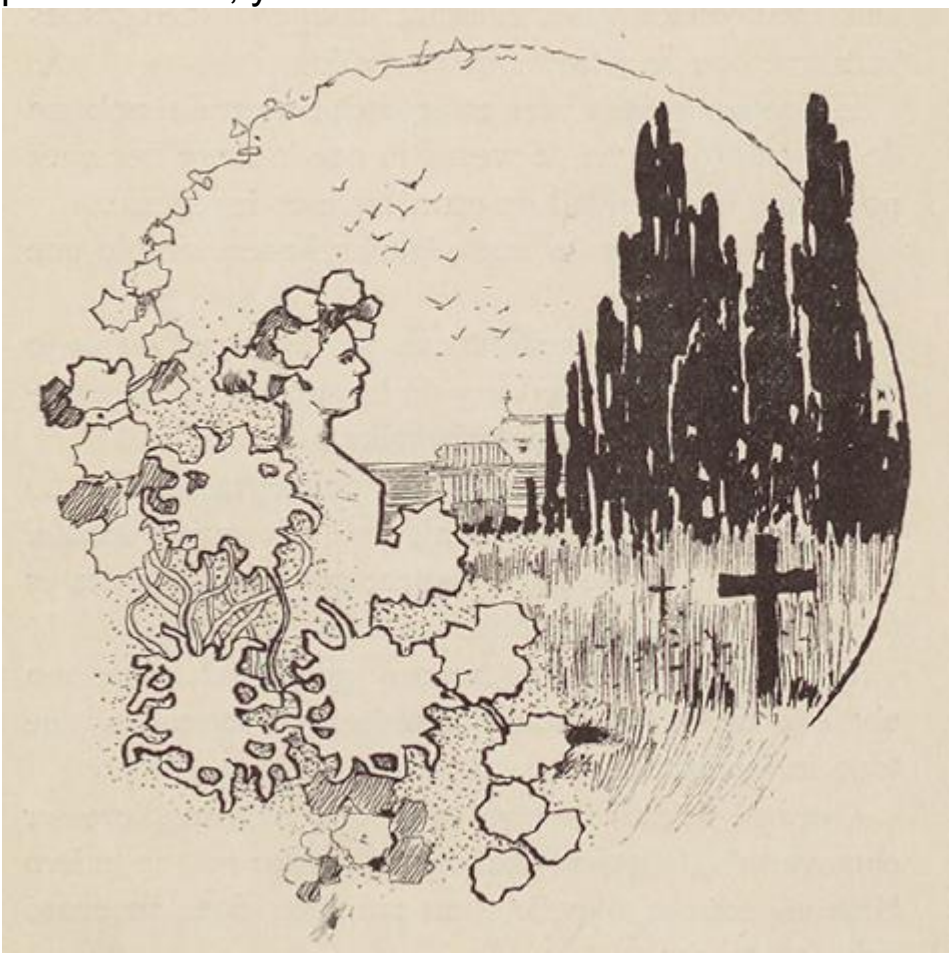
En que sea blanca ú morena, pelinegra ó rubia, no pongo gusto ni estimación alguna: solo quiero que, si fuere morena, no se haga blanca; que de la mentira es fuerza andar más sospechoso que enamorado.

En chica ó grande no reparo; que los chapines son el afeite de las estaturas y la muerte de los talles, que todo lo igualan.

Gorda ó flaca, es de advertir que si no pudiere ser entreverada, la quiero flaca, y no gorda: más la quiero alma en cañuto ú pellejo en pié, que doña mucha ó cuba en zancos.

No la quiero niña ni vieja, que son cuna y ataúd, porque ya se me han olvidado los arrullos, y aun no he aprendido los responsos. Bástame mujer hecha, y estaré muy contento que sea moza.

Desearía mucho que no tuviese con extremo lindas manos y ojos y boca; porque con estas tres cosas buenas en toda perfección, es fuerza que no la pueda sufrir nadie: pues las manotadas porque la vean las manos, y los visajes y dormiduras por aprovechar los ojos, enfadarán al mundo. Pues ver una mujer con los dientes de par en par porque se los vean, no es cosa sufrible. El cuidado borra las perfecciones, y el descuido disimula las faltas.



No la quiero huérfana, por ahorrar conmemoraciones de difuntos, ni tampoco con parentela cabal. Padre y madre deseo, porque no

soy temeroso de suegros. Las tias tomaré en el purgatorio, y daré misas de más á más.

Daria muchas gracias á Dios si fuese sorda y tartamuda; partes que amohinan las conversaciones y dificultan las visitas.

Si tuviese mala condicion, sería otro tanto oro; que una mujer bien acondicionada, todo el año gasta en decir que si ella fuera como otras, y que el ser tan negro de buena tiene la culpa.

Y lo más importante sería si consintiese que en casa viviésemos sin dueña; y si más no se pudiese, que se contentase con que entre los dos tuviésemos media dueña: una viejecita que empezase en tocas y acabase en enaguas, porque la vista descansase de dueña ántes de salir de su visión. Y lo mejor y más conforme á razón sería, pues las dueñas son viñaderos de los estrados, que guardan los racimos de doncellas, que la vistiésemos de viñadero con montera, chuzo y alpargatas, y por monjil una capa gascona (que en el pedir algo tienen de jaca), y que se llamase Guiñarte, como los emperadores Césares.

Y por acabar con véras y verdad, como empecé, digo á vuecelencia que estimaré en mucho la mujer que fuere como yo la deseo, y sabré sufrir la que fuere como yo la merezco; porque yo bien puedo ser casado sin dicha, pero no mal casado. Dé Dios á vuecelencia muchos y bienaventurados años en vida del Conde Duque, mi señor, con la sucesión que su casa y grandeza ha menester y yo deseo.

CARTA

AL MARQUES DE VELADA Y DE SAN ROMAN

dándole cuenta del viaje de Andalucía con el rey Don Felipe IV; fecha en Andújar, á 17 de Febrero.

YO caí, san Pablo cayó; mayor fué la caida de Luzbel. Mis piés no han menester apetites para tropezar: soy tartamudo de zancas y achacoso de portante. Volcóse el coche del Almirante (íbamos en él seis); descalabróse don Enrique Enriquez; yo salí por el zaquizamí del coche, asiéndome uno de las quijadas; y otro me decia: Don Francisco, déme la mano; y yo le decia: Don Fulano, déme el pié. Salí de juicio y del coche. Hallé al cochero hecho santiguador de caminos, diciendo no le habia sucedido tal en su vida; yo le dije: Vuesamerced lo ha volcado tan bien, que parece que lo ha hecho muchas veces.

Llegué á Aranjuez, y aquella noche don Enrique y yo tuvimos dos obleas por colchones, y sin almohadas. Dormí con pié de amigo, soñé la cama; tal era ella.

Esta es la vida de que pudieron hacer relación á vuecelencia, que para ser muy mala no necesitaba de otro achaque que de no estar sirviendo á vuecelencia como cofrade del diente; mas todos los duelos y los serenos, con Almirante son ménos.

Su majestad es tan alentado, que los más dias se pone á caballo; y ni la nieve ni el granizo le retiran.

En Tembleque, aquel concejo recibió á su majestad con una fiesta de toros, á dicho de alarifes de rejón, valentísimos toreadores de riesgo, y alguno acertado. Bonifaz lo miraba, y de nada se dolia. Tuvieron fuegos á propósito y bien ejecutados. Su majestad de un arcabuzazo pasó un toro que no le pudieron desjarretar; y apareciéndosenos en la mesa del Almirante, Bonifaz, caballerizo de los chistes del Rey y guadaña de los guisados, nos recogimos.

El dia siguiente fuimos á Madrilejos, donde Bonifaz se nos apareció entre los platos y las tazas, diciendo: Yo soy Bonifacio, que todas las cosas masco. Salimos para la Membrilla; y á ruego de los regidores de Manzanares, por consolar aquellos vasallos, pasó su majestad por su encomienda de vuecelencia, y á todos pareció muy bien el lugar.

Bajamos á la Membrilla, donde el sueño se midió por azumbres, y hubo montería de jarros, donde los gaznates corrieron zorras: hubo pendencias y descuidos de ropa.

Concertóse el madrugar, y partimos para mi Torre de Juan Abad, donde para poder su majestad dormir, derribó la casa que le repartieron; tal era, que fué de más provecho derribada. Aquí el *Caballero de la Tenaza* se recató de todos. Era de ver á don Miguel de Cárdenas con una hacha de paja en las manos, hecho cometa barbinegro, andar por los caminos como alcalde en pena, dando gritos.

De la Torre fuimos á Santistéban, donde el Conde tuvo al Rey muchas lamparillas, y por un cordel unos kiries de cohetes, que venía uno, y respondía otro, y luego otro; y luego salió un toro á chamuscarse. Hubo chirimía de acarreo, caballeros de Ubeda y Baeza, mucho linaje arredrado al tapiz, abundante refaicion, presente numeroso por todo el estado, tiendas con pan queso y

vino. Vasallo sonoro, llamando, exhortaba á los pasajeros; doliéndose, á los señores: Por amor de Dios (decia) tomen refresco del conde de Santistéban.

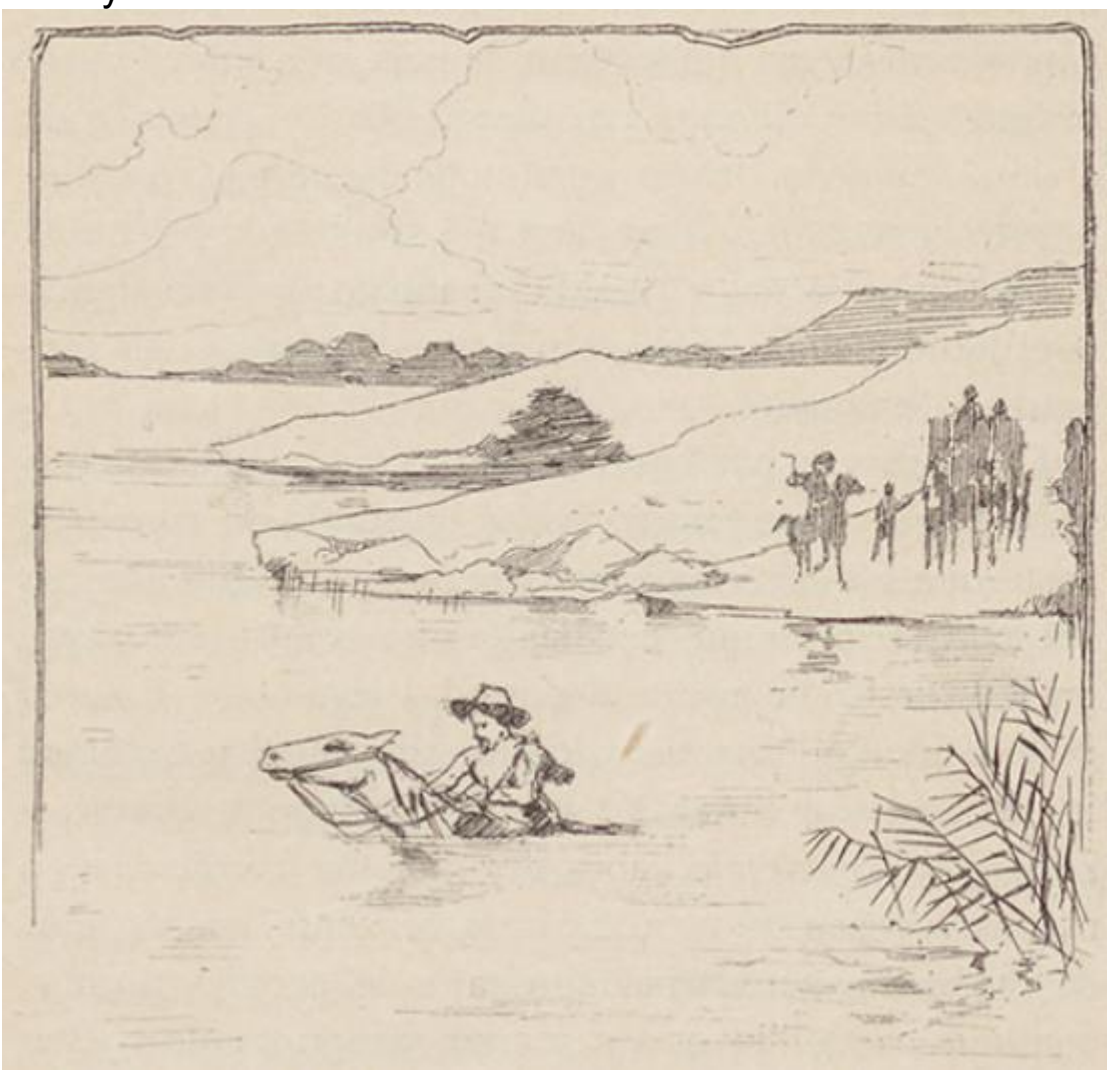
La gente acudia con facilidad, desataban el pellejo, no tenian vaso; y por no beber en el sombrero, dejaban el vino, y con él el queso y pan; porque pan y vino y queso son chilindron legítimo. El Conde se mostró magnífico, ostentó séquito, logró el dia, faltaron camas, sobraron cocheras. Mirad con quién y sin quién.

Del condado pasámos á Linares, jornada para el cielo y camino de salvación, estrecho y lleno de trabajos y miserias. Aperciba vuecelencia la risa, hártese de venganza, logre sus profecías. Ibamos en el coche juntos don Enrique y yo y Mateo Montero y don Gaspar de Tebes, con diez muías; y en anocheciendo, en una cuesta que tienen los de Linares para cazar acémilas y coches, nos quedamos atollados. No hubo locura que febrero no ejecutase en nosotros; mes fué siempre loco, pero entonces furioso: con ménos causa están muchos en los orates. No habia remedio de salir: determinámonos de dormir en el coche. Estaba la cuesta toda llena de hogueras y hachones de paja, que habian puesto fuego á los olivares del lugar. Oíanse lamentos de arrieros en pena, azotes y gritos de cocheros, maldiciones de caminantes. Los de á pié sacaban la pierna de donde la metieron, sin media ni zapato; y hubo alguno que dijo: ¿Quién descalza allá abajo? Parecía un purgatorio de poquito.

Desta suerte, haciendo la mortecina contra la cuesta, nos estuvimos cuatro horas hablando de memoria, hasta que el Almirante invió gente que nos redimiese del cautiverio en que estábamos: solo Vargas con pasaporte de Riche podia librarnos. Llegámos á Linares despues de haberse recogido el Almirante, y cenámos lo que se pudo librar de Bonifaz. Fuíme á acostar, y hallé que Bonifaz me habia llevado una frazada; luego me proveyeron de otra. Es cosa de ver á Bonifaz venir de noche, haciendo los matachines del cenar y dormir, con una candelilla en las manos, preguntando: ¿Han cenado? ¿Tienen cama? Por él anda aquí la cena movediza, y el estado fugitivo, y la cama en boleta, pellizcando mantas; de tal suerte, que en esta tierra para espantar los niños les dicen: ¡la Bonimanta! como allá ¡la Marimanta! Grimaldos le

acompaña. Y las más noches duerme de portante; asentado en una silla, ronca á sueño de dar audiencia: este es el hijo del hombre, que no tiene donde reclinar la cabeza. Come y cena de aparecimiento, y pierde el juicio.

Don Francisco Morveli viene en una puntería de alquiler, con dale, Perico, y cochea, Juan de Araña. Al estribo, Mendoza el negro en duda y mulato de contado.



Yo vengo sin pesadumbre y sin cama; que há seis dias que no sé de mi baúl. Dormimos á pares don Enrique y yo: hay cama de siete durmientes, y no está segura de Bonifaz.

Es cosa de ver á su majestad con dos caballerizos, el uno Zapatilla y el otro Zapatón. ¿Y vernos ayer á Mateo Montero y á mí estar asistiendo de responso al entierro de nuestro coche; venirnos de peregrinos, de media legua, él riéndose de verme cojear,

pidiendo bueyes para sacar una pierna, y yo decirle á él, al bajar un cerrito, llevase la panza en sus manos á la silla de la Reina?

Llegámos tarde á Andújar anoche viérnes, sin luz ni guia; donde hoy nos hemos detenido por la gran creciente de Guadalquivir, y mañana porque no se sabe de las acémilas y del carruaje. El duque del Infantado se quedó en Linares, por haber caido su litera, y aporreádose. El Patriarca no parece, y le andan pregonando por los pantanos. Mis camisas me dicen se las pone un barranco.

Su majestad se ha mostrado con tal valentía y valor, arrastrando á todos, sin recelar los peores temporales del mundo: presagios son de grandes cosas, y su robustez puede ser amenaza de todas naciones. En esta incomodidad va afabilísimo con todos, granjeando los vasallos que heredó. Es rey hecho de par en par á sus reinos, y es consuelo tener rey que nos arrastre, y no nosotros al rey, y ver que nos lleva donde quiere.

Las fiestas del Carpió se dilatan; quiera Dios no se malogren, que serán sin duda grandes.

Bonifaz ha hablado con el señor Araciel de los negocios de vuecelencia; y él y yo somos servidores de vuecelencia y suyo, y á su disposición, y cofrades del diente. Vuecelencia, si me quisiere hacer mucha merced, me envíe en un pliego (por via del Almirante) la respuesta. Y á mandar cuanto fuere su gusto, que soy hombre de bien, y lo haré todo.

Háse juntado hoy Hortensio ante esta cofradía, y vamos para los peligros con confesor, y para los gustos con compañía.

A don Andrés beso las manos y á don García. A firmar, que es larga la carta.

DON FRANCISCO DE QUEVEDO

EL CHITON DE LAS TARABILLAS

EL CHITON DE LAS TARABILLAS

OBRA DEL LICENCIADO TODO-SE-SABE

A VUESTRA MERCED QUE TIRA LA PIEDRA Y ESCONDE LA MANO

Escrita con la de don Francisco de Quevedo, Caballero del Orden de Santiago, y señor de la villa de Joan Abad, contra los maldicientes del Rey nuestro Señor, de su valido, y de los arbitrios de las minas y baja de la moneda.

SENTIRIA mucho que tan grave personaje se corriese de que le llamo merced: ya sé que á ratos es casi excelencia, á ratos señoría, y á ratos vos. Todo esto, batido á rata por cantidad, le viene de molde una merced reverenda; que también sabe vestirse deste título. Demonio es el señor Pedrisco de rebozo, granizo con máscara, que no quiere ser conocido por quien es, sino por honda, que ya tira chinas, ya ripio, ya guijarros, y esconde la mano, y es conde, y marqués, y duque, y tú, y vos, y vuesa merced. Yo, que veo conjurar las nubes que apedrean los trigos y las viñas, viendo

cuánto más importa guardar de la piedra la justicia, el gobierno, los ministros, y el propio rey nuestro señor, como heredad donde se deposita todo el bien del mundo, y toda la defensa de la Iglesia, he determinado conjurar á vuesa merced, señor Discurso-tempestad, tan inclinado á la pedrea, que creo que ha tirado hasta las piedras que están en las vejigas. Tiene vuesa merced tan empedrado cuanto se ordena, y tan apedreado, que me es forzoso darle á conocer y advertirle, que pues tiene el tejado de vidrio, obedezca la cola del refrán; que vuesa merced es el remedio que elijo y escojo para esto. ¡Qué fué de ver á vuesa merced, excelencia, tú y señoría, cuando se bajó la moneda, disparando chistes, malicias, concetos, sátiras, libelos, coplillas, haldadas de equívocos, si baja, no baja, y navaja, y otras cosas deste modo: motetes de las alcuzas, y villancicos de entre jarro y boca de noche! ¡Qué morrillos no disparó como un trabuco, cuando vió tratar de descubrir minas! No sé si despues que se formó la junta sobre esto, está más bien con el arbitrio; pero ántes decia: El intento más descubrirá necesidad que oro; tan gran monarquía no ha de mendigar el polvo de los rios, y examinar la menudencia de las arenas. De segunda pedrada decia vuesa excelencia que Tajo, Duero, Miño y Segre tienen oro en los poetas, como en los cabellos de las mujeres; y que el que se halla es á propósito para hablillas, no para socorros; que no se habia de admitir que diferentes vagamundos anduviesen sofaldando cerros. Escondía vuesa merced la mano en tirando este nuégado, sin advertir que no solamente se hizo en Roma esta diligencia, como se lee en Tácito, «sino que fiados en la multitud del oro que esperaban, gastaron el que tenian;» lo que no ha sucedido ahora. ¿Pues quién duda no solo que es lícito el buscarle en los ríos y las minas, sino la más atinada solicitud, y la más cantiosa y decente á los monarcas? Oye tú á Casiodoro, lib. 9, epístola 3 de Atalarico á Bergantino rey: «Si el continuo trabajo busca tan diferentes frutos para comprar con la comutacion acostumbrada la plata y el oro, ¿por qué no buscarémos aquellas cosas por las cuales buscamos las demas?» Señor Tira-la-piedra, mire vuesa señoría si este buen rey va desempedrando lo que vuesa merced apedrea. Pasa adelante: «Por lo cual al oro rusticiano de nuestra jurisdicción en la provincia de los Brucios, mandamos que sea destinado Cartario, para que por

Teodoro (así se llama el artífice destas cosas), fabricadas las oficinas solemnemente, se escudriñen las montañas de los montes.» Señor Esconde-la-mano, aquí el rey desempedrador habla en propios términos, y no se cansa: «Entrese con el beneficio del arte en los retiramientos, y senos de la tierra, y sea buscada la naturaleza en sus tesoros, donde está rica; porque cualquiera cosa que para ejercer el magisterio desta arte fuere menester, vuestra orden lo disponga; pues es cierto que buscar el oro por guerras no es lícito, por mar no es seguro, por falsedades no es honesto; y solo es justicia buscarle en su naturaleza.» ¿Pues cómo, maldito, lo que es justo será reprensible ni ridículo? ¿Ves tú que eres más veces echa-cantos que tira-piedras? Pues este á quien se mandó ejecutar todo esto, era *Berganino,* varón y conde patricio, y no era *Bergante.* Digo yo: si vuesa merced oyera decir: Al Rey han dado por arbitrio que desempeñe el reino con el oro que hay en las minas y rio de España, y le ofrecen grandes tesoros en esto, y él se rie, y ha dejado por locos á los que se lo proponen, ¿qué tirara vuesa merced? Piedras es poco, losas no es harto: arrojara tarazones de montes y mendrugos de cerros. ¡Cuál anduviera vuesa excelencia cargado de los libros, donde llaman á Tajo de las arenas de oro! Alegara vuesa merced la estangurria dorada de Darro, y el mal de orina precioso del Segre. Luego salieran minas corrientes en Miño; y vuesa merced, hecho Midas de todos los arroyos para acusar al gobierno, los volviera en oro y en plata, y jurara de Brañigal lo que de Potosí; y si fuera necesario, del propio arroyo de San Ginés, que solo corre minas vaciadas y no las que se pueden vaciar. ¡Cuál alegara esa mano, que juega al escondite de chismes, lo que escribe Justino de Galicia, donde dice: «Hay tanta plata, que eran deste metal los pesebres, los clavos, los asadores y todos los vasos viles»! ¡Qué gritos diera vuesa merced por el tesoro que cuentan de los Pirineos, cuando se encendieron con los rayos! Cómo dijera vuesa merced: ¡Oh cuán fácil fuera al Rey freir aquellos montes, y sacarles el zumo, al privado y ministros del gobierno!—¡Qué cuenta de millones usurpados á esta monarquía le hicieras tú y señoría, por no haber ayudado á este arbitrio por que hoy les estás descalabrando! Pues dime, Tira-la-piedra, Escarióte de advertimientos, que los besas y los vendes, ¿qué ha de hacer

nuestro rey, qué los ministros, si ni les es lícito admitir ni desechar arbitrios? ¿Ves quién eres, que solo condenas lo que se hace, y siempre alabas lo que se deja de hacer? Eres las viruelas de los que pueden: mal que da á todos, y de que ninguno se escapa, y de que muchos no escapan. Pues advierte que en el gobierno de nuestro gran rey no has de dejar señal, ni hoyos, ni en la intención del valido y ministros; porque al Rey su religioso y prudente celo le libra de tus manos, y á los ministros y al valido se las ha atado la humildad y conciencia; que á ser otro, ya vuesa señoría tuviera las suyas donde tirara uñas y no piedras. ¡Pues si decimos de la baja de la moneda! Aquí es donde no te das manos á tirar: un Briareo eres en cascajar. ¡Cuál andas por los corrillos chorreando libelos, y en las conversaciones rebosando sátiras, *llenando* las esquinas de cedulones! Si hablas, haciendo recular las cejas hasta la coronilla, salpimientas la murmuración. Si callas, te avisionas de talle, te estremeces de ojos, te encaramas de hombros; y después de haber templado tu cuerpo para escorpion, empiezas á razonar veneno y á hablar peste, ruciando de malicias y salpicando de maldades á los oyentes. «¿Bajar la moneda? (dice vuesa señoría), acabarse tiene el mundo; allá lo verán; es ruina de España y de toda la cristiandad;» y al cabo echas el «Dios se duela de los pobres», que solo llevaba de ventaja en Judas el bote y el ingüente.

Tratóse de entretener más tiempo el oro y la plata en estos reinos, viendo cuán breve pasadizo han fabricado en los cuartillos los extranjeros para su extracción. Tratóse de la mortificación de los cuartos, y tiraste piedras. Dime, Esconde-la-mano, ¿qué tiraste contra quien con subir los cuartos puso el oro y la plata en cobre, pues hoy haces tales extremos contra quien con bajar los cuartos los ha puesto en cobro? La plática asustó los tenderos, porque la ganancia no saca la consideración del logro y de la usura: por daño temieron perder la mitad; y es daño porque no es remedio cabal hasta que se consuma todo ántes que, no teniendo otra cosa, nos hallemos con moneda que no hay bolsa que no tenga asco della, y que se indigna aun de andar en talegos, y que los rincones de los aposentos se hallan con la basura más limpios, y ménos cargados, y con menor ruido. Moneda que el que la paga se limpia y se desembaraza, y el que la cobra se ensucia y se confunde, más vale su incomodidad en traginarla que su valor. Mil reales, caudal que

cualquiera gasta en doce dias de camino, son peso para una bestia sola, y poco ántes que se subieran, se llevaban en oro, en nóminas, en traje de reliquias, ó se escamaban con escudos los jubones, y quinientos añadían poco más peso á la lana; y hoy en esta moneda dan que hacer á una albarda, y hace más mataduras el dinero que los barriles: hacienda arrinconada que no pasa de Castilla, de quien se guardan los otros reinos como de peste acuñada. Buen estado tiene la salud del comercio; buen juicio la gente que resiste con voces la expulsión deste contagio; buen vasallo es quien no agradece al Rey resolución tan favorable á todos, y al Ministro haberse aventurado á ser purga deste mal humor, á ser escoba desta basura. No mereció más gloria el famoso rey don Ramiro de haber librado á España del feudo de Mauregato, ni el rey don Alonso del exentarla del reconocimiento del Imperio, que el Rey nuestro señor de haberla librado del tributo deste moro vellón y del imperio del ciento por ciento. Ni se dedicó por la salud de Roma á tan manifiesto peligro el que á caballo se echó en el hoyo, como en este caso el Ministro; porque al otro en agradecimiento levantaron estatuas, y al Conde-duque testimonios, coplas, libelos y pasquines. Si el daño fué dilatar la baja, el Rey siempre la quiso (¡oh qué instrumento te pudiera enseñar desto, Tira-la-piedra, que te deshiciera los ojos!), y el Conde siempre, y luego aconsejó se hiciese. Opúsosele la envidia de los que no querian el bien común, ó no ver á los ministros y ministro con el blasón de redentores destos reinos. Así sucedió en el consejo de Antíoco á Aníbal, que porque no se le debiese al Africano la vitoria, que se veia clara en su parecer, se le descaminaron, y quisieron ántes la pérdida de su príncipe que el acierto en quien ellos aborrecían. Así lo refiere Justino: así lo aplico yo. Pues, Tira-la-piedra, considera que estábamos ya en estado que los propios extranjeros, que nos han llenado de cuartos, nos despreciaban, y temían lo propio que nos habian vendido; y bien medido nuestro caudal, ya cabia poco más vellón, pues llenos dél, no quedaba lugar al remedio. Aquí aguijó la providencia inestimable del Rey nuestro señor, y del valido á quien tú, sayón de virtudes, despedazas. Si el Rey no se determina, las lámparas en las iglesias ya desconfiaban de que las defendiese la inmunidad eclesiástica, del furor de los ceros y de los mandamientos

del guarismo. Parecen donaires, y son dolores. Si la 1 codicia de los extranjeros entrara en la iglesia á sacar estos vasos retorcidos, amenazadas estaban cálices y cruces; que para el codicioso nada añade al hurto el sacrilegio. Pues, Esconde-la-mano, esto defendió el decreto del Rey, á costa de darte á tí qué tirar y blasfemar en tiempo que la plata se habia echado á los piés de las mujeres en virillas. Del doblon y del real de á ocho se hablaba como de los difuntos, y se decia: «El oro que pudre, la plata que Dios tenga.» ¿Puedes negar que el que metió los moros en Castilla (fuera de la Religión) hizo ménos daño á los reinos que aquel maldito Caba barbado de los cuartos, que doblándolos, los metió en las bolsas? De aquella furia se quedaron fuera las montañas: desta maldad todo el reino se inundó, sin haber contra ella asilo, ni aun silo. Allí Pelayo empezó á restaurar con los pocos que quedaron libres, y le ayudaron. Aquí el Rey ha hecho la restauración y curado el enfermo á su pesar, pues fué contradicho de todos cuantos padecían esta miseria; y es mayor gloria la suya y la del Ministro, cuanto tuvieron menos que los asistiesen; porque contra su parecer juntaron los enemigos todos á meter vellón, y los propios todos á contradecir que no se bajase, que era, fué, es y será el solo remedio; y los caudales daban voces contra la restauración de las bolsas, que renegadas del buen metal se habian metido á caldereras; y si algún real se hallaba, era mestizo de cascajo y real sencillo. ¿Qué muladar te da piedras para tirar contra la baja de los cuartos, pues solamente la voz de que se habia de efetuar ha hecho pagar más deudas que la hora de la muerte, restituir más haciendas que las paulinas? ¡Qué de trampas se han desañudado! ¡Qué de empréstitos, que andaban de rebozo entre el no quiero y no puedo, se han reconocido! No niego que hizo gran ruido, y causó grande alteración en todos los mohatreros el platicarse el remedio con que estancaron las mercancías. Acordádonos ha del tiempo de don Alonso el Sabio, cuando el poner precios por enmendar la desorden, indujo total carestía, y forzó á aquel gran rey á revocar la ley: las tasas pegaron á la baja, y fué como pegarla peste. Todas las cosas que tocan á crecer, ó bajar ó mudar la moneda, se han de tratar con tal secreto, que se sepan y ejecuten juntamente; porque si se trasluce algo de lo que se trata, más daño hace el recelo de lo que se previene, que las

propias órdenes praticadas. Este ha sido el daño; que el bajarla ó quitarla era remedio, y deste tú tienes la culpa, que lo publicabas por apedrear, y los que envidiaron el acierto de proponerlo. Tú sabes quién te lo dijo á tí, y yo quiénes eran los que lo dijeron y revelaron.

Hablemos algo con nota regocijada donde el intento es de tanto dolor; despejemos lo molesto de las querellas. Parece cosa y cosa que nos cobremos con la pérdida, y que nos perdamos con los premios. Mala señal es de vida y de estómago, cuando se trueca cuanto se come. Lo que todos damos por la plata, cuando queremos salir destos reinos, ¿quién nos lo paga? Digo, señor, que este bulto no es caudal, sino hinchazón de postema; así, miéntras no se baja, cada dia tiene más peligro; y quien quita este bulto, más sana que disminuye. Dar el vellocino por el vellón, es desollarse, no vestirse. Con perdon de vuesa excelencia, con tu licencia me atrevo á una comparación: querría coserla de suerte que, siendo remiendo, no lo pareciese. Los extranjeros han imitado al cazador, que viendo en las águilas mayor velocidad y fuerza, más presto vuelo, más larga vista, y que por esto les hacía ménos la volatería y entre las demas aves sus halcones y neblíes, cogieron águilas tiernas, domesticáronlas, enseñáronlas á cazar para sí, y luego las soltaron para su mayor

logro. Zurzo, y creo que poco se han de ver las puntadas. Vieron los cazadores de Francia, de Italia y Holanda, que la plata y el oro nuestro eran águilas que no los dejaban cosa á vida; de cuyo precio y codicia no se escapaba ni su mercancía, ni su trabajo, ni su industria. Dieron traza de cogerlos al nacer en el nido, tan desnudos, que la primera pluma que vistiesen fuese la suya. Recogiéronlos en sus alcandaras, y enseñáronlos á cazar, y ahora nos los sueltan para que nos arrebaten lo que nos queda. Vienen cien reales en plata ó en oro volando, y llévanse otros sesenta ó ochenta en las uñas. Pues si la baja les quita la presa, ¿no es hacerles pagar las uñas de vacío, y que pierdan sus garras al retorno? Ni se puede negar que aquel que, de los enemigos que combaten una monarquía, consume las tres partes, no la defiende por otras tres. Confieso que serán grandes los inconvenientes, y más de los que sabrá prevenir alguna prudencia; mas las grandes cosas nunca se acabaron sin aventurarse; y si me aprietan, concederé lo que dicen los cohechadores, los estanques del caudal, que no le dejan correr: «Que podrá ser que con la baja se pierda todo.» Aun entonces fué bien y forzoso hacerla. En la enfermedad sin remedio, es caridad que el medicamento acabe la vida, y desesperación dejarla que se acabe. Aquí ya es cierto el *no tiene remedio*; y allí el peligro respira en el *podrá ser*; y es consuelo á lo que se acaba, que la ansia de su conservación no le deje. El que muere asistido de remedios, entretiene las congojas con alguna esperanza; y es más cierta la corrupción en manos de la dolencia, que de la medicina. Y por lo ménos, señoría y tú, más piadosamente y con ménos recelos acabarémos con nuestras manos que por las ajenas. Mejor será que nos acabemos por conservarnos, que no conservarnos para que nos acaben. ¿Hubo ánimo para subir el vellón, que fué, es y será la desolación de todo, y ha de faltar para bajarle? Cosas tiene del pecado esta moneda, que, siendo mala y sabiendo que nos condena y lleva á la perdición, la tenemos cariño. Para convertir estos malditos que se lamentan, y lo resisten, y á tí, y á tú, y á vuesa señoría que lo llora, como si estos cuartos fueran los de sus cuerpos, quisiera sacarles el de España hecho cuartos, con esta letra por epitafio: AQUÍ FUÉ ORO, como aquí fué Troya. También dice vuesa merced (¡oh qué mal escondiste la mano!) que la gran

cantidad de arbitrios que corren impresos, le marean. Merced le hacen, pues le ayudarán á vomitar, que es su mejor comer de vuesa excelencia.

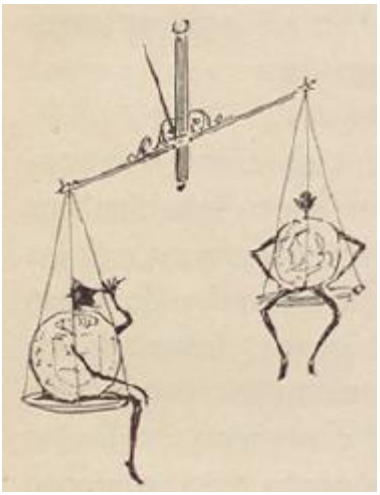
Dices muy ponderado, y con cara como si entendieras lo que culpas, que todos son sueños de hombres menesterosos ó mal ocupados. Sueños parecen por las señas de vuesa señoría, de vuesa merced y de vuesa excelencia, que este género de gente, desvelada en remendar el mundo y en enderezar las costumbres, son el alborozo de los noveleros y el negocio de los vanos. Y porque vuesa merced conozca cuán izquierdo discurso tiene, quiero razonar algo, camino de la verdad.

Si ello se oye al oro y plata, tienen razón, y dan quejas tan justificadas como estas.

Dice el real de plata, unidad de que se compone el de á cuatro y el de á ocho y el escudo y el doblon, que él valia cuatro reales de cobre en tiempo de don Fernando el Católico; que vino el glorioso emperador Cárlos V, y las necesidades, ó las revueltas ó la desorden (que no afirma cuál destas cosas fué) le quitaron un real, y quedó valiendo tres. Vino Felipe II, y quitáronle otro, y valió dos, y quedó quejoso, y agraviado en dos partes.

En esto presenta por testigo á nuestros padres, y yo lo vi esto, y lo testifico. Vino el señor rey don Felipe III, y quitáronle otro real, y valió el real de plata un real de cuartos, cuando se dobló la moneda, ó cuando se dobló por la moneda que allí murió. Llegóse á este despojo la mercancía de cuartillos que introdujeron los holandeses; y este desdichado real de plata, veinte. Y aun con valer este pobre real medio real, pasaba; mas vino á tanta miseria, que con solo decir que la moneda se ha de bajar, perdió el mérito de ese medio real, y vale nada; porque la moneda de vellón con este miedo no es hacienda, sino susto de cada dia. Dice el real (y dice bien): Señor, si cuando me quitaban de mi valor un real de cobre, me igualaran con el cobre, quitándome de plata lo que á aquel real le correspondía de

mi valor extrínseco en Castilla, yo estuviera contento y sin queja, y España con caudal, y siempre el valor extrínseco que la plata y oro tienen que valia uno solo, habiendo valido cuatro, valió medio real; porque el uno que valia de cobre en cuatro cuartillos, vino á ser tal la maldad, que se metió la moneda tan desigual, que yo he pesado (cada dia se puede hacer la demostración) que hay cuartillo solo que pesa más que tres, y cuatro cuartos que pesan de otros en estos reinos respondiera al valor intrínseco que á estos metales da la mayor parte del mundo, y se sirvieran del cobre con cuenta y razón; y lo que más lloran es, que afirman los propios metales que se vieron remediados ahora dos años, cuando valió el trueco de la plata á ochenta por ciento. Y dicen los reales y los escudos, que entre los arbitrios el solo bueno fué la desorden; porque ella, que habia ido arañando al real de plata que valia cuatro reales de cobre en tiempo del rey don Fernando, los tres y los cuatro, y le habia roido hasta valer nada, con el precio del trueco le habia vuelto á restituir los cuatro que valia. Podrá ser que otros lo desenvuelvan á mejor luz. Lo que yo sé es que los cuartos tienen miedo, y la plata y el oro quejas, y los extranjeros oro y plata, y nosotros ni oro, ni plata, ni cuartos.



Yo creo que si se le preguntase á la moneda de ley, que dijese ella qué la parecía conveniente para su salud, que respondería: Hagan para tenerme lo que los extranjeros hacen para llevarme, y tomen su ejemplo en mi aumento, y no su parecer en mi remedio. Si se le pregunta á la sanguijuela, qué se ha de hacer con la vena, dirá

que chuparla; y si se pregunta á la vena, dirá que quitar la sanguijuela.

En todos los reinos que la moneda de vellón sirviere de otra cosa que de cabalar cuentas, y creciere á presumir de caudal y á ser hacienda, se perderá el crédito y se dificultará el comercio.

Cuando en Castilla en tiempo de nuestros abuelos, habiendo un millón ó dos solos de vellón, sirvió de ajustar con los precios las monedas mayores, se rogaba con el oro y la plata por los ochavos.

Los metales preciosos han de tener todo su valor, y se han de labrar en todas las monedas que pudieren irse disminuyendo; porque en las menores se detiene, y es difícil la extracción que tanta facilidad tiene en la pasta.

El cascajo hoy está, y se usa, sin faldas y sin arrabales. Dividiase en cuartillos, y en cuartillos de ley, en cuartos, en ochavos, en maravedís, en blancas, en cornados: cosa de mucho interes para el gasto y mercancía. Hoy la cuenta acaba en juego; y si no se echan á pares y nones los maravedís y las blancas, se pierden. No hay ochavo, no hay cuarto, todo son cuartillos; y en este abuso consiste un daño doméstico muy peligroso; porque teniendo por domésticos á los que no lo son, dejamos correr la diligencia de los que sorben desde lejos por cañones de ganso. Desconfiamos de los nuestros, y fiamos de los que nos aborrecen. Creemos bravatas de quien no las puede proseguir. Damos calidad á los que son mercaderes de cualquier nación, y quitamos la nobleza á los nuestros, si tratan.

Vuesa merced lea esto con cuidado, que verá el daño y el remedio por un propio resquicio. Ya que he sido prolijo, he de responder á todo lo que yo sé que murmura vuesa señoría. ¡Oh cuál te miro en un corrillo! ¡Oh cómo te contemplo en una ociosa visita! Con tus dientes apaleados de tu lengua, que andándose todos, y no parando ella, parece mano que discurre sobre las teclas, toma vuesa señoría la parte de la comunidad, y dice que por esas aldeas se caen los hombres de oprimidos y cargados, y á cada uno se ha de creer en la carga que lleva; que á mi vista no pesa lo que al misera ble le quebranta, y siempre se acuerdan los hombros de lo que llevan; porque lo que ya llevaron ó llevan otros, no pesa. Alívielos vuesa merced refiriéndoles (pues debe de saber de leer quien tal cual sabe escribir) las imposiciones que hubo en las otras

monarquías. Hasta el matrimonio pechaba, y (con razón) de los excrementos sucios se pagaba tributo. De modo que vuesa merced, de cuanto habla, pagara un gran censo en tiempo de Calígula y Vespasiano: Suetonio lo refiere así. A Neron, del humo y de la sombra y del agua se pagaba tributo: Zonaras lo cuenta. De Plinio, Zonaras y Cedreno es el chisme del pecho que se pagaba por la sombra de los árboles. Michael Paleólogo instituyó el tributo por el aire que respiramos. La capitulación no exceptuaba estado, edad, ni dignidad; de manera que se pagaba de las cabezas, de los artes, de los excrementos, del matrimonio, de la sombra, del humo y de la respiración; y se extendió á poner tributo en la inmunidad de los consejos, y les impusieron la que llamaron Gleva senatoria, como se lee en Synesio. Esto no lo puede haber leido vuesa merced, pero alguien se lo puede haber chismeado; y así pudiera dejar de morder que á este tiempo se haga algún socorro á las necesidades del príncipe, causadas en el tiempo que el Rey decia taita, y el valido ignoraba dónde era palacio; y despues que reina su majestad causadas por la voluntad de Dios en la pérdida de navios y descamino de flotas, y otras cosas que por nuestros pecados su decreto nos trae, ó por castigo, ó para recuerdo. Y por no crecer en libro la que de advertencia veo que ha de llegar á tratado, dejo de traer á vuesa merced á la memoria todos los repartimientos tan excesivos de los reyes que han precedido á su majestad, cosa de que me excusará vuesa merced leyendo las historias..

Mas no puedo dejar de apuntar algo que sirva de que te dés al diablo. El señor rey don Juan, en la cédula que despachó á Salamanca y su tierra, en razón de los gastos que le habia causado

la guerra con el duque de Alencastre y maestre de Avis de Portugal, manda cobrar un pecho tan riguroso: «Que el que tuviere cuantía de ochenta maravedís en mueble, ó en raiz de la moneda corriente, que pague un cuarto de dobla: y el que tuviere la cuantía de los cuatrocientos maravedís, que pague por cada ciento un real de plata, demas de la dicha dobla que ha de pagar por los cuatrocientos maravedís; y todos los que tuvieren de doce mil maravedís arriba, hasta cuantía de veinte mil maravedís, que paguen ocho doblas; que no paguen los hombres y mujeres que son notorios hijosdalgo, ni caballeros que son armados de rey ó de infante heredero, y todas las otras personas paguen; pero estos hijosdalgo ó caballeros, que van excusados en la cuantía de los veinte mil maravedís, que sean temidos de pagar en la cabeza de los doce mil maravedís; que todo hombre ó mujer que gane jornal, ó lo pueda ganar, aunque le non fallen ninguna cuantía, que sea tenudo de pagar cada mes lo que montare un dia de jornal.»

Al fin fué repartimiento que buscó la hacienda, la medianía, la miseria, el sudor y la aflicción, y se extendió á mandar «que pagasen todos los que eran en sus reinos, así ricos homes, caballeros, clérigos, fijosdalgo, é judíos, é moros, é todos los otros homes, y mujeres de cualquiera ley».

¿De qué provecho puede ser dinero que junta una cláusula tan fuerte, que mancomunó ricos homes, clérigos, moros, caballeros y judíos? Y así tuvo el fin el gobierno destos tiempos, como largamente se lee:

«En Bribiesca, veinte dias de diciembre, año de mil y trescientos y ochenta y siete: fecha escribir por Alfonso Ruiz. Por mandato del señor rey y su consejo.—*Pedro, arzobispo de Sevilla».*

Léanse los tributos tan apretados en tiempo de don Enrique II, de don Pedro, de don Juan, de don Enrique III, las carestías por la mala moneda. El rey don Alonso, en el capítulo 5 de su Historia, puso precios y los revocó; porque ántes habia poco y caro, y después no se hallaba mantenimiento ni mercancía.

El rey don Enrique el Segundo bajó la moneda, y dice así su pregón: «Que el real que fasta aquí valia tres maravedís, non vala sino nno. E el cruzado que fasta aquí valia uno, que non vala más de dos cornados, que son tres dineros ó dos meajas.» Y advierta

vuesa merced, señor Tira-la-piedra, que esta baja se la pidieron repetidamente los vasallos. Aquí se ve cuáles eran aquellos, y cuál es vuesa señoría.

Así que, estas calamidades son inseparables á los dominios. Desto enferman los vasallos y los príncipes. Es dolencia de los gobiernos, no de las edades. Padecióla Castilla en tiempo del rey don Juan, que sintió tanto el verse necesitado á agravar sus vasallos, que se determinó de vivir en duelos. No solo los vasallos han de servir á los reyes con la hacienda, sino con el consejo; pues cuando se ven forzados á hacer nuevos y grandes repartimientos, es debido en toda lealtad advertirles de lo que se les debe y no se cobra; porque el consentir suspensión en estas resultas, vale á los malos ministros tesoros de lo que pueden ahorrar, y le desperdician por interes propio de lo que le hurtan en mercedes no merecidas y sonsacadas de los merecimientos súbitos de personas de su casa, y de sus oficios en rentas y estados: pues á estos codiciosos suele retirarse todo el caudal que el rey echa menos; y no puede socorrer el reino los oficios, ó inventados para pasadizo del patrimonio real, ó para polillas de su tesoro. Así lo hicieron muchas veces en Castilla las cortes, y es el mejor servicio, más útil, más descansado, y que con más justicia tiene efeto; y es hacienda que merece por su bondad lograrse bien en los sucesos, pues ni sale de las venas, ántes vuelve á ellas, ni sabe á lágrimas de afligidos. Y nunca más á propósito llegó este servicio que hoy, á rey tan grande, tan celoso del remedio de sus reinos; á ministro, cuyo blasón es el desinterés, cuya tarea las mejoras del gobierno. Será hablarles en su lenguaje y á su corazon, si hay algo desto, que lo sepan; pues haciendo justicia, se podrán restituir lo que les falta, y páguelo quien lo debe, y salga de quien lo oculta, y quítese á quien lo arrebata; y ayuden al rey y al reino el leal rendido, con su tributo, y el ladrón despojado, con su castigo.

Tácito, en Galba, dice que habiendo mirado arbitrios para desempeñar el imperio de los excesos de Nerón, el mejor fué buscar el patrimonio en las haciendas de los que le habian usurpado. Si parte desto se ha hecho ahora, Esconde-la-mano, bien se ha hecho, si con nombre de donativo y de concesion ha disimulado, por no deshonrar, á las esponjas del Rey; y es singular modestia reducirse á pedir lo que podía cobrar, por no deshonrar á los que, debiendo restituir, dicen que dan lo que vuelven.

Más debilita á los reyes lo que les toman, que lo que gastan; y así se echa la culpa á la guerra de lo que peca la paz entremetida y desapoderada. Notable es la desorden del mundo. Yo, en el tiempo que he vivido, he visto derribar muchos hombres por haber crecido en poco tiempo mucho, diciendo se hacia para restituir á la majestad el caudal, y escarmentar á otros, y autorizar la templanza; y he visto que á los reyes y á los reinos les ha costado diez veces más el premiar los que los descompusieron y castigaron, que les costaba su desorden, si lo era. De donde colijo que son pocas las enmiendas en estas cosas, y que este es el achaque de que han adolecido todas las monarquías; y así el pro nóstico se asegura para la perdición, si sucediere que cuesta más y empeña más, y hurta más el castigo que el delito. Piense vuesa excelencia en esta bachillería, que no perderá el tiempo.

Su majestad (Dios le guarde) halló en esta monarquía con muchas canas el empeño, llorado con arrepentimiento de su bisabuelo, considerando la herencia tan necesitada que dejaba á Felipe II, que con el Escurial y otras niñerías la extremó más. De suerte que el grande, el bueno, el amado, el dichoso, el santo Felipe III, á fuerza de milagros nos divirtió de la atención desta calamidad, causada de las guerras en defensa de la Iglesia y expulsión de los

moros, que fué una orden resuelta, no sé si provechosa en el modo, pues de su salida se nos aumentaron, no solo enemigos, sino en los enemigos el conocimiento de muchas artes, la malicia en tierra y mar; y de bienes no quedó sino lo que les hurtaron, que hicieron tan corta diferencia como de ladrones á moros: con que siempre fué delito. Y al fin, si los moros que entraron dejaron á España sin gente, porque se la degollaron, estos que echaron, la dejaron sin gente, porque salieron. La ruina fué la propia: solo se llevan el cuchillo. Estas cosas y otras, que ordenó el celo justo y piadoso, y torció la maldad de los medios, entregaron las cosas de España en tal estado al gran Felipe IV, que el no remediarlas era perderlas, y el tratar del remedio es aventurarlas. No es la primera vez que se han visto los reinos en tal estado. Don Juan el Primero se vió tan apretado de la necesidad y tan condolido de sus vasallos que ya le contribuían la vida, que le obligó á no querer acetar todo el servicio que sus vasallos le hacian.

Y así, Tira-la-piedra, que andas escondiendo la mano y muy raposo de palabras, rodeando el hablar en que su majestad tiene pocos años, ¿quieres que tenga más que los que há que nació? Pero bien entiendo tocas esta tecla para apedrear cuantas juventudes ha habido de reyes sus antecesores; porque para responderte es fuerza decir que maliciosamente ignoras que, comparada la mocedad del Rey nuestro señor con todos, es una vejez sin dias, y un acabar de nacer anciano. Acuérdate poco há de los destierros del maestro, de las deposiciones atropelladas de los ministros y obispos, del presidente de Castilla, santo y grande varón, arrojado hasta arrinconarle en su muerte entre dos paredes. ¿Con qué has sacado las manchas de tanta sangre como se derramó á deshora, con ¡tantos que se almorzaron su vida ó se la sorbieron, con los justiciados de memoria y á escuras, sin ejemplo y con escándalo? Tira-la-piedra, ¿qué majestad ves llorada por indicios? ¿Qué artes acusadas por clérigos y predicadores, en pública delación, por trastornadoras de voluntades y engaitadoras de decretos? Nada desto ves ni oyes, ni lo puedes inventar ni comentar. Ves un monarca con sumo poder tan en paz con sus apetitos, que las casas ajenas no saben dellos. Piadoso, no lo puedes negar, ques no te ahorca; justiciero y celoso, tampoco lo

puedes contradecir, pues todos lo vemos. ¿Cuándo diez y siete y veinte y seis años gastaron deseos incontrastables, sin ruido; poder soberano, sin lamentos; voluntad superior, sin favores; entendimiento grande y fervoroso, sin presunción? Solo se experimenta esto en don Felipe IV. Acuérdate en esta edad de los otros reinos de Europa. Desándales los antepasados á sus dueños, toparás hijos abreviados, hermanos desaparecidos, viudeces caseras, secretarios amaitinados, privados huidos, y otros casos y sucesos que se han quedado por dueños del escándalo del mundo. Pues si cejas más atras, te atollarás en robos, en comunidades. Pues dime, Tira-la-piedra, no mires al Rey nuestro señor, ni le hagas paralelo de otros monarcas como él, sino de cualquiera hijo de vecino, sujeto á cada corchete, á cualquiera alguacil, á todo escribano, á los alcaldes y á los oidores. Dime, ¿conoces alguno, que desde diez y siete á veinte y seis años no tenga con ceño todas las leyes, con ofensas todos los mandamientos, con cuidado todas las justicias, con inquietud todas las calles? Mírate á tí, picarazo, en esta edad, si te has dado buen hartazgo de ofensas de Dios, siendo conocido por hambrón de pecados. ¿Qué chiste no has dicho? qué pulla no has echado? qué testimonio no has levantado? qué horca no ha merecido tu cuello? qué cuchillo tu lengua? qué tranca tus costillas? Y esto siendo lo que he dicho, sujeto á todo y á todos. ¡Y tiras piedras contra la obligación de fiel, contra una juventud que, sin superior en lo temporal, vive canas cuando cuenta niñeces! Esconde-la-mano, si tiras piedras porque se perdió el Brasil por traición y por pecados, destíralas porque se cobró con valor y con dificultad y con ventaja. Si las tiras porque entró en Cádiz el inglés, destíralas porque salió con pérdida y sin reputación. Si las tiras porque se perdió Bolduque y Wesel, destíralas porque se ganó Bredá, y se rompieron las Pesquerías. ¿Por qué no despiedras y destiras cuanto has tirado, solo considerando que nuestro rey en tan pequeña edad, que en los juguetes pudiera servir de prólogo decente á las mocedades, haya arrancado de Alemania la raiz de la herejía en el Palatino, y trasferido aquella casa y aquel voto á príncipe católico, acabado con Alberstad, y borrado tan numerosa familia de príncipes enemigos de Dios, y establecido la corona del mundo en la frente de tan victorioso emperador, y esto en tiempo

que á Francia envió socorro contra sus rebeldes, cuando Francia le daba á los de España contra esta corona? Esconde-la-mano, ¿á qué mocedad atiende rey que por la unión de sus reinos deja su corte, y visita á sus ministros? Vístele en Andalucía, Aragón y Cataluña, dejando recien nacida una princesa, y recien parida una reina, donde estuvo más de seis meses sin salir de un aposento y de una tarea congojosa, en el más riguroso tiempo del año. ¿Cuentas los atrevimientos que Dios ha dado á los enemigos de su majestad, y callas los castigos que le ha dado para ellos? Descubierto has el brazo y la mano, picaron, tanto, que te puedo decir por sus rayas tu mala ventura.

Dime, contador de desdichas; picaza, que solo te sientas en la matadura; gusano, que solo tratas con lo podrido: ¿por qué no destiras y despiedras á tan gran rey y mucha parte de tus calumnias, sabiendo la compañía que ha formado para el comercio de la India Oriental, no prometida, no fantástica, sino efectuada ya en un viaje y aprestada para otro, cuya prática arraigada es la mayor pesadumbre que se ha podido dar á los enemigos? Chicharra, porque no te me esca pes, te he de perseguir por mar y por tierra, que en la una eres sapo, y en la otra tiburón, que emponzoñas y muerdes. Dime, ¿cómo no te comes tu propia lengua, y te restañas los embustes, y sanas de la enfermedad que padeces de mentira-lluvia, con el milagro de aquel decreto de los hombres de negocios, que sin perjuicio suyo y con suma justificación del hecho obró, al pare cer, una masicoral de gastos, pues el año de veinte y uno, que heredó el Rey nuestro señor, comia la renta del año de treinta y uno? Dime: ¿por qué desde entonces te quedaron piedras que tirar, ni mano que esconder, viendo una invención de la desorden tan maldita, como hacer comer á un rey en profecía de diez en diez los años que estaban por venir? ¿Habia lástima como verse los años comidos ántes de ser ni de llegar? ¿Cómo habia de estar el siglo y la edad, sino rabiando, si se veia comer de antuvión, y con hambre tan canina, que con poco temor del guarismo mordia desde veinte y uno hasta treinta y uno? Si no hereda su majestad y Dios le inspira este decreto, hoy año de treinta está comido el año de dos mil, y casi decentado el dia del juicio, y los señores reyes están introducidos en cáncer de los tiempos. Ves aquí, maldito, que hoy

come su majestad el propio año en que vive, y ha quitado el susto á los por venir, que del miedo de la comezon anticipada se rascaban ántes de nacer.

Pues pasando de decretos y compañías á socorros y á protección, dime, ¿cómo no te sirven de mordaza las banderas de su majestad que el año de veinte y cinco, estando la república de Genova entre las uñas de la Diguera y entre las garras del Alteza de Saboya, parte de la ribera arañada, la ciudad con los enemigos arrimados, y la amenaza á cuestas, les retiró la Ciudad, que por hermosa y rica es buscada de muchos galanes, cobrando Filipo IV millones gastados desta defensa, en alabanza eterna de su patrocinio desinteresado, que solicita á que le busquen los afligidos desde las montañas de Armenia, como lo han hecho?

Pues pasando la consideración á Africa, en aquellos pellizcos tan grandes que ha dado en tierra de moros, ¿cómo no te acuerdas de la gloriosa defensa que se ha hecho á la Mamora, contradiciendo el número de los bárbaros y la disciplina militar de los holandeses, con poca gente, y huésped en corta orilla de la multitud dilatada en dominio de alarbes y moros, asegurando de Berbería nuestras costas, y dellos las costas que tiene en Berbería, con inumerable pérdida de los corsarios rebeldes, de quien tú, graduado en Mahoma, eres coronista, pues asalariado de tu maldad, solo tienes

pluma para sus fortunas y piedra para las nuestras? No sé qué haga contigo para convertirte, viéndote tan duro, que te puedes tirar á tí propio á pedazos. Quiero ver si te enternecerás á tí mismo. Ea, maldito, que te predico como hombre cantonero, pues andas escribiendo los cantones; veste aquí embutido en unas (cuando Dios te haga merced) cachondas (así se llamaban, y cuando más honestamente gregorías; dejo el nombre que no se puede decir sin el perdón delante); mírate atestado en unas calzas atacadas, temblando con los muslos unas sonajas de gamuza, ó cuando mejor, vestido de tajadas de paño ó terciopelo. Yo te doy que vas de medio abajo con dos enjugadores de obra, que llamaban calzas: mírate qué frontispicio y portada, un murciélago atacado con agujetas: atiende, y vuelve esos ojos buscones de achaques á tu gaznate, perdido como hacienda real á puros asientos. Mírate con la turbamulta de un cuello con carlancas de lienzo, holanda, cambray ó gasa. Mírate para abrirle cercado de tantos fuegos, hierros y ministros, que más parecia que te preparabas para atenazado que para galan; gastando más moldes que una imprenta, quitando de la olla para el azul, y del vestido para el abridor. Dime, desventurado, ¿cómo no te vuelves de todo corazon, de toda valona, de todo gregüesco, calzón y zaragüelle, á rey que dió carta de horro á las caderas, á rey que desencarceló los pescuezos, á rey que desavahó las nueces, á rey que te abarató la gala, te facilitó el adorno, te desensabanó el tragar, y te desencalzó el portante? Mira que si no fuera por él, ya estuvieras vuelto cuello sal y braga momia; y si esto no te ablanda las entrañas, alma precita, mira á lo que ahorras, y conocerás lo que debes á tal cuidado, cuando con un retacilio de gasa y lienzo, que fué pañizuelo, hijo de una toalla y nieto de un camisón, sobre una golilla perdurable, sacas esa cara acompañada y ese pescuezo con diadema. Dime, renegado de tu patria, fugitivo de tu propia sangre, ¿qué aguardas? ¿Qué gruñes teniendo un rey generoso, justo, clemente, magnánimo, humanísimo, barato, desembarazado, celoso, católico, padre de sus vasallos y defensor de sus confederados? Haz una y buena, picarazo: da contigo y con todos tus libelos infamatorios, sátiras, chistes, cedulones y blasfemias en las Arrepentidas de corrillos y junta nocturna y parola del yermo, que con esto salvarás tu intención y tu obligación; y ten

siempre en la memoria (no por quien eres, que eres la quinta infamia, sino por quien debias ser) lo que debes á don Felipe el Grande, nuestro señor, que además de ser tal, te dió el ministro más pacífico que se pudo hacer de masa, pues con él no ha tenido nadie dares ni tomares; tal, que el hierro no se tomará, si le llegan á él ó le asoman á su aposento; y que en ocho años de valimiento no le alcanza la vida á la audiencia, como la sal al agua.

Ya entendía que con esto escampabas, y veo que por el resquicio del valido empiezas de nuevo á culpar al Rey y al gobierno. Pues dime, duende común que tiras piedras, das gritos, y haces ruido, y nadie te ve, y todos te vemos, ¿qué quieres de un rey que tiene tan buen tino, que da su valía á un hombre que tiene quejosos á sus parientes y acomodados á los ajenos, y pobres sus criados, y servido el Rey? ¿Estos no son los cuatro costados en que ha de probar limpieza cualquier privanza? Dime, demonio, ¿no te le ha dado Dios y el Rey, sin hijos, que es el arrabal más costoso de poblar en los privados y el tarazón más caro para los reinos de la valía? Familia de herederos es concavidad que nunca se llena, y un

engarce que continúa por un siglo larga sarta de privanzas. Pues, maldito, reconoce tu sentencia como el diablo. Dime, ¿cómo le agradeces al Rey esta elección, y al Conde el ser privado escueto, solo y mocho de todo privado; y despues desto, ¿cómo no le reconoces el retiro, y el no andar por las calles atento á la cosecha de reverencias, sumisiones y descaperuzos? ¿Tiene el Rey cómo pagar, ni tú cómo agradecer no haber privados de privado, como cuento de cuentos? ¿Fuera mejor que anduviera multiplicado en parientes copias y en criados traslados, y que en cada plazuela hubiera un privadito, como ahora una fuente, y que toda la villa estuviera sembrada de humilladeros, y que hirviera palacio de privado y privadillos, y hácia privados, y junto á privados, y como privados, y entre privados, y cachiprivados como cachidiablos? ¿Que anduviéramos agotados de inclinaciones y de zalemas, la mitad del año á gatas y en cuclillas á puras reverencias? Hoy estamos limpios desta plaga y desta inundación de aprendices del poder, y de validos contrahechos y falsos. ¿Pues qué ocasion puede dar á quejas privado estéril de otros privados, y que, si no es en la audiencia, nadie le ve? Aquí tiras piedras; ya te atisbo, y dices: ¿Es invisible? ¿Qué recela? ¿Por qué no sale? Para esta ocasion se dijo el aquí te tengo. Si el privado no sale, dices: No le veo. Si sale: No le puedo ver. Si no acompaña al Rey, dices que lo hace de confiado; si le acompaña, que de temeroso ó vano. Si no le ves, le acusas. Si le ves, te enfadas Que te lleve el diablo, pues ni te entiendes, ni te puedes entender. Yo no te le canonizo: sé que es hombre, á quien el Rey (como lo habia de dar á otro) ha dado el mayor puesto y el primer lugar de ministro. Mi ojeriza tengo yo con el hombre que priva, mas no con lo privado; y sin embargo no me tienes de tu parte. ¿Qué me dirás de sus audiencias, todas pasadas por el Rey, no las del Rey pasadas por la suya? No hay negociantes estantíos, ni pretensores de estanque hediondo á cieno: todo es corriente. ¿Qué gruñes entre dientes? ¿Que le honra el Rey, que le reverencian todos? Justicia es en el príncipe, obligación en los súbditos. No lo digo yo: Casiodoro lo dice. Oye endemoniado: «Con estudio conviene que levantemos á aquellos que la piedad real quiso engrandecer; porque á los que la clemencia de los príncipes entronizó, deben también los que son sus vasallos darle de su

propia dignidad.» Esconde-la-mano, el que mi rey honra, yo, que soy súbdito suyo, no solo debo holgarme de que le honre, sino quitarme de mi dignidad para crecerle á él. No fulminan estas palabras mal proceso á tí y á tus pedreros. Ya te veo apelar á la pérdida de la flota, y las ponderaciones de «no se ha visto otra vez en tiempo de ningún rey». Dime, paradislero de historias y sucesos, ¿todas las demás flotas, sin exceptar alguna, no han venido así? ¿Armó el Conde los bajeles que la tomaron? ¿Es supariente quien la robó, ó quien la perdió? ¿ó su parecer y su tema le dió el cargo? Es cierto que todo fué al reves: ¿pues qué le acusas? El acontecimiento. ¿No quieres dejar albedrío á la providencia de Dios? ¿Quieres que aquella mente eterna no disponga sus castigos y favores contra nuestra prevención y ruegos? Oye á san Agustín: « Quien alaba á Dios por los milagros de los beneficios, alábele por los asombros de las venganzas, porque halaga y amenaza. Si no halagara, no hubiera alguna corrección.» Tú, peor intencionado con Dios que con los hombres, ¿le quieres privar destas dos partes? Dime, ¿el perder Cárlos V el intento de tomar á Arjel, fué cargo contra su gloria, ni acusación de sus validos? ¿Las comunidades fuéron culpa, sino de la desorden y de la ausencia? ¿La pérdida de tanta nobleza y fuerzas de España en la armada de Inglaterra procesó á Felipe II ni á sus validos? ¿La toma de Cádiz, que hizo el inglés, infamó otro ministro que al que la guardaba? ¿La pérdida de la batalla de las Dunas, y la venta de la Enclusa cargáronse al privado? Pues dime, ¿hácia dónde fiscaleas? ¿Qué quieres á nuestro rey prudente y valeroso? ¿Qué á este esclavo de la república con nombre de valido? ¿A este amarrado á su obligación, condenado á su asistencia, tan poco airado contigo, que como tú cargues sobre su desdicha todos los sucesos desdichados, te lo agradecerá? Que él esto conoce por suyo, y los aciertos y Vitorias de la mano de Dios, y de la providencia del Rey nuestro señor, para quien solamente la confiesa, haciendo infinitas veces cada dia la fineza de toda fidelidad, que una vez sola (para enseñamiento de todos, y grande estimación suya) hizo Joab. Así se lee en el segundo de los Reyes: «Peleaba pues Joab contra Rabbath de los hijos de Amon, y batia la ciudad de Rafin. Envió Joab mensajeros á David, diciendo: Yo peleé contra Rabbath, y se ha de tomar la

ciudad de las aguas. Por esto tú ahora junta la mayor parte del pueblo, y cerca la ciudad, y tómala, porque cuando la ciudad fuere asolada, no se dé la vitoria á mi nombre.» Pues, Tira-la-piedra, vuelve á tí la consideración, y hallarás que no atribuyendo al Conde la gloria de los buenos sucesos, que es lo que él quiere para solo el Rey, tú le canonizas segun la buena ley de Joab; y cargándole de todas las desgracias, tú solo le satisfaces el celo con que no se harta de servir al Rey y de padecer por su servicio. Así, mi señor Tira-la-Piedra y Esconde-la-mano, razón sería que vuesa merced no se desvelase tanto en perseguir á todos con malicia enmascarada, que ya nos dijo Garcilaso que era vuesa merced, cuando mas duerme, «á quien la hambre y el favor despierta». Y así, toda su rabia de vuesa merced es porque no le dan lo que desea, desee lo que en justicia se debe dar, que eso sabe hacer el Rey, y no se lo quitará el privado para ningún pariente suyo. Pero, cascos de oropel ¿qué ocupacion no harán ridicula? Juventud satírica y mal intencionada ¿qué se le amoldará, sino tirar chistes empedrados? Codicia ejecutada y veneno amorrado ¿qué se le entregará, que no lo apeste y robe? Holgon, bárbaro y presumido ¿qué bueno pusiera un vireinato? Queja siempre flechada, y méritos por sí solo conocidos ¿quién los ha de consultar que tenga honra, ó quién premiar que tenga alma? Vuesa merced tire piedras, y tire dichos, y tire embozos, y tire, pues otro dia habrá; y haga la batería que pudiere, junte auditorio como de tal predicador; que el Rey es glorioso entre las naciones, el privado codiciado otro así de otros reyes, y yo el que me ando tras vuesa señoría para hacer de sus piedras berroqueñas corona de diamantes al siglo, y un epitafio á su sepultura de vuesa merced, señor Tira-la-piedra, que tenga solo mió el *Yace,* y del Taso el

Gran Fabro de Calumnie.

Guarde Dios á vuesa señoría de sí mismo, y á todos de vuesa merced, para que vuesa excelencia y todos estén guardados de lo peor. En Huesca y enero l.° de 1630 años.

LICENCIADO TODO-LO-SABE.

GENEALOGIA DE LOS MODORROS

GENEALOGIA DE LOS MODORROS

PARA que más fácilmente se pueda tratar desta materia y darse mejor á entender, será necesario saber qué quiere decir genealogía, y de qué partes es compuesto, y qué quiere decir modorro. Es pues de saber que este vocablo *genealogía* está compuesto de dos nombres, el uno latino, y el otro griego; el latino es *genus,* que quiere decir en nuestro romance castellano, linaje, y el griego es *logos,* que quiere decir *serno;* y de ahí vino á decirse genealogía, que quiere decir declaración de linaje. Ahora resta de saber qué quiere decir *modorro*, y cuántas maneras de necios hay, y en qué concuerdan, y en qué difieren, para saber de dónde tuvo principio la necedad. Es pues de saber que hay diferencias de personas deste humor; los unos se llaman *necios*, los otros *majaderos* ó mazacotes, los otros *modorros.* En lo que estas tres personas concuerdan es en saber poco; en lo que difieren es en la significación de los nombres. La primera persona, que es *necio,* es el hombre que es menester tratalle para entender dél lo que sabe, y meterle en algunas cosas delgadas para que descubra lo que sabe; porque al primer toque no se puede percibir de los semejantes lo que son. La segunda persona, que es *majadero* ó mazacote, es más clara de conocer, porque majadero ó mazacote se llama el hombre que no ha comenzado bien á hablar, cuando nos da á entender lo que es en las palabras que dice. La tercera persona, que es *modorro,* es tan fácil de conocer, que no es menester hablalle, sino poner los ojos en él y en su traje y talle para conocelle; y este último es el peor humor de todos. Sabido pues qué es genealogía y qué es modorro,—

querrá decir genealogía de los modorros, declaración de la descendencia y origen de los que poco saben; por donde se dará á entender de dónde tuvo principio la necedad, y qué hijos y descendientes tuvo. El primero deste linaje fué el *Tiempo bastardo y perdido:* este fué el que instituyó y fundó el mayorazgo y el que ganó el blasón deste apellido. Con tal cabeza podéis conocer los miembros cuáles fuéron, especialmente teniendo obligación de guardar las condiciones á que el tal fundador les obligó. Las cuales fuéron tan fáciles de cumplir, que no solamente fuéron cumplidas aquellas á que estaban obligados, pero aun mucho más, como se verá por el discurso desta historia. Los cuales, aunque no hicieran más de lo que les estaba mandado, fueran harto perdidos, porque el fundador les mandó que el que sucediese en sus bienes los pudiese vender, trocar, cambiar, enajenar, perder, jugar y hacer dellos todo lo que más útil fuese para que más fácilmente se gastasen en cosas que costasen mucho y valiesen poco, durasen poco y pareciesen bien, y que ninguno tomase parecer de nadie aunque le hubiese menester mucho, y que nunca le diese pena deber muchos dineros, aunque no tuviese de qué los pagar, y otras cosas ansí semejantes. Y porque parece que nos hemos divertido en cosas que por ventura no dan gusto á vuesa señoría, volvamos al *Tiempo perdido,* que fué el principio de nuestro tema, el cual fué casado con la *Ignorancia,* en lo cual se nos da á entender cómo los que tienen en poco la pérdida del tiempo es por falta de la consideración, y así los hijos que deste matrimonio salen son palabras vanas, que aprovechan poco y dañan mucho, pues con decir *pensé que,* dan á entender á muchos lo que saben pocos.

Dice más el autor, que «la *Juventud moza* fué casada con el *Pecado»* lo cual es fácil de entender; y aunque en decir juventud podia excusar decir moza, por exagerar el brio de la Juventud quiso dalle ese epíteto, como quien llama á la nieve blanca, no pudiendo ser de otro color. Y volviendo á nuestro propósito, digo que por la mayor parte, todos los mozos, pensando que tienen la vida por muchos dias, métense en ese miserable cáos sin rienda, y ninguna cosa aman más que á él: lo cual hacen por tener poca experiencia para gobernarse, y porque ninguna cosa ellos desean más que la libertad, y esta tienen todos los que siguen el pecado, y por la mayor parte los que la siguen son los mozos.

Dice el autor que la Juventud moza fué casada con el Pecado; dice más el texto, «y tuvieron tres hijos que son *No sabía, No pensaba, No miraba*; bien parecen hijos de un padre y de una madre, pues así en el nombre como en la condicion se parecieron tanto los unos á los otros, como aquí se ve claramente.» Quiere pues darnos á entender el autor en figura destos tres hijos de la juventud, que los mozos cuando pretenden hacer alguna cosa, se siguen por su parecer y apetito, y rigiéndose por su voluntad, no consideran lo pasado, que es el no sabía; no atienden lo porvenir, que es el no pensaba; ni ven lo presente, que es el no miraba.

Dice más adelante el autor que «estos tres hijos de la Juventud se casaron sin licencia de sus padres, y hubieron por hijos á *Bien está, tiempo hay, Mañana se hará*». Casarse sin licencia de sus padres no es otra cosa sino no aprovecharse en las cosas que los hombres mozos desde tiempo hacen, del uso de la razón de la cual nos

habiamos de arrear mejor que de ninguna joya del mundo, y sin ella no habríamos libertad para nada. Y el no usar deste uso de la razón hace á los hombres engendrar hijos que les valdría más no haber nacido que tenellos; porque el hijo mayor, que se llama *Tiempo hay,* no es otra cosa sino dilatar todas las obras virtuosas con buenos deseos para la vejez; y el *Bien está* es cuando un buen cristiano quiere aconsejar al que no lo es que se enmiende, y lo convence con razones, el cual responde al que se las dice: «Bien está;» y si tras esto le importunan más, ciérrase, diciendo: «Mañana se hará.»

Dice más el texto: «este *Tiempo hay* fué casado con su hija *No pensaba,* y tuvieron por hijos á la *Necedad* y á *Qué me dirán? Descuidéme, Ya meto sé.»* Ninguna cosa me espanta más que una persona como el tiempo (á quien los filósofos que algo entienden dan el renombre de sabio, y aun dicen algunos que á ninguno le compete con más razón este título) verle casado con una mujer necia, como *No pensaba-,* pero quien yerra, y en lo que toca á su alma, no le pida nadie que acierte en lo demás, porque al fin lo contrario es la verdadera discreción. El primer hijo que tuvieron fué la *Necedad:* de hombre tan inconsiderado en casarse y de una mujer tan poco avisada, ¿qué pudo salir sino necedad? El segundo hijo que tuvieron fué *Qué me dirán?* Esto es claro: cuando en algún pueblo principal se quiere hacer alguna fiesta ó regocijo, y algún caballero está tan empeñado, que no tiene de donde haber un real sin que venda su hacienda ó lo tome á cambio, dícele su mujer ó su pariente ó su amigo: « Señor, no lo hagais; mirad que os perderéis si os deshaceis de lo que teneis, porque estáis muy gastado;» y lo que responde á los que de sus propósitos le disuaden: «Eso, señor, no cumple con mi honra. Si no salgo allá, si no gasto como los otros, ¿qué me dirán?» De manera que tienen más escrúpulo de fama que de conciencia. El tercero hijo quel *Tiempo hay* tuvo fué *Descuidóme*, el cual viene tras *Qué me dirán?* Porque despues que uno en una fiesta como la pasada determina de agradar al mundo y agraviarse á sí, echa menos lo que ha gastado, y le vuelven á referir el yerro que ha hecho en gastar lo que gastó, parécele que da muy bastante disculpa con decir: « Descuidóme;» y cuando le aquejan más y le dan á entender la poca experiencia que tiene de las cosas, lo que

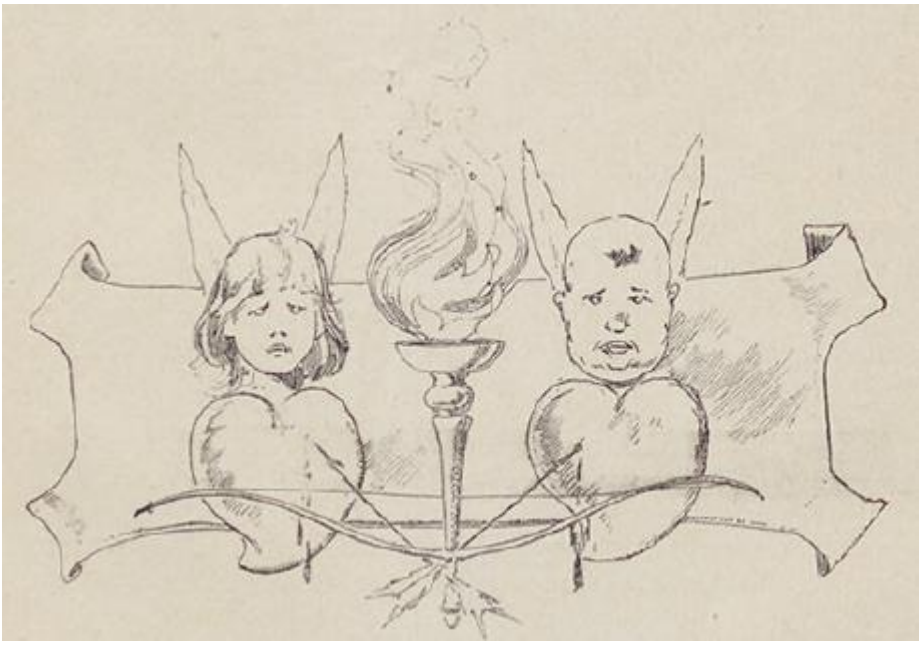
responde es: «No me digáis nada, no me déis consejo; que *ya me lo se.* »

Dice más el autor, que « esta *Necedad* fué casada con *Quizá,* y tuvieron tres hijos: á la *Vanidad,* á *Quizá si el chico,* á *Quizá si el grande*». Casarse la *Necedad* con *Quizá* no es otra cosa sino abrazarse algunas personas con pensamientos que tienen más apariencia de vanos que de ciertos: con decir que el Rey me dará de comer, al Duque tengo de mi mano, favor tengo harto. Y el que eso dice no mira el poco merecimiento que tiene, y cómo no tiene vaso donde quepa un cargo como el que pretende; y así le sucede todo como hombre incogitado, y los hijos que destos pensamientos vanos salen, son *vanidad.* Hay otros que sin rienda gastan lo que tienen con decir: «No ha de faltar; que si el chico muere yo tendré de comer, y si no, el grande es mi deudo, no me lo podrá dejar de dar;» y todo pára en *quizá.* De manera que están muy contentos de sí con estas esperanzas inciertas. Decir «quizá si el chico, quizá si el grande» hallarán fácil el consuelo para sí, el cual otros que entienden más que ellos lo tendrian por dificultoso de hallar para nadie.

Va adelante el autor diciendo: «Esta *Vanidad* fué casada con su tio *Descuídeme,* y tuvieron por hijos *Aunque no queráis,* y á *Galas quiero*.» Y en esto nos da á entender el autor la libertad que algunas mujeres tienen con sus maridos en la veneración que son obligadas; pero yo no quiero tratar aquí de las semejantes, sino de aquellas que quieren gobernar á sus maridos no teniendo capacidad para gobernarse á sí. Las cuales son tan porfiadas en su necedad y en todo cuanto dicen y hacen, que aunque sus maridos les traigan mayores y más eficaces razones que podia traerles Aristóteles ó Platón, para estorbarles de hacer lo que pretenden, son tan poco bastantes para ellas, que es lo mejor no les decir ninguna; y si el pobre del marido viene á decir á su mujer, cansado de dar voces y de oirías: «No quiero que hagais eso;» ha ya venido el mundo á tal extremo que les vienen á decir en sus ojos, *aunque no queráis*. Pues, ¿si algún marido topa con alguna mujer galana de corazon? Allí es el trabajo, allí son los malos manteles, allí es el rezongar y andar rostrituerta, si no le matan aquella sed insaciable que tiene de vestidos para vestirse, y de tocados para tocarse, de joyas para

echar de verse; á lo cual, si el marido no corresponde conforme al apetito de su mujer, no hay pertrecho ni tiro de artillería que suelte con más furia ni con más presteza que la mujer en tal tiempo suelta la lengua. Y si el marido le dice que está en necesidad, respóndele la mujer: *Galas quiero;* si la dice el marido que tiene muchos hijos, respóndele la mujer: *Galas quiero;* y no hay predicador ninguno, por recogido que ande en su sermón, que tantas veces vuelva al tema como ella. Y así acontece muchas veces medirla su marido la cabeza á puños, y las espaldas á varas, y despues venir él á tal término con ella, que como no la puede acallar con palabras, la viene á acallar como á los niños, con un brinquiño ó con una gala: y seríales harto mejor criar sus hijos, mirar por su casa y gobernar su familia, que no tratar de gastos á sus maridos por cosas que se podían excusar.

Dice más adelante el autor: «el *Desastre* fué casado con *No faltará,* y tuvieron por hijos á la *Desdicha* y á la *Necedad-,* y al *Desastre* habrá venido por los sucesores del fundador.» Pero con todo eso, ninguno dellos se podrá persuadir á creer que le habia de faltar qué gastar; y así el *Desastre,* padre del último poseedor, vino á casarse con *No faltará;* y como la esperanza estribaba sobre tan mal cimiento, vinieron á haber por hijos á la *Desdicha* y á la *Necedad,* los cuales dieron cabo de sus padres. Esto acontece agora cada dia en nuestros tiempos, que ha crecido tanto la locura y vanidad del mundo, que no hay hombre, aunque no tenga sino una espada y una capa, que no quiera que ande su hijo como hijo de caballero y de señor; y los pecadores de los padres que tal hacen yerran claramente, porque mejor les seria criar sus hijos y dotrinalles y hacelles trabajar y entender en oficios virtuosos donde pudiesen aprovecharse, que no en consentilles con su pluma en la gorra y su espada en el lado, la contera en la cabeza, el seso en el calcañar. Los que no quisieren creer lo que digo, tomen lo que ganaren en hacer lo contrario, porque de hacello se vendrá á verificar en ellos lo que dice el autor, y podríanles decir con mucha razón que sus hijos son su *desdicha* y su *necedad.*



Dice más el autor que «esta *Desdicha* y *Necedad* se casaron con dispensación». Esta dispensación, aunque era entre personas de tanto deudo, se alcanzó fácilmente, por parecelles á los que la dieron que pues la *Desdicha* y la *Necedad* eran de una profesion y de una condicion, que les dicen verdad, ó «bueno está eso», ó «qué le va á él», como si cualquier hombre del mundo no estuviese obligado á desengañar á su prójimo viéndole ir errado. Mas hay tanta perdición ya en él, que los más perdidos no quieren admitir consejo de nadie; ántes, no le teniendo para sí, le quieren ellos dar á otros, diciendo: «Paréceme á mí;» aunque si esta palabra pasase un poco más adelante, seria virtud diciendo: «Paréceme á mí que voy errado.» Pero es todo muy al reves, porque hay muy pocos que conozcan su yerro, y muy pocos que se atrevan á reprehender á nadie, y si se atreven una vez, no se atreven dos, porque las respuestas que les dan son dediles: «Déjese deso, no es posible, no me diga más;» y como son tan desabridas, no hay ninguno que las quiera oir otra vez.; Pues cuando un hombre se determina de perder el temor á Dios y la vergüenza á las gentes? Allí es la lástima de velle endurecido y obstinado en su error, y ver el mal rostro que pone á todos los que le dicen lo que le cumple. Hay otros hombres tan llenos de cólera, que por lo menos les parece que hacen honra de la vida á todos aquellos con quien tratan: á estos, pocos se hallarían de su condicion, que serian para en uno, aunque

entendieran que habian de venir á morir de hambre; pero parecióles menos inconveniente para tener una casa que no en dos.

«Los cuales hubieron por hijos á *Bueno está eso, Qué le va á él, Paréceme á mi, Déjese deso, No es posible, No me diga más, Una muerte debo á Dios, Salir tengo con la mia, Pilo se dirá, Verlo heis, A voluntad determinada excusado es consejo, Aunque no queráis, No son lanzadas*, *que dineros son, Galas quiero.*» Todos los hombres que tienen poca cuenta con lo que les cumple así á su conciencia como á su descanso, les acontece, como á la desdicha y á la necedad, que si les dicen algo (procurándole apartalles del camino por donde seguian, y poniéndoles los inconvenientes delante), no pueden persuadirse á creer que se atrevan á aconsejarlos; porque aunque les pongan delante el peligro que traen de perder la vida, muéstranse tan denodados los que tan semejante condicion tienen, que no pueden persuadirse á decir otra cosa, sino: «Una muerte debo á Dios, salir tengo con la mia.» Hay otros de otro humor, que tienen alguna flema y escuchan una razón y otra de aquellos que les aconsejan que se desvíen del ruin propósito donde se inclinan; pero no creen nada de lo que les dicen; ántes piensan que ellos solos son los que aciertan, y que es grande magnificencia gastar sin orden lo que tienen, y por este camino han de ser tenidos en mayor veneración y por de más suerte y de más hacienda. Y así dice á sus consejeros: «Ello se dirá, verlo heis como, si más

claramente veréis mis propósitos si salen vanos, veréis mis fines si van bien enderezados;» y no está tan léjos el plazo, adonde los remiten que muy brevemente no le puedan ver; sino que los tristes piensan que no ha de llegar: y como están tan ciegos en lo que hacen y en lo que dicen, aunque tienen el fin y el remate de sus propósitos delante de los ojos, no lo ven. ¿Pues algunas mujeres de nuestros tiempos? No hay menos que decir de las que de los hombres: digo de algunas; que otras hay de quien muchos podrian tomar consejo y mirarse en ellas. Pero yo ni he tratado ni trato aquí de las semejantes, sino de las que tienen necesidad de consejo ajeno, por ser tan malo el suyo. Guárdele Dios á un hombre de topar con una mujer que tenga libertad y sea amiga della; que por cuerdo que sea, y aunque lo sea y aunque lo fuese tanto como Salomon, no seria bastante para rendir y sujetar á una mujer, si ella de su propia inclinación y virtud no lo quiere hacer: porque son de tal condicion las mujeres, que aunque son variables por la mayor parte en las cosas que dicen y hacen, si toman un tema, no es bastante, sí solo Dios, á aquietallas; y están más pertinaces en ello que ningún hombre del mundo lo podrá estar, por animoso y fuerte que sea en cosa donde sea menester constancia. Y ni aprovecha atemorizallas, ni amenazallas, ni poner las manos en ellas; ántes entonces se endurecen más, y á trueque de salir con la suya, están determinadas de sufrir mil martirios ántes que desistir de lo que tienen comenzado. Y aunque toda la inmensidad de gente sea á dediles su parecer, están tan sordas las que semejante condicion tienen, que ni tienen oidos para oír, ni ojos para ver, ni entendimiento para entender lo que les dicen; y así se podrá decir por ellas: *A voluntad determinada, excusado es consejo.* Y es así, que verdaderamente ni consejos ni razones no bastan á poner en razón una mujer cuando se determina á decir: *Aunque no queráis.*

Pero dejemos eso, y tratemos de algunos hombres que tratan de casarse en nuestros tiempos, á los cuales veréis ántes de llegar á ese punto, determinados diciendo: «No me tengo de casar si no me dan mucho dote; la mujer que yo tomare me ha de sacar de necesidad» (y quien aquello le oyere decir tendrále por hombre que mira con cordura las cosas que le tocan); llegando el punto en que se casa con el dote que esperaba, distribuir la mayor parte en galas

para su mujer. Y aunque ella sería parte para estorbarle algunos gastos, no lo hace; ántes le persuade que haga más; y parécele al marido que si no lo hace ansí, que no cumple con su honra ni le tendrán por hombre generoso. Así que si mucho dote hubo con su mujer, á mucho se obligó. Tras esto vienen los consejos de los amigos y de los parientes, los cuales dicen al recien casado: «Señor, mirad que hay mañana, mirad lo que gastais, mirad que despues lo echaréis ménos;» á lo cual responde: *No son lanzadas, que dineros son;* como si hubiese en el mundo lanzada que más lastime que la del dinero. Cuando el dote esté acabado me lo dirán; cuando las joyas sepan las casas y calles del lugar mejor que sus dueños, lo verán; entonces sentirán la llaga y no podrán remediar la herida.

Hay también algunas mujeres que ponen toda su felicidad en traerse y aderezarse, y paréceles que si dejan algún dia de andar hechas mayas, andan á la vergüenza. Por estas se podia decir:

Sus arreos son tocarse,
Su descanso ataviarse.

Y llega ya esto á tal extremo, que con ser las mujeres de su propia inclinación amigas de andar y de ir á holgarse, si alguna llama á otra para ir á alguna estación ó romería, si no está muy á punto para salir de casa, fuerza su mesma inclinación y tiene por mejor quedarse que no salir sin aderezarse, puesto que no desea otra cosa más que salir á ver y á ser vista: pues, como tengo dicho, no tienen otro fin estas tales sino traerse y aderezarse, y están tan aficionadas á esto y tan embebecidas en no gastar el tiempo en otra cosa; y les parece que si en otras se ocupan diferentes desta, que le han gastado muy mal. Y no ha de ser nadie para decirles su parecer, y al que se lo dice, le tienen por enemigo, y toman con él tanto odio como si les hubiese hecho una muy grande afrenta; y las Ave-Marías que hallarán en las bocas de las tales son: *Galas quiero.* Y así se huelgan cuando les alaban mucho sus galas y las hechuras de sus vestidos. Y ansí aconsejo á todos los que quisieren probar con ellas, alaben mucho lo que traen y la gracia con que lo ponen; porque esto es lo que quieren y lo que desean.

Dice más adelante el texto, «estos hijos faltaron á *Galas quiero* y á la *Necedad*» no es otra cosa sino echar ménos los consejos

cuando se acaban los dineros. Dice más la letra: «Y gastaron su patrimonio.» Dijo el uno al otro: «Tened paciencia, que á censo tomarémos; dineros no han de faltar, seguirémos nuestro oficio;» y ansí lo hicieron. Y acabado el año, como no hubiese de qué pagar el censo que tomaron, lleváronlos á la cárcel.»—Esto todo es declaración de la figura y cifra pasada, porque todos los disparates de que arriba se hace mención, vienen á parar en esto; y porque cuando un hombre ha gastado lo que tiene y lo que no tiene, desesperado de verse pobre y que no tiene de dónde lo haber, determina de vender su hacienda. Vendida su hacienda, vuélvese el marido á su mujer y dícele: «Pues no tenemos qué comer y no me habéis dado ménos ocasion de la que yo he tomado, gastaldo; tomémoslo á censo que no faltará quien nos lo dé.» Hecho ansí y llegado el término de la paga del censo, falta de qué pagar; y aunque algunos pueden, cuando llegan á este punto, ausentarse de sus casas y pueblos, como están criados á par del hogar, como gatos mansos, háceseles dificultoso el salir de cabe las faldas de sus mujeres, y así á estos por la mayor parte les acontece venir á prendellos la justicia dentro de sus casas cuando les parece que más descuidados están en ellas.

Dice más adelante el autor: «Puestos en la cárcel, fuéron visitados por *Dios hará merced».* Esto es cosa muy cierta: cuando un hombre está preso y cuenta sus cuentas á sus amigos que le van á ver y le dan ruines esperanzas de su libertad, consuélase él diciendo: «Dios hará merced.»

Dice más la letra: «La Pobreza llevólos al hospital, donde murieron.» Esto por nuestros pecados será visto en nuestros tiempos, que han venido hombres que tenian bien lo que habian menester (por no saber regirse y gobernarse y por no saber considerar que tras un dia viene otro), á perderse de manera, que puestos en la cárcel por deudas, han llegado á tanta pobreza, que sus acreedores han consentido que los suelten; y salidos de la cárcel, salen tales, que de compasion los llevan al hospital, donde acaban.

Dice más adelante el autor: «La autoridad de *Galas quiero* y *No miré en ello,* fuéronse al infierno con su abuela la *Necedad*.» Lo cual yo no tengo por dificultoso, porque un hombre que desde que tuvo uso de razón, á rienda suelta se metió en los vicios y pecados del mundo, en breve tiempo mal puede arrepentirse dellos; porque cuando á alguno de los semejantes le llevan al hospital, va ya tan al cabo, que nunca va por su pié, y parece que entonces le dejan ya los pecados á él, y no él á los pecados. Y habiendo durado y permanecido en ellos toda su vida, muy gran contrición y arrepentimiento ha menester para salvarse; y porque esta sea con tanta dificultad, dice el autor que la autoridad de *Galas quiero* y *No miré en ello,* se fuéron al infierno con su bisabuela la *Necedad;* lo cual no tiene necesidad de glosa, porque estas palabras son su declaración y glosa de todo lo que se ha dicho arriba.

Y considerado lo pasado y el principio, discurso y fin desta obra, cualquier hombre de entendimiento podrá tomar aviso en ello y mirar por sí; no le acontezca, por ser inconsiderado, lo que aconteció á los desta genealogía, que vinieron á dar ruin cobro de sí en esta vida, y muy peor en la otra: de manera que este ejemplo sea parte para sacar al malo de su ruin costumbre, para que ande camino derecho y dé espuelas al bueno para que siga su jornada, y pase más adelante en la virtud ó buen propósito. Amén, etc.

ADVERTENCIA

que se lee al frente de una edición contemporánea de Quevedo de las obras jocosas del mismo, y cuyo concepto nos ha servido de norma para proceder á la presente, expurgada segun las modernas necesidades.

Advertencia de las causas desta impresión

D. ALONSO MESSIA DE LEY VA

HABIENDO visto impresos en Aragón, y en otras partes fuera del reino, con nombre de *don Francisco de Quevedo Villegas* estos discursos, con tanto descuido y malicia, que entre lo añadido y olvidado, y errores de traslados é imprenta, se desconocían de su antor; y más teniéndolos yo trasladados de su original, determiné, dándole cuenta, de restituirlos, limpiándolos del contagio de tantos descuidos, porque se vea cuán de otra suerte en su primera edad juzgaba con la pluma, sin apartarse de la enseñanza. Y es cierto no consintiera hoy esta impresion, á no hallarse obligado por las muchas que destos propios tratados se han hecho en toda la Europa, tan adulteradas, que le obligaron á pedir al tribunal supremo de la Inquisición las recogiese, imitando en esta modestia (aunque tan diferente) á Enéas Silvio, que despues de pontífice, mandó

recoger algunas obras de este estilo que habia divulgado en la mocedad. Salen enteras (como se verá en ellas) con cosas que no habian salido, y en todas se ha excusado la mezcla de lugares de la Sagrada Escritura, y alguna licencia que no era apacible; que aunque hoy se lee uno y otro en el Dante, *don Francisco* me ha permitido esta lima; y aseguro en su nombre que procurará agradar á todos, sin ofender á alguno; cosa que en la generalidad con que trata de solo los malos, forzosamente será bien quisto; sujetándose á la censura de los ministros de la santa Iglesia romana en todo, con intento cristiano y obediencia rendida.

Estos discursos en la forma que salen corregidos, y en parte aumentados, conozco por mios, sin entremetimiento de obras ajenas que me achacaron; y todo lo pongo debajo de la corrección de la santa Iglesia romana, y de los ministros que tiene señalados para limpiar errores y escándalos de las impresiones. Y desde luego con anticipado rendimiento me retrato de lo que no fuere ajustado á la verdad católica ó ofendiere á las buenas costumbres.

¡Gracias por leer este libro de www.elejandria.com!

Descubre nuestra colección de obras de dominio público en castellano en nuestra web